



Félix Álvarez Sáenz

Mburuvichá
Novela

Índice

- Primera parte
 - Los fantasmas del pasado
- Segunda parte
 - Aurea mediocritas
- Tercera parte
 - Carái guazú
 - Historia de Nicolás primero, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos
 - Capítulo Primero
 - Nacimiento de Nicolás Rubianes
 - Capítulo Segundo
 - Pillerías de Rubianes
 - Capítulo Tercero
 - Rubianes criado
 - Capítulo Cuarto
 - Rubianes arriero
 - Capítulo Quinto
 - Rubianes en Málaga
 - Capítulo Sexto

Nicolás se hace jesuita
Capítulo Séptimo
El hermano Nicolás se enamora perdidamente de una joven española
Capítulo Octavo
El hermano Nicolás se casa a la vista de toda una ciudad
Capítulo Noveno
La revuelta del hermano Nicolás y otros hermanos jesuitas
Capítulo Décimo
El hermano Nicolás se embarca para América
Capítulo Undécimo
El hermano Nicolás llega a Buenos Aires
Capítulo Duodécimo
Revuelta de los indios
Capítulo Décimo Tercero
Los misioneros son expulsados de la isla de San Gabriel
Capítulo Décimo Cuarto
Nicolás se hace proclamar rey del Paraguay
Capítulo Décimo Quinto
Conquistas de Nicolás I
Capítulo Décimo Sexto
Combate entre Nicolás I y cuatro reducciones reunidas por el
peligro
Capítulo Décimo Séptimo
Nicolás I reconocido rey del Paraguay y emperador de los
mamelucos
Cuarta parte
Mburuvichá Nicolás I
Quinta parte
De amor, de locura y de muerte
Nota de recibo

A José María Blasco Sánchez, «Chepito».
A Alfonso López-Perona y Juan Martínez de Velasco.
A Iñaki y Pilar.
A Vicky, siempre.

Sólo la ausencia de la sabiduría hace la vida tolerable.

Sófocles

Primera parte

Los fantasmas del pasado

El nombre de mi padre fue, mientras vivió, León de Aduna. El padre de mi padre también se llamó León, y mi hermana mayor carga consigo -y con orgullo- el nombre de Leona. Desde que tenemos memoria en la familia, todos los mayorazgos de la casa Aduna han sido Leones. Procedo de Samaniego, pueblo cercano a La Guardia, junto al Ebro, en el que los Aduna se asentaron hace poco más de un siglo y medio escapando de una familia poderosa, a la que, cuando aún pastoreaba sus ovejas por las asperezas de la sierra y era ignorada por las veleidades de la fortuna, mis antepasados privaron de rentas, ganados y tierras acusando a sus miembros ante la Inquisición de Logroño de practicar la brujería. Tres de los Euba, que así se apellidaban los del caserío Surrutenea que entonces heredamos, acabaron con sus cenizas barridas por el cierzo en un mentado proceso del que se guarda memoria en los archivos del Santo Oficio. Quizá fuera cierto lo de la brujería, que en aquel tiempo más eran los aldeanos que se entregaban a los oscuros cultos de Satanás que los que le temían como a cruel enemigo de todo lo creado, y mis antepasados debieron de ser, según yo ahora entiendo, celosos guardianes de nuestra fe católica entre los rústicos. Cambió de signo la suerte de los Euba en tiempos de nuestro señor -10- Felipe IV gracias a uno de sus hijos que se enriqueció en las Indias y que se engalanó con un título de muchas campanillas y con un despacho de coronel de los guardias reales de la Almudena. Ignoro los méritos de quien obtuviera tanto valimiento, pero sí puedo decir que se vieron por entonces forzados mis abuelos a dejar el verdor de sus montañas por mejor preservar su salud y por guardar en buen estado los corruscos de su despensa. No llegaron muy lejos, sin embargo, que no es grande la distancia que separa la feracidad de las huertas riojanas de las que se despeñan entre los hayedos por las faldas del Zizayeta hacia las nieblas del Bidasoa, si bien mis mayores supieron en aquel tiempo poner secretos de por medio para que en ellos no se cumpliera la venganza tan temida. Llegué a este mundo sin sospechar venganza alguna un doce de noviembre de tibio sol otoñal, al decir de mi madre, que fue quien, con el cura de nuestra parroquia, que me asentó en su libro como feligrés, decidió que llevara el nombre del eremita de la Cogolla por la mucha devoción que ambos guardaban a este santo y por ser su día. Corría el año de 1720, habían sido ya casi olvidados en mi familia los viejos temores de venganza y encontrábase las Españas agitadas por las secuelas de la guerra, que sólo diez años antes habían sido los de la sucesión al trono vacante del desdichado don Carlos asuntos de la mayor enjundia para todos. Nací, pues, bajo el signo de Marte en una tierra que, desde antiguo, se ha visto sometida a los caprichos de su divinidad. Hasta el nombre de mi santo protector sugiere el oficio de la guerra, que a San Millán se le representa, cual otro Santiago, montado a caballo y blandiendo su espada

flamígera contra la morisma. Mi otro signo de nacimiento fue el de Némesis, diosa aún más temida que el propio Marte, si bien no perturbó su imagen en ningún momento las fantasías de mi infancia. Corrían éstas río abajo, hacia el mar que baña y une las costas de los más antiguos países de Europa, y atraíanme más en aquel tiempo los olivos y viñedos que suavizan los tonos ocres y calizos de las colinas entre las que el padre Ebro se abre paso hacia el oriente que el verde montaraz de los valles norteños, del que sólo tenía noticia por las informaciones, no siempre merecedoras de crédito, de mi padre, quien, a su vez, habíalas recibido de mi abuelo. Volaba mi imaginación hacia las tierras del Gran Turco, en las que, según nos repetía en sus sermones don Sixto Trevijano, cura y beneficiado de Samaniego, los cristianos vivían como esclavos, sujetos a su férula, por conservar sus esperanzas de salvación eterna. Veíame en mi imaginación como un nuevo San Jorge luchando lanza en ristre contra el dragón de la herejía, y no eran pocas las ocasiones en las que, refugiado con mis seguidores en las asperezas del Líbano, lograba edificar, bajo el amparo de la justicia y con el apellido de la libertad, un reino que, aunque pequeño, era independiente y que satisfacía mis naturales inclinaciones a la grandeza. Imaginábame cubierto de armiño y terciopelos paseando por jardines en los que el susurrar de sus fuentes y el piar de sus aves deleitaban los sentidos e invitaban a seguir soñando. En otras ocasiones eran las cortes del Preste Juan o del rey Arturo las que ocupaban mis pensamientos, y siempre, guerras y batallas, lides, justas, emboscadas y escaramuzas, que en nada se complacía tanto mi imaginación de infante como en verme cubierto de hierro de la cabeza a los pies, aunque bien sabía, por los soldados que había visto pasar por mi pueblo siendo muy chiquillo, que semejantes armaduras habían sido olvidadas para siempre en los viejos libros de caballerías y que a las grandes espadas, escudos, mazas, petos, rodela, yelmos, quijotes y lanzas de fresno habían sustituido hacía ya un buen tiempo los sables, mosquetes y pistolones.

-12-

Nunca supe de dónde me venían tales inclinaciones a la grandeza y a la milicia, pues los míos siempre fueron, aunque hidalgos sin tacha, modestos en sus aspiraciones y muy pacíficos, que con tener asegurado el respeto de sus vecinos se contentaban. No recuerdo hombres ni nombres que se hayan destacado en mi familia paterna como capitanes en Indias, en Flandes o en Italia, aunque sí sé decir que mi padre callaba al respecto más de lo que hubiera sido menester y que escapa por completo a mi conocimiento si su memoria tenía, o no, mayores alcances, aunque sospecho que me ocultaba cosas que para mí habrían sido, en aquel tiempo, de la mayor importancia. Más les interesó siempre a mis mayores otra fanega de tierra en sus viñedos que el teñir de gules los áridos campos del ruinoso escudo de piedra que decoraba el frontis de nuestra casa en Samaniego. Todas sus conversaciones rodaban sobre los mismos tópicos, que, si no era el precio del celemín de trigo en el mercado de La Guardia, era el de la cántara de vino en el de Haro y hasta en el de Torrecilla en Cameros, pueblo serrano del que procedía mi santa madre doña María Engracia y al que destinábamos una buena parte de las cosechas. Véase por esta razón mi padre obligado a hacer viajes largos y por caminos poco frecuentados en los que siempre existía algún motivo para recelar. En ello se echaba de ver tanto su

ambición como su coraje, que a la primera le debíamos todas las comodidades que proporciona la riqueza (que no son pocas ni de poca monta) y al segundo, el haber podido mantenerlas. Disponía para estos menesteres de una mula de paso; mansa y alegre como unas castañuelas, por la que siempre profesé, mientras fui niño y vivió ella, un profundo afecto. Llamábamosla Castaña por su color y, por el mucho cariño que le teníamos, Pequeña, y, cuando el viaje así lo exigía, halaba de nuestra tartana con un paso tan alegre y saltarín que hacía sonar los cascabeles de su cabestro con ritmo de fiesta por aquellos ribazos, mientras, arrastradas por -13- el cierzo, cerníanse sobre nuestras cabezas nubes tan negras y tan espesas que tornaban el día en noche en un santiamén. Así cruzábamos los campos del Ebro hasta Logroño y, desde allí, siguiendo un camino que bordea el bosquecillo del Espolón y que conduce a Lardero, por el valle del Iregua, pasando por Nalda, donde nos deteníamos en casa de unos familiares, llegábamos a Torrecilla, pueblo en el que, no teniendo todavía diez años y todos los dientes en su sitio, pasé en compañía de mis tíos y mis abuelos maternos las más alegres vacaciones de que guardo memoria, libre de las ataduras de la escuela y suelto con mis primos en los montes a mi entera satisfacción y contentamiento. Tendría por aquel entonces no más de nueve años, apenas había aprendido las primeras letras y ya me sentía capaz de ponerme el mundo por montera.

Aquellos viajes abrieron mi mente a muchas otras fantasías. La diversidad de los paisajes y la variedad de los tipos humanos y los temperamentos que yo hallaba en tales recorridos hacían que imaginara la posibilidad de circundar el mundo, recorrer las más exóticas islas y penetrar en las tupidas selvas en las que los grandes animales que, en mi infancia, habían ocupado mis pesadillas representábanse a lo vivo, como si siempre los hubiera conocido y tratado sin temor. En aquel tiempo aún no conocía el mar y las grandes selvas veíalas en mi imaginación como una maraña de árboles en los que se enroscaban grandes serpientes siempre al acecho. Imaginaba éstas tan largas y gruesas como un chopo, con dientes enormes y afilados y largas lenguas bífidas a través de las cuales emitían silbidos terroríficos y perturbadores. Océanos, mares, junglas, ciénagas, acantilados, arrecifes, abismos y desiertos: todos los accidentes de la naturaleza que yo desconocía acompañaban mi vigilia, cuando, bien arropado y a punto de dormir, íbame la imaginación hacia aquellas lejanísimas tierras en las que navegantes -14- y conquistadores aventurábanse en busca de tesoros siempre magnificados en mis sueños. Los trópicos y el Oriente, palabras mágicas que sonaban a música celestial en mis oídos, abrían en mi espíritu un amplio espacio en el que daba rienda suelta a mi imaginación y en el que vivía con más intensidad y apasionamiento que en las calles, plazuelas y campos de mi villa. Había nacido, según creía por aquel entonces, para algo más que para llevar las riendas de la tartana por los campos y los caminos que con mi padre recorría y que tan bien comenzaba a conocer. Los viajes que hiciera siendo aún niño fueron para mí el claro anuncio de otros viajes más aventurados y sabrosos, y veía en cada nuevo accidente de la naturaleza, en cada nueva curva y recodo del camino, en cada lugar que visitaba por vez primera, un anticipo de lo que habría de ser mi vida en el futuro.

Acabo de adquirir estos viejos papeles por un poco más de cien mil

guaraníes de un librero de viejo que los tenía arrinconados en lo alto de un estante apolillado. Es un estante de madera oscura, algo antiguo, y ocupa la esquina mal iluminada de un tabuco entre paredes de ladrillo humedecidas por los siglos. Los aprieto bajo el brazo mientras salgo de la librería y camino hacia el paradero de taxis, frente a la Plaza de la Democracia. Ya está cayendo la noche, y hay muy poca gente en la calle. Las puertas del Hotel Guaraní permanecen abiertas a una clientela que, no por ser extraña a cuanto sucede (o se supone que sucede) en el país, debe de estar menos preocupada que quienes, nerviosos, esperan en las esquinas el autobús o el milagro de que llegue un amigo en su automóvil y los lleve a casa, junto a los suyos, en esta noche en la que los rumores que han circulado por la ciudad durante todo el día sitúan la probabilidad del golpe, el regreso de la dictadura encarnada en un generalote de opereta. El taxista es un hombre moreno, -15- delgado, de mediana edad, que me comenta en un español de parvulario las históricas palabras del autor del pronunciamiento. «Que se meta mi destitución por el culo», parece que ha dicho el energúmeno, refiriéndose al presidente. Y que ha añadido, mezclando algunas blasfemias españolas con suaves interjecciones en yopará: «Los tanques los tengo yo, chamigo, como los huevos». Ramplona jerga cuartelera de la más baja ralea. El taxista celebra estas salidas a carcajadas. Quizá las inventa. No lo sé. No estoy seguro de nada. «Es demasiado macho este mi general Oviedo», dice subrayando la palabra macho con un dejo de amenaza, mientras me observa a través del espejo retrovisor y yo sigo apretando los papeles bajo el brazo y me pierdo en las imágenes que su lectura, apenas iniciada, ha ido creando en mi mente. Quiero llegar a mi casa antes de que sea demasiado tarde. No es ésta la mejor noche para recorrer las calles del centro de Asunción. En la mirada del librero de viejo he adivinado un cierto temor cuando estábamos regateando el precio de los legajos y hemos comentado los hechos recientes. Debe de tener motivos para ello. Quizá por eso me ha dejado el paquete a un precio tan bajo. Una ganga: apenas cincuenta dólares, y, por lo que he podido leer en el rápido vistazo que les he echado, un verdadero tesoro. Aprovecharé estos días de incertidumbre, bombas, corridas y tiroteos para revisar los papeles a mi gusto. Me pregunto ahora quién sería este Millán de Aduna y qué papel representaría en el Paraguay de su tiempo. Acababa de cumplir los doce años, cuando mi padre; que ya había logrado reunir una más que mediana fortuna en el comercio de vinos y cereales, decidió que viviera como caballero la vida de regalo que a él no le cupo en suerte por haberse visto obligado a lidiar desde muy joven con la fortuna. Descubrí que mis inclinaciones a la grandeza venían de lejos y que, si bien mi padre y mis -16- abuelos no habían podido ver que se cumplieran en ellos sus esperanzas, jamás habían olvidado que podían cumplirse en sus descendientes. Recuerdo que fue una fría y oscura noche de enero de 1733 cuando, siempre con Castaña halando de nuestra tartana, partimos de Samaniego hacia Logroño, en cuyo colegio de jesuitas me internaban mis padres para que en él cumpliera con mis obligaciones de escolar. Viajé dormido hasta La Puebla de la Barca, pueblo más grande que Samaniego, en el que nos detuvimos, mediada la mañana, a comer en un mesón antes de hacer nuestra entrada a Fuenmayor, desde donde, por el camino de Castilla, llegamos a Logroño. Aún me parece estar viendo el rostro de la

joven mesonera, una cara redonda con una postilla oscura en el labio inferior y una profunda tristeza reflejada en sus ojos. No sé por qué, pero pensé que estaba triste por mí y que lamentaba mi suerte. Siempre he guardado un grato recuerdo de aquella mirada, que me acompañó durante las dos primeras semanas de mi internado y a la que vuelvo cada vez que alguna cosa me entenece. La mirada de la joven mesonera de La Puebla de la Barca me acompaña siempre.

Hacía meses que el curso se había iniciado, y los escolares correteaban alegres por el claustro de piedra cuando llegamos aquella fría tarde de invierno al colegio de los jesuitas. El padre Montenegro, que entonces era el prefecto de estudios, una vez que dejé mis cosas en el sitio que me asignó en el dormitorio, al que me acompañaron tres alumnos de mi edad de los que, después de tantos años, no me acuerdo en absoluto, me invitó con una sonrisa a despedirme de mi padre y a integrarme en los corros de jugadores. Todos los chicos corrían y gritaban, y, bajo los arcos apuntados del claustro, volaban las pelotas de trapo sobre nuestras cabezas, rodaban sobre el empedrado los cinchos de los toneles y los muchachos caían una y otra vez al suelo en batallas campales imaginarias. Besé -17- a mi padre en sus dos mejillas sin rasurar y lo abracé por vez primera, recibí su bendición y, cuando ya estaban mis lágrimas a punto de saltar, un chico de mi edad de apellido Ceniceros, natural de Alesanco y cuyo padre era amigo del mío, me empujó hasta un corro de muchachos en el que se jugaba al pelotazo. No recuerdo mucho más de aquel día. Recuerdo haber jugado al marro y a la pelota hasta casi caer rendido. Recuerdo haber cenado aquella noche un plato de arroz blanco con un pedazo de tocino rancio, un chusco de pan duro y una pequeña jarra de agua. Recuerdo que conocí a Ramón Iruzubieta, de Huércanos, que se sentaba a mi lado en la mesa del comedor, a Miguel Ángel Pidal, de Bernedo, a Elizondo, de Funes de Navarra, a otro compañero de mesa natural de Oyón y cuyo nombre he olvidado tal vez para siempre, y poco más. También recuerdo que en la noche, ya en mi cama, arrebujado entre las mantas que conmigo había traído, no lograba conciliar el sueño y que todo me resultaba extraño y amenazador. Era la primera vez que dormía lejos de los afectos familiares.

Ahora que, desde la ventana de mi celda, observo la bahía de Asunción y las pequeñas casas de indios y españoles pobres que se amontonan junto a la Chacarita, pienso que toda mi vida ha transcurrido como si jamás hubiese salido de aquel primer encierro. Lo fue extremado, que los santos padres de la Compañía, entregados por entero a la salvación de la humanidad, se daban con harta frecuencia a la tortura de sus miembros, más aún si los tenían a mano y sometidos para que en ellos pudiera cumplirse aquel saludable principio latino de «ad augusta per angusta», que nosotros, como adolescentes que recién despiertan a la vida, traducíamos tan libremente como podíamos acordándonos de cierta señora Augusta Eguíluz, esposa de un boticario manco y mal encarado, ya bastante entrada en carnes según recuerdo, que vivía a un tiro de piedra de -18- nuestro colegio y con cuyas angosturas y estrecheces soñábamos y hacíamos en nuestra fantasía una a manera de alfombra floral de las que se preparan por Corpus Christi sobre la que correteábamos a nuestra entera satisfacción. Cada quien ponía en estos húmedos ejercicios lo mejor de su

inventiva. Y es que quedábanos entre aquellas cuatro paredes de cal y canto tan sólo la libertad de nuestra imaginación, que en todo lo demás estábamos tan amarrados y presos a la ajena voluntad de los santos padres como los galeotes a su banco. Los domingos y fiestas de guardar solían nuestros profesores llevarnos de paseo a las orillas del Ebro o del Iregua, en el antiguo barrio de Varea, y había ocasiones en las que llegábamos al Sotillo de la Isla por el Camino de San Gregorio o, cruzando el viejo puente de piedra que cierra la ciudad hacia Navarra, al molino que había en la otra orilla o a Cantabria, en cuyas cumbres, según era fama por entonces, había existido antaño una ciudad fortificada y en cuyos ribazos aún existían unas grandes cuevas excavadas por sus antiguos habitantes que nosotros explorábamos ávidos de encontrar los tesoros que imaginábamos escondidos por los gentiles. En ocasiones, solía yo quedarme en la explanada de la iglesia de Santiago contemplando desde su altura las caprichosas formas del León Dormido y soñando con los meses de verano en los que volvería a Samaniego con mi familia y mis amigos a ser de nuevo libre entre las mieses y bajo el sol. Después, corría a lo largo de la Rúa Vieja hasta alcanzar a mis compañeros, que se me adelantaban en la excursión. Solían esperarme a la puerta de la pequeña ermita de San Gregorio, donde los padres obligábanos a detenernos y a rezar padrenuestros y ave marías antes de reiniciar nuestro paseo.

Ahora, a la distancia de tantos años transcurridos, parecenme aquellos paseos maravillosos, y pienso que jamás fui tan libre como cuando fui esclavo en el colegio de los jesuitas, que si lo último éralo por -19- voluntad ajena, lo primero lo fui a pesar de quienes pretendían atenazarme y en ello me complací siempre. Ninguno de mis torturadores pudo entonces robarme el sueño o la sonrisa, ni pudo sujetar mi fantasía encerrándola entre las cuatro paredes del dormitorio en el que descansaba con mis discípulos, pues, en cuanto caía la noche, cerradas todas las puertas y ventanas de la casa, volvía yo contento a los campos de Samaniego o a los montes de Torrecilla, en los que siempre encontraba compañeros de juegos y de aventuras que se arriesgaban conmigo a ejecutar hazañas aún más meritorias que las de los caballeros antiguos en las lejanas tierras que habían nutrido, desde temprano, las fantasías de mi infancia.

Pesábanme, no obstante, las clases de latín del padre Emilio García como una gran losa sobre mis débiles espaldas. Era este padre un hombre pequeño, chupado, seco, canoso y natural de un pueblo cercano a Soria, a donde volvía los meses de verano a reponer las fuerzas perdidas durante el curso. Seseaba como un indiano, y, no teniendo más méritos como dómine que su autoridad de clérigo, torturábanos a todos con una palmeta hecha de madera de nogal cuyos golpes acompañaba con la cantaleta de «la letra con sangre entra», traducción libre de aquel «ad augusta per angusta» que tanto nos regocijaba por otros motivos y hecha a lo bestia, como de quien procedía la versión vernácula. Otro mucho más terrible era el padre Santiago Barranco, de Agreda como la famosa monja del pasado siglo, que había sustituido en el cargo de prefecto de estudios al padre Montenegro pocos meses después de que hiciera mi ingreso en el internado. Tenía el padre Barranco la mirada esquiva y los labios marcados por un rictus de lujuria y crueldad y disfrutaba las puñadas que solía darnos por cualquier insignificancia, dibujando en su rostro una fea sonrisa que nos helaba.

Decíase en los corrillos del colegio que tenía sus favoritos entre los más pequeños -20- y que a éstos solía llevarlos a su celda para premiarlos con golosinas y confites que hurtaba de la cocina. Ayudábanle sus favoritos como monaguillos a celebrar la misa de las siete de la mañana, misa a la que estábamos obligados a asistir a diario, congelándonos en aquella capilla de piedra por cuyos ventanales, jamás bien cerrados, penetraba a hurtadillas el cierzo matinal como un cuchillo que nos cortara las orejas. Cubríamonos éstas con bufandas de gruesa lana o nos las restregábamos con las manos para que fluyera la sangre por ellas y se calentaran. En los primeros días del verano, a punto ya de salir de vacaciones, la capilla se volvía, por el contrario, un sitio grato y muy fresco al que acudíamos para mitigar los sofocos y del que el padre Santiago Barranco, haciendo gala de su inagotable crueldad, nos expulsaba a coscorrónes y bofetadas.

No fueron ellos los únicos torturadores que conocí mientras duró mi internado en la casa de los padres jesuitas. Hubo otros de los que mis condiscípulos guardan, tal vez, peor memoria, y a los que yo, por ahorrarme el disgusto de su mal recuerdo, no quiero ni mencionar. Que el olvido cubra sus nombres para siempre y que los tiempos futuros sepulsen su iniquidad. No todos los padres, sin embargo, eran como el padre Barranco, ni todas las clases como las de latín del padre García. Recuerdo con gratitud al padre Zabalza, alto, cetrino y buen músico, y al padre Guardia, quien, a diferencia del padre García, sí sabía latín y hacía de su aprendizaje algo placentero e interesante. A ellos y al padre Valverde debo algunos de los conocimientos que todavía guarda mi memoria. Este último me enseñó a usar -y a abusar- de la excelente biblioteca de los padres, pues él creía, como yo creo ahora con firmeza gracias a él, que en la lectura de los buenos libros encuentra el hombre, si no la dicha (que ésta, tal vez, jamás llega a conocerla), el camino que puede conducirlo a la verdad. También me enseñó a -21- dudar de las apariencias, a desconfiar de los poderosos, a honrar la amistad y a acercarme a los débiles y tullidos, que en ellos se halla, si en alguna parte está, el mesías que habita entre nosotros.

Pienso, mientras leo, que no fue muy diferente la vida de colegial que tuviera Millán de Aduna en el siglo XVIII de la que hube de sufrir yo durante mi infancia en los altos cincuenta del siglo XX y en la misma ciudad. También conozco a los García y a los Barranco. También los he sufrido, aunque confieso que su mal recuerdo no me acompaña. Pienso que los García, los Barranco y los Oviedo son todos, sin que importe su oficio (curas o militares, burócratas o empresarios), de la misma calaña y que con mucha frecuencia esta clase de hombres inicuos se ha impuesto sobre los demás. Con demasiada frecuencia. Todavía se impone. No sé qué pueda estar ocurriendo ahora en las calles de Asunción mientras leo estos papeles y duerme a mi lado, con sueño inquieto, mi mujer. Hace unas horas, aparecían en televisión hombres y mujeres que esperaban en los jardines de Mburuvicharoga, donde vive el presidente, a que él les diera alguna señal de su repudio al intento golpista. Eran de partidos distintos, cantaban para darse ánimos y coreaban consignas libertarias. Temo por ellos. Temo por mí. Temo por mi mujer y temo por mis hijos. Temo por mis amigos y por todos esos hombres buenos que no conozco y que, en este momento, estarán

como yo: inquietos en sus camas, con los oídos atentos a los sucesos del día, siendo, a su pesar, actores de un drama que se repite una y otra vez y que una y otra vez, también con demasiada frecuencia, se resuelve en tragedia para los inocentes.

Acabo de ver, hace apenas unos minutos, la cara del general golpista por televisión. Estaba en su cuartel, esperando, al parecer, la decisión del presidente. Éste ha acudido a la gran plaza del Congreso, -22- en la que le esperaban miles de manifestantes que repudian el golpe. Siguen ahí después de los largos discursos, de los vivas y de los mueras. El presidente ha hablado y sus palabras han sido confusas, pero los manifestantes están decididos esta vez a no dejar que los aplasten, que se burlen de ellos. Hay hombres y mujeres de toda clase y condición, de todas las edades, pero abundan sobre todo los jóvenes con las caras pintadas y el furor de hombres libres reflejado en sus ojos. No le va a ser fácil al general golpista acabar con ellos. Ayer, en la oficina, me contaban que Oviedo, el patético gorila golpista, estaba loco. Tal vez sea cierto.

También me dijeron que era un hombre inteligente y muy valiente, y hasta un comentarista de Canal 9, un periodista gordo con cara de niño, se ha dirigido a él, en una especie de editorial, y le ha pedido que deponga su actitud y que entre a la Historia (así, con mayúscula ha leído la palabra poniendo énfasis en la hache) del país como lo que en realidad es: como un héroe. ¿Quién es el loco?

Durante las primeras semanas en el colegio hube de hacer grandes esfuerzos para alcanzar a mis compañeros de estudios. Habían iniciado el curso a mediados de octubre y me llevaban casi tres meses de ventaja. La razón por la que ingresé en enero es, para mí, todavía oscura, aunque algunos años más tarde mi padre me dijo algo sobre una deuda que los padres tenían con él y sobre el acuerdo al que habían arribado para cancelarla. El acuerdo comprendía mi educación con todos los costos del internado por cinco años. Yo sabía que mi padre surtía al colegio de vinos y cereales y que había venido haciéndolo durante los últimos diez o quince años, sin que sospecháramos en nuestra casa que los ricos jesuitas sufrían, como los demás mortales, los estragos de la situación desastrosa a la que la guerra nos había condenado a los españoles. No hay que olvidar que con la famosa Paz de -23- Utrecht, por la que tantos lamentos se elevaron al cielo en aquella época, perdimos muchas de las posesiones que teníamos en Europa y que las malas cosechas, que tan rico habían hecho a mi padre en tan pocos años, habían acabado con el lujo excesivo de no pocas casas nobles y con las esperanzas de los más necesitados. A éstos sólo les cabía escapar a Indias, entrar en un convento o echarse a pedir en la puerta de alguna iglesia, extendiendo la mano encallecida por el trabajo. Pocos fueron los que, como mi padre, sacaron ventaja de la necesidad, que los únicos que en aquellos años podían lucir batistas y terciopelos en sus trajes eran los extranjeros o los mineros recién llegados del Perú. España languidecía, y los españoles se sustentaban, como nosotros en el colegio de Logroño, de arroz con tocino, sopas de trigo y poco más, que en todo se echaban de menos los buenos tiempos, aquellos en los que, al decir de nuestros abuelos, se ataban los perros con longaniza. Si yo sufrí el arroz con tocino y las lentejas aguadas que a diario decoraban las negras mesas de madera del triste comedor de los jesuitas, también es cierto que pude

hacerlo gracias a que mi precavido padre, cada vez que llegaba a visitarme con la tartana en alguno de sus viajes, traía consigo grandes tasajos, lonjas de jamón, chorizos y, en ocasiones, hasta mazapanes, manzanas y castañas, golosinas todas con las que borraba de mi mente, por algunos días o algunas semanas, los prolongados ayunos a los que la piedad jesuítica nos condenaba a todos. Mis mejores amigos estaban tan atentos a la llegada de mi padre como lo estaba yo mismo, y, cuando sus visitas se espaciaban por motivos que todos ignorábamos, no eran menores sus lamentos que los míos, y todos juntos contábamos los días y semanas transcurridos desde la última vez que viéramos la estampa de nuestra Pequeña en la puerta del colegio.

-24-

Quizá se debiera a ello mi progreso en los estudios, pues a mediados de abril había alcanzado a mis compañeros y hacia finales de mayo, en puertas de los exámenes, ya se me consideraba un estudiante aventajado. Cuando en junio abandoné el colegio y volví a Samaniego a pasar las vacaciones con mi familia, traíame conmigo mis buenas referencias de estudiante, algunas anécdotas que contarle a mi hermana Leona, que ya había sido prometida al hijo de un médico de Logroño, la amistad de José Luis Gil, Ricardo Ceniceros, los dos primos Javier Blanco y Javier Arrillaga, de Villar de Torre, y el navarro César Burguete y unas ganas locas de comer hasta hartarme unos buenos huevos fritos con pimientos, que de todos los platos a los que la habilidad de mi madre había aficionado era el que más había echado en falta en mis largas jornadas de colegial. Desde entonces, quizá sea el de los huevos fritos con pimientos el plato que más me gusta, en especial cuando los pimientos son de la bendita especie que en mi tierra decimos de Santo Domingo, por criarse en La Calzada mejor que en ninguna otra localidad de La Rioja. Los huevos puedo cambiarlos en cualquier momento por escalopes y hasta por lo que en las Indias llamamos un churrasco. También me gustan los pimientos con pescado. Por desgracia, carecen los locotes paraguayos de la calidad de los pimientos de mi tierra, si bien, en ocasiones, los mejores pueden llegar a compararse. Aquel verano de 1733 fue para mí realmente estupendo. Me levantaba tarde en las mañanas e iba en busca de mis amigos. Muchos de ellos trabajaban ayudando a sus padres en las tareas del campo. Era mucho lo que había que hacer: segar, acarrear, trillar y guardar el trigo en los graneros. El sol brillaba en todo lo alto cuando los viejos trillos, atados a los correajes de las acémilas, giraban en la era y nosotros montábamos en ellos sintiendo, con los ojos cerrados, -25- que navegábamos hacia las lejanas islas de los mares del sur en busca de aventuras. Otahiti, la isla que descubriera Fernández de Quirós, era nuestro destino final. En los últimos días de agosto, cuando los labradores cargaban hacia los trojes los sacos de cereal, Javier Arrillaga pasó dos días en mi pueblo, camino a La Guardia, donde vivían sus abuelos. Fuimos juntos de paseo hasta Ábalos y San Vicente y pasé con él momentos muy divertidos, pero aún más divertidos y emocionantes fueron los que pasé con mi primo Anastasio Sádaba en un viaje que hicimos a Nájera acompañando a mi padre. Visitamos el convento de Santa María, subimos por el monte hasta el castillo en ruinas, exploramos las cuevas que se levantan sobre el Najerilla, tratamos de pescar truchas protegidos por la sombra de los chopos en la ribera,

saltamos, corrimos, cantamos y jugamos hasta casi quedarnos sin voz y sin fuerzas y, cuando ya habíamos iniciado el retorno a Samaniego, en el camino de Torremontalvo, junto a la antiquísima torre de los condes de Hervías, la vieja tartana se volcó sin que ninguno de los cuatro, incluida nuestra Castaña, sufriéramos otro disgusto que el susto que nos produjo tan imprevisto accidente. Con la ayuda de unos labradores de Cenicero que arañaban con sus azadas unas tablas de garbanzos en una huerta cercana, pudimos dar la vuelta a la tartana y proseguir el viaje, que concluyó con fortuna cuando ya el sol se había ocultado y las calles de Samaniego se protegían en la penumbra.

Aquel verano leí mucho, porque, de pronto, me di cuenta de que tenía tiempo para todo. Iba a misa en las mañanas para complacer a mi madre, jugaba con mis amigos, y mi hermana y yo paseábamos hasta bien entrada la tarde, cuando, a lo lejos, oíamos la campana que llamaba al rosario, pero, sobre todo, leía los viejos libros que conservábamos en casa desde la época de un bisabuelo mío que había sido muy aficionado a pasar el tiempo entre novelas -26- y vidas de santos. La lectura es una cuestión de costumbre, y yo la adquirí para siempre ese verano. Ya me lo había dicho el padre Valverde.

-Lee, hijo mío, que, cuanto más leas, más querrás leer y en pocas cosas encontrarás más satisfacción que en la lectura.

-¿Y qué he de leer, padre? -le había preguntado.

-Todo y de todo, aunque a tu edad hay cosas que se te prohíben, no porque sean malas en sí mismas, sino porque pueden sembrar la duda en una mente que todavía no está preparada para enfrentarla.

Para muchos otros padres, sin embargo, la lectura era un hábito peligroso. También lo era en opinión de mi madre, que imaginaba que el estar con un libro entre las manos debilitaba a los hombres y podía enfermarlos. Creía, en su bondad, que lo más sano y adecuado para alguien como yo era correr por el campo, ir de caza con la escopeta al hombro, aprender de mi padre el oficio de comerciante, bañarme con agua fría y comer hasta reventar. Eran de temer los platos que me ponía debajo de las narices, y todavía más el gesto de disgusto que dibujaba en su rostro cuando, por no tener suficiente apetito para devorarlos, dejaba algo en ellos.

-¡Te vas a quedar más flaco que una lamia! -me reprochaba.

-Es que no tengo hambre.

-¿Cómo vas a tener hambre, si te pasas todo el día leyendo y sin hacer nada de provecho?

Y, diciendo esto, me servía un vaso colmado de vino espeso y dulce que, según ella, habría de devolverme las fuerzas que se me habían consumido en la lectura.

-27-

-Nada bueno ha de salir de saber tanto, que mi tío Jerónimo, siendo lo listo que es y sabiendo tanto por haber leído, está hace más de dos años en cama sin poder levantarse.

Para mi buena madre, la salud y la lectura eran incompatibles.

-No sé -me dijo en una de esas ocasiones en las que mi falta de apetito llegó a exasperarla- para qué te metió tu padre en ese colegio de la ciudad. Jamás he conocido a un solo letrado que goce de buena salud. Por fortuna, mi padre pensaba exactamente lo contrario.

-No digas tonterías, Engracia. El chico crecerá tan fuerte como cualquiera -le dijo, un tanto malhumorado, en aquella ocasión.

Mi madre no volvió a insistir sobre el tema hasta tres o cuatro días más tarde. Sus quejas me sonaban, para entonces, como las gotas de la lluvia sobre el tejado: repetidas, monótonas e inofensivas: una cantaleta vacua que no había más remedio que aguantar y que me obligaba a esbozar, de vez en cuando, una sonrisa. Aquella sonrisa exasperaba aún más a mi madre, y hubo un día en el que me persiguió por toda la casa con un trapo de cocina a manera de látigo hasta que me arrinconó contra un armario en su habitación. Tan indefenso debió de verme en ese momento que, dejando caer el trapo al suelo, rompió a reír sin poder contenerse y terminó por abrazarme y acariciarme como sólo ella sabía hacerlo.

Aquel verano fui también muy feliz. Y no sólo por las cosas que cuento de mi madre y que en el recuerdo me enternecen hasta sacarme lágrimas, sino porque, junto a mis juegos y lecturas, creo -28- que también disfruté, a mi manera (la manera de un niño que apenas despierta a la vida), del amor. Lo disfruté como se disfruta de un vino prohibido cuyas gotas apenas nos rozan los labios y lo sufrí por no haber podido beber de su copa. Había en Samaniego, pasando sus vacaciones, una niña rubia de Vitoria de ojos grandes del color del caramelo, mejillas rosadas y boca pequeña, que en la misa del domingo y en el rosario de la tarde se sentaba con unas primas mías de las que se decía muy amiga. Su padre, comerciante en género que importaba telas de Holanda y se había hecho rico en el comercio de las Indias, era un hombre pequeño y grueso, calvo y mal encarado que venía a casa con su esposa todos los días al atardecer, cuando los labradores volvían de las eras con sus alforjas al hombro y la satisfacción que sólo el trabajo honesto sabe dibujar pintada en el rostro. Se decía en el pueblo que su madre era muy bonita (flamenca, decían con admiración las pueblanas) y, según mi hermana Leona, bastante más joven que su esposo. Era una mujer alta y de un gesto altivo y distante que, empero, la nimbaba de majestad. Lo que los esposos se traían entre manos era precisamente el futuro de mi hermana, que, como ya dije antes, había sido comprometido con el hijo de un médico de Logroño cuya casa frecuentaba mi padre cada vez que viajaba a la ciudad. El comerciante de Vitoria quería que se rompiera el compromiso, y mi padre, que había dado palabra de conservarlo, no accedió jamás, aunque, como le decía por entonces a mi madre, una unión semejante nos habría convenido a todos. Años más tarde, estando ya casada Leona con el logroñés, supimos que la casa Amunategui, que éste era el apellido de los padres de mi amada de aquel verano, se había arruinado, aunque, por fortuna, Cecilia había logrado unirse en santo matrimonio unos meses antes con un caballero irlandés sobrino de un canónigo de la catedral de Burgos que la llevó a su isla, donde tenía puesta casa y gozaba de buena hacienda. Quizá todavía, si -29- vive, me recuerde. Yo la imagino alzando con su mano los visillos de una pequeña ventana a través de cuyos cristales ve caer la lluvia sobre la hierba.

Cecilia Amunategui fue mi amor de aquel verano. Cada vez que la veía, me quedaba sin voz y comenzaban a temblarme las piernas. Debía de poner cara de tonto en su presencia, porque la niña rubia de Vitoria no podía evitar, al verme, llevarse la mano hasta la boca para apagar con ella la risa que la invadía. Con mis primas y autorizada por don Sixto, subía en las tardes

al coro de la iglesia donde tocaba el viejo órgano con gran habilidad y maestría. Se decía que en su casa de la ciudad tenía un clavicordio y que a este instrumento sabía arrancarle sonidos aún más afinados y sugerentes que los que le arrancaba al órgano de la iglesia con tan delicados dedos. Yo la escuchaba escondido a oscuras dentro de un confesionario, temeroso de que me descubrieran. Así escondido pasé muchas tardes, y, cuando ya calculaba próxima la llegada de don Sixto, salía con todo sigilo de que era capaz al pórtico y esperaba al cura para besarle la mano y pedir, contrito, su bendición. Jamás se lo confesé. Estoy casi seguro de que jamás se dieron cuenta mis primas, ni Cecilia, ni el buen párroco don Sixto, que ya era viejo, de lo que hacía. Después, cuando venían mis amigos, jugábamos al trompo esperando la tercera llamada del rosario o nos entreteníamos en el pórtico contándonos historias de aparecidos para meternos miedo. También nos entreteníamos, en ocasiones, lanzando nuestras gorras al aire para cazar murciélagos.

Aquellas tardes eran extraordinarias, y yo las esperaba durante todo el día. Los atardeceres se prolongaban y las noches eran claras y festivas. Olían a heno y a flores del campo. Tenían los aromas de la felicidad. Una noche, volviendo yo de casa de un amigo en cuyo -30- portal habíame entretenido después del rosario tropecé, de manos a boca y sin que mediara aviso alguno, en una esquina, con la niña rubia de Vitoria. Ella casi cayó al suelo del susto, y yo me apresuré a sujetarla. La tomé de un codo con toda mi fuerza (el temor de haberle hecho algún daño me ha acompañado el resto de mi vida) levantándola y atrayéndola hacia mí, y tan cerca ambos estuvimos por unos segundos que sentí junto a mí su respiración agitada y el atolondramiento que le impedía pronunciar palabra. No pude decir nada y quedé como paralizado. Cuando, al fin, pude reaccionar, me aparté de ella como quien aparta su mano de un hierro candente. Después, cuando imaginé que no me vería, eché a correr hasta mi casa a toda la velocidad que daban mis piernas. Aquél fue quizás el momento más feliz del verano. Estaba ya a punto de cumplir los trece años y sentía que el mundo entero me pertenecía. ¿Quién no se ha sentido a los trece años un hijo predilecto de los dioses?

El maestro del pueblo me llamó un día a su casa porque quería conversar conmigo de asuntos que él consideraba de la mayor importancia. Comenzó preguntándome por mis estudios, las calificaciones obtenidas, la organización del colegio y el carácter de los jesuitas.

-¿Es cierto que todos son muy inteligentes? -me preguntó con aire de misterio.

-No lo sé -le respondí.

La verdad es que no lo sabía. Tenía, al respecto, las ideas muy confundidas. En el colegio vivía un sacerdote muy anciano, alemán de nacimiento, pequeño, regordete y sonrosado, del que se aseguraba que era un sabio. Yo lo había visto tan sólo una mañana paseando después de la misa por los jardines del claustro con el breviario abierto entre unas manos pequeñas, blanquísimas y delicadas. -31- Parecía ensimismado en sus oraciones. En ese momento me dio la impresión de que era un anciano bondadoso. Ese mismo día por la tarde, a la hora del recreo, le pregunté a Ricardo Ceniceros por el sabio teutón.

-Es hijo de un príncipe alemán -me respondió-, y, si él quisiera, sería

cardenal.

Nunca más lo había vuelto a ver. A veces pasaba a posta debajo de la ventana de su celda, pero jamás le vi tan siquiera la sombra. El padre Pedro Pablo Bunsen, que así se llamaba, pasó a ser el misterioso personaje de muchas de mis fantasías más logradas de aquel tiempo. En aquellas mis primeras vacaciones de verano traté de escribir algo sobre él y comencé una historia que no pasó de unas cuantas líneas mal emborronadas y llenas de tachaduras. Quería hacerlo misionero en las lejanísimas islas del Pacífico, descubridor de misteriosas plantas y árboles extraordinarios, pero pronto me di cuenta de que las islas de los mares del lejano sur seguían siendo para mí un misterio y que sólo sabía de ellas que existían y que algunos osados navegantes habían logrado hollar sus orillas con sus botas de cuero. No sabía más. Con todo, sentíame un escritor y tanto gusto le tomé al simple hecho de tener la pluma entre mis manos que, en lo posible, procuraba que no pasara un día de la semana sin hacerlo. Así escribí muchas y muy malas silvas, sonetos totalmente prescindibles y no pocas décimas cuyas rimas martillaban en ocasiones mi memoria durante días. Con mis amigos, dábamelas de poeta inspirado y, como en aquel primer año de estudiante algún rudimento había recibido de ergotista, también me las daba de lógico y de dialéctico, que éstos mirábanme con los ojos desorbitados cuando comenzaba a ensartar sorites sin orden ni concierto sobre cualquier tema que saliera a colación.

-32-

Por fin llegó el momento de volver al colegio: llegó octubre. Las clases comenzaban una vez pasadas las fiestas de San Mateo, patrón de la ciudad. Entre el día central del santo y el inicio oficial de las clases había algo más de una semana, que los logroñeses, de carácter festivo y alegre, alargaban hasta el primer domingo del mes, dedicando los días festivos a toda clase de diversiones, incluidas las grandes comilonas y unas corridas de toros en la plaza del Coso a las que deben de seguir siendo aficionados. En total, eran entre dos y tres semanas de fiestas ininterrumpidas en las que todos se esforzaban por ser felices. Tomaban las cuadrillas de mozos el camino del Cortijo y, una vez pasada la Aguardentería, deteníanse en una pradera junto al Ebro en la que las dulzainas levantaban las sayas de las muchachas, invitando a todos a continuar la verbena hasta bien entrada la noche. Solían ser frescas ya en ese tiempo tan próximo a las vendimias. En los primeros días de clase, los padres jesuitas nos hablaban siempre del mal ejemplo que daban los mozos en las verbenas y de las medidas que deberían tomar las autoridades de la ciudad para prohibir las fiestas o, cuando menos, reducirlas, pero lo cierto es que a todos nos cosquilleaban los pies cuando escuchábamos los tamboriles desde el dormitorio. Como, pese a los años transcurridos y a las canas, me siguen cosquilleando ahora, cuando escucho, a lo lejos, el rasgueo de una guitarra.

Así comenzaba el año escolar: con fiestas. Y también con fiestas terminaba, que San Bernabé, el otro patrón de la ciudad, se festejaba el 11 de junio, cuando el estío estaba a punto de meter sus soles en las hojas del almanaque. El que lo hiciera así me complacía en extremo, pues se me hacía menos penoso el iniciar el curso con San Mateo y endulzar sus postrimerías con las danzas de San Bernabé, amén de los peces y el vino

que a todos nos alcanzaban los regidores del cabildo.

-33-

Parece que no ha ocurrido nada. O que ha ocurrido todo. El presidente ha hablado. El pueblo lo ha escuchado. El presidente ha dicho que Oviedo será ministro de Defensa y que ha pasado al retiro como general. Ahora es un general en retiro y un político en activo muy peligroso. Los jóvenes caraspintadas siguen en la plaza del Congreso, la antigua plaza Mayor, la plaza de armas de la ciudad colonial. No se mueven. No quieren que el general golpista ostente cargo alguno. No les falta razón: ha atentado contra la libertad del pueblo, contra su soberana voluntad. Gritan consignas cargadas de fuerza. Y de rencor. Es lógico: quieren arrancarles de los labios la copa de una libertad que apenas han paladeado. Las palabras son gruesas y los gestos foscos. Se levantan los puños y se corean consignas. Los jóvenes se multiplican. La ciudad sigue esperando. Los viejos papeles crujen en mis dedos, como si se quejaban del roce. Los dejo sobre la mesa y me traslado mentalmente a Logroño, paseo por el Espolón, recorro Portales, desciendo por las escalerillas donde están los hornos en los que se asan los corderos, huelo su carne tierna y crocante, camino por las viejas calles de la ciudad. Silba el viento en la placita que está junto a las murallas, frente al convento de La Merced, la antigua fábrica de tabacos convertida en edificio del Parlamento Riojano. Hay en ella una casa pintada de rojo que me gusta y un café recoleto en el que me gustaría estar en este momento con mi mujer. Trato de imaginarme cómo sería Logroño a comienzos del siglo XVIII, cuando Millán de Aduna recorría sus calles y soñaba, quizá, con senderos abiertos en la selva y sombreados por los lapachos que, en tres meses más, extenderán sobre el cielo de Asunción la maravilla cromática de sus flores. En el Logroño imaginado por mí la nieve comienza a caer con pausa sobre sus tejados.

-34-

Durante los cinco años que permanecí como colegial de los jesuitas jamás me sentí mejor que en el último. Habíame olvidado de la niña rubia de Vitoria, y mi hermana Leona, ya casada, vivía en la ciudad, en la calle Erventia, a unos cuantos pasos del colegio. Algunos domingos, los padres me autorizaban a visitarla, y Leona me recibía con fiestas y golosinas. Íbamos a la iglesia de la Redonda, inacabada y rodeada de andamios, a escuchar la misa y, a la salida, paseábamos por las calles como cuando éramos niños en Samaniego, tomados de la mano. Recuerdo que aquel año hablamos mucho del amor, de las chicas casaderas que ella conocía y de la necesidad de encontrar algún buen partido, pues, siendo, como lo era, segundón, era también necesario que mirara por mi futuro. Bien que lo sabía, pero en aquel tiempo no me sentía aún capaz de fijar mi pensamiento en lo que para mí no pasaban de ser cálculos mezquinos. A los diecisiete años recién cumplidos, nadie que esté en sus cabales piensa en semejantes tonterías.

-La hacienda de padre queda en mis manos -me dijo un día Leona-, y Domingo la administrará, según imagino. A ti te queda una renta de poco más de tres mil reales al año. Lo que quiero es que sepas que no me importa pelearme con mi marido y que, siempre que lo necesites, puedes disponer de la hacienda como si fuese tuya. Si tomaras partido...

Domingo Herranz era su marido, el hijo del médico logroñés. Sentía gran

inclinación por los negocios y había abierto con su propio peculio una oficina en los altos de su casa en la que, con la ayuda de un escribiente apellidado Arróniz, llevaba al día todos los asuntos y cuentas de mi padre. Éste estaba muy satisfecho de su yerno y solía decir que, tanto o más que un hijo, había ganado un socio al casarlo con Leona. Cuando podía, acompañaba a mi padre en sus -35- periplos y se los veía a ambos con frecuencia recorriendo con la tartana los caminos de La Rioja. A veces, se llegaban hasta Burgos y hasta Vitoria, donde Domingo tenía el proyecto de montar una sucursal de sus negocios. Los pensamientos que ocupaban mi mente en aquella época eran, sin embargo, de naturaleza muy diferente. No sentía las mismas inclinaciones de mi cuñado, y el amor no era para mí algo que se pudiera comprar y vender en la plaza como si fuese un retal de género, sino algo que yo debía conquistar con mi esfuerzo, un verdadero tesoro oculto a mis sentidos y que algún día me sería dado conocer. Yo tenía hecho el firme propósito de no casarme hasta encontrarlo. -Soy demasiado joven para pensar en esas cosas -le respondí a mi hermana en esa ocasión.

Mi padre había decidido que continuara estudios de leyes en Alcalá o en Oñate, pueblo mucho más cercano y al que había prometido ir a visitarme al menos una vez al año. Si iba a Alcalá, sólo vería a mi familia durante los meses de verano, pero a mí se me antojaba mejor vivir lo más lejos posible de los jesuitas de Logroño y lo más cerca que pudiera de los placeres de la corte. Se hizo mi voluntad y partí para Alcalá una buena mañana de septiembre a lomos de un caballo que mi padre me comprara y en compañía de unos arrieros a los que conocíamos bien y en uno de los cuales tenía puesta mi padre toda su confianza. Corría el año 1738. Cargaban los arrieros piezas de género hasta Almazán, y el amigo de mi padre, que se llamaba Ismael, se había comprometido a acompañarme hasta Alcalá, si es que en Almazán no encontraba un buen guía y de su confianza. Desde Logroño a Torrecilla el camino me era conocido, pero, al salir de este pueblo, abríanseme los ojos en el camino que va a Ortigosa pasando por Nieva y El Rasillo. De Ortigosa de Cameros -36- pasamos a Villanueva, Villoslada y Lumbreras y, desde ahí, atravesando Piqueras, llegamos a La Poveda de Soria. Parábamos en cada aldehuela para comer alguna cosa, descansar y calentarnos. El frío cortaba la respiración. El blanco sudario de la nieve cubría el paisaje en pleno septiembre, y no se veía un alma en muchas leguas a la redonda. A lo lejos, veíamos algún pastor con su rebaño, pero eran pocos, porque la mayoría de ellos ya estaba haciendo el camino de las cañadas reales hacia las Extremaduras. Cuando llegamos a Soria ya no nevaba, pero, como seguía haciendo mucho frío y ninguno decía tener demasiada prisa, nos quedamos como tres días en un mesón divirtiéndonos con las gracias y ocurrencias de unos estudiantes de leyes que pasaban de Zaragoza a Valladolid por no querer sufrir las rigideces de un catedrático de aquella famosa universidad, que, según comentaban, habíase quedado bizco cuando le alcanzó el ojo la base o la raíz (que en esto no se ponían de acuerdo los futuros golillas) de uno de los cuernos que le ponía su mujer.

-Digo yo -argüía uno de ellos, alto, flaco y con trazas de dialéctico- que ha de ser base, pues la materia querática es de tal naturaleza que crece sin raíz que se incruste en parte alguna.

-Confunde vuesa merced, señor bachiller -respondíale otro, no menos flaco, pero menos aventajado en el talle-, raíz y rizoma, palabras ambas de similar origen, pero de muy distinta significación por el uso que de ellas hacen los físicos en sus tratados y por ser de lenguas también distintas en su etimología más aceptada. Convengo con vuesa merced en que no hay rizo o rizoma, como prefieren decir algunos estudiosos, mas no puedo jamás convenir en que una tal carencia suponga carencia de raíz, pues ésta está en la base de todas las cosas que en este mundo que conocemos tienen existencia, pues ha de saber, señor bachiller, que raíz también significa -37- génesis y principio de algo, y así viene a ser, por principio, base y raíz, o raíz y base, lo que cegó a nuestro maestro, aunque a vuesa merced se le antoje tan sólo base y no raíz, como si tales cosas fuesen distintas y aun opuestas. Importa poco si la materia de la raíz en cuestión es querática, xylónica o más simplemente dendrítica, que todas se ajustan por igual a las leyes universales del ser.

Por detenerse en la raíz, se olvidaron de los cuernos del catedrático, y jamás supimos cómo y con quién se los había puesto su mujer. Tampoco supimos cuál era la cátedra de la que él disfrutaba en la universidad y en la que tantos obstáculos había puesto a la carrera de aquellos estudiantes. Los galimatías en los que estos últimos fundaban sus extraordinarios argumentos hacían reír a los arrieros y a mí me hacían soñar con un futuro en el que pudiera disfrutar de tan bellas y caballerescas amistades, que se me hacía que todos los estudiantes habrían de ser tan despiertos como los que entonces disputaban con tanta pasión y por tan poca cosa. Tenía yo por entonces de los estudiantes en general y de la vida estudiantil una imagen en la que, a la acumulación del saber, que a mí se me antojaba deseable, se unían la diversión, la fiesta, la broma y la vida disipada y libre, que aún se me antojaban éstas más apetecibles que el saber mismo.

Salimos de Soria cuando a septiembre sólo le quedaban dos hojas en el almanaque. Hacía sol aquella mañana. Los estudiantes habían partido el día anterior hacia el Burgo de Osma, cuyo anciano obispo era tío de uno de ellos y del que esperaban obtener posada y pitanza durante algunas semanas. Dejaron una parte de su cuenta sin pagar en el mesón y a una criada de la casa llorando a moco tendido por un desaguisado de los que sólo arreglan las celestinas más experimentadas. La mujer del mesonero, una señora de mucha -38- edad y pocas palabras, habíale dicho delante de todos a uno de los estudiantes el día anterior una antigua conseja de la que hasta ahora no me olvido: «Estudiante, tunante, deja a esa niña, que, aunque va por el monte, no va perdida». Con todas estas novedades crecían en mí las ganas de ser estudiante, y en todo el trayecto que separa Soria de Almazán di en pensar en las mil y una aventuras galantes que, a no dudar, tendría en Alcalá, pues me consideraba a mí mismo no mal parecido y con sobradas dotes de conquistador.

En Almazán nos despedimos todos, y yo partí con un corto grupo de clérigos que se dirigía a Sigüenza. Eran tres canónigos de la catedral de esa ciudad del Henares y cinco beneficiados de algunas de sus parroquias. Traían consigo tres hombres armados hasta los dientes y cuatro mulas de carga que llevaban unos bultos tan grandes que habrían de levantar las sospechas de todos los ladrones de la comarca. A mí me aceptaron con ellos

con la condición de que les sirviera en todas aquellas cosas de que hubieren necesidad.

-Con nadie podrás estar más seguro que con ellos -me dijo al despedirme el amigo de mi padre-, pero guarda bien tu bolsa, que nadie sabe rapar mejor las bolsas en España que los canónigos de la catedral de Sigüenza. Si rezan, reza, pero no te muestres chupacirios, que, en notando que lo haces, fácil les será entrar al asalto y dejarte sin blanca en nombre de todos los santos de la corte celestial.

Llegamos a Medinaceli al día siguiente, tras haber descansado en Alcubilla de las Peñas, una pequeña aldea ligeramente desviada de nuestro camino, de donde era natural uno de los curas beneficiados que nos acompañaban. La familia del cura hízonos en este pueblo toda suerte de regalos en forma de comidas suculentas, que a los asados de cordero, de los que disfruté con largueza, añadieron algunos -39- frutos de huerta que hicieron mis delicias y unos chorizos rojos y picantes que bien merecían haber sido hechos en mi tierra de lo sabrosos que se encontraban. Regaláronme, además, cama caliente en un pajar, que a los canónigos y a los beneficiados los distribuyeron en las casas de la vecindad para que descansaran a su gusto sobre colchones de lana. Cuando salimos de aquel pueblo hacia Medinaceli, el tiempo era otra vez bueno, y así continuó hasta que llegamos a destino. Despedime de ellos en Sigüenza, pedí la bendición del que imaginé más viejo y de más autoridad, busqué una posada y, a la mañana siguiente, antes de que apuntara el alba, salí solo al camino que conduce a Alcolea del Pinar, donde esperaba encontrar compañía para proseguir mi viaje hasta Alcalá de Henares. Envolvime en la capa y apuré el paso de mi caballería, pues soplabla el cierzo y, en el horizonte, veíanse los campos nevados y desiertos.

A pesar de que sólo había pasado poco más de una semana desde que había dejado mi casa de Samaniego, tenía la impresión de que habían transcurrido años desde que besé por última vez a mi madre. También tenía la impresión de haber envejecido, de haber crecido de repente. Me sentía un hombre y no tenía miedo en aquellos andurriales. Lo que sí tenía era mucho frío y unas ganas locas de llegar a Alcolea del Pinar y guarecerme en alguna de sus posadas. Todos mis compañeros de viaje habíanme asegurado que en esta zona de Alcolea no hace calor ni en pleno agosto y que lo mejor es cruzarla lo antes posible, pues, al frío, añade la pobreza de sus campos, que, por carecer, carecen hasta de malos árboles bajo los que pueda refugiarse el viajero desprevenido. Cuando llegué al fin a Alcolea, como al mediodía, me dijo la posadera en cuya casa paré que, al día siguiente, partían hacia Alcalá unos estudiantes de Aragón con los que, sin duda, podría viajar sin contratiempos. Yo tomé su consejo por acertado, me puse en contacto con ellos, que dormían -40- en la misma posada, y quedamos en que, al romper el día, todos nos habríamos puesto en camino hacia nuestra meta. Comí bien y en abundancia, tuve una buena conversación de sobremesa con mis nuevos compañeros, paseamos, más tarde, un poco por el pueblo, dormimos todos lo mejor que pudimos y, al día siguiente, estábamos a la puerta de la posada con nuestras acémilas y caballos dispuestos a reemprender el viaje. Los estudiantes aragoneses eran cinco y traíanse consigo dos criados y dos acémilas cargadas con sus bultos y maletas. La mía colgaba de mi caballo.

-Debe saber vuesa merced -díjome uno al que llamaban Longaniza por su estatura, de cabello oscuro y muy delgado- que, aunque hace sólo unas pocas horas que nos hemos conocido, ya lo tenemos por uno de los nuestros y que, mientras viaje y viva con nosotros, contará con los favores de nuestra amistad.

Eran tenidos entonces en España los aragoneses por hombres cabales, nobles y sin dobleces, y mis compañeros de viaje respondían, sin duda, a la bien ganada fama de los nacidos en esta tierra, como me lo demostraron mientras duró nuestro trato en la universidad. Hicimos juntos el camino hasta Guadalajara y, desde allí, hasta Alcalá sin contratiempos. Parábamos en las ventas, liberábamos nuestro estómago de las torturas del hambre, dormíamos a pierna suelta, robábamos algún que otro beso a las venteras más hermosas, bebíamos lo que nos pedía el cuerpo y, a la mañana siguiente, bien temprano, continuábamos nuestro camino, cantando y contando historias, hasta que nos encontrábamos con otra venta, donde volvíamos a repetir nuestras hazañas. Llegamos a nuestro destino el seis de octubre por la mañana, cuando ya las clases estaban a punto de iniciarse, y, como ninguno de nosotros gozaba de beca alguna y estábamos condenados al manteísmo y sus penalidades -41- mientras duraran nuestros estudios, buscamos posada y nos matriculamos en los cursos y cátedras que más convenientes parecieron a nuestros propósitos. El Longaniza, cuyo verdadero nombre era Miguel Blasco, fue -y lo sigue siendo en mi recuerdo- mi mejor amigo. Ambos teníamos idénticas aficiones por la lectura, las tertulias prolongadas, el vino y las mujeres, y, desde el momento mismo en que trabamos amistad, prometimos pasar juntos, de ser posible, la mayor parte del tiempo. A los cinco meses de haber llegado a Alcalá de Henares, tres de nuestros compañeros buscaron otro alojamiento en el otro extremo de la ciudad, más cercano que el nuestro a la universidad, y en la posada en la que estábamos alojados sólo quedamos Miguel, Simón, un pelirrojo que había tenido, desde muy temprano, inclinaciones al sacerdocio, y yo. Los tres estrechamos entonces una amistad que ha durado para siempre.

Mis mejores recuerdos de aquellos años están unidos a mis amigos: las largas, interminables charlas nocturnas en las que, so capa de estudio, quedábamonos hasta altas horas de la noche a la luz de una vela y un lejano candil discutiendo sobre las cosas más peregrinas y soñando imposibles, los paseos a orillas del río, las locuras de Simón, la prudencia de Miguel Blasco y su afición a la música popular. ¡Cuánto echo de menos aquellas tertulias y aquellos paseos! ¡Qué no daría yo en este momento, cuando me ahoga Asunción con sus calores de trópico, por volver, siquiera media hora, a las tabernas de Alcalá y resucitar los viejos amores, los fenecidos sueños! ¡Qué no daría yo por encontrarme de nuevo con Miguel y estrecharlo entre mis brazos! Pasábamos horas en las tabernas y abandonábamos, como jóvenes inadvertidos, nuestros estudios. Más nos interesaban las comedias y las canciones que el maldito Digesto que estábamos obligados a aprendernos de memoria. Más nos -42- interesaba el saber del pueblo que destilaban las conversaciones de taberna que los infatuados exordios latinos de nuestros catedráticos y maestros: más Quevedo que Ulpiano y más los escritos satíricos de Villarroel y las agudas observaciones de fray Benito que las recopilaciones de Solórzano y

Pereyra. En fin, que si bien estudiábamos para leguleyos y estábamos destinados a acabar nuestras vidas como abogados de las reales audiencias, si otra cosa no disponían los poderosos colegiales, más se inclinaba nuestra afición a cualquier cosa que a las mismas leyes y a los ergos siempre prestos de nuestros colegas, que la aridez de estos últimos, la estolidez de nuestros maestros y su inflexibilidad hacían que las mismas leyes fueran impenetrables a nuestras inteligencias. No pudo ser mucho lo que aprendimos, porque tampoco era demasiado el saber de nuestros maestros, que más se dedicaban a sus negocios y granjerías particulares que a formar a los jóvenes que, para su desgracia, habían caído inadvertidamente en sus cátedras. Todo se reducía, en aquel tiempo, a memorizar algunas fórmulas latinas de rigor y a repetirlas como papagayos de los que traen de las Indias. Con todo, hubimos con frecuencia de esforzarnos en comprender las leyes y lecciones y, al fin, acabamos los tres de licenciados y con empleo.

Miguel Blasco y Simón Martí volvieron a Zaragoza y se integraron a la vida de su ciudad. Yo, por mi parte, regresé a Logroño, donde Leona habíame conseguido una pasantía en el despacho de un abogado de mi tierra que gozaba en aquel tiempo de justa fama de honesto y generoso. Si me hubiese quedado en aquel despacho, tal vez sería ahora un hombre feliz, casado y con hijos, disponiendo de una más que medrada renta, una bonita tartana como la de mi padre y un caballejo de tiro con el que podría viajar a Samaniego y a las demás aldeas de la región. Estaría haciendo la vida de un provinciano rico, feliz y despreocupado, sosegado, cauto, cazurro, tragaldabas, borrachín -43- y un poco aburrido, un hombre, en fin, que seguiría soñando con los lejanos trópicos y el oriente de su infancia, con los caballeros del Rey Arturo y con las maravillas de la corte del Preste Juan.

Los primeros meses entre los míos fueron para mí realmente estupendos. Mi hermana Leona tenía cinco hijos, y Domingo, su marido, era ya mucho más rico de lo que nunca había sido mi padre en sus mejores tiempos. Entre los dos habían logrado multiplicar la hacienda que heredaran y adquirirían tierras en el valle del Najerilla para asegurar el futuro de sus vástagos. Mis sobrinos, tres muchachos y dos niñas encantadoras y preciosas, la menor de las cuales era una muñequita cachetona y risueña de apenas un año, crecían con el pan seguro bajo el brazo, y mis padres, ya mayores y retirados de negocios y preocupaciones en Samaniego, esperábanlos cada verano como esperan los labradores las lluvias de abril. Estas novedades me hacían dichoso. Pasábame las horas muertas jugando con mis sobrinos, cargaba en mis brazos a las pequeñas y les hacía toda clase de fiestas y jamás me cansaba de viajar una y otra vez a Samaniego y pasarme semanas enteras con mis padres, contemplando la bien ganada felicidad reflejada en sus rostros. Un tío mío de San Vicente de la Sonsierra, que un año antes había enviudado y cuyos hijos lo habían dejado solo en el pueblo, vivía ahora con ellos. Era sólo dos años más joven que mi padre y entre los tres se hacían buena compañía. Nuestra vieja casa de piedra, antaño tan llena de ruidos, gritos y fiestas de todas clases, ahora sólo se animaba durante el verano, cuando llegaban mis bulliciosos sobrinos con su alegría infantil a cuestras. A mi padre se le llenaba la boca cuando hablaba con sus convecinos de su hijo el licenciado, y a mi tío Martín, que sufría en

silencio la indiferencia y el abandono de mis primos, se le llenaban, a su pesar, los ojos de lágrimas porque, al recordarlos, dábase cuenta de su abandono. Mi padre tomaba -44- entonces a su hermano por el hombro y se retiraba con él a una parte de la casa en la que existían unas escaleras que bajaban a una bodega de pequeño calado. Allí se encerraban durante una, dos y hasta tres horas, tomaban unos vasos de clarete y volvían a subir más animados. Yo los acompañaba en ocasiones. Los domingos y fiestas de guardar, después de la misa, íbamos todos a la bodega que la familia tenía a las afueras del pueblo, asábamos unas buenas chuletas de cordero al sarmiento, nos tomábamos unas jarras de clarete y nos quedábamos conversando y cantando hasta que se hacía de noche. Entonces, volvíamos a la casa caminando a la luz de la luna, mi madre preparaba algo para la cena y todos nos íbamos a dormir.

La vida no podía ser más apacible, pero llegó un momento en el que comencé a aburrirme. En Logroño había comenzado mi trabajo de pasante, pero los asuntos que llegaban al despacho del doctor Pujadas, el ilustre magistrado con quien trabajaba, eran todos litigios de aldeanos por tierras y linderos y para mí carecían de interés. Perdí el entusiasmo inicial y ya me veía en mi propio despacho, rodeado de escribientes y sumergiéndome en asuntos sin importancia, envuelto en pleitos de poca monta con gente rencorosa, defendiendo por algunas monedas de vellón causas mezquinas que ni siquiera eran realmente justas. Comenzaba a echar de menos a mis amigos, sus conversaciones y su compañía y un día de enero de 1746, cuando ya de noche y con el cierzo cortándome las orejas caminaba por la calle del Mercado en dirección a la casa de mi hermana, donde me alojaba, decidí aceptar una invitación que me había hecho apenas unos meses antes, en una de sus cartas, mi amigo Miguel Blasco para que lo visitara en Zaragoza. Recuerdo que la oscuridad de la noche, tan cerrada y fría, hacía aún más negros mis pensamientos y que a las puertas de la iglesia de la Redonda, abiertas de par en par, había un mendigo de mediana edad, tuerto y tullido, -45- que me extendió la mano derecha para que le alcanzara unas monedas. Se las di sin siquiera quitarme el embozo de la capa. En el interior de la iglesia, un canónigo de la colegiata dirigía el rezo del rosario, como lo hacía, siendo yo niño, don Sixto Trejivano en Samaniego: de una manera monótona y aburrida, con el escaso fervor que la repetición de los actos pone en ellos. Las avemarías y los padrenuestros salían a borbotones, como rachas de viento frío, por las puertas abiertas hasta mis orejas y se perdían después, para siempre, en el aire quieto de la plaza. Cuando llegué a la casa de mi hermana, tenía los pies helados, las orejas calientes y el corazón vacío. Cené con escaso apetito unos huevos escalfados y unos higos secos, di las buenas noches a mis anfitriones, me encerré en mi cuarto y, cuando me desperté a la mañana siguiente, le comuniqué a Leona que, en cuatro días más, dejaría Logroño para siempre y me trasladaría a Zaragoza a probar suerte en mi profesión.

Los cuatro días se convirtieron en una semana durante la cual me despedí, agradeciendo sus atenciones, del doctor Pujadas, que lamentó el que me fuera de su lado, viajé a Samaniego a abrazar a mis padres una vez más, paseé despreocupado las calles de la capital de La Rioja, recreé mi vista en los paisajes de mi tierra, compré unas cuantas chucherías para llevar a mis amigos aragoneses y lloré por lo que dejaba atrás, porque sabía, por

una de esas raras intuiciones que no se pueden explicar, que me despedía de mi tierra para siempre.

La situación de mi amigo en la capital aragonesa no era mucho mejor que la mía en Logroño: se veía envuelto en los mismos pleitos y litigios, en asuntos muy semejantes y en idéntica monotonía. El hombre es, según mi experiencia, igual en todas partes: soberbio e ignorante cuando es poderoso, envidioso de la suerte ajena si no la tiene, ávido de riquezas y siempre ambicioso de poder y avaro; -46- en una palabra, el hombre es en todas partes mezquino. El 29 de enero, día en el que los zaragozanos festejan a su patrón San Valero, hallábame en la capital aragonesa dispuesto a ver qué me deparaba la suerte en ella.

Pienso que, desde entonces, mi vida ha sido marcada por la inconformidad y, quizá, por un poco de misantropía. No me gustó la suerte que me reservaba el futuro en Logroño y no me gustó la que me reservaba en Zaragoza: no me gustó mi suerte de manteísta obligado a ganar un puesto en la sociedad con trabajos que los colegiales tan injustamente se ahorran gracias a sus privilegios. No estábamos nosotros menos ni peor capacitados que ellos para ejercer el magisterio de las leyes, pero los colegiales de Alcalá y Salamanca acaparaban los puestos más apetecidos y nos obligaban a seguir una vida de incertidumbre que no sabíamos dónde podría acabar. En la noche, conversábamos Miguel y yo sobre éste y otros asuntos semejantes. Si nos aburría el tema, tomábamos nuestras capas, nos embozábamos y partíamos a beber vino por las tabernas para, juntos, en silencio, ir hundiéndonos en una profunda melancolía.

-Fíjate -le decía yo- en la suerte que nos espera: hacernos ricos, si podemos, con la desgracia ajena.

-No es tan mala -me respondía con una sonrisa-. Mucho peor será igualarnos en la pobreza.

Yo sabía que Miguel no pensaba así, que, como yo, veía en cada pleito una muestra más de la mezquindad humana y que habría dado cuanto poseía por volar a alguna parte del planeta en la que nadie lo conociera, en la que no existieran audiencias, jueces ni abogados y en la que los más desafortunados tuvieran lo suficiente para no envidiar la suerte de los poderosos. Esa isla soñada, esa -47- utopía que describiera el inglés Moro, no existía en ninguna parte. Utopía: lugar que no existe. No existía en Logroño, ni en Zaragoza. No existía en Alcalá. No existía en Madrid. No existía en ninguno de los continentes conocidos del planeta. Él y yo sabíamos que no podía existir y que, de existir en algún territorio aún desconocido por estar perdido en la inmensidad de los océanos, en algún momento llegaríamos nosotros, los cristianos, y, con nuestros cañones, espadas y arcabuces, con nuestras bombas, reduciríamos la isla a polvo y la dejaríamos sepultada para siempre en el olvido, abandonada a la voracidad de las alimañas.

-Cada quien debe conformarse con su suerte -me dijo en cierta ocasión, mientras comíamos en el piso que ambos teníamos alquilado-. Mira, si no, a Simón. Ya tiene entrada en el palacio de los Fuenc Lara y está a punto de casarse con una de las herederas más ricas de la comarca.

-Simón ha sido siempre diferente a nosotros -le respondí-. Él ha nacido para ser obispo o abogado de las reales audiencias. Como no pudo ser lo primero, sin duda llegará a ser lo segundo. Le gusta el poder, y estoy

seguro de que en algún momento llegará a rico.

-¿Y a quién no le gusta el poder?

-A todos nos gusta, pero no todos estamos dispuestos a pagar el mismo precio. Ni tú ni yo vamos a poder pagar jamás lo que se nos exige para disfrutarlo.

-Mejor sería entonces -me respondió- que nos metiéramos a ermitaños o que nos encerráramos para siempre en la cartuja del Aula Dei.

Confieso que, por entonces, pese a no haber sido jamás un espíritu religioso, una posibilidad semejante no me resultaba del todo desagradable. A veces, hasta la tomaba en consideración. También creo que le tentaba a Miguel Blasco, aunque jamás se atrevió a confesármelo. -48-

Los ejemplos de fray Benito Feijóo y fray Martín Sarmiento, monjes sabios que salían poquísimos de sus conventos, pero cuyas obras pasaban de mano en mano y eran leídas por todos, eran atractivos para personas como nosotros, pero tenían estos frailes, aun cuando muchos no se la reconocían, una dedicación religiosa al estudio que exigía de quien la siguiera una fe y una devoción que yo, tan entregado a los placeres de este mundo, no poseía y que, aunque por razones muy distintas, tampoco poseía mi amigo Miguel. Éste era callado en extremo y muy prudente y, pese a la gran confianza que ambos nos teníamos, guardaba sus secretos bajo siete llaves, como se dice. Había dos cosas que me impedían tomar en serio la resolución de hacerme fraile: mi afición por las mujeres, que jamás ha decrecido, y las dudas sobre la naturaleza y hasta sobre la existencia misma de Dios, que me siguen corroyendo el alma: el demonio, el mundo y la carne, los grandes enemigos del alma de los que hablan los teólogos.

Ocultaba muy bien estas dudas, que habían comenzado con la temprana lectura del Tractatus de Spinoza y que se habían ido acentuando en los últimos años acompañando mis momentos de melancolía, y me encontraba entonces en una situación que consistía en que abandonarme a la suerte me producía terror y aprovechar las oportunidades que la fortuna me ofrecía me parecía indigno y profundamente inmoral. ¿Qué puedo hacer?, me preguntaba, y no podía encontrar una respuesta. Si hubiera tenido el auxilio de la fe, si hubiera tenido mi propio camino de Damasco, como lo tuvo San Pablo, quizá muy otro habría sido mi destino. Tal vez habría tenido fuerzas para acallar mis dudas y contener mi inclinación a los placeres. Es muy tarde para todo ello. Mi suerte ya está echada.

Traté de aturdirme con el vino y las aventuras galantes. Miguel y yo vivíamos en ese tiempo en el antiguo barrio del Temple, cerca de la iglesia de San Felipe, junto a la Torre Nueva, en una casa tan -49- vieja y apuntalada con vigas y tablones que la gente huía de sus proximidades con disimulo y los caballos relinchaban asustados al acercarse a ella y se negaban a seguir tirando de sus calesas. Nos atendía una vieja de Bañón que había sido criada, desde chiquita, en casa de los abuelos o de los bisabuelos de Miguel y que a mí me cuidaba con solitudes de madre, y Bonifacio, un alegre muchacho de mi tierra que me acompañaba desde mi época de estudiante en Alcalá de Henares y por el que Miguel Blasco sentía una enorme simpatía. Los domingos acudíamos los tres hombres a la misa mayor de la catedral de la Seo, que generalmente celebraba el señor arzobispo con alguno de sus canónigos. Terminada la misa, Bonifacio regresaba a la casa a atender sus tareas y nosotros íbamos

a tomar vino por las tabernas hasta pasado el mediodía. Después del almuerzo, terminábamos en las choperas del Arrabal disfrutando de los bailes y verbenas que los mozos celebraban a las orillas del Ebro. Un domingo de octubre, soleado y brillante, pasadas las fiestas del Pilar, nos fuimos solos Miguel y yo caminando, por estirar las piernas, a escuchar la misa a la vieja iglesia de Santa Engracia, en cuya cripta se conservaban las reliquias de las santas masas. Bonifacio había ido solo a escuchar misa a la iglesia de San Pablo, en el barrio del Gancho, y Daría, la criada, a la del Pilar, como solía hacer devotamente todos los domingos y fiestas de guardar. Al salir de la iglesia, el día se había tornado, repentinamente, lluvioso y frío, cosa no tan infrecuente en esas primeras fechas del otoño. Las nubes se amontonaban sobre un cielo bajo cubierto de tenebrosidades, el cierzo del Moncayo, como lo llaman en Zaragoza, soplaba rasante y el día se tornaba oscuro y desapacible. Corrimos Miguel y yo bajo el aguacero, protegiéndonos en los portales, hasta una pequeña taberna de la calle San Gil, en la que nos refugiamos. La lluvia caía con fuerza y nos golpeaba la cara. Cuando ingresamos al local, nos arrimamos a una mesa pequeña y paticoja cubierta con -50- un mantel a cuadros pequeños desteñidos por el uso, pedimos unas jarras de vino y unas aceitunas aliñadas y nos dispusimos a observar tras los visillos mugrientos del ventanuco a los viandantes que, como nosotros algunos minutos antes, chapoteaban ahora bajo la lluvia, ensuciándose las medias y los calzones de fiesta. Una mujer joven trataba de salvar los charcos a saltitos menudos. La taberna era un tabuco sucio, pequeño y frío, y sus paredes rezumaban humedad de siglos por sus cuatro esquinas. Había una tristeza esencial flotando en el ambiente. Miguel y yo permanecíamos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos.

También en Asunción está lloviendo. Pese a estar bien entrado el otoño, la que cae es una lluvia de verano, una lluvia intensa cuyas gotas penetran con fuerza bajo la tierra y forman sobre su superficie ríos que se desbordan en las partes bajas de la ciudad, en los bañados que están cerca del río. «No es buena esta lluvia», me dicen los taxistas, que todavía conservan intacta su alma de campesinos. Ayer se celebró por vez primera en todo el mundo el Día Internacional del Libro. Un libro y una rosa. Aquí, la celebración de este día, proclamado por la Unesco, ha pasado desapercibida entre tantos acontecimientos funestos. Yo recordé, en la mañana, a Cervantes y a Shakespeare, muertos casi a la misma hora de un 23 de abril de 1616. Recordé un cuento de Anthony Burgess que hace que ambos genios coincidan en una taberna española de la época, se sienten juntos, beban, conversen de cosas sin importancia y no se reconozcan. También recordé al Inca Garcilaso de la Vega, que murió y vivió con ellos en aquel mundo lejano que ha dejado de tener existencia para casi todos los hombres de esta época. La posmodernidad está acabando con nuestra memoria, con la memoria de todos los hombres, está acabando con la historia. Los jóvenes y los obreros que están en la plaza no celebraron el Día Internacional del -51- Libro. Los jóvenes y los obreros que están en la plaza del Congreso del Paraguay, en Asunción, no están celebrando nada. No celebran. No recuerdan. No conmemoran. Nada del pasado les importa. Sólo quieren que no regrese. Por eso luchan. Los jóvenes y los obreros que están en la plaza se están mojando, pero no se mueven de sus puestos. Uno de ellos, echado

sobre el frío piso de asfalto, trata de dormir mientras las gotas de lluvia golpean su cabeza. No se mueve. Todos están quietos. Nadie se mueve. Cervantes y Shakespeare duermen en las páginas de unos libros que nadie abre ni hojea. «Y no podrán matarlo», me vienen a la memoria estas palabras del poema de Alejandro Romualdo sobre Túpac Amaru. Es un buen poema, un poema fuerte, un poema de carácter, casi un grito de guerra. La lluvia continúa cayendo. Quienes están en la plaza del Congreso vigilando que ningún generalote les robe la libertad conquistada saben que ésta es una oportunidad única y que, si la pierden, volverá de nuevo el pasado, que volverán las viejas estructuras de poder semifeudal, que volverá el clientelismo político y que volverán las prácticas mafiosas del mbareté. No quieren que esto ocurra. Por eso no se mueven. «No podrán matarlos». No quieren que el país pierda la oportunidad de ingresar dignamente al siglo XXI, de iniciar el milenio con esperanza. Por eso permanecen en la plaza calándose hasta los huesos mientras el río crece, encienden hogueras sobre el asfalto, cantan, bailan y se dan ánimos para seguir adelante, y nosotros, cómodamente instalados en nuestras casas, leemos viejos y amarillentos legajos de antaño o dormimos junto a nuestras mujeres. Como a Túpac Amaru, aunque los maten, «no podrán matarlos». Nadie puede matar en los hombres el deseo de ser libres. Nadie puede matar la libertad. Ellos están defendiendo nuestro futuro. Sobre las calles y las casas de Asunción del Paraguay la lluvia sigue cayendo, y yo me voy quedando lentamente dormido. No sé qué sueños tendré esta noche, pero quizá sean sueños de esperanza.

-52-

Desde entonces, los días en Zaragoza comenzaron a pasar con lentitud. Había veces que me sentía tentado a tomar mis bártulos y petacas y volver a Logroño, pero, por alguna razón, no me movía de la capital aragonesa. Zaragoza me atraía, me gustaban sus calles y sus gentes, me gustaban el Ebro y sus riberas, me gustaba hasta su viento, frío y cortante en invierno y sofocante en los meses de verano. Me gustaban las callejuelas que iban desde el Portillo hasta el palacio de los Luna, en cuya enorme portada dos titanes amenazaban a los viandantes con sus garrotes de piedra, y me gustaban sus iglesias mudéjares, sus casas de ladrillo macizo y blanco, los enrejados de sus balcones y celosías, sus tabernas y sus paseos. Me sentía bien, pese a la desazón que me invadía y que mi amigo Miguel trataba de apaciguar con su bondad y amena charla. Pero mi desazón crecía. Mi hermana, que me escribía con más frecuencia que mis ancianos padres, insistía en que volviera a La Rioja, que las cosas en Aragón no podrían estar nunca tan bien como en Castilla, pues, como decía Domingo, su marido, el rey no guardaba simpatía alguna a los aragoneses, catalanes, valencianos y mallorquines que, desde el primer momento, se habían opuesto tan tenazmente a su causa, razón por la que no habría de perdonar jamás a quienes, además de súbditos, seguía considerando sus enemigos. Era una palabra dura la de enemigo, pero mi hermana tenía razón en ésta como en otras muchas cosas, y en Zaragoza se echaba de ver el abandono en que la corona tenía al antiguo reino de Aragón. Peor todavía debía de ser la situación en el campo. Se comentaba en los mentideros de Zaragoza que las torres estaban abandonadas, los campos de cereales yermos y las huertas invadidas por las malas hierbas y las alimañas. Junto a la puerta del

Portillo, en el Arrabal, en Las Tenerías, o en Torrero, se apostaban, con frecuencia, los campesinos hambrientos a los que las malas cosechas habían arrojado de sus villas y sus aldeas. Venían de todas partes, del norte -53- y del sur, del este y del oeste, y formaban enormes campamentos que en la noche las hogueras iluminaban. Llegaban en pleno invierno al pie de las viejas murallas de la ciudad con los pies en vueltos en trapos y las alforjas vacías colgando de sus hombros. Se cubrían con mantas negras para mejor vivir a la intemperie. Las mujeres iban y venían de un lado a otro en una actividad ininterrumpida y febril, pero sus niños no jugaban. Eran niños tristes y delgados, niños que tenían dibujada el hambre en su mirada. Atisbaban todos a través de sus puertas abiertas y prohibidas las fabulosas riquezas que en su imaginación atesoraba la ciudad. Era para ellos la tierra prometida, pero las picas y mosquetones de los guardias la ponían lejos de su alcance. Parecían ejércitos de bárbaros a punto de iniciar el asalto.

Durante el día, los hombres entraban a la ciudad en busca de un jornal, por magro que fuera. Por algo más de cien maravedíes al día entresacaban las hortalizas de un convento de monjas o levantaban una pared de argamasa y ladrillo en un hospital de pobres cuya sopa ellos no estaban llamados a disfrutar, mientras sus hijos y sus mujeres buscaban afanosos entre los matorrales raíces y bayas que llevarse a la boca. Algunos se arriesgaban a mendigar en las plazas de las iglesias, pero eran los menos. En el barrio del Gancho, los artesanos mirábanlos con desconfianza. La mayoría caminaba por la ciudad, y, a veces, se podía ver a tres o cuatro hombres arrimados a una pared en una esquina con la actitud de quien está esperando un milagro o una orden. Había verdadero orgullo en estos hombres y mujeres que caminaban por la ciudad y ofrecían su trabajo a cambio de un poco de pan y una sopa caliente. Orgullo, demasiado orgullo. Ellos no eran mendigos, sino labradores a los que las sequías arrojaban a los caminos para que invadieran las ciudades. Podían destruirlas, si se lo proponían, y estaba -54- muy claro para mí que todos les temíamos y que su presencia nos era incómoda porque nos recordaba lo injusta que puede ser con sus hijos la fortuna. A veces los imaginaba armándose con piedras y palos para asaltar Zaragoza y reducirla a cenizas y sabía entonces que aquellas murallas de piedra habían detenido en muchas otras ocasiones a ejércitos semejantes llegados de sabe Dios dónde, ejércitos de furia. Bajo los mugrientos pañuelos que cubrían las cabezas de aquellos hombres y mujeres debían de bullir, como en una caldera calentada a fuego lento, incandescentes ideas de muerte y de venganza.

Con las primeras lluvias de primavera, los campesinos hambrientos volvían a sus aldeas. Se movían en grupos pequeños, y un domingo de mayo Miguel y yo descubrimos, de repente, que apenas quedaba una docena de campesinos en la explanada de la Aljafería.

-Se fueron -le dije.

-Ya ves que no habían perdido del todo la esperanza -me respondió.

Corría el año de 1749 y en Madrid el nuevo rey amenizaba sus veladas con los gorgoritos de Farinelli. Aquel fue el año en el que leímos y comentamos con Simón y su grupo de amigos aristócratas la Poética de Luzán, en el que, estimulado por estas lecturas, reinicié mi fracasada carrera de escritor y en el que, sobre todo, me enamoré. Como el verano de

mi infancia en el que conocí a Cecilia Amunategui, 1749 es un año marcado con fuego en mi memoria. Todo parecía salirme a pedir de boca: ya no me aburría el trabajo que realizaba en el despacho que compartía con Miguel y hasta me parecía que estimulaba mi imaginación y mi ingenio. Había vuelto a tener ambiciones y preparaba unas oposiciones a la audiencia de -55- Zaragoza que estaba seguro de ganar. En las tardes, minutos antes de la caída del sol, paseaba con mi amada por la alameda o por la plaza de las catedrales o tomábamos el chocolate con sus padres y sus hermanos (nueve en total) en su casita de la calle San Jorge. Todo se volvió entonces trabajo, estudio y amor; todo era fuego y entusiasmo. Mi hermana, siempre pendiente de mí y atenta a cuanto me sucedía, enviábame al comienzo de cada año los tres mil ciento veinte reales de mi renta que, por algunos días o algunos meses, me convertían en un potentado y me permitían vestir a la moda, comprar libros, gastar en sedas y collares para Eloísa, que éste es el nombre que le di a mi amada, y disfrutar con Miguel de cenas abundantes y bien regadas en las mejores fondas de la ciudad. Pese a mis reiterados fracasos en materia literaria, tan sólo sentidos por mí (pues a nadie comunicaba mis intenciones de convertirme en escritor), era, a mi manera, bastante feliz y pensaba que en mí la vida habría de cumplir todas sus promesas. En 1749, con apenas veintiocho años de edad, un despacho de abogado, una renta aunque modesta más que segura, una enamorada envidiable y muchas esperanzas, no parecía haber en el firmamento de mi vida ninguna nube negra que lo oscureciera. Las viejas dudas, si bien no habían terminado de disiparse, ya no me martirizaban con la intensidad de antaño y la melancolía no ocupaba en mi ánimo lugar alguno, aunque bien es cierto que en ocasiones mi pensamiento se detenía en imaginar morbosamente que lo perdía todo y para siempre.

Cada vez que me acuerdo de aquella mujer a la que he llamado Eloísa, me invade la tristeza. Su verdadero nombre no importa, y lo callo. Tampoco importa su apellido. No importan sus padres, ni su casita de la calle San Jorge en la que tomábamos chocolate. Nada importan los bucles negros que descolgaban sobre sus hombros, -56- ni sus enormes y brillantes ojos, ni su sonrisa. Quizá, pienso desde Asunción ahora que han pasado tantos años, no hayan existido jamás ni ella, ni sus bucles, ni sus ojos, ni su sonrisa. Tal vez todo haya sido una mágica figura alimentada por mi fantasía durante estos difíciles años. Tal vez, sólo un sueño. Lo que recuerdo (o sueño que recuerdo) con más intensidad es la tristeza que me causó su desamor. Recuerdo aquella mañana de noviembre, dos o tres días después de mi santo (mi memoria no precisa la fecha, pero recuerdo que acababa de volver de Borja, a cuyos campos me había llevado mi obligación por dos semanas), en la calle de Predicadores. Recuerdo el frío y el viento helado del Moncayo. Recuerdo a algunos viandantes (pocos) saludándome al paso, el humo que salía por la puerta de una tahona, a una vieja arrojando las inmundicias en el arroyo fuera de hora y el mal olor de las mismas y recuerdo que, en un momento, tal vez a causa del mal olor, sentí, de repente, una especie de vahído. Recuerdo muchas otras cosas de aquella mañana, pero, sobre todas ellas, recuerdo a mi amigo Simón Martí viniendo a mi encuentro, su gesto de circunstancias y el modo en que se descubrió para saludarme. Parece como si ahora lo estuviera viendo: su tartamudeo inicial, su mirada fija en mí, el movimiento nervioso de su

mano derecha.

-¿A dónde tan temprano? -me preguntó.

-Al despacho le respondí.

-¿Me permites que te acompañe?

-Nada me sería más grato, pero ¿no tienes nada que hacer?

-No. Hoy sólo quiero pasear.

-¿Con este tiempo? -le pregunté, sorprendido.

-Ya me conoces -me dijo sonriendo-. Los días más desapacibles son los mejores para mí. Me agrada tener el viento contra la cara.

-57-

Era cierto. Cuando estudiábamos en Alcalá, Simón siempre salía a pasear los días de lluvia o cuando más frío hacía. A veces, lo miraba desde la ventana de mi cuarto paseando a cuerpo gentil en los días más desapacibles mientras me estremecía de frío junto al brasero. Salimos a la iglesia de San Juan de los Panetes y, de ahí, a paso ligero, a la plaza del Pilar. Miguel y yo teníamos nuestro despacho en la plaza de la catedral, frente a la antigua lonja de Zaragoza, al lado mismo del palacio episcopal. Al llegar a mi destino, Simón se detuvo.

-¿Puedo subir contigo? -me preguntó.

-Naturalmente -le respondí-, ¿pero no querías pasear en un día desapacible?

Se rió, me tomó de un brazo e inició la subida de las escaleras a mi lado.

El despacho estaba en el tercer piso, y ambos, ya separados, fuimos subiendo con lentitud y en el más absoluto silencio. En el estrecho rellano del segundo piso mi amigo se detuvo jadeante como si tuviera dificultades para respirar. Me paré también y me quedé mirándolo. Me pareció extraño que, a su edad, jadeara como lo hacía. Simón se pasó un pañuelo por la frente, volvió a tomarme del brazo como al comienzo y me dijo:

-Quería hablar contigo. Lo del paseo ha sido una disculpa.

Algo noté en el tono de su voz que no me gustó nada. Llegamos al tercer piso, abrí la puerta y ambos ingresamos al despacho. Miguel había salido a hacer una diligencia y estábamos solos. Yo tomé asiento en mi escritorio. Simón se quedó parado unos cuantos minutos y, de pronto, se puso a pasear a grandes zancadas por la pieza, como si tuviera la obligación de medirla. Yo lo miraba con sorpresa. -58- Ninguno de los dos hablaba. Pasó como un cuarto de hora de mutismo total por ambas partes. Al cabo, escuchamos que la puerta se abría, y entró Miguel. Se guardó la llave en un bolsillo de su casaca, se levantó los faldones y se sentó mientras nos saludaba. Simón y yo lo miramos.

-¡El grajo está volando bajo! -dijo Miguel a modo de comentario de circunstancias y se frotó sus largas y blanquísimas manos, acentuando lo que acababa de decir-. ¡Qué a gusto me tomaría una jícara de chocolate! Ni Simón ni yo dijimos nada, y Miguel se nos quedó mirando entre sorprendido y curioso. Simón continuaba sus paseos por el cuarto sin despegar los ojos del suelo, reconcentrado.

-¿Qué pasa? -preguntó Miguel-. ¿He llegado en mal momento? ¿Interrumpo algo importante? ¿Contra quién conspiran, oh pérfidos enemigos de la república? ¿Contra el amor, contra la virtud o contra la belleza?

-Lo ignoro -le respondí-. Creo que el licenciado don Simón Martí, aquí

presente, está a punto de comunicarme algo muy importante, pero aún ignoro de qué se trata. Si algún conspirador hay en este despacho, es él.

-Está bien -dijo de pronto Simón, interrumpiendo su paseo-. Lo diré. Diré todo lo que tenga que decir.

-¿Y qué tienes que decir? -le pregunté.

-Algo que te va a doler y que te va a doler mucho. No quiero decirlo, pero tengo que decirlo. Es mi obligación.

-Si no quieres decirlo, no lo digas, pero, si tienes que decirlo, dílo. Lo vas a decir de todas maneras, así que explícate.

-No sé por dónde comenzar...

-59-

-Comienza por el comienzo, hombre de Dios -recuerdo que le interrumpió Miguel.

-El comienzo es largo.

-Pues abrévalo -le dije-. ¿De qué trata la historia?

-De los amores de Millán y Eloísa.

-¿De los amores de quién? -recuerdo que dije en son de chanza, mas preocupado por el cariz que tomaba la conversación-. Parece el título de una novela moderna -traté de bromear, mientras me ponía de pie sin darme cuenta de lo que hacía.

-Quédate mejor sentado, que lo que tengo que contarte no es para que lo escuches de pie. Sabrás -me dijo, mirándome fijamente a los ojos- que, si bien conozco a Eloísa sólo desde que sale contigo, por lo que jamás te he hablado de ella, sus padres fueron siempre de los míos muy allegados en razón de una gran amistad que todavía dura. Tienes que saber también que ésta es una familia honorable, aunque de escasos recursos, y que la perspectiva de casar a su única hija con un hombre como tú, si bien ha de complacerles por la calidad de la persona, no les satisface por entero por no garantizarles que su hija haya de gozar en el futuro de la posición que ellos esperan conquistarle.

-Abrevia, abrevia -le interrumpí.

-El caso es que sus padres, que por cierto te tienen en gran estima, han considerado prudente encomendarme la misión de decirte que tu compromiso con Eloísa es irrealizable y que la chica está ya destinada a un caballero valenciano que, en menos de un mes, la desposará y llevará a su tierra para siempre. Comprenderás que para mí este compromiso ha sido difícil de tomar, pero he dado a los padres de Eloísa mi palabra y no me queda más remedio que cumplir con mi obligación.

-¿Y cómo se llama ese caballero valenciano? -pregunté.

-Termes -me respondió-. Jacinto Termes.

-60-

Me acuerdo muy bien del nombre que me dio y que escuché por primera vez, puesto que con él ha de estar casada, si todavía no ha muerto, mi Eloísa. Si me hubiesen golpeado la cabeza con un martillo pilón, no habría sido mayor mi sorpresa, ni mi dolor, ni mi disgusto. Algo pesado y duro, algo seco y rugoso como un bloque gigante de granito, me oprimía el pecho y me impedía respirar. Debía de presentar muy mal aspecto, pues vi cómo Miguel tomaba su pañuelo, lo mojaba en el agua de una jarra que siempre tenía llena para el caso de necesitar hacer mis abluciones y me lo ponía en la frente, mientras me desabotonaba el chaleco y dejaba libre el cuello de mi

camisa. Simón me miraba con los ojos muy abiertos, como si no diera crédito a lo que veía. Ambos habían temido en un momento que me desmayara, según supe más tarde. Así pasó como una hora hasta que pude reponerme. No creía lo que Simón me había dicho. Me lo repetía una y otra vez como entre sueños y me decía a mí mismo que no podía ser sino la pesada broma de un amigo inconsciente y desconsiderado. Pero no. Si bien inconsciente en muchas ocasiones, apresurado y lleno de desmesura, Simón no era, en absoluto, un desconsiderado. Él conocía bien el dolor que una noticia así podía producirme y a él no le gustaba producir dolor a nadie y, menos aún, a un buen amigo. La noticia era tan real como la sensación de ahogo que había tenido al escucharla de sus labios, tan estruendosa en mi imaginación como un cañonazo, tan terrible como un terremoto, tan definitiva, casi, como la misma muerte.

La muerte, la presencia de la muerte, era lo que la noticia me anunciaba. Era yo el condenado, pero imaginaba que también Eloísa sentiría de igual modo. Se lo pregunté a Simón, casi entre lágrimas.

-Y Eloísa, ¿lo sabe?

-Lo sabe y lo sufre. Como tú -fue su respuesta.

-61-

Algún consuelo debieron de traerme estas palabras, pues, de inmediato, sentí que me volvían los pulsos y, con los pulsos, la esperanza.

-Si ella me quiere, el caballero valenciano ya puede volverse a Játiva.

-Recuerda a sus padres -me dijo Simón.

-¿Acaso no cuenta el amor? -le pregunté.

-Sólo en las novelas.

A los tres días de esta conversación, supe que mi amigo Simón estaba en lo cierto. Durante los dos días siguientes no me moví de mi casa. Miguel volvía del despacho al atardecer y me informaba de las novedades. Estaba más bromista que de costumbre, chanceaba por cualquier cosa y hacía chistes y divertidos juegos de palabras tratando de animarme. En silencio, yo se lo agradecía, pero, echado en mi cama, sin ganas de hacer absolutamente nada, abandonado a la abulia, no podía salir de aquel pozo profundo y negro en el que habíame hundido mi ánimo melancólico. Como al tercer día me animé a salir, busqué el rastro de Eloísa por las calles sin encontrarlo y, finalmente, en horas de la tarde, a través de Ricardina, una amiga común que siempre había estado de parte de nuestro amor y en la que ambos confiábamos plenamente, le envié un billete en el que le anunciaba que aquella misma noche iría a su casa a verla como siempre. Ricardina regresó, como a las dos horas largas, con la respuesta. En ella Eloísa me comunicaba que, si bien siempre había sentido gran afición (no hablaba de amor, cuando ésta era la palabra que con más frecuencia salía de nuestras bocas) por mi persona, sus padres le habían prohibido, desde hacía algo más de una semana, que frecuentara mi compañía, pues no la consideraban la más apropiada para alguien que estaba a punto de contraer matrimonio con un caballero de conducta honorable y que -62- merecía todo su respeto. El billete terminaba diciendo que, muy a su pesar, se hallaba dispuesta a acatar en todo la voluntad de sus padres, que, en esto como en otras cosas, sabían muy bien lo que hacían. Aquel discurso me parecía ajeno al modo de ser de mi Eloísa. Así que, sin decir nada a Ricardina, ni a Miguel, decidí cumplir mi palabra y visitar aquella misma

noche, como si nada hubiese ocurrido, la casita de la calle San Jorge, de la que tan buenos recuerdos guardo todavía en mi memoria.

Como a las cinco de la tarde, me vestí lo mejor que pude. Púsemme calzones de paño discretos y una casaca marrón que combinaba muy bien con un chaleco de seda bordado y una camisa de hilo blanquísima que la buena Daría acababa de almidonarme. Llevaba sombrero amplio, una capa negra y lustrosa, un bastón con empuñadura de plata y zapatos de hebilla a la moda francesa. Yo mismo, al observarme en el espejo, me sentí un perfecto currutaco. La peluca tenía el extraño brillo de los objetos recién estrenados, y el sombrero caía con garbo sobre los bucles dorados de la peluca, sombreándolos. Caminé, dándome un paseo, hasta la casita de la calle San Jorge, llegué al zaguán, encontré la puerta bien cerrada, la golpeé con el puño del bastón y esperé a que alguien me abriera. Pasaron varios minutos. Golpeé de nuevo, y otra vez transcurrió el tiempo con la lentitud con que lo sienten los desesperados. Volví a golpear y volví a esperar. Nadie acudía a mi llamado, pero no me movía. Algunos curiosos detenían su paso y se quedaban mirándome como si trataran de adivinar lo que pasaba. Un fraile capuchino, que me conocía, detuvo su paseo para conversar conmigo, pero, como no le hiciera caso alguno, reinició su marcha hacia Dios sabe dónde. Yo seguía golpeando la puerta con mi bastón y mis golpes crecían en intensidad. Yo sentía que los curiosos, que se habían ido amontonando en torno a mí, cuchicheaban entre sí. Algunos me miraban con recelo y, si por casualidad daba un paso hacia ellos, reculaban con temor. Pienso ahora que imaginaban que estaba loco, pues no es propio de caballeros golpear las puertas de las casas con tanta insistencia.

Por fin, se abrió un ventanuco que estaba al lado de la puerta y, detrás de unas rejas, apareció el feo rostro de una criada. Hizo extraños ruidos con la boca para llamar mi atención y, con la mano, trazó un gesto en el aire invitándome a que me aproximara.

-Los señores han salido -me dijo después de saludarme.

-¿Y la señorita?

-También.

-¿Cuándo podré verla? -le pregunté.

-Me ha mandado decirle la señorita que ya no lo verá jamás.

-Entonces, ¿está adentro?

-Bueno...

-Bueno ¿qué? -le dije-. ¿Quiénes son, finalmente, los que no quieren que la vea: ella o sus padres?

-Bueno...

-Bueno ¿qué? -insistí-. ¿Quiere verme ella o no quiere?

-Bueno...

-Decídete. ¿Quiere verme ella o no quiere verme?

-Creo que no quiere verlo, señor.

-Quiero que me lo diga ella. Dile a Eloísa que, si no viene al momento a decirme si quiere o no quiere verme, armo un escándalo aquí mismo. Mira todas las personas que se han reunido. Si quiere evitar el escándalo, dile que baje.

-Bueno...

-¡Vete ya, por Dios, y repítele lo que acabo de decirte!

-64-

No tuve que esperar demasiado. Al cabo de unos minutos, el bello rostro de Eloísa, velado por un pañuelo de gasa, apareció en el ventanuco.

-Amor mío -le dije.

-Caballero -me respondió con frialdad-, ¿qué derecho le asiste a vuesa merced para dar en mi casa un escándalo semejante?

-El que el amor me confiere -le respondí.

-¿Qué amor? -me preguntó.

-El que vuesa merced me ha jurado.

-Se equivoca, caballero. Jamás le juré amor a vuesa merced. Váyase antes de que mi padre ordene a sus criados que lo echen a palos, que, si no han de bastar éstos, yo misma he de llamar a la justicia para que defienda mi honra.

Me quedé de piedra, como se dice vulgarmente. No sabía qué hacer, cómo reaccionar. Algo debieron de notar quienes se habían amontonando en la calle porque, de repente, sus voces se elevaron y comenzaron a proferir injurias contra los habitantes de la casa, a quienes acusaban de ser interesados, ambiciosos y malvados. Hubiese preferido que me tragara la tierra a tener que escuchar las infamias que hube de escuchar aquella noche. No hacía frío, y la luna era lo bastante luminosa para adivinar los rasgos de algunos rostros, pero ninguno de ellos me era conocido.

-Putra la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija -recitó con voz de sorna uno de los allí reunidos.

Cegado por la furia, me lancé contra él. Si bien me sentía burlado, no podía tolerar el insulto a quien seguía considerando mi amada. Varios brazos fornidos me contuvieron. Pese a todo, seguí forcejeando -65- hasta que alguien me arrojó con fuerza contra el pavimento. En la caída, me golpeé la cabeza contra una piedra y perdí el sentido. Cuando desperté, estaba solo en medio de una noche estrellada y clara. Consideré que quienes habían forcejeado conmigo se habían dispersado a toda prisa por miedo a la justicia y me habían dejado abandonado a mi suerte sin pensar en las consecuencias. Me dolía la cabeza y sentía una especie de vacío en el estómago. Me palpé las ropas de arriba abajo, recogí a gatas el sombrero y el bastón con empuñadura de plata y comprobé que nadie se había detenido a robarme. Me levanté y eché a andar hacia mi casa. Por última vez, miré con ternura la casita de la calle de San Jorge en la que tan buenos momentos había pasado y cuyos habitantes me habían hecho tan feliz en los últimos meses. Cuando llegué a casa, todavía no había vuelto Miguel, así que me acosté y, por primera vez después de muchos días, dormí como un bendito y sin que ninguna pesadilla me perturbara.

El sueño es, con frecuencia, el mejor antídoto contra el miedo y el dolor. También yo duermo ahora que, como diría Vallejo, «me asfixia Bizancio». Me duermo y me despierto, y, cuando me despierto, me ducho, desayuno y me voy al trabajo, donde mis compañeros cuchichean y tiemblan de miedo o de ansiedad, según sus temperamentos. La vida sigue, pese a todo. Es extraño. Hay algunos que desearían estar ahora con los caraspintadas en la plaza y quienes desearían que el general triunfara y que todas las cosas volvieran al orden y a la mano dura de los dictadores. Observo a los últimos, que son más numerosos: se mueven de mesa en mesa, de escritorio en escritorio, de una a otra oficina. A veces abren la puerta de mi oficina sin pedir

permiso y me preguntan qué pienso de lo que pueda ocurrir de ahora en adelante. Les respondo con evasivas. «No soy de aquí», les digo. «Lo que pueda ocurrir no me -66- afecta». Miento. Miento descaradamente. Ellos lo saben. Saben más de mí de lo que yo me imagino y de lo que ellos mismos se imaginan. Lo saben todo. Mi discurso ha sido siempre claro como el agua y se lo he repetido a ellos hasta el cansancio. «Nada es comparable a la libertad. Nada vale su precio». ¿Para qué repetirlo una vez más? Lo están escuchando a través de todos los medios de comunicación de este país del que la libertad ha estado proscrita tanto tiempo. ¿Qué otra cosa escuchan cuando oyen las voces de los jóvenes caraspintadas elevándose al firmamento? ¿No han aprendido aún a leer el vuelo de las aves, el rumoroso fluir del agua cristalina en los arroyos, la sonrisa de los niños, el aroma de los jazmines florecidos? No tienen disculpa. Si no han aprendido a leer estas señales, no han aprendido nada en absoluto.

Mil veces había escuchado aquello de que no hay mal que por bien no venga. Mil veces me habían dicho (mis padres, mis amigos, mis compañeros) que es bueno conocer el sufrimiento para valorar la felicidad. Mil veces más me había repetido a mí mismo que lo que no mata engorda, como solían decir los viejos en mi pueblo. Pese a habérmelo repetido a mí mismo tantas veces y a haberlo escuchado una y otra vez de labios de quienes me querían, no estaba por entonces convencido. Los días que siguieron a aquella terrible noche me demostraron la verdad que encerraban aquellos dichos. Los días que siguieron a aquélla fueron espantosos. Durante dos semanas me entregué a la bebida. Me levantaba sin saber si era de día o de noche y abría una botella de vino tras otra. Miguel, Bonifacio y Daría me cuidaban y, en lo posible, procuraban alejar botellas y damajuanas del alcance de mis manos. Era inútil. Las encontraba siempre, y, si no las encontraba, armaba tales escenas que uno u otro siempre terminaba por ceder. Miguel, según me confesó más tarde, no sabía si escribir a mi hermana, pidiéndole que viniera a -67- Zaragoza, o no. Temía, por un lado, que la llegada de mi hermana sólo sirviera para mortificarla y llenar a mis ancianos padres de pesadumbre y, por otro, no se sentía con suficientes fuerzas para controlar mis excesos. Y así pasaban los días sin que pisara la calle, ni atendiera mis obligaciones. Permanecía en cama durante horas, durmiendo o adormilado, sin tomar jamás cabal conciencia del momento y el lugar en los que vivía. Tenía totalmente abandonados mi aseo personal y mi cuidado y, pese a la diligencia de Daría, mi habitación más debía de parecer una zahúrda que el cuarto de un caballero. Un día (tal vez fuera ya de noche), me levanté, salí a tientas de mi habitación, abrí la puerta de la casa y llegué a las escaleras. Debí de hacer todo eso, aunque no me acuerdo de nada. No guardo en mi memoria una sola imagen de lo que sucedió. Sé que en ese momento nadie me vigilaba, y es más que probable que caminara sin sentido, ni objetivo, mecánicamente, como dicen que caminan los sonámbulos. Es probable que tampoco viera, oyera, oliera, ni sintiera. No recuerdo una sola hora de aquellas dos semanas; ni siquiera un minuto. Es un tiempo perdido para siempre, tal vez porque jamás estuvo en mis sentidos. Lo que ocurrió aquel día me lo contaron más tarde mis amigos. Mejor dicho, me contaron lo que nadie vio, algo que, simplemente, imaginaron que había ocurrido, pues ¿qué hacía yo, muerto en apariencia, en el rellano de la escalera, con el rostro ensangrentado y una herida

abierta en la cabeza? Según me dijeron cuando, ya despierto en mi cama, pude, pese al dolor (o, tal vez, gracias al dolor), tomar conciencia de mi estado, lo más probable es que perdiera el equilibrio y rodara por las escaleras. No sabían (ni yo lo sabré jamás) cuánto tiempo había permanecido en el rellano. Me encontró Bonifacio, que volvía de un recado que le había encargado Miguel y que le había obligado a permanecer varias horas fuera de la casa. Parece ser que no pasaban de las siete de la noche y que Miguel no volvía aún del despacho. -68- Daría estaba preparando la cena y, como me lo contaba después a lágrima viva, contenta porque imaginaba que yo estaría en ese momento durmiendo como un bendito. En ningún momento escuchó mis pasos o percibió ruido alguno que indicara alguna actividad.

Cuando Bonifacio me encontró, me dio por muerto. Según él, no respiraba, y fue tan grande el susto que se llevó el pobre que, al no escuchar mis pulsos, a punto estuvo de desmayarse. Como pudo, me tomó en sus brazos, llamó a gritos a Daría y, entre ambos, cargáronme hasta mi cuarto y me volvieron a echar a la cama. Parece que pasé casi quince horas sin despertarme y que, en todo ese tiempo, ni Bonifacio ni Daría querían moverse de mi habitación. Pasé dos semanas más en cama y sin moverme. No bebí ni una gota de vino en todo ese tiempo y me dio por pensar que, ya que había salido con bien de trance tan apurado, lo mejor sería que enmendara mi conducta. Lo que recuerdo bien es que sudaba mucho, que estaba muy débil y que el tiempo volaba sin que me diera cuenta. También recuerdo algunos sueños y no pocas pesadillas. Uno, en particular, se repetía una y otra vez: imaginaba que estaba en Samaniego, sacando fuera del campanario de la iglesia como medio cuerpo, y que caía al vacío desde la torre. La sensación era increíble, pues en ningún momento sentía temor. Muy al contrario, me veía a mí mismo flotar en el aire, saltar y hacer piruetas. Impulsado por un suave viento, volaba sobre los campos de mi pueblo, unas veces en la dirección de Ábalos y otras en la de La Guardia hasta que, en un momento, el viento me depositaba en el suelo y yo despertaba siempre con una sonrisa. Era una sensación sumamente placentera que he deseado recuperar muchas veces, pues sólo en los sueños se puede ser totalmente feliz, como lo era en aquéllos, de los que volvía para mi desgracia a vigiliadas cada vez más prolongadas -69- en las que el recuerdo de los hechos más recientes me devolvía a la realidad. Eran los momentos que Daría tomaba para sí y en los que, con cualquier pretexto, me obligaba a devorar un caldito de gallina, unos huevos pasados por agua, hojaldres y golosinas de las más diversas especies. Tengo para mí que todas estas cosas me salvaron, como me salvaron las siempre amenas conversaciones de Miguel y las atenciones de Bonifacio.

Cuando pude ponerme de pie y salir a la calle, era otro hombre. No quedaba dentro de mí nada de aquel Millán de Aduna que había corrido tras los pasos de su amada sin advertir que bajo sus pies se abría el abismo de la desesperanza. Si no olvidadas, las infelices horas de la noche fatal en la que perdí por un momento la cordura parecían enterradas en el fondo de la memoria. Reanudé mi trabajo, revisé mi pasado y organicé en lo posible el presente con el objeto de interesarme por el futuro. Había algunas cosas que tenía claras: no quería quedarme en Zaragoza, ciudad que, sin embargo, me seguía atrayendo, y tampoco quería volver a mi tierra. Deseaba

engolfarme en nuevas experiencias, llegar a la corte, construir proyectos que me dieran, si no notoriedad, al menos una pequeña fortuna que asegurara mi vejez, conocer nuevas personas, aventurarme, en fin, en lo desconocido, como, cuando niño, aventurábame en mi imaginación en países exóticos y lejanos. Pensaba a veces en las Indias y, otras, en Filipinas y aún más lejos. Volvían a calentar mi imaginación los trópicos y el Oriente, pero ahora pensaba en ellos como quien piensa en la abultada dote de una novia de conveniencia, regalándome con sus dones y saboreándolos desde antes, mucho antes, de poseerlos. Y así pasé tres años más, sin dejar de pensar ni por un momento que, llegado el día, tomaría mis bártulos, me ataría la manta a la cabeza y emprendería el viaje definitivo hacia otros mundos, que se me antojaban mucho más atractivos que aquel en el que hasta entonces había vivido.

-70-

Aquellos tres años que van de 1749, año de mi desventura, a 1752, fueron para mí años de paz, lectura y reflexión. Abandoné mis pretensiones de abogado de audiencia y me embarqué en el estudio de los clásicos. Estudié griego por mi cuenta y frecuenté a los padres latinos. Leí por vez primera a Virgilio y a Horacio y descubrí a Catulo y la hermosa locura de su amor por Lesbia. Con Catulo descubrí a Safo y el dolor que puede producir la visión del ser amado y navegué por los extensos y profundos océanos de la poesía, desde Homero y Mimnermo, cuyas elegías tan bien se adecuaban a mi espíritu melancólico, a Mosco y sus idilios. Amaba aquel mundo de sátiros y ninfas, de bosques y fuentes, de dioses y de hombres, de amores casi siempre imposibles y siempre extraordinarios. Amaba, sobre todo, a los desventurados, a quienes caían bajo las flechas del travieso Eros sin poder hacer nada para evitarlo, porque, de algún modo, yo había sido como ellos y, como ellos, había sufrido los desdenes del amor y el dolor de no ser correspondido. Ovidio llegó a ser, por muchas razones, mi poeta favorito y, entre los españoles, inclinábame por Villegas, cuyas Eróticas eran ahora más leídas y comentadas en los salones y academias de cuanto habíanlo sido en su tiempo. Miguel, por su parte, había logrado la plaza de abogado de audiencia a la que aspiraba y tenía como su ayudante. Ambos permanecíamos solteros y libres, aun cuando Miguel estuvo, hasta en dos ocasiones, a punto de formalizar algún compromiso. Era mi amigo demasiado exigente, sin embargo, o, tal vez, temeroso de llegar a descubrir, como a mí me había ocurrido, que no es oro todo lo que reluce y que, cuando en el amor intervienen los mundanos intereses, todo se corrompe y las ilusiones e ideales se desvanecen en el aire. Tenía -como yo mismo sigo teniendo- un concepto puro del amor y prefería no vivirlo a representar la perversa parodia de un matrimonio de conveniencias.

-71-

Recuerdo que, durante algunos meses (debió de ser a finales de 1751), quise traducir algunos de los idilios de Mosco y hacer de ellos una versión libre en nuestro idioma. Ya que no había podido concretar mis aspiraciones de escritor, creía que ésta era la mejor forma de superar las frustraciones que semejante hecho había dejado en mi espíritu. Todavía recuerdo algunos de aquellos pobres intentos. «Amaba Pan a Eco, su vecina», comenzaba el primer verso de uno de aquellos amables poemas que yo imaginaba que habría de concretar. Como en los intentos anteriores, en

éste volví a fallar. No hallaba nunca la palabra justa y, si lograba encontrarla, jamás lograba la medida exacta, los acentos adecuados ni el ritmo preciso. Había, en fin, algo que siempre me fallaba o algo en lo que, simplemente, fallaba yo. De Mosco pasé a Catulo y de Catulo a Tirteo, Anacreonte y Píndaro. Este último me entusiasmaba, pero me resultaba sumamente difícil, cuando no oscuro. Recuerdo aún un largo poema de las Píticas dedicado a cantar las gloriosas hazañas de Hierón de Siracusa. Un siglo antes, Villegas había optado por imitar a Anacreonte y lo había hecho bastante bien. Yo no podía. Me estancaba siempre en alguna parte. Pese a que creía sentir el mundo clásico como si fuera mío, casi como si hubiera vivido en él y conocido a todos aquellos personajes que deleitaban mi imaginación con las palabras más maravillosas jamás escritas, cuando trataba de volcar las ideas que esas mismas palabras contenían a nuestra lengua, algo (o alguien) lo impedía. Tal vez fuera un escondido temor a traicionarlas o quizá supiera, muy en el fondo de mí mismo, que aquellas palabras, por ser únicas, merecían seguir siéndolo por toda la eternidad. La eternidad de las palabras: ésta era una idea peregrina que, de vez en cuando, me venía a la mente. No ignoraba que pensar así era contrario a las opiniones más esclarecidas y tenidas en cuenta y tampoco ignoraba que era una locura, ni que una locura semejante -72- jamás debería ser comunicada. Si lo hago ahora, aquí en Asunción, tras mi regreso de los infiernos, es porque, reconciliado en el dolor conmigo mismo, la muerte ya no me asusta. Más bien, al contrario: la espero con impaciencia. Todavía creo que el verdadero poeta es capaz de conferir esencia de eternidad a las palabras, de dar corporeidad a lo incorpóreo y transcendencia a lo que por su propia naturaleza parece estar condenado al acabamiento. En otras palabras, el verdadero poeta es capaz de convertir en oro la materia más vil: el aire que sale de nuestras bocas, los garabatos que trazamos sobre el papel. Si algo lamento a estas alturas de mi vida es no haber sido poeta. Cuando pienso que ni una sola de las palabras que he dicho o escrito habrá de ser recordada en el futuro, me siento como se sentiría aquella infeliz rival de Safo a la que la gran poetisa de Mitilene condenara a vagar en la profunda e inacabable oscuridad del Hades. Entre la grata lectura de los clásicos, los amores de circunstancias y el trabajo del despacho pasé aquellos tres años y, al cabo, una mañana de octubre de 1752, decidí, de pronto, que apuraría mi viaje hacia la corte, pensando que con lo que tenía ahorrado hasta entonces de mi renta y mi trabajo y lo que me seguiría enviando mi hermana Leona tan bien viviría en Madrid como en Zaragoza o en Logroño y que, si no me decidía a viajar en ese momento, los sueños que desde niño había acariciado jamás llegarían a cumplirse. Estaba hecho, evidentemente, de la madera de los trotamundos, y nada me angustiaba más que permanecer en un mismo lugar, aunque este lugar hubiésemme parecido en un primer momento el paraíso. Pocos días antes de la Navidad de ese año, tras despedirme de mis amigos Miguel y Simón, con la sola compañía de mi fiel Bonifacio, emprendí el viaje a la corte y el 23 de diciembre ya estaba cómodamente instalado en Madrid en un cuarto piso de la calle de las Pozas a muy pocos pasos de la de San Bernardo.

-73-

Ha cedido el presidente a la presión del pueblo insomne y vigilante, pero la solución hallada tiene un tufillo a trampa que nadie puede ocultar. Las

malas lenguas aseguran que quien la ha dictado es el embajador del poderoso país del norte, el representante de turno de la siniestra potencia que ha hecho y deshecho a su antojo cuanto ha querido en nuestros países durante los últimos sesenta años. Como siempre, lo ha hecho en nombre de la libertad: de su libertad de comercio, naturalmente. Nada es tan importante para los nuevos gurúes del nuevo orden internacional como la libertad de hacerse ricos sin importar cuántos pobres se quedan en el camino. Ésa -y no otra- es, para ellos, la libertad, y a todas horas nos hablan de calidad de vida y de la sociedad del bienestar y nos engatusan con los fuegos de artificio del desarrollo tecnológico: computadoras, electrodomésticos, imágenes satelitales y virtuales, autopistas de la información, marcas de ropa, moda, vanidad, apariencia, estupidez. Cada quien es tan sólo lo que parece, y lo grave es que se contenta con parecer. La historia ha quedado reducida al presente y ya nadie puede hacer, como quería Goethe, su contabilidad de tres mil años. Ni de veinte. ¿Qué importan el pasado o el futuro? Importa tan sólo el presente fugaz que se acaba a veces en una esquina en manos de unos malandrines. La vida continúa, pese a todo. ¿Pero por qué seguir con este discurso? Quienes lo padecemos a diario nos lo sabemos de memoria. Se ha acabado el sueño y, al parecer, para siempre. Si algo queda de él, duerme ahora en las bibliotecas del pasado, entre libros prohibidos de autores que ya nadie quiere recordar. Todos los valores del hombre se reducen a números. Jamás ha sido tan pobre la especie humana.

Ha cedido al fin el presidente a la presión del pueblo vigilante, y el peligro ha desaparecido. El presidente no ha podido -o no ha querido- enfrentar la amenaza de una manera franca y con coraje, -74- y ambas virtudes parecen haber faltado en los bandos encontrados. Tal vez no ha sabido, porque desconocía estas virtudes. La virtud es, al fin y al cabo, lo menos valorado en estos tiempos en los que sólo cuentan el poder, el dinero y la apariencia. Colocado entre la espada y la pared, el presidente ha utilizado el engaño para salvarse. Como no podía engañar al pueblo enfurecido, ha engañado al general confiado en su poder. El general hará lo mismo, si se le da la oportunidad. Seguro que no la desperdiciará. ¿Salvarse de qué? ¿De qué se salva un hombre cuando no salva su dignidad? ¿De la muerte? ¿Del olvido? ¿De la infamia? Tal vez lo importante sea que, junto con él, de momento, se ha salvado este pueblo que, por algunos días, ha despertado a sus sueños de libertad. Tal vez, desde este punto de vista, el engaño no ha sido tan infame, pero no sé: no me gusta en absoluto el modo en que ha terminado todo, aunque me felicite por el resultado. No es éste el mejor tiempo para los héroes. En él tan sólo medran los pícaros de la peor especie.

En la oficina todo ha vuelto a lo de antes. Quienes parecían contentos por los hechos siguen de pie, como si nada hubiese ocurrido. Son los primeros en criticar al golpista y hasta lanzan de vez en cuando improperios contra su persona o inventan historias inverosímiles de maldad y perfidia inimaginables. ¿Quién los entiende? Yo me refugio en mi trabajo y en mis lecturas, observo las variaciones del tiempo desde el patio en el que los automóviles están aparcados y, a veces, me acerco al escritorio de un amigo con el que puedo conversar de arte y de poesía. Tomamos café y hablamos de todo lo humano y todo lo divino, como solía decir un amigo de

Lima hace ya muchos años. En Asunción, la tórrida capital del Paraguay, el cielo se nubla en estos últimos días de abril anticipando un invierno que sólo por unos días osará penetrar con -75- fuerza hasta el paralelo 27. Más allá de los cristales de mi ventana, se amontonan las oscuras nubes de la tormenta. En cualquier momento, comenzará a llover. [...] y aquel día, en el Paseo del Prado, caminando a paso lento con otros dos amigos, di con ella a boca de jarro. Puedo asegurar que la sorpresa fue mucho menor que el desagrado. Por eso, cuando [...] una cariñosa carta de mi hermana Leona [...] decidí no posponer mi visita al Marqués de la Ensenada.

Me resulta imposible reconstruir esta parte del texto. Faltan varias páginas en el manuscrito. Siento que con estas páginas se pierden algunos datos fundamentales de la vida de Millán de Aduna. Nada es perfecto: ni siquiera el manuscrito hallado en una librería de viejo mientras se cierne sobre nosotros la amenaza de un golpe militar. Llueve sobre Asunción.

Segunda parte

Aurea mediocritas

Cuando llegué a la casa del marqués eran ya pasadas las siete y media de la tarde de un tórrido lunes del mes de julio de 1753, y en la calle algunas mozas de buen ver paseaban su palmito bajo coquetas sombrillas multicolores y desviaban con descaro sus miradas hacia los costados. Había unos cinco escalones de mármol antes de llegar a la gran puerta de entrada, de doble hoja de nogal y reforzada con férreos herrajes toledanos. La aldaba era de bronce, y yo esperaba que tan confiable y fuerte como la de su puerta fuera aquélla de la que el marqués permitiría que me agarrara. La dejé caer dos veces, y su voz broncínea atrajo de inmediato a un criado de librea, que abrió una de las hojas y me invitó a pasar en cuanto le di mis señas y le confié el motivo de mi visita. -El señor marqués lo espera en su despacho -me dijo, y me invitó, con un gesto de su mano derecha, a seguirlo por escaleras y pasillos-. Sígame. Lo seguí. Subimos por una amplísima escalera hasta el segundo piso. Atravesamos un salón bellamente decorado al gusto francés y en el que una criada pulía con un trapo y algo de ceniza candelabros -78- y cubiertos de plata martillada. Hacía ya mucho tiempo que no pisaba una alfombra tan mullida y silenciosa como la que decoraba el suelo del pasillo que discurría entre aquel salón y el despacho del señor ministro. Pese a estar bien entrado el verano, en aquella casa había una temperatura agradable y fresca que permitía a sus habitantes olvidarse de los sofocos callejeros. El criado iba delante de mí con su cabeza levantada hacia el techo y el porte distante y hierático de quien tiene conciencia clara de

su importancia. De las paredes del pasillo, como de las del salón, colgaban cuadros de diversos tamaños con paisajes italianos, tapices y espejos, y a ambos lados del mismo abríanse habitaciones cuyas puertas, pintadas en verde y oro, habían sido moldeadas con curvas y volutas por las hábiles manos de buenos ebanistas. Del techo colgaban arañas de cristal de roca. Al llegar ante la puerta del despacho, el criado se detuvo. Yo quedé detrás de él, esperando. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos por dos veces consecutivas, esperó la orden de un «¡Adelante!» que se escuchó a lo lejos, abrió con discreción, hízose a un lado y permitió, con un nuevo gesto perfectamente estudiado, que yo me adelantara y penetrara primero en la habitación. Ya adentro, escuché de nuevo la voz del criado.

-El licenciado don Millán de Aduna, señor marqués.

-Adelante, adelante -fue la respuesta casi instantánea de quien, en ese momento, se levantaba de la mesa de su despacho y me invitaba con un gesto de su mano derecha a tomar asiento frente a él.

Volvió a sentarse. No recuerdo que el señor ministro me impresionara demasiado ese día. Su rostro no era vulgar, y escondía en su mirada una inteligencia que parecía tener el poder de descubrir al primer golpe de vista los secretos más recónditos de sus interlocutores, pero no me impresionó. Era algo regordete y sonrosado y, -79- pese al aire majestuoso que confieren la dignidad y el poder cuando se hermanan (éste era el caso), había algo de infantil en su rostro que, a mi parecer, quedaba fuertemente acentuado por una peluca cuidadosamente peinada y empolvada. Su mesa de trabajo era de grandes dimensiones, de madera negra labrada al viejo estilo español y reforzada con clavos y herrajes gruesos y oscuros, y sobre su superficie bien pulida descansaban legajos, libros y papeles amontonados en orden, como si esperaran la revisión de una mano experta. Sobre uno de los papeles, abandonado en el centro exacto de la mesa, descansaba una pluma de ganso junto a un tintero de cristal. El señor marqués había estado escribiendo hasta que yo llegué.

-Son muchos los asuntos importantes que me obligan cada día -me dijo para iniciar la conversación-, pero no vaya a pensar vuesa merced que he olvidado el que le trae hasta mi persona.

-Muchas gracias, vuesa señoría -le respondí-. No sé si sabrá que mi cuñado...

-Su cuñado es una de las personas más respetables de nuestra tierra, un hombre con sentido de los tiempos que corren, alguien verdaderamente confiable, y yo espero que vuesa merced lo sea en idéntica forma. Además, por si vuesa merced no lo sabe, es un buen amigo de mi hermano don Julián.

-Sobre don Julián me escribe siempre mi hermana Leona.

-Se frecuentan mucho, y parece que tienen algunos negocios en comandita.

-Discúlpeme, don Zenón, pero quisiera saber dónde piensa vuesa señoría que podrían ser más útiles mis servicios.

-No lo sé. Aún no lo tengo totalmente decidido. Espero que vuesa merced me ayude en ello, aunque he estado pensando que, si está dispuesto a viajar, las Indias pueden llegar a ser un lugar excelente para iniciar con éxito una carrera.

-Lo estoy.

-No crea que vaya a ser un viaje cómodo, ni que el empleo haya de ser sencillo.

-No lo pienso, ni lo deseo.

-Así me gusta, don Millán. Su cuñado Domingo me ha escrito extensamente sobre sus conocimientos y gustos literarios.

-Pobres conocimientos son, vuesa señoría, si me permite decirlo.

-No han de ser tan pobres, por lo que he escuchado en algunos salones de moda de aquí de Madrid. La corte es un mentidero grande, pero un mentidero al fin y al cabo, y en él se rumorea que vuesa merced conoce muy bien a los clásicos griegos y latinos. Vamos, que, según se dice, casi se tutea con ellos.

-Son exageraciones, señor marqués.

-Es vuesa merced modesto.

-Realista.

-Lo somos todos.

-Unos más que otros, señor marqués.

-Pues siendo realista, quizá conviniera que vuesa merced comprara un despacho de oficial en nuestro ejército, que con un cargo semejante no me habrá de ser difícil el disponer que en el Perú lo atienda el teniente general don José Antonio Manso de Velasco, que es allí el virrey y, si no me equivoco, algo pariente de su señora madre.

-Del mismo pueblo, más bien.

-El paisanaje en Indias equivale a parentesco, se lo aseguro. Daré de vuesa merced las mejores referencias, y espero que se gane la confianza de don José Antonio, que es cabal en todo y honesto como ninguno. Si gana ésta, habrá ganado con ella el mejor empleo de su vida.

Quando terminamos de conversar, me invitó a tomar chocolate en el salón. Salimos juntos de aquel despacho lleno de estanterías en -81- las que descansaban libros y legajos y en el que hasta los sillones estaban ocupados por papeles, mapas y maquetas de las formas y tamaños más diversos.

-Hoy -me dijo, mientras atravesábamos el pasillo por el que unos minutos antes había llegado con el criado- su majestad se encuentra en Aranjuez y son pocos los asuntos que debo atender en mi despacho del ministerio. Le aseguro a vuesa merced que estoy cansado. Echo de menos la tranquilidad de una vida modesta. Mi familia no está en Aranjuez, sino en La Rioja, en casa de don Tomás Alonso de Tejada, que es de Azofra, el pueblo de mi madre, y algo pariente nuestro. Aquí en Madrid el verano es sencillamente insoportable.

Si lo sabría yo, que vivía en un cuarto piso al que el sol castigaba inmisericorde y cuyo techo parecía concentrar toda la fuerza de la canícula. Raro era el día en el que pudiera dormirme antes de la media noche, hora en la que el techo comenzaba a enfriarse y los ladrillos del suelo recobraban la fresca matinal. A esa hora el cansancio me vencía, y cerraba al fin los ojos para despertarme horas después bañado en sudor. El señor marqués desconocía estos inconvenientes de la pobreza. Su casa era amplia, fresca y umbría, y del jardín llegaba por la ventana abierta una agradable brisa con aromas de azahar. Nos sentamos en un canapé forrado de raso a listas verdes y doradas, y el dueño de la casa hizo sonar una

campanilla que descansaba, junto a un enorme candelabro de plata, sobre una mesa de mármol. Al punto, se presentó el mismo criado que me había abierto la puerta.

-Mira a ver si puedes servirnos dos jícaras de chocolate y unas pastas. Trae también unos vasos de agua fresca con azucarillos.

-Sí, señor marqués.

-82-

Cuando el criado hubo salido, el marqués se desabotonó el chaleco y me invitó con un gesto a que hiciera lo mismo. Se estaba bien en aquel salón espacioso. La criada que yo había visto al entrar había desaparecido con la platería que estaba puliendo, y estaba la estancia invadida por un silencio que sólo era quebrado de vez en cuando por nuestra conversación y por el canto melodioso de algunas avejillas que saltaban de rama en rama en los árboles de un jardín contiguo. Varios objetos de origen exótico o simplemente raros y curiosos estaban esparcidos por las mesillas auxiliares y daban al recinto un aire hogareño y discreto.

-Odio las formalidades -me confesó entonces-. Si pudiera, me quedaría aquí sin chaleco y sin peluca conversando con vuesa merced.

-Favor que me hace, señor marqués.

-Ningún favor. Una de las obligaciones que nos impone el ministerio es facilitar la carrera pública de quienes tienen verdaderas aptitudes para ello, y, si éstos son de la tierra, mejor que mejor.

La primera persona que me habló del Marqués de la Ensenada fue mi hermana Leona. Vivía yo aún en Zaragoza, y, en una de sus cartas, Leona me comunicó que alguien conocido de su esposo estaba a punto de ser nombrado ministro por el nuevo rey. También me decía que el marqués había estudiado en los jesuitas de Logroño, pero este punto no pude comprobarlo, y ni siquiera me atreví a preguntárselo. Más tarde, viviendo ya en Madrid, volvió a escribirme diciéndome que su marido había hablado con don Julián de Somodevilla, con quien mantenía negocios en tierras de Nájera y al que consideraba su amigo. Como don Julián era hermano del marqués, Leona esperaba que pudiera darme empleo en alguna de las secretarías o, en su defecto, abrirme las puertas de los poderosos.

-83-

Los primeros meses que pasé en Madrid no quise saber nada de cargos ni de empleos. Era, a mi manera, libre, frecuentaba los cafés que se habían abierto en la Puerta del Sol y las tiendas de libros en las que solían reunirse los aspirantes a literatos. Los domingos me levantaba casi a las once, tomaba chocolate y entraba a oír misa en la primera iglesia que veía abierta. Ya en la tarde, solo en aquella especie de buhardilla que había alquilado en la calle de las Pozas, me entretenía leyendo o escribiendo junto al brasero y, en la noche, volvía a tomar mi bastón, mi sombrero y mi capa y me escapaba a disfrutar de la bulliciosa vida de las tabernas. No era la vida tranquila que me aconsejaba mi hermana, pero tampoco me exigía mucho. Leía, escribía, comía y bebía y, de vez en cuando, disfrutaba de la incertidumbre y de la agitación espiritual a las que la vida nocturna y la dudosa calidad de las compañías que frecuentaba me exponían. En aquellos primeros meses en Madrid hice no pocas calaveradas, y, para ser sincero, no me arrepiento de ninguna de ellas. Ahora, en mi soledad, disfruto con su recuerdo. Mi hermana Leona me escribía

larguísimas cartas insistiéndome en que asentara cabeza y en las que terminaba siempre con la misma cantaleta: que volviera a La Rioja, que ella haría todo lo posible por asegurarme un buen futuro en Logroño o en cualquier otro pueblo grande de la región y por casarme, que éste era su empeño más constante. También me escribía Miguel, pero, siempre discreto, se limitaba a darme noticias de nuestros amigos y conocidos de Zaragoza, enviarme cariñosos saludos de Daría y asegurarme que su casa y su despacho estaban siempre abiertos y a mi entera disposición.

Yo me negaba a escuchar aquellos cantos de sirena. Si había dejado Logroño y Zaragoza era porque algo más fuerte que yo mismo me empujaba hacia una meta lejana y extraña, una meta con la que había soñado desde niño y que ahora, conversando -84- con el señor marqués, aparecía ante mis ojos como si siempre hubiese estado ahí, como si jamás me hubiese separado de mi intención primera.

-Existe en Lima y al servicio personal de su excelencia el virrey -me dijo entonces el marqués- una guardia de nobles a la que vuesa merced podría ingresar como oficial. No es, quizás, el mejor empleo que pueda obtener en Indias, pero ha de ser sin duda un buen punto de apoyo para posteriores ascensos y mudanzas.

-Pero mi práctica militar es nula y mis conocimientos muy escasos en esta materia.

-Practicaré aquí en España antes de embarcarse.

Tomamos el chocolate que nos había traído el criado: espeso, dulce y aromático. Las pastas estaban deliciosas, y el agua fresca aligeró la pesadez de la golosina. Charlamos hasta casi entrada la noche, y me retiré de la casa del marqués aquella tarde cuando ya daban las nueve en las torres de todas las iglesias de Madrid. Volví a verlo al cabo de una semana, ahora en su despacho del ministerio, respondiendo al llamado que me hiciera en un billete traído a mi casa de la calle de las Pozas por uno de sus lacayos de librea. Pese a la buena acogida que me dio y a su talante campechano y abierto, noté una sombra que cruzaba su frente y que la marcaba con el signo de la preocupación. Me confirmó mi plaza de teniente de la guardia de nobles en Lima, que mi hermana Leona ya había pagado de su peculio, me habló de la probable fecha de salida de los barcos de Cádiz, me aconsejó que me ejercitara junto a los guardias reales, a cuyo coronel había transmitido las órdenes pertinentes, y que ya fuera preparándome para el embarque y, por último, me invitó a cenar en su casa esa misma noche.

-85-

-Lo espero a las siete en punto, don Millán -me dijo, al despedirme en la puerta.

Fue aquella una velada de la que guardo un especial recuerdo, quizá porque era la primera vez que me sentaba a la mesa de un hombre tan poderoso. Cenó con nosotros uno de los padres jesuitas del colegio de Logroño al que yo no conocía y del que jamás había tenido noticia. Cierto es que no tenía noticias de los jesuitas desde hacía muchos años y que jamás me había preocupado de tenerlas, pese a que mi hermana Leona, en sus largas cartas, acostumbraba a contarme algunas cosas de ellos, como que se había encontrado con tal o cual padre y que le había enviado saludos para mí. Recuerdo que aquel jesuita se apellidaba Lejárraga y que era un hombre

pequeño y magro, pero de un humor chispeante y divertido. No recuerdo mucho más de él, ni siquiera su nombre, pues de aquel único encuentro con el jesuita hace ya más de treinta años y sólo tuve la suerte de disfrutar de su compañía por poco más de dos horas y media. Me pareció un hombre listo y un conversador ameno, aunque con un gustillo por la erudición para mí un poco rebuscado. Hablando con él, tuve la oportunidad de interesarme por la suerte de mi amigo el padre Valverde, del que me dijo que estaba en Oñate enseñando teología y que hacía ya varios años que había perdido la movilidad de una pierna a causa de una caída accidental. Entre la sopa, las chuletas de cordero y las natillas, se habló de todo un poco y no se profundizó en ninguno de los temas que salieron a colación sobre la mesa. El marqués parecía, sin embargo, interesado en unos informes recién llegados de Indias a los padres de la Compañía referentes a la aplicación efectiva de los términos de un tratado que tres años antes habían firmado en Madrid España y Portugal sobre los límites de cada potencia en la lejana región del Río de la Plata.

-86-

-Las noticias que nos han llegado de nuestro colegio de Santa Fe -dijo el sacerdote Lejárraga, que en ese momento estaba despachando su última chuleta de cordero y apurando una nueva copa de vino tinto- es que los padres de allí piensan que su majestad ha decidido suspender la entrega de los Siete Pueblos. ¿Qué sabe vuesa señoría de semejante rumor?

-¡Ojalá y así fuera! -escuché entonces decir al señor marqués-. Este tratado ha de darnos a todos no pocos disgustos. ¿Qué le ha dicho el padre Rábago de todo esto?

-Creo que piensa lo mismo que vuesa señoría.

No se habló más sobre el asunto, y ambos pasaron a tratar otros temas de menor importancia. Yo casi no abrí la boca aquella noche, porque tampoco era demasiado lo que tenía que decir. Me pareció raro el nombre de «Siete Pueblos» que ambos parecían conocer muy bien, pero lo eché muy pronto en el olvido. Mis preocupaciones eran diferentes. En unos pocos meses más tendría que emprender el viaje más largo de mi vida y quería estar preparado para cuando lo hiciera. Tendría que llegarme al día siguiente a palacio y ponerme a las órdenes del coronel de la guardia, que, según mi anfitrión, ya estaba al tanto de todo. También tendría que escribir a mis padres y a mi hermana Leona, de los que aún no sabía si podría despedirme, escribir a Miguel y a Simón y disponer todo para la partida. Eran muchas las cosas por hacer y escaso el tiempo que se me concedía para hacerlas. Los mejores viajes son, me dije para consolarme, los que se emprenden sin preparativo alguno, sin petacas ni matalotaje. No obstante, pensaba durante la cena que, si me ponía de inmediato a las órdenes del coronel de la guardia, quizá no tuviera tiempo para viajar a Samaniego y a Logroño y abrazar por última vez a mis padres y a mi hermana Leona. También pensaba que podría escribirles invitándoles a venir a Madrid, -87- aunque no sabía si mis padres aceptarían semejante solución, pues quizá considerasen que un viaje así podría quebrantar su salud. El marqués vino a sacarme de mis preocupaciones.

-Hoy mismo he escrito a Domingo -dijo, de pronto, dirigiéndose a mí- para que nos haga una visita con sus padres y con su hermana. Serán mis huéspedes. Espero que a finales de agosto estén ya con nosotros.

-Gracias, señor marqués -fue lo único que acerté a decir-, aunque mis padres...

-No están tan viejos -me respondió-. Además -añadió sonriendo-, un viaje a la corte siempre rejuvenece.

El padre Lejárraga se extendió entonces sobre el encanto de los viajes y nos contó los que él consideraba más pintorescos y atractivos de cuantos había hecho, que eran muchos. Habló de su primer viaje a Roma como si acabara de volver hacía apenas una semana, de su visita a las misiones de Chiquitos acompañando al provincial de la Compañía en esa lejana provincia, de las costumbres de los peruanos y los filipinos, pues también conocía aquellas islas, y terminó ponderando sobre todas las cosas las bellezas naturales de las Indias, la suavidad de su clima, la calidad de sus productos (recuerdo que habló con verdadero entusiasmo del sabor sin par de la yuca) y la gracia de sus mujeres.

-Si dependiera de mí -sentenció-, me habría quedado en el Colegio de San Pablo de Lima, dedicado por entero al estudio y la enseñanza.

Cuando salí aquella noche de la casa del marqués noté que comenzaba a correr un vientecillo frío del Guadarrama que anunciaba -88- lluvia.

Ésta se precipitó unos cuantos pasos antes de que llegáramos al portal de mi casa. Bonifacio, que me había acompañado en mi visita a la casa del marqués, estaba rendido y pidió permiso para acostarse de inmediato. Todavía me quedé unos minutos en la habitación que hacía de estradillo, mojado y a oscuras, observando los lejanos relámpagos que iluminaban la noche madrileña. Luego, tomé una copita de cordial y me acosté sin prisas. Me sentía bien y aquella noche, aunque tardé en hacerlo por engolfarme en mis pensamientos, dormí como un bendito.

Toda mi vida parecía resuelta en ese momento. Pensaba en mis padres con tristeza, pues tenía casi la completa seguridad de que ya no volvería a verlos. Me los imaginaba envejeciendo en Samaniego mirándose a los ojos y recordando al hijo que se fue a Indias. Veíalos sentados en un poyo debajo de la parra, conversando y recordando las trastadas y travesuras que hiciera de niño. En otros momentos los veía paseando o sentados junto al fogón de la cocina. Yo estaba lejos, pensaba en ellos y los veía así, como los estaba en ese momento imaginando, y ellos sabían que los veía y que pensaba en ellos. Todos nos entristecíamos; ellos más que yo, probablemente. También mi querida hermana. ¡Cuántas cosas y recuerdos iba a dejar atrás! ¡Qué tristeza! Era aquélla, no obstante, una tristeza dulce que no hería mi corazón y que venía acompañada de un sentimiento de ternura profundo, de una rara especie de bálsamo que me aliviaba y que me daba fuerzas para continuar con mis proyectos. Volvía a gustarme la idea de ser un oficial del ejército español en Indias. No sabía muy bien qué podría hacer como teniente de la guardia de nobles junto al virrey don José Antonio Manso de Velasco, pero el simple hecho de que él fuera del pueblo de mi madre me hacía pensar que las cosas me irían bien y que, si no una gran -89- fortuna, al menos lograría un buen pasar y podría dedicar mis ocios a lo que siempre había querido, aun cuando había fracasado en ello una y otra vez: la poesía.

Mis padres vinieron, como me lo había anunciado el marqués, los últimos días de agosto y se alojaron en su casa. Aunque a punto de entrar en la vejez, ambos se conservaban fuertes. Mi madre tenía ya todo el cabello

blanco, y las canas dábanle una belleza nueva y serena que, en parte, recordaba la perdida en su juventud. Aunque usaba bastón, mi padre no dejaba que lo vieran apoyándose en él. Caminaba todavía con firmeza y alzaba la cabeza como si en tenerla erguida le fuera la honra. Domingo Herranz, mi cuñado, estaba más interesado e inquieto por la posibilidad de montar un buen negocio en la villa y corte que por mi partida, y mi hermana se molestaba a veces con él por no hacerme, según ella, todo el caso que merecía.

-¡Déjalo! -le decía mi padre, que entendía las razones de su yerno mejor que su propia esposa-. Tu marido sabe lo que hace.

Y así era, en efecto. Domingo se buscó un socio que el propio marqués le había recomendado entre sus conocidos de Madrid, llamado Ildefonso Moneo, y ambos se pusieron de acuerdo para montar un almacén de vinos casi a las afueras de la villa, junto a los muros de la recoleta agustiniana. Yo los acompañé algunos días a inspeccionar el trabajo de los albañiles. Era un galpón enorme en el que los carpinteros iban amontonando maderas con las que construirían grandes toneles de duelas gigantescas. El interior de aquella fábrica estaba lleno de polvo, y se respiraba con dificultad.

Albañiles, pintores y carpinteros se movían de un lado a otro sin parar cargando maderos y ladrillos, y el ruido que hacían era insoportable.

-90- Quien dirigía los trabajos era un gascón que el socio de mi cuñado había hecho venir de Francia, donde había tenido mucha experiencia en esta clase de trabajos. Yo imaginaba que en semejantes toneles cabría todo el vino del mundo, pues no bajaría cada uno de ellos de las cien cántaras y eran seis los que había que colocar. El vino iba a ser de nuestra tierra, que, según mi padre y mi cuñado, podía competir con ventaja en precio y en calidad con los pelesones manchegos que abundaban en la corte.

-Si te quedaras en Madrid -me dijo un día mi cuñado-, podrías estar al frente del negocio. Con lo que sabes de vino llegarías a ser un excelente almacenista.

No dije nada, pero, por algunos segundos, dudé de la decisión que había tomado. Sabía que en las palabras de Domingo había tanto de ironía como de buena voluntad, pues el logroñés no sabía disimular muy bien los celos que sentía por el cariño de mi hermana y, sin embargo, me quería bien, como me lo demostró siempre que tuvo ocasión de hacerlo. Domingo era un hombre sencillo y sin mayores intereses que los inmediatos: comer, beber y acumular algunas riquezas por gozar las comodidades que proporcionan. Bastábale con ir a misa los domingos y fiestas de guardar para asegurarse el cielo y con no emborracharse más de cuatro veces al año para sentirse un hombre virtuoso y honorable. Era de mediana estatura, más bien gordo y sonrosado y tenía una inclinación casi innata al comercio y un gran sentido de la oportunidad. Era, además, amable y pacífico y, aunque sin muchas luces, sabía, tan bien como cualquiera, mantener una conversación de circunstancias. El marqués le tenía aprecio, porque pensaba que hombres como mi cuñado eran los que necesitaba España para salir de la postración en la que se hallaba. De ahí su interés en que mi hermana y mi -91- cuñado se vinieran a vivir a Madrid e iniciaran negocios en la corte. En algún momento llegué a pensar que mi puesto de oficial de la guardia de nobles en Lima se lo debía a este hecho. Domingo me insinuó esa posibilidad en más de una ocasión.

Mientras mis padres y mi hermana paseaban por la corte y estrechaban algunas amistades y mi cuñado veía cómo se concretaban sus sueños en una fábrica de ladrillo destinada a servir de almacén de vinos, yo me pasaba los días en los cuarteles de palacio con el coronel Gómez de Villagarcía. Éste era un andaluz simpatiquísimo, de unos cincuenta años de edad pero bien conservado, que ensartaba chistes y dichos graciosos sin parar y que no veía la hora de que su majestad el rey decidiera prescindir de sus servicios para retirarse a un cortijo que poseía en tierras de Córdoba y vivir el resto de sus días viendo crecer a sus nietos entre sus piernas. No ambicionaba otro título que el de abuelo, ni mayores riquezas que la risa y la alegría de sus nietos. Adoraba a su mujer, que pensaba como él, y ambos se consolaban sabiendo que, «más pronto que tarde», como me decía él con su característico acento cordobés, se verían paseando juntos por un bosque de álamos, a la orilla del riachuelo que bañaba las tierras de su cortijo.

Aunque mis padres, mi hermana y mi cuñado estaban alojados en su casa, yo no volví a ver a don Zenón de Somodevilla hasta dos días antes de mi partida de Madrid. El señor marqués estaba siempre demasiado ocupado para atenderme cuando iba a su casa a ver a mis padres, y era la señora marquesa la que solía hacer las veces de anfitriona. Llegaba al atardecer, cuando salía del cuartel y me retiraba a mi casa. Tomábamos chocolate y conversábamos un poco. Mi hermana Leona esperaba mis visitas como los labradores esperan el agua de mayo, y, cuando llegaba, me llevaba a su habitación -92- y me contaba todo lo que había hecho durante el día. Le gustaba Madrid, y Madrid había despertado en ella una extraña agitación que la hacía suspirar por cualquier cosa. Yo atribuía este hecho al atractivo de la corte. Acostumbrada a la paz de la provincia, el verse de pronto inmersa en el ruidoso mundo de las apariencias cortesanas había hecho renacer en ella formas de coquetería juvenil que yo sólo recordaba haberle conocido en Samaniego, cuando estaba a punto de casarse con el hijo del médico logroñés. La marquesa alimentaba sus sueños y fantasías, acompañándola a las mejores tiendas y a los salones más concurridos de la corte, en los que la belleza de Leona que, pese a estar a punto de alcanzar los cuarenta, todavía se conservaba, debió de crear más de una tormenta en los corazones de los caballeros enamoradizos. Tenía siempre un vestido, unos zapatos recién comprados, un prendedor o una simple cinta de seda que mostrarme. Gozaba como una niña cuando se ponía estas prendas y daba vueltas con ellas por la habitación riendo a carcajadas. Domingo pagaba sus caprichos sin preguntar siquiera el valor de los mismos. Mis padres, sin embargo, se lo reprochaban una y otra vez con la mirada, observándola con reconvención y con disgusto. Si para mi buena madre era pecado de vanidad, para mi padre lo era de derroche. Por mi parte, yo le decía que sólo se vive una vez y que hay que aprovechar y que ya tendremos tiempo de dar cuentas a Dios en la otra vida, si es que quiere tomarnos cuentas de semejantes minucias. En las últimas semanas noté, sin embargo, que Leona había dejado de comprar y que ya no estaba tan interesada en frecuentar los salones de moda con la marquesa. Una de aquellas tardes, le pregunté la causa de un cambio semejante.

-Querido hermano -me dijo entonces Leona, poniéndose seria-, Dios sabe que a nadie he querido tanto en esta vida como te quiero a ti. Ni a nuestros

padres, ni a mi esposo, ni siquiera a mis pequeños hijos, a los que adoro y por los que vivo y me desvivo. -93- Nunca he podido evitarlo. No sé cómo podré sobrevivir a tu marcha, pero lo intentaré. En este viaje a Madrid he aprendido muchas cosas. Yo espero que Domingo decida que nos quedemos aquí, pues sólo aquí podré aturdirme hasta olvidar que estás lejos y que, quizá, no vuelva a verte.

-Yo también te quiero -le dije.

-Pero no como yo -me respondió-. Yo te quiero más, mucho más de lo que se puede querer a nadie, mucho más de lo que tú puedas quererme y querer a quien más llegues a querer en este mundo. Dios me perdone por quererte tanto.

-No es pecado el querer, querida Leona -le respondí emocionado.

-No lo sé -me dijo-. Todo en exceso es malo. Hasta el amor.

-No el amor entre hermanos.

-No lo sé.

Al decir esta última frase, yo noté una sombra que cubrió sus ojos y que hizo que la voz se le quebrara en un conato de sollozo. Cerró los ojos y vi una profunda tristeza reflejada en su rostro. Sin poder evitarlo, le eché los brazos al cuello y le besé en la cara.

-Cálmate -le dije, separándome de ella-. El amor es lo más bello que existe. Yo te querré siempre, y, sin importar dónde esté, siempre te recordaré con todo mi cariño.

-Si tú me pidieras que me fuera contigo, no lo pensaría dos veces.

Prepararía todo en este mismo momento y nos embarcaríamos juntos hacia lo desconocido.

-Me gustaría, pero debo ir solo. He llegado a un punto de mi vida en el que no soy nada. No soy abogado, como quería nuestro padre, ni soy poeta, como yo soñaba. Veremos si, al menos, puedo ser militar en Indias. Por ahora tengo una plaza de teniente gracias a tu generosidad.

-Llegarás a coronel. Te lo aseguro.

-94-

-¡Ojalá! Aunque yo te confieso que abandonaré todo, absolutamente todo, por ser lo que siempre he querido ser y que jamás he logrado. No me importarían, en este caso, ni la pobreza, ni el sufrimiento.

-Ni siquiera el olvido de tu familia. ¿No es así?

-Ni siquiera el olvido de mi familia, en efecto.

-Tú también sufres por amor.

Tal vez mi memoria me haya fallado y haya creado algunas lagunas en la conversación que he pretendido reproducir. Quizás en el transcurso de los años las palabras hayan sido cambiadas por mi propia imaginación, pero yo siento que esta conversación, tantas veces reproducida en mis vigiliadas, está fresca en mi recuerdo, casi como si hubiera sucedido ayer. Aún veo a Leona con los ojos enrojecidos mirándome desde no sé qué profundidades de su alma. Todavía siento su respiración junto a mi cara, el cálido aroma de su pelo, el brillo de sus alhajas. Aquí en Asunción, después de la de Manuela en nuestro rincón favorito, ésta ha sido la imagen que con más frecuencia ha acompañado mis soledades.

Dos días antes de mi partida, el señor marqués me llamó a su despacho del ministerio. Acudí a primeras horas de la mañana acompañado de Domingo, con quien don Zenón tenía asuntos urgentes que discutir ese mismo día. Me dio

cartas para el virrey y el arzobispo Barroeta, un paquete lacrado que debía entregar al presidente de la audiencia de Lima en sus propias manos, muchísimos consejos y un abrazo de despedida que yo devolví emocionado. Cuando salí del despacho, Domingo se quedó con él. Yo decidí caminar solo algunas horas por las calles de Madrid, beber vino en las tabernas y sentirme de nuevo como cuando tenía veinte años y era estudiante en Alcalá. Comí en un mesón de la calle de los Francos y, después, volví a mi casa de la calle de las Pozas, donde me esperaba -95- Bonifacio. Los baúles estaban amontonados en el estradillo de la casa, y ésta más tenía el aspecto de un campamento gitano que el de habitación de un hombre de mundo. Ya me había despedido del coronel Villagarcía, y sólo me quedaba abandonarme a lo que viniera en las cortas horas que me quedaban de vida en la capital del reino. Mis padres habían decidido volver a Samaniego al día siguiente de mi partida, pues ninguno de los dos se sentía con fuerzas suficientes para acompañarme hasta Cádiz, y mi hermana Leona tenía que permanecer en Madrid con su marido. En la tarde fui a verlos a casa del marqués y permanecí con ellos hasta casi entrada la noche. Al día siguiente pasé el día entero con ellos y con mi hermana, que, según me contaba, volvería a Logroño en pocas semanas para traerse consigo a sus hijos. Domingo había alquilado una cómoda casa en la corte y ya estaba decidido que vivirían en Madrid. Los asuntos de mi cuñado iban viento en popa, al parecer. Yo temblaba sólo de pensar que en algún momento colocaría mi pie en el estribo del coche en el que habría de hacer mi viaje hasta Andalucía. No me asustaban los supuestos peligros a los que siempre estarán expuestos los viajeros, ni me producían espanto los bandoleros más afamados y peligrosos de aquella región, sino la inevitable separación de mis seres queridos. A medida que transcurrían las horas, más dura, fuerte y definitiva me parecía la separación que estaba a punto de producirse. La última noche casi no dormí pensando en todas las cosas que dejaba atrás: mis padres, mi hermana, mis sobrinos y mis amigos, los viejos buenos tiempos del colegio y de la universidad y el paraíso perdido de mi infancia en Samaniego. Don Millán de Aduna se iba de España para siempre y ya nunca más volvería a ver la silueta del León Dormido dibujándose a la distancia. Cuando llegó el día de mi partida, fuimos todos juntos hasta la posta en la que el coche estaba dispuesto. Era grande -96- y tenía un excelente tronco de poderosos caballos. Con nosotros viajaban un jovencito atildado que era secretario del Duque de Huéscar, un irlandés o escocés de apellido Obrayan que apenas hablaba español y que iba a Sevilla a visitar a un tío suyo, canónigo en aquella ciudad, una dama de muchas campanillas ya entradita en años y con la nariz más empinada que el Pico de Aneto, que viajaba con dos criadas, un fraile de la recoleta franciscana al que llamábamos fray Julián y yo. El irlandés sería de mi edad poco más o menos y muy simpático y se esforzaba por hacerse entender mediante gestos bastante graciosos. El secretario del Duque de Huéscar, todavía más joven, hizo muy buenas migas con aquel pelirrojo y, durante todo el trayecto, como hablaba inglés, se dedicó a mostrarle lo que él llamaba con mucha prosopopeya las maravillas de la geografía española. A la dama que nos acompañaba no le agradaba la compañía del extranjero por considerarlo hereje, error del que se empecinaba en arrancarla sin mucho éxito el buen franciscano arguyendo que

los naturales de Irlanda eran no sólo buenos y obedientes católicos, apostólicos y romanos, sino verdaderos mártires de nuestra fe por verse obligados a vivir entre los herejes protestantes de la páfida Albión, y más el que nos acompañaba, que tenía un tío canónigo nada menos que de la catedral de Sevilla.

Todavía recuerdo el fuerte abrazo que me dio mi padre y las lágrimas de mi madre, que, pese a haber prometido permanecer serena, no pudo evitarlas. También recuerdo los besos de mi hermana, interminables. No había fuerza humana que pudiera separarla de mí. Domingo y mi padre la contuvieron en el último momento, y yo pude, al fin, subir al coche y ocupar el asiento que tenía reservado con Bonifacio. No recuerdo haberle preguntado jamás a mi criado si quería o no acompañarme en el viaje. No recuerdo que jamás me planteara la menor duda al respecto. Nadie ha permanecido nunca -97- más tiempo que él en mi compañía y con ningún otro ser humano he tenido la misma confianza en todos los días de mi vida. Cuando la silla de postas partió, yo me quedé observando a mis familiares hasta que los caballos doblaron una esquina y los perdí para siempre. Recuerdo que, entonces -y sólo entonces-, sentí que las lágrimas me rodaban por las mejillas. No hice ningún esfuerzo para evitarlas. El irlandés que viajaba con nosotros tuvo la delicadeza de poner su mano en mi hombro y consolarme con su gesto. Quizá recordara el momento en el que él hubo de partir de su país de una manera semejante.

El viaje, si bien largo y lleno de penalidades, fue amable y hasta divertido por momentos. La vieja dama sólo conversaba con el franciscano, que, en mi opinión, habría preferido hacerlo con nosotros. Miraba con frecuencia por una de las ventanas, separando las cortinillas y se le veía aburrido y, en ocasiones, no podía evitar un gesto de disgusto ante alguna de las muchas impertinencias de la señora. Las criadas de esta última dormían o se hacían las dormidas, y el irlandés no paraba de señalar con su mano al secretario del Duque de Huéscar cualquier punto de la geografía que le llamara la atención. Éste último parecía conocer el país tan bien como la palma de su mano, pues en ningún momento le escuché decir que no conociera algo sobre lo que se le preguntaba. No podría haber encontrado el extranjero un mejor guía para su viaje. En los momentos más inoportunos, nos obligaba la vieja dama a rezar el rosario en voz alta y sacaba siempre a colación una historia de demonios que se llevaban al infierno a un pobrecito calavera, estudiante en alguna universidad de vaya a saberse dónde, que, en tiempos del rey de los pimientos morrones, tuvo la inmensa desgracia de morir una noche sin haber rezado tan interminable devoción mariana. Como, para más inri, el calavera en cuestión había estado disfrutando -98- algunos minutos antes de la compañía de damas no muy santas que digamos, los demonios de la historia de la vieja torturábanle con mayor empecinamiento en aquellas partes por las que había obtenido el placer que lo condenaba a los infiernos. Cuando llegaba la hora del rosario, el secretario del duque se limitaba a mover los labios con los ojos entornados y la cabeza caída sobre los almidones de su pecho, mientras, seguramente, disfrutaba en su fuero interno de mejores compañías que las que había en el carruaje. El irlandés, en cambio, rezaba las avemarías en latín con verdadera devoción y seguía las letanías de la vieja beata de memoria poniendo énfasis en aquellas partes

que, seguramente, consideraba más piadosas. Las criadas de la vieja dejaban deslizar sus dedos por las cuentas del rosario, y el buen fraile, más obligado que otro alguno por su oficio, levantaba de vez en cuando su voz para que se notara que cumplía bien con sus obligaciones de religioso. A esa hora anochecía, y el camino comenzaba a hacerse para mí suave y dulce, como si los caballos galoparan sobre las nubes, al tiempo que me iba quedando dormido cuando las letanías estaban ya a punto de acabarse. Por fin, cuando llegamos a Sevilla, nos despedimos todos, y Bonifacio y yo nos vimos libres de la molesta compañía de una vieja tan impertinente. Ésta representó el único peligro del viaje, que, de haber durado un día más, no sabemos en qué abismo de perdición habríamos acabado todos, pues pienso que hasta el seráfico hijo del pobrecito de Asís estuvo en más de una ocasión tentado a tomar el cuello de la vieja entre sus manos y hacernos la caridad de librarnos para siempre del suplicio al que nos condenaba. En Sevilla permanecimos tres días con sus noches en una posada y, al cuarto, salimos hacia Cádiz en otra silla de postas y con el tiempo justo para tomar el barco. En éste ya estaba todo preparado, y nos bastó -99- con hacer cargar el equipaje hasta cubierta para que el capitán saliera a darnos la bienvenida y dispusiera nuestro acomodo en uno de los camarotes destinados a los pasajeros. El capitán del barco era un hombre de mediana edad y muy agradable que me invitó a cenar con él esa misma noche, cuando el barco estuviera ya en alta mar. Se llamaba Serafín Álvarez y había nacido en algún punto de la costa asturiana cuyo nombre no recuerdo. Era alto y fornido y tenía un vozarrón que se escuchaba en toda la cubierta sin dificultad, aunque las olas batieran en ese momento con fuerza el casco de su fragata. Aseguraba que, desde los dieciocho años por lo menos, lo único que realmente conocía era el mar, pues sólo se detenía en tierra lo suficiente para cargar su barco y volverlo al océano, que era el único lugar en el que, según él, se sentía realmente a sus anchas. Había atravesado varias veces el Atlántico y conocido todos peligros que se pueden conocer en estos viajes y le eran igualmente familiares los mares del sur y los que bañan las costas de Arabia y de la India. De todos ellos contaba una y mil aventuras y, en mi opinión, creo que, a veces, confundía unas con otras y las exageraba un poco, pues, de darle el crédito que él creía merecer, es probable que no hubiera habido jamás ningún navegante que pudiera comparársele en número de travesías, descubrimientos de islas, represión de motines y aventuras mil con los nativos de todas las costas del universo. Todo ello lo hacía, no obstante, sumamente simpático a mis ojos, pues pensaba que, si no buen marino, lo que seguramente también sería, era, al menos, un narrador ameno y un compañero de viaje muy simpático. A mí me recordaba un poco a mi cuñado, pues, como él, ponía en cuanto hacía todo su empeño y disfrutaba pensando en las ganancias que obtendría de cada una de sus travesías. Aun cuando no me lo confesó abiertamente, en algún momento insinuó que, siendo todavía un mozalbete, se había dedicado a la trata en las costas de Guinea o había estado muy cerca de -100- hacerlo. El gesto de extrañeza y horror que debió ver dibujado en mi rostro cortó en ese punto una conversación que prometía no pocas e interesantes confidencias de su parte. La noche que cenamos juntos me contó tantas aventuras y tan diferentes que ya no recuerdo ninguna de ellas y me aseguró que era amigo íntimo del virrey, a

cuyo palacio tenía la entrada franca y de cuya despensa podía disponer a su antojo. También me habló de una extraña rivalidad existente entre el virrey y el arzobispo don Pedro Antonio de Barroeta, para quien también habíame dado cartas el marqués, por asuntos que entonces no entendí y que vine a conocer mejor cuando ya estuve en Lima. Este capitán hizo que la travesía fuera, si no más corta, mucho más agradable de lo que en principio me había imaginado, y, cuando llegamos a Portobelo y se despidió de mí, no pude hacer otra cosa que abrazarlo. La travesía había durado casi cuatro meses y, en todo ese tiempo, don Serafín Álvarez fue para mí un excelente amigo y un compañero para recordar toda la vida. Bastante más pesado que la travesía del océano fue el cruce del istmo del Darién para llegar a Panamá, donde nos esperaba el barco que nos llevaría al Perú. Aquel paisaje tropical era por demás soberbio y deslumbrante. Todo a nuestro alrededor era intensamente verde, húmedo y lujurioso, pero los calores eran insoportables y aún más que los calores lo eran los pequeños insectos que, como plagas, caían sobre nosotros sometiéndonos a las más terribles torturas. Antes de llegar a la ciudad de Panamá, mi fiel Bonifacio enfermó de tercianas. Corría ya el mes de marzo de 1754 y estaban a punto de cumplirse ocho meses desde que mi hermana Leona comprara la plaza de oficial en la guardia de nobles de Lima a nombre de don Millán de Aduna. El compromiso que tenía era integrarme a mi puesto antes de que se cumpliera un año. De no -101- cumplirlo, todo podía quedar en agua de borrajas. Bonifacio hizo el viaje sin una queja, aunque en las noches, cuando montábamos el campamento con otros viajeros en plena selva, no bastaban todas las frazadas que llevábamos para evitar sus castañeteos. Yo lo cuidé lo mejor que pude y en ningún momento me separé de él. Cubríalo con frazadas y dábale a beber la quinina que habría de terminar, finalmente, por curarlo. Cuando llegamos a Panamá, ya estaba mucho mejor y en el barco [...] de gran oleaje. [...] Se fueron los soldados, y la mujer quedó [...] saliendo de la fortaleza [...] solamente.

Vuelve a estar aquí el manuscrito cortado y confuso. Todo lo referente al viaje desde Panamá al Callao parece perdido, pues yo no encuentro forma humana de transcribir e interpretar las letras borradas por el tiempo y corridas y oscurecidas por la humedad de los siglos. Ha sido imposible para mí descubrir en el relato algún indicio de una tormenta, un asalto de piratas o cualquier otro hecho emocionante que hace que las historias de viajes estén siempre llenas de pasión y de encanto. Tal vez estos hechos hayan quedado ocultos para siempre bajo las tintas emborronadas de los tres folios largos que no se pueden leer en esta parte. No obstante, si nada les ocurrió en la travesía del Atlántico, ¿por qué habría de suponer que les sucediera en la del Pacífico? Para entonces, la piratería ya no era un buen negocio, y son pocos los hechos de esta clase que se registran después de las reformas que el Marqués de la Ensenada hiciera en la marina española de la época. De todos modos, los piratas trataban de capturar los navíos que volvían de América hacia España y no los que venían de España a América. Los grandes tesoros estaban en los primeros. Ignoro en qué clase de barco hicieron su -102- viaje don Millán y Bonifacio. Me gustaría creer, puesto que tengo frente a mis ojos una bella acuarela de la época, que fue en un navío montañés, un hermoso barco que, como reza en la misma

pintura que ahora estoy viendo, contaba con 74 cañones «con todo su aparejo, navegando con viento à la quadrada, cuja posicion es la mas propia para llebar mayor numero de velas largas». Son, en efecto, unas treinta las velas de que dispone y parece una nave rápida y de estampa muy marinera. En todo caso, de las cosas de la mar lo ignoro casi todo y debo sospechar que, si no ésta, otra semejante sería la nave en la que llegaron al Perú don Millán y su criado. También supongo que el viaje transcurrió sin contratiempos y que Bonifacio terminó curándose antes de llegar al Callao. Me parece muy sugerente el nombre de Bonifacio, como al principio también me lo parecieron los de León y Leona, tan abundantes en la familia Aduna de Samaniego. Hay en ellos algo familiar para mí. Aunque ligeramente posterior en el tiempo, una chozna abuela mía, de este mismo pueblo de Samaniego de Álava, se llamaba Bonifacia Aduna, y un hijo suyo, Antonio Álvarez Aduna, se casó con una Leona Arciniega, que ya era natural de Azofra. Así que no sólo Adunas, sino también Bonifacios y Leones hay entre mis antepasados. Todo ello me hace sospechar que ni este Bonifacio, cuyo apellido no se menciona a lo largo de todo el documento, ni este Millán de Aduna debieron ser personas muy alejadas de mi familia. En todo caso, a medida que me adentro en la lectura del documento, voy sintiendo que algo extraño me ocurre y que conozco (o creo conocer) el modo de pensar de estos personajes que, ya lejos de España para siempre, van a enfrentarse con situaciones que, tal vez, también yo he vivido o imaginado que he vivido en los mismos lugares, aunque en tiempos diferentes. La Historia es circular, y pienso que yo ya he vivido alguna vez cuanto aquí se cuenta.

-103-

Es curioso que Millán de Aduna se haya extendido tan poco sobre su viaje por mar y no haya descrito la impresión que tuvo al ver el océano por vez primera. Por lo que ha contado hasta ahora, creo que no había conocido el mar hasta llegar a Cádiz, pese a haber soñado con verlo desde su infancia. El mar impresiona mucho, sobre todo a quienes somos de tierra adentro, como el propio Millán de Aduna y el Marqués de la Ensenada, el mejor ministro de Marina que jamás haya tenido España probablemente. Yo vivo ahora en un país que no tiene mar y creo que esta carencia se nota en la idiosincrasia del paraguay. Roa Bastos, el escritor más conocido de Paraguay, ha definido su país como «isla rodeada de tierra por todas partes», un mundo incomunicado con el exterior, encerrado en sí mismo. El océano comunica y hace que los hombres sean más abiertos a todas las influencias. Muchas de las cosas que ocurren en Paraguay se deben a su condición de país mediterráneo. Apenas ayer tarde estaba esperando un taxi a la puerta de mi oficina, cuando pasó por el lugar, con un ruidoso grupo de matones partidarios, uno de estos curiosos políticos populistas que parecen arrancados de las páginas de Tirano Banderas. Había en la esquina del edificio un grupo de jóvenes que conversaban y contemplaban el paisaje. El político (no recuerdo el nombre que me dijo el taxista minutos más tarde) se acercó a ellos y, extendiéndoles la mano con una sonrisa de calendario, preguntó afirmando, como suelen hacerlo estos curiosos personajes, si eran «colorados», miembros de su partido. Los jóvenes dijeron que sí, porque en este país jamás se niega nada, ni siquiera el parentesco con el diablo. A mí me habría gustado que me preguntara en ese momento. Le habría dicho que era miembro de la FAI, de la Federación

Anarquista Ibérica, para ver la cara que ponía el energúmeno. Me quedé con las ganas. Algo debió de notar en mi rostro el personaje y sólo se animó a saludarme con una discreta inclinación de cabeza. -104- Ahora estoy seguro de que el invento de la FAI le habría sonado a chino. ¿La FAI? Creo que la habría confundido con la marca de algún electrodoméstico. Para esta clase de personas, fuera del Paraguay no ha sucedido ni sucede nada, y ellos son, precisamente, los que dirigen los destinos del país.

El palacio del virrey estaba en la parte de la plaza que da al barranco por el que el Rímac se precipita hacia el mar. En la misma plaza estaban la catedral y el cabildo, una bonita fuente de bronce en el centro y, junto a las amplias escaleras de la catedral, el Gato, el mercado al que cada mañana acudían las mulatas con sus turbantes multicolores cargando las grandes cestas en las que sus amas iban dejando caer las carnes, frutas, verduras y pescados con los que, más tarde, prepararían las cocineras los grandes almuerzos y las succulentas cenas de las que tanto disfrutaban los caballeros limeños. Cuando llegamos a Lima en junio de 1754, hube de presentarme al virrey, quien me recibió con los brazos abiertos por ser hijo de aquella María Engracia a la que él recordaba de joven como la moza más bella de su pueblo.

-Algo parientes debemos de ser -me dijo-, pues yo recuerdo que nuestros padres -se refería a los suyos y a mis abuelos maternos- se trataban como familia.

-Mi querida madre, doña María Engracia, le envía muchos saludos. También ella se acuerda de vuesa excelencia.

-¿Y cómo está ella? ¿Dónde vive? ¿Qué ha hecho en todo este tiempo? Le conté a grandes rasgos la vida de mi madre en Samaniego, quién era mi padre y algo de aquellos viajes que yo hiciera a Torrecilla siendo todavía niño. Después, me extendí un poco sobre mi propia -105- vida. Le hablé de Logroño y Zaragoza, de mi frustrada carrera de abogado, de la amistad de mi familia con don Zenón de Somodevilla y del largo, aunque plácido, viaje que acababa de culminar. Don José Antonio era un hombre de contextura fuerte en el que no se notaban para nada los largos sesenta y cinco años de vida que cargaba sobre sus espaldas. Tenía el aire duro y el gesto campechano de quien está acostumbrado al trato que dan los campamentos entre camaradas de armas. Tenía la risa fácil y el rostro bonachón. Se sentaba, tras la mesa de su despacho, con ambas manos cruzadas sobre el pecho y, de vez en cuando, lanzaba con disimulo (lo que le obligaba a levantarse para poder hacerlo) algunas ojeadas a la ventana que se abría sobre la calle que daba al rastro de San Francisco, como si vigilara las actividades de los frailes. Le agradecí sus atenciones y le recordé lo que me había dicho el marqués sobre la calidad familiar de los paisanos en tierras de América.

-El señor marqués me dijo que en Indias el paisanaje vale tanto como el parentesco.

-Sí y no -me respondió-, que aquí tenemos un paisano, que es precisamente el arzobispo, con el que mantengo un pleito de nunca acabar. Es muy testarudo el fray Barroeta de las narices.

-Para él traigo conmigo cartas del señor marqués.

-No es un mal sacerdote, pero demasiado soberbio, en mi opinión. Y bien, ¿qué te parece Lima? -me preguntó, cambiando el hilo de la conversación-.

Prefiero tutearte. A un hijo de María Engracia no puedo sino tratarlo con familiaridad. ¿No te importa?

-Más bien lo agradezco -le respondí-. Lima me parece una ciudad grande.

-Lo es -me dijo-, pero todo se viene abajo con una facilidad que espanta. Cuando recién llegué a hacerme cargo del gobierno, un terremoto dejó por tierra todos los edificios. Fue realmente desastroso.

-106-

Me contó la historia, y estaba realmente orgulloso de cuanto había hecho. En El Callao el mar se había salido y había acabado con todo, y a ese hecho, precisamente, se refería el título de Conde de Superunda que le había concedido su majestad. Lo sucedido en Lima no fue menos grave, pues, si no las olas, que se quedaron a la altura de Carmen de la Legua, donde ahora se levanta una pequeña ermita, el movimiento de tierra fue tan formidable que sólo quedaba en pie, cuando todo terminó, una de las dos torres de la catedral. Don José Antonio Manso de Velasco dedicó todos sus esfuerzos a la reconstrucción de la ciudad, por lo que los limeños lo tenían por un segundo Pizarro.

-Era de verse -me contaba- la nube de polvo que se levantó. Durante meses no hubo mueble ni objeto, por pequeño que fuera, en los que el polvo no se posara. Las cuentas de los rosarios estaban llenas de polvo. Las camas, las sillas: todo estaba sucio. Ni en los bancos de las iglesias podíamos sentarnos sin mancharnos. Todo era una verdadera mugre. Respirábamos polvo, y, en el invierno, con la garúa, el pelo, la cara y la ropa se nos llenaban de un barrillo que era muy difícil de arrancar. Lo peor fue la secuela de temblores que siguió al terremoto. La verdad es que temíamos que llegara a darse uno aún más grande y destructor que el primero. Ya ves a dónde has venido a parar.

-En todas partes se cuecen habas -le respondí-, que, si no hay terremotos, habrá tormentas, pestes y hasta hambrunas que nos recuerden que éste en el que vivimos es el valle de lágrimas del que nos hablan los sacerdotes. Cuando salí de mi primera visita al virrey Conde de Superunda, tenía confirmada mi plaza de teniente en la guardia de nobles. Bonifacio me esperaba en la casita que habíamos alquilado por una -107- módica renta en la calle de las Mantas, a pocos pasos del palacio, así que volví a atravesar la plaza, a admirar la belleza de las limeñas y a contemplar el variado mundo limeño en el que todos los hombres y razas de este mundo se mezclan y se confunden. Aquel día 23 de junio, víspera de San Juan, hacía sol. Los días anteriores habían sido oscuros y húmedos, lluviosos y tristes. Era la primera vez que veía cómo el sol podía traspasar el denso colchón de nubes que cubría la ciudad. Con el sol, Lima se volvía alegre y cobraba un encanto que todavía recuerdo con verdadero cariño. Serían apenas las diez de la mañana cuando salí del palacio, y el Gato se estaba vaciando de clientes. Unos viejos tomaban el sol junto a la fuente sentados en unos pequeños bancos de madera y apoyados en sus bastones. Algunos golillas iban y venían de los cajones de escribanos que se amontonaban en los bajos del edificio del cabildo, y una parvada de rapazuelos correteaba entre los puestos del mercado enfureciendo a las cholas y a las mulatas que los atendían. Era una escena sumamente colorida, y yo me sentí, de pronto, en el mejor de los mundos. Al día siguiente tendría que presentarme ante el coronel Eguidazu, un fiero

militar vizcaíno, como me lo había descrito el señor virrey, «más bueno que el pan y más dulce que las natillas de Aranda».

Tenía el coronel don José Ignacio Ruiz de Eguidazu unos feroces mostachos a la francesa, un vozarrón de bajo profundo y una nariz aguileña que le descolgaba sobre una boca sin labios tras la que se adivinaban unos dientes de fiera blanquísimos y afilados. Paseaba a grandes zancadas por el patio del cuartel con las manos a la espalda y la cabeza levantada hacia el cielo y no dejaba nunca de lanzar maldiciones cuarteleras, si se le ofrecía la ocasión. Gracias a la descripción que de él me había hecho el señor virrey, pude soportar bien el primer día su presencia y sin alterarme.

-108-

-¡Por mil demonios! -tronó, cuando le presenté los papeles de mi despacho-. ¿Así que vuesa merced, señor hidalgo, pretende sentar plaza de oficial en esta guardia? Pues le va a costar sus buenos varapalos, que no damos nada gratis y quien quiera celeste que le cueste. ¡Dios y cómo me gustaría que el virrey me enviara más mocosos como vuesa merced para poder destetarlos!

Había en el tono de su voz y en el gesto que ponía un deseo expreso de atemorizarme, lo que seguramente lograba siempre con los desprevenidos. Siguiendo el consejo que me había dado el señor virrey, yo puse cara de circunstancias, asumí una actitud humilde y temerosa y no osé en ningún momento levantar los ojos del suelo hasta que, gritando a todo pulmón, me obligó a que lo mirara.

-¡Míreme vuesa merced cuando le hablo!

Levanté entonces la vista del suelo y a punto estuve de echarme a reír, lo que habría tornado la situación mucho más conflictiva y difícil para ambos. Por fortuna, pude evitarlo. Pasada la primera tormenta, se dedicó a darme los consejos de rigor sobre cómo debía y cómo no debía comportarme en público y en privado y a instruirme con precisión casi matemática sobre mis deberes en la guardia. Con esto y una cariñosa palmada en la espalda, que no debieron dejar de oír cuantos habitaban el palacio, me abandonó en mi puesto, no sin antes indicarme que al día siguiente fuera a verlo de nuevo a su despacho a la misma hora.

Creo que el coronel no tenía demasiadas cosas en qué entretenerse en aquella época. Según un capitán extremeño que tenía el sonoro apellido de Vargas de la Parga y González de Uceda, también de enormes bigotes, le gustaban los toros y era ésa, y no otra, su mayor -109- pasión, pero nunca me habló de ello, y cuando hubo toros en la plaza de Lima no lo vi jamás asomándose a los balcones. Pasaba, cuando yo lo conocí, de los cincuenta años y tenía una esposa joven, hermosa e inteligente de las alturas de Cuzco. No habían tenido hijos, y, a mi parecer, esta carencia había marcado su carácter. Yo veía a veces al coronel en su despacho reconcentrado y con la cabeza caída sobre el pecho. Entonces recordaba las palabras del virrey, quien había dicho de él que era «más bueno que el pan y más dulce que las natillas de Aranda». Lo cierto es que el coronel era un alma de Dios con pretensiones de matasiete y que, a los pocos meses de conocernos, me quería casi como a un hijo y me trataba como si lo fuera. Comencé a frecuentar su casa en la Navidad de ese mismo año. Habíamos ido juntos a oír la misa del gallo a la catedral en Noche Buena y, al día

siguiente, hube de pasar al atardecer por su casa para probar el chocolate que preparaba su esposa, pues, según él, no lo había igual en ninguna parte del mundo. A fuer de sincero, debo decir que aquel chocolate era de primera, con el punto que a mí me gusta de azúcar y vainilla y todo lo espeso que debe estar, para que esté en su punto, un soconusco que tal nombre merezca. A éste añadió la señora suspiros de limeña, un dulce de manjar blanco de rechupete y unas copitas de moscatel que me dejaron el gusto empalagado durante semanas. El coronel era lo que los aragoneses llaman un laminero, y quizás a eso se refería el virrey cuando me habló de que era más dulce que las natillas de Aranda, aunque yo no sé de dónde sacaba el señor conde semejante dicho, que yo jamás lo había escuchado y nunca más lo he vuelto a oír en toda mi vida.

Pasada la fiesta de Reyes Magos, el virrey me llamó a su despacho para conversar de asuntos de interés general. Me preguntó qué tal me había adaptado a la nueva vida, me comentó que el marqués -110- había caído en desgracia y que ahora vivía desterrado en Granada y me habló por vez primera de los asuntos de Paraguay, «donde al parecer están sucediendo cosas que se nos están escapando de las manos». Éstas fueron exactamente sus palabras. Le conté lo que había escuchado de labios del padre Lejárraga mientras cenábamos en casa del señor marqués, y él me dijo que, en efecto, estos jesuitas saben más de lo que dicen y ocultan también mucho más de lo que deben. A estos últimos comentarios me limité a mover ligeramente la cabeza y a poner cara de circunstancias, dándole a entender que, si bien ignoraba todo sobre el asunto, bien podía llegar a estar de acuerdo con él en lo que decía.

-Para este asunto no podemos confiar en el coronel Eguidazu. Es demasiado noble y no es capaz de imaginar cálculo mundano y político en los hombres de la Iglesia. Yo, que los he tenido que sufrir más que ningún otro -se refería al arzobispo Barroeta más que a los jesuitas-, me imagino perfectamente de qué pueden ser capaces ad maiorem Dei gloriam.

-El marqués también confiaba en ellos -yo me refería a los jesuitas.

-Y ellos en el marqués. No quiero adelantar juicios en tanto no tenga informes en los que poder fiar, pero es probable que las cosas que suceden en Paraguay las lamentemos más tarde o más temprano.

No era la primera vez que en Paraguay ocurrían cosas de naturaleza grave en la que los hijos de Loyola tenían alguna intervención. Apenas hacía treinta años se había dado una revuelta en Asunción contra el entonces gobernador don Diego de los Reyes Balmaceda, en la que había tenido una participación importante el fiscal de la Real Audiencia de Charcas don José de Antequera y Castro, quien, comisionado por la misma audiencia como juez pesquisador, llegó -111- a Asunción, destituyó a Reyes y asumió la gobernación de la provincia. Se trató, en realidad, de una rebelión contra los jesuitas, a los que los criollos culpaban de competencia desleal en el cultivo y comercio de la yerba mate y del caos reinante en la provincia. El doctor Antequera vino a poner orden, y las cosas habrían quedado ahí, si el virrey Marqués de Castelfuerte no hubiese apresado a don José de Antequera cuando éste iba de camino a Chuquisaca, de donde lo llevó, cargado de grilletes, a la cárcel de corte de Lima. Nadie hizo más por la condena del doctor Antequera que los jesuitas y el obispo de Asunción, don José de Palos. Una vez que don José de Antequera fue

ajusticiado en Lima, los paraguayos lo convirtieron en mártir de la libertad. No terminaron, empero, ahí las cosas, pues, habiendo llegado a obispo de la misma ciudad don Bernardino de Cárdenas, que no era bien visto por los miembros de la Compañía, también lograron expulsarlo y cuando, años más tarde volvió a su puesto y fue elegido gobernador por los propios asuncenos, los jesuitas solicitaron la ayuda del virrey Manso de Velasco y, con ejércitos de indios armados de las reducciones, tomaron la ciudad. Don Bernardino de Cárdenas fue un franciscano a quien los jesuitas hicieron la más cruel de las guerras «por evitar que este Prelado entrase ni visitase sus Misiones de Paraná, Uruguay, é Itatí», como reza el título de un impreso recientemente publicado en Madrid. Yo he tenido la oportunidad, hace apenas unos meses y estando encerrado en este hospital, de leer las cartas dirigidas por el doctor Antequera al obispo Palos en su defensa, cartas que fueron publicadas en Madrid el pasado año de 1768. Sospecho que el señor conde debía de estar pensando en los sucesos que, pocos años antes, habían conducido a la expulsión del obispo don Bernardino de Cárdenas. Ignoro hasta qué punto había autorizado él las acciones militares de los jesuitas para restituir el -112- orden a la lejana provincia y si había calculado en ese momento el peligro que podía derivarse de las mismas para la seguridad de aquellos territorios. Cuando habló conmigo aquel caluroso día de enero de 1755, estaba preocupado, y yo sospecho que tendría razones bien fundadas para estarlo, pues es más que probable que no hubiera hecho aún un juicio preciso sobre la situación. La verdad es que yo no sabía qué posición podía tomar el señor virrey en un asunto tan delicado, ni se lo pregunté por el momento, pues esperaba que, en los próximos días, si se presentaba la ocasión, me la fuera exponiendo con toda claridad. Quería saber dónde pisaba, qué pisaba y cómo debía dar los pasos justos para no tropezar.

Así pasaron siete meses en los que tuve la oportunidad de hablar con el señor virrey en cinco ocasiones más sin que volviera a mencionarme el asunto. Yo seguía frecuentando la casa del coronel Eguidazu, del que me había hecho buen amigo y asistía a todos los saraos y fiestas de postín que daban las limeñas y para las que no me faltaban, por fortuna, las correspondientes invitaciones. Bonifacio trabajó en Lima más de lo que había trabajado en Logroño, Zaragoza y Madrid. A punto ya de cumplir los treinta y cinco años, a mí me había dado por la moda y estaba en trance de convertirme en un perfecto lechuguino. Me encantaban las corbatas de encaje, que mi criado había aprendido a planchar y a almidonarme, los calzones ajustados, las casacas bien cortadas y el chocolate espeso, que Bonifacio dejaba a punto con la habilidad de un consumado maestro. A diario paseaba por la plaza Mayor en uniforme y, algunas noches, hasta me aventuraba en el barrio de las Maravillas, donde criollos y negros libertos se reunían para mover el esqueleto con sus coimas al sonido de la guitarra. Junto al Colegio de Nobles de la universidad, subiendo a los barrios altos, había también en aquellos días un afamado galpón gallero -113- en el que corrían las apuestas como el agua corre por los ríos y en el que quien no se ahogaba se veía obligado a nadar desnudo hasta la orilla la mayor parte de las veces por ser quienes lo dirigían hábiles apostadores y tahúres y, en mi modesta opinión, con sus claras puntas de tramposos y de doctores en picardías. Yo solía acudir los jueves por la

noche con algunos de mis camaradas de armas al llamado de la timba, como llaman en Lima a los juegos de azar, y apostaba algunos cobres al primer gallo que se me presentaba. Poco a poco, me fui acostumbrando a la compañía de aquellos hombres rudos para quienes lo importante era vivir cada momento con intensidad y pensar lo menos posible en lo que pudiera deparar la mañana siguiente. Cierta noche, cerca del amanecer, al llegar a casa de una de las sesiones de juego a la que había acudido, me estaba esperando Bonifacio despierto y con un billete escrito en la mano que resultó ser del señor arzobispo. Monseñor don Pedro Antonio Barroeta y Ángel, arzobispo de Lima, hombre culto e ingenioso, famoso por sus dichos y salidas, de quien el señor virrey confesábase enemigo jurado, esperaba encontrarse conmigo en la sacristía de la catedral después de la misa que celebraría a las ocho de la mañana del día siguiente. De ahí iríamos a palacio y trataríamos un asunto «de la mayor importancia para ambos». Se contaban en Lima muchas historias sobre este personaje, como se seguían contando del ya difunto, pero jamás olvidado, virrey Marqués de Castelfuerte, el enérgico navarro don José de Armendáriz, una de cuyas manías lo había hecho popular bajo el apodo de Pepe Bandos. Lima era en el tiempo en el que viví en ella una ciudad chismosa y de alma andaluza y festiva. Hasta sus casas eran semejantes a las que había visto en Sevilla, con frescos patios llenos de geranios, jazmines y rosas, con su fuente en el centro, sus -114- coloridos azulejos y sus huertos sombreados por las bellas flores del jacarandá. En aquel ambiente, las salidas ingeniosas del arzobispo Barroeta eran celebradas hasta por los galleros más afamados y jacarandosos de Malambito. Éstos celebraban a carcajadas las anécdotas del arzobispo. Se comentaba, entre muchas otras -y ésta era, quizás, la más conocida por repetida-, que, en cierta ocasión, tuvo el señor arzobispo que intervenir en un asunto de faldones clericales para imponer la paz entre el superior de un convento, riguroso en extremo, y su levantisca grey frailuna, que no guardaba la menor simpatía por semejantes rigores. En el momento en que estaba hablando el superior (amonestando seguramente a sus subordinados con palabras de fuego), el arzobispo se levantó de repente del sillón en el que se hallaba cómodamente repantigado y comenzó a increparle gritando «¡Calle! ¡Calle!». El padre superior quedó momentáneamente en silencio, pero, recuperando el valor y la voz al mismo tiempo, terminó exigiéndole explicaciones sobre su conducta. Sin perder ni por un segundo la serenidad, monseñor Barroeta le respondió que él jamás le había ordenado que se callara (lo que estaba muy lejos de su ánimo e intención), sino que, siendo tan evidentes los reclamos de libertad que hacían los frailes a su superior, él no había hecho otra cosa que interpretarlos, solicitando de su reverencia que les concediera al menos una vez a la semana el salir libremente a la calle, pues todo hombre necesita aire para sus pulmones, espacio abierto por delante para sus pies y algunas bellezas en las que recrear la vista de vez en cuando. Desde entonces, el «¡Calle! ¡Calle!» del arzobispo se transformó en un grito de guerra que tanto servía al mataperro del barrio ante el rigor de sus progenitores como a la malmaridada que desatendía sus quehaceres por entretener sus ocios en la esquina de su casa soltando la sinhueso con la vecina.

Éste era el hombre al que tenía que enfrentarme al día siguiente. Yo lo había conocido cuando recién llegué a Lima y le entregué las cartas que el señor marqués me había dado para él. Me habló entonces de su familia de Logroño, a la que yo no conocía y con la que no sabía que tuvieran trato alguno mi hermana y mi cuñado, y de los grandes deseos que tenía de volver a pisar «la tierra». Así me dijo: «la tierra». Tenía la esperanza de que lo trasladaran pronto a España, pues, según me confesó, estaba cansado de pelear con el cabildo de la catedral todos los días con el objeto de meter en vereda a los canónigos más díscolos de toda América. De sus pleitos con el virrey no me dijo nada en aquel momento. Por el contrario, cuando tuvo que referirse a él, lo hizo con todo respeto, aunque podía notarse en el tono de su voz que no le guardaba ninguna simpatía. Uno de los epítetos que usó para referirse a don José Antonio fue el de serrano, que carecía en su voz del tono peyorativo que usualmente tiene en Lima y en toda la costa del Perú, pero cuando le dije que también mi madre era serrana y del mismo pueblo que el señor virrey, no volvió a repetirlo. «La gente de la montaña es», me dijo, «más tozuda y cerrada que nosotros, los del valle, pero también más empeñosa y dedicada», con lo que todavía no sé si cuando trató de serrano al señor virrey estábale haciendo un elogio o una recriminación. Algo debió de sospechar sobre cómo mis simpatías se inclinaban hacia la posición del virrey que él llamaba «serrano», no tanto por ser de donde era y haber conocido a mi madre en su juventud, sino porque, en mi opinión, la actitud del señor conde se avenía mejor al espíritu del siglo en el que vivimos, que no es poco el terreno conquistado en los últimos años en España y América frente al poder casi omnímodo que la Iglesia tuviera en otros tiempos, y todavía es mucho lo que resta por conquistar.

-116-

Cuando llegué a la misa de ocho del día siguiente, las escaleras de la catedral estaba mojadas por la garúa. Si no recuerdo mal, era el día de la Virgen del Carmen de 1755 y había muchas personas, sobre todo mujeres, arrodilladas frente al altar. Busqué un lugar en la nave lateral que da a la sacristía, me apoyé en una gruesa pilastra, puse cara de circunstancias y esperé a que terminara la misa. En las bancas destinadas a ellos, estaban los miembros del cabildo, los oidores y algunos oficiales del ejército. No estaba el virrey, y los canónigos ocupaban el coro con sobrepellices almidonadas, los brazos cruzados y ese gesto de superioridad que suelen adquirir a nuestros ojos aquellos a quienes, por su oficio, imaginamos siempre más cerca del cielo que de la tierra. Algunas beatas, arrodilladas en el suelo y con el rostro contrito, dejaban escuchar los susurros monocordes de sus rezos. Hacía frío, y no pocos asistentes a la misa cruzaban el vuelo de su capa sobre sus hombros para protegerse del relente que penetraba por la puerta abierta de la iglesia. Cuando la misa acabó y el arzobispo se dirigió a la sacristía con el resto de misacantanos, sacristanes, frailes y monaguillos, yo todavía esperé unos minutos a que se desocupara; luego, me dirigí lentamente a la sacristía, donde me estaría esperando monseñor Barroeta. Cuando llegué, encontré al arzobispo sacándose el alba por la cabeza con la ayuda de un monaguillo que halaba de mangas y de faldones. Esto detuvo de momento mis pasos, y, una vez que hubo concluido de desvestirse, me fui hacia él, me incliné

ligeramente frente a su ilustrísima y besé la mano que me extendía.

-Buenos días, don Millán -me saludó, cortés.

-Buenos días, vuesa ilustrísima -le respondí.

El palacio en el que vivía estaba al lado mismo de la catedral y casi al frente del que ocupaba el virrey. No podían evitar ser vecinos. Al llegar a la puerta, monseñor Barroeta se detuvo y echó una mirada, -117- como de reojo, a las ventanas del despacho de don José Antonio Manso de Velasco. Cruzamos el zaguán, amplio y primorosamente empedrado, pasamos al primer patio y, desde allí, siempre en el piso bajo, nos dirigimos a su despacho, en la parte posterior del edificio. El lugar estaba lleno de curas y de canónigos que iban y venían de una a otra oficina. Yo no sé por qué pensé que don José Antonio debía de tener allí sus propios espías, como probablemente los tuviera monseñor Pedro Antonio de Barroeta en las oficinas del Conde de Superunda. Cuando ingresamos al despacho del arzobispo, había un cura pequeñito y muy joven arreglando unos papeles sobre su mesa. Al vernos entrar, abandonó momentáneamente su trabajo, saludó con una ligera inclinación de cabeza, leyó la orden en la mirada de Barroeta y salió, cerrando la puerta y dejándonos solos.

-Siéntese vuesa merced -me dijo entonces el arzobispo, al tiempo que se sentaba tras una mesa grande de caoba-. ¿Desea tomar algún refrigerio?

-No, gracias -le respondí-. Prácticamente acabo de desayunar.

-Yo tomaré una taza de chocolate, si no le importa. ¿No desea acompañarme con un vinillo de misa? Le aseguro que el que nos venden los vinateros de Surco es de primerísima calidad.

-En ese caso le aceptaré una copita, pero sólo una.

Se inclinó como para hacerme una confidencia, echó ambas manos hacia adelante, las unió en un gesto entre beatífico y discreto, y yo descubrí en las comisuras de sus labios un conato de sonrisa que, de momento, me dejó desconcertado. A los pocos segundos volvió a abrirse la puerta y esta vez asomó por ella el cuerpo de un sirviente negro que cargaba una bandeja con rosquillas, una jícara de chocolate caliente y espeso y una copa grande de un lacrima Christi -118- muy oscuro que parecía destinado a hacer mis delicias aquella mañana. El negro, muy joven, pequeñito y tan delgado como un junco, se escurrió entre nosotros y colocó casi sin que nos diésemos cuenta la bandeja debajo de nuestras narices. El chocolate despedía aromas de cacao y de vainilla, y las rosquillas se veían verdaderamente apetitosas. Me sorprendió que el señor arzobispo hubiera adivinado lo que pensaba tomar, y ahora creo que a monseñor Barroeta le divertía jugar con las personas, adelantarse a sus deseos, adivinar, en fin, lo que iba a ocurrir antes de que las cosas ocurrieran y que la sonrisa que había descubierto a la hora de sentarse frente a mí era parte de ese juego en el que él se recreaba. El negro se fue, y nos volvimos a quedar como al comienzo: él mirándome fijamente, como si quisiera adivinar lo que pensaba en ese momento, y yo sosteniéndole la mirada. Así debió de pasar alrededor de un minuto, que a mí me pareció eterno. Al cabo, monseñor Barroeta tomó en sus manos una rosquilla y se la llevó a la boca. Cuando dio el primer mordisco a la rosquilla, me invitó, con un gesto de su mano derecha, a que tomara la copa de vino de consagrar. La llevé a mis labios, la paladeé lentamente y luego dejé que el líquido negro, espeso y dulce se deslizara por mi garganta. El arzobispo me estaba observando con

curiosidad. Hacía frío en aquella estancia.

-Quisiera saber qué ha venido a hacer realmente al Perú -me dijo de repente-. No me responda sin pensar. Ya sé que vuesa merced es oficial de la guardia de nobles y que goza de la confianza del señor virrey, pero ¿por qué al Perú y no a México o a las Filipinas?

-No lo sé. A alguna parte tenía que ir, vuesa ilustrísima. En España no eran muchas las oportunidades que se me ofrecían -le respondí.

-Algo de eso me ha escrito el doctor Pujadas, que, por cierto, tiene a vuesa merced en altísima estima, y eso es, precisamente, lo que más me confunde. No es vuesa merced un hombre para venir a -119- América sin un destino que corresponda a su categoría. ¿Qué es lo que le hizo venir a la buena ventura?

-La aventura misma, vuesa ilustrísima -respondí, haciendo un juego de palabras.

Monseñor Barroeta tomaba el chocolate a pequeños sorbos y, de vez en cuando, mojaba en la jícara una rosquilla que, inmediatamente, se llevaba a la boca.

-Creo, vuesa ilustrísima -le dije, aprovechando uno de aquellos momentos en los que se llevaba una rosquilla a la boca-, que he desaprovechado mis mejores años. Quizá debí de haberme quedado con el doctor Pujadas en Logroño, donde tenía asegurado el porvenir, pero lo cierto es que lo mismo Logroño que Zaragoza o Madrid me resultaban estrechos y que yo soñaba con atravesar océanos, mares, ríos y montañas y llegar a uno de estos países lejanos. Desde niño imaginé que así tendría que ser mi vida. A esto llamo la atracción de la aventura. Todos la hemos sentido alguna vez, según imagino, aunque vivimos tiempos en los que es difícil que se cumplan nuestros sueños. ¿Encuentra vuesa ilustrísima una mejor posición para la aventura que un despacho de oficial español en América?

-Quizá no -me respondió-, pero en vuesa merced no son las virtudes militares las que merecen ser destacadas. Es vuesa merced, ante todo, un estudioso, un hombre de letras.

-Fracasado -le retruqué.

-¿Cómo lo sabe, si jamás ha dado nada a la imprenta? -me respondió.

-Hace años que abandoné ese sueño.

-Pero es un sueño que podría convertirse en realidad.

-Ya no. Tengo casi treinta y cinco años y todo lo que he escrito lo he roto.

-120-

-Homero tenía más de sesenta cuando escribió La Odisea.

-Yo no soy Homero, sino apenas un aficionado y no muy bueno.

-Nadie pretende que sea Homero y ni siquiera que sea bueno. Los escritores son demasiado exigentes consigo mismos.

-No todos, por desgracia, y menos aún en este siglo, en el que cualquiera que se lo proponga toma el recado de escribir y, sin compasión para nadie, pergeña un mamarracho que termina en la imprenta. Hay para todos los gustos: novelas, comedias, vidas de santos y sonetos al por mayor. Basta con sentirse inspirado para hacerlo. Vuesa ilustrísima debe de haber conocido a muchos de estos pajarracos en las academias de Lima.

-Muchos, en efecto.

-¿Entonces...?

-Quiero proponerle algo, aunque no sé si estará interesado. ¿No ha pensado alguna vez vuesa merced editar una gaceta en Lima al estilo del Diario de los literatos de España? No sería necesariamente igual, pero...

-Jamás lo he pensado. Es la primera vez que escucho hablar de una idea semejante.

-Creo que Lima necesita una publicación en la que sus ingenios se expresen con libertad y en la que los mejores impongan a la generalidad de los literatos las reglas mínimas del buen gusto.

-Tal vez lleve razón vuesa ilustrísima, pero yo no me siento capaz de llevar a cabo una empresa de tanta envergadura.

-Es una aventura, precisamente, y vuesa merced es, en opinión de muchos, el más y mejor capacitado para llevarla a buen fin.

-No puedo asegurarlo. Debe de haber gente mucho mejor que yo y, si no la hubiera, los limeños no aceptarían fácilmente el supuesto magisterio de un peninsular. En todo caso, no es ésta la clase de aventura que a mí me gustaría emprender.

-Piénselo vuesa merced y, si decide cambiar de opinión, venga -121- a verme, que nada me daría tanto gusto como que pudiéramos emprender juntos esta aventura. Se lo aseguro.

-Lo pensaré -le dije-. Se lo prometo.

Hablamos de otros muchos asuntos aquella mañana de invierno, pero éste fue el tema central y el más importante de cuantos tratamos. Acababa de terminar mi copa de lacrima Christi, cuando el sirviente negro volvió a hacer su ingreso en el despacho episcopal con una nueva, como si hubiera adivinado el momento exacto en el que necesitaba volver a tomar un pequeño sorbo del aquel licor espeso y dulce. Cuando salí del palacio del arzobispo con el sabor del moscatel todavía en la boca, el Gato estaba en su apogeo. Amas y criadas, cholas huertanas y esclavas negras iban y venían de un puesto a otro, movían los brazos y se ponían en jarras, gritaban y discutían, y todo parecía, pese a la persistente garúa, extraordinariamente animado aquella mañana. Había mujeres, detenidas con la bolsa de compra colgándoles de las manos, conversando sobre todo lo que veían y recordaban, y algunos hombres maduros se paseaban haciendo girar sus bastones en el aire y descubriéndose reverentes ante la presencia de alguna dama por ellos conocida. La garúa seguía cayendo inmisericorde. Serían casi las diez cuando llegué a mi casa de la calle Mantas, donde me esperaba Bonifacio. Tenía aún casi dos horas para cambiarme de ropa, ponerme el uniforme de oficial de la guardia y volver a ocupar mi puesto en el palacio del virrey, pero todo me daba vueltas en la cabeza, y tan irreal y absurdo me parecía en ese momento ser oficial de la guardia de nobles como emprender la aventura literaria que monseñor Barroeta me proponía. De pronto, como tantas veces en Logroño, en Zaragoza o en Madrid, sentí que no me hallaba en el lugar que me correspondía y al que aspiraba y que estaba haciendo cosas que, en el fondo, no me interesaban en absoluto. Quizá la intención -122- del señor arzobispo había sido despertar en mí las dudas que siempre me han acompañado y ganarse, de este modo, mis simpatías. Quizá. Tal vez me necesitaba para su causa, sabiendo, como sabía, que yo era un hombre más próximo al virrey que a su persona. Sospecho que también sabía que yo hablaría de este asunto con el Conde de Superunda, pues él era, al fin y al cabo, mi superior y de él dependía en

gran parte mi destino. Ya no tenía el valimiento del señor marqués, lo que me colocaba en una situación bastante incómoda ahora que don Zenón se hallaba desterrado de la corte. ¿Qué pretendía Barroeta con todo esto? ¿Qué esperaba su ilustrísima que yo hiciera? Estaba decidido a no intervenir en absoluto en aquel conflicto de poderes, aun cuando mis simpatías se inclinaban, como se inclinaban, hacia el del representante de su majestad y no hacia el de su santidad. Creía -y creo- que la religión debe hallarse sometida a los principios más generales del bien público, pero no ignoraba que, con frecuencia, el poder ejercido por las autoridades del mundo era arbitrario e injusto y que, si no de la religión, de algún principio superior deberían emanar normas capaces de controlar el poder y suavizarlo. ¿Podría tratar de todos estos temas en la gaceta que me proponía editar monseñor Barroeta o debía limitarme a temas exclusivamente literarios y de interés general? ¿Quién o quiénes leerían las páginas de una publicación semejante?

Desde la ventana de mi cuarto se veía la plaza. Una pequeña carroza cruzaba en ese momento hacia palacio y se perdía entre el gentío que se arremolinaba en el mercado. Un jinete pasaba, garboso, bajo mi ventana, y en la calle de Judíos las tiendas de telas abrían las puertas a sus clientes. Había, pese al frío y a la humedad, un ambiente de fiesta flotando en la atmósfera, y me dieron ganas de volver a salir a la calle y pasear de arriba abajo sin preocupación. Alguna vez lo había pensado y no pocas veces lo había llegado a -123- hacer en Zaragoza, cuando la suerte parecía sonreírme y veía mi puesto de abogado de la audiencia asegurando mi futuro: decidir un día cambiar la derrota de los pasos y, en vez de dirigir éstos a donde las obligaciones los reclaman, orientarlos a cualquier parte y sin apuros. ¿Estaba dispuesto a hacerlo esa mañana? No, no lo estaba en absoluto. Los años no vienen solos: llegan acompañados de temores. La juventud no es otra cosa que la ausencia de temor y de responsabilidad. Lo que nos convierte en personas responsables es el miedo y, una vez que asumimos nuestra responsabilidad, no hacemos otra cosa que multiplicar nuestros temores. Ya no podía hacer en Lima lo que tantas veces había hecho en Zaragoza. Tan sólo podía pensarlo, soñar que un día me levantaba de la cama, salía a la calle, encontraba a una señora de buen ver que aceptaba mis requiebros y, dejando todo de lado, olvidándome de mis obligaciones, la seguía a donde me llevara sin que importara dónde. Si hubiera sido realmente libre, ni siquiera habría necesitado pensar en una señora atractiva: me habrían bastado mis ganas, mis reales ganas. Por entonces imaginaba con frecuencia que un buen día salía de casa, alquilaba una pequeña habitación a la vuelta de la esquina y me escondía en ella para espiar los pasos de mis amigos y conocidos. Después regresaba, cuando todos me tenían por muerto y estaban celebrando mis funerales solemnes en la catedral. Tratava de representarme la ceremonia: el virrey, elegante y majestuoso, como corresponde a su cargo, el arzobispo vestido con casulla negra y cantando la misa de difuntos con su bien timbrada voz, el coronel Eguidazu, serio y reconcentrado, pero duro, tratando de no demostrar sentimiento alguno, y su esposa llorando e hipando sobre sus charreteras. Los veía a todos, escondido detrás de una de las grandes pilastras de la iglesia, y, de pronto, salía de ella y me presentaba ante los sorprendidos ojos de todos los asistentes. Las mujeres se desmayaban en los brazos de

sus maridos, el coronel -124- Eguidazu lanzaba una maldición que resonaba sobre los gregorianos del coro, el conde de Superunda permanecía inmutable, guardando las formas, el arzobispo se quedaba con los brazos extendidos en el momento mismo de decir el «Dominus vobiscum», y algunas viejas beatas de las que, echadas de rodillas en el suelo de las iglesias, forman grupos para rezar el rosario, salían a la plaza, como disparadas por un cañón, al grito de «¡Milagro! ¡Milagro!». Como en Lima no existía gaceta que recogiera tales sucesos, se irían magnificando a medida que pasara el tiempo, y no faltaría, en fin, un chismoso ilustrado que, compitiendo con los ciegos que cantan historias romanceadas por las tabernas, lo pusiera en una prosa relamida y lo diera a la imprenta bajo un título tan largo como sonoro y confuso.

Tras los visillos de la ventana de mi cuarto, más allá del velo neblinoso que produce la garúa, se adivinaban las puertas de la catedral abiertas de par en par, y yo observaba a los feligreses entrando y saliendo por ellas en un fluir continuo e interminable. Bajaban los frailes panzones y viejos, con enormes tejas sobre sus cabezas, por las escaleras de piedra, como si les costara un enorme trabajo el mover las piernas, y detrás de ellos, colgadas de sus amplísimas mangas y halándolas como halan los bueyes de las carretas, las beatonas de siempre con sus mantillas negras sobre sus cabezas y el rosario y los libros de misa en sus manos. Seguía cayendo con pausa la garúa sobre las calles y las casas de la ciudad, y las beatas cuidaban sus pasos para evitar resbalones sobre el piso embarrado y sucio. El Gato, tan animado minutos antes, se iba vaciando de clientes y vendedores, y yo seguía en mi casa sin moverme, esperando no sé qué e invadido por una pereza profunda e indescriptible. Pasaban los horas sobre las torres de la catedral, y los gallinazos oscurecían aún más el cielo cuando se -125- descolgaban hasta los puestos abandonados de la plaza para devorar los restos que habían quedado de las vísceras de vaca, los intestinos de cordero, cabezas de pescado, frutas podridas y verduras malolientes. Los gallinazos de Lima son los buitres mejor alimentados del planeta, y allí estaban, como todos los días, disfrutando del banquete que la ciudad les procura gratuitamente. Observaba cómo revoloteaban entre la inmundicia. Los transeúntes pasaban entre ellos sin mirarlos. Bonifacio me dijo que era ya la hora de que fuera a palacio. Me vestí lentamente el uniforme de oficial, crucé sobre mi chaleco el tahalí del que descolgaba mi espada, me puse la casaca, tomé el sombrero y salí a la calle. Sobre la ciudad seguía cayendo la garúa.

No sé bien por qué recuerdo tantos detalles de aquel día 16 de julio de 1755. En realidad, no puedo decir que algo importante me sucediera en él o que descubriera algún aspecto ignorado de la realidad, un oscuro rincón de mi alma que hasta entonces hubiese quedado en tinieblas. Nada de eso. Fuera de la conversación que mantuve en la mañana con el arzobispo Barroeta -y que no se volvió a repetir-, no recuerdo que me sucediera algo especial aquel día, y sin embargo está fijado en mi memoria mejor que otros a los que podría considerar verdaderos hitos de mi existencia. Han transcurrido más de treinta años y he entrado en la vejez. Desde entonces han sucedido muchas cosas. El Conde de Superunda ha debido de morir y otro tanto ha debido de ocurrirle al arzobispo. Aquí en Asunción, encerrado en este inmenso hospital del que por consejo de los médicos me prohíben salir

las autoridades, pasa el tiempo de una manera extraña: a medida que avanza hacia el futuro, yo regreso al ayer. Ahora vivo como cuando aún era joven y no pensaba que la muerte me esperaba a la vuelta de la esquina.

-126-

Extraña, ciertamente, esta parte del escrito de Millán de Aduna. Extraña también nos parece la propuesta de monseñor Barroeta, si bien podríamos pensar que, como hombre de su época, el arzobispo pudo haber estado interesado por entonces en que Lima contara, como contaban ya algunas ciudades peninsulares, con la presencia de una publicación periódica. ¿De dónde procedía, empero, el prestigio de Aduna como literato? Nada había publicado cuando le hace la extraña propuesta el arzobispo. Nada parece que haya publicado después, ni en Lima, ni en Asunción. Nada sabemos, en fin, de él, fuera de lo que nos cuenta en este manuscrito. Nada he podido encontrar sobre su persona, ni sobre su paso por Lima. Él mismo se consideraba, al parecer, un escritor fracasado. ¿Fue acaso Millán de Aduna un precursor fallido de Bausate y Meza en el Perú, un Nipho que no pudo concretar ningún proyecto? Extraño. La prosa que usa en su manuscrito es, no obstante, bastante periodística, si cabe calificar así un escrito del siglo XVIII, cuando todavía el periodismo hallábase en su infancia. Tal vez soñara que era periodista o que le habían propuesto serlo. A veces ocurre. Quizá monseñor Barroeta jamás se encontró con él, y él soñó que se había encontrado una mañana con el arzobispo en su despacho del palacio episcopal de Lima. Tal vez soñó eso mismo mientras observaba por su ventana de la calle Mantas el movimiento de la gente en el mercado del Gato, garuaba en la ciudad y él esperaba, perezoso, que Bonifacio le planchara el uniforme que ese mismo día iba a vestir en la guardia del palacio del virrey o le empolvaba la peluca. Si éste fue un sueño, ¿no habrá sido también un sueño el resto del largo escrito que tengo en mis manos ahora y que voy desgranando en mi casa de la calle Cerro Corá casi Monseñor Bogarín, mientras llueve a cántaros sobre Asunción y las calles se inundan y se convierten en raudales? -127- ¿No estaré yo mismo soñando que leo algo que jamás existió? No lo sé. Tal vez Millán de Aduna sea la invención de otro escritor, de alguien aburrido en la Asunción de los últimos años del siglo XVIII, o de otro Millán de Aduna, un oscuro funcionario de la administración colonial (o quizá republicana, si aceptamos como una posibilidad el que lo escribiera en el siglo XIX) que decidió inventarse una vida diferente para sentirse importante frente a sí mismo. Las posibilidades son casi infinitas. Yo recuerdo que el primer cuento que escribí en mi vida (por fortuna, inédito) trataba de un hombre ciego y sordo que, sin saber escribir, con sólo golpear al azar el teclado de la máquina, escribía ese mismo cuento que yo había escrito.

No volví a reunirme jamás con monseñor Barroeta. Lo vi, sí, muchas veces y, en ocasiones, hasta conversamos largo y tendido sobre temas diferentes; pero jamás me volvió a invitar a su despacho y nunca me mencionó la propuesta que aquel día me hiciera. Tampoco le dije nada a don José Antonio sobre el asunto. Así fueron pasando los húmedos días del invierno limeño y llegó noviembre y con noviembre llegó el día de mi santo. Mandé en aquella ocasión decir una misa en la iglesia de Santo Domingo, a la que invité al coronel Eguidazu y a su esposa y a la que asistió, sin que yo lo invitara, el propio virrey. Terminada la misa, nos encontramos todos en la

puerta de la iglesia, y don José Antonio, después de felicitarme y de hablarme de los benedictinos de San Millán de la Cogolla, pueblo que yo jamás había visitado, tuvo la gentileza de invitarme al día siguiente a cenar con él. Me disculpé por no haberlo invitado a la misa, diciéndole que no lo había hecho por tener en cuenta sus múltiples ocupaciones y la pequeñez del acto, y le aseguré que al año siguiente lo invitaría sin falta y que me había hecho un gran honor al asistir.

-128-

-Es probable -me dijo- que el próximo año no tenga vuesa merced la oportunidad de hacerlo.

Me pareció que sus palabras encerraban algún misterio, pero como estábamos en la puerta del famoso convento de fray Martín de Porres, al que las beatas acuden como moscas por la fama que tiene el negro beato de milagrero y cuya plazuela y pórtico se hallan siempre a reventar de vendedores de humitas, sanguito, turrone y manjar blanco por razones complementarias, no creí en ese momento prudente el que nos quedáramos conversando entre la multitud que nos rodeaba, y así, sin más preámbulos, nos despedimos de su excelencia deseándole el coronel Eguidazu y yo que tuviera un buen día. Nos cuadramos, hicimos el saludo de reglamento y con la esposa del coronel nos dirigimos a mi casa, donde Bonifacio ya nos tenía preparado un desayuno de chuparse los dedos. Tanto el coronel Eguidazu como yo teníamos libre todo el día y lo pasamos en amena conversación y jugando a las cartas con los camaradas que fueron llegando a medida que terminaban sus obligaciones. La esposa del coronel Eguidazu se retiró después del almuerzo, no sin antes llevarme aparte y entregarme un paquete envuelto en papel amarillo que me rogó que no abriera hasta bien entrada la noche.

-Esto es -me dijo- de parte de José Ignacio, pero yo se lo he escogido. Lo estima mucho el coronel, don Millán. Y yo también.

No sé si fue lo que dijo o el modo en que lo dijo, lo cierto es que, mientras ella hablaba, se me iba haciendo un nudo en la garganta que me impedía pronunciar palabra. Algo debió de notar doña Encarna, pues tomando mi cabeza entre sus manos, la besó con la unción que una madre pone al besar a su hijo. De golpe, me vi -129- abrumado por el peso de todas las emociones y me abracé a ella. Me vinieron a la memoria, a una velocidad de vértigo, los rostros de mis padres, el de mi querida hermana Leona, el de Miguel y el de Simón: ella representaba en ese momento a todas aquellas personas queridas que había ido dejando atrás y de cuyo recuerdo a veces quería liberarme para seguir marchando hacia adelante. Levanté la cabeza y la miré a los ojos y vi que los tenía húmedos, como húmedos debían de estar probablemente los míos en ese momento. No pude evitar volver a abrazarla. Cuando nos separamos, ella se marchó al fin y yo me fui un momento a mi habitación, donde dejé el paquetito sin abrir sobre la mesilla de noche, cumpliendo de esta manera la promesa que le había hecho de no hacerlo hasta bien entrada la noche. Cuando regresé al estrado donde mis camaradas estaban gritando, jugando y bebiendo, noté en el rostro del coronel una sonrisa de complicidad. Estaba ya mucho más apaciguado y tranquilo, así que me senté, pedí cartas y me dispuse a perder algunas monedas de vellón, entregándolas a la voracidad de mis amigos.

La reunión terminó como a las ocho. Para entonces, el coronel Eguidazu, que fue el último en abandonar el campo de batalla, ya estaba un poco achispado y había suavizado notablemente los ásperos y feroces modos que lo caracterizaban. Quería cantar y entonaba aires cuarteros que me obligaba a acompañar sin demasiado entusiasmo. La verdad es que el coronel cantaba mal, aunque engolaba la voz y le arrancaba gorgoritos al estilo de Farinelli. Mis camaradas ya se habían ido, y yo le propuse al coronel acompañarlo hasta su casa.

-Excelente, Aduna -me dijo entonces-. Ahora entraremos a saco en mi bodega.

-130-

-No, mi coronel -le respondí-. Debemos estar ambos temprano en el palacio, y es bueno que descansemos.

-¡Qué descanso, ni qué niño envuelto! Eres una damisela, Aduna.

-Como diga, mi coronel.

Salimos a la calle. La noche era clara. El coronel vivía en la del Arzobispo, a escasas varas de palacio. Atravesamos la plaza, por la que algunos limeños paseaban con pausa por disfrutar del fresco. Había un intenso aroma de jazmines que impregnaba la atmósfera. Me esforzaba por enderezar los pasos del coronel para que los transeúntes no notaran su borrachera. Hacía que se apoyara en mi hombro, y creo que era consciente del ridículo en que se podía poner en cualquier momento. No hablaba, pero, a cada diez o doce pasos, me obligaba a detenerme. Serían ya las nueve de la noche, y se estaba muy bien en la calle. La temperatura era perfecta. Todo estaba sosegado, el aire era limpio, y a través de las puertas abiertas de la catedral veíanse los altares iluminados con velas, que relucían como estrellas en medio del firmamento. Pasamos frente a la puerta de la capilla del Sagrario, de la que en ese momento salían las últimas beatas que habían acudido al rosario vespertino. Unos mataperros iluminaban la noche limeña con una fogata encendida en la esquina de Judíos y Mercaderes. A lo lejos se escuchó entonces el rasgueo de una guitarra y pudimos oír con toda claridad la bien timbrada voz de una mozuela que cantaba

Madre, la mi madre,
¿guardas me ponéis?
Sí yo no me guardo,
no me guardaréis.

-131-

-Esa voz, estimado Aduna -habló entonces el coronel-, es la de Hermelinda, a la que le dicen la Bien Plantada. Vámonos a la jarana, que para dormir tenemos todo el día de mañana.

Logré convencerlo a fuerza de muchos ruegos de que continuáramos nuestro camino hacia su casa, pero, mientras esto hacía, comenzaron a arremolinarse en torno a nosotros los mocosos de la hoguera, y el coronel no dejaba de repetir a voz en cuello la cantaleta de «Vámonos a la jarana,

que para dormir tenemos todo el día de mañana», cantaleta que, escuchada por los muchachos, se convirtió esa2 misma noche en grito y canción, que, cuando llegamos a la casa, casi media hora más tarde por haber estado el camino de la amargura tan interrumpido por las estaciones del vía crucis, ya se escuchaban por toda la plaza y las calles de los alrededores los tres únicos versos octosílabos que compusiera el coronel Eguidazu en toda su vida de poeta:

Vámonos a la jarana,
que para dormir tenemos
todo el día de mañana.

Cuando llegamos a casa, nos esperaba doña Encarna en el estradillo de recibo, con los brazos abiertos, sentada en una silla de anea. Tenía sobre sus faldas un libro abierto que había estado leyendo mientras esperaba. Doña Encarnación era una mujer menuda, de ojos muy vivos y cabello intensamente negro. Era más joven que el coronel, y se notaba en todas sus acciones que vivía dedicada a satisfacer los menores caprichos de su marido. Nunca, antes o después, he conocido a alguien semejante. Pienso que doña Encarna sufría más por no tener consigo al coronel cuando salía de juerga con sus camaradas que por verlo en el estado en que se hallaba al -132- momento en que llegamos. Cuando hicimos nuestro ingreso al estradillo, doña Encarna se puso de pie y entre ambos llevamos a su esposo hasta su cama, en la que, de momento, lo dejamos para que descansara. El coronel parecía dormido, aunque, de vez en cuando, abría la boca como si quisiera comunicarnos alguna cosa importante, pero, como no le salía palabra alguna, terminaba quedándose con una especie de sonrisa congelada entre los labios. Cuando parecía haberse quedado por fin dormido, su esposa se acercó a la cabecera de la cama, le dio un beso en la frente y le cubrió las piernas con una pequeña frazada que sacó de un arcón que estaba a los pies del lecho. Después, salió conmigo de la estancia y me invitó a tomar una taza de chocolate en la cocina.

-Allí estaremos más cómodos -me dijo, mientras avanzábamos por el pasillo.

En un rincón de la cocina estaba una esclava grande, motuda y retinta entretenida en sacar una por una las arvejas de sus vainas. Lo hacía con la parsimonia que se gastan los médicos a la hora de escribir el r cipe a sus enfermos. Tenía una olla grande de barro entre sus faldas e iba poniendo en ella los guisantes más verdes y succulentos. A los que ya amarilleaban los dejaba apartados en la mesa. Cuando entramos a la cocina, la negra tenía perdida la vista en la pared y tard  bastante en reaccionar y levantarse para atendernos. Nos sentamos en una mesita muy limpia de madera clara a la que la negra termin  trayéndonos sendas j caras de chocolate para volver más tarde a sus quehaceres y ensueños. Desde la silla en la que estaba sentado la veía hacer, mientras doña Encarna me iba contando cómo conoció en Cuzco al coronel Eguidazu cuando éste era alcalde

del crimen en aquella ciudad y cómo se casaron y se la llevó a España, donde vivió los dos años más felices de su vida. Cuando lo conoció -133- en Cuzco, el coronel era viudo y no frecuentaba la compañía de las damas casaderas. Don José Ignacio había estado casado antes en España con una prima suya a la que conocía desde niña y que había muerto nueve días antes de cumplir los veinte años de unas fiebres puerperales que le sobrevinieron tras un parto bastante difícil. Por fortuna, el niño nació sano y fuerte, y el coronel, que sufrió mucho cuando falleció su esposa, le puso el nombre de Manuel, pues Manuela Pía se llamaba la difunta y así no se perdía el nombre en la familia. Manuel vivía en España, tenía treinta años, era también militar, estaba casado y le había dado tres nietos varones al coronel, por lo que la rama militar de los Eguidazu parecía, de momento, asegurada por varias generaciones. Doña Encarna lamentaba no haberle podido dar hijos al coronel, pero se conformaba con saber que pronto podría disfrutar del cariño de los nietos de su marido, a los que consideraba como suyos. Ambos, el coronel y doña Encarna, esperaban retirarse pronto a un caserío que habían heredado en las montañas de Orozco y pasar los últimos años sin órdenes, cuarteles ni otras zarandajas de la milicia. En el fondo, me decía doña Encarna, el coronel era, pese a las apariencias, de esos hombres a los que les gusta estar en casa y disfrutar de la compañía de sus seres queridos. La coronela coincidía con el virrey: don José Ignacio era «más dulce que las natillas de Aranda».

-La verdad -me dijo entonces doña Encarna- es que mi José Ignacio se conforma con poco, y eso lo mantiene feliz. Claro que, de vez en cuando, se le pasan los vapores; pero ¿a quién no le ocurre lo mismo una vez al año?

El chocolate, como siempre, estaba delicioso. Aquélla, más que una casa de familia, parecía una confitería y, desde que se entraba en el zaguán, antes incluso de pasar a un patiecito lleno -134- de geranios florecidos que tan limpio sabía mantener la señora de la casa, los dulces aromas del azúcar y la vainilla invadían las pituitarias del visitante. Eran ya más de las diez de la noche cuando salí de casa del coronel Eguidazu. Casi todos los faroles de los portales estaban apagados, no había ya un solo paseante en la plaza y la ciudad entera parecía haber desaparecido bajo el oscuro manto de la noche. A veces, se adivinaban algunas lucecillas en lontananza. Atravesé la plaza con paso firme y seguro, como quien sabe y conoce el terreno que está pisando. En las ventanas del despacho del señor virrey creí ver, por un momento, una lucecita. La ciudad dormía a pierna suelta aquella noche de primavera. Recordé, mientras caminaba, que la fantasía popular creía que en la plazuela de San Agustín solía haber cada noche una procesión de ánimas y que nadie se atrevía a atravesarla a tan altas horas. Decidí en ese momento aventurarme: acababa de cumplir treinta y cinco años y tenía la oportunidad de ver con mis propios ojos la maravilla de la que todos hablaban. Al llegar a la puerta de mi casa, me detuve y saqué la llave del bolsillo de la casaca. Volví a guardarla en el mismo sitio. Sentí un pequeño escalofrío, pero seguí adelante y llegué a la esquina de la calle de San Agustín. Sólo dos cuadras me separaban de la plazuela. El corazón comenzó a latirme con fuerza, y mis oídos percibían ruidos que, en otro

momento, habrían pasado inadvertidos para mí. Caminé aquellas dos cuadras sintiendo cada paso que daba. No había un alma en la calle. Mientras me dirigía a mi destino trataba de adivinar las luces y las voces que debían de acompañar la procesión de los difuntos. No veía ni escuchaba nada. Llegué a la plazuela en el momento en que se levantó una ligera ráfaga de viento que hizo que se deslizaran por el suelo algunas hojas secas de los árboles de la placita. Me estremecí. Confieso que me estremecí. Al volver a -135- recuperar la calma, me di cuenta de que todos los ruidos eran magnificados por mi imaginación. Me quedé de pie observando la fachada de la iglesia, tan bella en el día, y negra y oscura en la noche. Algo me llamó la atención en ese momento: pese a la oscuridad reinante aquella noche, yo creía ver una sombra deslizándose entre las sombras. Como los sonidos de las hojas, pensé en un momento que aquella sombra más oscura era producto de mi fantasía, pero mis ojos la seguían viendo. Veía una sombra que subía por la fachada, agarrándose a las columnas salomónicas, llenas de pámpanos, hojas y retorcimientos, que la decoran junto a la puerta. Veía además cómo la sombra avanzaba y superaba todos los escollos hasta llegar a la claraboya que se abría en la parte alta del edificio. Creí reconocer en la sombra a un hombre. No. No era mi imaginación. Era un hombre que ahora se deslizaba con todo sigilo a través de la claraboya y que, seguramente, se descolgaba al interior de la iglesia. ¿Con qué intenciones lo estaba haciendo? ¿Qué mueve a un hombre a escalar la fachada de una iglesia en la noche e ingresar en ella subrepticamente con peligro de descalabrarse? Sólo había una respuesta para la pregunta que acababa de hacerme: el robo.

En ese momento tenía dos posibilidades: volver sobre mis pasos, llegar a palacio y requerir la ayuda de la guardia para atrapar al ladrón o esperar que saliera y atraparlo yo solo sin ayuda de nadie. La primera era la más atractiva y no suponía mayores riesgos. Tenía, no obstante, un solo y muy grave inconveniente: el ladrón podía salir de la iglesia y escaparse mientras yo hacía el trayecto de San Agustín al palacio y viceversa. También existía la posibilidad, aunque ciertamente muy remota, de que los alguaciles de la guardia pasaran en algún momento por la plazuela mientras el ladrón aún permanecía entretenido en los menesteres de su oficio. En ese caso, miel sobre hojuelas. Sopesando todas las posibilidades que -136- yo iba calculando, decidí esperar. Si tenía la suerte de que la guardia pasara, bien; si no, ¿qué le íbamos a hacer? Yo solo tendría que enfrentarme con el sacrílego. Pero ¿no era yo mismo un oficial de la guardia, aunque jamás hubiese enfrentado hasta ese momento una situación semejante? Por cierto que sí. ¿Por qué tendría, entonces, que requerir el auxilio de nadie, si bastaba mi sola autoridad para llevar a cabo una empresa semejante? Calculé todo. Saqué mi espada y la agité delante de mis ojos, que vieron brillar el acero a la luz de la luna como si lo vieran por vez primera. Yo había calculado que el ladrón saldría por donde había entrado, puesto que no conocía ni sabía que hubiera otra parte por la que pudiera hacerlo. Lo esperaría, por tanto, junto a la puerta, entre las sombras de las columnas, con las que me confundiría. En el momento mismo en el que él pusiera el pie en el suelo, le daría el alto en nombre del rey y lo atraparía.

No sé cuántos minutos pasarían, pero a mí me parecieron eternos. Me

acuerdo de haber oído como cinco veces el canto de la lechuza. El vientecillo cuyo soplo tanto me había asustado en la plazuela volvió a soplar y a levantar las hojas de los árboles. Tras el manto nuboso de la ciudad, en la oscuridad de la noche, veíase una luna legañosa que apenas despedía resplandor alguno. Creí escuchar algunos pasos a lo lejos, pero fui incapaz de adivinar por dónde ni hacia dónde se dirigían. Seguí esperando. En las torres de la catedral dieron las once. Nadie se deslizaba todavía por la pared de la iglesia hacia la calle y ya estaba a punto de abandonar mi empresa, creyendo que mis sentidos me habían engañado, cuando sentí sobre mi cabeza una ligera tosecilla. Era el ladrón, sin duda alguna. Agucé los oídos y escuché con absoluta claridad el ligerísimo ruido que hacía el cuerpo del sacrílego al deslizarse entre las piedras de la fachada. Contuve la respiración y esperé a que posara sus pies en el suelo. En ese preciso instante se me ocurrió que podía haber -137- despertado a los frailes para que me ayudaran, pero ya era demasiado tarde para hacerlo. Tendría que conformarme con dar la alarma en cuanto pusiera mis manos sobre el sacrílego.

Cuando cayó a mis pies, el ladrón no parecía mayor que un niño de trece años. Era delgado y bajo, y cuando sintió el acero de mi espada sobre su espalda se quedó como petrificado. No se movió. Yo le di el alto en nombre del rey y grité alarma por si me escuchaban los frailes y los alguaciles de la guardia.

-No se mueva vuesa merced, señor ladrón, si en algo estima la vida, que soy oficial de su majestad el rey -le dije, poniendo énfasis en anunciarme como oficial.

Llevaba en su mano derecha, envuelto en trapos, un objeto cuya forma me resultaba difícil de adivinar en aquella penumbra. Estaba de espaldas a mí, y a la verdad yo no sabía si tendría que vérmelas con el mismo diablo. Poco a poco se fue volteando, y, de pronto, cayó a mis pies arrodillado implorándome su libertad. En ese mismo momento llegaban corriendo cuatro alguaciles de la guardia y se abrió la puerta del convento hacia la calle para dar paso a una caterva de frailes gritones que despertaron al vecindario. Todos juntos, con el ladrón atado y arrastrado por los alguaciles, nos dirigimos a la cárcel de la corte, en la calle de la Pescadería, donde descubrimos envueltos en los trapos dos cálices de oro macizo con pedrerías. Los ojos del ladrón, que resultó ser un comerciante segoviano con más de veinte años de ejercicio de su oficio en la ciudad, despedían fuego al observar a los frailes, y éstos, por sus gestos y sus palabras, parecían estar dispuestos a matarlo en aquel momento sin dar tiempo a la justicia a pronunciarse sobre el caso.

-138-

El caso es que, como vine a saberlo unos días más tarde, el comerciante segoviano se llamaba Antón García y que sólo dos años atrás era considerado uno de los hombres más ricos de la ciudad. En sus mejores tiempos gastaba trajes de raso y terciopelo, coche de cuatro caballos y una bellísima casa frontera a la Magdalena en el camino de Maranga a la que acudía lo mejor y más granado de la sociedad limeña. Sus más asiduos visitantes eran, sin embargo, los frailes de San Agustín, a los que el segoviano ponderaba por encima de los de las demás órdenes por considerar que, si el santo obispo de Hipona había sido uno de los hombres más sabios

de todos los tiempos, algo de su sabiduría habría quedado en los frailes de su orden, ya que todos ellos lo consideraban padre y ya se sabe que lo que se hereda no se hurta. Estos sabios hijos de San Agustín convencieron, en fin, al ingenuo comerciante de que, puesto que tantos eran los regalos que les había hecho y tantas las mercedes que les hacía y seguiría haciendo, no dejaba de ser prudente el que pusiera a buen recaudo la mayor parte de sus riquezas en la iglesia del santo, que, si llegaban los malos tiempos, habrían de estar en ella mejor protegidas que en ningún otro sitio por la recíproca devoción que se guardaban el santo y el comerciante. Otrosí, como decimos los abogados, que convirtiera todas o la mayor parte de las mismas en cálices y en patenas, pues era ésta la mejor manera de guardar las riquezas en una iglesia, y que confiara el tesoro al padre superior del convento bajo secreto de confesión. Hízolo así, al parecer, este buen hombre (que otro calificativo no merece), pese al consejo en contrario que recibiera de su mujer y a la protesta de sus menores hijos, consejo y protestas que no hallaron eco alguno en un pecho tan piadoso como el suyo. El buen Antón García era de los que oían misa a diario y de los que sólo se convencían de que había salido el sol cuando un predicador lo voceaba desde el púlpito. Tanta era su confianza en los hombres de iglesia y, aún más, la -139- que tenía puesta en los hijos de San Agustín. Así es que el buen Antón García compró cuanto pudo de oro, plata, rubíes, perlas y otras piedras por el estilo, contrató para ello los servicios de un orfebre, pesó una y otra vez su tesoro y, descontando la merma por el trabajo de Lucas de Calatayud, que así se llamaba el orfebre, y las pequeñas sisas que pudo hacerle su mujer para evitar que ella y sus hijos se quedaran in albis, tuvo en sus manos a los pocos meses una custodia de regular tamaño cuajada de rubíes y dos cálices como dos soles que, a partir de entonces, comenzaron a ser considerados los mejores cálices de la Iglesia de San Agustín, una de las más bellas y ricas iglesias de la ciudad.

Pasó por entonces que una de las naves que venían de Panamá con mercancías fue quemada y hundida por unos filibusteros y que en esa nave había puesto en género el buen comerciante los últimos cartuchos que le quedaban en su escopeta, fuera del arsenal que había guardado en el convento. Le había dicho a su mujer que, después de aquel negocio, se volverían ricos a Pedraza, su pueblo, pues, gracias a la fortuna que había logrado amasar con su trabajo, sus hijos podrían vivir en él como caballeros. Cuando las noticias del naufragio llegaron a Lima, Antón García, aunque lamentó los hechos con su mujer y los empleados que trabajaban en la tienda, se felicitó de haber puesto sus riquezas en tan seguras manos, y una mañana dejó a su esposa e hijos en casa y encaminó sus pasos hacia el convento de los padres agustinos. Si bien vivía lejos, fuera de las murallas que cercaban la ciudad, la tienda tenía a la vuelta del convento y, como todos lo conocían en aquel barrio, mientras iba caminando se encontró con muchas personas de calidad, clientes y vecinos, que lo saludaron y le hicieron saber cuánto sentían lo que, según acababan de enterarse, le había ocurrido. Hasta el hermano lego que cumplía como portero en el convento y con quien creía -140- tener alguna amistad lo abrazó con mucho sentimiento cuando llegó y le preguntó por el padre superior, pero, como ya estaba puesto en autos, le comunicó de inmediato que precisamente

un día antes el superior había viajado con otros frailes a la ciudad de Huamanga y que nadie esperaba su regreso a Lima hasta pasados por lo menos unos dos meses. Pese a las malas noticias, Antón García no se desanimó y preguntó entonces por otro fraile, muy amigo suyo y con quien tomaba chocolate en su casa casi todos los días. El hermano portero le dijo que el padre Ginés Madurga estaba a punto en aquel mismo momento de celebrar misa en el altar mayor de la iglesia y que sería bueno que fuera a escucharla como buen cristiano. El comerciante siguió el consejo del portero, entró a la iglesia y, olvidado por completo de sus problemas, se entregó a la oración con la misma piedad de siempre.

Cuando terminó la misa, buscó al fraile y lo encontró paseando por el claustro. Se saludaron como siempre y, sin más preámbulos, Antón García le comunicó que venía a retirar uno de los cálices que había dejado en custodia en la iglesia, pues tenía que pagar unas obligaciones que estaban a punto de vencerse y sus acreedores no esperarían más de siete días sin llevarlo ante los tribunales. Lamentó lo del naufragio, tanto porque con él había perdido una cantidad importante de dinero, cuanto porque le obligaba a sacar de la iglesia una riqueza que él antes esperaba que medrara que no que disminuyera.

-Pero así son los negocios -concluyó diciendo.

-Nada sé yo de negocios -le respondió el padre Ginés-, que nuestra condición de frailes dedicados por completo a las tareas evangélicas no nos permite ingresar en asuntos del mundo -141- y deleitarnos en ellos. Lo que sí sé decirle es que los cálices y la custodia que vuesa merced dice ser suyos son de San Agustín y a él y sólo a él han pertenecido siempre.

De nada le sirvió al pobre comerciante que explicara una y otra vez el modo en que el superior había convencido de que pusiera sus riquezas en el convento. El padre Ginés Madurga nada sabía de semejante asunto y no estaba dispuesto, hasta que no regresara el padre superior de su viaje a Huamanga, a hacer otra cosa que esperar y negar cualquier entrega. Las riquezas del santo obispo de Hipona no podían ser tocadas por nadie y menos aún por un comerciante segoviano cuya honradez él no ponía en duda, pero que comenzaba a dar algunas muestras de extraños desvaríos.

Cuando se despidieron, el comerciante aún no estaba convencido de la trampa en la que había caído. Confiaba en los padres y creía a pies juntillas en la justicia. Aquella mañana se olvidó de abrir su tienda y volvió a su casa, dispuesto a alquilar los servicios del primer arriero que encontrara para hacer con él el camino de Huamanga, a ver si alcanzaba a los frailes que viajaban a aquella ciudad. Cuando le contó a su esposa la conversación que acababa de tener con el padre Ginés, su amigo y contertulio, ésta, que era bastante más lista que él y menos dada a sofismas, inventos y vanas ilusiones, le dijo que era un tarambana y un tonto, que ella ya le había advertido y que los frailes lo habían engañado como a niño de la doctrina. Puso el grito en el cielo la mujer del comerciante, y a los gritos de la buena mujer acudieron sus hijos, y en aquella casa se armó, en menos de lo que canta un gallo, la de Dios es Cristo, como se dice vulgarmente. Una hora después del mediodía, el comerciante segoviano partía al galope en un caballo ruano con un baqueano que conocía bien los caminos de la sierra y que tenía, al parecer, la

misma confianza que él en la bondad de los frailes.

-142-

Lo cierto es que jamás dieron con el padre superior y su cuadrilla y que, a los cuatro días de haber salido de Lima, volvía el comerciante con el ánimo por los suelos y con un gran temor a perder cuanto tenía. Como a la semana, se hicieron presentes en su casa los acreedores con sus abogados y los alguaciles de la justicia, lo tomaron preso, le quitaron la casa y la tienda y dejaron a su mujer y a sus hijos en la calle. Por fortuna, esta última, que había logrado sisar algunas monedas a su marido antes de que cometiera la locura de entregar todo a los frailes, tenía con qué defenderse, alquiló el entresuelo de una casita de Bajo el Puente, cerca de la iglesia de los Descalzos, y se puso a trabajar como lavandera y planchadora en la casa de la Condesa de Vallehermoso, que la tenía en gran estimación. Todas las mañanas iba a la cárcel de la corte con alguno de sus hijos a ver y llevar comida a su marido, quien jamás recibió la visita de fraile alguno del convento, pese a haber permanecido encerrado en prisión por más de dos años. Cuando alguien le preguntaba al padre Ginés Madurga por su antiguo amigo, el piadoso fraile repetía siempre que apenas lo conocía y que no recordaba haber estado en la casa del comerciante tomando chocolate en más de dos ocasiones. Cuando la justicia tomó declaración al padre superior sobre la supuesta propiedad de la custodia y los dos cálices, éste se limitó a decir que tales piezas sagradas le habían sido entregadas por un pecador anónimo bajo secreto de confesión y que no podía, en consecuencia, proporcionar informe alguno que comprometiera la honra de la persona que las había confiado a su iglesia y convento.

Pienso que el segoviano debió de planear el asalto a la Iglesia de San Agustín mientras estaba en prisión. Lo realmente sorprendente era su agilidad. Después de aquella noche en la que yo tuve la fortuna o la desgracia de descubrir y capturar al sacrílego, pasé varias veces por la plazuela de San Agustín y observé su fachada con -143- detenimiento. Aún me parece imposible que alguien pueda escalar sin ayuda de cuerda alguna por aquellas piedras hasta la claraboya que se abre en lo alto de la fachada. Pero el segoviano, si bien ingenuo y confiado, pequeño y débil en apariencia, estaba lleno de energía y de sorpresas. Cuando se vio su causa en la Real Audiencia a los tres meses de su captura, yo frecuenté los tribunales para interesarme en la suerte que iba a correr. Confieso que, una vez que conocí la causa de su proceder, estaba cada vez más interesado en que se le hiciera justicia. No tenía el segoviano, sin embargo, posibilidad alguna de salir con bien de semejante trance, puesto que el padre superior, el único que estaba en el secreto, se negaba una y otra vez a reconocer a nadie bajo el secreto de confesión y no soltaba prenda, como suele decirse. Este padre superior, que se llamaba fray Gaspar Gómez de Carreño, era limeño y miembro de una de las familias más reconocidas de la ciudad, lo que hacía aún más difícil la causa del comerciante. En una de aquellas sesiones del tribunal, el comerciante dijo a los jueces que, puesto que San Agustín se había negado a entregarle parte de las riquezas que él le había confiado y dejado en custodia, no había tenido más remedio que forzar la voluntad del santo y que ponía a Dios por testigo de que en todo estaba diciendo la verdad. Al pobre

segoviano le dieron garrote vil el primer día de otoño de 1756, y, aunque yo traté de informarme sobre la suerte corrida por su mujer y sus hijos, sólo pude saber que todos ellos se habían ido de la ciudad y que, probablemente, se encontraban haciendo el camino de regreso a la península. Jamás he lamentado tanto haber sido oficial de la guardia y haber cumplido con tanto celo mi deber.

Aquel 12 de noviembre de 1755 fue, pues, por muchos conceptos memorable para mí. Había pasado una hermosa velada en compañía del coronel Eguidazu y de su esposa, había bebido y jugado a -144- las cartas con mis camaradas, había acompañado al coronel a su casa a altas horas de la noche, me había aventurado entre los fantasmas de la plazuela de San Agustín y había, en fin, capturado a un sacrílego que resultó ser una buena persona engañada por unos pícaros, aunque nadie creyó en su inocencia, ni en la picardía de los frailes. También había recibido un regalo del que no me acordé hasta bien entrado el día siguiente. Al rayar el alba tenía que estar en mi puesto de guardia en palacio junto al coronel. Cuando llegué, el coronel ya estaba en su despacho y me hizo llamar al punto.

-Veo, Aduna -díjome con su característica voz de trueno-, que ha pasado vuesa merced una mala noche.

-Así es, en efecto, mi coronel -le respondí y, a continuación, le conté lo sucedido.

Le di al coronel motivos suficientes con lo que le conté para lanzar mil maldiciones al viento y dejar oír su potente voz en todos los rincones de palacio. Después, se calmó, sacó de una de las gavetas de su mesa una botella de aguardiente de Pisco y dos copas y me invitó a que lo acompañara. En el patio contiguo trotaban dos caballos.

-En este caso hay gato encerrado, Aduna -me dijo el coronel-, y sería bueno que lo descubriésemos.

El día transcurrió como siempre, pero yo notaba que el coronel me lanzaba de vez en cuando extrañas miradas como si quisiera descubrir en mi persona algún secreto que yo ignorara. No fue sino hasta bien pasado el medio día que yo me acordé del paquetito envuelto en papel que me había entregado la tarde anterior la coronela. Cuando llegué a casa, fui a mi habitación, lo abrí al punto, saqué su contenido, quedé fascinado por los resplandores de una cadena de -145- oro macizo de la que descolgaba una medalla con la imagen de un San Millán Matamoros en el anverso y las armas de los Aduna en el reverso, me la colgué al cuello, tomé mi sombrero y mi capa y salí de inmediato hacia la casa del coronel. Los encontré a él y a doña Encarna en el estrado conversando animadamente, me acerqué a ellos y los abracé emocionado.

-Si por tan poca cosa se pone vuesa merced a llorar, Aduna -me dijo con gesto de enfado el coronel-, mejor será que jamás nos hallemos juntos en ninguna batalla.

Le expliqué a doña Encarna que, debido a los hechos que eran de todos conocidos, aquella noche me había olvidado por completo del regalo y que, por esta razón, no seguí ninguna de sus indicaciones respecto al paquetito amarillo y que le rogaba su perdón. Después, volví a contar con pelos y señales la historia de la captura del sacrílego, a lo que el coronel Eguidazu añadió que era una verdadera lástima que él no hubiese estado ahí

para ponerle las peras al cuarto al botarate.

-Calla -le interrumpió en este punto doña Encarna-, que yo conozco bien a este buen hombre y tengo para mí que el tal Antón García es tan ladrón como tú pirata del Caribe.

-Pues bueno que podría haberlo sido -le respondió el coronel, que, pese a su edad, aún creía conservar suficientes bríos para enfrentar las más arriesgadas aventuras.

Desde entonces conservo la cadena con su medalla, que ni aún en los trances más difíciles en los que me he visto, ni en los asaltos y violencias que he sufrido, ha logrado nadie separarme de ellas. Pobre como soy, abandonado en este hospital, cada vez que me acuerdo -146- del coronel y su esposa, me llevó las manos al pecho, sacó la medalla, la observo por un rato y vuelvo a sentir que todavía hay personas en el mundo que me quieren, aunque no sepa si aún viven, ni dónde pueden vivir. Temo, por desgracia, que el coronel Eguidazu y su esposa, de los que hace ya mucho tiempo carezco de noticias, hayan dejado este mundo, pero su recuerdo, como el de mis padres, mis amigos de Zaragoza, mi hermana Leona y, sobre todo, el de Manuela y su padre, está conmigo y me consuela.

Es evidente que este Millán de Aduna no sigue con rigor algunos preceptos fundamentales de la narrativa. En este punto de su historia habla de personas (Manuela y su padre) sobre las que nada había dicho hasta el momento. ¿Quiénes son ellos? ¿Los conoció en su infancia? ¿Son, acaso, personajes que aparecerán más tarde y a los que iré conociendo a medida que avance la narración? Lo ignoro. Se mueve en diferentes tiempos y mezcla el pasado con su presente y con un tiempo que es futuro desde la perspectiva de lo narrado en ese momento y pasado en la perspectiva de quien lo narra. Esto es, más bien, extraño en un narrador del ilustrado siglo XVIII y lo es más en quien, como él asegura en una parte de su historia, había sido temprano lector de la Poética de Luzán, tan ajustada en casi todos los aspectos a los cánones de los preceptistas franceses, aunque yo no sé bien, porque no recuerdo en detalle su obra al momento de redactar estas líneas, si el sabio preceptista aragonés se ocupó en algún momento de este curioso asunto de la confusión de los tiempos (verbales, naturalmente). ¿No será que en Asunción, rodeado de la naturaleza salvaje del trópico, Millán de Aduna dejó de conceder importancia a las cosas que en otro momento y lugar la habrían tenido para él? ¿Qué pueden importar, en última instancia, el pasado y el futuro en un mundo en el que parece vivirse un eterno presente congelado?

-147-

Presente. El futuro en Paraguay sólo aparece en los discursos de los políticos. El pasado es el presente y el presente es el pasado. El general Stroessner puede volver en cualquier momento de su exilio brasileño y Oviedo, que hace apenas un mes era la imagen misma del pasado, vuelve a ser un lamentable presente al momento de escribir estas líneas y es probable que sea futuro en unos días más. El juez que investigaba su caso ha recibido amenazas de muerte. El juez ahora es nuevo: hay otro juez ocupándose de su causa. En algunos días más, será otro. Y seguirán sucediéndose los jueces y los días. Aquí la vida no tiene demasiada importancia. Hace apenas unos días, un senador al que se le puede considerar un partidario incondicional de Oviedo, dio una magnífica

demostración de fuerza en un mitin celebrado en alguno de esos3 barrios de Asunción que yo no conozco, pero que, de vez en cuando, aparecen en los periódicos y en la televisión. Llegó al barrio en cuestión (o salió, no recuerdo bien) montado en su automóvil, sacó su mano izquierda por la ventanilla y comenzó a disparar al aire para asustar a quienes en ese momento lo rodeaban y que, al parecer, lo abucheaban. El senador, de cuyo nombre no puedo ni quiero acordarme, es un hombre gordo, de nariz roma, cara redonda y grasa y con clara tendencia a la apoplejía. Bien alimentado de bifes de chorizo y de churrascos, imagino que a la única enfermedad que puede temer es a la gota. Es la imagen misma del hartazgo en un país en el que más de tres cuartas partes de la población campesina se hallan por debajo de la línea de la pobreza. Todo un ejemplo a seguir: gordo, poderoso y pistolero. El revólver con el que hiciera los disparos al aire es todo un símbolo de los tiempos que corren en el país. Todo un símbolo del poder arbitrario y la corrupción. Hay algo que une todas estas formas de poder, como descubriera Einsenberger en un ensayo sobre Trujillo y Al Capone. ¿Habrá sido así también en tiempos de don Millán de Aduna? -148-

Ya tengo ganas de llegar a la parte que toca al Paraguay. ¿Dónde comienza y dónde termina la historia de este país? ¿Es Francia el verdadero padre de la patria o hay que buscar sus orígenes más atrás, en ese mundo colonial en el que Millán de Aduna está a punto de sumergirse para siempre? ¿Qué hace este personaje en un hospital, abandonado a su suerte y con tan sólo sus recuerdos?

Pocos días antes de la ejecución de Antón García, el virrey volvió a llamarme a su despacho. Lo hizo esta vez en forma directa, acercándose a la guardia y pidiéndome que acudiera a él a las cuatro de la tarde del día siguiente. El coronel Eguidazu me comentó ese mismo día que, pese a su carácter campechano y afable, jamás el virrey había tenido para con ninguno de sus subalternos una deferencia semejante. Me felicitó por ello efusivamente.

-Tiene vuesa merced, señor hidalgo -me dijo el coronel, dándome las consabidas palmaditas en la espalda-, más suerte de la que se merece.

Vaya, vaya y hable con su excelencia y, si no es secreto de estado lo que lleguen a tratar, vuelva vuesa merced después para contármelo.

Cuando ingresé a su despacho, don José Antonio estaba de pie con las manos en la espalda y observando un enorme mapa colgado de la pared.

-Venga vuesa merced hacia acá -me dijo, después de responder a mi saludo.

Estábamos solos. Hasta su secretario, que siempre estaba dando vueltas en torno a su mesa, había desaparecido. Por uno de los ventanales abiertos a la calle entraba un airecillo caliente que entibiaba la habitación, y el señor conde habíase liberado de su casaca, -149- que tenía en ese momento abandonada sobre los terciopelos de un sillón. Noté cómo una gota de sudor bajaba de su frente y se le iba descolgando por su mejilla derecha. Con un rápido movimiento de su mano izquierda se liberó de ella. Me miró y esperó a que llegara hasta él. Las cortinas de los grandes ventanales estaban abiertas. Cuando me acerqué a él, extendió su mano derecha hacia el mapa y, señalándome uno de sus puntos, me preguntó qué sabía de la región en la que se situaba aquel punto apenas perceptible.

-Nada, vuesa excelencia -le respondí-. Fuera de Lima y sus alrededores, no conozco otro punto en América que Panamá.

-El punto que acabo de señalarle es la ciudad de Asunción en el Paraguay, a donde quiero que vaya vuesa merced a recoger informes sobre todo lo que está sucediendo en esos alejados lugares. Hay demasiada gente en todo esto y, aunque no soy yo, sino el gobernador de Buenos Aires, quien debe resolver, no olvido que hasta allí alcanza mi autoridad y que, si su majestad ha comisionado, como lo ha hecho, al Marqués de Valdelirios para que vele por la buena ejecución de sus políticas, habré menester de saber cómo se desarrolla todo el asunto y, sobre todo, qué hay de cierto en esa extraña noticia que corre por Europa y que ya ha llegado a nuestros oídos de que los jesuitas han nombrado un rey entre los suyos.

Era la primera vez que escuchaba una noticia semejante. El virrey me hizo leer entonces una noticia publicada en la Gaceta de Amsterdam y que a él le había sido entregada traducida en una carta llegada de España en la que al pie de la letra se decía que «el nuevo monarca es un jesuita que sus cofrades han puesto en el trono y quien seguidamente los echó del país». También se hablaba en aquella información de las riquezas del Paraguay y de algunas monedas que con la efigie de Nicolás I Rey del Paraguay estaban circulando -150- por la corte. Quedé tan sorprendido como se puede imaginar y aún no había salido por completo de mi asombro cuando el virrey me dijo que también él tenía noticias de que los indios de las reducciones que dirigen los padres de la Compañía se habían levantado contra las autoridades españolas y que, según se contaba, estaban dirigidos por alguien llamado Nicolás, al que los indios reconocían como su soberano.

-¿No habrá en todo esto más fábula que realidad?

-Eso es lo que quiero que vuesa merced averigüe -me respondió-. Parécenos4 un disparate la noticia, mas no hemos de echar en saco roto cuanto sabemos del temperamento de los padres de la Compañía y de sus belicosos antecedentes en esa provincia. Dios no lo quiera, pero, como ya le dijera a vuesa merced en otra ocasión, es probable que terminemos lamentando las cosas que están sucediendo en Paraguay. El embajador inglés en Madrid, don Benjamín Keene, piensa que puede tratarse de un hijo de Antequera, que, como sabe vuesa merced, fue ejecutado aquí en Lima en tiempos del Marqués de Castelfuerte.

-¿Tenía hijos don José de Antequera?

-No lo sé, pero no importa. Los rumores son muchos y confusos. Lo único cierto es que hay guerra abierta en esas provincias y que Andonaegui no me parece el hombre más idóneo para resolver ningún problema con los jesuitas.

-¿Y quién es este Andonaegui?

-El gobernador de Buenos Aires.

-¿Y el rey del Paraguay?

-A lo mejor es un invento. Si es un invento, vuesa merced viaja con la obligación de descubrir al inventor y comunicármelo lo antes posible.

-¿Y cómo he de hacerlo?

-151-

-Podrá llevar tan sólo a su criado y a dos hombres de mi escolta que estarán siempre a sus órdenes para cuando y cuanto los necesite. No se presentará ante nadie como oficial del ejército español y, menos aún, de la guardia de nobles del Perú. Vuesa merced buscará el modo de presentarse en Paraguay de tal manera que nadie sospeche su verdadera identidad. Para

sus gastos contará vuesa merced con dinero suficiente puesto en casa de un comerciante español en Asunción, que es de toda mi confianza, y de donde podrá librar cuanto necesite con sólo presentar las letras que yo le entregue. Todo lo demás y el modo cómo lo haga corre por su cuenta.

-¿Y por qué ha pensado en mí vuesa excelencia?

-No lo sé. Quizá porque me estoy haciendo viejo y sólo confío en los más cercanos.

-Gracias, vuesa excelencia.

-Ah, a propósito. Al coronel Eguidazu tendrá que contarle vuesa merced una historia diferente. Trate de que sea verosímil y creíble, aunque, si bien el coronel, que es un alma de Dios, puede creerse cuanto le cuente, va a ser hartos más difícil que engañe a su mujer.

-Trataré de hacerlo, vuesa excelencia.

-Vaya preparándose para el viaje. Tendrá que salir de Lima en un mes más o menos y estar en Asunción antes de la llegada de la primavera.

-Así lo haré. Al coronel Eguidazu y a su esposa les diré que voy a casarme. Invente vuesa excelencia una novia para su paisano.

-No es mala la idea. El comerciante español del que le hablo tiene precisamente una hija que no le vendría nada mal a vuesa merced como esposa. Él se llama Eliseo Ripalda y ella, que no cuenta con más de dieciocho primaveras, se llama Elvira. Son de una pequeña aldea de Sigüenza, cristianos viejos, aunque no hidalgos, honrados hasta la médula y muy devotos. Por cierto que Eliseo Ripalda es uno de los hombres más ricos de la provincia.

-152-

-Pues nada, eso le diré al coronel Eguidazu. Al fin, podré hacer fortuna y descansar tranquilo el resto de mi vida.

-Parece que vuesa merced sueña con dar un braguetazo en América.

-A veces lo he pensado.

Todo parecía preparado y a punto, y, de pronto, yo noté que la idea de hacer aquel viaje me entusiasmaba. Paraguay. Su nombre me sonaba aún más exótico que el de Perú. ¿Cómo sería Paraguay? ¿Cómo sería Asunción? ¿Cómo sería el viaje entre Lima y Asunción? ¿Quiénes me acompañarían, aparte de mi fiel Bonifacio? ¿Qué peligros enfrentaríamos en el camino? ¿Qué tendría que hacer en Asunción para no levantar sospechas, poder realizar mi investigación y redactar el informe que me pedía el virrey? ¿Necesitaría cartas de don José Antonio para que algunos imprevistos desafortunados no me afectaran? ¿Cuál tendría que ser el tenor de estas cartas? Todas éstas y otras muchas cosas iba pensando, mientras volvía a la guardia a paso lento, donde me esperaba el coronel Eguidazu, muerto, seguramente, de curiosidad. Habíale prometido al señor virrey no contar nada sobre los verdaderos motivos del viaje y para ello habíamos inventado la historia de mi boda. Iba a casarme. Esto era lo que tendría que contarle al coronel y a su esposa y tendría además que poner cara de felicidad y de entusiasmo porque el partido que me había caído en suerte era de lo mejor: joven, hermosa y rica: el sueño de los calaveras que llegamos solteros a los treinta y cinco años.

Doña Encarna me había repetido hasta el cansancio que abandonara la soltería, añadiendo que era muy de lamentar que un buen mozo como yo, con oficio y beneficio, desaprovechara las muchas oportunidades que me

ofrecían tantas damitas limeñas dispuestas a perder su libertad en el altar de Himeneo. Mi calidad de poeta, como -153- ella me consideraba, añadía atractivos a los ya muchos atractivos que, a su parecer, tenía mi persona, pero yo siempre le respondía que en las cosas del amor no son nunca buenos los consejos y que seguiría esperando.

-¿A qué? -me preguntaba.

-No lo sé -le respondía-. Tal vez a que me quieran.

-¿Y quién habría de dejar de querer a vuesa merced?

Ahora tendría que explicarle que, por fin, iba a casarme y que lo pensaba hacer con la hija de un rico comerciante de Asunción, lo que, tal vez, objetaría la coronela por ese prurito que, en punto de honra y de apariencias, suelen las mujeres tener tan desarrollado. Estaba casi seguro de que no iba a gustarle que fuera la hija de un comerciante, pero yo trataría de convencerla de que no siempre encuentra un caballero su conveniencia en damas de su condición, pues las más de las veces al don suele faltarle lo principal para sostener el orgullo de los linajudos.

El coronel me estaba ya esperando cuando llegué a la guardia.

-Cuenta, Aduna, cuenta -me dijo sin más preámbulos, mientras me hacía pasar a su despacho.

Le conté a grandes rasgos que, en los últimos meses, el señor virrey había estado ejerciendo a mi favor el oficio de casamentero, que le había escrito a un amigo suyo de Asunción con el propósito de preparar su ánimo y el de su hija para la boda y que su amigo le había finalmente respondido aceptándome como su futuro yerno. Le dije también que el virrey me aconsejaba que emprendiera el viaje a Asunción cuanto antes -154- y que, en lo posible, estuviera en aquella ciudad en los primeros días de primavera. No le dije nada de la calidad de mi futuro suegro.

-Ya ve usía -terminé diciéndole- que, habiendo intervenido en todo ello el virrey, no me hallo en posición de resistirme, aunque le confieso, aquí entre nosotros y sin que salga de esta habitación, que no me hace ninguna maldita gracia esto de casarme sin conocer ni la sombra de mi futura esposa, que más me habría gustado el cortejarla y gustar a mi real antojo de su trato que el hallarme condenado, como me hallo, a vivir con ella para siempre sin haber probado, con anticipación, bocado alguno de su platillo. Asegúrame el señor virrey, que dice conocerla, que es bocado asaz apetecible para todos, pero bien sabe usía que, en materia de gustos, no hay nada escrito y que lo que a unos contenta a otros entusiasma y a los demás les irrita y martiriza.

Al coronel le hizo muchísima gracia el modo en que se lo conté, mas no así a doña Encarna, que no creía para nada en matrimonios arreglados y que no veía en ello sino peligros para mí, que era su amigo. En la noche, mientras tomábamos chocolate después de la cena y el coronel y yo saboreábamos los cigarros que se hacía preparar por Andrónico Mi, un negro liberto que los vendía en una pequeña tienda que tenía puesta en la calle de los Desamparados, frente a palacio, a la que el coronel acudía todas las mañanas, la coronela volvió a sacar a colación el asunto de mi boda y a lamentarse de que tan buen partido como ella me consideraba terminara en una ciudad provinciana perdida en medio de las selvas del Paraguay.

-¿Para qué se va tan lejos vuesa merced, si tanta fortuna y aún mayor que la que le ofrecen en Paraguay puede conseguirla -155- aquí en Perú con

sólo levantar la mano? ¿No estará vuesa merced, señor hidalgo, escapando de algún desaguisado? ¿Qué nos oculta a mi marido y a mí, que tantas pruebas de cariño le hemos dado en estos meses? ¿Así es como nos paga el favor que siempre le hemos demostrado?

Era evidente que doña Encarna era más suspicaz que su marido y que, en tanto que a éste yo le podía engañar como a un niño de la doctrina con cualquier argumento o con el primer sofisma que me viniera a la cabeza, a la coronela resultaba muy difícil hacerlo, porque doña Encarna en todo podía ver una segunda intención y un sentido oculto y tenía un olfato muy desarrollado para poder descubrir las mentiras y las dobleces. A ella me dolía engañarla aún más que a su marido, porque sabía que éste no iba a sufrir por lo que le contara, en tanto que ella pasaría días y aun meses después de que partiera pensando que la había engañado de una manera vil y sin compasión. Lo peor era que no se equivocaría y que tendría motivos más que justificados para pensar mal de mí y tenerme en mal concepto por el resto de su vida. Todo ello me hacía sentir avergonzado y triste, como si estuviera traicionando a mis mejores amigos. Notaba que los celos y recelos de doña Encarna tenían fundamento, pero ¿qué podía hacer? Le rogué al virrey que, en la primera ocasión que se le presentase, tratara de convencer a doña Encarna Eguidazu de que el asunto de mi boda con la señorita Elvira Ripalda de la ciudad de Asunción iba muy en serio y que nada se podía hacer para evitar el matrimonio, ya que tanto él como yo mismo teníamos empeñada nuestra palabra de caballeros. El virrey lo hizo como le pedí, no una, sino muchas veces en el mes y medio que todavía permanecí en Lima como oficial de su guardia de nobles, pero en ninguna de esas ocasiones terminó la coronela creyéndose la historia por completo. Algo -156- se barruntaba, aunque no sabía bien de qué podía tratarse, ni por qué estaba ella condenada al engaño y a la ignorancia del asunto que el virrey y yo nos traíamos entre manos.

-No sé bien qué -me dijo en cierta ocasión que estábamos solos en el estrado de su casa-, pero hay algo que no me gusta. Se va vuesa merced casi del mismo modo que llegó y nos deja como si no le importáramos nada en absoluto mi marido y yo.

-Claro que me importan -le dije-. Vuestas mercedes son mis mejores amigos.

-¿Y por qué nos abandona de este modo? ¿A qué le teme? ¿Me teme a mí, acaso?

-¿Y por qué habría de temerle, señora mía?

-Vuesa merced sabrá.

-Pues no lo sé.

A medida que se acercaba el día de mi partida, la actitud de doña Encarna iba variando, y ya al final se puso melosa y en disposición de hacerme toda clase de fiestas y carantoñas.

-No me voy para siempre -le dije entonces-. Es probable que no me case, como es igualmente probable que en un año esté de vuelta con mi esposa. A mí personalmente me gustaría volver a Lima. Si no lo hago, los echaré de menos.

Y el día llegó. Fue a mediados de mayo de ese mismo año. El día anterior, el virrey me invitó a cenar en palacio. También estaban invitados el coronel Eguidazu y su esposa. Después de la cena, nos despedimos del virrey y terminamos la fiesta en casa del coronel, que tenía libre el día

siguiente y quería despedirme a su estilo. Llegaron, como el memorable día de mi santo -157- del año anterior, nuestros camaradas de armas y todos bebimos y jugamos a las cartas hasta casi entrada la madrugada. La coronela permaneció despierta en su habitación toda la noche y, cuando su marido se retiró para echar un pequeño sueño hasta el amanecer y los camaradas de la guardia abandonaron el campo, la coronela salió, se acercó a mí y, en silencio, sin decir una sola palabra, me besó en la boca y se fue corriendo hacia su habitación. Me quedé en el estrado, pensando en lo que me acababa de suceder. Aún era de noche, y las calles de Lima estaban vacías. Me asomé a la ventana y miré hacia la catedral, hacia palacio, hacia Santo Domingo. Miré la plaza y observé cada una de las piedras de los edificios que la rodeaban. Todo lo veía con los ojos cerrados, como si quisiera atesorar cada una de aquellas imágenes en mi memoria. Entre ellas dejaba una breve e intensa parte de mi vida. Quería apurar las últimas horas, los últimos minutos, los últimos segundos de mi vida en Lima. Como cuando me despedí de Logroño para siempre, sabía que era la última vez que vería aquellas calles que tantas veces había recorrido, aquellos cerros que se teñían de gris azulado cuando el sol caía, las puestas de sol sobre la playa de los Chorrillos. Cuando finalmente nos despedimos unas horas más tarde en la puerta de mi casa, yo noté en el brillo de sus ojos que la coronela había estado llorando. Con el recuerdo de sus ojos, abandoné Lima para siempre. El coronel de la guardia de nobles don José Ignacio Ruiz de Eguidazu me dio tal abrazo de despedida que a punto estuvo de romperme una costilla.

Tercera parte

Carafí guazú

El viaje fue el más difícil de los había realizado hasta ese momento. Acompañábanos a mí y a mi fiel Bonifacio un oficial y un soldado de la escolta personal del virrey a los que yo conocía muy poco y que eran de la mayor confianza del coronel Eguidazu. Don José Antonio Manso de Velasco le había pedido al coronel que él, personalmente, los seleccionara. En la noche de despedida, el coronel Eguidazu me felicitó efusivamente por el puesto de favor que ocupaba en la consideración del virrey. «Tiene vuesa merced, Aduna, más suerte de la que merece», me había dicho al tiempo que me abrazaba. Era la frase que me repetía siempre, y que, como todo en él, carecía de mala intención. Era la manera que tenía de demostrar su alegría por la fortuna ajena. «¡Qué buena suerte tienes, ladrón!», me decía en ocasiones, halándome de una oreja como a un chiquillo y pasando al tratamiento llano del tuteo para sentirse más cómodo. Y con ese «tiene vuesa merced más suerte de la que merece» y el recuerdo que el beso

furtivo de la coronela me había dejado partí de la noble y famosa ciudad de Lima en compañía de mi fiel Bonifacio y los dos hombres de la escolta con despacho y sueldo de capitán, que el virrey tuvo, a último momento, la gentileza de levantar mi grado y mi sueldo, sueldo que se iría acumulando en -160- las cajas reales mientras no lo cobrara y contra el que podría librar una de las cartas que me había entregado en cualquiera de las provincias de su gobierno. Habíamos quedado con los dos escoltas que me acompañaban en que ni ellos ni yo usaríamos, mientras durase la misión, de nuestros títulos y cargos y que nos llamaríamos por nuestros nombres de pila o por nuestros apellidos, para mejor ocultarnos a la gente común. Llamábanse ellos José Mariano Robles y Antonio Galdeano. El primero era limeño y el segundo, aunque nacido en Guayaquil, habíase criado en Corrientes, a orillas del Paraná. Había estudiado en el colegio que los jesuitas mantienen en la ciudad de Córdoba y conocía bastante bien Asunción, por haber pasado de niño en esta ciudad varios años en compañía de sus padres. Ambos eran muy jóvenes y discretos, de buena estatura y con el porte y la disposición que correspondían a dos hombres de la escolta personal de su excelencia.

Nuestra derrota había sido trazada varios meses antes y contábamos con mapas, necesarios para orientarnos en las soledades de la cordillera, y con la autorización de contratar, si los considerábamos imprescindibles, los servicios de un baqueano que nos sacara del atolladero. El viaje no se nos presentaba, por lo mismo, difícil; a lo más, largo y enfadoso, como suelen serlo los viajes en los que hay que atravesar arenales, cordilleras, pantanos y selvas y en los que los viajeros encuentran de todo menos el descanso. Oficialmente éramos buhoneros que hacíamos la ruta a Tucumán con mercaderías compradas en Lima y provenientes de Cádiz y llevábamos cartas que lo demostraban, por si las autoridades de las provincias por las que atravesábamos ponían alguna dificultad a que continuáramos adelante. Una de las cartas, tenida como último recurso, estaba firmada por el propio virrey. Llevábamos, además de dos caballos cada uno, cuatro mulas en las que cargábamos las -161- mercaderías, consistentes en unos cuantos fardos de telas de las llamadas indianas, algunos géneros finos de lana y de algodón, sedas procedentes de las Filipinas, perfumes y baratijas diversas, de las que suelen usar los mercaderes en casos semejantes. José Mariano Robles, cuyo padre había sido comerciante con tienda en Lima por muchos años, era el encargado de establecer los valores de cada una de las mercaderías y de hacer las ventas necesarias para que continuáramos adelante. También llevábamos, en un lugar seguro y muy secreto, seis piñas de buena plata de Potosí y unas dos docenas de perlas de primera calidad de la Margarita. En conjunto, formábamos una caravana que bien podría haber atraído sobre sí la codicia de más de una partida de forajidos.

Nunca más he vuelto a sentir, como la sentí entonces, la nostalgia de mi casa, de mi tierra y de mi familia. Este viaje, salvando las enormes distancias que los separaban, me recordaba aquellos otros viajes que solía hacer con mi padre cuando era niño y que me conducían, como muy lejos, hasta Torrecilla en Cameros. No eran aquéllos los mismos paisajes, ni las mismas alturas, ni las mismas rocas, ni los mismos collados, ni podían tampoco compararse aquellos abismos que nos amenazaban desde las

profundidades con los pequeños desfiladeros abiertos por los cantarines arroyos de las serranías de mi infancia. Aquellas montañas eran demasiado grandes, excesivamente altas, áridas y desnudas, pero no era quizá su desmesura lo que más impresionaba mi alma en aquel momento, ni siquiera su desnudez, esa ausencia casi total de árboles y hasta de matorrales que se extendía por leguas y leguas mucho más allá de lo que alcanzaba nuestra vista, sino esos rasgos de similitud imperceptibles que yo creo que existen entre todas las montañas y que hacen que las veamos siempre iguales y las sintamos iguales; o, mejor, que nos sintamos siempre en todas ellas como en la montaña -162- de nuestra niñez: seguros, libres y felices. Aquella tremenda y profunda soledad me devolvió los recuerdos, y con los recuerdos volví a sentir las caricias y los besos de mi madre, el amor de mi hermana y la fuerte mano de mi padre descansando sobre mi hombro. Volví a sentirme de nuevo como cuando era niño y una noche, mientras dormía, en torno a la hoguera mis compañeros, no pude contenerme y lloré. Al día siguiente tuve la osadía de contárselo a Bonifacio, y él me confesó que le había ocurrido lo mismo.

No tuvimos, a decir verdad, problema alguno hasta Huamanga, donde descansamos dos días seguidos a nuestras anchas en una modesta posada cercana a la plaza Mayor y muy próxima al convento de los padres franciscanos. Confieso que la ciudad, aunque pequeña, dejó en mi ánimo una profunda impresión. Me gustaron mucho sus espaciosas casas señoriales, que había algunas, los pequeños portales de las viviendas más modestas, que se abrían a la calle bajo un pequeño arco de medio punto trabajado en piedra, sus iglesias conventuales y, sobre todo, su paisaje escueto, su telúrica desnudez y su clima. Como tantas otras ciudades de la sierra, Huamanga está recostada en los cerros, arropada y protegida por las cumbres. Es una ciudad amable que debió de ser, en más favorables tiempos, rica en extremo, pero que ahora vegeta adormecida bajo un sol tibio en una atmósfera de pereza provinciana que me encantó. No es, naturalmente, mi pretensión hacer de este sencillito relato del viaje una guía para el viajero y menos aún ahora que, desde Asunción y después de tantos años, encuentro que mis recuerdos pueden ser, si no borrosos e imprecisos, con frecuencia inexactos, pues, al cabo del tiempo, aquello que nos pareciera gracioso o amable en su momento puede convertirse en algo maravilloso y hasta mágico a la hora de evocar su recuerdo, y yo no quiero caer en las redes de nostalgia que la memoria nos teje.

-163-

De Huamanga al Cuzco más fue el enfado que el peligro. Hubimos de soportar los calores de los valles bajos, los fríos de las alturas y la soledad inmensa de la puna. Tuvimos, a cambio de tantos inconvenientes, la satisfacción de observar bajo nuestros pies y bajo los cascotes de nuestras monturas, a muchas varas de profundidad, el serpentino deslizarse entre montañas del río Apurímac, convertido por la distancia en un hilillo de plata a nuestros ojos. También la de estar siempre acompañados de la sencilla belleza de la retama, tan humilde, y sentir en las noches la compañía de todas las estrellas. Nunca he vuelto a ver cielos tan limpios, tan azules durante el día y tan estrellados en la noche. Cabe la orilla del río Mariño en Abancay tuve una mañana la sensación de ser, por vez primera en mi vida, un hombre libre.

Cuzco fue para mí un deslumbrante descubrimiento. Habíanme en Lima hablado mucho de la ciudad que fuera antaño capital del mayor imperio que conocieran estas tierras hasta la llegada de los españoles, y quien más me había hablado de ella había sido doña Encarna, la coronela, que había nacido en esta ciudad y vivido en ella durante su infancia. Habíamela ponderado en extremo, mas, pese a no carecer mi buena amiga de dotes de retórica y a ser en algo más de un punto lo que se conoce como una culta latiniparla, ninguno de los adjetivos de que ella usó para describírmela se aproximaban siquiera a la grandeza que, al hacer mi ingreso a la ciudad, contemplaron mis ojos por vez primera. Todavía no sé qué me impresionó más: si la fábrica incaica de las paredes de sus más notables edificios, el trazado de la ciudad misma, el de sus iglesias y sus palacios o, simplemente, la sabia combinación de todo ello y sus resultados en forma de plazas recoletas como las de San Blas y del Recocijo, de callejuelas silenciosas, de palacios, iglesias y conventos magníficos -164- y de espacios abiertos y espléndidos como el de la plaza Mayor o el soberbio espacio que se abre en la explanada de Sacshayhuamán, la muralla que antiguamente protegía la ciudad. Pese a querer hacerlo, no me detendré en la descripción de estos lugares. El entusiasmo y la memoria podrían traicionarme. Sólo diré que de Cuzco entramos y salimos sin inconveniente alguno, que, durante días, mientras subíamos hacia las altas provincias de Canas y Canchis, su imagen y su recuerdo me acompañaban y que, haciendo el camino que hay entre Sicuani y Ayaviri, a punto de llegar a esta última ciudad, enfrentamos el primer peligro real y la primera dificultad verdadera con la que nos encontramos. Habíannos prevenido en Sicuani de lo que podía ocurrirnos en el camino de la puna. El alcalde ordinario de Urcos, un indio de apellido Huamanrimachi que ostentaba el honorable título de varayoc en su comunidad y que sabía leer el destino en las hojas de la coca, nos dijo, antes de partir, que había visto cernirse sobre nosotros la sombra de un pájaro negro y grande y que eso significaba que tal vez tuviéramos que enfrentarnos al famoso Artemidoro Quispe y su partida de bandoleros. Habíamos pasado ya La Raya, el punto más alto y difícil de aquel camino, y estábamos en la mitad del altiplano que se extiende desde aquel punto hasta el lago Titicaca y aún más allá, cuando escuchamos a lo lejos el sonido inconfundible del galopar de unos caballos. Hacia el noroeste, en dirección a un pueblo grande llamado Ñuñoa, cuyo camino serpentea y se pierde entre collados, veíase una nubecilla de polvo que tanto podía ser producido por una parvada de suris, un rebaño de vicuñas o los caballos cuyo galope seguíamos escuchando a la distancia. Descolgamos los mosquetes de las sillas de los caballos, los cargamos, echamos pie a tierra, aseguramos las monturas y las acémilas, martillamos las pistolas y nos preparamos -165- para esperar a quienes vinieran. Cada uno de nosotros disponía de dos fusiles con su carga, dos pistolas bien dispuestas colocadas en el suelo y al alcance de la mano, una espada o un sable y un cuchillo de monte. Éramos cuatro hombres armados que no teníamos por qué temer ningún peligro en aquella circunstancia.

La nube de polvo se iba haciendo cada vez más grande. Los jinetes se acercaban. Blandían sus armas en el aire, al tiempo que gritaban para darse valor y producir en nosotros el pánico necesario. El galope de los

caballos se hacía más intenso, y sus cascos arrancaban de la tierra reseca y dura los huecos sonidos del tambor. Contamos hasta siete jinetes cuando éstos se hallaban a unas trescientas varas de donde estábamos. Yo había dado la orden de no hacer un solo disparo mientras no estuvieran al alcance de nuestros fusiles. Como a ciento cincuenta varas aproximadamente los bandidos abrieron fuego contra nosotros. Tal vez esperaban que, asustados por los tiros, abandonáramos toda defensa y nos rindiéramos sin lucha. En su primera descarga no acertaron el blanco y los proyectiles se quedaron a unos cuantos pasos de donde estábamos. En la incómoda pero segura posición de cuerpo a tierra, hundidos hasta el pecho en las aguas heladas de un puquial, resultábamos en ese momento un bocado difícil de digerir para nuestros atacantes. Éstos gritaban al tiempo que disparaban y, a medida que se iban acercando, sus gritos apagaban los demás ruidos. A una orden mía, disparamos cuando estaban apenas a cincuenta varas de distancia. Cinco de ellos frenaron a tiempo sus monturas y volvieron grupas. Otros dos, cubiertos de mantas negras y sombrero a la pedrada, saltaron por encima de donde nos encontrábamos y se perdieron en dirección contraria a la de sus compañeros. Uno de estos últimos se colgaba a duras penas del cuello de su caballo, herido, al parecer, por uno de nuestros disparos.

-166-

-Estos bandidos se lo pensarán dos veces antes de volvernos a atacar -dijo Robles, al tiempo que abandonábamos el puquial, calados hasta los huesos y temblando de frío.

Tuvimos que hacer, como pudimos y con lo poco que encontramos en aquellos andurriales, una pequeña hoguera para secar nuestras ropas. Nos echamos cada uno una manta al hombro y, al cabo de una hora y media, reemprendimos nuestra marcha. El ataque se había producido a las once y media, cuando el sol caía a plomo sobre la puna. A medida que avanzaba el día y se ponía el sol, el frío nos iba penetrando hasta los huesos. Al llegar la noche, pese a la manta con la que nos cubríamos, las ropas humedecidas se iban convirtiendo en pesadas cotas de mallas que entorpecían nuestros movimientos y debilitaban nuestros músculos. Finalmente, a punto ya de anochecer, acertamos a divisar a lo lejos la mortecina luz de un tambo en el que decidimos pasar la noche.

Durante muchos años he pensado que en el tambo habían dormido los bandoleros. Ninguno de nosotros habría podido reconocerlos. Durante el ataque habíamos visto sombras fugaces y desdibujadas por el polvo y la agitación del momento. Sus rostros oscuros se confundían con el color de la tierra, y, cuando llegamos al tambo, ni siquiera pudimos descubrir huella alguna de los caballos en los que venían montados cuando nos atacaron. Cuando entramos al tambo, cuatro hombres cubiertos con sus mantas hasta la cabeza dormitaban en una mesa sobre la que descansaban unas jarras de chicha de las que habían estado bebiendo hasta la borrachera. No se movieron. Eran unos pobres indios beodos y tristes echados sobre la mesa, pero había algo en el ambiente que a mí, personalmente, me hacía recelar de todo y de todos y que me obligó a mantener la guardia durante la noche, como si la estuviéramos pasando a campo raso y en territorio enemigo. Tal vez fueran los extraños ruidos de las puertas y ventanas batidas por el viento o los misteriosos

golpes y resoplidos que escuchamos o creímos escuchar cuando hicimos nuestro ingreso en el establecimiento; tal vez, la mirada esquiva del cholo que atendía nuestro servicio; quizá, finalmente, un grito que oímos a media noche y que nos hizo levantarnos y salir con las armas empuñadas a ver qué pasaba. Algo ocurrió en la noche en medio de aquella puna helada que no he podido saber ni explicarme en todos estos años. Si estaban los bandidos cuando llegamos, o bien si se escaparon, o se escondieron, no lo sé ahora y nunca lo sabré. El viento helado silbaba entre las rendijas y las junturas de puertas y de ventanas. En todo caso, los bandoleros no osaron darnos la cara. Quienes nos habían atacado eran hombres pequeños, cetrinos y fuertes, duros y hechos a la vida inmisericorde de las alturas.

Al día siguiente estábamos en Ayaviri y tres días más tarde hacíamos nuestro ingreso en Juli, una pequeña ciudad en la que los padres de la Compañía tenían asentados sus reales, después de haber pasado por Puno, Chucuito e Ilave, donde nos detuvimos a descansar. Hacía mucho frío en aquella paramera. La plaza era espaciosa, bella y bien proporcionada, con una iglesia de buena fábrica de piedra y torres esbeltas, pero sin árboles y barrida por todos los vientos. En torno a la plaza se hallaban las casas de los principales vecinos y de las autoridades del lugar. En el aire se podía saborear, invisible, el hielo de las alturas. También existía lo que en toda la sierra llaman una chichería, que era donde se reunían los principales vecinos al caer la noche y echaban algunas partidas de baraja a la luz de unas velas de sebo. También comían adobo de cerdo con ají panca, habas y papas, bebían chicha de jora hasta emborracharse y, a veces, hasta cantaban las coplas de los indios de los ayllus, -168- cargadas de tristeza y melancolía. Pasamos dos días con sus noches en este pequeño pueblo y en estos dos días vendimos algunas piezas de indiana a un comerciante del lugar, compramos unos sabrosísimos quesos de oveja para el camino que nos duraron hasta Oruro y Bonifacio y Robles se emborracharon en una de las chicherías de los indios que estaban fuera de la plaza, en las callejas que se desparraman por el cerro en el que está asentada la ciudad. El alférez Galdeano y yo, que estábamos en ese momento con el superior de los padres jesuitas en Juli conversando sobre todo lo humano y lo divino y tratando de obtener alguna información sobre los sucesos del Paraguay, tuvimos que abandonar nuestro recreo en la casa de la Compañía al ser avisados por un indio, que vino a darnos la noticia, de la borrachera de nuestros hombres y de un conato de pelea que había provocado Bonifacio al negarse a beber con un arriero de Tucumán que lo había invitado a compartir su mesa. Por fortuna, la chichería india estaba cerca de donde nosotros nos hallábamos en ese momento, y el superior de los jesuitas, que entendió el peligro, puso a nuestra disposición los servicios de un hermano lego, cuarterón fornido de la costa de Esmeraldas, que nos acompañó en nuestra aventura por si había necesidad de sus buenos auxilios.

Al día siguiente partimos hacia Pomata, donde vi una de las iglesias más bellas del altiplano y desde cuya altura se divisa, como desde una mágica atalaya, la majestuosa inmensidad del lago y la belleza del paisaje. De Pomata pasamos a Zepita y desde este pueblecito, bordeando el lago, llegamos en dos días a Viacha, dejando a nuestras espaldas el río

Desaguadero, que une y comunica entre sí los lagos Titicaca y Poopó. Habíamos hecho la mitad del camino, llevábamos más de un mes por aquellos páramos helados, y el día que abandonamos Viacha camino de Sicasica se estaba cumpliendo -169- ya la primera semana del mes de julio. Hacía un frío que producía espanto y nos obligaba a cubrirnos con las mantas hasta la cabeza. Toda la tierra parecía congelada a nuestros pies. Volaban a ras del suelo las avejillas y en los puquios congelados trataban los yanavicos de encontrar la comida necesaria para su supervivencia. El suelo, desnudo y lleco, habíase endurecido con el hielo y los fríos vientos de la cordillera, y a la distancia, a la sombra tutelar del apu Illimani, no hallábamos rastros de vida humana. La desolación del paisaje parecía infinita. Por fortuna, no nos faltaron boñigas secas con las que poder prender en la noche el fuego necesario, ni pequeñas ramas y hierbajos arrancados a la menguada feracidad de la tierra para alimentar las hogueras. En los atardeceres, cuando el sol declinaba hacia el occidente, las sombras de los montes se alargaban, y, junto con el frío, penetraba entonces en nuestros corazones la angustia de una soledad casi infinita que hacía que nos sintiéramos más cerca los unos de los otros, más hermanados y más iguales. En esas tardes, cuando terminábamos de preparar el campamento en medio de la puna, encendíamos con nuestros chisqueros las hogueras y las primeras llamas, crepitando en el aire seco y frío, se elevaban a las alturas, mi fiel Bonifacio sacaba de sus alforjas una botella de aguardiente, nos la pasaba, bebíamos, bebía él y comenzaba a contarnos alguna historia de su infancia con tal entusiasmo que siempre sospeché que lo hacía para recuperar el calor de las caricias de su madre. Nunca somos los hombres tan inocentes ni tan humanos como cuando, inermes, nos enfrentamos a la naturaleza desnuda en sus más tremendas y terroríficas dimensiones. La soledad, entonces, nos santifica.

Llegamos a Oruro el día ocho de julio, y en esta ciudad permanecimos unas pocas horas para reponer algunos viáticos y descansar un poco. En la plaza Mayor de Oruro nos encontramos con unos mercachifles -170- llegados de Cochabamba que nos convencieron de hacer juntos el viaje hasta La Plata, pues, como eran dos y temían por la suerte de sus mercaderías, se sentían más cómodos y seguros viajando con nosotros. Aceptamos hacerlo hasta Potosí, punto en el que nos separaríamos, pues nosotros íbamos, según les explicamos, en una dirección contraria y muy diferente: ellos enfilaban hacia Charcas y nosotros hacia Tarija. Hicimos el viaje juntos y sin ningún inconveniente hasta Poopó, donde descansamos una noche. Al salir de Poopó y cuando ya llevaríamos recorridas como cuatro leguas, al doblar el recodo de un camino en un lugar tan despoblado como suelen serlo todos en las alturas, nos vimos de pronto rodeados de hombres armados con trabucos de cañón corto que nos dieron el alto y nos obligaron a descabalgarnos de nuestras monturas. Temimos, en ese momento, lo peor. Había tres hombres apostados detrás de una gran roca que cerraba el camino y un cuarto, de pie, frente a nosotros, encañonándonos con una especie de mosquetón antiguo. Mi primer impulso fue sacar mi pistola y disparar, e igual debieron de pensar Antonio Galdeano y Mariano José Robles, pues yo noté en sus rostros de soldados un gesto de impotencia inconfundible. Los mercachifles que habían hecho el viaje con nosotros descabalgaron de

inmediato y, sin darnos tiempo para que nos sorprendiéramos, se fueron hacia el hombre que nos apuntaba con el mosquetón y que al parecer era el jefe de la cuadrilla de bandoleros, lo saludaron y se pusieron junto a él. Los mercachifles no cargaban armas en las manos. Mientras éste nos apuntaba, fueron hacia sus caballerías y las apartaron de las nuestras, como si sospecharan lo que iba a ocurrir unos segundos más tarde.

-Con este asalto nos retiramos -creí escuchar en ese momento al más viejo de los dos mercachifles, mientras llevaba su caballo de la brida hacia la gran roca en la que estaban apostados sus compañeros.

-171-

Entonces se armó, como se dice vulgarmente, «la de Dios es Cristo». El buen Bonifacio sacó sin que nadie se diera cuenta una pistola que tenía cargada y lista en el cinto y disparó a boca de jarro contra el jefe de los malandrines, clavándole un balazo en la mitad del pecho. Cayó éste de espaldas cuan largo era, y todos nos echamos al suelo de inmediato mientras silbaban sobre nuestras cabezas los disparos de los tres apostados detrás de las rocas. Todo aconteció en menos tiempo de lo que tardo en contarlo. El caballo de uno de los buhoneros se encabritó y corrió desbocado a campo traviesa. El mercachifle, viéndose solo y a descubierto, se echó al suelo y, como pudo, llegó a ocultarse detrás de la roca en la que estaban apostados quienes nos habían tendido la emboscada. Yo trataba de ponerme detrás de mi caballo, al tiempo que arrancaba de la montura uno de los fusiles para poder defenderme. Antonio Galdeano disparó con tan buena fortuna que uno de los que estaban apostados emboscándonos y que se había salido de su posición primera haciendo un buen blanco cayó al suelo como había caído su jefe, y, viendo los demás que el robo no les iba a ser ya tan fácil como habían imaginado, sin dejar de disparar, comenzaron a recular hacia los caballos, montaron en éstos y escaparon a todo galope. El mercachifle que se había quedado sin caballo montó a la grupa de uno de los forajidos. Robles y Galdeano quisieron perseguirlos, pero los detuve: no era cosa de poner en peligro nuestra misión por dejarnos llevar de la justa cólera que nos había producido la emboscada de los buhoneros de Cochabamba.

El jefe de los forajidos estaba muerto, y entre todos le dimos, allí mismo, cristiana sepultura. El emboscado que había sido alcanzado por un disparo de Galdeano tenía en la pierna derecha una herida abierta por la que manaba la sangre en abundancia. Le hicimos un torniquete para detener la sangría, le curamos lo mejor que pudimos, -172- lo emborrachamos con aguardiente para que no sufriera, y esa noche, al menos, durmió como un bendito. En aquellas soledades, no abrigábamos contra él deseo alguno de venganza. Antes bien -y pese a todo-, lo sentíamos como uno más de los nuestros, un compañero de infortunio atravesando uno de los círculos de aquel infierno. No se despertó hasta bien entrado el día siguiente, con el sol ya casi en su cenit, y, cuando lo hizo, deliraba sin saber qué le había ocurrido, ni dónde se encontraba. Llamábase Eduardo Quillilli y era chaparro y ancho de espaldas, un hombre muy fuerte, casi negro de tan oscuro y con ojos rasgados que daban a su mirada un no sé qué de enigmático y misterioso. Cuando por fin pudo hablar, lo hizo en quechua, lengua que, entre nosotros, sólo Mariano Robles dominaba a la perfección por haber vivido siendo muy niño en Cuzco y en Arequipa y por haber sido

siempre curioso e interesado en las costumbres de los demás. Ésa había sido una de las razones por las que el coronel lo había elegido para acompañarme en la aventura. Nos contó que era natural de un pueblo llamado Capinota, de donde, por no poder sufrir la injusticia de un tinterillo criollo muy poderoso, protegido de un corregidor, que se había burlado de él quitándole a su mujer y dejándole sin hacienda, había huido tras haber dado muerte a los amantes con un machete mientras gozaban juntos en el lecho, muerte de la que no se arrepentía y que él deseaba con toda su alma alcanzar de nuestra generosidad, pues no era otra cosa, sino sufrimiento, lo que esperaba recibir de esta vida y menos aún de la que, según los curas, nos espera tras la muerte y en la que no creía. Nos contó con todo detalle el modo en que, antes de matarlos, los amordazó y los ató y cómo los torturó cortándoles con el filo del machete aquellas partes por las que mayor placer habían recibido. Luego, les cortó las lenguas para que no hablaran y las manos para que no señalaran a los corchetes de la justicia el camino que había tomado al escapar.

-173-

Confieso que su historia me conmovió. Era este Quillilli un indio de rasgos nobles, hablar pausado y mirar de frente y con orgullo, que nunca bajaba la cabeza, ni torcía la mirada. Le dijimos que lo entregaríamos a las autoridades una vez que llegáramos a Potosí y que, entre tanto, estaría atado. Calló de momento y, al cabo de un buen rato, nos dijo que no esperaba ni merecía compasión, pero que nos cuidáramos nosotros, pues, en el momento en el que pudiera, escaparía y que, si, para hacerlo, le era menester asesinarlos, nos mataría sin que le temblaran los pulsos, que la lástima y la compasión no eran virtudes de hombres desesperados como él. Así que reforzamos la guardia por si trataba de escaparse.

No digo que Eduardo Quillilli no tratara de escaparse, pero mientras duró el viaje a Potosí, en aquellas soledades, permaneció con nosotros. Solamente lo soltábamos cuando nos veíamos forzados por la necesidad, pero siempre vigilado y a tiro de pistola. Aún recuerdo su rostro y aquella mirada perdida, profunda y triste que lo oscurecía aún más. Su mutismo era total. Se le escuchaba tan sólo estornudar, e imaginábamos entonces que tendría frío. Lo cubríamos y, de nuevo, volvía al silencio en que habitaba. Dábanos la impresión de que el indio se sentía por encima de toda circunstancia, que, sabiéndose condenado a una muerte irremediable y pronta y deseándola con todas sus fuerzas, nada de cuanto acontecía a su alrededor podía importarle y que nuestra presencia era para él tan carente de interés como podía serlo el vuelo del gavián, el zumbido de una abeja o el salvaje trotar de las vicuñas a la distancia. Había en él algo de majestuoso y triste, al mismo tiempo: majestuoso porque nada le podía afectar ya -ni el calor, ni el frío, ni la fatiga, ni el descanso- y triste porque en nada ni en nadie confiaba y estaba solo. Era como aquellas montañas que escalábamos con tantos trabajos y en cuya piel (el suelo de la helada puna, endurecido) -174- clavaban nuestras caballerías sus pezuñas sin que, en su grandeza, se dignaran percibir siquiera nuestra presencia. Mucho me dio que pensar en aquellos días este indio cetrino y silencioso que cabalgaba en nuestra compañía. Con frecuencia pensé en que quizás éramos injustos con él y que debíamos dejarlo escapar para que vagara libre en las alturas, mas me detenía en

mis propósitos la posibilidad de futuros crímenes, de muertes y de violencias y el deseo por él confesado de no seguir viviendo. Tal vez, para un alma tan profundamente herida como la suya, la muerte sí era una solución definitiva. ¿Qué otro infierno podía ser más terrible que el infierno en que vivía? ¡Cuántos como él esperarían la muerte resignados o anhelantes, día tras día, noche tras noche, en aquellas inmensidades silenciosas en las que lo único que brilla es la nieve de las montañas bajo los rayos de un sol implacable y el único sonido real es el que produce el viento helado en la oscuridad de la noche!

Fuera de aquella aventura que ahora se me antoja tan significativa, hasta llegar a Potosí no tuvimos otros contratiempos. Pasamos cerca de un pequeño pueblo llamado Tinquipaya, pero nos negamos a ingresar en él y terminamos por rodearlo. Temíamos que los lugareños se tomaran la justicia por su mano y no queríamos abandonar a nuestro prisionero a merced de aquellas alimañas. Cuando llegamos a Potosí, lo entregamos al alcalde del crimen de aquella famosa ciudad, quien nos prometió ponerlo lo antes posible en manos de las autoridades de la real audiencia de Charcas, lo que les tomaría a sus hombres varios días de viaje, según nos dijo. Mientras, permanecería preso en la cárcel de la localidad, que era tenida por segura. En nuestra presencia se levantó acta de cuanto había ocurrido a la salida de Poopó y en ella no faltaron los detalles más insignificantes, pues el escribano que la redactaba empeñábase una y otra vez en conocer todos y cada uno de los pormenores. Dijéronnos que habíamos dado con la más famosa banda de forajidos de la comarca y que habíamos tenido suerte, pues muchos de los asaltados por Eleuterio Yaya y sus hombres habían dejado sus huesos en medio de la puna a merced de cóndores y gallinazos. El alcalde del crimen, un extremeño alto y delgado, con el rostro avinagrado y seco como el charqui y con más ínfulas que el venerable Marqués de Cejijunto, nos invitó esa misma noche a cenar en su casa, donde su esposa, una criolla muy bella, de pelo nigérrimo, largo y rizado, y mucho más joven que su marido, nos agasajó con una cena deliciosa en la que hubo hasta espárragos y tuvo la bondad de acompañarse con una vihuela para interpretar algunas canciones con las que deleitó nuestros oídos. El alcalde casi no abrió la boca durante toda la velada y se limitó a mirarnos detenidamente a cada uno de nosotros, como si sospechara algo de nuestra misión y quisiera que se lo comunicásemos. Se llamaba el alcalde don Benito Montano, y no recuerdo haberlo visto sonreír una sola vez durante los tres días que permanecemos en Potosí y en los que nos vimos obligados a tratarlo. Si bien avinagrado y seco, era justo y cabal y, fuera de que a todas horas y sin mediar motivo sacaba a relucir su cercano parentesco con media docena larga de grandes de España (que entre todos hacían, por lo menos, tres linajes de reyes leoneses y otros tantos de emperadores de Bizancio) y del disgusto que le producía la presencia de los indios en la ciudad, a los que llamaba «la indiada» con un amargo rictus de desprecio dibujado en la boca, podríamos decir que era un hombre tratable, siempre y cuando quien hablara con él condujera la conversación hacia la meta que más le complacía: la del claro linaje de los Montano y Torrado de Salvaleón, pequeño pueblo vecino de Almendralejo del que, para su desgracia, ninguno de nosotros había escuchado hablar jamás de los jamases. Encerrado en las cuatro paredes de mi celda

asuncena, pienso que entre este don -176- Benito Montano y Eduardo Quillilli mediaba un abismo de humanidad. Sospecho que el indio sería ajusticiado. Después de nuestra salida de Potosí, no volví a tener noticias suyas.

Gracias, tal vez, a la frecuencia del trato que tuvimos en esos tres días con el señor alcalde, al encanto que él hallaba en nuestra discreción al escuchar los discursos sobre su linaje y a la afortunada presencia de un ilustre oidor de la audiencia que estaba en Potosí cumpliendo con algunos menesteres nos fue posible abandonar la ciudad más pronto de lo que en principio imaginamos, pues ya se sabe que los trámites judiciales y los tratos con los abogados pueden enredar a un hombre de tal manera que la madeja en la que queda envuelto sólo se desenreda con la muerte, y aun no siempre, que hay quienes aseguran que los letrados lo siguen a uno al otro mundo con el objeto de seguir atormentándolo. También me sirvió a tal propósito mi vieja experiencia de abogado en Logroño y Zaragoza y las argucias y tinterilladas aprendidas en el oficio. Y así, libres al fin, partimos los cuatro hacia el pueblo de Chaquí, tras convertir en buenas peluconas y reales de plata de la ceca de Potosí, una de las letras que con nosotros traíamos en casa de un minero de apellido García Arregui, el 22 de julio de 1756, esperando encontrarnos con salud en Asunción antes de que llegara la primavera. Antonio Galdeano, que era joven y de temple enamorado, salió de la ciudad con el corazón herido por los ojos de la criolla mujer de don Benito, dama más valiosa que todas las minas de plata del Cerro Rico de aquella ciudad y que, según nos contó, con su mirada habíale insinuado los goces eternos del paraíso.

Al general Oviedo le llaman general cué, que en guaraní significa general que fue, ex general. El ex general ahora está preso en la cárcel de Itauguá, un pueblo cercano a la capital. Hoy, 22 de julio -177- de 1996, día de santa María Magdalena, fiesta patronal de mi pueblo, la señora del general cué, llamada Raquel, denuncia en los medios de comunicación que «los hombres del presidente» la han amenazado con raptar a un hijo suyo, homónimo de su esposo. El asunto del golpe no tiene cuando acabar. Ahora ha pasado de la tragedia a la comedia, porque nadie cree que pueda ocurrir un hecho como el que denuncia la respetable señora del general. Fuera de la radio y de la televisión, el periódico que mayor cobertura ha dado a esta extraña noticia es El Popular, un periódico amarillo que vive del escándalo, de inmundas notas sobre sexo y pornografía y de otros materiales impresos y fotográficos de consumo masivo. Los tristes protagonistas del fallido golpe de abril son ahora personajes de las páginas rojas de sucesos en los periódicos. El espectáculo no puede ser más deplorable.

En la oficina, leo en un informe preparado por un amigo:

«1996 está siendo para Paraguay un año de dificultades, pero quizá también un año de necesarias definiciones. Año marcado por la crisis económica, la amenaza de ruptura del orden constitucional y la inercia de los escándalos financieros del año anterior, Paraguay se debate en los primeros meses de 1996 entre la inseguridad del presente y la incertidumbre del futuro inmediato. La falta de un estado fuerte, capaz de garantizar la vigencia de normas civilizadas de convivencia entre los distintos actores sociales, políticos y económicos, no puede ser, en efecto, sustituida por la

acromegalia de un estado omnipresente pero ineficaz, superpuesto sobre una nación que, pese a todo, se ha consolidado como unidad con conciencia clara de serlo desde hace casi dos siglos. La especificidad paraguaya, tan clara en casi todos los aspectos fundamentales, define lo nacional, pero no ha logrado hasta el momento generar -178- como respuesta el desarrollo de un estado eficaz que convierta a Paraguay de mero territorio con rasgos nacionales diferenciados en un estado-nación moderno. La crisis de 1995/1996 no es sino la consecuencia del agotamiento del modelo surgido de Itaipú, el gran boom económico de los 70 que permitió a una clase dominante tradicionalmente afirmada en el poder seguir detentándolo con absoluta despreocupación por el futuro desarrollo del Paraguay y por el bienestar de la mayoría de los paraguayos. Esta crisis, tanto como económica, política y social, es crisis de legitimidad y, en última instancia, de identidad nacional».

Tal vez mi amigo tenga razón. Quizá me esté moviendo en este momento en suelo quebradizo e inseguro, en un mundo en el que casi todo está todavía por definirse. Tal vez no le ocurriera lo mismo a Millán de Aduna hace más dos siglos, cuando viajaba por los Andes con absoluta despreocupación por todas las cosas que ahora parecen preocuparnos tanto a quienes vivimos en Iberoamérica: la identidad nacional, la legitimidad de nuestros gobiernos o la realidad de los estados nacionales. Aquel que conoció Aduna era un mundo más sencillo que el que nos ha tocado vivir. Probablemente. ¿Qué diferencia existía entonces entre quienes habitaban las arenosas costas peruanas del Mar del Sur, las altas serranías de los Andes o las inmensas llanuras que regadas por los grandes ríos se desparraman hacia el Atlántico? ¿Qué eran, si es que eran, entonces un paraguayo, un chileno o un argentino? ¿Existían como tales? ¿Tenían ya conciencia de ser diferentes, de ser lo que llegarían a ser con el tiempo, marcados por una bandera, un himno o una escarapela, sacada a relucir en los días en los que cada uno de nuestros países celebra sus fiestas patrias? Paraguay es un país diferente y difícil, pero no es necesariamente más difícil de lo que es el Perú o de lo que son Argentina, Guatemala, México -179- o Venezuela. Todos nuestros países son difíciles. Todos son diferentes. Pero ¡qué iguales, al mismo tiempo! ¡Qué idéntica forma de ser distintos entre sí! El general cué que ahora dormita en Itauguá y sueña en alemán su imposible espíritu prusiano es de todos nosotros, porque en todos nosotros, en todos y cada uno de los ciudadanos de estos países, está su espíritu. Cuando finalmente lo enterremos, entonces, quizá, lleguemos a ser tan iguales que seremos realmente diferentes entre nosotros. El día llegará, aunque yo ya no llegue a conocerlo.

Cuando hacíamos nuestro ingreso a Tarija comenzó la lluvia. Habíamos soportado de todo en la cordillera: nieve, ventisca, granizo, vientos huracanados y tormentas que imponían espanto a las acémilas y caballerías y que nos obligaban a refugiarnos donde y como podíamos casi sin esperanza de salir con bien de un trance tan apurado. Habíamos soportado los hielos más penetrantes y los más agotadores soles del altiplano. Habíamos sufrido la fatiga de la altura, el soroche al que sólo los indios están verdaderamente acostumbrados. Habíamos soportado las correnteras de los ríos y nos habíamos quedado sin resuello halando de nuestros animales en las más empinadas cuestas que haya tenido que salvar en toda mi vida. Nos

habíamos, en fin, asomado a los abismos más profundos y caminado por las sendas más estrechas pegados a las paredes rocosas de los cerros, y de todos estos trabajos y penalidades habíamos salido hasta entonces con bien, sin que, pese al frío, al sol ardiente, al viento, a la lluvia, a la nieve, al granizo y a los disparos de los bandoleros sufriéramos pérdida alguna, ni contratiempo que lamentar. Como nosotros, también nuestras acémilas y caballerías habían sobrevivido. Ni un solo animal habíamos perdido, y estábamos orgullosos de haber llegado hasta Tarija con una buena parte de la mercadería y con las piñas y las margaritas intactas. Las piezas -180- de indiana y de otros géneros que habíamos vendido en pueblos y ciudades habían reducido el bulto de la carga que llevábamos, no su riqueza. Todo iba bien. Todo nos estaba saliendo, como se suele decir en estos casos, a pedir de boca. Todo parecía, a nuestro entender, mejor, mucho mejor de lo que en Lima había yo mismo imaginado cuando conversaba con el coronel Eguidazu, que conocía bien los caminos de la sierra y tenía larga experiencia en marchas y acampadas. A la entrada de Tarija, sin embargo, cuando apenas nos quedaba una legua para entrar en la ciudad, cuando las grandes penalidades de las alturas parecían llegar ya a su fin, cuando nos imaginábamos a punto de pisar tierras extensas y llanas en las que la vista podría perderse hasta más allá del horizonte, cuando estábamos ansiosos de disfrutar de una cómoda posada, beber bien y comer caliente y dormir en cama blanda, la lluvia más intensa que jamás haya soportado cayó sobre nosotros sin darnos tiempo siquiera a protegernos. Habíamos montado nuestro vivaque a siete leguas largas de la ciudad, habíamos comido bien y dormido a gusto, lo habíamos levantado y, en ese momento, nos dirigíamos a Tarija completamente confiados. Bonifacio a voz en cuello cantaba coplas de nuestra tierra, Mariano Robles meditaba taciturno cabeceando sobre su caballo y Antonio Galdeano y yo conversábamos sobre las esperanzas que el pobre soldado tenía puestas en el amor de la criolla de Potosí, cuando, de repente, sin que mediara amenaza alguna, el sol se ocultó tras unas pequeñas nubes, aumentaron éstas en número, extensión y densidad, se desató un ventarrón que nos obligó a descabargar, empezó a oscurecerse el cielo y, en pocos minutos, quedó todo tan negro como si fuese la noche más cerrada y oscura del invierno. Todo pasó a una gran velocidad. Las tinieblas lo cubrían todo. Desaparecieron los cerros y hasta el río que fluía, cantarín, a nuestro costado. Los caballos piafaron y las mulas que con nosotros traíamos se encabritaron. Era apenas la -181- hora de la siesta, acabábamos de tomar una ligera colación de mediodía sobre nuestros caballos y a más de tres pasos de donde estábamos no veíamos absolutamente nada. Teníamos que hablar a gritos para no perdernos y saber que estábamos juntos. Los rayos y los relámpagos cruzaban una y otra vez el cielo en todas las direcciones y, cuando esto ocurría, veíamos la ciudad de Tarija a nuestros pies (o la imaginábamos) como una de esas ciudades legendarias que se hundieron en lagos encantados en la antigüedad y cuyos habitantes, de vez en cuando, nos reclaman con cantos y luces en las noches del estío. Cuando el cielo terminó de oscurecerse, abrió sus compuertas para descargar sobre nosotros un caudal de agua tan enorme que no me parece posible hallar las palabras justas para describirlo. Todo era a nuestro alrededor oscuro, y el mundo se presentaba a nuestros ojos, entre destellos luminosos, cascadas de agua

y truenos ensordecedores, como una representación fantasmagórica de la realidad que hasta entonces habíamos conocido. El suelo hízose resbaloso, y las acémilas podían, a duras penas, mantenerse de pie. Hubo un momento en el que mi fiel Bonifacio rodó con su caballo y yo creí que lo perdía para siempre, hundido en un abismo imaginario.

Son fascinantes en el recuerdo las sensaciones que producen en nuestro ánimo las grandes tempestades e inquietantes los sentimientos que despiertan. Aquí en Asunción, donde son tan frecuentes e intensas las lluvias, cada vez que hay una tormenta por pequeña que sea acuden a mi memoria las impresiones de aquel día. Nunca antes, sin embargo, pese a haber soportado con frecuencia lluvias y tempestades, había tenido sensaciones semejantes. Nunca antes me había sentido tan indefenso y, al mismo tiempo, tan lleno de vida y tan exultante. El primer sentimiento que tuve cuando se inició la tormenta fue de espanto; el segundo, de indefensión; el tercero y -182- más definitivo, de poder. La Tierra toda (o tal vez no la Tierra, sino algo vivo y diferente, algo en lo que la Tierra, de pronto, se había convertido) nos había atrapado entre sus garras y nos movía de un lado para otro, y nosotros estábamos a su merced. Estábamos a su merced, pero la enfrentábamos y seguíamos nuestro camino, empeñados en lo que parecía imposible. Sobre el terreno resbaloso de aquel camino tan empinado caíamos una y otra vez y volvíamos a levantarnos empapados de agua y cubiertos de barro. Una de nuestras acémilas cayó para no volver a levantarse y, en medio de la lluvia, luchando contra el viento, agotados por el esfuerzo, tuvimos que arrancar de aquella mula los bultos que cargaba, pasarlos a uno de los caballos de fresco que traíamos con nosotros, empujar a éste, ver, finalmente, cómo todos nuestros trabajos eran vanos, pues, en aquella cuesta, se desbarrancó el pobre animal, y sentimos, pese a no ver nada, cómo las aguas de la correntera que se despeñaba a nuestros pies lo arrastraban hacia algún lugar para nosotros totalmente desconocido. Robles maldecía, y Bonifacio rezaba, pero ni las blasfemias y maldiciones del soldado, ni las oraciones de mi fiel criado pudieron nada contra las fuerzas desatadas de la naturaleza, y, hasta que no amainó la tormenta, que no fue sino hasta una hora más tarde y de manera tan imprevista como se iniciara, no pudimos contar nuestras pérdidas, ni mirarnos las caras y ver el miserable estado en el que nos encontrábamos. Calculamos que las pérdidas habían sido considerables, pues con el pobre caballo desbarrancado se fueron dos grandes bultos de buen género y tres de las seis piñas de plata de Potosí que traíamos con nosotros, además del mismo caballo y de la acémila que había muerto casi al inicio de la tempestad. Lo que no habían podido hacer los bandoleros en dos ocasiones y lo que no habían conseguido los barrancos y despeñaderos de la cordillera habíalo logrado una simple tormenta cuando ya creíamos encontrarnos a un tiro de -183- cañón del más seguro puerto. Estábamos agotados, como si hubiésemos trabajado sin parar durante todo el día y, sin embargo, apenas comenzaba la tarde y nos disponíamos a hacer nuestra entrada en la ciudad de Tarija, para reemprender al día siguiente nuestra marcha hacia las tierras llanas del Paraguay.

Pocas veces he sentido un mayor deleite en el roce de las sábanas sobre mi piel. No eran de las que en España llamamos de Holanda, finas y suaves,

sino gruesas y pesadas, de tosca y basta urdimbre. Tras buscar posada y tomar posesión de las piezas a las que nos destinaron, mandé a Bonifacio y a Robles a que dieran de comer a las caballerías y dispusieran todo para la partida del día siguiente, escribí algunas cartas (la más importante de todas a mi hermana, en la que le daba relación pormenorizada de cuanto me había sucedido durante el viaje y le indicaba las señas de Asunción a las que, de ahora en adelante, debía de enviarme las suyas), tomé un baño en una poza de piedra abierta en el patio de la posada cuyas aguas eran calientes y agradables en extremo, cené con mis compañeros y me retiré temprano, dejando a Antonio, a Mariano y a Bonifacio comentando, entre prolongados bostezos, el suceso de la tormenta. No desperté hasta bien entrado el día cuando el sol brillaba casi en el cenit y encontré que mis compañeros todavía no habían dado la menor señal de hallarse despiertos. Aproveché para hablar con el posadero, un hombre viejo y desilusionado de la vida que había llegado a Tarija desde la lejana ciudad de León de Francia cuando era todavía un muchacho de poco más de veinte años. El francés me contó que antes había vivido con sus padres en Valladolid y que, habiendo muerto éstos en la más extrema pobreza cuando él tenía apenas quince años, había regresado a su tierra y que al poco tiempo decidió hacer fortuna en América, donde esperaba por entonces que la plata del Cerro Rico de Potosí se dignara entrar en -184- sus faltriqueras. Por desgracia, y tras muchos trabajos y penalidades, sólo había sido suficiente la plata acumulada para montar aquella posada, de cuyos beneficios disfrutaba solo, pues nunca había tenido tiempo para el amor y el matrimonio y no tenía más descendencia que la que había dejado en un pueblecito próximo a Cochabamba. Consistía ésta en sólo un mesticillo de nombre Andrés al que no había vuelto a ver desde que tenía siete años. Desde aquel entonces, habían pasado ya más de veinte y había perdido la esperanza de volverlo a hallar.

Cuando mis compañeros despertaron, comimos y preparamos todo para el día siguiente. El francés, al que todos llamaban maese Pedro, nos aconsejó que tomáramos el camino de los arrieros que hacen la rota de Tucumán, que era, si no más corto, asaz más seguro que el que, cruzando las estepas de lo que llaman Chaco, llega, bajando siempre a la vera del Pilcomayo, hasta la entrada misma de Asunción. Tiene esta rota de inconveniente los muchos calores, los esteros y tierras pantanosas, la abundancia de toda suerte de alimañas y la presencia de indios bravos y salvajes que jamás se han sometido por completo a la autoridad de los españoles. Su ventaja es acortar en muchas leguas la distancia, cosa que a todos nos apetecía sobremanera, pues, tras pasar la tormenta de Tarija, cualquier peligro que se nos presentare dábamoslo por asunto de párvulos y sin importancia. Discutimos sobre cuál habría de ser el camino más conveniente a nuestros propósitos y decidimos que, al día siguiente, nos internaríamos en el estrecho valle del Pilcomayo, que quedaba a nuestras espaldas, y que por él bajaríamos como pudiéramos hasta dar con Asunción, ciudad que se nos antojaba por entonces pórtico del paraíso, pensil indiano, alcázar de maravillas y asiento de todos los placeres. Hablaban -y no paraban- Robles y Antonio Galdeano de las bellezas paraguayas tal y como -185- habíanlas oído alabar en Lima, de las fiestas y saraos que se preparan a diario en Asunción en las casas de las mejores familias, del temple cálido

de la ciudad, de sus jardines y hasta de sus tabernas, sobre las que se habían informado de manera pormenorizada y extensa antes de partir de la ciudad de los Reyes de boca de los escoltas que anduvieron antes como soldados y oficiales por tierras del Paraguay. Sin pretender disminuir un ápice el entusiasmo de mis hombres, me vi en la obligación de recordarles, no obstante, que antes de alcanzar el paraíso era muy justo que padeciéramos los trabajos que hacen que los gozos sean doblemente apetecibles y deleitosos y que estos trabajos consistirían en sufrir los más grandes calores, enfrentar a los indios si se daba la ocasión y hacer todo lo posible por librarnos y librar a nuestras acémilas y caballos de los ataques arteros de las fieras y las alimañas que abundan en las planicies que nos disponíamos a atravesar. A la mañana siguiente, después de alistar todas las cosas a nuestra comodidad y tras dar de comer y beber a los animales, fuimos los cuatro a oír misa a una pequeña iglesia de franciscanos que estaba cerca de la posada, nos confesamos y comulgamos, volvimos a la posada, nos despedimos del francés agradeciéndole el trato que nos había dispensado y emprendimos de nuevo nuestra marcha. Aun cuando habíamos hecho más de la mitad del camino, los cálculos de Galdeano sobre los mapas que llevábamos con nosotros nos indicaron que aún nos quedaban por recorrer unas doscientas cincuenta leguas y que en ese largo trayecto podían ocurrirnos muchas aventuras y no todas agradables.

Cuando al día siguiente alcanzamos el valle del Pilcomayo, caía la noche. Habíamos hecho el camino en una jornada agotadora, pero la visión de aquel río nos devolvió la fuerza y la confianza. Era más cálida la temperatura, y sentíamos que a nuestras espaldas iban quedando las montañas y los malos pasos por los que habíamos -186- transitado desde que saliéramos de Lima. Hacía mucho frío, sin embargo; no el frío que habíamos tenido que soportar en las alturas de Sicuani, en la altiplanicie de Chucuito, en la Imperial Villa de Potosí o en Tarija, pero sí un frío penetrante que nos obligaba a permanecer lo más cerca posible de la hoguera en el vivaque y a golpear las botas con fuerza contra el suelo. El río, aunque ya caudaloso, discurría todavía cantarín en aquellas altitudes y, de vez en cuando, se arremolinaba, perezoso, en las zonas más llanas, como si buscara un descanso a su alegría desbordada. Todas nuestras jornadas las hicimos junto a aquel río. Nos habíamos provisto en Tarija de largas lonjas de cecina y charqui y de granos de maíz con los que Bonifacio preparábanos a diario nuestra ración de cancha. Sobre nuestras monturas veía yo discurrir ahora las aguas del Pilcomayo con más lentitud y, a medida que llegaba al llano, me daba la impresión de que se detenían. Aquella alegría primera de las montañas iba dejando paso a la modorra del llano, y nosotros mismos sentíamos esta modorra en nuestro espíritu. El veintiséis de agosto tuvimos que sufrir los rigores de otra tormenta, si bien no tan recia como la de Tarija, y vimos entonces cómo se interrumpía la modorra de todos: la del río, la de los animales y la nuestra. Los lagartos de agua, a los que en esta región llaman yacarés, se esforzaban por penetrar tierra adentro a toda la velocidad que podían imprimir a sus cortas patas mientras las aguas del Pilcomayo se hinchaban ante nuestros ojos y crecía su caudal. A la distancia, veíamos a los ñandúes, enormes aves corredoras, ir de un lado a otro sin saber en cuál de todos quedarse, y muy cerca de nosotros pasaron como cinco yaguaretés o tigres que, en ese momento, no tuvieron el

menor interés en atacarnos. Las aves revoloteaban entre las ramas de los árboles y en las partes altas de las palmeras, y nosotros también decidimos alejarnos del río, por ver en la distancia la mejor manera de librarnos de la furia de sus aguas crecidas. Por el espacio de -187- unas dos horas volvieron a enseñorearse en el mundo la locura y el caos, y todo lo pudimos ver gracias a que, a diferencia de lo que ocurrió en Tarija, donde la oscuridad cubrió todos y cada uno de los rincones de la Tierra, había en el ambiente una curiosa y extraña claridad, un tono de color acerado que, al tiempo, era cálido, como si al añil de las alturas hubiéranse añadido en la extraña alquimia de la naturaleza algunas porciones de fuego que, aunque pequeñas, daban a aquella luz un tono de hogar cósmico en el que todos podíamos sentirnos hermanados. No encontramos en todo aquel trayecto hasta Asunción otros inconvenientes que el enfado de los mosquitos, el rigor de los fríos de la noche y la incomodidad de los calores del mediodía (los que a medida que pasaba el tiempo se hacían más y más intensos), el polvo que el viento levantaba y que se nos metía por los poros formando una capa de barro al mezclarse con nuestros sudores, el lodo que todo lo cubría después de las lluvias y el martirio de los esteros y pantanos, en los que nos hundíamos con frecuencia con nuestras acémilas y caballerías y de los que salíamos a duras penas y con grandes dificultades. En aquellos esteros acechaban las alimañas y se formaban enormes nubes de mosquitos. Temíamos el efecto de su picadura y nos esforzábamos por espantarlos haciendo grandes fogatas en la noche y fumando sin parar mientras nos duraron unos cigarros que habíamos comprado en Tarija a maese Pedro y de los que no nos quedó ni el recuerdo cuando el viaje llegó a su fin. Cuando ya estábamos a punto de llegar a Asunción, Robles se enfermó de tercianas. Lo cuidamos lo mejor que pudimos, y él se esforzó por hacernos fácil la tarea de cuidarlo. Perdimos en el trayecto otras dos mulas, cuyas cargas pusimos sobre los caballos de repuesto que nos quedaban, y, de esta guisa, sin las grandes pérdidas que habíamos calculado en Lima que sufriríamos y habiendo -188- vencido las dificultades de un viaje que otros considerarían imposible, llegamos a Asunción a finales de septiembre de 1756, pocos días antes de que terminara el invierno. La imagen más clara que guardo de aquella tarde en la que los cuatro hicimos juntos nuestra entrada a la ciudad es la de una casa con las puertas y ventanas abiertas, un patio lleno de naranjos y unos vecinos echados en sus hamacas a la hora de la siesta. Me pareció que aquella imagen de los pacíficos asuncenos dormitando me anunciaba los goces del paraíso.

Una imagen muy semejante a la de Millán de Aduna guardo yo de mi primera impresión de la ciudad. Era noviembre de 1987 y estaba de paso hacia Madrid. Venía de Lima, como Aduna, pero en un vuelo de Líneas Aéreas Paraguayas. En aquel tiempo, esta línea aérea tenía a sus pasajeros durante unas horas en Asunción en un buen hotel, en el que los pasajeros pasaban sus ocios durmiendo o descansando y comían alguna cosa. En el aeropuerto nos recogió una mujer con un especie de autocar pequeño de los que llaman combi (no sé si la palabreja en cuestión se escribe con ce o con ka) y nos llevó hasta el hotel en el que íbamos a descansar y a comer. Unas horas más tarde nos llevó también a visitar los lugares más interesantes de la ciudad y sus alrededores. El hotel estaba en Lambaré y

atravesamos toda la ciudad. La mujer, una brasileña de origen astur, hablaba hasta por los codos y era una entusiasta partidaria del gobierno del general Stroessner, el dictador más despiadado de la historia moderna del país. Su entusiasmo y su discurso amargaron mis primeras horas en la ciudad, pero la visión de los jardines abiertos a la calle y de los patios grandes sombreados de naranjos y de mangos quedó grabada en mi memoria para siempre. Años más tarde, cuando volví a Asunción para residir en la ciudad, traía el recuerdo de sus naranjos. Me acuerdo todavía -189- de la impresión que me causaron los vecinos charlando, a la hora del crepúsculo, a las puertas de sus casas, sentados en pequeñas sillas de anea o en las más modernas y feísimas poltronas de plástico, conversando entre ellos con una guampa de tereré en la mano. Lo sorprendente para mí no era que estuvieran en la puerta de sus casas, sino en la misma acera, como si el espacio público les perteneciese o no tuvieran suficiente espacio al interior de sus casas. ¿Y aquellos jardines? ¿Aquellos patios llenos de mangos y de naranjos? ¿Por qué no los ocupaban? Recuerdo que quise ponerle un nombre a este extraño fenómeno sociocultural y que, cuando conversaba con algún amigo extranjero, hablaba de la «cultura de la acera y el tereré» para referirme a ello. El tereré es, probablemente, el invento más notable del genio del país. No es como el mate, intragable si uno no está acostumbrado a su sabor desde temprana edad. Es otra cosa. Es más suave, menos áspero, y, a diferencia del mate caliente, que sirve, entre otras cosas, para entrar en calor y despejar la mente, el tereré es refrescante. Los calurosos días del verano asunceno serían muy diferentes sin el tereré. Quizá también la vida sería muy diferente en Asunción sin el respeto casi religioso que sus habitantes guardan por la siesta. La siesta es la verdadera reina de la ciudad. Ningún negocio abre a la hora de la siesta (excepto las tiendas de los coreanos, aves de paso y totalmente extraños al espíritu del país), y a la hora de la siesta todo asunceno que se precie de serlo duerme o descansa. Sin el tereré y sin la siesta, la vida en Asunción no sólo sería diferente; quizá también sería insoportable.

Aunque pequeña y sin orden ni concierto, Asunción me deslumbró con sus casas inclinadas sobre sus verdes colinas, sus calles empinadas y sin trazado, sus arroyuelos de agua clara y limpia y sus jardines. El día en el que hicimos nuestro ingreso a la ciudad era -190- brillante y soleado, pero, pese a que eran las tres de la tarde y el sol apenas se inclinaba hacia occidente, el calor todavía era soportable. Aún faltaban algunas semanas para entrar de lleno en los terribles días de la canícula paraguaya. El convento y la iglesia de San Francisco nos dieron la bienvenida. Había un fraile joven en una de las ventanas del edificio observando nuestra llegada. Cuando pasamos frente a él, hízonos el frailecillo un gesto de saludo levantando la mano derecha y musitando entre dientes algunas frases cuyo sentido se perdió en la distancia. Desde allí fuimos bajando por calles tortuosas y polvorientas hacia la gran plaza en la que están asentadas la catedral y la casa del gobernador y en la que, casi en el centro, dividiéndola con las profundidades de una gran zanja, ábrese un arroyo profundo que desagua sus correnteras en el río Paraguay. Al otro lado del arroyo y en la misma plaza se encuentran los cuarteles de la guardia y de la caballería y la casa de los padres

jesuitas, que es, tal vez, la de mejor fábrica del lugar y a la que hállase adosada la real fábrica de tabacos. Cabalgábamos despacio y, fuera de quienes dormitaban en sus hamacas colgadas entre los naranjos en la espesura de sus jardines y del fraile franciscano que nos había saludado desde su ventana, no encontramos alma alguna que nos diera la bienvenida. Cuando recuerdo las primeras impresiones que tuve al ingresar a la ciudad, todavía me emociono. Vivo en una de las alas de lo que fuera entonces casa de los padres jesuitas convertida en hospital y, desde una ventana que se abre a la bahía, observo el lento deslizarse de las aguas de este gigantesco río, el caudal más grande, lento y majestuoso de cuantos había yo conocido hasta mi llegada a Asunción. Recuerdo que entonces pensé, asomándome sobre mi caballo hasta los bordes del barranco que pone límites a la plaza por el lado del poniente, que se estaba bien allí e imaginé la escena de los apóstoles en el monte Tabor pidiéndole a Cristo que edificara una tienda para permanecer -191- en aquel lugar. Quizá fuera porque había pasado ya demasiado tiempo desde que abandonara la Ciudad de los Reyes para aventurarme por selvas y serranías; quizá porque esta ciudad de Asunción, salvada la distancia que imponen el clima y el paisaje, me recordaba mi infancia en Samaniego, la paz de la aldea al lado de mis padres y de mi querida hermana Leona; quizá, finalmente, porque siempre he imaginado de este modo el paraíso: con árboles abundantes, arroyos limpios, el aire quieto y el sopor que propicia la modorra y ese gusto por la nada y el abandono que con tanta frecuencia invade mi espíritu. Saliendo de la plaza por la parte de la Compañía que da al río hubimos de atravesar un puentecillo sobre una especie de canal que une el río con una laguna y que comunica entre sí las casas de los padres jesuitas y de los dominicos, una barranca profunda sobre la que los carniceros de Asunción habían construido un tinglado en el que beneficiaban las reses para alimento de sus vecinos. Había unas viejas escaleras de palo que llegaban al río y un olor espeso de sangraza y vísceras de animal que me obligaron a taponarme las narices con un pañuelito de encaje empapado en agua de olor. Volteando hacia el sur, pasado el recodo que aquí llaman de Santo Domingo, llegamos al fin a nuestro destino: la residencia de Eliseo Ripalda, que ya nos estaba esperando en el corredor de su casa con su hija Elvira y su mujer, una señora entrada en años, de carácter afable y permanente sonrisa en unos labios gordezuelos que respondía al nombre de María Cuadrado. Era este Eliseo Ripalda hombre de la confianza del virrey, a quien había conocido en Chile cuando don José Antonio era de aquella provincia gobernador y capitán general.

El corredor de la casa era largo y flanqueado de columnas. Entre estas columnas, la esposa de Eliseo Ripalda había colgado unas macetas que daban al lugar un colorido lleno de encanto y sencillez. -192- Toda la casa estaba rodeada de un jardín salvaje que parecía una selva. Era casa de un solo piso y tejado a dos aguas, y todas sus piezas y habitaciones, que se abrían al exterior, eran amplias y bien ventiladas. Pese a su tamaño, que era considerable, pues a la casa estaba adosado el almacén, toda la fábrica del edificio, con enlucidos de yeso y cal sobre el adobe, parecía perdida en la verde espesura de la selva. Entre los árboles, sobresalían por su altura los lapachos, que, cuando nosotros llegamos, habían ya

perdido sus bellísimas flores, y por su frondosidad, los chivatos de finísimas hojas y de flores encendidas por el fuego de los trópicos. Sobre los ladrillos del suelo del corredor destacábanse las flores moradas de los jacarandás que, al menor soplo de viento, desprendíanse de sus ramas para alfombrarlos. Todo era color y belleza en aquel jardín salvaje y espléndido. Amplia, cómoda y de una sencillez franciscana, esta casa, en la que habité los primeros días y que observo ahora desde la ventana de mi celda, sigue siendo para mí un símbolo de lo que quise y no pude alcanzar, y me produce, al tiempo, gozo y tristeza su visión. Entre las habitaciones de la casa destacábase un estrado rústico y muy sombrío con el techo cruzado de grandes cañas de Guayaquil y de mobiliario sencillo de madera, en el que Eliseo solía pasar con su familia y sus criados las mejores horas, llevando en una mesa que le servía de despacho la contabilidad de su negocio. En una de sus paredes, un retablillo con la imagen en bulto de un San José con la Virgen y el Niño en su casa de Nazaret señalaba al visitante la devoción de la familia. Normalmente, el retablillo estaba adornado con flores de estación e iluminado con lamparillas de aceite. Las horas de la tarde que aún restaban de nuestro primer día en Asunción no fueron bastantes a satisfacer la curiosidad de nuestros anfitriones por conocer noticias de la corte del virrey. Cenamos a -193- las siete de la tarde y aún nos quedamos como dos horas más disfrutando de la claridad de la luna y de la frescura de aquella noche de septiembre en el corredor. Era el último sábado del mes, y a las nueve entramos al estrado, donde rezamos el rosario aquella noche sentados frente al retablillo iluminado de la Sagrada Familia. María Cuadrado me pidió que lo dirigiera, y accedí con gusto. Acabado el rosario, nos invitaron a retirarnos a nuestras habitaciones, que ya estaban dispuestas para nuestro descanso, pues al día siguiente, 29, era domingo y Eliseo quería que los acompañáramos a él y a su familia a la misa de ocho en San Francisco. Mi sorpresa fue mayúscula al arrojarme sobre la cama, pues ésta carecía de colchón y sólo tenía unas tiras de piel de vaca bien curtidas y tensadas que servían para lo mismo. Cuando al día siguiente tuve la osadía de preguntarle a Eliseo por esta curiosidad, díjome mi huésped que era él de la orden tercera de San Francisco y que en todo se ajustaban en su casa a las reglas de la orden. En su casa no había, en efecto, ni colchones, ni manteles, y todo el mobiliario era de tosca madera apenas pulida y sin pintar. También me dijo que, no estando sus huéspedes obligados a los mismos votos, procuraría al día siguiente, que era lunes, adquirir unos colchones para que nos sintiéramos a nuestras anchas. Yo le respondí que no era necesario, pues, si bien contentos y agradecidos, no nos sentíamos incómodos y esperábamos hallar una casa de alquiler en la que alojarnos y que procuraríamos comodidades por nuestra cuenta, si las considerásemos necesarias. Ese mismo día, al regresar de la misa, nuestro anfitrión me entregó las cartas que a mi nombre había recibido de España y de Lima, y pasé la mayor parte de aquella tarde repasando una y otra vez las cariñosas palabras que me enviaban mis padres y mi hermana Leona, mi querido amigo Miguel y el coronel Eguidazu y su esposa, que no veían la hora de que acabara mi misión y volviera a su lado. También Bonifacio y los escoltas pasaron -194- las horas de la tarde del domingo en idénticos menesteres. Aunque alegres y felices, estábamos todos embargados

por la nostalgia. Poco antes del anochecer, empero, nuestro huésped nos invitó a pasear con su esposa e hija por la plaza Mayor y a conocer sus alrededores, el palacio del gobernador y la catedral, que son hasta la fecha, junto con los conventos de las órdenes y la casa que dejaron los jesuitas, los mayores atractivos que presenta la ciudad al visitante. Caminando con lentitud, llegamos a la iglesia de la Encarnación y, desde allí, bajamos por la misma calle de la iglesia hasta la casa, que son apenas doscientas las varas, aunque tortuosas y dispares, que separan la una de la otra. En este paseo nos recordó nuestro anfitrión que, en unos días más, se celebraría el día de San Francisco y que, en el convento de la orden, los frailes celebrarían, con tal motivo, la santa porciúncula, a la que él asistiría con su familia y a la que esperaba que los acompañásemos. Volvimos a casa, rezamos el rosario como el día anterior, nos retiramos a nuestras piezas, y yo dormí a pierna suelta y libre de preocupaciones hasta la mañana siguiente.

Aquellos primeros días en Asunción siguen estando grabados con fuerza en mi memoria. Las horas transcurrían con lentitud, y se respiraba en la atmósfera el dulce sosiego de la aldea que ya tenía casi olvidado. De vez en cuando, sentados en el corredor yeré de la casa de Eliseo Ripalda, observábamos las carretas bajando hacia el río, haladas por lentas parejas de bueyes uncidos al yugo o por caballejos trotones y ágiles. Sus carreteros, mestizos e indios de la parroquia de San Blas, cantaban coplillas ingenuas en yopará y guaraní (pocas veces en castellano) o se entretenían espantando con su látigo los gigantescos tábanos que se posaban sobre el lomo de las bestezuelas. Se decía que el gobernador tenía una carroza y que en ella solía ir a la catedral para asistir a los oficios -195- más importantes. A diferencia de lo que había visto en Lima con mis propios ojos, donde la vanidad hacía que compitieran los nobles y poderosos entre sí exhibiendo con soberbia su lujo y su riqueza, en Asunción, o bien faltaban éstos, o bien sus vecinos daban por buenas las comodidades más sencillas. Jamás vi otra carroza que la del gobernador, y aun ahora sólo sé de una familia que la posee, aunque jamás la he visto. Elíseo tenía, para sus necesidades, una carreta y unos caballos bien cuidados en sus cuadras, donde aquellos primeros días descansaban los nuestros. El lunes, desde muy temprano en la mañana, entretuvimos todos en sacar cuentas de los gastos que nos había acarreado el viaje, entregamos a Elíseo las cartas del virrey, libramos algunas peluconas para nuestros gastos y decidimos, con nuestro huésped, que abriríamos una tienda de género en una casa frontera a la parroquia de San Blas, muy cerca de la catedral, que, según Eliseo, era de un buen amigo suyo y que disponía de todo para nuestra comodidad. Necesitábamos una casa grande, pues nuestros paños e indianas debíamos convertirlos en lienzos de algodón y fardos de yerba del Paraguay, que eran los géneros con los que se acostumbraba a pagar en Asunción, y estos lienzos y fardos de yerba debían ser almacenados para enviarlos más tarde a Buenos Aires, donde se convertirían, finalmente, en dinero. De esta última operación estaba encargado Galdeano, con quien haría los primeros viajes el propio Eliseo, que era baqueano en estos menesteres. Ese mismo día por la tarde fuimos a ver la casa y ultimamos con el dueño y ante el escribano público todo lo referente al contrato de arrendamiento. El dueño era un hombre

viejo, viudo y sin hijos nacido en estas tierras, un hombre que esperaba pasar tranquilo los últimos años de su vida y al que sólo le enojaba el estrecho cerco que unos sobrinos suyos habían puesto a su fortuna.

-196-

El martes primero de octubre iniciamos nuestra mudanza a primera hora de la mañana. Había amanecido un día turbio y amenazaba tormenta. Elvira, que era casi una niña y que tenía unos enormes ojos negros y unas larguísimas trenzas que le descolgaban sobre los hombros, había conquistado sin muchas dificultades el corazón de Robles, y éste le prometió que visitaría su casa con frecuencia. Había sido Robles el de la idea de montar la tienda, y tengo para mí que él veía en ello una oportunidad para dejar la milicia y establecerse. Si bien no podía hacerlo mientras durase la tarea que teníamos encomendada por el virrey, fue disponiendo en los días que permanecimos en Asunción las cosas de tal manera que habrían de cumplirse, como al fin se cumplieron, sus proyectos. La casa que alquilamos en el barrio de San Blas era espaciosa como la del propio Eliseo y contaba también con un jardín grande en el que Robles, Galdeano y Bonifacio instalaron en los meses siguientes un gallinero y algunos cultivos de hortalizas. Tenía, además, almacenes y buenas cuadras para los caballos. De ahora en adelante seríamos un caballero con tres criados españoles dedicados a vender los géneros que habíamos traído y a multiplicar los caudales obtenidos invirtiéndolos en los negocios de la tierra.

El viernes cuatro de octubre fuimos todos juntos con Eliseo Ripalda y su familia a la fiesta de la porciúncula en el convento de San Francisco. Desde muy temprano habíanse reunido en torno a grandes pucheros de barro de Areguá los frailes, muchos indios y algunos españoles y criollos. Todos llevaban en sus manos una escudilla en la que esperaban recoger la limosna que en forma de comida les darían los frailes y, aunque la mayor parte de los asistentes hacíanlo por necesidad, otros, como Eliseo y su familia, hacíanlo por devoción hacia el santo de Asís y por mostrar humildad ante sus semejantes. Habíanse reunido en la explanada del -197- convento algunos buenos músicos y cantores y, con palmas, arpas, vihuelas y tamboriles, hicieron en poco tiempo una fiesta que, pese a lo oscuro del día y a los relámpagos que ya alumbraban en lontananza, resultó muy lucida y bastante alegre. Elvira miraba a Robles, y Robles miraba a Elvira, sin que hubiera nada que pudiese impedir aquel constante cruce de miradas entre los dos jóvenes. Por fin, tras pedir permiso a sus padres, la niña se atrevió a aceptar la invitación que Robles le hiciera para salir al palenque y demostrar sus gracias de mimada de Tepsícore. Yo observé en ese momento que mi fiel Bonifacio miraba a Elvira con deseo y a Robles con envidia, mientras que Galdeano, a quien todavía le duraba el rijo por la criolla de Potosí, se retiraba del grupo para apoyarse en el tronco de un jacarandá florecido y embeberse en sus pensamientos. También bailaron Eliseo y su mujer, y eran tales la alegría de la fiesta y el ritmo que los músicos imprimían a las danzas que hasta el guardián del convento, haciendo al lado su dignidad por un instante, atreviose a ejecutar algunos pasos del brazo de una matrona muy emperifollada que lo miraba fijamente a los ojos invitándolo a mayores osadías. Con la comida corrió el vino en abundancia, y la fiesta terminó bien entrada la noche, que es cuando nos retiramos a nuestras casas.

Cuando llegamos a casa de quienes hasta unos días antes habían sido nuestros anfitriones, se abrieron los cielos y comenzó la tormenta. Fue ésta precedida, desde una media hora antes, de fuertes vientos que querían acabar con todo ser viviente sobre la faz de la tierra y que nos obligaron a apurar nuestra marcha de la fiesta de la porciúncula. Es costumbre curiosa la de la porciúncula, y yo la había conocido en Lima, donde los franciscanos la celebran el día dos de agosto y no el cuatro de octubre. Ignoro la razón por la que cambian las fechas, pero tengo para mí que, siendo Asunción ciudad -198- tan pequeña, encuentran los padres descalzos grandes dificultades para llevar a cabo dos fiestas en vez de una y que así han unido en una sola la de San Francisco, su santo fundador, y la de la porciúncula. Con la lluvia apuramos la despedida en casa de Eliseo Ripalda, aunque este buen hombre, considerando los malos pasos contados entre su casa y la nuestra, nos invitó a que permaneciéramos en la suya y pernoctáramos en ella. Le agradecemos y nos fuimos. Llegamos casi sin mojarnos, porque nos apresuramos y corrimos y, cuando ya nos faltaban apenas cincuenta varas para alcanzar el corredor yeré de nuestra vivienda comenzó realmente la lluvia.

A la mañana siguiente Asunción amaneció inundada. Seguía lloviendo, y los raudales corrían buscando el río por las empinadas calles que se desbarrancan en él, lamiendo las aguas las tapias de las casas, arrastrando consigo ramas y troncos, vasijas rotas, velas de sebo, papeles y mil cosas más que eran empujadas con fuerza contra las paredes de nuestra casa, desde cuyo alto corredor observábamos atónitos la enorme laguna en la que se habían convertido las partes bajas de la ciudad. Al mediodía salió el sol y las nubes se disiparon. A la hora de la siesta, las calles, embarradas, estaban vacías, y sólo de vez en cuando veíanse algunos chiquillos descalzos que jugaban al marro y a las escondidas. El domingo todas las calles de Asunción volvían a estar secas como al comienzo, y los perros, los viandantes y las carretas levantaban el polvo hasta las nubes.

Recuerdo muy bien aquellos primeros días y, sobre todo, mis primeras amistades asuncenas. Fuera de Eliseo Ripalda y de María Cuadrado, su mujer, que en paz descansen, por quienes siempre he conservado amistad y gratitud sin límites, me acuerdo de fray Alejandro Calleja, un sacerdote dominico de estas tierras, culto y muy prudente, a quien visitaba regularmente en su convento y que venía con -199- mucha frecuencia a nuestra tienda con cualquier pretexto para conversar de todo un poco, como en botica. Era más aficionado a las letras humanas que a las divinas y no escapaba a su juicio la calidad de obras tan singulares como las Máximas de La Rochefoucauld o Los caracteres de La Bruyère. Leía bien el francés y el inglés y hablaba esta última lengua de corrido por haberla aprendido con un hermano lego de esa nacionalidad que, tras una vida aventurera en el mar, había acabado refugiándose en el consuelo de la religión en el convento de Santo Domingo de Arequipa, en el que fray Alejandro había permanecido durante dos lustros. Él fue el primero a quien escuché hablar sobre las teorías de Hobbes y el que me inició en el conocimiento de Daniel Defoe y de Jonathan Swift, dos de mis autores favoritos. A fray Alejandro Calleja lo conocí en uno de mis largos paseos por la ribera del río en la parte de las chacras que dan a él. Eran paseos que yo

acostumbraba a hacer en las primeras horas de la mañana por sendas sombreadas por esbeltos lapachos, aprovechando la fresca del amanecer. Yo paseaba solo, embebido en mis preocupaciones, pensando la forma en la que podría obtener los informes que el virrey precisaba de mí. El buen Eliseo no había sabido decirme de aquella historia más de lo que yo ya sabía antes de salir de Lima por boca del propio virrey, y, pese a haber estado en todo atento a cuantas conversaciones se habían desarrollado a mi alrededor, jamás había oído hablar hasta entonces de ese famoso rey del Paraguay del que se habían ocupado las gacetas de Europa. Era necesario, por tanto, que apurara mis pesquisas si quería cumplir con la misión que me había encomendado el virrey. Y, en esas reflexiones estaba, caminando con las manos a la espalda y la cabeza caída sobre el pecho en las primeras horas de una tibia mañana de verano, cuando sentí sobre mi hombro una mano que, con gran suavidad, trataba de llamar mi atención. Me volví y me encontré cara a cara con quien después sería mi gran amigo dominico.

-200-

-Buenos días, señor caballero -me dijo-. Veo a vuesa merced hundido en hondos pensamientos a muy tempranas horas del día. ¿Hay algo en que pueda ayudarle?

-Agradezco el interés de vuesa paternidad -fue mi respuesta-. Más que cavilando, estaba dejando volar mi imaginación. Vivo cerca y acostumbro a hacer estos pequeños paseos con el solo propósito de disfrutar de la soledad y del paisaje.

-Bello es éste a mi entender -me respondió el fraile-, pero, por lo que veo, jamás vuesa merced cambia su itinerario, que son ya varios los días que lo vengo observando y siempre hace el mismo camino de ida y de regreso.

-El hombre es, como vuesa paternidad no ignora, un animal de costumbres.

-Y de vicios -me retrucó.

-Y de vicios -añadí yo.

-¿Y cuáles son los vicios de vuesa merced? -me preguntó a boca de jarro.

-Debo decirle que todos y los peores, mas no está mi ánimo para hacer confesión a tan tempranas horas de la mañana.

-¿Y en qué momento lo está?

-Pues no sabría decirle. Tendría que pensarlo demasiado.

La conversación rodó después por los tópicos de siempre: Asunción y sus vecinos, el temple de la ciudad y la sencillez de sus costumbres.

Caminábamos despacio, con las manos echadas a la espalda, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para nosotros. En las orillas del río, de pie y con el agua hasta las rodillas, los indios pescaban con arpón, y en los campos cercanos los chacareros inclinaban sus cuerpos sobre la tierra. Por una senda abierta entre los cocoteros venían dos mujeres jóvenes montadas en burros y con grandes sombreros sobre sus cabezas. El sol apenas se -201- levantaba en el horizonte, y todas las cosas (el río, los árboles, las chacras, las ropas y los animales) adquirían en ese momento un tono dorado lleno de encanto y de magia. Paseábamos por un estrecho camino bordeado de cocoteros, a aquella hora de la mañana la temperatura era, aunque ya elevada, agradable y los pájaros cantaban. Infinidad de aves canoras nos rodeaban, y, a veces, revoloteaban ante nuestros ojos los verdes colibríes que libaban el néctar de las flores que

por todas partes se prodigaban. Nos despedimos una hora después de habernos conocido. Volvimos a vernos al día siguiente, y la conversación se orientó hacia España, la corte y nuestros escritores. Al fin terminamos hablando del Perú, de Lima y de Arequipa, ciudad que yo no conocía y a la que él recordaba con mucho cariño. Yo le hablé del Cuzco y de cuánto me habían impresionado sus ruinas y sus monumentos.

-No conocemos bien el mundo que habitamos -me dijo entonces-. ¡Quién sabe si la sabiduría de quienes construyeron aquellos monumentos no se habrá perdido para siempre!

Al día siguiente llovió, las calles se llenaron de barro y no salí a pasear, pero al siguiente sí lo hice. El día era soleado y brillante, y constituía un deleite inigualable escuchar el canto de los pajarillos y observar su revoloteo entre las ramas de los árboles y las hierbas crecidas con las últimas lluvias. Estábamos ya cerca de la Navidad, y en nuestra tienda las telas escaseaban. El negocio iba bien, y ya se estaba haciendo necesario renovar la mercadería. Esperábamos la llegada del barco de Buenos Aires con géneros traídos de la península. Todavía faltaban unas cinco semanas para que llegara, y Robles y Galdeano habían viajado a Yaguarón para traer unas cuantas varas de indiana de casa de unos comerciantes catalanes con quienes habíamos entablado relaciones y que tenían abundante género -202- en sus almacenes. Mi fiel Bonifacio y yo atendíamos el negocio. Ello me obligaba a acortar mis paseos matinales con el fraile, pero jamás llegué a interrumpirlos. Fray Alejandro me pidió aquel sábado, día de San Andrés, que me quedara un rato más, pues era grande el placer que obtenía de nuestras conversaciones.

-Deje vuesa merced -me dijo- los cuidados de este mundo para sus criados, que más han de agradecerle el que esté lejos que no tan cerca y siempre con la mirada puesta en el movimiento de sus manos.

-Son los tres a cual más honrado y, sobre todo, Bonifacio, a quien conozco desde que éramos niños, pero ya sabe vuesa paternidad lo que dice el refrán acerca de los caballos.

-El ojo del amo engorda al caballo.

-Así es, pero no es por eso que atiendo yo personalmente el negocio cuando puedo, sino porque es de justicia que alivie la carga de mis servidores, que también de ello habrá de tomarnos cuentas el señor en el día del juicio que a todos nos espera.

-¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Hay, acaso, injusticia en hacer que trabajen quienes están por su estado destinados a ello? Es vuesa merced escrupuloso en extremo, y en algo me recuerda a algunos padres de la Compañía, a quienes preocupa más el qué dirán que el actuar de acuerdo a su conciencia. Vuesa merced piensa que, de este modo, agrada a sus semejantes y cree que así han de tomarlo por hombre virtuoso y caritativo.

-¿Piensa, acaso, vuesa paternidad que hay autocomplacencia en actos semejantes?

-Sí, por cierto. Vese a sí mismo vuesa merced como hombre bueno e imagina que los demás lo miran con respeto. ¿Acaso no está buscando la aprobación de los otros?

-No lo había pensado de esa manera.

-La virtud es engañosa. Donde vemos virtud, a veces hay tan sólo apariencia de la misma, engaño e hipocresía. La virtud engañosa es vicio y persigue, ante todo, el poder sobre los otros. La verdadera virtud no se muestra, se esconde.

-No he de discutirle a vuesa paternidad, que de estas cosas, por ser teólogo, ha de saber más que yo, pero sí quisiera que me explicara eso de que le recuerdo a algunos jesuitas.

-Le ruego que me disculpe. Era sólo una broma. Vuesa merced no es, precisamente, un hipócrita.

-¿Y los jesuitas lo son? Yo me formé con ellos en el colegio de Logroño.

-Vuesa merced ha de conocerlos, por tanto, mejor que yo. Ya sabe lo que se dice.

-¿Y qué es lo que dice?

-Si cum iesuitis itis, numquam cum Iesu itis.

-Si no recuerdo mal, también se dice algo sobre los dominicos.

-¿Y qué, si puede saberse? -me preguntó.

-Si cum dominicanis canis, numquam cum Domino canis.

-Es dicho ingenioso.

-Tanto como el que vuesa paternidad ha citado.

-Ciertamente, mas creo que deberíamos separar el trigo de la paja. ¿Conoce vuesa merced lo que se dice por ahí de la guerra de los guaraníes?

-No, por cierto.

-Existen rumores de que han sido los propios jesuitas quienes la han iniciado y se afirma que hasta han proclamado a uno de estos indios rey del Paraguay.

-¿Un indio rey?

-Mburuvichá más exactamente, que es como llaman ellos a sus jefes y caciques. Rey es una palabra que ellos no conocen.

-¿Así que hay un mburuvichá?

-204-

-No lo sé exactamente, mas esto se está comentando en todas partes.

-No lo he escuchado en ninguna.

-Porque no frecuenta los lugares adecuados.

-¿Y cuáles son éstos?

-Uno de estos días habrá de conocerlos por mi intermedio. Asunción tiene rincones muy interesantes y calles y casas que saben guardar muy bien los secretos.

-Estoy impaciente por conocerlos. ¿Cuándo podré?

Fray Alejandro no respondió mi última pregunta. Se limitó a levantar los hombros y continuó su paseo. Yo me despedí ahí mismo con la confianza de contar con una pista que me ayudaría a resolver el misterio. Pasaron los días, volvieron Robles y Galdeano de Yaguarón, volvió a llover, volvieron las calles a enlodarse y a secarse, los lodos se hicieron polvos y el fraile y yo todas las mañanas repetimos nuestros paseos y conversaciones sin que, durante semanas, volviera el dominico a mencionarme el asunto de la guerra india y los jesuitas. Aquel mes de diciembre fue caluroso en extremo, y, salvo en las primeras horas de la mañana, que eran las que fray Alejandro y yo aprovechábamos para dar nuestros paseos a las orillas del río y las que aprovechaban los campesinos para traer las mercaderías a la plaza Mayor y venderlas en su mercado, el tiempo transcurría lento y

agonizante, con el aire inmóvil, el resplandor de la luz cegándonos los ojos y la naturaleza quieta. El calor era asfixiante, y a la hora de la siesta, tras la colación del mediodía, echábamnos todos en nuestras hamacas esperando la noche entre sudores. Pero tampoco en la noche hallábamos consuelo alguno a los sofocos. A veces, abandonaba mi cama y salía al jardín a contemplar el cielo eternamente abierto y cuajado de estrellas. Nada se movía. Ni el aire. Ni una brizna de hierba. Si acaso, como en un sueño, sentía a veces una pequeña brisa que refrescaba mi espalda -205- desnuda, pero era ilusión de los sentidos: el sudor seguía me chorreando por la espalda y el pecho y los mosquitos zumbaban sobre mi cabeza produciendo uno de los pocos sonidos que podían oírse en esas ocasiones. Cuando finalmente el cielo se cargaba de nubes y éstas se abrían para dar paso a los diluvios del verano, los cuatro salíamos al jardín semidesnudos a chapotear como niños bajo la lluvia. Por unas cuantas horas volvíamos a sentirnos vivos, llenos de entusiasmo y de energía.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Pasó Navidad. Pasaron los calores de enero, pasó febrerillo el corto y, por fin, llegó marzo con vientos cargados de esperanza. El verano seguía siendo, pese a todo, tórrido e insoportable, pero las mañanas eran algo más frescas, y fray Alejandro y yo paseábamos en las horas del alba a orillas del río con el espíritu de quienes saben que se acerca el término de sus agonías. Yo imaginaba que abril sería más amable y que una brisa suave anunciaría la llegada del otoño. Durante los últimos meses habíase unido a nuestra tertulia matinal un nuevo miembro de aquella academia peripatética. No se trataba de otro fraile, ni de un amigo de fray Alejandro, sino de alguien a quien yo había conocido en España y que entró un día en mi tienda con el objeto de comprar algunas varas de tela para camisas. Suele decirse que el mundo es un pañuelo, y la verdad de semejante dicho queda confirmada por aquel encuentro que aún recuerdo con emoción. Habían pasado la Navidad y la fiesta de los Santos Reyes, que con tanta devoción se celebran en estas latitudes. Era media mañana. Estábamos en la tienda Robles y yo, conversando, si no recuerdo mal, de la calidad de los alfajores limeños, cuando pidió su permiso e hizo su ingreso en el establecimiento un hombre joven de regular estatura, pelo rojizo y recogido atrás y mirada perdida que nos pidió que le mostráramos nuestras mejores telas. Robles, que amaba el -206- oficio de hortera por encima de todo, puso muestras de todas las existencias sobre el mostrador, y el cliente se entretuvo por más de media hora en palpar cada una de ellas, pasar con suavidad las telas por su cara, como si se acariciara con ellas, y mirarlas de cerca como si quisiera descubrir las más sutiles diferencias entre sus tramas. Nosotros lo observábamos.

-Me gusta ésta -nos dijo-. ¿A cómo la vara?

Algo noté en su acento que denunció su origen.

-¿No es vuesa merced sobrino de un canónigo de Sevilla? -le pregunté.

-Así es -me respondió-. ¿De qué me conoce el caballero?

-De un viaje que hicimos juntos en una silla de postas camino de Andalucía

-le respondí.

Desde ese día nos hicimos amigos, pero Jaime Obrayan tardó aún varias semanas en unirse a la tertulia matinal del dominico. En los días que

sucedieron a nuestro primer encuentro visitó con frecuencia la tienda y en ella permanecíamos juntos hasta bien entrada la noche, cuando ya no había posibilidad alguna de que llegaran otros clientes. Había días en que cerrábamos la tienda algo más temprano y echábamos unas manos de baraja como viejos tahúres de taberna. Tanto como mío hízose amigo de Antonio Robles, con quien urdía fantásticos planes para establecerse juntos en algún pueblo de la campaña. A veces pensaban en Itá, otras en Itauguá y aún más lejos, como Piribebuy o Tobatí, pueblos en los que Jaime Obrayan creía que podría construir un imperio comercial y hacerse rico, que a eso había venido a Indias recomendado por su tío, el canónigo sevillano. Pese a llevar poco tiempo en Asunción, conocía a mucha gente y frecuentaba las casas de las -207- familias importantes y lugares de reunión que ninguno de nosotros había frecuentado hasta ese momento. Hasta conocía al señor gobernador, don Jaime de Saint Just, de quien decía que era hombre valiente y cabal y para quien el señor virrey habíame dado algunas cartas para presentar en caso de que fuérame imprescindible el hacerlo. El primer día que se vino a pasear con fray Alejandro y conmigo, ambos se enzarzaron en una discusión sobre Swift, de quien los dos se declaraban, no obstante -y cada cual a su manera-, fervientes admiradores.

-Llegará un tiempo -decía Obrayan- en el que mi paisano será considerado tanto o más que Fenelón y otros franceses.

-¿Acaso ha leído vuesa merced a Voltaire? -le retrucaba el dominico, quien gustaba de imponer el temor que los de su orden cargan sobre sus hombros como un oficio.

-No por cierto -respondíale el irlandés, haciéndose el desentendido-. No he tenido la ocasión de pecar en este caso contra la Santa Madre Iglesia.

-Me lo temía -respondía el padre Calleja con tono de lamentación.

Nunca supe bien qué era lo que buscaba fray Alejandro en estas, con frecuencia, alambicadas conversaciones que nos imponía. A veces pensaba que lo que realmente buscaba el fraile era poner a prueba nuestra ortodoxia; pero a veces también he pensado -y cada vez lo hago con más frecuencia- que trataba de introducirnos en el mundo de las ideas que invadían Europa y por las que él, pese a todo, sentíase atraído. Era más un tentador que un juez, alguien que esperaba despertar en quien lo escuchara interés por la filosofía y la razón, por las lecturas de los filósofos más temidos por la Iglesia y por sus ideas, pero todo ello de una manera traviesa y divertida, sin dejar de estar jamás -o, al menos, de parecerlo- en el lado de la ortodoxia más exigente y rigurosa.

-208-

-¿Está la Tierra en el centro del universo? -me preguntó en cierta ocasión.

-No lo sé -le respondí-. Éste no es para vuestas paternidades un asunto de ciencia sino de fe, y, como se suele decir, doctores tiene la Santa Madre Iglesia...

-Completamente confundidos -me contestó.

-Si vuesa paternidad lo dice...

-¿Qué ocurriría si alguien pudiera demostrar que el Sol no gira alrededor de la Tierra sino que es la Tierra la que gira alrededor del Sol?

-Eso ya lo demostró Galileo hace más de cien años -le respondió entonces Jaime Obrayan.

-En efecto -fue la respuesta de fray Alejandro-. ¿Creen vuestras mercedes que el hecho de que Copérnico y Galileo hayan demostrado algo que en este momento ya nadie pone en duda ha cambiado en algo la posición de la Iglesia? En Lima conocí a un hombre que estaba empeñado en volar como los pájaros. Todos lo creían loco, pero yo pienso que éste, al que llaman Santiago el Pajarero, se ha adelantado a su tiempo. Llegará el momento en que los hombres podamos volar por los aires, y algo de eso ya insinuó Roger Bacon en el pasado. Yo creo que nos ha tocado vivir el comienzo de una época de grandes cambios y que frente a ellos no pocas de nuestras ideas tendrán que modificarse.

-Lo que debemos preguntarnos -dije yo entonces- es si se conservará lo esencial de las mismas. ¿Qué importa si la Tierra gira alrededor del Sol o el Sol alrededor de la Tierra o si el hombre puede o no puede volar para quien cree que es hechura de un ser superior que lo ha creado a partir del barro a su imagen y semejanza?

-¿Así que, en opinión de vuestra merced, importa más la fe que la evidencia que la ciencia pone ante nuestros ojos?

-Importan ambas -volvió a intervenir el irlandés-. Lo que -209- importa es ver si la evidencia que la ciencia aporta confirma o no lo que sabemos por habernos sido revelado por Dios.

-Tiempo llegará -dijo entonces fray Alejandro en tono profético- en el que hasta la revelación sea puesta en duda por los cristianos y en el que esta duda no constituya delito, ni melle en nada la verdadera fe en Cristo. Por fin llegó mayo, y con mayo llegaron los primeros días frescos del otoño, aunque aún persistieron los días calurosos. En rigor, no hay marcadas y verdaderas estaciones en el Paraguay. El verano se extiende entre noviembre y mayo, sin que exista una primavera que lo anticipe. Tampoco existe un verdadero otoño, y lo que llamamos el invierno tiene días de calor semejantes en todo a la más fuerte canícula de mi tierra. Existen, no obstante, días muy fríos, en los que no bastan las ropas normales para soportarlos y en los que es aconsejable permanecer junto al fuego, pero son pocos. Llegan por oleadas de junio a septiembre y como llegan se van. Después vuelven de nuevo los días calurosos. Una tarde lluviosa y fría del mes de mayo que anticipaba el invierno de aquel año, fray Alejandro se vio obligado a hacer un viaje a Villarrica, de donde volvería casi un mes más tarde con un brazo en cabestrillo. En el viaje de vuelta, al pasar por un pequeño pueblo de la Cordillera, la mula que montaba lo tiró al suelo cerca de un arroyo y se dislocó la muñeca. No fue grave el accidente sufrido, pero el fraile encontró en él un motivo más de conversación, centrando ésta en el dolor y en cómo el dolor físico reduce al hombre a su verdadera condición de ser minúsculo y sin importancia, de animal ligado al instinto, pasajero en el viaje entre la vida y la muerte. Durante los días en los que fray Alejandro estuvo ausente, Jaime Obryan no faltó a uno solo de nuestros paseos matinales. También acudía, aunque no con tanta frecuencia, a las tertulias vespertinas cuando cerrábamos -210- la tienda. Cierta tarde de mediados de mayo, en la que estábamos solos en la tienda, me animé a mostrarle un manuscrito que fray Alejandro me había encomendado que leyera con cuidado para discutirlo a su regreso de Villarrica. Bonifacio estaba en la casa, arreglando algunas cosas en la huerta, y Robles y Galdeano habían salido a pasear por la calle de Santo

Domingo con la bella Elvira, a quien el limeño visitaba todos los días. Eliseo le había puesto la condición de que en las visitas viniera acompañado de su amigo y de que nunca se alejaran los enamorados más allá de cincuenta varas de la casa. Eliseo Ripalda y su mujer no veían con malos ojos que Mariano Robles se integrara a su familia.

El manuscrito era breve y extraño, escrito con una letra cuidada y prolija, y lo leímos en poco más de media hora. Se trataba de una especie de cuento o pequeña novela, un escrito lleno de inexactitudes y fantasías, producto de la imaginación de un loco o de un pícaro. Tenía un título rimbombante, y, de haberlo hallado en España y en otro momento, quizá la impresión que me causara habría sido diferente. Ahora sé que no era una copia única y que, con ligeras variantes, ha sido publicado en Europa y que ha circulado por todas partes como si se tratara de una historia verdadera. Ahora vuelvo a leerlo en mi celda de la casa de la Compañía, en mi encierro hospitalario, como lo leí entonces y como lo leyó el propio Jaime Obrayan, quien, a cada rato, levantaba la vista del escrito y silbaba, como si descubriera en él novedades hasta ese momento insospechadas.

-211-

Historia de Nicolás primero, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos

Capítulo Primero

Nacimiento de Nicolás Rubianes

Nicolás Rubianes, quien, pasando el tiempo y para desgracia de muchos, llegaría a alcanzar las más altas dignidades de este mundo, vio por vez primera la luz en una pequeña aldea de Andalucía llamada Tarantos el año del Señor de 1710. Su padre, un viejo soldado que hablaba con frecuencia de las batallas y de los sitios en los que había participado, carecía por completo de interés por la educación de sus hijos, de modo que se volvieron casi todos flagelo y tormento de su vejez. Nicolás trajo consigo al nacer las más perversas y corrompidas inclinaciones. Sin embargo, como los acontecimientos de su infancia no presentan nada que sea digno de la atención del lector, observaremos sólo que, apenas cumplidos los dieciocho años y por haber intentado asesinar a un vecino, se vio obligado a abandonar su pueblo natal, llevándose de la casa paterna dos pistolas y un anillo de notable valor que había pertenecido a su madre.

-212-

Capítulo Segundo

Pillerías de Rubianes

Huyendo de la justicia, Rubianes se refugió en la famosa ciudad de Sevilla, donde, desde hace siglos, hacen los pícaros de su capa un sayo y ven proclamada su fama en los escritos de los ingenios de la tierra. Apenas llegado a esta bella ciudad, vendió el anillo y las pistolas que la necesidad había vuelto inútiles, pues, siéndole forzoso vivir y careciendo de dinero y de amigos y conocidos que se lo proveyesen, fuerza era que transformara en la alquimia del mercado aquellos recuerdos de su infancia en unos pocos maravedises que, para su desgracia, no engordaron su faltriquera en demasía, ni tardaron meses en consumirse. Cuando se vio finalmente sin recursos, comenzó a frecuentar los juegos públicos y las iglesias. ¿Quién que no haya leído al inmortal Cervantes y no haya conocido el famosísimo patio sevillano de Monipodio podría creer que sus picardías diéronle para vivir casi cuatro años? Todo le salió a pedir de boca, y, así, mientras en los cafés y en los juegos de pelota se comportaba con la desfachatez propia de un perillán, en las iglesias más parecía un ángel que criatura de este mundo. Pasó el tiempo y, habiendo alcanzado ya la edad de veintidós años, Rubianes, que tenía el porte esbelto, el gesto atractivo y maneras cortesanías y modestas cuando se lo proponía, pensó que debía hacer algo y escapar de la oscura medianía a la que se sentía condenado y en la que no estaba dispuesto a permanecer. Sentíase nuestro aventurero nacido para la aristocracia y con más pergaminos que un rey de bastos, porque siempre había deseado vivir a su antojo y sin más obligaciones que holgar a pierna suelta y satisfacer en todo sus apetitos. Con este objeto, entró como criado en casa de una rica -213- beata. Ésta, ya de tiempo atrás, habíase engolfado en el océano de sus encantos. Habíalo visto a menudo en las iglesias y se había sentido conmovida por aquella piedad que, pareciéndole grande y sincera, veíala acompañada de una espléndida y vigorosa juventud. Se supo después que una alcahueta se había mezclado en esta intriga y que ella había hecho nacer en Rubianes el deseo de entrar al servicio de doña María de la Cupidiscencia.

Capítulo Tercero Rubianes criado

No habían pasado ocho días desde que Rubianes entrara como criado al servicio de la beata, cuando ya se notaba que le iba muy bien en su nueva condición. No obedecía las órdenes de doña María. Muy al contrario, usaba con ella de un tono autoritario cuya causa no tardó en revelarse. La casa de la beata se transformó en el lugar de cita de los amigos de Rubianes. Los convidaba insolentemente a comer en casa de su patrona y, lo que es

más, la señora de la Cupidiscencia, lejos de encontrar malo semejante proceder, ordenaba a su cocinero que preparara lo que Medelino (éste era su nuevo nombre) juzgara conveniente pedir; que ella tenía sus razones para ello; que aquel joven no era lo que parecía y, en fin y en resumidas cuentas, que era su voluntad y que no toleraba que nadie la contradijera. Sábese bien a qué extremos de intolerancia puede conducir el orgullo, y más a quienes, como los hidalgos españoles, hanse acostumbrado a la arbitrariedad del mando y a imponer su sola voluntad sobre el resto del mundo. Entre tanto, la reputación de la buena señora sufrió cuanto se pueda imaginar el lector avisado, y su honra quedó tan maltratada por la maledicencia como baraja de taberna -214- en manos de un tahúr. Los sevillanos, gentes despiertas y suspicaces, encontraban asaz extraño que una viuda que frisaba los cuarenta bien cumplidos usase de tantas caridades y que un criadillo al que apenas le apuntaba el bozo ejerciera semejante imperio sobre el ánimo de una beata. Por fin las cosas llegaron a tal extremo que en 1733 un hermano de la señora de la Cupidiscencia, coronel de un regimiento de caballería, se vio obligado a viajar a la capital del Betis para echar de la casa al desgraciado y poner fin a semejante escándalo.

Capítulo Cuarto Rubianes arriero

Obligado a abandonar Sevilla, Rubianes se refugió en un pueblo distante tan sólo cuatro o cinco leguas. Esperaba que los granaderos volvieran a su regimiento para retornar a casa de doña María, pero, sea de despecho, sea de vergüenza a causa del ruido provocado por su aventura, pasados dos o tres meses del alejamiento de Nicolás, murió la señora de la Cupidiscencia, y con ella, las esperanzas que en su casa tenía depositadas el protagonista de nuestra historia. No sabiendo qué partido tomar entonces, uniose a un campesino que contaba con una tropilla de veinte o treinta acémilas con las que transportaba de una ciudad a otra a veces grano y a veces género, según el caso y la oportunidad que se le presentaba. Se hizo, pues, arriero, y no tardó en volverse el más insolente y descarado de cuantos se dedican al oficio. Su mayor talento consistía en declamar ardorosamente contra todas las costumbres establecidas y, como era por naturaleza despierto y vivo, persuadía muy fácilmente a los crédulos campesinos, que lo escuchaban como a un oráculo y aplaudían cuanto peroraba.

-215-

Cierto día convenció a sus camaradas para que, en lugar de pagar las gabelas, se guardaran el importe de las mismas y lo destinaran a aligerar el gaxnate de los tormentos de la sed a los que el polvo de los caminos los sometía. La proposición hízola en pleno campo, y fue recibida con tal

entusiasmo que cuantos estaban allí decidieron armarse al punto de garrotos, diciendo que ésta sería la moneda con la que pagarían a los aduaneros. Nicolás Rubianes fue nombrado alférez y portavoz de aquellos malandrines y designado para que descargase los primeros garrotazos en caso de necesidad.

Cuando los arrieros llegaron a la puerta de Medina Sidonia, los aduaneros, según su costumbre, pidieron los derechos debidos al duque. Uno de ellos se adelantó a registrar las cargas. «Muere, cabrón», le gritó Rubianes, al tiempo que descargaba con su látigo un terrible golpe en la cabeza del infeliz, que, con los sesos fuera y sangrando a borbotones, quedó muerto a sus pies. Los otros aduaneros, testigos del asesinato, gritaron socorro y desenvainaron sus tizonas. Al punto, los arrieros que acompañaban a Rubianes hicieron llover sobre ellos un diluvio de piedras y garrotazos. Los vidrios de la oficina fueron rotos; los registros desgarrados; la caja robada y los guardianes de la puerta obligados a huir.

Rubianes y sus compañeros entraron triunfantes en la ciudad y se jactaron de haber abolido los impuestos. Su primera preocupación fue la de ir a gastar en la fonda los maravedises hurtados de la caja de impuestos. Apenas habían entrado, sin embargo, cuando escucharon que cinco o seis soldados a caballo habían sido mandados para arrestarlos a una legua de la ciudad, cuando retomaran el camino. Esta información desconcertó totalmente a nuestros intrépidos arrieros, y el jefe de tamaña empresa, leyendo en sus rostros el terror que los dominaba, -216- pensó que gente tan villana y asustadiza podía abandonarlo en el peligro y que la cosa más segura era tomar las de Villadiego y apartarse de esa mala situación.

Nada comunicó de esta secreta resolución a sus camaradas. Díjoles, más bien, que quince hombres podían con seis sin grandes trabajos, los tranquilizó y fingió que iba a comprar pistolas de bolsillo para que pudiesen, como decía él, enfrentar al enemigo.

Salió, en efecto, mas para irse a casa de una vieja conocida suya que, a menudo, le había prestado disfraces con los que, de vez en cuando, había dado excelentes golpes en los caminos reales; porque, cuando se hallaba sin trabajo con las mulas, encontraba pretextos para viajar a Medina Sidonia y saquear a los viajeros que se aventuraban por tan malos pasos como suelen ser los caminos reales de Andalucía. En casa de esta encubridora escogió, entre muchos, los hábitos de un franciscano y, bajo su nuevo disfraz, tomó audazmente el camino en el que sabía que estaban apostados los seis soldados a caballo. El oficial que los mandaba, creyendo ver a un religioso, le preguntó si no había visto arrieros en la ruta. «Señor», le respondió Rubianes, «se dice que os han engañado y que esos malhechores hállanse en el camino de Córdoba a punto de arribar a la ciudad».

Engañado por la falsa noticia, el oficial emprendió con su tropa el viaje a Córdoba a todo galope, y se dice que no tomó descanso hasta llegar. Rubianes, viendo que este golpe de astucia le había salido bien, volvió prontamente a Medina Sidonia, informó a los arrieros de cuanto había pasado, les aconsejó volver a sus casas y, por su parte, condujo las mulas a su patrón, de quien se despidió después de cobrar el sueldo que le correspondía por el honrado -217- trabajo que había realizado. Antes

de partir en busca de nuevas aventuras y como magnífico colofón de las que en este punto llegaban a su fin, tomó el cuidado de recibir una bolsita de cuero con casi mil peluconas de un comerciante que buscaba un hombre honrado a quien confiarlas para que llegaran felizmente a su destino. Bajo este ropaje de hombre honrado, Rubianes recibió el encargo, pero se guardó bien de entregar las onzas de oro a su legítimo dueño. Salió, pues, de Medina Sidonia cargando consigo la estima y el dinero de Jaime Hurpinos, quien supo demasiado tarde que Nicolás Rubianes, tras haber asesinado a un alguacil de la justicia, habíase llevado lo más granado de su patrimonio.

Capítulo Quinto Rubianes en Málaga

Después de muchas aventuras, estafas y villanías sin cuento, Nicolás Rubianes llegó al fin a Málaga, puerto de Andalucía y de los más bellos de la región. Pese a que se creía seguro en esta ciudad, juzgó conveniente suprimir el famoso nombre de Rubianes y hacerse llamar de ahora en adelante únicamente Nicolás. Confundido entre tantos forasteros que frecuentan la ciudad y comercian en su puerto, vivió casi diez años no teniendo otros bienes que las peluconas de Hurpinos y su inagotable industria para el mal. Dado a vivir de forma inmoderada y a satisfacer todos sus vicios, al cabo la fortuna que había logrado viose reducida a polvo, y de las bellas onzas de oro que robara al señor Hurpinos sólo le quedaba ya un vago y acariciado recuerdo en su memoria, que no era escasa. Fue un milagro que, habiéndose entregado al juego, subsistiera, como subsistió, tan largo tiempo, que en el oficio de tahúr, para el que -218- Nicolás no parecía especialmente dotado, son pocos, cuando son, los que sobreviven a la miseria. Nicolás era hábil, como ya hemos observado, y prefirió cambiar de vida y no seguir metiéndose en camisa de once varas.

Así que, estando sin blanca, en 1743 resolvió frecuentar las iglesias nuevamente. Como era demasiado conocido en Málaga para hacerse pasar por hombre piadoso, le pareció prudente cambiar de lugar. Pasó de una ciudad a otra y, por fin, se estableció en Zaragoza, donde los jesuitas tienen una bellísima casa.

De nada le sirvió hacerse el chupacirios en esta región, pues, si bien no es cierto lo que, viendo tan sólo la paja en el ojo ajeno, suelen predicar algunos franceses sobre la cicatería aragonesa, no encontró devotas ingenuas ni, menos aún, bolsas fáciles de rapar. Los aragoneses, que gustan de la naturalidad o llaneza, como ellos la llaman, más que de ninguna otra virtud, huyen del trato de todos aquellos que se muestran como no son naturalmente y tienen a gala el despreciar afeites y decoraciones hasta en sus mujeres, que no por ello dejan de ser bellas y muy apreciadas en lo que valen. Y, así, Nicolás halló en Zaragoza a

quienes sabían diferenciar el grano de la paja y la piedad verdadera de la impostura a la que él habíase acostumbrado para cazar en coto ajeno. Rubianes, viendo que el cielo de Aragón era para él de hierro y de bronce y que le podía pasar muy bien que se muriese de hambre, si seguía representando el feo papel de un tragasantos de comedia, determinó, luego de dos años pasados en la más extrema indigencia, abrazar un estado sólido que le asegurase por lo menos un mendrugo de pan que llevarse a la boca y un vestido con que cubrirse. Estaba ya cansado de la vida errante y vagabunda que llevaba -219- desde hacía tiempo. El asunto de Medina Sidonia pesábale, además, en su ánimo amilanado y temía ser arrestado en cualquier momento. La vida de los salteadores de España, que él había leído en sus momentos de ocio en un manuscrito hallado en Zaragoza, habíale conmovido y, como era tan inteligente como malvado y tan puesto en razón para algunas cosas como dispuesto al mal para todas las demás, juzgaba que, viviendo como ellos, bien podría acabar sus días con el cuello que tienen los higos cuando maduran. Estas decisiones, fortificadas por la cruel necesidad que lo apremiaba, movieronle a solicitar su ingreso en alguna casa religiosa.

Capítulo Sexto

Nicolás se hace jesuita

Nicolás se presentó al rector de los jesuitas para entrar en la Compañía en calidad de hermano. Dijo que sabía cocinar y que además era fuerte y vigoroso y que lo podrían emplear en aquellos menesteres que juzgaran más apropiados. El rector, habiendo puesto al principio alguna dificultad por encontrar que su edad pasaba de lo conveniente, porque a la sazón Nicolás contaba ya treinta y nueve años, juzgó oportuno ponerlo a prueba durante, al menos, tres meses. Concluidos éstos, creyendo notar en él dulzura y modestia y, especialmente, fuerte inclinación hacia la vida religiosa y gran afición a la orden, el padre rector acabó por recibirlo y lo mandó al noviciado. Allí se comportó de tal manera que los padres juzgaron conveniente asegurarse para siempre a un hombre que tan excelentes virtudes mostraba para la vida religiosa. Y así, cuando solicitó pronunciar sus votos, nadie se opuso. Se lo mandó inmediatamente -220- a un colegio de la Compañía, donde se le encargó el cuidado de la despensa. Como ahora tenía dinero en abundancia y como casi no se le pedía cuenta del uso que del mismo hacía, ya que tenía el semblante de un perfecto religioso, todas sus pasiones se reavivaron y él trató de satisfacerlas sin escrúpulos. Se cuidó tan sólo de salvar las apariencias. Como estaba obligado a comprar provisiones, se alejaba a menudo a doce o quince leguas de la ciudad, con el pretexto de buscar mercadería barata. Pasaba por muy ahorrativo y, a pesar de que gastaba quizá más de mil escudos por año en sus placeres, todos estaban convencidos de que los

asuntos materiales de la Casa jamás habían sido tan bien administrados. Tan cierto es que hombres, en todo lo demás esclarecidos, pueden ser fácilmente engañados por un malhechor.

Capítulo Séptimo

El hermano Nicolás se enamora perdidamente de una joven española

En sus numerosos viajes tuvo el hermano Nicolás la oportunidad de conocer a una joven de quince o dieciséis años, hija única de un rico comerciante establecido en Huesca. Llamábase ella doña Victoria Fortuny. Una gran modestia se añadía a su rara belleza y, como a todas estas virtudes sumaba el peso de una dote considerable, era solicitada por los jóvenes de las mejores familias de la ciudad.

¿Quién creería que el infame Rubianes, convertido en el hermano Nicolás, osaría convertirse en pretendiente a la honesta belleza de la dama oscense? Se atrevió a ello y, lamentablemente para la hermosa Victoria, con harta fortuna.

-221-

Es ahora preciso que nos detengamos y que entremos en los detalles de esta intriga para dar a conocer el perverso carácter de nuestro personaje.

Lo primero que hizo el hermano Nicolás fue alquilar un piso en la vecindad de doña Victoria. Luego, encargó al mejor sastre de la ciudad que le hiciera unos trajes hermosísimos y, como no era conocido en Huesca, ni los ojos de Victoria lo habían visto jamás (que de ello habíase cuidado mucho), trató de ser presentado al señor Fortuny. No tardó en hacerse uno de los mejores amigos de este comerciante, a quien, dado que él mismo era un hombre honesto y valoraba la honradez por encima de cualquiera otra virtud, engañó con su apariencia de probidad.

El hermano Nicolás hízose pasar en esta ocasión por un noble de Andalucía que había vendido su despacho de coronel y una buena parte de su patrimonio con el noble objeto de vivir en la paz y en la honesta comodidad de la vida retirada. Él mismo manifestaba que, de haber hallado en Huesca una persona que le conviniera, habríase establecido de buena gana en Aragón, donde se sentía mucho mejor que en su país nativo.

Como no podía ausentarse más de tres o cuatro días seguidos de la casa de la Compañía, revestíase cuando le era de necesidad hacerlo con los hábitos de San Ignacio y, durante la noche y sin que nadie lo sintiese, partía en secreto de la ciudad donde vivía la encantadora Victoria. Sus viajes y sus ausencias habíanse convertido en un misterio, pero nadie en Huesca sospechó jamás su verdadera naturaleza. Por espacio de unos seis meses continuaron la intriga y el misterio sobre los viajes de Nicolás y, al cabo, éstos produjeron tantas cartas y tantos papeles de toda clase que el buen señor Fortuny, que no profundizaba mucho las cosas, juzgó que Nicolás era un excelente partido para su hija.

Capítulo Octavo

El hermano Nicolás se casa a la vista de toda una ciudad

El infame seductor osó, a pesar de sus votos, ordenar las amonestaciones de rigor con el nombre de Conde de Emmadés y casarse a la vista de toda una ciudad en la que podía ser reconocido en cualquier momento. ¡A tanto se atreven los malvados!

Vivió con doña Victoria casi un año, es decir, hasta 1752, cuando sus superiores, habiendo sospechado algo equívoco en su conducta, juzgaron oportuno enviarlo a cuarenta leguas de Zaragoza, como portero de un noviciado.

Esta orden de desplazamiento cayó como un rayo sobre el hermano Nicolás, que así veía todos sus proyectos alterados. Porque, pese a que inventaba asuntos apremiantes de continuo para mejor simular sus frecuentes y largas ausencias del lado de Victoria Fortuny, veíala de todos modos dos o tres veces por mes y pasaba algunos días seguidos con ella. Además, se preocupaba de ofrecerle, a costa de los bienes de la Compañía, todo cuanto ella necesitaba. Se veía, pues, obligado a abandonarla para siempre, dejándola en cinta de un varón, que ella dio a luz cinco meses y medio después de su partida.

El hermano Nicolás temía que el misterio se revelara y que él no estuviera seguro en ninguna de las ciudades españolas. En este trance hubiera preferido abandonar para siempre su hábito y su patria y lanzarse a la aventura, pero, como sus manejos empezaron a trascender y él se encontraba sin dinero porque no pudo llevarse consigo -223- la rica dote de doña Victoria Fortuny, solicitó acompañar a los misioneros que partían para las Américas. Juzgábalo el mejor modo de salir con ventura de un trance tan apurado. Se lo permitieron sin mayores dificultades, porque ya se había atraído sobre sí la sospecha y porque siempre se ha considerado que trasladar a Indias a quienes estorban el normal desarrollo de la república en España es el mejor modo de librarse de ellos, y ésta es y ha sido práctica usual de las órdenes religiosas y aun de las instituciones del gobierno. Vense por desgracia en las Américas, gozando de cargos, honores y títulos de muchas campanillas, hombres que en las Españas serían tenidos en menos hasta por los mendigos y los pícaros de cocina y que no hallarían acomodo en oficio alguno que no fuera el de reos y galeotes. Haylos también dignos y entregados al bien, que en todas partes se cuecen habas y en mi tierra a calderadas, como dice el vulgo. En la espera de la salida de los reverendos padres, se le colocó a Nicolás por algunos meses en una Casa, en la que no se le dio ningún empleo.

Capítulo Noveno

La revuelta del hermano Nicolás y otros hermanos jesuitas

A comienzos de 1753 ocurrió que los padres de la Compañía pensaron que sería de todo punto conveniente distinguirse de los hermanos legos dentro inclusive de sus mismas casas. Parecióles sencillo practicar lo que ya era frecuente en Francia y en otros numerosos países entre los jesuitas, es decir, hacer un reglamento que obligara a los hermanos legos a llevar sombrero en forma permanente.

-224-

Eran los legos numerosos en la casa en la que se encontraba entonces el hermano Nicolás. Cuando éstos se enteraron de lo que los padres pretendían, hicieron de inmediato una tumultuosa asamblea en la que deliberaron para decidir qué era lo conveniente en unas circunstancias tan delicadas. Las opiniones sobre el partido que debía tomarse estaban divididas. El hermano Nicolás tomó entonces la palabra y declaró que, si alguien quería forzarlos a llevar el fatal sombrero, entonces sería preciso demostrar a los superiores que los hermanos, pese a ser tales, no tenían menos autoridad dentro la Compañía que los sacerdotes y que, si se persistía en una exigencia tan arbitraria y tan poco puesta en razón, entonces sería necesario abandonar la Compañía e incendiar el convento. Pese a su gran irritación, los hermanos rechazaron esta propuesta por demasiado violenta y buscaron convencer a los padres de que las cosas debían quedar en su lugar. He aquí el expediente que imaginaron para convencerlos.

En primer lugar, cerraron todas las puertas de la casa. Después, interrumpieron el servicio usual. Los legos se negaban a hacer pan y no cocinaban, de manera que los sacerdotes, viéndose reducidos a la condición de hambrientos, habrían corrido gran riesgo de pagar caro el privilegio exclusivo de llevar bonete sobre la cabeza, si el padre rector, un hombre prudente, viendo que los espíritus se caldeaban, no hubiese prometido no cambiar un ápice las normas hasta que el reverendísimo padre general se pronunciara sobre una materia tan grave e importante.

-225-

Capítulo Décimo

El hermano Nicolás se embarca para América

Mientras todo esto sucedía, el señor Fortuny, padre de doña Victoria, que no había visto a su yerno desde hacía casi un año, se informaba por todas partes y escribía a todos sus amigos en todas las ciudades de España en

procura de noticias.

Doña Victoria hallábase, por su parte, mortalmente angustiada y no podía disimular las inquietudes que le embargaban. No sabía a qué atribuir la ausencia de aquel a quien ella creía su esposo. Porque hay que observar que este desalmado, aunque sumido en vicios groseros y en fallas sin nombre, supo fingir tan bien ante Victoria que ella creía encontrar en él sólo un esposo atento, fiel y complaciente.

El hermano Nicolás oyó contar su propia historia en Cádiz, ciudad y puerto al que los misioneros se habían trasladado para embarcarse hacia la América del Sur, destino final de todos ellos. Nada quiso saber sobre el hijo que había tenido con doña Victoria Fortuny, que, en lo que se refiere al amor, estaba el protagonista de nuestra historia tan sólo interesado en satisfacer sus apetitos más groseros y sólo miraba y procuraba por sí y para sí mismo. Pese a que él sabía que no sería fácil a la justicia descubrir que todas aquellas cosas le tocaban tan de cerca, no dejó de sentir graves angustias y temores y andaba, mientras estuvieron en Cádiz, mohíno y alicaído, sin comer ni beber y hasta sin decir palabra. Puede decirse que sólo se sintió a sus anchas cuando, ya seguro y en alta mar, vio que la nave en la que viajaba se iba alejando de la costa española hasta -226- que esta última se perdió de vista para siempre. La travesía fue agradable, y los misioneros llegaron a su destino luego de una navegación de tres meses y medio.

Capítulo Undécimo

El hermano Nicolás llega a Buenos Aires

Desembarcaron al fin en Buenos Aires, la más grande ciudad del Río de la Plata y asiento del gobierno de esta provincia. Hubo a la sazón en aquella ciudad ciertos movimientos que se calmaron con no pocas dificultades. Estas manifestaciones de descontento entre sus habitantes habían sido originadas por un tratado firmado entre Madrid y Lisboa. Según las cláusulas del tratado, el Rey Fidelísimo cedía al Rey Católico la isla de San Gabriel y la Corte de España entregaba a cambio algunas provincias cercanas al Brasil.

La ocasión la pintan calva, como suele decirse, y estas circunstancias debieron de parecer al hermano Nicolás las más propicias y oportunas para llevar a cabo los horribles proyectos en los que venía meditando desde mucho tiempo atrás. Mas, como temiera -y no poco- el poder de los padres jesuitas y considerara que igual que en Madrid podía ser tomado preso en la ciudad de Buenos Aires, ya que el gobierno de esta última hállase en unas manos tan prudentes como firmes, volvió a disfrazarse y, con toda la presteza de que fue capaz, pasó a la nueva colonia, llamada, por otro nombre, la isla de San Gabriel. Apenas llegado, embebido en sus maquinaciones de poder y de venganza, se preocupó únicamente por aprender

el idioma de los indios de la región.

-227-

Trátase de una jerigonza bárbara que, no estando sujeta a ningún principio, resulta, en consecuencia, muy difícil de captar para un hombre civilizado. A pesar de ello, al cabo de unos pocos meses, Nicolás sabía ya lo bastante de él como para hacerse entender por aquellos a quienes quería ganarse como sus partidarios. Se industrió sobre todo en conquistarlos distribuyendo a los principales de entre los indios botellas y damajuanas de aguardiente, del que habíase hecho una gran provisión en Cádiz a nombre de los misioneros y que había introducido en secreto a la isla de San Gabriel.

Capítulo Duodécimo Revuelta de los indios

Nicolás empezó a insinuarse astutamente en el ánimo de los indios, procurando ganárselos para sus fines. Como los naturales del país eran en esta colonia mucho más numerosos que los portugueses, trató de despertar en sus corazones los sentimientos de odio que los europeos, por su inhumanidad, han hecho nacer en ellos. Hízoles creer Nicolás que estaban todos los indios a punto de caer de la sartén a las ascuas, o, como también suele decirse, de salir de Guatemala para llegar a Guatepeor. Debíase, según les contaba en sus interminables peroratas, a que se les culparía del canje territorial. Añadía que, una vez bajo el dominio español, sólo debían esperar la esclavitud y la muerte, porque, persuadidos los españoles de que los indios habían ayudado a los portugueses, se propondrían realizar en ellos la venganza más atroz con el propósito de mantenerlos, de ahora en adelante, en la más dura sujeción que imaginarse pudieren.

-228-

Esta telaraña de imposturas, presentada con visos de realidad a gentes crédulas por naturaleza, encendió en los corazones de los indios el más extraño y exaltado furor. Nadie puede imaginarse los horrores que éstos cometieron entonces en la desgraciada isla. Casi todos los portugueses fueron asesinados. Nicolás creyó necesario hacer caer sobre los lusitanos los primeros golpes de los indios para volverlos irreconciliables con el resto de la nación. Se sabe suficientemente, sin que haya necesidad de que yo lo señale aquí, que ningún otro sentimiento es comparable a la antipatía que los indios sienten naturalmente hacia los españoles y los portugueses. Hay que confesar, no obstante, que ella tiene su razón. ¿Quién ignora, en efecto, que, en los desgraciados días de la conquista del nuevo mundo, los europeos establecieron su dominio inmolando a su furor millones de infelices, cuyo único crimen fue haber combatido por la religión de sus padres y por el amor a su patria? ¿Quién ignora, en fin,

que tales crímenes trataron de ser justificados, so capa de humanidad y con argumentos falaces, por los mismos hombres que los cometieron? Ciertamente es que hubo esclarecidas inteligencias y generosos corazones que a ellos se opusieron y que trabajaron, desde el principio, a favor de la causa de los vencidos. Mas fueron pocos en medio de una multitud. Aquellos infelices a quienes se les perdonó la vida fueron reducidos a esclavitud y confinados en las minas, donde la avaricia insaciable de sus nuevos amos los condenó a los más terribles trabajos y maltratos. Ésa es la razón de que, en el corazón de los indios que lograron huir de los grillos de los vencedores, naciera ese odio implacable contra los europeos. Horrorizados por el espantoso espectáculo de los crímenes que en ellos se cometieron, desconocidos en el seno de la barbarie, no podían ya ser los indios conmovidos por las proposiciones que, de vez en cuando, se les hacía para enseñarles las santas verdades de la religión. Ni siquiera el ejemplo de las florecientes -229- reducciones que los padres jesuitas establecieron en medio de las selvas y en los lugares más salvajes pudo impresionarlos. Creían poco o nada a sus congéneres, cuando éstos les pintan con los más bellos y poéticos colores la felicidad de que disfrutaban en estos nuevos establecimientos. Suspicious hasta el exceso, desconfían de cuanto proviene de los extranjeros. Siempre sospechan que su libertad está amenazada y que los europeos están estudiando la manera de armarles trampas para reducirlos a la servidumbre.

No cabe duda de que la desgracia de estos pobres indios cesaría pronto si se ejecutaran las sabias ordenanzas dictadas por los reyes de España y Portugal, mas el inconveniente, casi inevitable en un país tan alejado de la Corte y de los ojos de los ministros, es que existe un gran número de autoridades subalternas que, para enriquecerse, no temen cometer las más violentas injusticias.

Tampoco se trata de que las intenciones de los autoridades sean impuras, sino que, estando, como están, compelidos a confiar para muchos detalles menores en gentes totalmente desprovistas de buenas costumbres, probidad y humanidad, no pueden reprimir todos los desórdenes, de manera que esos tiranos, con el pretexto de hacer observar la ley, mandan trabajar a los indios sin descanso ni medida. Es imposible describir los excesos que llegan a cometer contra estos desgraciados esclavos. Los encomenderos sueñan tan sólo con enriquecerse y, siendo poco delicados en cuanto a los medios para lograrlo, estiman a un hombre sólo en la medida en que contribuye con su trabajo a acrecentar sus fortunas. En consecuencia, no se cuidan de conservar a los indios, porque, si éstos mueren, la pérdida es del rey y no suya. Por eso, la mayoría de los indios, abandonándose a la desesperación, busca todos los medios imaginables para -230- escaparse de los subterráneos en los que se los trata tan cruelmente. Si logran su propósito, se vuelven enemigos irreconciliables de españoles y portugueses.

Estos indios frecuentemente se reúnen en grupos y se arman de todo aquello que el furor les pone al alcance de la mano, llevando la desolación, la violencia y la muerte hasta los propios establecimientos de sus antiguos amos.

Nicolás, viendo que sus crueles proyectos le iban saliendo mejor de lo que él mismo habría osado esperar, se adueñó del fuerte del Santo Sacramento y

se fortificó en él con todo el cuidado imaginable. Confió el mando a un indio que le pareció el más apto debido a los delitos que había cometido en su presencia. Los individuos más salvajes y crueles eran sus más preciados confidentes. Eran los que él llamaba en idioma indio «los hijos del sol y de la libertad».

Capítulo Décimo Tercero

Los misioneros son expulsados de la isla de San Gabriel

Testigos de la espantosa masacre que hicieron los indios, los misioneros habíanse retirado a la iglesia principal de la isla y desvelábanse en calmar con los más poderosos argumentos de la religión el terror y el espanto de quienes habían buscado la salvación al pie de los altares. Esperando la muerte, aún tenían fuerzas para exhortar a sus miserables compañeros de desgracias.

-231-

Conduciendo una horda de bárbaros, llegó Nicolás hasta este templo augusto con el furor pintado en su rostro y la blasfemia en la boca y, estando por entrar y a punto de mancharse sin duda con los más horribles sacrilegios, el padre Manjarrés, no escuchando otra cosa que el impulso de su celo y su caridad, salió a la puerta de la iglesia con el crucifijo en la mano y habló en estos términos a los bárbaros y a su impío capitán: «Reconoced a vuestro Dios, a vuestros sacerdotes y temed sus venganzas».

Tan pocas palabras, pronunciadas con aquella patética energía que sólo la religión puede inspirar, detuvieron de golpe a los bárbaros y pareció que los helaban de espanto. Era como si el padre Manjarrés se hubiese convertido en un nuevo papa León deteniendo a Atila a las puertas de Roma, pero este nuevo Atila demostró ser mucho más peligroso y maligno que aquel rey bárbaro que arrasara Europa.

Nicolás, que conocía las alturas que puede alcanzar el poder de la palabra, se dio cuenta de lo que podía ocurrir y, contestando altaneramente al celoso misionero que nadie osara salir de la iglesia sin una orden suya, retiróse a un lugar vecino donde, habiendo puesto a sus soldados en orden de batalla, mandó decir a los jesuitas que comparecieran ante él para dar cuenta de su conducta.

Los padres fueron en procesión a la plaza. Pensaron que con este acto religioso impresionarían a la mayor parte de los indios, que eran casi todos cristianos, y que salvarían la vida de quienes se presentasen bajo la salvaguardia de la religión.

Como habían previsto sucedió. Todos los que los seguían fueron salvados. Nicolás sólo amenazó a los misioneros con aplicarles los suplicios más horrendos si se mezclaban directa o indirectamente en los acontecimientos.

-232- Habiendo juzgado que los sacerdotes eran muy numerosos, mandó la mayor parte a Buenos Aires. Estaba seguro de que la revolución que había

sido causada por él era conocida, de manera que, a su parecer, no arriesgaba nada mandándolos allá. En cuanto a los sacerdotes que la astucia le hizo retener, encargó a unos indios de confianza que espieran la conducta de éstos y que le informaran exactamente de lo que estos religiosos hicieran o dijeran. Fue servido más que bien, porque en diecinueve días, con diversos pretextos, hizo morir veinticinco sacerdotes.

Capítulo Décimo Cuarto Nicolás se hace proclamar rey del Paraguay

Nicolás, orgulloso de un éxito tan deslumbrante, osó arrogarse el nombre de rey del Paraguay. Los indios, que se creían liberados para siempre de la dominación de los europeos, le dieron el título con gran griterío y vivas demostraciones de alegría. En la misma ocasión se acuñaron varias medallas que han sido vistas con indignación en Europa. La primera de esas medallas representa, de un lado, a Júpiter fulminando a los gigantes, y en el reverso se ve el busto de Nicolás con estas palabras:
«Nicolás I Rey del Paraguay».
La segunda medalla representa un combate sangriento con los atributos que caracterizan el furor y la venganza. En la orla se leen estas palabras:
«La venganza pertenece a Dios y a sus enviados».

-233-

Capítulo Décimo Quinto Conquistas de Nicolás I

Animado por esta primera victoria y, más aún, por la atracción del botín, Nicolás soñaba con nuevas conquistas. Habría deseado mucho apoderarse de Buenos Aires, pero, juzgándose demasiado débil para tal empresa, volvió sus armas contra las reducciones. Así se llaman los establecimientos que los padres jesuitas han formado en medio de aquellos países bárbaros. Los padres, para realizar la magna obra que habían meditado, pusieron sus ojos primeramente en la provincia del Uruguay. Su proyecto era conquistar para Jesucristo los vastos territorios en los que el verdadero Dios no tenía adoradores. Nada más grandioso ni más heroico que este proyecto, digno del celo más apostólico, de ese celo, en una palabra, que sólo la religión puede inspirar y sostener en medio de los más grandes peligros.

La provincia del Uruguay, situada al oriente del Paraguay, está circundada de una cadena de montañas al pie de las cuales se ve una campiña fértil y riente que un río, que da nombre al país, baña en una extensión de unas doscientas cincuenta leguas. Los misioneros han establecido las primeras reducciones en las orillas encantadoras de este río. Hay hoy en día más de treinta de estas reducciones, estando cada una de ellas compuesta de más de setecientos u ochocientos habitantes. Sólo a costa de penalidades increíbles lograron los misioneros civilizar a esos miserables indios y enseñarles el cultivo de la tierra. Alcanzaron éxito, por fin, con tiempo, celo y paciencia; y hay reducciones que son mejores que muchas ciudades europeas por el admirable orden que se observa, por la laboriosidad de sus habitantes, por la abundancia de las cosas necesarias para la vida y hasta por sus riquezas. Es cierto que no existen allí -234- personas que tengan cosas superfluas, mientras que no faltan a sus semejantes las cosas más necesarias para la vida. Las riquezas son reunidas para todos los indios en el mismo lugar: se trata de una clase de tesoro público del que se sacan socorros para quienes se hallan en la necesidad.

Nicolás dirigió su marcha hacia esa región. Cuando salió de la isla de San Gabriel, tenía a sus órdenes unos cinco mil hombres, toda gente decidida y lista a cometer los más horrendos crímenes. Mas apenas había hecho unas cincuenta leguas de camino cuando una muchedumbre increíble de maleantes de todas las naciones y procedencias, europeos e indios, vino a ofrecer sus servicios a tan digno jefe. Nicolás los recibió con una distinción proporcionada a su audacia e intrepidez. Sin embargo, como se veía a la cabeza de casi dieciocho mil hombres, pensó que tenía que dividir este ejército en dos cuerpos y costear en dos columnas el río Uruguay.

Un hombre llamado Mario, a quien había conocido en España, parecióle capaz de comandar cinco mil hombres que separó del grueso del ejército. Éste había servido algún tiempo en su país como sargento y había salido de España a causa de que, habiendo desertado reiteradas veces, hallábase convicto de muerte según la ley militar.

Debemos convenir en que fue una gran suerte para Nicolás el haber encontrado a semejante individuo en medio de los desiertos del Paraguay, porque, como él ignoraba por completo el difícil arte de la guerra, sus indios, que no conocían las evoluciones militares, marchaban y combatían en total desorden. Ésta es la razón por la que Nicolás se detuvo cerca de Santo -235- Domingo, una reducción muy considerable, que él arruinó enteramente a fin de que Mario pudiese disciplinar a sus bárbaros y distribuirlos en compañías, enseñarles a ponerse en orden de batalla, a avanzar, a distinguir a sus oficiales y a estar atentos a las varias órdenes que se les daba y a ejecutarlas fielmente.

Entre tanto, Nicolás, que no había sido hasta entonces más que un rey confundido en la muchedumbre, resolvió adornarse de acuerdo a su nueva dignidad. Se cubrió los hombros con un manto escarlata cuyos botones eran de cobre dorado. Tenía un ancho cinturón de seda verde ornado con numerosos pedacitos de vidrio, lo que es un gran ornamento en ese país. De su costado pende un ancho machete que no ha sido manchado sino con la sangre de su propia gente; porque, cuando se le ofende, él sabe hacerse justicia de la manera más terrible. Se cuentan ciento sesenta indios muertos por su propia mano por no haber ejecutado correctamente sus

órdenes por falta de inteligencia. Escogió también los guardias que lo escoltan con un fasto ridículo en medio de los desiertos del Nuevo Mundo. Por añadidura, se hace cargar por dos esclavos y hay gente que se disputaba el honor de ser elegida para un empleo tan noble. Un europeo precede este cortejo pomposo con la espada en alto y amenazando de muerte a quienquiera que no obedezca al rey, su señor.

Se dice, no obstante, que en los días de batalla él se contenta con comandar, combatiendo por intermedio de sus generales. Sea razón política, sea cobardía, él ya no expone su preciosa cabeza a los peligros que son inseparables de las expediciones militares. Es un monarca oriental que hace la guerra desde el fondo de su serrallo.

-236-

Capítulo Décimo Sexto

Combate entre Nicolás I y cuatro reducciones reunidas por el peligro

La marcha de este fabuloso rey provocó consternación en las reducciones. Los misioneros sabían lo que debían temer de una tropa de furiosos que anhelaban sólo sangre y matanzas. Estando la tempestad a punto de abatirse sobre ellos, los padres se reunieron y deliberaron sobre lo que tenían que hacer para conjurarla. Resolvieron presentarse ante Nicolás para tratar de obtener que no atacara a unos pobres indios que nunca lo habían ofendido y que no se opondrían por nada a su paso.

Fueron comisionados a este efecto ocho misioneros que se hicieron acompañar por cien robustos indios cargados de refrescos y con todo lo que había de gran valor en las reducciones. Cuando llegaron a la vista del campamento de Nicolás, dos de los misioneros avanzaron confiadamente y solicitaron hablar con el jefe. Fueron conducidos a la tienda del capitán de las guardias. Era éste un inglés que había cruzado los mares para poner distancia entre él y el cadalso. Después de haber hecho esperar por largo tiempo a los delegados, apareció por fin y recibió a los padres con insultante desdén. «Estaríais listos», les dijo en español, «si osaseis resistir al más grande rey del mundo. Si él me hace caso, os exterminará a todos». Uno de los padres quiso contestarle diciendo que ellos jamás habían pretendido oponerse a Nicolás y que venían para suplicarle que no los tratara como a esclavos, pero el capitán lo interrumpió bruscamente y ordenó que lo siguieran.

-237-

Había una triple trinchera alrededor de la tienda de Nicolás: anchos fosos de una profundidad asombrosa. Trescientos indios estaban apostados en el fondo de cada uno de esos fosos. En el centro de esta circunvalación había una tienda o edificio móvil. No se podía llegar a él sino por tres pasajes opuestos entre sí. Este bribón pensaba que debía tomar tales precauciones para dar seguridad a su persona e inspirar respeto a quienes lo hicieron rey. Los misioneros, finalmente, fueron introducidos en el aposento en el

que Nicolás concedía sus audiencias. Los recibió con aquel ridículo aparato de grandeza del que, siendo un vil jefe de ladrones, había creído oportuno apropiarse, imitando mal el ceremonial de la corte de España, donde nunca había conocido a nadie fuera de algunos sirvientes.

Quisieron conformarse a las costumbres del lugar en que se hallaban y, queriendo ganarse la voluntad de un bárbaro que al orgullo español añadía la ferocidad de un salvaje, se acercaron a él respetuosamente, diciendo: «Ilustre jefe de un pueblo libre: unos indios que son nuestros hermanos y que temen vuestra ira nos han enviado para deciros que el Dios que adoramos protege a quienes no cometen injusticias. ¿Quisiérais reducir a esclavitud a unos infelices que no poseen más riquezas que las que arrancaron a la tierra avara? Nosotros os traemos frutas que nuestras manos laboriosas han recogido en lugares donde antes no había sino cardos y serpientes. Ojalá os agradaran estos obsequios campestres y alejarais de nuestras cabezas las flechas de vuestros terribles guerreros. Las otras sotas negras nos aseguran que vos sois nuestro hermano en Jesucristo y que no queréis nuestra ruina».

Nicolás respondió en pocas palabras: «Que las reducciones no se opan a mi paso: vosotros seréis responsables de ello. Dios dará este país a los que saben combatir y vencer».

-238-

Nicolás afectaba este tono oriental siguiendo algunos malos libros que había leído mientras era portero en el colegio jesuita. Él creía que eso favorecía la dignidad del personaje que representaba. Sus contestaciones eran siempre misteriosas. Sin embargo, había cierta política en esta conducta y más arte de lo que uno podría suponer en un hombre semejante. Los misioneros volvieron a los suyos muy contentos porque les pareció que sus regalos habían sido bien recibidos. Los grandes de la corte de Nicolás parecían encantados con los centenares de cuchillos, tijeras y otras cosas que los jesuitas distribuyeron antes de retirarse. Pero los padres esperaban, más que nada, en la protección de una suerte de primer ministro de Nicolás. Lo habían interesado regalándole un prendedor de plata, un par de hebillas del mismo metal y un magnífico cuchillo cuyo mango estaba trabajado con gusto.

Este visir de reciente hechura jamás había visto nada tan hermoso en el palacio ambulante de su señor. Prometió la paz a los jesuitas y se dice que habló mucho a su favor a Nicolás mostrándole los regalos que le habían hecho. Pero Nicolás, que sabía que este indio tenía mucho ascendiente sobre el ánimo de los salvajes y que temía que su ardor se enfriara, le dijo estas palabras: «Cacique, te engañan. Las sotas negras tienen piezas repletas de semejantes curiosidades. Vamos a donde viven y allí elegiremos».

Non hos servatum munus in usus.

Apenas los jesuitas habían consolado a sus queridos indios, cuando la alegría que difundieron entre ellos convirtióse al punto en tristeza y luto. Llegaron de todas partes a las reducciones los neófitos que, temiendo sorpresas, estaban corriendo constantemente la -239- campaña. Ellos informaron que un ejército formidable avanzaba hacia las reducciones y que las crueldades ejecutadas por esos malvados eran increíbles. Dijeron que más de uno había sido devorado por esos antropófagos. En una palabra,

contaron cosas harto capaces de atemorizar a un pueblo pusilánime, siempre susceptible de impresiones causadas por cuentos extraordinarios.

Los corregidores y los jesuitas tuvieron consejo de guerra y se resolvió reunir a todos los indios capaces de combatir, distribuirles armas y avanzar ordenadamente en el campo para cubrir las reducciones.

Pero, apenas se había hecho una legua, cuando se vio el ejército de Nicolás que marchaba al trote y en orden de batalla.

Los corregidores dispusieron sus tropas de la manera más ventajosa posible y mandaron un heraldo a Nicolás para preguntarle si traía paz o guerra.

Mas, apenas el enviado llegó al alcance de la vanguardia enemiga, cuando un portugués lo mató de un tiro de fusil.

Como este acto salvaje fue cometido a la vista de los corregidores y de los jesuitas, ya no hubo duda de que debía lucharse con este enemigo tan feroz y sanguinario. Y así, apenas los dos ejércitos se encontraron y estuvieron al alcance de los mosquetes, un grupo de aventureros al mando del capitán de la guardia (del cual ya hemos hablado) se lanzó con furia contra las tropas de las 7 reducciones. El choque fue rudo y pocos bárbaros escaparon a la espada de los neófitos. Es verdad, por otra parte, que los vencedores pagaron cara esta ventaja, porque perdieron casi seiscientos hombres de sus mejores tropas. Pero lo que para ellos fue más funesta que una derrota completa fue la muerte del cacique don Luis Marecal. Este hombre valiente, que se había expuesto demasiado al dar órdenes -240- durante los primeros fuegos, recibió un flechazo en la sien derecha y murió en el acto. Los soldados indios, pese a ser valerosos por naturaleza, viéndose sin general, se acobardaron completamente. Fue en ese momento crítico cuando el grueso del ejército de Nicolás cargó sobre las tropas de las reducciones. Éstas no ofrecieron casi resistencia y se desbandaron con gran griterío y lamentos, recomendándose a los rezos de los misioneros. Pero lo que pasó después en las reducciones es digno de lágrimas eternas. ¡Sepultemos en el olvido más profundo las profanaciones, los sacrilegios y los horrores de los que estos tristes lugares fueron testigos! Sólo queriendo avergonzar a la humanidad podríamos describirlos. Estos hechos fueron de tal manera abominables que los hurones o los caníbales de sangre fría se habrían estremecido de horror, si los hubiesen conocido. Luego de haber masacrado inhumanamente a todos los misioneros y a los habitantes de las cuatro reducciones que se habían reunido para repeler la desgracia común, Nicolás se lanzó como un torrente impetuoso sobre todas las poblaciones entre el Paraná y el Uruguay. Por todos lados realizó las mismas devastaciones y, desgraciadamente para esos pueblos desafortunados, Mario estaba secundando demasiado bien al infame maleante, a cuya suerte se había unido.

El ruido de las victorias de Nicolás llegó hasta los mamelucos, y estos pueblos despacharon una famosa embajada, invitándole a ir a San Pablo para establecer allí la capital de su imperio.

No será un despropósito ofrecer una descripción sumaria de esta ciudad y de las costumbres de sus habitantes.

La ciudad de San Pablo, que se llama también Paratininga, está situada más allá de Río de Janeiro y hacia el cabo San Vicente, en -241- la extremidad del Brasil. Fueron los portugueses quienes fundaron esta ciudad, pero, apenas establecidos, les pasó lo que ya les había pasado a

los antiguos romanos: no tenían mujeres. Se vieron, pues, obligados a tomarlas de entre los indios. De estos matrimonios curiosamente arreglados nacieron chicos con todos los defectos de sus madres y quizá también con los de sus padres, sin tener ninguna de sus virtudes. La segunda generación tenía tan mala fama que las ciudades vecinas se habrían creído deshonradas si hubiesen continuado teniendo contactos con gente tan corrompida.

Hace ya mucho tiempo que éstos se liberaron del yugo de Portugal y no obedecen más a los enviados por el Rey Fidelísimo. Se ha, pues, formado en esa ciudad una especie de república que tiene sus leyes y gobierno particulares.

Es oportuno señalar también que esta ciudad se formó, como la antigua Roma, con los deshechos de todas las naciones. Es el asilo de todos los que se han escapado de los suplicios a que sus crímenes los hacen merecedores o de los que buscan llevar impunemente una vida licenciosa. Los negros fugitivos, los ladrones y los asesinos están siempre seguros de ser aquí bien recibidos.

La situación ventajosa de San Pablo y las fortificaciones que sus habitantes erigieron han hecho perder a los reyes de Portugal la esperanza de doblegar a esta ciudad y hasta hoy, si los mamelucos pagan al Rey Fidelísimo la quinta parte del oro que sacan de sus minas, se cuidan mucho de hacer saber que son independientes y que lo que dan es sólo un regalo que hacen al rey de Portugal para testimoniar el respeto que tienen por su sagrada persona.

-242-

Capítulo Décimo Séptimo

Nicolás I reconocido rey del Paraguay y emperador de los mamelucos

No hay que sorprenderse de que los mamelucos, asombrados por las brillantes conquistas de Nicolás, le ofrecieran la ciudad de San Pablo y la corona imperial. Estos pueblos, viviendo ellos mismos del pillaje, estuvieron asaz contentos de tomarse un jefe de gran crédito. Los enviados de San Pablo lo encontraron en Ciudad Real y le hicieron las ofertas más brillantes y más halagadoras. Nicolás se apresuró a ir a esa ciudad. Encargó a uno de sus oficiales la construcción de carruajes en las orillas del Paraná y le ordenó que los cargara con el inmenso botín que habían embarcado en balsas o embarcaciones de transporte que se usan en ese país. En cuanto a él, salió a la cabeza de seis mil hombres elegidos e hizo su entrada en San Pablo el 16 de junio de 1754 con toda la pompa de un gran rey triunfante después de haber terminado una guerra justa y legítima. Se dice que el 27 de julio siguiente fue coronado emperador de los mamelucos en la principal iglesia de San Pablo (porque hay muchos religiosos en esa ciudad, pese a haber tan poca religión) y que todos los habitantes le prestaron juramento de fidelidad. Se sabe también que hace preparar un

código de leyes, apropiadas sin duda a las costumbres y el carácter del soberano y de sus súbditos. Por lo demás, como no se conocen más detalles sobre Nicolás I y como se están esperando incesantemente nuevas informaciones, se publicará la continuación de esta historia cuando éstas sean recibidas.

Soltaron al general golpista. ¿Por qué no iban a hacerlo? ¿A quién podía interesarle tenerlo encerrado? A la justicia y al pueblo, dirán algunos, pero ni el pueblo, ni la justicia, cuentan demasiado -243- en estos tiempos de neoliberalismo y democracia de capilla y catecismo del padre Astete (eso sí, ortodoxo y neoliberal). Los intereses de los poderosos son más fuertes y son otros intereses. Son intereses globales, sinérgicos, de gran calidad premium y potenciados por una reingeniería fundada en los principios estratégicos del maestro Su. Son inhumanos, incomprensibles, con el status de una gran marca en un mercado de libre competencia. No es sólo en el Paraguay. Y no es sólo el caso del lamentable golpista llamado Oviedo. Podía haber tenido otro nombre. Al fin y al cabo, también él es un instrumento. Es también el caso de los generales argentinos, el de los chilenos y un interminable etcétera. Es el del capitán nazi Prietcke en Italia, el asesino de más de trescientos inocentes en las Fosas Ardeatinas. La derecha en España suelta en estos días a un general al que se le acusa de estar comprometido en las torturas y el asesinato de dos etarras. ¿Terroristas? Sí. Lo creo. Lo habrán sido y, seguramente, de los peores, de los que tiran la bomba y esconden la mano, como el aldeano de Arrigorriaga. ¿O no era el aldeano quien escondía la mano? ¡Qué importa! Lasa y Zabala. Así se llaman los terroristas asesinados. No quiero poner ahora en duda que hayan sido unos verdaderos asesinos (asesinos asesinados), pero todavía creo que, aun después de juzgados y condenados, los terroristas siguen siendo hombres. ¡Hombres! ¿O no? ¿Son sólo ellos los terroristas? ¿Acaso no son terroristas los que aterrorizan a alguien haciendo uso de la fuerza y la violencia sobre otros? ¿No es esto lo que han hecho estos generales, el capitán nazi al que acaba de liberar la justicia italiana o los más sofisticados estrategas de la política y la muerte a nivel mundial? ¿No son terroristas los gobernantes que firman leyes que atentan directamente contra la salud y la vida de los pueblos, aunque lo hagan en nombre de la democracia y de los derechos humanos y aun cuando tengan razón? ¿Qué razón, al fin y al cabo, puede justificar la -244- muerte? Hace muchos siglos (tal vez milenios) que no existen inocentes sobre la Tierra. Todos somos culpables, pero los poderosos lo son doblemente, porque no tienen motivo para el crimen, y justifican éste en nombre del orden y del poder, un orden y un poder que sólo ellos entienden y legitiman. Vivimos en un tiempo en el que el poder se justifica solo y que tiene, pese a ello, demasiados predicadores, un tiempo en el que ya el poder no requiere de ideólogos ni de moral, pero sí de publicistas, de manipuladores de conciencias y de especialistas en marketing. Quienes no queremos el poder y sí creemos en el hombre, en la

justicia, en el derecho a la vida y a la felicidad somos tratados de idiotas por quienes están incondicionalmente al servicio de la razón del dinero y de los poderosos. Nos dicen a diario que envidiamos el éxito y aciertan seguramente, porque, si no, ¿por qué habrían de repetirlo una y mil veces? Somos tontos, porque envidiamos el éxito, como si el éxito (pero ¿de qué éxito estamos hablando?) fuera, en los tiempos que corren, algo moralmente envidiable y no algo que congela el corazón del hombre. Con razón estos hombres tan inteligentes nos llaman idiotas. Somos idiotas, perfectos idiotas, y no tenemos éxito. Los débiles no tienen éxito. No lo tendrán jamás. Son idiotas. No lo necesitan. El hombre, el verdadero hombre, el perfecto idiota de cualquier parte, no necesita el éxito. Necesita el amor. Sólo tienen éxito los lobos, los lobos del hombre, los que aúllan por los pasillos de los bancos, los poderosos que carecen de escrúpulos y de sentido de humanidad, los que están más acá o más allá de todo lo humano, los que navegan ufanos por el ciberespacio⁹ de Internet sin detenerse a mirar un poco hacia abajo, inclinarse sobre las alcantarillas, asomarse sobre los techos de las cabañas más pobres y miserables de quienes ni siquiera saben qué demonios puedan ser las autopistas y supercarreteras del ciberespacio¹⁰. ¿Cómo puede condenar a estos magníficos argonautas del futuro sideral -245- un mundo que los envidia? No. ¿Cómo puede ese mundo condenar a los que matan, a los indiferentes o a los que no pueden ver más allá de sus mágicos lentes de realidad virtual? ¿Cómo puede este mundo condenar a los poderosos? Hay que soltarlos. Hay que soltar a todos ellos, dejarlos libres para que se paseen amenazantes por las plazas mostrando sus colmillos. Ningún poderoso paga realmente sus culpas. Ningún poderoso tiene culpa alguna. Los culpables son los otros: los que no llegan a ninguna parte, los que temen pisar las manos de quienes están a sus pies porque se compadecen de la suerte del caído. No los poderosos, los que pisan y maldicen. El poder es siempre inocente. Los poderosos han transferido sus culpas a los débiles y a los humildes, a quienes envidian su éxito y su poder. No hay cárceles para los lobos, porque no hay cárceles para los inocentes. Aún no se han inventado. Hacen. Dicen. Dicen que hacen. Hacen lo que no dicen que hacen y dicen que hacen lo que no hacen. Confunden. Nadie les cree, pero todos les temen y casi todos los imitan. El mundo está al borde del abismo, y el hombre contempla, más cerca que nunca, su propio infierno.

Tanto Obrayan como yo estábamos desconcertados ante este extraño texto. Variaban nuestras opiniones día a día. Amanecíamos con una y nos acostábamos con otra para retomar, al día siguiente, alguna de las que habíamos desechado tres días antes. ¿Quién podría haber escrito aquello? ¿Cuál habría sido su intención? ¿Por qué razón lo habría hecho? ¿Dónde lo habría escrito? ¿Lo habría escrito aquí en Asunción o vendría de lejos? ¿De dónde? ¿De Europa? ¿De qué país? ¿En qué se basaba aquella extraña sarta de medias verdades y de mentiras de bulto? A veces pensábamos que quien lo habría escrito sería un francés o un español, pero Jaime se empeñaba una y otra vez que más le parecía el estilo de un inglés y que la que teníamos en las manos debía ser la traducción de algún pasquín -246- escrito al gusto de la chusma londinense. Cuando volvió fray Alejandro, en el primer paseo nos preguntó qué opinábamos de lo que acabábamos de leer. Era una mañana fresca y agradable. Del río se levantaba una neblina

que subía hacia las casas e inundaba los jardines, cargando las plantas de humedad. Paseábamos más aprisa que de costumbre, como si sintiéramos frío, y yo me descubrí en un momento arrebujándome con la capa y golpeando con fuerza el suelo endurecido.

-En primer lugar -le dije al fraile-, ¿de dónde sacó vuesa paternidad el escrito?

-Ése, por ahora es un secreto. Después hablaremos de él.

-Ha sido traducido del inglés -afirmó Jaime Obryan.

-¿Y en qué se basa vuesa merced para decirlo?

-En algunos rasgos de estilo que sería largo analizar y en el hecho de que haya al menos un personaje destacado de esa nacionalidad.

-Un personaje atrabiliario y de escaso brillo. No le hace favor alguno a la nación inglesa el que aparezca -recalcó el dominico.

-No tan escaso, si bien lo vemos. Quien aparece como inglés es nada menos que jefe de la guardia personal de su majestad Nicolás I.

-La majestad de un pícaro no es majestad. Por cierto -dijo en ese momento el fraile dirigiéndose a mí-, ¿cómo es que vuesa merced ha permitido que otro viera y leyera un texto sobre el que yo le había recomendado la máxima discreción?

-¿Y cómo es que vuesa paternidad estaba tan seguro de que algo así sucedería? -le retruqué-. ¿No ha sido vuesa paternidad el que nos ha preguntado a ambos, hace apenas unos minutos, qué nos había parecido el texto?

-Ciertamente -me respondió-. Confiaba en la indiscreción de vuesa merced y en el buen olfato de nuestro amigo Jaime Obryan.

-Dejémonos de circunloquios, querido amigo -le respondí-. -247- ¿De dónde, si puede saberse, sacó vuesa paternidad semejante escrito?

-No puede saberse. No, al menos, por ahora. Quizás en algún momento lo descubra a vuestas mercedes.

-Pues, si quiere que le diga a vuesa paternidad la verdad, me parece una complicada e inútil sarta de sandeces al gusto de cualquier público novelero y necio.

-Algo semejante ha dicho Voltaire sobre esta obrilla.

-¿La ha leído?

-Sí, por cierto, en una versión que circula ahora por toda Europa con este título y de la que ha sido, al parecer, traducida por alguien que me la ha hecho llegar de algún lugar cuyo nombre me callo todavía.

-¿En qué estaba escrita la versión original? -preguntó entonces Jaime.

-En francés -le respondió fray Alejandro.

-Extraño -insistió-. Yo juraría que el autor es inglés. Si bien existen errores de bulto sobre la realidad de estas tierras, yo creo que son intencionales y que quien ha escrito la obrilla conoce Paraguay y el Río de la Plata. Sigo pensando en un inglés.

-Preguntémosnos otra cosa -dije yo entonces-. Preguntémosnos cuál ha podido ser la intención de quien la ha escrito.

-Mejor -me respondió fray Alejandro- preguntémosnos a quién beneficia lo escrito en esta obrilla. ¿A los jesuitas?

-No a los jesuitas precisamente -dijo entonces Jaime-, pero tampoco a España. A los jesuitas los hace quedar como unos tontos y a los españoles como unos miserables.

-Convendremos, entonces, en que el autor no es español, ni jesuita -dije yo.

-¿Y quién ha dicho que no les conviene quedar como unos tontos en un asunto tan complicado como el levantamiento de los indios de las reducciones? -señaló fray Alejandro.

-248-

-Dominicani, Domini canes -citó un antiguo dicho franciscano.

-Quizá, aunque en este caso mejor será que nos llame vuesa merced sabuesos.

-No sé -volvió a tomar entonces la palabra Jaime Obrayan-. Creo que los sotanas negras habrían manejado este asunto de una manera diferente, con más estilo, de una manera digamos que más alturada. No son precisamente tontos y tampoco les gusta pasar por tontos.

-Pero supongamos que, como se dice, estaban comprometidos en la rebelión. Todos los que vivimos en Asunción sabemos de lo que son capaces los jesuitas. Lo han demostrado muchas veces y, en ocasiones, de forma bastante violenta. ¿Por qué no librarse de sospechas creando una historia imposible e increíble y echando así sobre la causa una cortina de humo que oculte para siempre su participación en el levantamiento, si es que tuvieron alguna? Les puedo decir a vuestas mercedes que los asuncenos creen a pie juntillas que los sotanas negras no sólo participaron en la rebelión, sino que la prepararon y la dirigieron. ¿Por qué? Dirán vuestas mercedes que defendían a los pobres indios, y no quiero negarlo. Si alguien perdía en el tratado entre Madrid y Lisboa eran los indios, pero no sólo los indios. Quienes realmente perdían eran los jesuitas. Se comenta por ahí que los sotanas negras estaban dispuestos a pagar a la corona millones de pesos para que dejara sin efecto el tratado y que son cientos de miles de pesos los que al año sacan explotando el trabajo de los pobres indios. Por último, no olvidemos que no fueron los jesuitas los primeros en defender a los indios en estas tierras y que no son los únicos, como ellos parecen empeñados en hacer creer a todo el mundo. En resumidas cuentas, la obrilla que comentamos echa la culpa de la rebelión a un pícaro, pero señala, de paso, que lo único bueno que hay en estas tierras son las reducciones de los jesuitas. Ahí es donde yo encuentro que el autor es precisamente un jesuita o alguien pagado por ellos.

-249-

-Y donde yo encuentro que el autor es un inglés -le retrucó Jaime Obrayan.

-Eso ya no lo veo yo tan claro -le dije yo-. ¿Qué interés pueden tener los ingleses en defender a los padres de la Compañía?

-Ninguno -respondió-, pero ése es un ardid, una disculpa, una manera de ocultar sus verdaderas intenciones. El libelo me parece tan burdamente projesuita que me termina por saber a algo antijesuita, pero sobre todo, antiespañol. En lo que creo que podemos estar de acuerdo es en que es, más que nada y sobre todo, antiespañol. El autor acepta, en general, la autoridad de los reyes de España, pero pone en duda la calidad de su política. En realidad, se cuestiona toda la política española en Indias, con la sola excepción de las reducciones de los jesuitas, pero todo el mundo sabe que las reducciones jesuitas, si bien se organizaron con la autorización de los reyes españoles, han funcionado siempre al margen de

la política de la corona, hecho que las pone al margen de la crítica interesada. Lo que se trata de cuestionar en primer lugar es la presencia española en Indias, no la de los jesuitas, que, en este caso, tienen escasa importancia para los fines del autor del libelo. Por eso pienso que quien lo ha escrito es un inglés y con fines claramente proingleses. -No deja de ser interesante lo que Jaime plantea -dijo fray Alejandro-. Jesuitas e ingleses en una misma conjura. ¿Quién lo creería? Pero, si bien se mira... Tal vez no sea la primera vez que ocurre algo semejante. Recordé entonces la conversación del padre Lejárraga con don Zenón de Somodevilla en su casa de Madrid. Ninguno de los dos estaba entonces de acuerdo con el tratado que se acababa de firmar, aun cuando el marqués habíalo apoyado en principio, según pude saber más tarde. Él conocía lo importante que era Colonia Sacramento -250- para el comercio y cómo las colonias del Río de la Plata estaban hasta entonces viviendo a merced de los contrabandistas. Cambió de opinión más adelante, influido probablemente por las razones de los jesuitas. En su casa, el padre Lejárraga había dicho que en el Colegio de Santa Fe los padres confiaban en que no llegaría a cumplirse y que podrían salvar los siete pueblos. Don Zenón había añadido que, si se cumplía el tratado, habría de traer muchos disgustos y, por lo que me pareció entender de las palabras del padre Lejárraga, parece que también pensaba así el padre Rábago, que era el todopoderoso confesor del rey por aquel entonces. Quienes realmente perdían con el tratado eran los jesuitas y los contrabandistas ingleses, que obtenían muy buenos beneficios de tal situación. También los indios, si bien se mira, aunque probablemente a éstos no tenía por qué preocuparle, en principio, la autoridad bajo la que se encontraban. ¿Qué diferencia podían hallar ellos entre su majestad fidelísima y su católica majestad? Vistas así las cosas, ¿por qué no habrían de participar los sotanas negras en la conjura? ¿No lo habían hecho, acaso, hacía apenas unos años, en la época de Antequera y fray Bernardino de Cárdenas? Obrayan veía sólo la mano de los ingleses. Para él era todo muy claro. El conflicto indio, la política de los jesuitas, todo lo que, en fin, parecía mellar en algo la opinión española y ponerla en entredicho en Europa y en las Indias, estaba movido desde Inglaterra, la pérfida Albión. ¿Por qué habrían los jesuitas de estar interesados en mellar la opinión española? Era absurdo para él. No le extrañaba que un dominico como fray Alejandro viera en todo la mano de los jesuitas, pero él, como irlandés, veía sólo la de los ingleses. Y yo ¿qué veía? Nada. Todo me parecía oscuro y extraño y no entendía cómo dos hombres inteligentes y puestos en razón, como el padre Alejandro Calleja y Jaime Obrayan, podían dar tanta importancia a un libelo de la peor calaña sin ningún mérito literario y sin interés para la historia. ¿O lo tenía?

-251-

Ahora, cuando ya han pasado tantos años y he tenido tiempo suficiente para pensar, cuando todo ha quedado atrás y ya nadie habla de aquellos sucesos, pienso que ambos podían tener razón o que, tal vez, no la tenía ninguno. Jaime murió hace ya muchos años en mi presencia, aunque no lo vi morir, y de fray Alejandro no he vuelto a tener, por desgracia, noticia alguna. Son, como tantos otros, fantasmas del pasado en la cabeza de un carafí guazú que espera la muerte en Asunción, lejos de cuantos le quisieron y

abandonado de todos. Cará guazú, señor grande, español. Así nos llaman los indios y los mestizos que apenas balbucean nuestra lengua y desconocen la suya, que hablan un extraño idioma tan mezclado y confuso que, ni nosotros los castellanos los entendemos, ni ellos se pueden hacer entender de quienes hablan guaraní. Lo llaman yopará y es difícil, muy difícil, de entender para quien no ha nacido en estas tierras.

Coincidiendo con lo que dice don Millán de Aduna sobre el yopará, transcribo literalmente una cita de la edición de la Historia de Nicolás Primero, Rey del Paraguay y Emperador de los Mamelucos hecha en Asunción por Arturo Nagy y Francisco Pérez-Maricevich en la Editorial del Centenario, 1967. Se trata de una traducción española de L'Histoire de Nicolas I, Roy du Paraguai et Empereur des Mamelus. Aunque es básicamente la misma que la que presenta don Millán, existen entre ambas diferencias importantes. La de don Millán contiene observaciones de las que carece la versión que comento y los nombres son distintos. En ésta, los nombres españoles aparecen muy italianizados (Roubiouni por Rubianes, Fortieri por Fortuny, etc.), lo que le hizo pensar a un jesuita contemporáneo de los hechos, que leyó la versión de esta historia en Paraguay, el padre Florian Paucke, que el autor podría ser un italiano. La cita a la que me refiero está en una nota extensa de los traductores y editores asuncenos (Nagy y Pérez-Maricevich) -252- y dice lo siguiente: «A este respecto es curioso notar que, según el padre Dobrizhoffer, los criollos de Asunción y Corrientes hablaban un idioma caprichosamente compuesto de español y guaraní, sin que conocieran ninguno de los dos a fondo». Hasta aquí la cita de la nota principal. En este punto, los editores remiten a una nota a pie de página numerada con el 12 que, al pie de la letra, señala: «He aquí un testimonio del padre José Cardiel: "Yo he estado tres años en el Paraguay... y me fue necesario aprender esta tan adulterada lengua para darme a entender, porque la propia guaraní no la entendían, y menos el castellano; y así les predicaba en su desconcertado lenguaje. Y para que se vea lo que voy diciendo, pondré un ejemplo: esta oración: 'Ea, pues, cumplid los Mandamientos de la Ley de Dios, porque si no los cumplís, os condenaréis al infierno' se dice en la lengua propia guaraní: 'Eneique pemboaié Tupañande quaitá: pemboaié ey ramo, nia añaretame iguapiramo peicomburune', etc. Y ¿cómo dicen los españoles del Paraguay y Corrientes? 'Neipe cumplí que los Mandamientos de la Ley de Dios, porque pecumplí éi ramo, peñe condenane a los infiernos'". En: JOSÉ CARDIEL, S. J.: Declaración de la verdad, Buenos Aires, 1900, p. 393». Está claro que el yopará era ya entonces la lingua franca del Paraguay, más aún que el guaraní, que sólo lo hablaban realmente los indios, y que el español, que sólo la hablaban los españoles peninsulares. Los que el padre Cardiel llama españoles del Paraguay y Corrientes hablaban yopará. Si, como dice Unamuno, la lengua es la sangre del espíritu (cito de memoria), este cambio de lengua, esta mezcla de dos idiomas encontrados, supone también un cambio de espíritu y, obviamente, un cambio de mentalidad, cambio que se estaba produciendo en aquel momento ya en todas las colonias americanas y que desembocará inevitablemente en las guerras de independencia y en la independencia efectiva de estos territorios. Los españoles del Río de la

-253- Plata, como los del Perú, Nueva Granada, Nueva España, etc., ya no eran sólo españoles: eran españoles y otra cosa: después serán ya sólo

otra cosa. Los padres Dobrizhoffer y Cardiel, aquí citados, son jesuitas que estuvieron en el Paraguay y que dejaron su testimonio de los hechos. El padre Martin Dobrizhoffer publicó en Viena, en 1783, su Historia de los abipones bajo el título de Geschichte der Abiponer, einer berittenen und kriegerischen Nation in Paraguay. Por su parte el padre José Cardiel escribió en su exilio de Faenza, tras la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles, una Breve relación de las Misiones del Paraguay. La Declaración de la verdad del padre Cardiel fue publicada en Buenos Aires en 1900. Hay que decir algo que generalmente no se menciona cuando se habla de la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles: el exilio obligado de éstos fue pagado en su integridad por el gobierno español de la época. Hay quienes piensan que éste es el primer gran exilio español y olvidan que España, desde muy antiguo, fue país de exiliados. Los judíos y los moriscos, por hablar tan sólo de los más conocidos, son exiliados anteriores a los jesuitas. En muchos casos, América fue también, si no territorio de expulsados de la península, de hombres que se autoexiliaban a lejanas tierras.

Había transcurrido ya más de un año desde que saliéramos de Lima y era ya hora de remitir al virrey un informe detallado con la relación de cuanto conocía. En los dos informes anteriores (uno enviado desde Potosí y otro desde Asunción, a pocos días de nuestra llegada) no había más que decir sino que todo iba saliéndonos bien y estaba en calma y que no parecía que se fuera a mover una hoja. Reduje en el primero los detalles del viaje a su mínima expresión y me extendí algo más sobre los sucesos que lo jalonaron. En el segundo hablé de la guerra de los guaraníes, de la que prácticamente -254- no se habían tenido mayores noticias en Asunción y que había terminado con resultados que, probablemente, se conocían en Lima mejor que en Asunción. Todo parecía indicar que, al fin, el tratado tendría que cumplirse, que los indios de los Siete Pueblos serían trasladados y que los jesuitas perderían las siete reducciones con las que hasta entonces habían contado en la banda oriental del Uruguay. Éste fue básicamente el contenido del segundo informe que remití al virrey desde Asunción con un correo militar que viajaba a Lima. No ignoraba que, probablemente, el virrey sabía eso y mucho más y que, a la vuelta del correo, habría de exigirme más detalles e informaciones más puntuales y precisas. ¿Tendría que internarme en las espesuras de la selva para llegar a los Siete Pueblos? ¿Bastaría con los informes que pudiera obtener en Asunción? Aquí, fuera de fray Alejandro Calleja, no parecía nadie interesado en estos asuntos, a no ser los propios jesuitas, que procuraban no conversar con nadie de estas materias y que probablemente estaban tan mal informados como los demás. Lo que estaba ocurriendo en los Siete Pueblos sólo sus habitantes lo sabían bien y a ciencia cierta. Así que, de momento, decidí quedarme en Asunción hasta que lograra alguna información que ameritara el viaje a las lejanas reducciones de la banda oriental del Uruguay.

La ocasión se presentó unos días antes de la fiesta de San Juan. Ese año el día de San Juan fue un viernes, y las fiestas, que prometían extenderse más allá del domingo 26 con sus fuegos y toros candiles, ni siquiera llegaron a iniciarse. Si yo no recuerdo mal, fue el miércoles 22 de junio cuando comenzaron a correr como reguero de pólvora las noticias de que los

indios de las misiones se dirigían a Asunción en son de guerra y que un jesuita alemán los capitaneaba. Se decía que llegaban con caballos y cañones y armados hasta los dientes, y una señora Vigil, esposa de un regidor del cabildo, -255- nos contó en la tienda ese mismo día que había tenido la oportunidad de leer un bando firmado por el propio rey Nicolás en el que invitaba a cuantos quisieran a unirse a su ejército a que lo hicieran, que les ofrecía buena paga y una suculenta parte del botín correspondiente. La señora, que había llegado a comprar telas con una de sus criadas, nos aseguraba que el botín saldría de Asunción y que ella y su marido ya tenían todo a buen recaudo. A medida que pasaban las horas, la noticia crecía, y, si en la mañana habían sido diez mil los indios armados hasta los dientes, en horas de la tarde pasaban de quince mil y, al día siguiente, jueves, el fabuloso ejército del rey Nicolás había crecido hasta los treinta mil soldados. Nicolás, según aseguraban los conocedores, no había muerto en Caibaté, como habían afirmado algunos, sino que se había retirado, después de la batalla, a la ciudad de San Pablo, de donde volvía ahora con el ejército más poderoso que jamás se había visto por estas tierras. El mburuvichá viajaba en una tienda de campaña fabricada de sedas y brocados muy finos cargada por mil indios, y desde ella, echado sobre polícromos almohadones orientales, impartía las órdenes a sus generales jesuitas. El jueves por la tarde el gobernador mandó una compañía de jinetes para que protegieran a los sotas negras en la casa que tenían al lado de la plaza Mayor, junto a la real fábrica de tabacos. Todas las puertas y ventanas del edificio de los curas estaban cerradas a cal y canto. Éstos habíanse encerrado y escondido por miedo a los vecinos de Asunción. Grupos de jóvenes, envalentonados por el aguardiente de caña que tan libremente corrió aquellos días en las tabernas y fondas de la ciudad, pasaban por delante del edificio y levantaban los puños cerrados, amenazándolos. Hacía mucho frío y garuaba. Las tiendas estaban cerradas, pero los vecinos estaban ese día en calles y plazas comentando los sucesos. Bajo los lapachos ya florecidos se sentaban grupos de hombres que, echando con violencia el humo de sus cigarros por -256- bocas y narices, maldecían y amenazaban. Grupos de mujeres cubiertas con sus mantones negros permanecían de pie esperando alguna cosa. El gobernador salió varias veces a la puerta del palacio a tranquilizar a la población diciendo a cuantos querían oírle que no existía problema alguno y que los indios guaraníes, después de los desastres de Caibaté y Chumiebí de hacía más de un año, estaban tan quietos como antes de la guerra. Nadie quería escucharlo y nadie le creía. Las mujeres se santiguaban, musitaban plegarias en voz baja y se arrebujaban en sus echarpes. La iglesia de la Encarnación y la catedral estaban llenas de fieles que cantaban a voz en cuello el Dies Irae. El viernes en la mañana llegaron de Paraguarí varias familias en carretas, asegurando haber visto las primeras avanzadas del ejército indio. Nadie se acordaba ya de las fiestas de San Juan. En la calle ardían las hogueras durante toda la noche, pero no por las fiestas, y, desconcertados por las noticias, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse, algunos hombres trataron de asaltar en la tarde del viernes el almacén de pólvora. Los soldados del gobernador tuvieron que intervenir, y hubo, aunque leves, algunos heridos en el enfrentamiento. Uno de los soldados terminó con la

cabeza rota de una certera pedrada. En la noche del viernes no durmió nadie, y, cuando amaneció por fin el sábado, todos estábamos en la plaza Mayor escuchando por enésima vez al señor gobernador decirnos que no ocurría nada grave y que ningún ejército amenazaba la ciudad de Asunción. Ya en la noche, eran muchos los que habíanse convencido de que el gobernador no les había engañado, y el domingo en la mañana la misa de la catedral terminó con un solemne Te Deum y una procesión de la Virgen de la Asunción, que fue paseada por toda la plaza y por las calles más importantes de la ciudad. La pesadilla había terminado.

-257-

Aquellas horas fueron para mí realmente angustiosas, no porque creyera en los rumores que hablaban del ejército del rey Nicolás (ni siquiera creía ya en la existencia del tal Nicolás), sino porque vivimos todos una pesadilla en la que las pasiones y los ánimos estaban exaltados. No había posibilidad de razonar con nadie, e incluso cuando traté de convencer a Bonifacio de la sinrazón de aquellos tumultos ciudadanos encontré que hasta Galdeano me miraba con rabia, como si yo tuviera la culpa de lo que estaba ocurriendo. Quien no perdió la calma en ningún momento fue Robles. -También los soldados de ese Nicolás necesitarán telas -nos dijo el viernes-. Así que lo mejor será que estemos preparados para recibirlos. No obstante, descubrí que en las noches Robles se iba a casa de Eliseo Ripalda y se quedaba allí hasta la mañana siguiente. En esos días vino a vivir a nuestra casa Jaime Obryan. Trajo consigo una petaca de cuero y un caballo: todo lo que poseía. Fray Alejandro no dio señales de vida durante una semana entera, como si se lo hubiese tragado la tierra, y ahora pienso que tal vez fuera él uno de los que hicieron correr los rumores de la invasión. Al cabo de tantos años he llegado a la conclusión de que no pudo ser casual que el dominico nos mostrara aquel manuscrito apenas unos días antes de que se iniciaran los hechos, como si quisiera que nos preparáramos para lo que iba a ocurrir. ¿Qué interés tenían en ello los dominicos o qué interés particular podía tener en ello fray Alejandro? ¿Por qué inventar una historia tan extraña y aterrorizar con ella a toda la población? ¿Para mantener vivo el odio de los vecinos hacia los padres de la Compañía? No entendí muy bien en ese momento lo que ocurría (creo que aún sigo sin entenderlo), y el domingo en la noche -258- decidí que había llegado la hora de que fuera a visitar las misiones para hablar directamente con los teatinos y escuchar sus razones sobre el terreno. Así que reuní esa misma noche a mis hombres y quedamos en que haríamos el viaje Galdeano y yo, mientras que Robles y Bonifacio se quedarían en Asunción al frente de la tienda esperando nuestro regreso. También decidimos que, si así lo deseaba, podía Obryan trabajar en la tienda y hasta sumarse a la sociedad, para lo que Galdeano y yo nombrábamos a Robles nuestro representante y, en su ausencia, a Bonifacio, pero, a último momento, Jaime Obryan decidió acompañarnos a las misiones, pues aún le quedaba mucho tiempo para sentar cabeza, si alguna vez se decidía a hacerlo, pero no le quedaba demasiado para vivir aventuras como las que él había soñado desde muy niño en la lluviosa Irlanda. Supe entonces que más lo hacía por mí que por la aventura y también, aunque jamás me lo llegó a confesar, por ver si encontraba la oportunidad de hacerse rico sin mayor esfuerzo. Muchas veces lo descubrí con la mirada puesta en el horizonte,

más allá de la bahía y el banco de San Miguel, ensimismado en sus pensamientos y tratando de adivinar la extensión y riqueza de las tierras que podía abarcar con un solo golpe de vista. Yo le dije que la misión que tenía entre manos era muy delicada y que no esperara de mí confianza alguna, pues ni siquiera a mis hombres podría decirles toda la verdad sobre el asunto. Pienso, no obstante, que él conocía bien mi misión y que no ponía demasiado esfuerzo en arrancarme la verdad, por no tener necesidad de hacerlo. Ni el buen Bonifacio conocía las verdaderas razones de nuestro viaje al Paraguay y jamás se había atrevido a preguntarme por ellas, pero Jaime Obrayan era hombre inteligente y curioso y estaba interesado en ver qué provecho podía sacar de todo aquello.

-259-

En apenas una semana y media estábamos listos para iniciar nuestro viaje. Queríamos, sobre todo, aprovechar la estación seca y fría para viajar con comodidad por aquellas selvas, pues, una vez comenzadas las lluvias y los calores, los caminos enfangados y los mosquitos harían más difícil nuestro periplo. Preparamos las cosas lo mejor que pudimos. Escribí un informe al señor virrey en el que le daba cuenta de los últimos acontecimientos y le informaba de mis preparativos de viaje. Escribí las correspondientes cartas a mis padres, mi hermana y mis amigos de Zaragoza y Lima. Escribí al coronel Eguidazu y su esposa y les recomendé que estuvieran tan al tanto como pudieren de mis asuntos en Asunción, por si no podía volver de mi viaje. Finalmente, cargamos en las acémilas mercaderías valiosas que imaginábamos que podríamos vender o canjear en los pueblos por los que pasaríamos y que harían nuestro viaje más discreto y disimulado y, ya con todo ultimado y el ánimo listo, Galdeano, Obrayan y yo salimos de Asunción una mañana de junio de 1757 y nos dirigimos hacia el este. Tenía yo la intención de llegarnos primero hasta la misión de San Ignacio Guazú y, desde allí, recorrer de norte a sur todas las reducciones hasta la lejana Yapeyú. Tomamos, pues, el camino de Villarrica, pero, apenas salidos de Asunción, en el camino hacia Caacupé, nos topamos con un numeroso grupo de indios que, con sus mujeres e hijos, veníanse hacia la capital. Aquél era el famoso ejército del rey Nicolás, el mburuvichá de las reducciones: una horda de indios semidesnudos, con pantalones de bayeta, grandes sombreros de paja echados sobre la frente y los machetes al cinto descansando sobre sus muslos. Ni cañones, ni caballos, ni militares, ni jesuitas: sólo hombres, viejos, niños y mujeres que buscaban un lugar en el que pudieran quedarse, descansar y vivir en paz. Ese mismo día, volvimos a Asunción. Sólo tres días más tarde reiniciaríamos nuestro viaje.

Cuarta parte

Mburuvichá Nicolás I

Pienso que mi vida ha sido, desde que nací, un camino ininterrumpido a ninguna parte y que la narración de la misma sólo puede, por ello, detenerse apenas en sus estaciones. Para mí han sido siempre estaciones, paradas; jamás destinos. Ni siquiera Asunción, la ciudad en la que vivo hace ya tantos años lejos de todo y olvidado de todos, es para mí otra cosa que un alto en el camino, una parada, una estación. Jamás he podido quedarme quieto en un lugar y echar raíces. Tal vez aquellas primeras salidas con mi padre en su tartana, cuando todavía era niño y vivía feliz en Samaniego, decidieron que así fuera. Si lo pienso bien, hasta mi nombre es nombre de viajero. El eremita de la Cogolla, antes de ser eremita, fue viajero y, siendo eremita, aún viajó a lugares distantes con alguna finalidad misteriosa y soteriológica, como cuando se llegó hasta la vieja ciudad de Cantabria, sobre el Ebro, según cuenta San Braulio, para avisar a sus habitantes del peligro que corrían frente a la furia desatada de Leovigildo, el rey visigodo de Toledo. Sus apariciones en las batallas no fueron finalmente otra cosa que viajes, celestiales viajes, pero viajes al fin; así que, tanto o más que por el signo del dios de la guerra, mi vida ha estado marcada desde el comienzo por el signo de Mercurio, el dios alado que, como el judío errante, recorre -262- impenitente los espacios sublunares, porque son los espacios abiertos del mundo sublunar el verdadero hogar del hombre, su premio y su castigo. El mundo es el único hogar que conocemos. El verdadero destino del hombre es no encontrar destino sino en la muerte. ¿Acabará en ella, finalmente, nuestro viaje? ¿No será la muerte, si hemos de atender a la bellísima metáfora de Manrique, el mar al que van a dar los ríos que son nuestras vidas? «La mar, que es el morir». ¿Pero el mar no vuelve a hacerse nube y lluvia y la lluvia se convierte en arroyos y éstos en ríos para, al final, volver todo a donde había comenzado? ¿Tiene principio y fin este eterno vagar por el mundo sin aparente sentido? ¿Volveré a ser habiéndome olvidado de que soy ahora o soy sin acordarme en absoluto de que he sido? La vida. ¡Extraña palabra! La vida. ¿Cómo, cuándo, dónde y por qué? ¿Quién ha decidido ponernos en el camino? ¿Qué perversa inteligencia nos ha arrojado en medio del caos para perdernos en la nada?

La vida es conciencia y es recuerdo. La vida es memoria. Sin memoria de lo vivido, morimos sin remedio. No somos en los otros. No nos equivoquemos. Somos sólo en nosotros. En los otros tan sólo somos sombra de ellos, límite de su libertad y su albedrío, estorbo necesario. La vida. ¿Qué puedo decir de la vida, cuando ya la mía está a punto de acabarse? Puedo decir que he sufrido y que también he disfrutado de buenos momentos. Puedo decir que he vivido, pero no sé si lo seguiré haciendo ni por cuánto tiempo. ¿Eternamente? La eternidad es una idea imposible, inconcebible, monstruosa y terrible, una idea condenatoria. ¿Qué sería de nosotros si viviéramos durante toda una eternidad inacabable, aunque fuera en ese cielo que nos prometen los frailes? Sería espantoso. ¡La vida eterna! ¡Mejor, la muerte!

-263-

El lunes 27 de junio salimos, por fin, de Asunción. Si al principio

habíamos pensado hacer el viaje por tierra, al final nos decidimos por navegar río abajo y llegar hasta la ciudad de las Corrientes, desde donde nos internaríamos al este hacia las reducciones de los jesuitas. El río nos parecía más seguro que las selvas y los yerbales que se extienden desde Asunción hacia el este y el sur. Ancho y profundo, parecía abierto y dispuesto a recibirnos. Con una pequeña embarcación que habíamos alquilado a un balsero que nos acompañaba pensábamos navegar despacio y sin prisas, deteniéndonos el tiempo que fuere necesario en todos aquellos lugares que nos presentaran alguna dificultad. La balsa era una especie de lo que en España llamamos chata cordobesa que disponía de buenos remos, una pértiga para las partes menos profundas y una vela cuadrada con la que podíamos aprovechar el viento, si soplaba a nuestro favor. Era lenta y pesada y en el centro tenía un cobertizo bajo el cual protegimos las mercaderías y en el que tensamos unas hamacas para nuestro descanso. Al contrario de lo que habíamos imaginado, nuestras acémilas y caballos se adaptaron desde el comienzo muy bien al viaje, y sólo al atardecer nos acercábamos a la orilla y los soltábamos en el campo para que comieran y estiraran sus piernas, que, de tanto estarse quietas sobre la cubierta, las bestezuelas sufren y se entumecen. Y así, en apenas cinco días y sin grandes dificultades ni trabajos, con buen tiempo y sin demasiadas prisas, llegamos a la ciudad de las Corrientes, descansamos en una de sus posadas, pagamos y despedimos a nuestro balsero y, al día siguiente, ya estábamos listos para internarnos en el ignoto territorio de las misiones de los jesuitas.

Queríamos llegar, en primer lugar, a San Carlos y La Candelaria, distantes veintinueve leguas entre sí. La Candelaria, si bien no era el mayor de los pueblos guaraníes ni tampoco el más rico, era el -264- pueblo en el que residía de continuo el superior de las misiones del Paraguay, que, al momento en el que estábamos viajando, era el padre Antonio Gutiérrez, según se nos había informado en Asunción. Para llegar al pueblo de San Carlos teníamos que atravesar una gran llanura en la que crecían hierbas tan altas que cubrían por completo a los hombres y los caballos y en las que los españoles que vivían en la ciudad de las Corrientes habían hecho sus estancias para la crianza del ganado. Dos fueron las cosas extraordinarias que pude observar en aquel extensísimo territorio que corría al sur del río Paraná y que desembocaba en la gran laguna de Yverá: la altura y la esbeltez de las palmeras y la gran copia de animales sueltos de todas las especies imaginadas, desde ñandúes a caballos y vacas cimarronas, que no había lugar en el que pusiera la vista sin tropezar la mirada con estas bestias salvajes o asalvajadas. De la laguna salían dos ríos muy grandes, uno de los cuales, el llamado río de las Corrientes, desembocaba en el Paraná y el otro, llamado Miriñay, iba con sus aguas a dar en el Uruguay, que corre al oriente de todo el territorio. Había otros muchos riachuelos, lagunillas, fuentes y esteros en los que abundaban toda clase de aves y lagartos y todo era agua y hierba a nuestro alrededor, que, con ser grandes los caudales unidos de los ríos Paraguay y Paraná, que se juntan cerca de la ciudad de las Corrientes, no eran los únicos ni acaso los más abundantes de aquellas tierras.

Si abundantes en todo, no lo eran, en cambio, en hombres, que se echaba de ver la enorme necesidad que los españoles tenían de éstos para el manejo

de tantas riquezas como existen en aquellos lugares, pues no son suficientes los pastores y vaqueros que a cuidar del ganado se dedican. Y, así, Galdeano, Obrayan y yo mismo lamentábamnos de continuo por la pérdida que este descuido y abandono debía suponer para quienes vivían y esperaban medrar -265- en tan alejados territorios, más aún si teníamos en cuenta que tampoco eran muchos los españoles que habitaban las ciudades de la región. Más que a la carne, los estancieros de las Corrientes dedicaban su ganado al cuero que llevaban a Buenos Aires, ciudad en la que los comerciantes catalanes lo compraban y enviaban a España y a otras muchas partes de Europa y América. Las aguas de todos estos ríos eran abundantes en grandes peces y muy sabrosos pescados, que nosotros asábamos a la intemperie en las pascanitas que hacíamos al atardecer, cuando el sol se ocultaba y nos disponíamos al descanso. Para poder acampar veíamos obligados con frecuencia a cortar la hierba en un área de regular tamaño, tanto por miedo a las alimañas que abundan en estas tierras y aguajales cuanto por sentirnos mejor y más seguros con la lumbre lejos de materiales secos que pudieran inflamarse y provocar un incendio. Recuerdo aquellos vivaques con verdadero placer todavía. Bastábanos encontrar algunas palmeras que distaran unos pocos pasos entre sí para tensar en ellas nuestras hamacas y bastábanos un lugar abierto en el que pudiéramos limpiar la tierra de las malezas para levantar el campamento y encender la hoguera. Las llamas se elevaban hasta alturas insospechadas en el aire seco de aquellos extensísimos llanos, y en la noche, a pesar del frío o quizás a causa de él, quedábamnos conversando junto a la hoguera hasta que el sueño terminaba por vencernos. Las palmeras, siempre muy altas, dábannos unos cocos pequeños y muy sabrosos, que a veces abríamos con los machetes para comer su pulpa. Fuera de aquellas palmeras, eran pocos los árboles que sombreran aquel páramo gigantesco, que, de haberlo atravesado en los ardientes meses del verano, muy diferente habría sido, sin duda, nuestra suerte. Cuando no conseguíamos pescado (lo que ocurrió muy pocas veces), lográbamos siempre alguna pieza de caza, que eran muchas las aves que hacían sus nidos entre la hierba y las mejores de todas eran una suerte de perdices -266- grandes de carnes muy sabrosas que a veces cobraban Obrayan y Galdeano con sus escopetas. Ambos eran, cada uno en su estilo, muy buenos cazadores. Así fuimos haciendo, en los primeros días de julio, nuestro camino hacia el pueblo misión de San Carlos, población que dista unas cincuenta leguas de San Ignacio Guazú y casi el doble de la ciudad de Asunción. San Ignacio Guazú tiene fama de haber sido la primera misión que fundaran los jesuitas cuando llegaron al Paraguay y es la que está más cerca de Asunción. Si hubiéramos hecho por tierra el primer tramo de aquel viaje, como pensábamos al comienzo de nuestra aventura, nuestro tiempo habríamos auneado mucho menos y todavía estaríamos por llegar a la primera misión de los jesuitas. Así, avanzamos por el río lo que no podíamos hacer a campo traviesa, pues en la parte del Paraguay que da hacia el oriente hay, si bien no muy altas, algunas montañas bastante fragosas cubiertas de espeso bosque y a través de las cuales resulta difícil abrirse camino si no se cuenta con buenos baqueanos. El río fue, pues, la mejor solución que pudimos encontrar, y yo me alegro de que lo hiciéramos de aquella manera, pues así conocí, además, la parte en la que las aguas de los ríos Paraguay

y Paraná se unen para formar las más grandes corrientes que se puedan imaginar. A estos ríos únense otros muchos, y los más importantes son el río Bermejo, que, como el Pilcomayo, viene desde las montañas nevadas de los Andes, y el río Corrientes, que, como ya lo he dicho, recoge las aguas sobrantes de la laguna de Yverá. En los meses de lluvia, la laguna crece y se desborda, y todo este territorio que se extiende entre el Paraná y el Uruguay, que es muy grande, conviértese en un gran pantano. Llámale Mesopotamia, y es, en efecto, tierra entre ríos, si bien también podría decirse que, en una gran parte, es tierra inundada.

-267-

Los tres primeros días de aquel viaje por tierra fueron muy tranquilos, y sólo tuvimos que soportar las molestias propias de estas latitudes: el frío nocturno, las tierras enfangadas en las que se hundían nuestras acémilas y caballerías y de las que teníamos que sacarlas con no pocos trabajos, los mosquitos y los tábanos. En algunas partes teníamos que ir muy juntos los tres, hablar o gritar, para no perdernos en la espesura de aquellos matorrales, pero, con frecuencia, el terreno volvía seco y duro y las altas hierbas reducían su estatura. Entonces, el viaje se convertía en un verdadero paseo. Como estábamos aún en julio y todavía duraban, para ventura nuestra, los fríos invernales que suavizan los terribles calores de estas tierras, podíamos viajar de día sin temor y con el sol sobre la cara por la mañana. Al cuarto día, el caballo de Galdeano se hundió sin remedio en unas tierras fangosas que estaban ocultas bajo las altas hierbas y tuvimos que hacer un gran esfuerzo Obrayan y yo para sacar al jinete de los barrotes, que pedía a gritos que lo salváramos. El accidente sucedió al comenzar la jornada, pero fue tal el susto que los tres tuvimos que preferimos quedarnos en aquel lugar, limpiar el suelo de malezas y yuyos y tensar nuestras hamacas en los cocoteros hasta el día siguiente. Nos tranquilizamos al fin, y, como teníamos todo el tiempo del mundo para nosotros, pues habíamos decidido quedarnos allí hasta la mañana siguiente pasare lo que pasare, quisimos cazar una res de las que deambulaban sueltas y salvajes por aquellos andurriales. También podíamos haber cazado un caballo y domarlo para Galdeano, pero ninguno de nosotros tres era capaz de domar ni un gato y tampoco disponíamos de tiempo para aprender el oficio.

Galdeano y yo nos separamos algo del campamento mientras Obrayan encendía la hoguera. El día era seco y frío e invitaba al ejercicio y a la caza.

Soplaba un vientecillo del sur, fresco y agradable, -268- que nos daba en la cara y despejaba nuestras ideas. Al pasar entre las hojas de las palmeras, silbaba, y yo tenía la impresión de que emitía gemidos profundos y desgarradores. Caminábamos en silencio entre la hierba con las escopetas listas, atentos a que en cualquier momento apareciera frente a nosotros una vaca cimarrona. A intervalos, el viento amainaba o se detenía y, entonces, sólo se escuchaban nuestros pasos deslizándose entre la hierba. El sol se había ocultado, y había unas nubes cada vez más oscuras y espesas que se cernían sobre nosotros como una amenaza. Aquella atmósfera me recordó otras atmósferas del pasado. Algo podía mascar en el ambiente que me recordaba el sabor del peligro y la desgracia, algo que no podía definir, pero que sentía, como creo que también lo sentía el propio Galdeano. El viento amainó un momento, y el aire quedó quieto, seco y

frío, transparente como un cristal tallado por la mano de un artesano de Venecia. Yo esperaba algo: un trueno, un disparo de cañón, un terremoto, y, de repente, a lo lejos, comenzó a escucharse, primero como un susurro y, más tarde, con creciente intensidad, un ruido sordo y extraño, como si una gran esfera de piedra o hierro rodara sobre la tierra y arrasara todo a su paso. Nos detuvimos. Antonio Galdeano echó cuerpo a tierra y puso una de sus orejas en el suelo. Yo lo imité, tratando de identificar el sonido que escuchábamos.

-Volvamos al campamento -me dijo, de pronto, poniéndose de pie-. Tenemos que avisar a Obryan.

-¿De qué se trata? -le pregunté.

-No lo sé -me dijo-, pero algo viene hacia nosotros a una gran velocidad. Confieso que la palabra «algo» me asustó. ¿Qué podía ser ese «algo»? ¿Qué extraño misterio podía encerrar, qué peligro indefinido nos ocultaba? En Lima había escuchado hablar alguna vez de -269- la huangana, un pequeño jabalí que vive en las lejanas selvas del Marañón y que, a veces, forma grandes manadas e inicia un desplazamiento hacia ninguna parte arrasando todo cuanto encuentra a su paso. Jamás había estado en las selvas del Marañón y jamás había visto los pequeños jabalíes de que hablaban las leyendas del Perú. Las únicas alimañas peligrosas que había visto de cerca en Indias eran los yagaretés y los lagartos que habíamos tropezado en nuestro recorrido por el Chaco, siguiendo la corriente del Pilcomayo y las que habíamos visto en este viaje. Sabía que en todas estas tierras abundaban los tigres y los pumas, pero en ningún caso pensé entonces que nos atacarían, habiendo como había tantos animales sueltos a los que atacar. Nunca había pensado en el peligro que podían representar los pequeños cerdos salvajes que abundan en estos pagos y que constituyen piezas muy codiciadas para los cazadores más experimentados. Llamanles taguás y pecaríes, aunque no sé bien cuál es cuál, ni en qué se diferencian unos de otros. El ruido aumentaba su intensidad cada segundo que pasaba, y Antonio Galdeano y yo corríamos entre la hierba para alcanzar el campamento. En cierto momento, estuve a punto de hundirme en una poza pantanosa y maloliente llena hasta los bordes de cenaco y bichos asquerosos, pero pude a último momento esquivarla gracias al aviso de mi compañero. Al fin llegamos al lugar en el que habíamos dejado a Obryan, al que le indicamos a gritos que se subiera a un árbol lo antes posible. El ruido era ya insoportable, y nosotros imaginábamos que los pecaríes estarían a punto de alcanzarnos. Venían corriendo hacia nosotros, directamente, sin torcer el rumbo, como si nos siguieran, y el ruido crecía a nuestras espaldas como crece el bramido de los ríos caudalosos que se precipitan entre las rocas a medida que nos acercamos a ellos. Llegamos antes de que nos alcanzaran. Llegamos a tiempo. Cuando, finalmente, nos acomodamos los tres lo mejor que pudimos en tres distintos -270- árboles, encaramados en sus ramas, vimos a nuestros pies un espectáculo inenarrable: la enorme pradera de altísimas hierbas que se extendía más allá de lo que podía alcanzar nuestra vista estaba ahora cubierta de una densa nube de polvo rojo bajo la cual no podíamos distinguir absolutamente nada y de la que salía el estruendo ensordecedor de lo que yo llamé entonces impropriamente la huangana, por haberme venido a la memoria el recuerdo de lo que me contaran en Lima. El polvo nos

cubría por completo y hacía cada vez más difícil nuestra respiración. Ignorábamos lo que les pudiera estar pasando en ese momento a nuestros pobres animales, que se habían quedado a merced de la estampida. Así como habíamos sentido la aproximación del ruido, sentíamos ahora su alejamiento, pero no nos decidíamos a descender de los árboles en cuyas ramas nos habíamos encaramado. Los pájaros, cuyo canto no creía haber escuchado en toda la mañana (ni siquiera el del amarillo y alegre pitogüé, que siempre me sorprendía), armaban en ese momento un alboroto infernal y volaban y revoloteaban, iban y venían de un árbol a otro, de una a otra palmera, gritaban y piaban enloquecidos. A medida que menguaba a lo lejos el ruido de la estampida, crecía el de los pájaros y animales que nos rodeaban. Era como si, de pronto, todo el orden natural se hubiera trastocado, como si descubriéramos de golpe muchas de las cosas que estaban ante nuestros ojos, pero que no podíamos ver porque, como dicen en mi pueblo, no teníamos ojos de ver. Hasta la más pequeña brizna de hierba cobró entonces importancia para nosotros. No sólo las fieras, los pájaros, los esteros y riachuelos, los grandes árboles y las palmeras, sino todos esos seres innumerables y minúsculos que se pierden a nuestra vista confundidos con el verde interminable de la selva y el color rojo de la tierra, cobraban ahora un nuevo sentido, como si los viéramos por vez primera.

-271-

Cuando, al fin, la nube de polvo se disipó y pudimos extender de nuevo nuestra vista hasta donde se pierde la línea del horizonte, bajamos de los árboles y comprobamos, con enorme pena, que nuestros caballos y una mula habían sido muertos, aplastados por aquella masa animal en movimiento de la que no pudieron escapar. Las otras dos mulas que traíamos habían desaparecido y, con ellas, los fardos de mercaderías que cargaban. Seguramente, habían escapado enloquecidas, cosa que no habían podido hacer los caballos por estar atados, ni la mula que murió con ellos. Ahora estábamos a pie y a más de sesenta leguas de la misión de San Carlos. Faltábanos atravesar los esteros y bañados de la laguna de Yverá y no sabíamos qué podría ser de nosotros de ahí en adelante. Puestos en el burro, como se suele decir, no nos quedaba más remedio que aguantar sus corcoveos.

Y éstos fueron muy duros. Las nubes que habían ido amontonándose a lo largo de la mañana y de las que no habíamos hecho caso alguno se abrieron de pronto dejando descargar sobre nosotros un verdadero diluvio. No teníamos donde refugiarnos, y el suelo se convirtió en un inmenso pantano en escasos minutos. Era terrible caminar por aquella superficie fangosa en la que las altas hierbas caían sobre nosotros azotadas por el viento y en el que imaginábamos que habríamos de perecer. No sé cómo [...]

Vuelve aquí a interrumpirse el texto. Faltan, al parecer varias páginas del manuscrito, aunque no deben de ser demasiadas, pues en la continuación de éste vemos que los viajeros todavía no han superado totalmente los peligros de la tormenta. ¡Qué difícil es la geografía americana! ¡Qué tremenda! ¡Qué terrible! Me gusta imaginarme a los primeros viajeros llegados a estas tierras. Eran hombres que tenían que atravesar montañas elevadísimas y ríos -272- profundos y que penetraban en las selvas más enmarañadas y en los arenales más secos y agotadores. Si aún hoy, pese a

los modernos medios mecánicos de transporte, resultan difíciles y, a veces, peligrosos estos viajes, ¡cómo serían entonces! La aventura humana en el Nuevo Mundo debió de iniciarse enfrentando la naturaleza. No debe sorprendernos que todavía hoy muchas de estas regiones estén prácticamente deshabitadas, pese a la desmesurada feracidad de su suelo. La naturaleza está todavía sin humanizar en muchos de estos territorios. Cuando el hombre se enfrenta a ella, la destruye, pero no la humaniza. Aún no ha aprendido a hacerlo. O no quiere hacerlo. Un reciente informe ha puesto de manifiesto la terrible destrucción de que es objeto la selva del Amazonas en el Brasil, donde la voracidad del sistema carece de límites. Las fotografías captadas por el satélite descubren enormes extensiones de tierra árida en medio del bosque. La selva que imaginábamos inagotable. Recuerdo haber volado durante horas, sin dejar de ver árboles y ríos, aquella inmensa extensión de verde que iba desde los Andes hasta el Atlántico. Era como una sábana verde cubriendo las carnes desnudas de la madre tierra. Hoy esa sábana verde está hecha jirones, y por todas partes se descubren las carnes flácidas y llenas de pústulas de la pachamama. Las grandes máquinas destructoras no se detienen. Talan, pisotean, destruyen. Acaban con todo lo bello. Tampoco se detiene el flujo de capitales que manan de esta, en apariencia, fuente inagotable de riquezas. La ambición no descansa, aunque el tango diga lo contrario. Una tercera parte de lo destruido lo han logrado las grandes empresas madereras e industriales en los últimos cuatro años. ¡Todo un récord! A este paso, en pocos años más nadie recordará que alguna vez existió en estas tierras una enorme selva que se extendía desde el Orinoco hasta el Plata, de los Llanos del Apure hasta la Pampa, y que era considerada como el más importante de los pulmones de

-273-

un planeta que se está asfixiando en una nube cada vez más grande y espesa de dióxido de carbono. Quienes juegan a la bolsa en Nueva York, sin tomar clara conciencia de que juegan con el destino de la humanidad, no deben de tener presente, en ningún caso, un hecho semejante.

-Y tocino -gritó Obrayan.

Su grito fue apagado por un trueno aún más formidable que el anterior. Estábamos hundidos en el barro casi hasta las corvas. Cada paso se había convertido para nosotros en una tortura. Sacábamos con dificultad del barro una pierna para volver a hundirla un poco más adelante, apenas un paso. El cielo seguía cargado de nubes, aunque ahora la lluvia estaba amainando. De vez en cuando, la oscuridad era rota por un relámpago que iluminaba todo de un fregonazo, mostrándonos la inmensidad de aquellos campos anegados. Eran muy pocas las cosas que habíamos logrado salvar de la catástrofe y nos aferrábamos a ellas con todas nuestras fuerzas: un reloj de bolsillo, una brújula, nuestras armas y escopetas de caza, tres bolsas de pólvora, varios cartuchos y las piñas de plata que yo había tenido la precaución de llevar conmigo y que ahora colgaban de un bolso de cuero que llevaba al hombro. No eran muchos los bienes, pero sí suficientes, si lográbamos llegar a algún poblado o a alguna de las estancias de los españoles de la región. En ello teníamos puestas nuestras esperanzas.

Al fin, cuando ya estaba a punto de caer la noche, el cielo comenzó a despejarse. Todavía se veían a lo lejos los relámpagos, y se escuchaban,

también lejanos y apagados por la distancia, los truenos que sólo unas horas antes nos hacían temblar. Pese a la hora, el día se hizo más luminoso, y pudimos contemplar por el espacio de casi -274- una hora el bellissimo espectáculo que ofrece la naturaleza después de la lluvia. Todo -cielo, tierra, árboles preñados de flores de los colores más variados, hojas y hierbas de todas las especies- parecía nuevo o renovado, con el verde primigenio que huele a limpio con sólo mirarlo. Era el primer día de la creación, y nosotros, abandonados en aquellas soledades, los primeros en respirar el aire limpio y contemplar la belleza de las cosas puestas ante nuestros ojos. No sé si Antonio Galdeano y Jaime Obrayan pensaban en ello y sentían las mismas emociones que yo en esos momentos, pero yo, a pesar de los peligros pasados y de las pérdidas sufridas en aquella infortunada conjunción de circunstancias desfavorables, me sentía renovado, como si, al haber perdido casi todo cuanto poseíamos, hubiéramos perdido también muchas de las preocupaciones que atenazaban nuestros corazones. Me sentía ahora más libre y me sentía tan feliz como un niño desnudo chapoteando en una charca de aguas clarísimas sombreada por sauces llorones. Esta sensación de libertad, intensificada por la contemplación de aquella naturaleza tan desnuda y tan libre como yo mismo, por aquellos aromas intensos de tierra mojada y de hierba verde, de flores y de frutas desconocidas, me devolvió la alegría y el deseo de seguir adelante. Era, no obstante, menester que descansáramos aquella noche, y, para hacerlo, debíamos encontrar un lugar apropiado, libre de alimañas y con el suelo, si no totalmente seco, al menos duro y libre de las aguas de aquella inundación. Era menester, además, que lo hiciéramos cuanto antes, lo antes posible, antes de que el sol cayera y las tinieblas de la noche nos envolvieran. Al fin, cuando el crepúsculo estaba a punto de completarse encontramos un pequeño bosquecillo de árboles de aguái crecido en un pequeño altozano hasta el que no habían subido las aguas. Limpiamos lo mejor que pudimos el suelo de malezas con nuestras espadas, tratamos de encender fuego y, aunque con muchas dificultades, lo logramos y -275- tendimos nuestras hamacas para poder dormir aquella noche. Nos moríamos de hambre, pero Obrayan había logrado rescatar un pedazo de tocino y unas galletas, que devoramos, más que comimos, en pocos minutos y sin hablar. Hubiéranos gustado tomar un poco de café, aunque fuese de recuelo, o un poco de yerba del Paraguay, pero no teníamos café ni yerba y, por faltar, nos faltaba hasta la pava para hervir el agua. Cenamos, pues, con frío y en el más absoluto silencio, pensando cada uno de nosotros, para nuestro coleteo, que a la mañana siguiente cobraríamos algunas piezas de caza que harían más amable y llevadera nuestra odisea.

Nos dormimos. Estuvimos todavía algún rato echados en nuestras hamacas, contemplando el cielo abierto y estrellado que se extendía sobre nuestras cabezas, sin hablar, sin decir una sola palabra, y, rendidos al fin por el cansancio, caímos, con el peso con el que cae una piedra en el abismo, en las profundidades del sueño. Yo sentí que, a partir de ese momento, estábamos totalmente a merced de los accidentes de la naturaleza. Lluvias, vientos, inundaciones, o lo que fuere, habrían de azotarnos en adelante de manera inmisericorde hasta hacernos sentir nuestra pequeñez de seres insignificantes y microscópicos, de ínfimas hormigas atareadas en asuntos sin importancia. Dos días antes yo había entretenido mis ocios en el

campamento contemplando el ir y venir de estos pequeños insectos entre los matojos y las huellas dejadas en el suelo por animales mucho mayores que ellos. Somos como hormigas, insignificantes y tenaces, al mismo tiempo. Dominamos cuanto se pone a nuestro paso y, a veces, perecemos aplastados por una fuerza ciega y superior que sale de la nada y que a la nada vuelve sin darnos tiempo a reaccionar, sin que lleguemos a entender su desmesura. Nos dormimos. Me dormí. La noche era clara y tibia. Había dejado de soplar el viento frío del sur, y se respiraba una gran paz en el ambiente.

-276- No sé si soñé. Sólo sé que amanecí con fuerzas y ánimos renovados y que me levanté con el alba cuando los pájaros iniciaron un concierto tranquilo y armonioso que parecía presagiarnos un buen día de viaje. ¿Pero cómo viajaríamos? Carecíamos de todo lo elemental para hacer un viaje cómodo y seguro. Habíamos perdido nuestras caballerías y la mayor parte de los bienes que poseíamos y nos faltaban aún muchas leguas de camino por delante. Tenía yo la esperanza de que sabríamos orientarnos hacia alguna de las estancias que hay en estos territorios y que en ella repondríamos parte de lo perdido, pero, desde la ciudad de las Corrientes, sólo habíamos tropezado con una de ellas y no nos quedamos por creer en ese momento que no seríamos bien recibidos. ¿Por qué habríamos de serlo ahora? En estas soledades, todos los forasteros son sospechosos, y nosotros, con nuestras casacas sucias, las camisas rotas y los calzones desgarrados, no presentábamos, precisamente, la imagen que presentan los hombres respetables y dignos de toda confianza. Más parecíamos asaltantes de caminos, bandoleros y abigeos, que otra cosa, y cualquiera que nos hubiese encontrado, con las escopetas al hombro, las pistolas y las espadas al cinto y la barba crecida de varios días, nos habría tomado por hombres peligrosos para su vida y su hacienda.

Era impresionante el estado al que habíamos quedado reducidos. Cuando nos levantamos ese día, yo pedí a Jaime y a Antonio que dedicáramos la mañana a nuestro aseo personal y a la caza de alguna buena pieza para el almuerzo. Nos organizamos de este modo: Antonio cazaría y Jaime y yo nos dedicaríamos a limpiar y organizar las cosas que nos quedaban. Era necesario que levantáramos la contabilidad de nuestras pérdidas y anotáramos lo que aún nos quedaba. Descubrimos así que estábamos prácticamente con lo puesto. Hicimos, como pudimos, un fardo con algunos lienzos salvados por Obryan y nos dispusimos a lavar nuestras camisas y casacas. Por fortuna para nosotros, no hacía -277- frío aquella mañana, y más bien el sol calentaba de tal modo que apetecía estar desnudo entre la hierba. Colgamos en las ramas de los aguáes la colada y comenzamos a preparar la hoguera en la que habríamos de asar las piezas de caza cobradas por Antonio. Cuando estábamos en esta operación, vimos que Galdeano aparecía en lontananza. Venía corriendo y gritando, y, por los ademanes que hacía desde lejos, creímos por un momento que volverían a repetirse todas las desgracias del día anterior. Finalmente entendimos que aquellos gritos, más que de aviso de la desgracia, eran de alegría. Cuando al fin estuvo lo suficientemente cerca, nos dimos cuenta de que traía al hombro un enorme bulto cuya identidad descubrimos unos minutos más tarde.

-Lo tengo -nos dijo-. Encontré una de las mulas.

-¿Y...? -pregunté.

-Estaba muerta -me respondió-. Se la están comiendo los buitres. Aquí

traigo su carga.

Dejó a nuestros pies el enorme bulto y las cuatro perdices que había cobrado aquella mañana. Nos miramos los tres. ¿Qué haríamos con aquel bulto? ¿Cómo lo cargaríamos?

-La mercadería está en buen estado -nos dijo-. La he revisado. Aún nos sirve. La tela está sucia, pero no está rota. ¿Se han bañado vuestras mercedes?

-Nos hemos lavado un poco y hemos lavado nuestras camisas. ¿Por qué no hace lo mismo vuestra merced?

-No es mala idea.

Obrayan se inclinó sobre el bulto, lo desató y se puso a inspeccionar una a una las piezas de tela que contenía. De vez en cuando movía la cabeza de un lado a otro, como si lamentara lo que veía. -278- También de vez en cuando silbaba de alegría, satisfecho. No hablaba. Sólo estaba atento a la inspección de aquellos bienes recuperados por Antonio Galdeano. Había una poza honda de aguas claras y poco profundas en la que nos habíamos lavado Obrayan y yo y en la que estaba bañándose totalmente desnudo Antonio Galdeano. Se hundía, braceaba un poco y volvía a sacar la cabeza a la superficie.

-Está estupenda -nos gritó-. Vengan vuestras mercedes y aprovechen la ocasión.

-Esta tela huele a cadáver -comentó Obrayan, poniendo un gesto de asco. Nos miramos. No era una mala idea. Fuimos corriendo, mientras nos desprendíamos de los calzones, y yo estuve a punto de enredarme los pies en varias ocasiones y dar con mi cuerpo en el suelo. Parecíamos tres niños felices y de vacaciones. Cantamos una canción irlandesa en una lengua que Antonio y yo no entendíamos y a la que acompañábamos con ruidos y palabras sin sentido. Hablaba, según nos contó Jaime, de un pescador que vuelve a su casa tras pasar varios meses en el mar y encuentra a su mujer en brazos del cura. Chapoteamos. Nos salpicamos de agua, y entre Antonio y Jaime casi me ahogaron en el juego. El agua era tibia y dulce y estaba limpia. Después, más calmados, mientras seguíamos cantando, lavamos como pudimos nuestros calzones. Al fin, salimos, colgamos la ropa en los mismos árboles, nos miramos y rompimos a reír sin parar. Si alguien nos hubiese visto en ese momento, nos habría tomado por locos. La hoguera estaba encendida, y cada uno de nosotros se dedicó a desplumar perdices y a asarlas con el auxilio de nuestros cuchillos. Comimos y, desnudos como estábamos, volvimos a echarnos en nuestras hamacas.

-279-

Me desperté con el frío de la noche. El buen tiempo que siguió a la tormenta no había durado demasiado. Me levanté y fui a ver, a la luz de las estrellas, si mi ropa se había secado. Estaba seca, pero fría. Me acerqué a la hoguera y me vestí. La tormenta había hecho que, casi sin darnos cuenta, cambiáramos nuestras costumbres y olvidáramos la disciplina. Nadie hacía la guardia aquella noche y nadie había hecho la guardia el día anterior. Dominados por la fatiga y quizás el miedo, nos habíamos olvidado de las más elementales precauciones. Desperté a los dos y les pedí que se vistieran. Antonio tiritaba. Les dije que yo haría la guardia aquella noche y les ordené que se durmieran. Después de tantas y tan variadas emociones y tras una siesta tan prolongada, no tenía sueño.

Quería quedarme contemplando la noche y disfrutando del silencio. Quería hundirme en mis pensamientos, dar rienda suelta a mi imaginación y engolfarme en quimeras y fantasías. Quería quedarme conmigo mismo, como tantas veces me había quedado, escuchando la voz susurrante de mi conciencia, recuperando imágenes que no quería perder, olores, sabores, palabras y atmósferas que guardaba y guardo en mi memoria. Quería estar con mis padres, con mi hermana y mis amigos, quería pasar la noche con alguna de mis amantes de antaño, de las que tuve en Alcalá, en Zaragoza y en Lima, acariciando sus cabellos en el recuerdo. Y así me quedé quieto en medio de la noche, dejando que pasaran por mi memoria las imágenes de las personas a las que había amado. Estaba totalmente solo en aquellas soledades, mientras mis compañeros dormían. Poco antes de las cinco de la mañana comenzó de nuevo a soplar el viento. A las cinco y media se despertó Obryan. A las seis estábamos los tres de pie, dispuestos a reemprender nuestra marcha.

El suelo estaba de nuevo seco y endurecido. Era una mañana fresca y no había una sola nube en el horizonte. El sol se levantaba implacable sobre aquellos llanos, y las avechillas se movían de un lado -280- para otro, revoloteaban y piaban entre las ramas de los árboles. A lo lejos vimos una manada de caballos sueltos. Jaime y Antonio cargaban el bulto de ropa, y yo iba delante de ellos marcándoles el camino y abriendo trocha con la espada, a falta de machete. A media mañana nos dispusimos a descansar. Ya hacía calor, y el brillo del sol era muy intenso. Toda la inmensa llanura estaba coloreada por las flores de los lapachos: rojas, blancas, amarillas y azules. El espectáculo de los tayís, como los llaman en Asunción, era impresionante. Bajo uno de ellos, alto y coposo, que arrojaba sus flores rojas al suelo, un tayí pytá, acampamos. Esta vez fuimos Obryan y yo quienes salimos a batir el campo para encontrar la caza. Y a fe mía que anduvimos con suerte, pues, apenas habíamos dado unos doscientos pasos, cuando apareció ante nosotros uno de aquellos pequeños jabalíes que tantos problemas nos habían creado dos días antes, y yo mismo, de un certero disparo, lo derribé. De regreso, tropezamos con un rebaño de vacas cimarronas que rumiaban tranquilamente sin levantar sus cabezas, sin preocuparse en absoluto por nuestra presencia. Caminamos entre ellas con nuestra carga al hombro, con el pecarí colgado de un palo que ambos cargábamos.

Si las pérdidas habían sido grandes, no habían sido, empero, totales y, para nuestra fortuna, la desgracia nos había ocurrido en un lugar en el que abundaba toda clase de comida, desde pescados tan grandes y sabrosos como los surubíes y los dorados hasta jabalíes y perdices, descontando aquellas vacas cimarronas de cuya carne hubímonos de alimentar en ocasiones. Tan sólo echábamos realmente de menos nuestras caballerías, pero nunca pudimos o supimos cazar aquellos caballos sueltos que con tanta libertad correteaban delante de nosotros hasta perderse en el horizonte tras una espesa nube de polvo y que tanto habrían aligerado nuestras fatigas. Seguíamos llevando con nosotros pólvora, yesca y pedernal, nuestras -281- ropas aunque ajadas, nuestras armas, las telas que habíamos recuperado y las piñas de plata que podrían sacarnos de apuros y de las que no me desprendía por nada del mundo. Confiábamos en que algún día saldríamos de aquel laberinto en el que parecíamos perdidos pese a

contar con una brújula y el buen sentido de orientación que poseía Galdeano. Pasaban los días y las noches. Aquellas extensas llanuras hacíanse interminables, y cada vez era más espesa la selva, más denso el matorral y más y más anegados los terrenos pantanosos por los que viajábamos hacia ninguna parte. Pasaban los días, y julio, con sus vientos del sur y sus noches frescas y amaneceres soleados, estaba a punto de terminar. Comenzábamos a desesperarnos. Obryan, que tenía un temperamento impaciente y una imaginación desbordante, comenzó a decir que ya no saldríamos de aquel trance y que debíamos disponernos a sobrevivir en aquellas soledades como había sobrevivido Robinsón en la isla que había imaginado para él el señor Defoe. Lo mejor sería, según el irlandés, que buscáramos un lugar algo alto allí donde todo era llano y que en él construyéramos nuestras cabañas de madera y esperáramos a que algún día pasaran por allí indios o españoles, que para el caso no importaba, que nos pudieran informar sobre el modo de escapar de aquella trampa de la naturaleza. Prevalció, no embargante, mi opinión de continuar el camino, y así lo hicimos. Yo pensaba que yendo siempre hacia el este, en algún momento habríamos de tropezarnos con algún cristiano y que éste habría de socorrernos al vernos en la necesidad en que nos hallábamos.

El 25 de julio en la mañana creímos ver, a lo lejos, un grupo de hombres perdidos casi en el horizonte. Pudimos aproximarnos hasta casi alcanzarlos, pero los volvimos a perder cuando se metieron en un bosquecillo que daba a un pantano. Como nosotros, caminaban hacia el este y, por su aspecto, la falta de vestidos y el hecho de que -282- viajaran a pie, dedujimos que se trataba de un grupo de mocobíes o algunos otros indios que, procedentes del Chaco, solían a veces atravesar los grandes ríos para internarse en los grandes campos de caza del oriente. Se trataba de indios que desconfiaban, con frecuencia (y casi siempre con alguna razón), de los españoles y que tenían motivos más que sobrados para desconfiar de los viajeros que se aventuraban por aquellos territorios.

Así que no nos lamentamos demasiado de no haberlos podido alcanzar. Antes bien, llegamos a pensar que era preferible que nos mantuviéramos, en lo posible, alejados y ocultos. De habernos encontrado frente a frente con ellos, es más que probable que nos hubiésemos tenido que defender y, con toda seguridad, el apóstol Santiago, pese a ser nuestro patrón y celebrar su día, no nos habría asistido en aquella ocasión, pues, por motivos totalmente desconocidos para los más destacados filósofos, los milagros que con tanta frecuencia habíanse repetido en los siglos más oscuros y preñados de supersticiones no volvían a producirse jamás en este siglo en el que imperaban la razón, los pañizuelos de seda, el soconusco y las cajitas doradas de rapé incrustadas de rubíes o de brillantes, hecho que a ninguna destacada inteligencia parecía preocupar en las academias europeas, pero que era de la mayor importancia para nosotros debido a las difíciles circunstancias por las que estábamos atravesando en ese momento. De haber contado entonces con el auxilio del apóstol de España y sus celestiales legiones, poco o nada nos habría importado enfrentar a toda la tribu de los mocobíes o de los abipones, aun cuando estuviesen todos estos indios armados hasta los dientes y más sedientos de sangre que un agiotista.

El 28 de julio volvió a llover, pero con una lluvia suave y amable,

parecida a la garúa que suele apenas humedecer las calles de Lima. Habíamos fabricado una a manera de tienda de campaña con -283- algunas piezas de la tela que habíamos logrado salvar. Consistía ésta en varios lienzos atados entre sí que colgábamos de los árboles bajo los cuales nos protegíamos durante la noche. No era la mejor defensa contra las inclemencias del tiempo, pero era suficiente para que nos sintiéramos seguros y protegidos. Aquel día no nos movimos del campamento y lo pasamos junto al fuego, echando de menos una buena botella de aguardiente y unos cigarrillos que habrían hecho mucho más llevadera nuestra jornada. A Obryan le dio por contarnos historias fantásticas de su tierra, historias de duendes y de hadas, muy semejantes a las que me contaban de niño en Samaniego, y a Galdeano por levantarse y cantar unas coplillas muy alegres de las que canturrean los negros en Lima las noches de los sábados. Pese a la lluvia, menuda pero insistente, la hoguera permaneció encendida durante todo el día. Era terrible la nube de humo que se levantaba, y, para evitar que la fogata se apagara, arrimábamos a las ascuas ramas mojadas que, a medida que se secaban con el calor de la hoguera, se convertían en una excelente materia combustible. Y, así, se renovaba el fuego, que en ello poníamos todo nuestro cuidado, por la cuenta que nos traía el hacerlo. Al llegar la noche, Obryan quedó encargado de la guardia, mientras Galdeano y yo tensamos nuestras hamacas para dormir y nos dispusimos al descanso. Entre las sombras volaban los vampiros. Había ya dejado de llover, y el cielo estaba despejado, sin una nube. El aire era sereno y limpio. No se movía una hoja. Se veían las estrellas. No hacía frío. Era una noche, si no perfecta, agradable. A lo lejos escuchábase los ruidos de algunos animales y el vuelo zumbón de los insectos nocturnos. Volaban las luciérnagas, creando con sus candelas imágenes fantásticas y misteriosas. A los pocos minutos de haberse echado en su hamaca, Antonio Galdeano dormía como un bendito y roncaba sin compasión para los oídos de -284- sus prójimos. Obryan estaba sentado sobre un tronco arrimado a la hoguera, desbastando con su cuchillo de monte un trozo de madera del que pretendía sacar alguna figurilla que al día siguiente no sería reconocida por ninguno de nosotros. Era muy malo haciendo esos trabajos, pero cantaba bien y sabía contar historias. Estaba silencioso. Quizá pensaba en su tierra, en sus pagos, en su familia, en sus padres y en sus hermanos, en los amores que tal vez había dejado en la isla verde cuyos paisajes evocaba con sus canciones. También yo pensaba en mi infancia y en mis seres queridos, en el pueblo irlandés en el que estaría viviendo la niña rubia de Vitoria, en lo que estarían haciendo en ese mismo momento mis ancianos padres, en mi hermana Leona, en Miguel, en todos. Pasaba mi vida ante mis ojos a la velocidad del vértigo y, de vez en cuando, me detenía con deleite en alguna de sus partes. Más que recuerdos eran fantasías, jirones de sueños entrelazados. Los recuerdos puros no existen. Creo que no. La memoria los confunde. Nos confunde. Mezcla las cosas. No recordamos, reconstruimos, y, al hacerlo, ponemos siempre las cosas fuera de su sitio, en lugares que no existían en un principio (o que jamás existieron) y hacemos que los personajes que imaginamos sean, se muevan y actúen como nunca fueron, se movieron ni actuaron, que digan cosas que jamás dijeron y que piensen cosas que jamás pensaron. Nadie es lo que es, sino lo que es en el recuerdo de los otros o en sus propios recuerdos.

Nada es tan engañoso como la realidad. La realidad está siempre confundida con los sueños. Somos tan sólo lo que pensamos que somos. Fuera de nuestro pensamiento, nuestra existencia es siempre dudosa.

Calculo que debí de dormirme hacia las nueve, aunque no puedo asegurarlo. Soñé con Lima. Fue un sueño extraño, un sueño en el que todas las imágenes se amontonaban y confundían. Estábamos -285- el coronel Eguidazu, doña Encarna y yo paseando por el puente que une la parte posterior del palacio de los virreyes con el barrio que se levanta al otro lado del río. Íbamos de arriba abajo y de acera en acera, como se suelen hacer estos paseos, saludando a quienes habían salido, como nosotros, a tomar el fresco. Era una noche de verano agradable y limpia. El coronel Eguidazu me iba contando con todo lujo de detalles y con grandes aspavientos una de sus desmesuradas aventuras en las selvas del Marañón y trataba de convencerme de que era cierta, pues, al parecer, yo ponía en duda que lo fuera. Cada dos por tres pasaba algún caballero o alguna dama que nos conocía y nos veíamos obligados a devolver el saludo, con lo que la narración del coronel volvía a interrumpirse. Parecía una de esas historias de nunca acabar, como las que hay en algunos cuentos para niños. Doña Encarna, que caminaba unos pasos detrás de nosotros, se reía a carcajadas, y yo trataba de atender tanto a lo que mi amigo me contaba cuanto al motivo de la risa de doña Encarna, pero me resultaba imposible, porque cada vez que trataba de voltear la cabeza hacia ella, el coronel Eguidazu exigía mi atención, me ponía la mano en la cabeza y me la devolvía con fuerza a su posición original. Me hacía daño. Era una situación incomodísima que me ponía nervioso. Excitadísimo. Una tortura. Un tormento infernal. El coronel estaba furioso, y yo no sabía si le enfurecía que yo tratara de atender a la risa de su mujer o si era la propia risa de doña Encarna la que lo sacaba de sus cabales. Jamás me había sentido tan mal, tan incómodo. Por alguna razón pensaba que todos me veían y estaban pendientes de mí, y me preocupaba el motivo de risa de doña Encarna. De pronto, no sé cómo, quien me estaba hablando ya no era el coronel Eguidazu, sino mi padre, que me daba consejos sobre cómo comportarme con las damas para lograr que se rindieran a mis encantos, como cualquier don Juan de comedia, y me invitaba a que voltease y viera a la mujer del coronel -286- coqueteando con el señor virrey. Y, en efecto, ahí estaban ambos, el señor conde y doña Encarnación, besándose y tocándose, mientras caminaban por el puente y los paseantes los saludaban con grandes reverencias y a mí me entraban unos deseos tremendos de agarrar al virrey por el cuello y retorcérselo allí mismo. «No lo hagas», me decía entonces mi hermana Leona, y mi cuñado, que se ponía también a mi lado y me pasaba el brazo sobre el hombro, me aconsejaba que, de una vez por todas, montara un negocio de venta de vino en la calle de Pilitricas, «que yo sé que en esta ciudad todos son fervientes adoradores de Baco y no han de faltarte los clientes ni fallarte la fortuna». «No es así, fray Alejandro», respondía Miguel Blasco, «que, si atendemos a lo que escribe el Estagirita, mejor nos entregamos a los placeres de este mundo, que los gozos del de más allá no hay quien los tenga comprobados». «No se trata de los placeres mundanos ni de gozos celestiales», le respondía Simón, que, sin saber cómo, aparecía en el corredor yeré de mi casa asuncena, cabalgando desnudo sobre el cuerpo de Augusta Eguíluz, la mujer del boticario de Logroño que tenía

su tienda al lado del colegio de los jesuitas cuando yo era niño. «De lo que se trata es de saber si el ser es cuando es y no es cuando no es o si, por el contrario, es cuando no es y no es cuando es». Aquí era de nuevo el coronel Eguidazu quien se enredaba en semejantes galimatías mientras golpeaba con su puño cerrado una mesa grande que resultaba ser la cabeza de un indio gigantesco que se ponía de pie y lanzaba un grito terrorífico mientras movía las manos como aspas y todos tratábamos de escapar de su furia. Éramos cientos, miles de hombres y de mujeres los que corríamos por las calles de una extraña población que unas veces era Asunción y otras Lima y las más de las veces Logroño y Zaragoza, pero en la que había grandes espacios arbolados y enormes ríos que cruzaban por todas partes. Y este coloso se ponía de pie y escapábamos entre sus piernas sin -287- mirar hacia arriba: era una fuerza ciega y desmesurada, la fuerza de un monstruo que ahora caminaba con absoluta indiferencia, como si nosotros no existiéramos, como si sólo fuera él y él ocupara el espacio todo, porque crecía y crecía y no parecía tener límites su crecimiento. La visión era terrorífica, y, mientras seguía creciendo aquel monstruo, yo escuchaba gritos y voces, maldiciones y blasfemias, oía mi nombre en un alarido largo y desgarrador, interminable, y, después, escuchaba el silencio y todo desaparecía de mi vista: las ciudades y los bosques, los ríos y las personas, el coronel Eguidazu y su mujer, Leona y mi cuñado, mi padre, mis amigos, y sólo quedaba el rostro de mi madre que me decía «así es la vida, hijo mío. El mundo se acaba, se acaba todo y llega ya el día del juicio. Confiésate. Comulga. Prepárate para el largo viaje al valle de Josafat, el viaje interminable». Y entonces también mi madre desaparecía, y desaparecían sus labios y sus ojos, su nariz y su ternura, y todo era oscuridad y silencio y desaparecía yo, porque yo había ya dejado de ser, de existir, y no tenía conciencia de mí mismo, y el tiempo y el espacio, todo lo que es, todo lo que es, todo lo que es, todo lo que, todo lo, todo... Todo se borraba, todo lo que es. Desaparecía. Todo lo que. Todo lo. Todo. Ya no había palabras. Ya no había. Ya no. Ya no. Había. Ya. No. Palabras. Ya no había palabras. Ya no había. Y, en medio de la oscuridad, volvía a escuchar ruidos, sonidos sin forma, susurros, palabras. Palabras que eran susurros que eran palabras. Palabras sencillas, susurros tiernos y evocadores. Y ahora podían ver mis oídos lo que no escuchaban mis ojos, e imaginaba la figura de cada palabra trazada en el aire como un signo, un trazo único que significaba todo porque en él estaba todo comprendido y era un signo sin límites, infinito. Y las palabras me golpeaban los flancos y las sienes, y tenía fiebre en los bolsillos de la casaca, fiebre escondida entre los pliegues del chaleco, orgullo en las canas que blanqueaban mi barba de tantos -288- días, miedo en los sobacos, frío en todo el mundo de la cintura para abajo. Estaba solo. O no estaba. O estaba sin estar. Era sin ser. No sé. ¿Qué fue, entonces, el hiato que traspasó mi pecho, si no tenía pecho, si no era? ¿Qué fue el olor de la cánicula maledicente, el ombligo de la toalla? ¿Qué, aquellas voces gordas y saladas, patas de moscas que rebotaban como pelotas en un frontón? ¿Qué, la figura de aquel coloso que, de nuevo, emergía de las tinieblas y cobraba límites y figura, realidad y sentido y me llenaba de horror? ¿Qué, en fin, el frío y la aritmética? Todo estaba, de nuevo, a mi alrededor y otra vez doña Encarnación me tomaba del brazo y me decía «querido amigo,

vuesa merced es y será siempre mi amigo más dilecto y entrañable, mi querido y secreto amante», y ponía su mano en mi pecho y la dejaba deslizar hacia el esternón, mientras su esposo, mi amigo el coronel, me ponía sus manos en la cabeza como si me ungiera, o me bendijera, y repetía unas palabras rituales que yo no entendía y que sonaban extrañas y demoniacas: «Gurucercos amate canco». Y no eran ya los ojos del coronel, sino los de mi hermana Leona, los que estaban fijos en mí. Eran aquellos ojos grandes y negros que cada vez se hacían más grandes y más negros, y yo veía cómo penetraba en ellos y me confundía con ellos y desde ellos me veía tendido en una cama, echado a todo lo largo, inmóvil, mientras una multitud de personas de toda condición se arremolinaba en torno al lecho en el que reposaba y gritaba al unísono la frase ritual que el coronel Eguidazu había se atrevido a pronunciar por vez primera: «Gurucercos amate canco». Y una voz aguda y dulce al mismo tiempo se elevaba sobre todas las demás y modulaba cada una de las sílabas de aquella extraña oración, y todos los demás la repetían como estribillo.

De lo que más me acuerdo es del rojo. Todavía no sé si lo vi o lo soñé. Era un color intenso, fuerte, total, un color que ponía límites a las superficies y los volúmenes, los absorbía y los anulaba: color -289- absoluto, fuera del que nada podía existir. Debí de pasar muchísimas horas mirándolo sin verlo. Muchísimas. Cuando lo vi finalmente imaginé que el mundo era rojo, que nada existía fuera de ese color. Ardía. Todo ardía a su alrededor. A mi alrededor. En el mundo. El mundo era rojo. Yo también era rojo. Era fuego. Yo ardía. Ardía mi cuerpo. Ardía mi alma. Estaba ardiendo, condenado a los infiernos en los que se pagan los pecados todos, en los que todo tiene su principio y su fin. No había otra realidad fuera de aquel color. Ni el coronel. Ni doña Encarna. Ni mi hermana. Ni mi cuñado. Ni Miguel Blasco. Ni Simón Martí. Ni Bonifacio. Ni Javier Arrillaga. Ni fray Alejandro Calleja. Ni Antonio Galdeano. Ni Jaime Obrayan. Ni Augusta Eguíluz. Ni la niña rubia de Vitoria. Ni el padre Valverde. Ni Eloísa. Ni Robles. Ni nadie. Nadie. Nadie. Nadie. Sólo el rojo, el color de todas las cosas, el color. Sólo el rojo. Solorrojo. No había otra cosa en mi piel, en mis ojos, en mis papilas gustativas, en mis sobacos, en mi esternón. Respiraba rojo. Veía rojo. Oía rojo. Saboreaba rojo. Rojo. Solorrojo. Y el rojo estaba allí acariciándome las piernas, encendiendo de nuevo mi fantasía, y con el rojo, el solorrojo, había palabras, llegaban algunas palabras hasta mis oídos y eran palabras sordas y duras, mil veces oídas, millones de veces oídas, recordadas, memorizadas, inconfundibles, precisas: «Gurucercos amate canco», «pobre», «trabajo», «fatiga», «noche», «señor». También «pan», «amigo», «cierto», «miedo», «golpe». Y cada una de aquellas terribles palabras abría un boquete en el rojo, un círculo inmenso por el que se chorreaba el carmesí hacia los abismos de la nada. Y aparecían zonas moradas y azules, amarillas y verdes, blancas y rosadas, y venía la confusión de los colores y yo me angustiaba mucho, porque todos aquellos colores me ahogaban y me impedían respirar. Se chorreaban los colores por todas partes y se confundían entre sí porque no había formas que pusieran límites a su avance y les dieran sentido y realidad.

-290-

Me acuerdo del rojo. Del solorrojo. Y me aterroriza aún la confusión, el

caos cromático que sale de la nada y a la nada vuelve, esa nada a la que irremediabilmente estamos condenados. Todos. Solorrojo. «Gurucercos amate canco».

Ignoro el tiempo que pudo haber durado aquella pesadilla. Obrayan y Antonio Galdeano no estaban conmigo. Yo no sabía dónde estaban, ni lo podía imaginar. Tampoco sabía lo que me había ocurrido. No sabía nada. Estaba en una pieza amplia de paredes blancas y de techo alto cruzado por rústicas vigas de troncos sin desbastar. Había una ventana que daba a alguna parte, pero que estaba cerrada. Era una ventana grande con dos hojas de madera tras la que se adivinaban visillos blancos y vidrios opacos. La pieza estaba oscura, y tenía mucha sed. Sed. La sed me ahogaba, porque me seguía sintiendo cercado por todos los colores. Y el silencio. Había una mujeruca vestida de negro sentada en una silla de anea. Una silla enana, de las que usan las mujeres viejas cuando entretienen sus ocios en el tejido. La mujeruca dormitaba, y su cabeza caía sobre su pecho en un profundo ronquido que, de vez en cuando, quebraba el silencio reinante en la habitación. Tenía puesta una saya oscura y sucia y un manto negro en la cabeza que le cubría los hombros. En la penumbra, no se le veía la cara. Podía adivinar las formas de las cosas entre las tinieblas que me rodeaban. Recordaba. Una ventana. Una silla. La cama. Las sábanas. La almohada. La puerta. El echarpe de la vieja. La anciana dormida. Dormir. Recordaba. Tenía conmigo las palabras. Existía. Volvía a ser. Volvía a existir. Vivía. ¿Pero dónde? ¿Qué había más allá de aquella ventana? ¿Quién era aquella mujeruca que dormitaba junto al lecho en el que yacía, sentada en una sillita de anea? ¿Qué sueños ocupaban su mente? ¿Me soñaba a mí o yo la soñaba? Volvían los colores a rodearme y, temblando de terror y de fiebre, cerraba mis -291- ojos. ¿Quién era yo entre todos aquellos seres imaginados en el sueño? ¿Era soñado o soñador? ¿Creador o creatura? ¿Dios u hombre? Si no lo sabía, si la duda me embargaba, no podía ser sino... ¡Qué importa! «Gurucercos amate cinco». El coronel Eguidazu tenía puesta su mano sobre mi frente y doña Encarnación salmodiaba: «Ocnac etama ocrecurug».

Debí de pasar muchos días en aquel estado. Estado de ignorancia, de inconsciencia, estado de quien está sin ser, perdido en nebulosidades, colores sin forma y sonidos sin armonía. Nadie supo decirme cuántas horas pasaron, cuántos días, cuántas semanas. Después he ido sacando mi cuenta. Poco a poco, a medida que cobraba fuerzas. Fueron dos semanas de inconsciencia y sueño, dos semanas de agonía, dos semanas de lucha. No sé si fue mi voluntad o si fue mi cuerpo. Uno de ellos venció, pero no sé cuál. En todo caso, yo no sabía que me estuviese muriendo. En aquella casa tuve tiempo suficiente para reconstruir los hechos, aunque jamás supe con seguridad cómo sucedieron las cosas. Al fin y al cabo, estaba dormido cuando éstas ocurrieron y vine a despertarme dos semanas más tarde en cama ajena, en casa de otros y en medio de una tierra absolutamente desconocida para mí. Ya no estaban conmigo mis amigos y compañeros de viaje, a quienes echaba de menos. No estaba Jaime. No estaba Antonio. Ni poseía otras cosas que la ropa que descansaba sobre un arcón al pie de aquel camastrón en el que reposaba y la cadena y la medalla que me regalaran el coronel y su esposa y que siempre he conservado. También tenía una brújula. La brújula. Mi brújula. Estaba sobre una mesilla de noche al lado de mi cama, en la

que también reposaban un vaso de agua, un libro de rezos y el rosario de la mujeruca que acompañaba mis soledades. Su aguja apuntaba siempre a mi cabeza, porque mi cabeza estaba al norte de la almohada, bajo las nieves de la sábana con la -292- que me cubría. Era aquél un paisaje nevado y blanco, frío y blanco, desierto y blanco. Era un paisaje inhumano. Infernal. Helado. Un paisaje helado en el trópico cuando los calores de la primavera eran anunciados por los rosados del tayí pytá, el blanco del tayí morotí, el amarillo del tayí saivú y el morado del jacarandá. Pero aquellos colores no entraban a mi pieza vacía de paredes blancas, de soledades sin color. Sólo la mujeruca con su saya oscura y su mantón negro sobre la cabeza que dejaba deslizar sus dedos sarmentosos sobre las bayas secas que componían aquel rosario que, de vez en cuando, descansaba sobre mi mesilla, en un oscuro rincón más allá del círculo de luz que proyectaba la palmatoria. El rosario. El camino. El viaje. La vida. El contar. Contar los pasos uno por uno. La suma de todos los pasos. Los segundos de la vida. Uno detrás de otro. ¿Qué hacemos los hombres, si no es contar nuestros pasos en esta vida? Aunque perdamos la conciencia del número, tenemos un músculo casi perfecto que lo hace por nosotros. Como un reloj. Va contando nuestros pulsos, nuestros momentos más breves, el tiempo que transcurre de manera irremediable hacia la muerte. Mi muerte. Nuestra muerte. El corazón. Sentimos y contamos. Sumamos. Restamos. Dividimos. Multiplicamos. Contamos. Aritmética. Pura y simple aritmética. Limpia aritmética. La fascinación del uno. A ella quedamos reducidos. ¿Qué otra cosa somos, qué otra cosa podemos ser, sino números, guarismos, suma de huesos, resta de años y división de momentos felices jamás olvidados y de desgracias multiplicadas? La vieja reza en silencio. Abandona el rosario en su regazo. Se abandona al sueño. El manto vela su rostro cruzado por las arrugas también contadas. Una mosca negra y grande revolotea ruidosa sobre su cabeza. Está musitando alguna plegaria (la vieja, no la mosca). Lo sé. Mueve los labios de una manera casi imperceptible. Dormito y, de vez en cuando, abro mis ojos. Esta mañana me ha traído un caldo espeso de -293- gallina con mote de trigo y un pedazo de chipa guazú. Tomo la primera cucharada de sopa con dificultad. Me arde el estómago. Me revuelvo entre las sábanas. Me duermo al fin. Hay una mujer que me extiende una mano pequeña y alargada, una mano muy fina con la palma abierta hacia arriba. Me sonrío. Es joven, de pelo negro y largo y con ojos también oscuros y rasgados. Tiene los labios carnosos y las mejillas encendidas. Es una mujer morena y bella con unas cejas muy finas que parecen pintadas sobre la seda de su piel color de caramelo. Dice algo que no puedo oír y a sus ojos asoma, indiscreto, el rayo brillante de un cristal que se va deslizando poco a poco por su rostro hasta humedecerle la mella. Junto a ella veo a un hombre mayor que la abraza en silencio. Ambos me miran. La anciana ha desaparecido. El hombre ha puesto una de sus manos sobre mi frente y ha sonreído. Me despierto. Estoy de nuevo completamente solo y, más allá de la ventana, escucho el monótono golpeteo de las primeras gotas de lluvia sobre las hojas de los árboles. La vida continúa. Fueron dos cortas y larguísimas semanas. Larguísimas sin Manuela y acortadas por el sueño y la inconsciencia. Dos semanas en las que no me hallaba conmigo mismo. Tomé conciencia del dolor sólo cuando tomé conciencia de mi vida, conciencia de mi existencia (como ocurre siempre).

La vieja pasaba horas y horas sentada en su sillita de anea y rezando el rosario, atenta a cuanto pudiera ocurrirme, a los cambios que pudiera observar en mí, y el dolor me recorría el cuerpo de arriba abajo, de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, se fijaba en un punto al azar, en cualquier punto de mi escasa anatomía, se extendía a las partes cercanas, se dilataba como se dilatan los cuerpos con el calor y volvía a contraerse y a fijarse ahora en un punto completamente diferente, como si hiciera un recorrido de reconocimiento, un paseo, una carrera a través de -294- los músculos de mis brazos y de mis piernas, a través de mis venas y de mis huesos, de mis vísceras, de mi sangre, de mis humores, de mi saliva, de mis pelos y de mis uñas, buscando dónde quedarse, permanecer, hacer su casa. Comenzaba en la cabeza, en la frente vendada de la que había manado sangre sin que yo lo supiera, y pasaba hacia la parte posterior del cráneo, bajaba por el cuello, se extendía sobre los hombros con agujas que se me clavaban en las paletillas y, abriéndose camino entre pecho y espalda, llegaba al fin al estómago, obligándome a retorcerme, a contraerme, a convertirme en una bola, en un amasijo informe con la cabeza metida entre las rodillas y mordéndome los labios para evitar el grito. Y ahí, de pronto, se quedaba. Aumentaba y disminuía, según los casos. Volvía a desaparecer como había llegado, y yo me dormía.

Así pasaron otras dos semanas, llegó octubre, llegaron las lluvias y llegaron los calores y los mosquitos. Llegó el interminable verano de estas latitudes, ese verano que corre entre octubre y mayo y que cada año penetra en pleno invierno en nuestras vidas, al menor descuido, para recordarnos que se encuentra al acecho, esperando atraparnos entre sus garras. El sol salía cada mañana tan brillante e intenso como el día anterior, pero, a veces, la atmósfera se llenaba de humedad y descargaba con furia la lluvia sobre la tierra, barriéndolo todo, modificando el curso de los arroyos, convirtiendo en lagos y barrizales lo que tan sólo unos minutos antes habían sido pastos y tierras de cultivo. En aquellas dos semanas fui, a pesar del dolor que me abatía, un hombre muy dichoso. Hacia mediados de septiembre mantenía conversaciones, si bien breves, sabrosas e inteligentes con mis anfitriones y desde los primeros días de octubre comencé a levantarme. Primero, me quedaba sentado en la cama durante horas, con los pies en el suelo. Después, me ponía de pie y trataba de caminar hasta la puerta que se abría al corredor -295- y veré de la casa, desde donde observaba curioso e interesado los árboles cargados de flores y de frutas y los pajarillos que se entretenían entre sus ramas. Miraba el techo cruzado de vigas formadas por troncos sin desbastar. Era una pieza grande, rústica y limpia. Había en su atmósfera un aroma floral que embargaba mis sentidos. En una esquina de la habitación había una jofaina con su palangana, donde cada mañana cumplía con mis abluciones; en otra, una mesa de madera, larga y desnuda, con una silla grande de lo mismo. No había detalles de lujo. Ni de molición. No había cojines. Ni cristales de Bohemia. Ni alfombras. Ni bandejas de plata. Ni cortinas de raso. Ni tapices que descolgaran de las paredes. Ni terciopelos. Ni brocados. Ni holandas. Había lino, pita, algodón, madera, bayeta y barro. Todo, desnudo y limpio, sin afeites. Todo era, sin embargo, a su manera, hermoso, y yo me sentía contento y mejoraba. Mis dolores iban poco a poco desapareciendo, y era raro el día en el que el

dolor me dominara. Hasta la venda que durante tanto tiempo había envuelto mi cabeza era ya sólo un recuerdo. Desde el corredor yeré en el que descansaba tendido en la hamaca, veía en las mañanas a los trabajadores de la estancia engolfados en sus quehaceres y al dueño de la casa dirigiéndolos o vigilándolos con la mirada atenta a los trabajos. Trotaban los caballos delante de mis ojos y, a veces, se perdían al galope en el horizonte. Los peones arreaban las vacas o cargaban los aperos sobre sus hombros. Cada quien cumplía su tarea, y a la hora de la siesta el mundo se detenía por unas horas, se congelaba el tiempo y el sueño caía sobre la casa, los muebles, los árboles, los prados, las flores y los cerros que se perfilaban en la lejanía, y todo quedaba entonces inmóvil y quieto, y yo me hundía en mis pensamientos y en mis recuerdos. Los peones eran indios abipones, pero también los había mestizos. Con todos se entendía el dueño en esa extraña mezcla de guaraní y español que tan difícil me resultaba. Volvía a veces el -296- amo a la casa, penetraba en el estrado donde lo esperábamos Manuela y yo y nos contaba sus tribulaciones. Un día se trataba del herraje. Habían herrado mal los caballos. Los habían herido innecesariamente, haciéndolos sufrir. Otro eran las vacas y sus enfermedades. No había un solo albéitar en toda la comarca, y el amo estaba obligado a saber de todo un poco; saber, por ejemplo, qué hierba era buena para esto o para lo otro, cómo preparar una lavativa o qué se podía hacer en un mal parto. Eran muchas cosas para un solo hombre, y los problemas se multiplicaban en la casi infinita extensión de su estancia. A veces, desaparecía durante días y agradecía mi presencia, el que estuviera ahí para defender a Manuela en caso de que hubiere necesidad de hacerlo. La nana era ya muy vieja y carecía de fuerzas, y últimamente contaban muchas cosas difíciles de creer en otros tiempos.

-Dicen que los mocobíes están en pie de guerra -me contó una mañana en el corredor de la casa, mientras cebábamos el mate.

-¿Quién lo dice? -le pregunté.

-Alguien que acaba de llegar de las Corrientes. Lo he encontrado en la estancia de Juan Medrano.

Yo no conocía a Juan Medrano, ni sabía de su estancia, pero el amo acababa de llegar de ella y traía las últimas noticias, las que importaban.

-Han matado a varios españoles. Entran en las estancias, reúnen a los peones indios y los invitan a unirse a ellos. Si alguien se resiste, ahí no más lo matan. Parece que vuelven los malos tiempos.

¿Habían sido mocobíes los que nos habían atacado y matado a mis compañeros? Cuando los peones del señor Pedro Mena me encontraron, mis compañeros habían sido devorados por los buitres y -297- eran irreconocibles. Ahí mismo los enterraron. Yo jamás los vi, y prefiero tener de ellos el recuerdo de su juventud y su apostura. Ambos eran apuestos. Antonio tal vez más que el irlandés, pero ambos lo eran. Jaime y Antonio se habían defendido y habían logrado matar a tres de sus atacantes. Parece ser que yo fui el primero en caer, y que eso me salvó la vida. Me golpearon en la cabeza con una maza mientras dormía a pierna suelta, y Jaime, que hacía la guardia, tuvo tiempo de ponerse de pie, matar seguramente a quien me había atacado y despertar a Antonio, que también debió de defenderse lo mejor que pudo. A mí me dejaron por muerto, arrojado en cualquier parte, y ni siquiera se detuvieron a registrar mis

ropas. Quizá tenían mucha prisa. Tal vez alguien los venía persiguiendo. Según me ha contado Pedro Mena, desde la época de la rebelión de los indios de las reducciones, las milicias de las Corrientes baten estos campos para evitar actos de violencia y de muerte. ¿Qué eran? ¿Indios o mestizos, blancos, españoles o criollos? Según Pedro Mena, el dueño de la estancia en la que me alojé y me repuse, uno de los muertos vestía como marino inglés. Quiero creer que fue Jaime quien lo mató, pues él odiaba a los ingleses, pero ¿qué hacía un marino inglés tan lejos de cualquier puerto, si es que el muerto era inglés y si es que era marino?

Tal vez no sea descabellado pensar en un aventurero inglés en la América meridional del siglo XVIII. Un pirata. Uno de esos contrabandistas que habían introducido mercaderías inglesas durante años a través de Colonia Sacramento. En el punto 17 del Informe detallado del Marqués de Valdelirios del 2 de abril de 1755 dirigido al ministro Ricardo Wall, este diligente funcionario de la Corona, comisario principal para la ejecución del Tratado de Madrid, señala con claridad, dirigiéndose al ministro, lo siguiente: «Ya estará vuestra excelencia instruido de que el señor don -298- Joseph de Carvajal celó mucho el descubrimiento del tratado, porque comprendió justamente que se declararían contra su ejecución las potencias comerciales del norte y también todos los que en este país pudiesen depender del clandestino comercio de la Colonia del Sacramento». Con las potencias coloniales del norte se refiere, precisamente, a Inglaterra, que tenía bien afirmados sus pies en el comercio de esta zona a través de aquella entrada. El hecho de que el gobernador de Buenos Aires, don José de Andonaegui, que según el propio Marqués de Valdelirios había logrado amasar una gran fortuna, y los padres jesuitas, a quienes apoyaba, manifestaran una y otra vez, con hechos y con palabras, su clara oposición a que se ejecutaran los términos del Tratado de Madrid nos permite pensar en ellos, salvando todas las distancias, como aliados objetivos de los ingleses. Éste es un punto que no se puede contradecir, aun cuando pensemos en los jesuitas como grandes defensores de los indios y en los intereses de estos últimos, intereses que no estaban comprendidos en el tratado.

La política es siempre complicada, y, cuando en la política se mete la Iglesia, nunca se sabe a ciencia cierta dónde terminan los asuntos de este mundo y dónde comienzan los del más allá. Los jesuitas fueron -nadie les niega el mérito- grandes organizadores de misiones, de las reducciones de los indios, de aquella utopía platónica tan alabada por sus partidarios, pero, al mismo tiempo, se dejaron ganar con demasiada frecuencia por los resultados económicos de sus experiencias, por los beneficios materiales obtenidos, por los asuntos de este mundo. No fueron los únicos organizadores. También los franciscanos fueron grandes organizadores y conocieron sus propias experiencias, mucho más modestas en sus pretensiones, es cierto, pero también más estables y duraderas. El sueño quiliástico de Joaquín de Fiore penetró en la selva suramericana -299- de la mano de estos humildes misioneros. Una gran parte de los pueblos del Paraguay de hoy son de origen franciscano, no de origen jesuita, y es, probablemente, más fuerte y más clara la huella impresa por estos modestos mendicantes que la que dejaron finalmente los hijos de Íñigo López de Recalde, pese al enorme poder de que gozaron los teatinos en estas tierras

hasta las guerras guaraníicas y su posterior expulsión. No es fácil descubrir su participación en estas guerras (aunque existen quienes lo han intentado y con bastante éxito) y es aún más difícil explicar semejante injerencia en asuntos tan mundanales. La idea de que los jesuitas fueron los grandes defensores de los derechos indígenas en un mundo en el que a los indios no se les reconocía ningún derecho, que es el tema central de muchos textos jesuíticos o pro jesuíticos de hoy y hasta de una más que discutible película de Hollywood (*The Mission*) de buena factura y lamentable contenido, sería atractiva y hasta interesante, si existieran pruebas que la sostuvieran hasta sus últimas consecuencias. Con los jesuitas se borró para siempre la huella que su obra pudo haber dejado. Se fueron ellos, y los indios abandonaron los pueblos en los que habían nacido y crecido a la sombra de los padres de la Compañía, en los que habían trabajado, amado, odiado, gozado y sufrido, en los que se había tratado de crear una sociedad completamente diferente -y aun opuesta- a la sociedad civil y mestiza que, pese a todo, medraba en ciudades como Asunción o Corrientes, una sociedad en la que, sufriendo las grandes y abiertas calamidades de un sistema esencialmente injusto, cada individuo tenía ciertas oportunidades de ser él mismo con independencia de los dictados ajenos, de normas impuestas y de conductas sancionadas que no siempre tuvieron por qué ser precisamente recibidas de buen grado. La utopía jesuítica estaba probablemente agotada antes, mucho antes, de que las autoridades -300- españolas (Carlos III, Campomanes, el Conde de Aranda) extendieran su partida de definición, expulsando a los discípulos de Ignacio de Loyola de los territorios de la Corona.

La cosa había sido así: un día, Pedro Mena envió a cuatro de sus hombres para que contaran las vacas cimarronas y los caballos sueltos que pacían en su estancia. Quería saber si valía la pena tomarse el trabajo de capturarlos, beneficiar las primeras y domar los segundos. Pasaron tres días sin regresar y recorrieron la propiedad de norte a sur y de este a oeste. Eran tres peones y un mayoral, que tenía gran experiencia en esta clase de faenas. Batieron todo el terreno, se cruzaron con un grupo de indios tapes que venían con sus mujeres e hijos desde el este a la ciudad de las Corrientes, acamparon y carnearon una vaquilla, matearon, cantaron y descansaron y, cuando ya estaban a punto de regresar, observaron en un paraje próximo a los pantanos de la laguna de Yverá una pequeñísima columna de humo que se elevaba entre los árboles. Sospecharon que podía tratarse de bandoleros o de hombres del ejército llegados de Buenos Aires. También pensaron en la posibilidad de una incursión de abipones, que, en los últimos meses, tras cruzar el Paraguay, habían comenzado a moverse desde su territorio hacia el sureste. Se comentaba que tobas, mocobíes, payaguás, mbayaes y abipones estaban en pie de guerra y que habían formado bandas de jinetes armados con mosquetes que arrasaban cuanto encontraban a su paso. Eran habladorías, pero los estancieros estaban nerviosos y, aún más que los propios estancieros, los peones de sus estancias, que eran quienes sufrían las violencias. Así que los cuatro peones, que eran mestizos y tenían razones para recelar, se fueron acercando con muchas precauciones al paraje en el que estaba nuestro campamento y, cuando se asomaron a él, vieron el cuadro de destrucción y muerte que más tarde, con todo el lujo de detalles, me describieron. -301- La fogata, aunque

pequeña y con unas pocas ascuas, estaba encendida, por lo que calcularon que no había transcurrido mucho tiempo desde el ataque de los bandoleros, pero los cuerpos de mis desgraciados compañeros habían sido desgarrados por las alimañas y eran apenas reconocibles. Diéronles cristiana sepultura, me echaron como pudieron sobre uno de los caballos y enfilaron hacia la casa de Pedro Mena, a la que llegamos unas cuantas horas más tarde, temiendo todos que ya estuviera muerto o que muriera en las próximas horas. Por fortuna, no ocurrió nada de esto, que entre Pedro, su hija Manuela y su vieja ama Anastasia, que me cuidaron todo el tiempo, lograron el milagro de devolverme la vida y las ganas de vivir. La herida que tenía abierta en la cabeza, de la que me había manado mucha sangre, se cerró, y hoy sólo me queda el recuerdo de la misma en forma de una cicatriz que me recorre desde la parte media de la cabeza hasta la parte del colodrillo en la que los curas se hacen la tonsura. Cúbremela la espesa mata de pelo que aún conservo, si bien en su mayor parte es blanco y en nada o casi nada recuerda la que tuviera.

En aquellos primeros días de octubre de 1757 Pedro Mena y yo podíamos ya considerarnos amigos. Había sido Pedro Mena marino en España, armador en las Filipinas, comerciante de lienzos en Santa Fe de Bogotá, arquitecto en Guayaquil, impresor de libros en Buenos Aires, lector en todas las partes por las que anduvo, componedor de versos y de canciones, escritor de almanaques en Guatemala, catedrático de artes en Córdoba y estanciero en las Corrientes. Había vivido en Lima y en Caracas y viajado por México, Tejas y La Florida. Conocía las Indias orientales y los Mares del Sur, en una de cuyas islas había casado con una indígena de la que tuvo a Manuela, que había nacido en Guam, donde murió su madre cuando la paría. Sabía cuanto se puede saber sobre el oficio -302- de ganadero, las calidades de aguas y de pastos, las enfermedades de las vacas y los caballos y las mejores maneras de cuidarlos. Fabricaba en su casa un aguardiente de caña de azúcar de gran calidad y contaba con el número suficiente de libros para no aburrirse en aquellas soledades. Era un hombre muy alto, como lo son muy pocos españoles, delgado, como los más, fibroso, fuerte y gran sufridor de trabajos y de fatigas. Era ameno en su charla, imaginativo y bien hablado y gustaba de contar historias que adornaba a veces con florituras retóricas que las hacían aún más entretenidas y graciosas. Había ya cruzado con creces el ecuador de la existencia y ya sólo le interesaba pasar lo que le quedaba del periplo sin tempestades ni sobresaltos. Éste era el hombre en cuya estancia viví casi diez meses y con el que pasé algunos de los mejores momentos que recuerdo. Ahora, en Asunción, miro a lo lejos, hacia el sur, donde está enterrado mi corazón, tratando de imaginar otra vez aquellos días, reconstruir los mejores momentos en mi memoria y disfrutar de un tiempo que, aunque pasado y sin remedio, está todavía presente en mí y me permite seguir soñando. Pedro Mena, que era leonés, había nacido en Astorga y se había criado en Pontevedra, entre barcos y jarcias, entre armadores y calafates. Desde muy joven navegó como grumete en los barcos que hacían la ruta hacia Terranova y arrancaban la riqueza de aquellos hielos. Llevaba en la mirada la marca de los soñadores, pero de niño había sido, según sus vecinos, aojado, y un saludador le había profetizado un destino trágico del que estaba huyendo desde que tuvo uso de razón. De vez en cuando, veníanle los ataques, que

él trataba de ocultar encerrándose en su cuarto, y en esos momentos Pedro Mena se transformaba en algo difícil de describir. En cierta ocasión yo tuve la oportunidad de ver cómo caía al suelo con los ojos desencajados y la boca abierta en un rictus que imponía terror -303- en el más bragado. Pedro se creía un lobisome, como dicen en su tierra, un lobisón, un licántropo de los que recorren los bosques oscuros en las noches de luna llena buscando a sus víctimas. Cuando le venían los ataques, sólo Manuela podía con él. Lo encerraba en su cuarto y se quedaba esperando que pasara la crisis. Después, Pedro Mena me contaba las cosas que había hecho en su imaginación y que sólo a él podían ocurrírsele. Otras veces me contaba historias de hombres lobos de Galicia, de meigas y de saludadores, historias de la santa compañía que recorre los bosques en busca de sus víctimas para continuar el eterno viaje hacia la muerte. Pese a ser un hombre culto y muy leído, Pedro seguía siendo un hombre simple e ingenuo, dominado por sus terrores.

Su condición de alobado lo obligaba a ir de un lado para otro, a huir siempre. A los veinte años, tras un accidentado regreso de los fríos mares de Terranova, en el que murieron dos pescadores de bacalao que lo acompañaban, Pedro decidió dejar de navegar. Había pensado establecerse en Astorga, donde todavía tenía parientes y donde nadie lo conocía. Sus padres habían muerto ya, y sus hermanos (Pedro Mena era el último de siete varones) rechazaban su compañía sabiéndolo ajobado. La mala fama de Pedro crecía a medida que pasaban los años. Quería montar una tienda de objetos religiosos y libros de rezos y contaba con un capital que, aunque pequeño, era suficiente para sus fines. Tenía también el apoyo de un tío suyo que era maestro de primeras letras y hombre de confianza del señor obispo. Parecía que todo iba de maravilla cuando la noche de un sábado de pasión, en plenos oficios de la catedral y sin que nadie pudiera evitarlo, sufrió un ataque que lo arrojó al suelo entre aullidos y espumarajos en el mismo momento en que el obispo perforaba con uno de los clavos el gran hacherón en el que estaba inscrito el monograma de Cristo. Los cánticos solemnes del -304- Lumen Christi fueron ahogados por los gritos de las mujeres vestidas de negro. Aquello fue un escándalo. Entre varios hombres lo sacaron fuera de la iglesia y, tras golpearlo con un palo en las costillas, dejáronlo abandonado a su suerte bajo el arco de piedra del portal de una casa en ruinas en las afueras de la población. Cuando su tío el maestro acudió en su auxilio, era demasiado tarde, y no pudo hacer otra cosa el buen hombre que llevárselo a casa y aconsejarle por los clavos de Cristo y por su bien que abandonara Astorga para siempre. Nunca más volvió a pisar las calles de aquella ciudad y jamás volvió a Galicia. Durante dos años vagabundó por distintos pueblos de León y de Asturias, vivió en sus bosques, trabajó unos meses como pastor y pasó a Cantabria y terminó en el puerto de Bilbao una húmeda mañana con chirimirí contratado como tripulante de una fragata vasca que hacía la derrota a las Filipinas. Durante tres años no volvió a sufrir ningún ataque, pero, como no se le iba la desazón y temía siempre que pudiera ocurrirle otro en cualquier momento, Pedro tomó la decisión de quedarse en la isla de Luzón y vivir como armador, oficio que a un hombre diligente, observador y curioso como él no le resultaba desconocido por haberse criado en una ciudad portuaria. Con el tiempo, llegó a ser conocido en la isla de Luzón como uno de los

mejores fabricantes de cierto tipo de barcaza que se utilizaba mucho para las travesías cortas de cabotaje. Se estableció en Cavite, donde llegó a ser, gracias a la riqueza que había logrado acumular, a su prudencia y a la dulzura y gentileza de su trato, un vecino respetado y querido y donde llegó a construir con sus propias manos y sin auxilio de nadie una gran casa de madera que, según me contaba, «no hallará vuesa merced otra igual en todas las Indias del Oriente».

Éste fue el Pedro Mena que yo conocí: hombre hábil y discreto, prudente y bueno, generoso y desprendido con todos, pero marcado por la luna y los rasgos de locura que se agazapaban detrás de -305- sus ojos cuando le venían los ataques. ¿Qué misterio escondían sus ojos? Nunca lo sabré y, después de tantos años, la verdad es que ya no me interesa. Cada quien tiene sus propios demonios, vive con ellos y se acostumbra o no a su compañía. En Cavite le iban muy bien las cosas a Pedro, aprendió a hablar tagalo y se acostumbró al modo de vivir de aquellos indios. «Con una cabañita de nipa y caña a la orilla de un río», solía decirme, «me conformo, que más no necesitamos los hombres para ser felices». Siguió teniendo sus ataques, pero los controlaba bien y se ocultaba en su casa cuando notaba que le venían. Un amigo lo convenció de que se fuera a las islas Carolinas y llegó a Guam, donde se necesitaban, según le dijo su amigo, hombres emprendedores que fueran capaces de hacer la ruta de comercio con China y tuvieran redaños para enfrentar a los piratas. Pedro tenía redaños, y aquella decisión fue para él un desafío que enfrentó con entusiasmo. Abandonó lo seguro por lo inseguro y prefirió la aventura a la vida muelle y regalada. Volvió por un corto tiempo al mar, peleó con los piratas malayos y sufrió un naufragio que, por fortuna, lo devolvió, aunque arruinado, de nuevo a la isla de Guam. Con muy poco dinero, pero todavía con fuerzas -rondaba por ese entonces los treinta y cinco años-, se dedicó a la agricultura, oficio que desconocía por completo, a pesar de ser hijo y nieto de labradores leoneses. Descubrió que le gustaba permanecer en un solo lugar sin cuidarse de nada y disponer de tiempo libre para leer y meditar. Tenía unos pocos peones indios y menos obligaciones. Se aficionó a la lectura y se hizo amigo de un fraile de la recolección agustiniana, misionero de aquellas tierras, que le prestaba libros de su convento y discutía con él sobre cualquier tema en tertulias interminables. El fraile, al que él llamaba fray Celes y que se llamaba Celestino Mañaricúa, era de Monteagudo, un pueblecito de Navarra. En su chacra, cultivaba arroz y criaba animales de corral, algunos chanchos y unas cuantas gallinas. -306- También se fabricaba sus muebles y mantenía una cuadra de caballos. En ese tiempo se enamoró de una indígena, que era, por lo que decía, una santa y «la mujer más hermosa en la que jamás hayan reparado los ojos de un cristiano, don Millán». Fue la única mujer que Pedro conoció en toda su larga vida. Su nombre cristiano era María, y era alta, de pelo rizado y nigérrimo, ojos rasgados y oscuros y frente altiva, «meramente como una reina». A ella no le importaron jamás sus ataques nocturnos, ni la locura que se agazapaba en sus ojos claros. Le dedicó su vida por completo y le dio una hija. Y, cuando se la dio, murió. Fue de resultas del mal parto. Pedro jamás olvidó a esta mujer y, desde entonces, vivió sólo para Manuela, su hija, la hija que le dio María. Cuando murió su mujer, ya no pudo permanecer en la isla. Allí le

dolía mucho más la ausencia de su amor. Volvió a Manila, se embarcó hacia Acapulco con una carga de sedas y productos de la China, recorrió las costas de Tejas y la Florida y a punto estuvo de establecerse a las orillas del Mississippi¹². Pasó después a Yucatán y Guatemala y, desde ahí, fue cruzando todo el continente, deteniéndose aquí o allí, trabajando en esto o montando lo otro y siempre con su hija de la mano, cuidándola, totalmente dedicado a ella y ella a él, mutuamente entregados el uno al otro, hasta que llegaron ambos a las Corrientes y se establecieron como ganaderos. Desde entonces, Pedro ya no volvió a moverse. Se quedó para siempre allí, junto a la laguna de Yverá, donde el viento vibra entre las hojas del pindoty porã, las aguas son dulces y el tiempo parece detenido. Ésta era la historia de Pedro: la historia sencilla de un hombre sencillo. Una historia llena, no obstante, de vida y de aventura. Y él sabía contarla. No lamentaba nada. Ni siquiera aquellos ataques que habrían convertido a otro en un desgraciado para toda la vida, en un ser infeliz, un muerto en vida, un cadáver. Aquellos ataques -307- lo agotaban. Todos sus músculos se ponían en tensión, y el dolor le recorría el cuerpo y le desencajaba el rostro. Era espantoso. Jamás gritaba, pero, a veces, se clavaba las uñas tan profundamente en manos y brazos, se arañaba de tal manera el pecho y las piernas, que durante días veíase obligado a¹³ permanecer oculto, escondido en su cuarto, negándose a ver a nadie y a que nadie lo viera en aquel estado. Vivió intensamente cada momento y, aun cuando sufrió mucho, no se lamentó jamás de nada. Cada vez que me acuerdo de Pedro, me enternezco. Pienso que fuimos muy diferentes, pero que, pese a la diferencia de edad y condición, nos parecíamos muchísimo. Con él me entendí tan bien como me había entendido con mi amigo Miguel o como me entendía con el coronel y su esposa o con mi querida hermana Leona. Hablábamos y sabíamos qué pensaba cada uno del asunto que nos traíamos entre manos. También tuvimos nuestras diferencias en el tiempo en el que permanecí en su estancia y hasta estuvimos a punto de pelearnos, pero todo esto lo he olvidado y sólo recuerdo de él los mejores momentos. Cuando los hombres de Pedro me contaron cómo habían muerto mis amigos Jaime Obrayan y Antonio Galdeano, caí en un profundo estado de tristeza. Tenía ya fuerzas suficientes para caminar y hasta para ayudar a Pedro en aquellos trabajos que, dentro de la estancia, no me exigían demasiado esfuerzo. Yo fui el último en enterarme de su muerte. Durante casi un mes no me dijeron nada, y, cuando yo preguntaba por mis amigos, la vieja Anastasia ponía sus ojos en el techo y musitaba plegarias incomprensibles. Pedro no respondía a mis preguntas. Tampoco Manuela, que sólo me visitaba con su padre o en presencia de Anastasia. Jamás lo hizo sola. A veces se quedaba horas sin hablar, con los brazos extendidos con una madeja de lana en las manos, ayudando a Anastasia en sus quehaceres. Otras veces tejía el ñandutí. Lo bordaba sin prisas, y -308- yo miraba extasiado aquellas finísimas y delicadas manos, de dedos muy largos y delgados, que se movían sobre la tela y el bastidor. En las calurosas tardes de aquel verano interminable, Anastasia y ella permanecían durante horas y horas en silencio en el corredor yeré, entre las macetas de flores, con el pensamiento perdido en sabe Dios qué temores y esperanzas, mientras sus manos se movían solas, cosían y bordaban repitiendo una y otra vez los mismos movimientos. Hacia las cuatro de la tarde, yo salía a sentarme

junto a ellas. Llevaba alguno de aquellos libros de vidas de santos a los que tan aficionado había sido y lo seguía siendo el dueño de la casa. Porque la afición de Pedro por los libros se había iniciado con la lectura de vidas de santos. Después pasó a otras cosas, a los libros de historia, alguna novela, libros de poesía clásica, de la que conocía mucho, no porque entendiera (que a ellos nadie los entiende, y a Pedro le traían sin cuidado sus opiniones) a los preceptistas, sino porque gustaba, sobre todo, de Lope, de Quevedo, de Herrera, de Calderón y de Garcilaso, a los que conocía casi de memoria. Fuera de las obras de éstos, de una Historia de España del padre Mariana y de unos pocos títulos más, entre los que se hallaban una historia antigua de Trogo Pompeyo, un libro de adivinaciones y sortilegios editado en Valencia hacía más de cien años, otro de discursos de Cicerón, una espléndida edición de las obras de Homero en latín y griego con tipos para mí difíciles de desentrañar y la primera edición limeña del Arauco domado de Pedro de Oña, mi anfitrión tenía en su casa, sobre todo, vidas de santos. Nunca me había realmente interesado por estas lecturas y debo reconocer que las hagiografías suelen resultarme, por lo general, indigestas y pesadas, porque quienes las escriben, si bien ponen mucha imaginación en contar los hechos fabulosos de los santos varones, las exageran hasta un punto que repugna a la razón, no suelen tener la necesaria mesura y el buen gusto que tan ejemplares asuntos precisan -309- y caen con excesiva frecuencia en los lugares más comunes, en los ripios más desagradables y malsonantes y en las torpezas más funestas. Sin embargo, cuando los hombres de Pedro me contaron el modo terrible en el que habían muerto mis amigos, ningún otro remedio pudo ser mejor ni más a propósito para mi ánimo que aquellas lecturas ejemplares. El día de mi santo mis anfitriones me hicieron una pequeña fiesta. Fue una fiesta sencilla, una fiesta familiar a la que sólo asistimos Manuela, Pedro, Anastasia y yo. Los peones de Pedro estaban en sus faenas y hacía mucho calor. Sus mujeres y sus hijos se quedaron haciendo sus tareas, y ninguno vino. Algunos de los peones habían salido temprano y, excepto el mayoral, ninguno de ellos volvería en tres o cuatro días. Cuando arreaban ganado o marcaban terneras, desaparecían a veces por mucho tiempo. Otros se quedaron trabajando en las piezas de maíz y de caña, que ya maduraba. Aquel día amaneció con nubarrones que amenazaban lluvia, pero al mediodía se despejó, salió el sol con fuerza y las nubes se disiparon. Bajo la dirección de su ama Anastasia, Manuela me había cortado y cosido una camisa de amotape y había batido durante toda la mañana un chocolate exquisito para tomarlo con las galletas dulces de harina de mandioca que ella misma había preparado y que resultaron verdaderamente deliciosas. Si no recuerdo mal, aquel año mi santo cayó en sábado. Sudábamos todos mientras tomábamos el chocolate, porque Manuela y Anastasia lo sirvieron a las seis de la tarde, rematando una merienda suculenta a base de carnes asadas y de mandioca sancochada. No podía comer casi, pero hice un esfuerzo y todavía me comí unas cuantas galletas con el chocolate. Recuerdo que comenté que habría hecho bien en no comer el asado para poder comer más de aquellas galletas que había preparado Manuela y también recuerdo que ella se sonrojó cuando -310- lo dije. Lo noté. Aquél fue el inicio de una búsqueda ininterrumpida que me condujo a descubrir cuán sutil y delicado era el espíritu de aquella niña que apenas estaba en la

adolescencia y que, cuando pensaba que no la veía, me observaba con una mirada lánguida y soñadora, pero que, en presencia de otros o cuando se daba cuenta de que yo también la miraba, bajaba sus hermosos ojos rasgados y oscuros, heredados de su madre, y los posaba tímidamente en cualquier objeto que estuviera lejos de mí. Yo sabía que en ese momento temblaba y sufría, y también yo bajaba los ojos, como si buscara con ello darle confianza.

Manuela había vivido casi toda su vida en aquel territorio. De Guam y Filipinas no recordaba nada en absoluto y de México¹⁴, Florida o Guatemala tenía apenas imágenes que se confundían en su memoria con otras de Lima, Guayaquil, Caracas, Buenos Aires o Santa Fe de Bogotá. La ciudad que mejor recordaba era Buenos Aires, de donde había llegado con su padre, tras el grave fracaso de este último como impresor, a establecerse en la estancia de las Corrientes. De Buenos Aires recordaba, sobre todo, el puerto.

También, el frío que pasaba en el invierno cuando soplaban el pampero sobre la ciudad. Tenía imágenes muy vívidas de un abrigo que su propio padre le había cortado y cosido. Era, según contaba, de color marrón, caliente y de la lana de vicuña, y lo lucía con un sombrero de la misma tela.

Pesaba poco, pero abrigaba mucho, y ella le tenía especial cariño por habérselo hecho su papá con sus propias manos. Otra cosa que recordaba era la imprenta y las horas que pasaba sentada en un rincón mientras su padre se esforzaba, unas veces solo, otras con la ayuda de algún trabajador contratado para tal efecto, en sacar a luz las obras que Pedro consideraba fundamentales para el avance de estas provincias, obras que trataban casi siempre de agricultura y de artes manuales y que, con frecuencia, no

-311- eran sino traducciones de libros semejantes publicados con anterioridad en Francia, en Holanda o en Inglaterra y que Pedro se las apañaba para conseguir a bajo precio y, en ocasiones, hasta gratis. En aquel entonces, el viejo marinero soñaba con publicar una gaceta o un mercurio, pero jamás logró reunir el capital suficiente ni contar con un número de suscriptores que le permitiera lanzarse a una aventura tan arriesgada. De la imprenta guardaba recuerdos maravillosos que siempre salían a relucir en sus conversaciones con su papá. «¿Se acuerda cuando Telmo García me regaló aquel barquito de madera que él mismo había tallado con un cuchillo y que había metido en una botella de cristal?». «Me acuerdo», le respondía su padre. Telmo García había sido un trabajador de la imprenta que se fue a Chile en busca de mejor suerte que la que, hasta entonces, había tenido en Buenos Aires. «¿Y de aquel Aniceto que no sabía escribir y que, según vuesa merced, era el mejor tipógrafo que había conocido? ¿Cómo se apellidaba?». «Ruipérez. Se apellidaba Ruipérez y, si bien no sabía escribir, sabía leer y muy bien, que es cosa de verlo y no creerlo, pues un buen cajista tiene que saber leer y escribir, y éste era incapaz de trazar una línea a mano sin equivocarse. Vamos, que no podía escribir la o sin ayuda de una pelucona». Pedro se entusiasmaba al hablar de este caso, que a mí me había contado mil veces. «¡Ah!», decía, y se le iluminaban los ojos. «Había que verlo, sin embargo, a la hora de componer en la caja. Con los tipos jamás se equivocaba. Escribía bien con los tipos, que, a mi entender, también es escribir, pero era incapaz de hacerlo a mano. Le ponías un papel y un lápiz y se aturrullaba. Ni su nombre podía escribir. Jamás entenderé este misterio». Y se reía a

carcajadas. Manuela también se reía, porque recordaba unos tiempos en los que había sido intensamente feliz.

El día de mi cumpleaños volvieron a hablar de Buenos Aires.

-312-

-Debería vuesa merced, don Millán -me dijo Pedro en esa ocasión-, conocer esta ciudad, que ahora es pequeña y no apunta más que Pontevedra, pero que tengo para mí que ha de ser grande y hasta muy grande, si estas tierras crecen, como creo que han de crecer, en el porvenir. Tiene buen puerto y se halla en un punto de los más apropiado para el comercio.

-¿Y cómo la abandonó vuesa merced, si tantas ventajas le ofrecía?

-Porque no había futuro para mí en lo que hacía y tenía que ver por el de Manuela.

Cuando su padre hablaba, Manuela lo miraba con arrobamiento. A sus diecisiete años recién cumplidos, Manuela era ya una mujer adulta y responsable, que veía por todos y cada uno de los de la casa, pero que todavía necesitaba de la caricia paterna y de sus palabras cargadas de ternura. Y así como ella acariciaba a su padre con la mirada, su padre la acariciaba a ella con sus palabras, pues todas y cada una de las palabras de Pedro estaban siempre dirigidas a su hija y, a través de ella, quizás a María, a la que siempre tenía en su memoria.

-Si mi difunta hubiera vivido con nosotros en Buenos Aires, habría sido diferente.

-Si María no hubiese muerto, querido señor -le decía yo entonces-, vuesa merced no se habría movido jamás de la isla en la que tan buenamente y en paz se hallaba con todo el mundo.

-Así es verdad -respondía él, dándome en este punto la razón.

Guam había sido su paraíso, pero, cuando murió María, se convirtió en su infierno, infierno caliente y lluvioso, aún más caliente y lluvioso que el de las selvas de las Corrientes e Yverá.

-313-

-Hay en aquella isla muchos entierros raros, como grandes cajas de piedra donde los indios enterraban a sus jefes antes de que llegaran los españoles. Son indios pacíficos y muy amables, y, si tienen algún defecto, es que son muy aficionados a la carne de un murciélago aún más grande y feo que este murciélago grande que abunda por aquí.

-¿Y comen esos murciélagos? -le pregunté en ese momento.

-Aunque vuesa merced no lo crea -me respondió-. Hasta mi María, la pobrecita, no podía dejar pasar un mes sin hincarles el diente.

-Será su costumbre.

-Será.

-¿Los comió vuesa merced alguna vez?

-Nunca. Dios sabe que lo intenté muchísimas veces, mas nunca pude superar el asco que me producían.

Él tampoco podía dejar pasar un mes, ni una semana, ni un día, sin hablar de su difunta, sin recordarla. Por las mañanas, al levantarse, lo primero que hacía era salir de la casa y mirar hacia el occidente, hacia donde se pone el sol y hacia donde cae la isla de Guam. Era como si buscara. Veía más allá de las llanuras, más allá de las altas montañas de los Andes, aún más allá del anchísimo mar que lo separaba de sus recuerdos. Veía muy adentro, en su corazón, mientras miraba hacia afuera, porque miraba hacia

afuera para seguir viendo adentro, para no olvidar, para pulir sus recuerdos y mantener vivas las imágenes más queridas. Y así todos los días. Pero nunca se le veía triste, sino conforme consigo mismo, satisfecho de estar vivo y de tener consigo a Manuela, de quien decía que era, en todo, «semejante a su madre».

Yo ahora entiendo el amor de Pedro por María y entiendo su conformidad. Para Pedro, María no había muerto, sino que seguía estando con él, aunque ya no estuviera presente y en figura. Pedro -314- vivía y trabajaba, se esforzaba en amasar aquella fortuna con la que soñaba y que sabía que no habría de disfrutar y en asegurar el porvenir de su hija y todo lo hacía pensando en su mujer, en María. Era a ella, a su mujer, a quien aseguraba el porvenir. Era a ella y también a sí mismo, porque estaba con ella en todo momento sin alejarse ni por un segundo y cuanto decía y hacía y hasta cuanto pensaba lo decía, lo hacía y lo pensaba para María, para que ella lo escuchara y lo viera y lo pensara. Y María era también su hija Manuela, porque para aquel marinero maragato metido a estanciero en las selvas tropicales del Paraguay madre e hija eran una sola entidad espiritual, algo así como un alma única, un alma compartida por dos cuerpos casi idénticos, uno de los cuales había desaparecido, pero habiendo dejado, al mismo tiempo, su huella en el otro: la huella de su belleza, la de su gesto de bondad y de ternura que tanto me emocionaba a mí en la propia Manuela, la huella de sus ojos rasgados y profundos, su huella de madre. María era para Pedro todo y sin ella no era nada el viejo pescador de bacalao de Terranova. Por eso María no había muerto jamás para él, porque, si hubiese muerto, él se habría muerto con ella. Por eso también abandonó la isla de Guam, porque en aquella isla no podía estar seguro de su verdad.

El día de mi santo terminó al fin, y todos nos fuimos a descansar. Hallábame para entonces todo lo fuerte que puede estar un hombre de mi edad y mi constitución y ayudaba como podía en las faenas de la estancia. Acompañaba a los vaqueros, que Pedro tenía en número de quince, a los lugares más apartados de la propiedad y vigilaba que los trabajos se cumplieren como el amo quería y como demandaba la razón. Había veces que faltaba de la casa dos y tres días y que vivía al raso, como cuando viajara de Lima a la Asunción y de la ciudad de las Corrientes a la estancia. Nunca echaba -315- tanto de menos a mis compañeros como cuando me hallaba en la campaña, y entonces pensaba en Jaime Obrayan y en Antonio Galdeano y también en Robles y en Eliseo Ripalda, su mujer y su hija, pensaba en mis amigos, en el coronel Eguidazu y en su mujer, en Miguel, en mis padres y en mi hermana. Y era sobre todo a mis padres, de los que casi nada había sabido en los últimos meses, a quienes más echaba de menos. Echaba de menos las caricias de mi madre, su mirada cargada de ternura, y los consejos y enseñanzas de mi padre. A la caída de la noche, cuando encendíamos la hoguera y asábamos nuestras carnes en ella, recordaba más, como si la lumbre, al elevarse hacia los cielos, me pusiera en contacto con ellos y permitiera que escaparan mis pensamientos a todas partes, a Samaniego, a Lima, a Logroño, a Zaragoza y a la Asunción. A veces, uno de los vaqueros sacaba una vihuela, la rasgaba con sus dedos gruesos y toscos, le arrancaba notas quejumbrosas y bellas y cantaba coplas cargadas de sueños y melancolía, coplas de amor, de soledad y de

muerte. Otras veces, los peones contaban historias de aparecidos, de poras que recorrían las selvas en busca de sus víctimas, de perros sin cabeza, de pomberos, historias de fantasmas y de terror. Y siempre terminábamos en risas y en lágrimas, porque la música que tanto nos alegraba también nos hacía recordar, y con los recuerdos acudían a nuestros ojos unas lágrimas que se quedaban a las puertas de los ojos para que nadie las viera y que sólo se derramaban sobre nuestras mejillas cuando creíamos que los demás estaban dormidos y que nadie iba a darse cuenta de nuestra debilidad. Algunos de aquellos peones mestizos venían de muy lejos, de Paraguay y de San Pablo, de Buenos Aires y de Tucumán, y sentían nostalgia por sus querencias, amor por lo que habían dejado atrás y que nunca mencionaban, «porque no se debe mencionar lo que queremos salvar de todo daño», como me dijo en una ocasión un peón -316- mendocino, «que son muchos los que pueden llevar el mal hasta las palabras y no se sabe en qué momento pueden ojearnos a nosotros o a nuestros seres más queridos».

Entre mi santo y las fiestas de Navidad salí hasta dos veces acompañando a los mestizos. Lo que antes hacía Pedro a su pesar, porque nada le gustaba menos que dejar a su hija en casa al cuidado de una vieja indefensa como Anastasia, lo hacía ahora yo. Aunque Pedro disfrutaba con los trabajos de la estancia, se quedaba ahora con su hija y atendía de cerca con los demás peones el avance de las cosechas de maíz, de mandioca, de azúcar y de algodón, que ya se avecinaban. Ayudándolo, pagaba yo los favores tan generosamente recibidos de su mano. Al regresar del campo tras varios días de ausencia, siempre salía Manuela a recibirme, y nada me alegraba más que verla con su saya de algodón tan blanca como la nieve, su manto azul sobre los hombros, sus brazos desnudos, su blusa holgada y su pelo negro, rizado y largo, dejado en libertad para ser mecido por el viento. Su cabello olía a jazmines y a tierra mojada, y sus ojos despedían chispas en los atardeceres. Yo me quedaba mirándola durante horas sin que me viera, mientras ella tejía o bordaba, y la seguía hasta el aljibe, de donde sacaba agua en un cántaro que después cargaba sobre su cabeza hasta la casa. Me escondía detrás de los troncos de los árboles para verla mejor, y ella ignoraba (o yo pensaba que ignoraba) que había quien seguía sus pasos y los contaba, como se cuentan las avemarías de un rosario y con la misma devoción.

El buen don Millán de Aduna se enamora como todos nos hemos enamorado a lo largo de los siglos: sin originalidad. Una mujer joven y hermosa en pleno campo (si el campo es verde y lujurioso, miel sobre hojuelas) y la soledad del caballero componen una -317- estampa demasiado conocida en la época de Aduna. El caballero comienza a sentir esa especie de síndrome de Estocolmo avant la lettre al que podemos denominar sentimiento bucólico. Cuanto lo rodea es bello y no percibe ninguno de sus inconvenientes. Lo que probablemente despreciaba antes (las maneras rústicas, la falta de refinamiento cortesano, la sencillez de las costumbres) se presenta, de pronto, ante sus ojos como un valor superior y como un descubrimiento (a veces como un encubrimiento: sencillamente se oculta). En vez de sentirse prisionero a causa de las desfavorables y dramáticas circunstancias que lo condenaron, se siente por vez primera libre y feliz. En casos semejantes los caballeros como Aduna descubren la libertad y también, como su lógico correlato, el amor y la felicidad. Gritan con entusiasmo a los cuatro

vientos. El tema es antiquísimo. Está en nuestros padres los griegos. Está en Roma. Está en la Edad Media. Está en todas partes. Está nada menos que en La Cenicienta, cuento maravilloso del que, según Bruno Betelheim, existe una versión china que se remontaría varios siglos antes de Cristo. No es la Cenicienta la que gana en este caso, sino el caballero, que descubre en la amada los verdaderos valores en que se funda su calidad de noble. En el reconocimiento y el amor a la Cenicienta se reconoce a sí mismo. En ese sentido todo amor verdadero ennoblece, sin importar si lo hallamos en el marco de un paisaje bucólico y de una sociedad patriarcal y antigua o si lo encontramos en las calles de una ciudad moderna, arrimados a la barra de un club nocturno. El amor ha cambiado poco en los últimos milenios. Tampoco el hombre lo ha hecho. Un dato más para la vieja polémica de antiguos y modernos: el *modus hodiernus* es la reiteración de una ilusión de siglos. Si se agota, como dicen los postmodernos que se está agotando, se agota el sueño del hombre y se agota la historia, porque la historia, tanto como memoria, es sueño -318- reiterado al infinito. Leo en Giménez Caballero, que cita a Zubizarreta. «Tendidos al sol sobre la costa cercana, los yacarés tienen el color del limo milenario...». La Navidad de 1757 fue estupenda. Hubo, incluso, noches frescas durante los días previos, en las semanas del adviento. Recuerdo que la noche de San Andrés fue especialmente fría y desapacible aquel año. La recuerdo bien porque, con Manuela y su padre, hicimos la tertulia que acostumbrábamos hacer después de la cena en el estrado, como en los días más fríos del invierno. También recuerdo que llovió mucho en los primeros días de diciembre y, aunque menos, también durante los días de las fiestas navideñas, especialmente la mañana del 24, cuando estábamos dando los últimos toques al nacimiento de figurillas de barro y madera que las mujeres de los peones habían ido fabricando una a una a lo largo de los últimos cuatro años. Eran unas figurillas toscas, algunas deformes e ingenuas, pintadas de muchos colores, como si en el color descansara el sentido de la belleza que sus creadoras habían tratado de imprimirles. Tenían mucho encanto las figurillas salidas de las toscas manos de las mujeres de la estancia. Las lluvias de aquellos días ahuyentaron los calores e hicieron que las fiestas fueran más agradables. Aunque no había cura de almas a muchas leguas a la redonda y la misión más próxima se hallaba lejos, muy lejos, hacia el oriente (de la que, por otra parte, jamás había llegado ningún misionero jesuita), en la estancia existía una pequeña capilla aneja a la casa del patrón, que Pedro había construido con sus propias manos, en la que se reunían los vaqueros y los agricultores con sus familias cada domingo y en la que Manuela rezaba en las tardes el rosario en voz alta para que los demás la acompañaran. Eran indios y mestizos muy entregados a rezos y devociones y, pese al abandono en el que se hallaban por no haber en toda aquella extensísima -319- región suficientes sacerdotes para atenderlos, no olvidaban que eran cristianos bautizados y trataban de comportarse como tales guardando los domingos y las fiestas. Tenían, no obstante, como suele ocurrir en todas las Indias occidentales, muchos rezagos de paganismo, que, empero, Pedro Mena sabía disculpar muy bien, pues él decía que todos los tenemos y que también éstas eran maneras de acercarse a Dios con el corazón abierto como una flor en primavera.

El Niño Jesús tenía un labio leporino, pero lo disimulaba con un trozo de cera que Manuela le había hábilmente colocado para dibujar más claramente su sonrisa. Reposaba en una cuna de palos entrelazados y yuyos secos que hacían de colchón sobre la que caminaban las hormigas y zumbaban los mosquitos. Había muchos mosquitos, como siempre, y sobre la cabeza de la Virgen María solían posarse con total confianza, demostrando un gusto extraño por los azules celestiales del manto con el que se la cubría. El San José tenía (humilde carpintero) las manos en el pecho en posición de ruego y la mirada baja, como si temiera que alguien le recordara su mera condición de putativo. Vestía una ropa talar oscura sobre la que terciaba un manto azul que descansaba en uno de sus hombros. El izquierdo, si no recuerdo mal. San José se ceñía la túnica con un cordón tosco como los que usan los franciscanos. La humildad y la pobreza tienen símbolos reconocibles. Todo el conjunto del pesebre formaba una preciosa miniatura en madera y barro con los colores del Paraguay: verdes, ocre, rojos de sangre, marrones de aguas y torrenteras y azules de cielo. La vaca era, de los animales allí representados (el asno, los caballos, los camellos, las ovejas), la más fiel representación de su original, tal vez por ser el animal mejor conocido por las artistas. Confieso que yo jamás he tenido la oportunidad de ver un camello, pero creo poder decir que aquellos del nacimiento de la estancia éranlo tan sólo en nuestra -320- imaginación, pues más parecían un cruce de guanaco con burro que otra cosa y tengo para mí que de ninguna manera habrían de ser aquellos camellos ni remotamente parecidos a la realidad. Los caballos eran de factura tosca, mas no por ser el caballo un animal desconocido (todo lo contrario: ningún otro, con excepción de la vaca, podía serlo tan conocido), sino por ser tan bello en su estampa que es menester ser un verdadero artista para poder representarlo en su perfección. Manuela y yo nos pasamos toda la mañana de aquel 24 de diciembre encerrados en la capillita en uno de cuyos altarcillos montamos el nacimiento, acompañados tan sólo de una de las mujeres de la estancia, esposa de uno de los vaqueros más antiguos y fieles, y de sus tres hijas, niñas encantadoras que nos entregaban las figurillas entre risas y saltos para que las colocáramos en su sitio. Llovía. No dejaba de caer la lluvia sobre las tejas, que reproducían mansamente, como cajas de resonancia, los sonidos de aquel canto monótono e interminable. La capilla se abría al gran patio de la casa por una puerta alta y gruesa de dos hojas tallada y guarnecida de clavos y una ventana defendida con barrotes de forja. El altar en el que habíamos colocado el nacimiento se arrinconaba cerca de la ventana, y le habíamos puesto lagos de cristal con cisnes y patos de cerámica, montañas de piedra recubiertas de yuyos, casitas de cañas, una enorme estrella de tela y almilla de carrizo que descolgaba de un techo cruzado por enormes vigas de madera de lapacho, el humilde pesebre, grande como un palacio, las casitas de Belén y las imágenes: los pastores, los reyes, los asnos, las ovejas, las lavanderas, los camellos... A los costados, velas y candelabros para iluminar en la noche lo que considerábamos una obra de arte. A lo lejos se escuchaban las voces de los más pequeños correteando bajo la lluvia. Chapoteaban. Corrían. Jugaban. Aquella mañana olía -321- a Navidad, y los chivatos estaban florecidos. Cuando terminamos, llegaron las mujeres de la estancia. Traían en sus manos manojos de flores de todas las clases

y colores y los mantos negros sobre sus cabezas agachadas. Abríanse las orquídeas y se encendían las rosas en los búcaros de barro y cristal. Las santarritas dejábanse descolgar, humildes, hasta el suelo de ladrillo rojo desde el entramado de cañas que cubría el artificio de aquel nacimiento con el encanto de una cúpula vegetal, boscosa y primitiva. Un perro grande y mojado se detuvo en la puerta de la capilla, entró hasta la mitad de la pieza, retrocedió, nos miró un momento y se echó en el suelo a reposar con la cabeza apoyada en el quicial. Las mujeres iniciaron entonces un villancico que hablaba de astros y lunas, de noches luminosas, de paz, de hombres buenos y de esperanza. Cantaban en guaraní y en castellano y mezclaban los sonidos de ambas lenguas en una forma única, sugerente e incomprensible. Yo miraba a Manuela, que miraba a la virgencita del establo con los ojos cargados de ternura. El perro se arrastró hacia el interior de la capilla buscando un espacio seco para dormir. Seguía lloviendo.

Siguió lloviendo toda la mañana. Y toda la tarde. Como los villancicos de las mujeres de la estancia, que jamás terminaban con sus sonsonetes monótonos y repetitivos. Lluvia mansa, fina, refrescante e impropia del verano, temporada de tormentas, de truenos y de relámpagos, de vientos huracanados y de tinieblas. Lluvia luminosa, nutricional, profunda, lluvia en la que el cielo penetraba en la madre tierra suavemente con caricias de amante. La atmósfera estaba quieta y el aire, sosegado y limpio, como un cristal. Después de comer, a la hora de la siesta, volví a ir con Manuela a la capilla. Se estaba bien en aquel lugar. El altar mayor, el único que quizá mereciera tal nombre, contaba con un pequeño retablo de unos diez pies de alto y siete de ancho en el que un conjunto heterogéneo de figurillas de -322- madera reflejaba en sus colores y sus formas la devoción de quien lo había mandado construir. Allí estaban las grandes figuras: la Virgen con el Niño, San José, un San Pedro calvo y barbudo que sostenía en sus manos las llaves del paraíso, un San Pablo que apoyaba su diestra en el pomo de una espada mientras en la siniestra cargaba los libros en los que se encierra la sabiduría, una Magdalena penitente y desgredada, un San Roque con su perrito y un San Miguel con un Lucifer caído a sus pies. A la luz cenital de aquella hora, las figuras del retablo nos sonreían.

Una hora antes de la cena, hacia las seis de la tarde, dejó de llover.

Vaciadas las nubes, el cielo se despejó y aparecieron las estrellas.

Millones de estrellas: jamás había visto tantas, ni tan hermosas, ni tan brillantes. Cenábamos Pedro, Manuela, Anastasia y yo. Era grande, de madera de lapacho, pesada y fuerte, la mesa en la que estábamos. Desde el lugar en el que me hallaba sentado, veíalas limpias y puras, como debieron serlo el primer día de la creación. No veía la luna desde el punto en el que me hallaba, pero podía adivinar su resplandor. A quien no podía dejar de mirar, empero, era a Manuela, que, en el momento que mejor recuerdo, se llevaba a la boca una jarra de plata martillada rebosante de chicha de ananá. Habíala preparado Anastasia, que en esta materia, como en la más difícil de hornear las tortas más exquisitas, era una verdadera maestra, pese a sus años. Brillaban los ojos de la niña a la incierta luz de las velas que sobre la mesa reposaban, y también brillaba la taza aquella, la jarra martillada en la que bebía. Todo brillaba aquella noche, y, estando

ya en los postres tomando el chocolate, el brillo de las antorchas de los trabajadores y peones que llegaban a la casa nos obligaron a levantarnos de la mesa y salir a recibirlos. Hacía calor, mucho calor. Pese a haber llovido casi todo el día, la noche era calurosa. Los peones, sus mujeres y sus hijos llegaron cantando. -323- No había otros sonidos aquella noche, y yo recuerdo perfectamente todavía cómo llegaron todos, los recibimos, abrimos las puertas de la capilla, ingresamos a ella y, colocándonos en círculo en torno al nacimiento, elevamos nuestras voces una y otra vez, con el solo acompañamiento de las vihuelas, en una especie de oración que era tanto un acto de acción de gracias como un rito de purificación. Allí estábamos todos, de algún modo, abrazados, y yo nunca he vuelto a sentirme tan hermano de mis hermanos como en ese momento, tan estrechamente ligado a la humanidad toda, tan sencilla y radicalmente hombre.

De cuantas navidades recuerdo, ésta es la que más me entenece. Reconozco que tengo una especial debilidad por esta clase de fiestas familiares, sobre todo por las navideñas. Tal vez se deba al hecho de hallarme desde hace años tan lejos de quienes siempre me han amado, tan lejos de mis padres, muertos en mi ausencia, y de mi hermana Leona. Tan lejos de todos. A lo largo de la mañana los trabajadores habían pasado por la casa de Pedro y había recibido cada uno como aguinaldo de manos de Manuela cuatro libras de azúcar cande y tres de yerba mate, una tableta de chocolate y una gallina. Los niños recibieron alfajores de dulce de leche y frutas confitadas, golosinas preparadas por Anastasia que, desde tres días antes, había encerrado y hecho fuerte en la cocina, de donde sólo salía para dormir y rezar el rosario con su señorita. Aquella noche de Navidad, Pedro se dio a [...] y sólo recuerdo que Manuela me dijo que lo amaba más que a nadie en el mundo, más que a sí misma, y que yo me sentí solo y profundamente infeliz. Salí al patio y apoyé mi cabeza en la pared, observando la noche y las estrellas. Seguía haciendo calor, y me retiré a mi cuarto. Al acostarme, no pude evitar sentirme invadido por una profunda melancolía y me hundí en los pensamientos más negros [...] como cuando era niño -324- en Samaniego y mi padre me pedía que bajara a la bodega y le trajera una botella de vino. Imaginaba a aquellos seres agazapados en las sombras, esperando que yo diera el primer paso para asirme del cuello y arrastrarme a las profundidades del infierno. Sentía que caminaban debajo de la tierra, que escuchaba sus pasos rítmicos, precisos y lentos, pasos suaves de quienes están al [...] los cazadores, cuando los dos, Galdeano y Obrayan, me miraban a lo lejos, desde el otro lado del río, sonriendo. Lloré como nunca había llorado, y nunca supe si la causa era la tristeza o la intuición de la desgracia que, al final, siempre nos atrapa entre sus garras. Sólo sé que lloré.

Acabo de escuchar en la televisión española que 125 millones de personas en todo el mundo padecen hoy de depresión. Un amigo y compañero de la oficina está internado en una clínica por esta razón (u otra semejante). Según me cuentan, se ha tomado tres botellas de güisqui, a las que ha acompañado seguramente de alguna otra cosa, pues, de otro modo, es inexplicable que en tan magro cuerpo haya podido haber tal cantidad de alcohol. Mi amigo es un artista con dificultades para enfrentar cada mañana la vorágine de su trabajo y la responsabilidad de sus afectos.

Tiene un vacío enorme dejado por una ausencia de mujer. Mi amigo está triste, pero su alma herida es un grano de arena en un desierto de melancolía. ¿Quién puede explicar la superabundancia de la tristeza en este mundo en el que el desarrollo y el sueño del progreso deberían haberla eliminado de una vez para siempre? ¿Qué falla en un sistema tan cargado de promesas y efectos electrónicos por computadora? ¿Por qué todos nos vemos obligados a renunciamentos esenciales que nos ponen al borde del abismo? 125 millones de hombres son demasiados millones de hombres. Es una cifra grande que recuerda la contundencia de los números en el extenso prólogo de Sartre al famoso libro de Fannon. Una enorme humanidad -325- precipitada en los infiernos. Son demasiado grandes las cifras de esta humanidad. Nunca antes, probablemente, fue la Tierra habitada por tanta tristeza. Ni tan profunda. Ni tan densa y oscura. Tan negra y turbia. Jamás tuvo tantos rincones la pesadilla. ¿A quién culpamos? ¿A Dios o a nosotros mismos? ¿Por qué seguimos empeñados en hacer el terrible camino que nos trazan desde el sistema y que nos hunde en la tristeza? ¿Qué pretendemos ser? ¿O ya no pretendemos ser? ¿Hemos dejado de ser, renunciado a seguir siendo hombres en nombre del éxito y de la apariencia? Es probable. New Age. Un alemán imbécil dice en el diario que a él le gusta vestir entre lo adecuado y el chic. Agréguese a ello que este imbécil es agregado en su embajada. Ecologismo, deporte, dieta y cunicultura. Moda light. La onda del día y del futuro. De todo un poco, como en botica. La clínica en la que mi amigo Ramón está, en este momento, haciendo su cura de sueño y desintoxicación se llama Santa Catalina. Ponemos a los infiernos los nombres más inocentes y atractivos. Nunca antes fuimos los hombres tan felizmente desgraciados.

Enero fue un mes implacable. El sol salía cada mañana hacia las cinco y estallaba en hogueras incendiarias sobre nuestras cabezas. No llovió una sola vez a lo largo de aquel interminable mes canicular. Un riachuelo que partía en dos la estancia y que discurría muy cerca de la casa dejaba deslizar cansinamente sus aguas entre bejucos agostados. Las siestas guardaban en sus horas el sabor amargo de reiteradas eternidades. Pastosas, densas, crujientes, masticables como panes recién salidos del horno. Así eran las horas de la siesta del verano. Las hamacas recibían nuestros cuerpos agotados, y tratábamos de aliviar nuestros sofocos y sudores con agua endulzada con miel, tragos prolongados¹⁵ de néctares que jamás eran suficientes para la sed que nos ahogaba. Salitrosos chorros de sudor manaban -326- de mi cuerpo y lo recorrían de arriba abajo y ni siquiera en las noches eran suficientemente fuertes ni frescos los vientos cuando se levantaban. Las hojas quedábanse quietas en los árboles, como en un cuadro, sin un soplo de viento capaz de moverlas. En aquellos días de verano sólo se podía dormir, cerrar los ojos, abandonarse a la fantasía y navegar en la imaginación hacia otros lugares. Vivíamos todos un sueño brillante y siniestro, encerrados en él, sin esperanza. Desde el corredor yé de la casa de Pedro, veía a los peones de la estancia cabalgar al paso con sus sombrerones de paja a la cabeza y a sus mujeres cargando despacio los cántaros de agua hacia sus casas. Caminaban erguidas, majestuosas, descalzas, como cariátides arrancadas de los viejos templos de piedra, humanizadas y puestas a caminar por las picadas de la selva. Y, cuando los veía (y las veía), no sabía si los veía o los soñaba, pues tal

era la pereza que me invadía que ni siquiera podía tomar conciencia clara del lugar y el momento en los que estaba.

El 2 de febrero de aquel año llovió. Era domingo, víspera de San Blas, y, a primeras horas de la mañana, los trabajadores y sus familias se habían acercado a la capillita para escuchar de labios de Manuela la vida del santo armenio y la del venerable Pedro Claver, apóstol de los esclavos negros de Cartagena. Terminó la lectura, y uno de los peones recitó un romance en perfecto castellano acompañado del rasgueo de una vihuela:

Santo Tomás iba un día
orillas del Paraguay
aprendiendo guaraní
para poder predicar.
Los jaguares y los pumas
no le hacían ningún mal,
ni los jejenes y avispas,
ni la serpiente coral.
Las chontas y matakúes
palmito y sombra le dan;
el abejón le convida
a catar de su panal.

-327-

Santo Tomás los bendice
y bendice al Paraguay.
Ya los indios guaraníes
le proclaman capitán.
Santo Tomás les responde:
«Os tengo que abandonar
porque Cristo me ha mandado
otras tierras visitar.
En recuerdo de mi estancia
una merced he de dar,
que es la yerba paraguaya
que por mí bendita está».
Santo Tomás entró al río
y en peana de cristal
las aguas se lo llevaron
a las llanuras del mar.
Los indios de su partida
no se pueden consolar
y a Dios le piden llorando
que vuelva santo Tomás.

En el mismo momento en el que el peón terminó de recitar el romance del paí Zumé, atronó mis oídos el espantoso ruido anunciador de la tormenta. Todos comenzaron entonces a cantar a la Virgen María en guaraní, a la

Tupá-sy eté, verdadera madre de Dios, como la llaman, y a rogarle protección y defensa contra los rayos y las desgracias. Quien rezaba, quien cantaba, quien se ponía de rodillas con los brazos en cruz y la mirada perdida en el retablo del altar mayor. Las primeras gotas de lluvia cayeron con fuerza inusitada, y en pocos segundos todo se oscureció, y tuvimos que encender las velas para vernos las caras. Manuela dirigía el coro de los niños y las mujeres y ponía en hacerlo fervor y pasión y una gracia que iluminaba su rostro y teñía sus mejillas. Estaba hermosa, y yo la miraba arrobado, porque en ese momento era en ella en lo único que podía pensar, y su imagen era la única que identificaban mis ojos y que reconocía mi mente. La luz de velas y de candiles dábale a la pieza en la que estábamos un aire frío de cementerio. El ruido de la tormenta era atronador, y las voces del coro de los niños y mujeres elevábanse apenas entre los truenos y el interminable golpeteo de las gotas de lluvia contra el tejado. Éramos todos como sombras chinescas proyectadas contra las paredes de la capilla cuando -328- un rayo la iluminaba con su fulgor deslumbrante, y era entonces cuando las voces se levantaban con más fuerza buscando traspasar el techo, el manto de nubes y los astros ocultos hasta llegar al cielo, ese desconocido lugar en el que la Tupá-sy se encontraría dispuesta a atender los ruegos de sus devotos hijos perdidos en las tinieblas de la vida.

Quedamos atrapados durante cuatro horas en la capilla, y ninguno de cuantos estábamos osó abandonar el lugar, ni los cánticos a la Tupá-sy eté inmaculada, que seguían, uno tras otro, siempre variando de melodía y de letra, elevándose a los cielos con idéntica fuerza a aquella con la que la lluvia se precipitaba sobre todos nosotros. La amenaza descendía de las nubes, y los ruegos se elevaban al cielo pidiendo paz. La tierra hervía a nuestros pies, y se levantaban de ella los vapores de la calina que nos envolvía. Sudábamos a chorros en la oscuridad de la espelunca (que no otra cosa parecía a nuestros ojos) en la que nos amontonábamos, como se amontonan las fieras en sus cubiles cuando las tinieblas cercan el mundo y todo desaparece a nuestros ojos. Comprendí entonces el valor y el sentido de la plegaria y la necesidad de los hombres de vernos protegidos de los males que ignoramos. Intrusos en un mundo ajeno, nos sentimos señores, emperadores de una casa que no nos pertenece y en la que actuamos como ladrones, predadores, bandoleros. Vivimos en medio de una naturaleza que nos ignora y que, sin embargo, padece a diario los violentos embates de nuestra soberbia. Y somos pequeños, muy pequeños, minúsculos, insignificantes ante la inmensidad de lo creado, granos de arena perdidos en la gran playa del universo. ¿En qué fundamos el orgullo que nos hace sentirnos los reyes del mundo? ¿Qué somos cuando el rayo cruza el cielo relampagueante y temblamos ante el estruendo de su furia? Vivimos ignorantes de nuestra pequeñez -329- y nos aterrorizamos cuando la descubrimos. Pese a ello, nos sentimos señores y dueños del universo. Pensando en estas cosas, me puse de rodillas y recé en silencio.

Al mediodía escampó, y abandonamos todos la capilla. Salió el sol con fuerzas renovadas, y la sensación de sofoco se incrementó con los vapores que exhalaba la tierra húmeda. Eran las plantas (todas las plantas) obras de arte puestas ante mis ojos, joyas encantadas trabajadas por la mano de un mágico escultor, y las flores descubrían entre el verde omnipresente de

la selva sus colores más encendidos. Los pájaros cantaban y revoloteaban entre el follaje y las ramas de los árboles. Era el renacimiento de la vida: el aire quieto, la tierra queda, el cielo sin nubes, despejado, y todas las criaturas en movimiento, excitadas por sentirse de nuevo vivas. En el camino hacia la casa hube en varias ocasiones de prestar mi brazo para que, apoyándose en él, pudiera Manuela salvar los charcos de agua turbia que amenazaban mancillar la belleza impoluta de sus zapatos y el ruedo immaculado de su vestido blanco. Así, tomados del brazo como dos enamorados, recorrimos las pocas varas de distancia que nos separaban de la casa. Al subir la escalera que conducía al corredor sentí la suavidad de su caricia a través de la burda tela del algodón de la camisa que cubría mi piel, y creo (aunque no podría asegurarlo) que, en ese momento, se encendieron mis mejillas.

Sentí un ventarrón caliente que subía por mi pecho y que ahogaba mi garganta y la miré a los ojos, como si buscara en la insondable profundidad de sus pupilas la respuesta al misterio del amor. Fueron apenas unos segundos. Dos. Tres. Quizá, menos. No estoy seguro. Su padre esperaba a la puerta de la casa para darnos la bienvenida. Me percaté de su presencia muchas horas más tarde, cuando ya el día había fenecido, y todos nos habíamos retirado a descansar. -330- Aquellos segundos fueron eternos para mí, y todavía los vivo intensamente y me emociono al recordarlos. Lo que vi fue un destello, un brillo particularmente acuoso y tierno en el que se me representó de golpe, como en un retablo, la belleza de su alma. En ese momento sentí que me amaba tanto como yo mismo la amaba, y desde entonces jamás he dudado de su amor. Me habría gustado tomarla en mis brazos y apretarla contra mi pecho, mas era tan intensa y de tal naturaleza la emoción que me embargaba que perdí los sentidos y comencé a moverme y a hablar de manera mecánica, como si yo no fuera yo, como si no estuviera donde estaba, porque, en verdad, no era ni estaba, sino fuera de mí, tratando de penetrar a escondidas en su alma y adentrarme en sus misterios. Durante toda la noche la vi con los mismos ojos. Cené con ella y con su padre, y Pedro contó (tal vez) algunas historias de cuando fue marino, pero yo no lo escuché, ni entendí, ni recuerdo una sola palabra de cuantas dijera. Mi sola atención estaba en ella, y todos mis sentidos estaban abiertos exclusivamente a ella, interesados en ella y sólo en ella. Y creo que a ella también le ocurría lo mismo. ¡Qué dicha la de aquella noche! ¡Qué dicha la de los días que siguieron a aquella noche bienaventurada! ¡Qué dicha, en fin, la de aquel tiempo feliz y despreocupado en el que me despertaba escuchando el canto de los pájaros y volaba a su encuentro para darle los buenos días!

A partir de ese momento, sólo el nombre de Manuela fue grato a mis oídos. Manuela sonaba musical y dulce, tierno y lleno de sentido. El de Manuela era el único nombre de mujer que reconocía mi corazón enamorado. Estaba lleno de ojos negros y de brillo en las profundas pupilas de mi amada, de suspiros y de risas, de gestos encantadores, de manos suaves que acariciaban los tejidos de ahopoí, de alegría, lleno de ternura y de suavidad, lleno de misterio y de gozo, de cabellos nigérrimos y de talles de junco, de labios como cerezas maduras -331- y de mejillas de seda y terciopelo. Manuela era plegaria y canción, sonido de campanas matinales y de violines, susurro del viento, el primer rayo de sol en un atardecer

lluvioso, la llama que se levanta en la noche hacia la luna. Manuela lo era todo. Y no sólo era música y sonido y maravilla. También era color y forma: Manuela tenía el verde esmeralda de algunas manzanas y el azul de los buenos días soleados. Manuela tenía el aroma de la flor de coco, el olor del pan recién salido del horno, el encanto embriagador de los jazmines. Y era cielo y tierra y planta y agua y flor y cascada y piedra y plateado pececillo que escapa entre nuestras manos y libélula y picaflor. Manuela lo era todo: sonido y color, forma y misterio. Nunca he podido, ni podré jamás (¡jamás, jamás, jamás!), describir los encantos de mi amada, describirla a ella, a Manuela, a quien quedó confundida para siempre entre las orquídeas y las melodías de los arroyos cantarines de la selva. Manuela es hoy, para mí, agua limpia y selva, naturaleza pura con la que espero confundirme cuando me alcance la hora de la muerte. ¡Y cómo la espero!

Y, así, día tras día, yo buscaba sus ojos y los encontraba cargados de mensajes. Nada nos decíamos sino con los ojos, y su padre, que al fin se dio cuenta de la pasión que a ambos nos embargaba, comenzó a observarnos, a espiar nuestros pasos y nuestras miradas, celoso de su niña, de quien para él lo era todo y sin la que le habría resultado difícil seguir viviendo. Pero el amor es sabio y halló la forma de que Pedro ignorara nuestros encuentros y nada supiera de nuestros besos inocentes y de nuestros abrazos. Háblale dotado la naturaleza a Anastasia de un espíritu juvenil y de una imaginación fértil, y en ninguna otra cosa pensaba la anciana en aquel tiempo sino en ver casada a su ama y en saber que disfrutaba los gozos de Himeneo, como ella habíalos disfrutado en su juventud. Habíase, además, aficionado a -332- mi persona, que no encontraba en toda la provincia mejor partido para Manuela, pese a saber que no contaba con una mínima fortuna que asegurara su futuro.

-No son muchas -decíale yo- las ventajas que ha de obtener de mí, que el sueldo de capitán no da sino para ir tirando.

-Ya aprenderá vuesa merced a incrementar los caudales que la fortuna ha puesto en manos de Pedro, que, en sabiéndolo hacer, todo tiene arreglo por ese camino.

A primeras horas de la mañana, mientras Pedro aún dormía, Anastasia hacía que Manuela se levantara y saliera al jardín a encontrarse conmigo en un lugar discreto y escondido a los ojos de los impertinentes. Allí pasábamos juntos no más de una hora, pero ¡qué rápido pasaba el tiempo y qué felices éramos durante aquellos minutos! Hablábamos poco, porque Manuela no era de mucho hablar, pero nos mirábamos sin cansarnos jamás de hacerlo, y yo tomaba sus manos entre las mías y conservaba después durante toda la jornada (interminable, porque no llegaba nunca la hora del reencuentro) la indescriptible sensación de su caricia.

-Renunciaré al ejército y nos casaremos -le dije un día.

No me contestó. Sólo apoyó su cabeza en mi pecho y dejó que le acariciara el cabello. El lugar en el que nos citábamos era una pradera cercana a la casa, escondida entre arbustos. A uno de sus lados discurría un arroyo, y nosotros mirábamos correr el agua limpia e imaginábamos que, siguiendo su curso, habríamos de llegar al Paraná y al mar y a donde fuere necesario, si necesario fuere buscar la salvación de nuestro amor en la escapada. El suelo estaba siempre alfombrado de flores pequeñas y coloridas, y la

hierba era fresca en las primeras -333- horas del día. Pese a la proximidad del arroyo, no abundaban los mosquitos ni las alimañas, y era una bendición simplemente estar ahí, sentado en la hierba contemplando cómo se levantaba el sol por el oriente.

Así pasamos varios meses sin que Pedro supiera a ciencia cierta de nuestros amores, aunque para nosotros era claro que los sospechaba. Un día, cuando yo tenía entre las mías sus manos y nos mirábamos a los ojos sin decir palabra, escuchamos cómo se quebraba una ramita cerca de donde estábamos. Levantamos la vista al mismo tiempo, y vimos a Pedro que, de pie, nos había estado observando a su antojo durante varios minutos.

-¿Así es como paga el caballero la hospitalidad que se le ha dado en esta casa?

La voz de Pedro sonó con la potencia del trueno. Vi cómo a Manuela se le demudaba el rostro y cómo buscaba mi protección con sus ojos. La atraje hacia mí y la abracé. Pedro se abalanzó hacia nosotros, pero a los pocos pasos se detuvo. Noté su rabia contenida y su impotencia. Si en ese momento yo decía o hacía algo inapropiado, podía suceder cualquier cosa. El sol se levantaba, y toda la selva era un solo canto de pajarillos.

Pedro se mordía los labios. Manuela lloraba en silencio, contra mi pecho.

-Yo he de dar a vuesa merced una satisfacción de caballero -le dije, midiendo y pesando lo mejor que pude cada una de mis palabras-, que no está en mi intención sino el casarme con su hija, a la que he respetado, respeto y respetaré y a la que quiero más que a mí mismo y más de lo que a nadie he querido en esta vida.

-¿Y así es como vuesa merced paga su cariño, abusando de su inocencia?

-334-

-Jamás lo he hecho, señor, que si nada le he comunicado de todo ello a vuesa merced ha sido más por timidez que por falta de deseos, que éstos siempre los he tenido, aunque el temor me haya impedido manifestarlos.

-Temor que no le ha impedido, según veo ahora, cortejar a Manuela.

-A la que haré mi esposa, si vuesa merced me lo autoriza.

Pedro Mena se llevó la mano derecha a la barbilla y quedó pensativo y callado durante varios segundos. De pronto, se puso a pasear de un lado para otro. Lo hacía con violencia, como si su pensamiento le obligara a ello. Iba y venía. Se detenía, nos miraba de hito en hito, como si tratara de reconocernos, y emprendía la marcha que había, por unos segundos, interrumpido.

-Está bien -detúvose de golpe frente a nosotros-. Mas, ¿cómo hará vuesa merced para cumplir la misión que le ha encomendado el señor virrey?

-Pensaba, señor, abandonar el ejército.

-No es posible, sin atentar contra su honor de soldado.

-Más me importa el amor de su hija, señor.

-Han de importarles ambos, caballero, que no hay vida que valga la pena de llamarse tal que no se sostenga en el honor, y yo no estoy dispuesto a que mi hija sufra las resultas de su pérdida por parte de vuesa merced.

-No he de perderlo, se lo aseguro.

-Así lo espero.

Aquella mañana acabamos abrazándonos los tres, pero yo también terminé prometiendo que, en cuanto disminuyeran los calores, reemprendería el viaje que iniciara en Asunción y al que habría de -335- entregarme por

entero. También prometí que, una vez terminado éste, volvería a Asunción, donde redactaría el informe para el señor virrey, liquidaría el negocio de telas o la parte que me correspondiere del mismo y pediría y esperaría mi excedencia desde el despacho del señor gobernador. En otras palabras, hube de prometer que, en el breve espacio de uno o dos años, como máximo, habría de arreglar y disponer todas las cosas de tal manera que me fuera posible desposar a Manuela y establecerme en la estancia.

En Paraguay el entusiasmo patriótico futbolero ha crecido en los últimos días con el empate de su selección frente a la argentina en Buenos Aires.

El empate a un gol ha sido recibido como una victoria paraguaya. El héroe ha sido un arquero de nombre Gilabert o Chilavert. Entiendo que, en algún momento, fue portero del Real Zaragoza (tendría que consultar este dato).

Ahora juega en Argentina, donde la popularidad de que goza entre los aficionados a tan curioso deporte (que parece integrar el 100% de la población económica activa del país) le autoriza, siguiendo los pasos de otros no menos pintorescos ejemplares heroicos populares, a decir y hacer cuanto le viene en gana sin dar cuentas a nadie. Maravilloso. Las cosas que dice no tendrían la menor importancia, si los diarios no se hicieran eco de sus boutades. La fama lo ampara y convierte sus boutades en citas memorables para sus hinchas. En Paraguay ya se está pensando en proponer a este personaje como candidato a la presidencia en las próximas elecciones generales. La presidencia de la república es, en Iberoamérica, la culminación de todos los sueños y de todas las ambiciones. Los famosos (futbolistas, cantantes, modelos, actores, reinas de belleza) son hoy como los reyes en la Edad Media: los únicos a los que nadie se atreve a pedir cuenta de sus dichos ni de sus actos. Tácitamente, aceptamos que sean como niños: irresponsables ante las leyes. Tal vez -336- sea cierto que los necesitamos. Por algo los creamos y creemos en ellos. Si la modernidad nos dejó sin personajes sagrados (y sin el mismo concepto de sacralidad), a alguna parte tendremos que ir a buscarlos para satisfacer la necesidad que, según parece, seguimos teniendo de su existencia. Hoy, el rey sagrado del que habla Frazer cumple su función durante un tiempo y muere ahogado en el silencio que tejen los medios en torno a su persona. No es el mismo rey, ni quien lo sustituye se mancha las manos en su sangre, pero el ciclo se cumple y el rey muere en el mayor abandono y en el más absoluto silencio. No todos pueden resistirlo. Los levantamos y los derribamos de su trono. Seguimos siendo tan crueles como siempre. La conquista de la libertad se hace más difícil con el peso de tantos asesinatos.

Partimos el miércoles, segundo día de abril. Pedro Mena había puesto a mi disposición cuatro magníficos caballos, el matalotaje y el viático necesarios y a uno de sus mejores peones, un mestizo fornido y alto, de no más de veinticinco años, valiente como nadie, buen baqueano y mejor cantor. Llamábase Eusebio Pindú, y tenía, debido a una caída de caballo que lo marcó para siempre, un corte que afeaba su rostro, del que destacaban una barba abundante y oscura y unos ojos grandes y negros. Era un hombre alegre y divertido, caliente como una brasa, que no paraba de contar pícaras historias de amor totalmente imaginarias. Soñaba con vivir algún día en Asunción o en Buenos Aires y aprovecharse de las ventajas que estas ciudades podían ofrecerle para su medro. En ocasiones, más imaginativo, llevaba su fantasía a París, a Londres y hasta San

Petersburgo, por cuyos palacios deambulaba sin tregua persiguiendo un ideal de amor tan rubio como imposible. Quedábase en ocasiones como alelado en un cerrado mutismo que, de repente, rompía con una carcajada. En otras, no paraba de cantar, que pocos he -337- conocido con un repertorio tan amplio de coplas y de romances. Hablaba muy bien el guaraní y no peor el castellano, y, cuando ambas lenguas le faltaban, se hacía entender a la perfección por señas, que para todo movía las manos y ponía gestos en el rostro mucho más decidores en ocasiones que sus palabras. Y, así, el viaje fue, desde los primeros días, aunque doloroso para mí por la ausencia de Manuela, entretenido e interesante, pues, a medida que avanzábamos hacia la Misión de San Carlos, más y mejor conocía aquellas tierras por las explicaciones que de todas las cosas que veíamos me daba Eusebio.

A los pocos días de nuestra partida tropezamos con las orillas de la laguna Yverá. Fórmase la laguna con humedales unidos entre sí por riachuelos clarísimos en los que crece el camalote, hierba abundantísima de la que se alimentan los peces y las tortugas. Forma unas como islas en ocasiones extensas que confunden la vista del viajero, pues es tanta y tan apretada desde la raíz que más parece hierba crecida en tierra firme que otra cosa. Abundan en esta laguna los grandes peces, todos ellos sabrosísimos, en especial el que llaman dorado por su color, y los yacarés, que son lagartos muy grandes y peligrosos que viven en sus aguas. También los que llaman carpinchos, una especie de pequeños cerdos más parecidos a los conejos o a los cuyes del Perú que a animal alguno, pero mucho más grandes, que en aquel viaje llegamos a cazar varios que pesarían hasta cinco arrobas de buena carne. Lo que hay de maravilloso en toda la tierra por la que pasamos es el paisaje: los enormes árboles que entrecruzan sus ramas en las alturas formando bóvedas y cúpulas de singular belleza, umbrías y misteriosas, las retorcidas formas de sus ramas y raíces, que salen de la tierra como si trataran de escapar de un infierno al que se saben condenadas, los bejucos que se descuelgan desde lo alto, la maravilla de los filodendros de -338- grandes hojas que se enroscan como serpientes en los gruesos troncos a veces horadados por plantas aún más pequeñas y en cuyos accidentes, semejantes a valles abismales, crece el esplendor de las orquídeas. ¡Oh las orquídeas! ¡Qué variedad y qué colores! ¡Cuánto brillo, belleza y fugacidad! ¡Y las praderas! En torno a la laguna, las praderas limitadas por la selva permiten que la vista descanse de tanto esplendor. En ellas pastan caballos cimarrones y por ellas cruzan, furtivos y siniestros, los grandes tigres que, ante nuestra presencia, vuelven a esconderse en la selva umbrosa de la que salieron.

Vuelvo a sentirme ahora como entonces y me encuentro en una mañana otoñal, húmeda y fría junto a aquella laguna en la que la vida parecía hervir a nuestros pies y cuyo cielo era cruzado constantemente por toda clase de aves y pájaros singulares. Y vuelvo a emocionarme. Siento lo mismo, idénticas sensaciones recorren mi cuerpo encerrado entre estas cuatro paredes de mi celda de enfermo desahuciado, entre las cuatro paredes de este caserón desde el que veo el río que se desliza lentamente hacia aquellas selvas tan amadas. Allí están. Desde mi ventana intuyo su silencio y su grandeza y veo a Manuela corretear cerca de la casa, reír y

jugar con los niños más pequeños, con los hijos de sus peones, a los que toma en brazos y los besa. Y vuelvo a viajar en mi imaginación, dejando atrás la maravilla especular de la laguna Yverá a la hora de la siesta o cuando el sol desciende presuroso hacia occidente en su inevitable carrera hacia la muerte. Y entiendo. Sé ahora que la naturaleza es ajena a cuanto yo piense sobre ella y a los sentimientos que pueda despertar en mí. Sé que su belleza no responde a orden alguno y que sólo los hombres podemos imaginar el cosmos, porque éste es una ficción con la que un dios perverso nos ha tentado desde el comienzo de los tiempos. Todo ha sido creado para nuestro -339- engaño, para que vivamos fascinados por lo que no es y para que, desde ese no ser, desde la nada misma, creamos¹⁶ lo que es, pero que tan sólo puede serlo en nuestra mente y en nuestro lenguaje, el instrumento del que ese mismo dios nos ha dotado para construir un mundo cuya realidad desaparece ante nuestros ojos cada milésima de segundo. La trampa de la naturaleza es la trampa inventada por ese dios, el cerco que pone a nuestra ambición de llegar a ser como dioses, de ser dioses nosotros mismos, de poder crear lo que imaginamos perfecto y acabado. La naturaleza es caos, y nuestra blasfemia consiste en imaginar un orden oculto y hacerlo evidente. Ahora entiendo. No somos dioses, sino esclavos de un dios que jamás acabó la obra que iniciara y que espera que nosotros hagamos el trabajo que él no pudo completar el séptimo día de la creación, no porque estuviera cansado o viejo, agotado tras el titánico esfuerzo de los seis primeros días, sino, simple y llanamente, porque se sintió incapaz de llevar a término semejante monstruosidad. Y esta monstruosidad, este caos que nosotros creemos ordenado y cósmico y que ordenamos a nuestra manera destruyendo todo lo que se halla a nuestro alrededor, es la que a mí me fascina. El hombre ha comenzado a completar su obra, y llegará el tiempo en el que ya no existirán bosques, ni cúpulas umbrías formadas por ramas entrelazadas en lo alto por las que se filtre el sol, ni lagunas, ni mares, ni siquiera montañas. Llegará el día en el que el dominio de la línea recta y del círculo perfecto con todos sus puntos equidistantes del centro se complete. Y, entonces, el mundo dejará de ser y la naturaleza desaparecerá ante nuestros ojos y nos quedaremos para siempre solos en el universo. Entonces seremos como dioses, encerrados para siempre en el infierno del orden y la geometría, un infierno creado por nosotros, por nuestra infinita soberbia, y al que nadie, sino nosotros mismos, nos habrá condenado.

-340-

Cuando pienso en estas cosas, pienso en mi selva: pienso en Yverá. Y pienso en Manuela. Y pienso en mi suerte de loco encerrado en la antigua casa de los jesuitas de Asunción. En los primeros días de mayo todavía nos hallábamos Eusebio y yo perdidos en aquellos bosques y praderas, y una mañana, cuando apenas despuntaba el alba, escuchamos, a lo lejos, sonidos inconfundibles de caballos al galope. El oído atento de mi acompañante supo de inmediato que no se trataba de caballos cimarrones, sino de monturas que cargaban a cuestras con sus jinetes. También lo supieron los animales de la selva, que se movieron inquietos en todas las direcciones, escapando del peligro. Lo supieron los carpinchos, que se metieron al agua con presura. Y los yacarés de córneas escamas. Y las aves coloridas, que revolotearon inquietas entre las ramas de los árboles anunciando con sus

trinos su terror. Y los tigres. Lo supo la naturaleza entera, porque lo que se aproximaba al galope hacia nosotros era algo de temer: una partida de jinetes armados hasta los dientes que parecía ser la avanzadilla de un ejército. Llevaban aquellos hombres grandes sombrerones de paja y carabinas al hombro, camisetas sueltas y chamales de algodón con las puntas ajustadas en la cintura. Y traían ésta ceñida con gruesos correajes de los que descolgaban sus cuchillos. Y los correajes venían reforzados con clavos, y la mirada de todos ellos era de fiereza animal, elemental, primigenia. Eusebio y yo supimos que debíamos escondernos y nos escondimos entre la maleza procurando que los caballos no relincharan a su paso y que ningún movimiento, por débil e insignificante que pudiera parecernos, denunciara nuestra presencia. Los jinetes pasaron dejando una estela roja con olor a guerra y chispazos de furia. El sol se ocultó por un momento y las nubes arrojaron sus sombras negras sobre la tropa de bárbaros que asolaba la tierra.

-341-

-Son los hombres de Nicolás -dijo Eusebio, susurrando cada palabra-

Dentro de poco aparecerá el rey con su corte de pordioseros.

Aún tuvimos tiempo de prepararnos para su llegada y elegir los mejores sitios para observar. Nuestros 17 caballos fueron convenientemente sujetados, les ajustamos los bocados y muserolas para evitar que relincharan y ambos nos situamos detrás de uno de los árboles más frondosos que jamás haya visto, a cuyos pies crecía un denso matorral que añadía seguridad al artificio que habíamos creado para ocultar nuestra presencia. Sería ya el mediodía. Las nubes íbanse oscureciendo, y el agua de un riachuelo que discurría a nuestras espaldas había cambiado de color. Flotaba en el aire la amenaza de una tormenta. Los pájaros buscaban su seguridad entre el ramaje de los árboles sin apenas moverse. El silencio era espeso y húmedo y se podía mascar. Cada bestezuela del bosque buscaba su cobijo. Los yacarés en el agua, las aves y los tigres en la espesura de la selva. Las serpientes, lagartos y alacranes la buscaban entre los matojos. Nada se movía. Ni siquiera las hojas de los árboles eran azotadas por el viento. No soplaban. Todo habíase aquietado, como si las plantas y los animales esperaran lo que estaba a punto de suceder. Hasta el aire era silente. Y el agua. Y, de pronto, comenzamos a oír, al comienzo apenas imperceptible y, luego, con fuerza e intensidad crecientes, la música de los tambores. El rey anunciado por Eusebio estaba cerca. Los heraldos de su corte lo precedían. El paraíso comenzó a llenarse de ruidos infernales, y hasta las nubes, que habían respetado el profundo silencio de la selva, comenzaron a tronar, como si con sus terribles ruidos quisieran poner en evidencia su disgusto.

Los primeros en aparecer en aquella pradera bordeada por la frondosidad de la selva y los camalotes de la laguna fueron soldados de a pie armados hasta los dientes y jinetes en jacos achaparrados de -342- coloridos jaeces. Detrás venían los músicos y más soldados y, en el centro, cortesanos, ministros, tenientes y magistrados de aquel monarca vestidos con largas túnicas de colores y sombreros empenachados rodeando las elevadas andas que veinte musculosos indios semidesnudos cargaban sobre sus hombros. En las andas, elevándose sobre todos, hallábase un trono de madera dorada y, sentado en el trono, revestido con todos los atributos de

la majestad, el rey dormitaba. Parecía un gigante recién nacido. La retaguardia del ejército estaba formada por mujeres y niños y por un conjunto variopinto y extravagante de negros de África y europeos de todas las naciones, que habían llegado hasta aquellas tierras en busca de fortuna. Dirigiéndose hacia el norte abriéndose paso entre los esteros y la selva y habían llegado a aquellas praderas, en las que pacían los caballos salvajes y abundaban los tigres, hambrientos de riquezas y sedientos de sangre. En sus caras llevaban dibujadas la ambición y la crueldad. El paso de aquellos infames era firme y decidido, fuerte, y, entre quienes cerraban el cortejo por el sur, los negros cimarrones, apenas cubiertas sus partes verendas con deshilachados calzones de sucia bayeta, ensayaban, a manera de una zarabanda, los pasos de un baile asaz escandaloso. Algunas mujeronas que caminaban junto a ellos los imitaban, y había una, de potorrón empinado, color cetrino, ampulosa de caderas y bamba sobresaliente, que, en el trance de agitar sus hombros al ritmo de los tamboriles, cayó en éxtasis de lujuria y dio con todas sus arrobos en el suelo. Al punto, echáronse sobre ella cinco individuos mal encarados que pretendían mojar sus bollos recién horneados en las mantecas de la mulata. Los niños reían de las ocurrencias de sus mayores, a las que tomaban por juegos, y la alegría de estos últimos contagióse de tal manera a toda la comitiva del monarca que ésta se detuvo a un gesto de quien, hasta ese momento, habíamos parecido a Eusebio y a mí más una guagua grande y mantecosa que el rey -343- coronado de aquellos bárbaros. Era grueso y lampiño, y por sus formas redondeadas y su casi absoluta carencia de cabello en las partes visibles de su anatomía más parecía un eunuco del serrallo del bey de Argelia que el emperador de los mamelucos, como lo llamaban en aquellas latitudes. Eran sus ropas no menos extravagantes que su figura, y, si ésta era gruesa, brillante y lechosa, pulida y lustrosa como la de un cerdo cebado con papas y berzas, los coloridos brillos del raso con que habíanle fabricado amplios calzones abombados y unas camisas de grandes botones de metal destacaban sus opulencias de castrado. Desde el escondite en el que nos hallábamos, nuestros ojos veían a un monstruo dormilón al que sus cortesanos abanicaban incesantemente para evitarle las torturas del sudor. El monstruo reía y mostraba sin pudor una boca enorme y vacía de la que escapábanse unos gritos agudísimos que sus seguidores festejaban a risotadas. A una orden que diera aquel rey con un gesto de su mano, los fornidos indios que lo cargaban dejaron las andas en el suelo, y la negra caderona que, minutos antes, había caído en un éxtasis de lujuria se encaramó hasta el dorado trono del monstruo y, tomándolo en sus brazos infames de tarasca, comenzó a lamerlo y a manosearlo, a arrancarle la ropa a manotazos mientras los demás demonios de aquel séquito infernal se entregaban a las más inquietantes aberraciones de la carne. Los jinetes y soldados que abrían la marcha del ejército se detuvieron y volvieron sobre sus pasos para participar de la orgía. El suelo de la pradera era un revoltijo de carnes desnudas y de cuerpos entrelazados sobre los que las negras nubes de tormenta cerníanse amenazadoras. Retumbaron en nuestros oídos los primeros truenos, y la creciente oscuridad se vio de repente quebrada por el brillo cegador de los relámpagos. La negra habíase sentado sobre el rey de aquellos bárbaros con las piernas abiertas y, dejándose llevar por el frenesí de la orgía, desnudábase y se contoneaba al ritmo de

aullidos -344- felinos que podían escucharse a varias leguas a la redonda. Las demás mujeres imitábanla con otros hombres, y hasta los niños reproducían a su manera los juegos de los adultos. Veíanse tres y hasta cuatro cuerpos fuertemente entrelazados, bultos informes en los que resultaba difícil adivinar a quiénes pertenecían los brazos y las piernas y a quiénes las cabezas. Todos aullaban como lobos y emitían gritos disonantes que competían en intensidad con los ruidos atronadores de la tormenta. Senos, glúteos, piernas, brazos y cabezas: bajo la tenue luz del día, mi compañero y yo veíamoslos a todos confundidos en una masa amorfa y monstruosa. La oscuridad se espesaba como un jarabe en la retorta de un boticario. Nuestros ánimos estaban en vilo, atrapados entre el horror que contemplábamos y el terror que nos infundían los truenos y los relámpagos.

Por fin comenzó a llover. Primero fueron gotas gruesas y espaciadas en el tiempo. Sentimos que golpeaban las hojas del gigantesco árbol bajo el que nos habíamos protegido. De repente, la lluvia se detuvo y, por unos segundos, tuvimos la esperanza de que el cielo recobraría la luminosidad perdida. Pero no. Las tinieblas volvieron y se espesaron. Parecía de noche. Sólo la intensa luz de los relámpagos que comenzaron a cruzar el cielo en todas las direcciones nos permitía observar en detalle lo que estaba ocurriendo en la pradera. Ninguno de los bárbaros habíase atemorizado ante la furia de la naturaleza, y estaba claro para nosotros que era mucho más fuerte su deseo que su temor, la calentura que los consumía que el miedo a la muerte. La negra seguía agitándose sobre el cuerpo del rey, y el monarca, hinchado y mantecoso, veíala bailar sobre su abultado vientre, impotente para satisfacer los deseos de la mulata. Comenzó a llover con fuerza. En pocos minutos todo se encharcó. Las gotas de lluvia, gruesas y cálidas, caían con fuerza sobre las cabezas -345- y los cuerpos de todos, pero ni los golpes de la naturaleza parecían tener la suficiente fuerza para hacer variar un ápice los propósitos de aquella tropa de energúmenos. Caídos en el suelo, rodando sobre sí mismos, embarrábanse de la cabeza a los pies sin que les preocupara en absoluto su apariencia. Era un espectáculo extraordinario que Eusebio y yo observábamos aterrorizados sin poder dar crédito a nuestros ojos. Por espacio de dos prolongadas horas estuvo lloviendo de manera ininterrumpida, y, en todo ese tiempo, ninguno de aquellos salvajes abandonó su puesto en aquella especie de aquelarre en el que el rey castrado y mantecoso hacía las veces de un macho cabrío impotente e inútil. Más bien parecía que la amenaza del cielo incrementaba el rijo de los bárbaros y que la lluvia que caía ininterrumpidamente sobre sus desnudos cuerpos, en vez de enfriarlos, conferíales nuevas fuerzas para satisfacer sus apetitos. Eusebio y yo nos acurrucábamos bajo el árbol gigantesco que nos protegía de su vista, temerosos de que nos descubrieran los soldados y de que un rayo fuera a dar sobre él y nos arrastrara hasta los abismos de la muerte. ¿Quién movía a aquellos bárbaros a abandonarse tan libremente a los instintos de la carne, tan sueltos y despreocupados? ¿Qué fuerza desconocida los empujaba a semejante desenfreno? Mientras seguía cayendo la lluvia, yo me hacía éstas y otras preguntas semejantes, y Eusebio, que no seguía mis pensamientos, llevábase una y otra vez las manos a la cabeza y se halaba los cabellos, como si con este gesto pudiera

alejarse de su mente los fantasmas que penetraban en ella. Sospecho que él se imaginaba en las puertas del infierno, y que, en su delirio, aquella bola de manteca que se sentaba en el trono sobre las andas, más que un rey de este mundo, éralo de las profundidades del averno. Como tal, presidía el aquelarre.

-346-

Cuando dejó de llover, todavía permanecieron algunos echados en el suelo, revolcándose en el lodo. Todo era lodo e inmundicia en la corte nómada del rey bárbaro. Aunque el cielo tenía más luz y las nubes se aclaraban, intermitentemente caía alguna llovizna menuda y cruzaban el cielo los relámpagos. La tormenta se alejaba hacia el norte movida por un viento suave y frío cuyo rigor, empero, no parecía afectarles en absoluto. Nuestros caballos, que durante el tiempo que duró la tormenta revolvíanse inquietos poniéndonos de continuo en trance de ser descubiertos por los soldados de aquella horda, tranquilizábanse ahora con sólo pasarles la mano por el cuello o acariciarles los flancos. Los rayos del sol estaban a punto de quebrar la cerrazón de las nubes, cuando volvió a caer el último chubasco. Fue intenso. Duró sólo unos minutos, pero éstos fueron suficientes para que volvieran nuestros temores. Luego, salió por fin el sol, y era cosa de ver cómo aquellos hombres y mujeres que habíanse revolcado en la inmundicia del barro durante horas estaban limpios y como si acabaran de bañarse y cómo los campos lucían esplendorosos y brillantes, como si todas las cosas hubiesen renacido puras y limpias en el primer día de la creación. Era el primer día de la creación. La misma negra que había estado montada sobre el monarca púsole a este un tricornio de flecos muy vistoso y se apeó de la montura en la que había permanecido durante varias horas, recobrando su apostura de coranvobis. Después, bajó al suelo. En las andas sólo quedaron el rey y sus abanicadores. Al punto, el mantecoso monarca impartió la orden de marchar con un gesto de su mano, y los bárbaros reiniciaron su derrota hacia el norte a través de la selva. Hasta los vestidos que llevábamos se habían secado cuando el último de aquellos siniestros personajes se perdió a nuestra vista tragado por la espesura de aquellos bosques. Desatamos nuestros caballos, los palmeamos un buen rato para darles confianza y tranquilizarlos y, más tarde, los montamos y emprendimos nuestra marcha en dirección contraria a la de la horda de desarrapados.

-347-

¿Quiénes eran éstos? ¿De dónde habían salido? ¿Había sido una alucinación o eran realmente los hombres de Nicolás, el supuesto rey de los indios y emperador de los mamelucos? ¿Eran sólo mamelucos los que lo acompañaban o eran hombres llegados de todos los rincones de la Tierra? ¿Había indios? La mayor parte de aquel ejército estaba compuesta por ellos. También había negros. Y portugueses. Y otros. ¿De dónde habían salido? ¿Quién era, en fin, este rey gordo y fofo, este embutido, esta bochincha de manteca con aspecto de castrado? ¿De dónde nacía su poder? ¿Quiénes lo sostenían? -Son fantasmas -me dijo entonces Eusebio-. Aquí los trajo un portugués al que le venían persiguiendo desde su tierra. Ahora el portugués es uno más del séquito del rey.

-¿Cómo se llamaba ese portugués?

-No recuerdo bien. En la estancia lo saben. El amo lo conocía.

-¿Y el rey es el famoso Nicolás?

-Sí, el mismo que coronaron los padres cuando no quisieron entregar sus pueblos. Los curas se sabían bien su cuento. Había mucho en juego en aquel trato.

-¿Pero está muerto?

-Nadie lo sabe a ciencia cierta -me respondió, trazando a toda prisa con dos dedos la señal de la cruz sobre su frente-. Nadie sabe si quienes caminan por la selva son muertos o son vivos. Lo que se sabe es que quien se descuida termina siendo atrapado y yéndose con ellos para siempre.

-Así que nosotros hemos tenido suerte.

-Más quizá de la que merecemos.

-Tal vez nos salvó la lluvia.

-Tal vez.

-348-

¿Había sido entonces una alucinación provocada por el aire envenenado y maléfico de aquella selva? Ciertamente aquel rey no parecía tener nada en común con el aventurero español que la cróniquilla que yo había leído en Asunción presentaba a sus lectores. ¿Qué influencia podía haber tenido en ella, si es que se trataba de una alucinación, como yo entonces me inclinaba a creer, la proximidad de los esteros pantanosos, qué influencia, en fin, las miasmas que sobre ellos flotan como una neblina turbia y envilecedora, la neblina que, en ese momento, después de la lluvia, volvía a levantarse y a atraparnos en su maleficio? Quise que huyéramos lo más rápidamente posible de aquel lugar y espoleé mi caballo lanzándolo al galope en la inmensa pradera que se perdía hacia el oriente más allá de nuestra vista. Eusebio me siguió. Era ya el mediodía, y ambos teníamos necesidad de reponer nuestras fuerzas con una buena colación después de tantas emociones. No nos detuvimos, sin embargo, hasta pasada la siesta, cuando ya nuestras monturas, jadeantes, daban signos inequívocos de agotamiento y las miasmas de los pantanos habíanse perdido para siempre de nuestra vista. Buscamos un lugar a propósito y descabalgamos: un somontano verde regado por un arroyo cantarín que se precipitaba hacia la llanura entre rocas y cantos rodados. A la orilla del arroyo, un árbol coposo y alto arrojaba su sombra sobre yuyos y florecillas entre las que todavía libaban las abejas y sobre las que revoloteaban inquietos picaflores verdes de plumas tornasoladas, pequeñísimos, minúsculos. Un bosquecillo de cocoteros encaramábase por los ribazos y alcanzaba la cumbre de la colina, y desde la profundidad del arcabuco llegábannos el canto de un pitogüé y el rápido corretear de las bestezuelas que se escondían a nuestra vista. Era un lugar deleitoso, locus amenus para hombre cansado, pequeño paraíso en el camino, un edén que habríamos de abandonar apenas hubiésemos repuesto nuestras fuerzas con las pocas viandas que traíamos -349- en aquella ocasión y hubiésemos dado a nuestros cuerpos el solaz necesario para su deleite pasajero. Acabada la frugal comida, Eusebio durmió a pierna suelta, como si el peso de todos los fantasmas lo precipitaran a los abismos de la muerte. Yo no pude hacerlo pese al cansancio (o, tal vez, por el cansancio, que mantenía mi vigilia). Mi pensamiento hallábase con Manuela, y de Manuela íbase a Zaragoza y a Logroño con mi hermana Leona, a Lima y a Asunción, a Samaniego, donde las figuras de mis padres representáronseme, por vez

primera desde que los dejara, como las figuras de dos ancianos, tan próximos al fin y tan cerca de mi corazón, cada vez más necesitado de quienes hallábanse ya a punto de abandonarme. Ansiaba ahora, más que nunca, llegar a San Carlos, volver a la estancia de Pedro, redactar mi informe y solicitar mi excedencia. Confiaba en que el virrey no me la negaría. Ansiaba, en fin, quedarme en aquella tierra para siempre con mis sueños y mis nostalgias, porque entonces supe que la nostalgia es también una forma sutil del sueño, la más engañosa quizá, pero no por ello la menos cierta y consoladora.

Cuando Eusebio despertó, ya era tarde y el sol terminaba su derrota en el poniente. El aire era quieto y tibio, y nada parecía perturbar la paz que se respiraba en aquellos parajes. Los gritos y chillidos de algunos pájaros, a la distancia, podían recordarnos, sin embargo, que en torno a nosotros, a nuestros pies y sobre nuestras cabezas, la vida mantenía su presencia ineludible y la historia su curso, pero nunca como entonces, ni antes ni después, me he sentido tan cerca de la nada, ni tan en paz conmigo mismo. Llegó un momento en el que hasta mi mente se vació de pensamientos y me abandonaron todas las imágenes, hasta las que estaban frente a mis ojos y daban sentido y forma al mundo en el que vivía. ¿Pero qué eran todas aquellas cosas que me rodeaban? ¿Qué, aquellas líneas diversas -350- y confusas, aquel conjunto de colores mezclados, aquellas formas sin forma, aquellos volúmenes planos a mis sentidos? ¿Qué eran, en fin, mis sentidos, si yo estaba fuera de mí o tan adentro que no encontraba palabras para unir me al mundo, al aire que rodeaba mi cuerpo y ni siquiera a mi cuerpo? Miraba sin ver. El sol, al fin, se había ocultado, y el cielo abierto después de la tormenta arrojaba sobre nosotros la luz mortecina de la luna y el titileo fugaz de las estrellas. Y entonces, de repente, volviendo en sí, o volviendo a mí (pues no había estado en mí), entendí lo que todos sabemos desde el momento mismo en que llegamos al mundo: que estamos solos, pegados a la tierra que nos alimenta, aferrados a ella como una excrescencia parasitaria, como los piojos en la cabeza de un gigante, inútiles y torpes, alimentándonos de carroña. Y también entendí que jamás los hombres podremos escapar de la prisión en la que yacemos y en la que un dios cruel nos ha colocado para purgar los delitos que no hemos cometido y de los que no tenemos conciencia alguna, pues nuestro único delito es estar limitados por el mundo, atrapados entre sus garras. Somos juguetes, juguetes y víctimas de esa divinidad monstruosa y feroz que nos atormenta al hacernos vivir sin vivir, conscientes del mundo que nos rodea, pero ignorantes del que está más allá de éste, que es tan sólo su reflejo. De ahí nuestra apetencia de la nada, pues sólo en la nada podremos hallar el perdón que merecemos o la dicha que creemos merecer. De ahí también el sentimiento profundo e íntimo de felicidad que todavía me invade cuando recuerdo aquel anoecer en el que mis ojos se perdían en el vacío del mundo, en su inanidad, en su inexistencia. Sólo si el mundo deja de existir ante nuestros ojos [...] y no nos hallamos. El silencio había sido, de nuevo, roto. Eusebio se puso de pie de un salto y tomó en sus manos la carabina que siempre llevaba consigo. Nos quedamos ambos expectantes, como dos fieras al acecho, pero el silencio regresó y, con el silencio, regresó aquella paz infinita que inundaba la redondez -351- de la Tierra y se elevaba hacia los cielos

abiertos e insondables. Traté de cerrar los ojos y ovillarme en busca del sueño, pero el sueño no me visitó. Quizá no quería que me visitara. Amable y consolador como suele serlo, el sueño habría interrumpido entonces aquel banquete imaginario de figuras añoradas, la armonía sonora de las caricias de mi amada, las ternuras de mis padres, los recuerdos de mis amigos Miguel, Simón, el coronel y su esposa, el dulce lagrimeo de los ojos de Leona, el recuerdo de los campos de La Rioja, tan amados y tan lejanos. Era un banquete de recuerdos, el frenesí de la memoria viva que nos acompaña a todas partes. En nuestra miseria y pequeñez, los hombres tenemos, mejor guardados que los más grandes tesoros, nuestros recuerdos. Los recuerdos nos salvan del mal y nos protegen.

Don Millán de Aduna escribe de una manera que me sorprende. Es moderno y es duro en sus juicios sobre la realidad. Habla desde su yo, desde su experiencia, y llega a conclusiones que se asemejan a otras conclusiones de escritores más recientes en el tiempo. Don Millán, al fin y al cabo, es un escritor y piensa como escritor: desde el otro lado del microscopio.

¿Habría entendido don Millán esta figura del microscopio? Seguramente. En algún momento de esta última parte, me ha recordado el Diario de Baudelaire. Me viene ahora a la memoria una cita que me impresionó mucho cuando la leí una mañana de febrero muy fría en mi departamento de recién casado de la calle Cervantes de Zaragoza. Caía aguanieve en aquella lejana mañana de 1969. (Al día siguiente tenía un examen con don Antonio Beltrán.) «Todo en el mundo rezuma crimen: el diario, la pared y el rostro del hombre», dice el genial francés. Don Millán podría haber escrito algo semejante tras la visión espantosa del rey espantapájaros de la selva misionera, como llaman los argentinos a esta región de su país. Es la selva de los cuentos -352- de Horacio Quiroga, un lugar remoto perdido en el mapa que algunos europeos del siglo XVIII imaginaron como territorio imperial de Nicolás I. Acabo de enterarme a través de la televisión (que para estas cosas es de gran utilidad) de que, en la Argentina, se ha instituido el «Día del perseguido desaparecido español». Cada treinta de septiembre, los desaparecidos españoles durante los tristes años de la «guerra sucia» serán recordados por quienes no están dispuestos a olvidar que «todo en el mundo rezuma crimen». Los argentinos (las argentinas) están dando un ejemplo al mundo negándose a aceptar la solución fácil, pragmática y «civilizada» de la infame «ley de punto final y obediencia debida». Las madres y las abuelas que cada jueves se pasean por la Plaza de Mayo de Buenos Aires con pañuelos blancos y los brazos entrelazados cumplen un rito necesario y crean la liturgia de una nueva religión, la religión más importante de nuestra época: la que nos une a los otros y nos religa con nosotros mismos, con nuestra condición de hombres. No importa de qué lugar sean los desaparecidos: ¡son hombres! Su nacionalidad es el mundo. Son argentinos, españoles, polacos, kirguises, lakotas, guaraníes, xoxas, boras, huitotos, suecos, suomi, húngaros, franceses, gitanos, isas, kurdos, chinos... Todos somos desaparecidos. Todos hemos sido negados por el crimen a lo largo del tiempo y de la historia. El crimen nos ronda en todas partes y sin cesar, y es extraño (muy extraño) que no podamos ver esos ejércitos de asesinos que pasean su bárbara soberbia delante de nuestros ojos y cuyos reyes y generales se encaraman a las andas en las que los tronos de oro están ocupados por las posaderas de obesos

emperadores, inocentes e irresponsables como niños de teta.

Cuando desperté aquella mañana de los últimos días de mayo en medio de la selva, tenía ante mí a un hombre armado con una escopeta que me apuntaba a la cabeza. Delante de él y con los brazos en -353- alto se encontraba Eusebio. Miré alternativamente a uno y a otro. En los ojos del extraño hallé decisión; en los de mi acompañante, furia ciega a punto de estallar. Quien nos apuntaba con su escopeta de caza era un hombre blanco, de unos cincuenta años de edad, de contextura fuerte, barba poblada como la de un ermitaño en las montañas de Soria, calzones ceñidos de tela fuerte y casaca de cuero con largos faldones. Sus ojos eran claros y grandes, y su mentón era duro, como si, al nacer, alguien lo hubiese tallado a golpes de segur.

-De pie -dijo secamente en español e hizo un ademán moviendo la escopeta. Le obedecí al instante y fui a ponerme al lado de Eusebio. El sol caía sobre nuestros ojos y nos cegaba. El extraño tenía todas las ventajas. Al parecer, las había estudiado.

-Ahora habrán de contarme vuestras mercedes qué hacen en mi estancia. Lentamente se fue deslizando hacia atrás y, sin perder de vista ni un instante el movimiento de nuestras manos, tomó con la izquierda las armas junto a las que habíamos dormido y las colocó a sus pies.

-Me llamo don Millán de Aduna y soy oficial de su majestad -le dije entonces.

-¿Y él?

-Eusebio Pindú, peón de la estancia de Pedro Mena -le respondió mi compañero.

-¿Quién es vuestra merced, si puede saberse? -pregunté yo entonces. -354-

-Eso lo sabrá el caballero cuando haya comprobado que no me ha mentado.

-Cargo sobre mi persona documentos que lo confirman -le respondí.

-Muéstramelos con cuidado y que yo no vea que hace un solo movimiento en falso.

Con mucho cuidado, desabotoné mi chaleco y saqué de debajo de mi camisa una de las cartas del virrey. Con idéntico cuidado se la extendí al extraño. Éste la tomó sin dejar de apuntarnos ni un solo segundo, la extendió ante sus ojos y, tras algunos minutos de difícil lectura, bajó la escopeta hacia el suelo y me la devolvió.

-Vuestra merced sabrá disculpar, caballero -dijo entonces dirigiéndose a mí-, pero, en los tiempos que corren, cualquier precaución es poca en estas soledades. Por un momento pensé que podrían ser hombres¹⁹ de Nicolás.

-¿Nicolás? ¿Pero no está muerto?

-Algunos piensan que lo está, pero yo no. Nicolás está más vivo que nunca y aún habrá de dar guerra en estos pagos por muchos años.

-Si no le importa a vuestra merced -le dije yo entonces-, mientras conversamos, podríamos ir tomando una pequeña colación.

-¿Y por qué no en mi casa? -me respondió él-. Al cabo, no está a más de media legua y por muy buen camino. Por cierto -añadió-, ya pueden bajar las manos.

-Por cierto -le retruqué-, todavía no conocemos la gracia de vuestra merced.

-Leandro Pampliega, estanciero, para servir a Dios y a los hombres de bien. Lleva vuesa merced, caballero -añadió-, un compañero bien templado y buen baqueano, que el nombre de Eusebio Pindú es muy mentado por toda la parte de las Corrientes.

-355-

-Si no me equivoco -dijo entonces mi compañero, al que la furia que dibujaran sus ojos habíasele ya suavizado-, vuesa merced es pariente en algún grado de Buenaventura Gil, al que llaman el Guapo.

-Así es. Y él me ha hablado de vuesa gracia.

-Entonces le habrá dicho que existe un pendiente entre nosotros.

-Buenaventura es mi primo y vive conmigo. Lo verá vuesa merced, pero le advierto que en mi casa no quiero peleas ni bravatas y que, si alguno de los dos me da motivo para hacerlo, he de tomar la escopeta y descerrajarles un tiro donde se tercié.

-No es un asunto de pelea. Se lo aseguro. Nos queremos bien.

-No confío en la palabra de un gañán.

-Pues habrá de tomarla vuesa merced como si fuese de caballero, que no tengo otra para darle y mi padre me enseñó a no gastarla sino en cosas de importancia y que tocan a la honra, que no es menos limpia mi sangre que la del rey de España.

-El Pindú te viene por derechas de los reyes godos de Toledo -ironizó el estanciero allanando el tratamiento para marcar la distancia.

-Como a vuesa merced el Pampliega, ni más ni menos -le respondió Eusebio, que se mantuvo respetuoso, pese a la rabia que lo dominaba y que podía apreciarse en el timbre de su voz.

-Y a todos, lo que nos toca -añadí yo, tratando de desviar el sentido de un diálogo que se desbarrancaba peligrosamente hacia los abismos por los que siempre se desbarranca la soberbia de los españoles-. Mejor, vayamos a su casa, señor mío, y descansen algunas horas para reiniciar con renovadas fuerzas nuestro peregrinaje, que, si hemos de pagar por la posada, lo haremos con el mayor gusto del mundo.

-¿Y a dónde van vuestas mercedes, si puede saberse? -me preguntó el estanciero.

-A la Misión de San Carlos, que allí nos convocan asuntos de la mayor importancia para todos -le respondí.

-356-

En ese punto quedó la conversación. Montamos y partimos. Mientras los caballos reducían la escasa distancia que nos separaba de la casa de Leandro Pampliega, éste y Eusebio Pindú lanzábanse de vez en cuando miradas de recelo, como si entre ellos, sin que mediara motivo, se hubiese abierto de pronto una enorme zanja (o levantado una muralla). Cabalgaban juntos sin dirigirse la palabra. Yo iba detrás, observándolos. La mañana era muy bonita, con un sol tibio que se deslizaba suavemente entre las hojas de los árboles. Cantaban los pájaros, y el escandaloso pitogüé lanzaba incansable su grito hacia los cielos. Un vientecillo fresco del sur acariciaba nuestras mejillas, y en dirección al oriente formábanse bellísimos celajes de tonos dorados que conferían a aquella mañana una luminosidad y un colorido particulares, una especie de aura misteriosa. Dábanme ganas de cantar, pues la canción, aun la más primitiva y torpe, es el mejor modo que conocemos los hombres de expresar lo que sentimos cuando

nos es dado, por algunos brevísimos instantes, penetrar en el misterio de la vida. La canción y la oración. La canción es la oración de los espíritus generosos. No me importaban entonces los rencores ajenos, ni sus razones. No pensaba por qué hombres hechos y derechos como los que me acompañaban, que apenas se conocían (o no se conocían en absoluto), estaban tan enfadados y dispuestos a lanzarse al cuello y arrancarse la yugular a dentelladas, pues sentía que, pese a todo, de aquella atmósfera mágica que la mañana había creado a nuestro alrededor estaba ausente el odio. Como estaban ausentes la envidia y la ambición. Estaba ausente el mal. Y hasta las ideas mismas de mal y de pecado. Todo, absolutamente todo -la luz del sol, el cielo, los árboles, el aire y la distancia-, convocaba a lo contrario, y yo sentía la estrecha hermandad de todas las cosas entre sí y de todas las cosas conmigo, como si de una revelación religiosa se tratara. Nuestros caballos trotaban. Yo me sentía ligero y libre, y, pese a la casaca y al -357- chaleco, pese a la camisa y los calzones, pese a las botas de montar y a la escopeta que cargaba al hombro en previsión de cualquier sorpresa, pese al tricornio y pese a todo, tenía la sensación de que mi cuerpo flotaba en aquel aire puro y que no había un solo poro de mi piel que no se bañara en aquel aire y que no sintiera sus vigorizantes efectos. Tanto como una resurrección del espíritu era una resurrección de la carne lo que sentía aquella mañana, y entonces, más que nunca, eché de menos la presencia reconfortante de Manuela, su aliento de alhelíes, su corazón de primavera en flor. Y eché de menos sus ojos. Cuando la casa de Leandro Pampliega se perfiló en el horizonte, dejé suelto mi caballo, y éste se lanzó al galope. No recuerdo el trayecto: sólo la sensación de libertad, la emoción de saber que había reencontrado mi camino.

Llegamos al fin. La mujer de Leandro Pampliega nos recibió en la puerta de su casa con dos peones y una criada india. Era alta y delgada, morena y entrada en años. Larguísimas canas plateaban su cabeza. El tiempo había abierto en su rostro cicatrices profundas, pero tenía su porte algo de majestuoso y distante que confería dignidad a su presencia. Era una de esas mujeres frente a las cuales sólo osamos susurrar. Leandro Pampliega y Eusebio Pindú descabalgaron antes que yo, ataron sus monturas en el tronco de un naranjillo y penetraron en la casa. Mi caballo aún se quedó unos minutos caracoleando inquieto delante de la mujer, sin que ésta se moviera, ni hiciera conato alguno de retirarse. También los peones se quedaron quietos hasta que descabalgué. La mujer tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me observaba. Por alguna razón supe que me estaba estudiando y que trataba de adivinar quién podría ser el caballero que había llegado aquella mañana hasta su casa. También supe que calculaba, que estaba imaginando los beneficios o los perjuicios que aquella visita podría reportarle. Supe entonces -358- que quien realmente mandaba en aquella casa era ella y no aquel hombrecillo que acababa de entrar con Eusebio y al que la mujer ni siquiera se había dignado mirar y, mucho menos, dirigirle la palabra. No había ningún guapo en aquella estancia al que hubiera de temer Eusebio, sino una mujer bragada, una virago de armas tomar que, con su sola mirada, ordenaba el pequeño mundo en el que se movía.

Al fin, todos entramos a la casa. Sólo los peones quedaron afuera. Quedaba ésta junto a las riberas del Paraná y gozaba de una vista llena de encanto

y atractivo. Desde el corredor de la misma, hacia el norte, veíase la otra orilla del río. Lejana. Los árboles se perfilaban contra el cielo abierto. Pequeños bosques de cocoteros bordeaban ambas orillas, y abríase paso entre ellos un caminito que, desde la casa, conducía directamente a un pequeño atracadero en el que había tres barcas amarradas entre los camalotes. El paraje no podía ser más deleitoso, y, sentadas en el suelo, acucilladas, las mujeres pasaban su tiempo tejiendo piezas de algodón y de carandaí, peinando las hojas de esta palmera para sacarle la fibra, en tanto que otras daban los últimos toques a una hamaca que horas más tarde habría de servir de cama a alguno de los peones. La mañana, aunque soleada, era muy fresca, y, junto al embarcadero, algunos niños correteaban y se encaramaban a las barcas vigilados de cerca por sus madres o por sus hermanas mayores. En el centro del corredor que rodeaba la casa había una puerta grande que se abría a una espaciosa estancia en la que todos penetramos. Las paredes de aquella pieza estaban desnudas, y todo el mobiliario se reducía a una mesa larga de gruesa madera a la que estaban adosadas dos bancas corridas, en las que nos sentamos. Las paredes, como los techos, estaban cruzadas de largas y gruesas vigas de madera de lapacho. Sobre la mesa, como si nos hubiesen estado esperando, había dos grandes fuentes con mandioca cocida y tres tazones de -359- leche, llenos hasta los bordes. Sin decir palabra, Eusebio Pindú y Leandro Pampliega empezaron a comer. Seguían sin mirarse, como si fueran entre sí enemigos mortales. Yo esperaba un gesto amable de mi anfitriona para iniciar la colación, pero, como tardaba en llegar y, probablemente, yo estaba esperando en vano, me decidí por fin a evitar toda clase de protocolos y tiquismiquis de cortesano y a satisfacer sin cuidados y libremente mi apetito. La leche era riquísima y, aunque la mandioca jamás ha sido alimento que despierte en mí el entusiasmo, aquellas mandiocas cocidas me supieron mejor que las natillas y confites más afamados. Razón de sobra tenía Platón cuando dijo lo que dijo sobre lo que dijo, como dice mi hermana Leona cuando lo dice, que harto aficionada es a decir tales cosas, aunque no vengan a cuento. Si humilde y rústica, aquella mesa pareciome, tras casi un mes de vagar por aquellos andurriales, la mesilla de un príncipe, y, una vez que hube satisfecho mi apetito y llenado con creces mi barriga, viniéronme a la memoria los versos de una letrilla gongorina que entonces parecióronme los más bellos versos jamás compuestos por un poeta. Y es que los hombres necesitamos a veces salir del estado rústico al que las circunstancias nos condenan y volver al estado de refinamiento y civilización que con tanto esfuerzo hemos sabido conquistar, que si la madre naturaleza es pródiga con todos nosotros, débese ello, más que a su generosidad, a nuestro ingenio, que en este último radica todo el mérito de nuestra especie, y no hay en ello ningún mal del que debamos avergonzarnos. Y así tengo yo que, a diferencia de lo que dicen los curas y no pocos filósofos, la inclinación a la molicie y la comodidad en los hombres, más que viciosa inclinación, es virtud, pues en la medida en que avancemos por el camino del lujo y el refinamiento más nos habremos alejado del estado primero de barbarie y salvajismo, aquel estado de behetrías en que, en los tiempos de nuestro padre Adán, anduvimos perdidos. Paréceme -360- natural que aspiremos a vivir mejor cada día y con menos necesidades, que no veo que haya mérito en lo

contrario, virtud, ni nada que se le parezca. La prueba más clara de lo que digo es que los curas, que predicán el renunciamiento y la ascesis, no los practican, y, si alguno de entre ellos lo hace, que son poquísimos, es tomado de ejemplo, pero no imitado, lo ponen en los altares y le rezan, pidiéndole que ruegue a Dios que sepa perdonar nuestras debilidades. Creo que, en esta parte, he abusado un poco al hablar de comodidades, que no eran muchas las que había en aquella casa, sino que las pocas que había parecíanme superiores en todo a las que había conocido en otras partes, tal vez por llevar tanto tiempo echándolas de menos. Pero como no quiero perder el hilo de mi relato hundiéndome en reflexiones que no vienen a cuento y que alguno podría tomar por manías de un loco encerrado en el manicomio, como yo lo estoy para mi desgracia, diré que aquella colación de leche y mandioca fue abundante y se desarrolló en el más profundo de los silencios. La señora de la casa mirábanos, ora a mí, ora a mi compañero y, de vez en cuando, a su marido, al que, al cabo de algún tiempo, acabó por preguntarle a boca de jarro:

-¿Y se puede saber, Pampliega, dónde ha encontrado vuesa merced a semejantes ganapanes, buenos para nada?

Confieso que, siendo como era la primera vez que alguien me trataba de ganapán en mi vida, hube de quedarme callado esperando la respuesta del estanciero y que no supe (ni aún hoy sabría) responder a semejante provocación. La reacción de Eusebio Pindú fue completamente diferente a la mía, que me quedé sin habla como un babioca. Dibujando una sonrisa sardónica entre sus labios, mi compañero se dirigió al estanciero.

-361-

-Responde, Pampliega, que te pregunta la patrona -le dijo, enfatizando con cierto tonillo de burla sus palabras.

-Hallellos acampando en nuestra propiedad -respondió a los requerimientos de su mujer el estanciero-. El caballero aquí presente es oficial del rey.

-Y yo, la reina de las Quimbambas -respondió burlonamente la patrona.

-Para mí -le retrucó en el mismo tono mi compañero-, vuesa merced es la reina de la selva misionera.

Agradole esta respuesta a la patrona y suavizó su gesto.

-Mire, señora -volvió Eusebio a tomar la palabra-. Llevamos casi un mes entre el bosque y los esteros, comidos por los mosquitos, sufriendo fríos y lluvias, soportando soles y vientos y aguantando en ocasiones el hambre. Nos hemos perdido, hemos reencontrado el camino y nos hemos vuelto a perder más de tres veces. Hace pocos días, para colmo de todos los males, nos topamos nada menos que con las tropas fantasmas de Nicolás. ¿Le parece a vuesa merced que nuestras desgracias no son dignas de la caridad de un cristiano?

Al mentar a Nicolás todos los presentes se persignaron.

-Mburuvichá -musitó la criada india que estaba de pie al lado de su patrona.

-Mburuvichá -respondió ésta.

-Mburuvichá, mburuvichá. Así es -repitió Eusebio-. El mismo que viste y calza, el demonio del Yverá.

Leandro Pampliega, que hallábase inclinado sobre un nuevo tazón de leche, levantó la vista.

-362-

-¿Era gordo y lechoso como un niño grande? -preguntó.

-Así es -le respondí yo-. Una extraña criatura, si me es permitido decirlo.

-Un fantasma -aseguró Eusebio.

-El mismo diablo -se persignó de nuevo la patrona.

-Cuentan -volvió entonces a tomar la palabra Leandro Pampliega- que un español apellidado Tabuena llegó hace muchos años al Paraguay como lego de los jesuitas. Vivió en una de las misiones de la otra banda del Uruguay, en San Luis, si no me equivoco, donde se ocupaba de los más bajos menesteres en los que puede ocuparse un hombre de su condición. También cuentan que era enorme, gordo y lampiño, con cara de criatura recién nacida. Se dice que los padres lo humillaban cuanto podían y que hasta los indios le habían perdido el respeto, hasta un día en que, cansado de tantas humillaciones y sufrimientos, estranguló con sus propias manos al párroco de la misión. Luego se lanzó al monte y, poco a poco, algunos indios se le fueron uniendo. Esto es lo que se dice.

-Hay otras historias sobre el tal Nicolás. La más conocida es la de un indio llamado así y apellidado Ñeenguirú, de la Concepción -intervino la patrona.

-Otros hablan de un jesuita alemán y los más fantasiosos de un pícaro andaluz cuya historia escrita cayó en mis manos hace no mucho tiempo en Asunción -dije yo entonces-. La verdad es que ninguna de estas historias parece creíble.

-Todo es posible en estas tierras calientes, caballero -dijo entonces Pampliega-, que a lo mejor el tal Nicolás que tanto terror nos causa no es sino una fábula urdida por el deseo de algunos de ver que las cosas cambien.

-¿Y para qué habrían de cambiar? -pregunté.

-Para bien, naturalmente -me respondió la patrona-. ¿Acaso no ha notado vuesa merced que todo anda patas arriba y que nadie lo remedia?

-363-

La mujer era adusta y áspera hasta cuando pretendía ser gentil. Sentábase con la espalda muy derecha y las manos descansando juntas en el regazo y nos miraba a todos desde la altura de una soberbia acentuada por la fría seriedad de su semblante y el negro de sus vestidos. De su pecho descolgaba una cadena de oro con un crucifijo de lo mismo, y en uno de los dedos de su mano derecha brillaba un rubí grande en un anillo.

-Van vuestas mercedes -habló después de un largo silencio que sólo ella se atrevió a romper-, según me dice mi marido, camino de San Carlos.

-Así es, señora -le respondí.

-¿Y cuál es, si puede saberse, el motivo del viaje?

-No puede saberse, señora.

-¿Tampoco puede saberse el motivo de la disputa que vuesa merced mantiene con el primo de mi marido? -le preguntó entonces a Eusebio.

-No hay motivo de disputa, señora -le respondió mi compañero-. Tan sólo algo que ha quedado pendiente entre Buenaventura el Guapo y un servidor.

-¿Y de qué se trata?

-De un asunto de hombres, para que lo vaya sabiendo.

-Y de mujeres, según deduzco, pues son pocos los asuntos de hombres en los

que no esté de rondón metida alguna mujer.

-Así es, señora.

-También deduzco que se trata de un asunto que vuestras mercedes resolverán en una pelea. ¿Habrá de ser a cuchillo o a mano limpia?

-No es mi intención, que soy huésped y estoy agradecido a los dueños de la casa. Mal huésped sería si fuera a pelearme con mi amigo Buenaventura por algo que tiene arreglo fácil para todos. Mal huésped y peor amigo.

-364-

-¿Así que vuestra merced se confiesa amigo de mi primo? -preguntó Pampliega.

-Siempre lo fuimos. ¿No se lo ha dicho él?

-¿Y qué ha quedado, entonces, pendiente? -intervino de nuevo la mujer.

-Un niño y una mujer burlada que lo reclaman como padre y como marido.

-¿Y qué son ellos de vuestra merced? -volvió a preguntar la patrona.

-Mi hermana y mi sobrino, que no es poco.

-¿Y tiene vuestra merced pruebas de lo que afirma? -la pregunta la hizo Pampliega.

-La palabra de mi hermana, en la que siempre he confiado.

-Entonces -dijo la patrona-, será cuestión de ver lo que dice Buenaventura sobre el asunto. Águeda, llama al señor Buenaventura y que venga inmediatamente, que hay algo urgente que requiere su presencia.

La india, que estaba de pie junto a ella, salió al punto. La pieza en la que estábamos volvió al silencio. En las paredes encaladas, algunas manchas de humedad dibujaban extrañas sombras y figuras. Ya no había nada sobre la mesa para llevarse a la boca, y yo echaba de menos el humo del cigarro que, en otros momentos y en circunstancias más favorables, habríame liberado del tedio en el que me estaba hundiendo sin remedio. Pese a lo temprano de la hora, comencé a sentir que el sueño me invadía. De vez en cuando escuchaba pasos en el corredor exterior o voces de algunas mujeres que cuchicheaban entre sí mientras seguían, incansables, trabajando en sus telares. A lo lejos, entre los árboles que rodeaban la propiedad, los pájaros cantaban alborotados. La mañana era bellísima, soleada y fresca, pero ninguno de nosotros, escondidos entre las paredes -365- de la casa y hundidos en nuestros pensamientos y temores, era capaz de percibir la belleza de la mañana ni la armonía del canto de los pajarillos. La felicidad estaba al alcance de nuestra mano y le dábamos la espalda.

Por fin, hizo su entrada en la habitación, precedido por la india que lo había ido a buscar, el primo del estanciero. Era un hombre todavía joven, muy moreno, delgado, de cabello largo y rizado, estatura mediana, mirada esquiva y gesto atrabiliario. Vestía unos calzones ajustados de trabajo, polainas de cuero, camisa con agujetas abierta hasta la mitad del pecho y sombrero alón, de los que se usan en el campo. Se le veía fuerte y endurecido, y tenía la piel curtida y las pupilas de sus ojos afiladas como navajas de afeitar. Más que saludar, rugió al ver que Eusebio se ponía de pie para recibirlo. Era evidente que temía a mi compañero, pero también que su palabra no habría de bastar para que mi amigo asegurara la boda de su hermana. El Guapo se acercó a la mesa en la que estábamos y se sentó.

-Ya iba siendo tiempo -tomó la palabra Eusebio- de que diera con el

paradero de vuesa merced, mi señor Buenaventura. Ganas tenía de que echásemos juntos una parrafada.

-No ha de quedarse vuesa merced con las ganas, por lo que veo -le respondió el Guapo-, que no imagino a mi señor Eusebio quedándose con ganas de lo que apetece.

-Bien que me conoce vuesa merced.

-Y que lo diga.

-Y, conociéndome vuesa merced tan bien como dice que me conoce, sabrá de juro a lo que he venido.

-Algún pálpito tengo sobre el particular, pero habrá vuesa merced de aclarármelo.

-366-

-Con todo gusto lo haré, que, como no ignora mi señor Buenaventura, nunca se me han quedado las palabras atragantadas en la garganta.

-Pues vaya soltándolas, que soy todo oídos.

-Es el caso, señor Buenaventura, que mi querida hermana Ña Catalina, a la que yo quiero más que a mi vida misma, jura y rejure que el niño que ha más de tres años parió en la ciudad de las Corrientes es hijo de vuesa merced y que le reclama por marido y por padre de ese angelito, del que soy padrino y al que cristianamos con el nombre de Aureliano.

-Si su señora hermana Ña Catalina lo dice, alguna razón habrá para creerlo, que, si hubo relación con ella, como la hube, es natural que algún fruto diera, y no me corro.

-Lo celebro, que, de otro modo, otras cosas correrían en esta casa. Siga teniéndome vuesa merced, entonces, por amigo y prepárese para que, a mi vuelta de San Carlos, a donde me dirijo con el caballero aquí presente, hagamos juntos el camino hasta la estancia de Pedro Mena, que es mi patrón, que desde ella habremos de informar a mi hermana de su paradero, y que Dios quiera que todo salga con bien.

-Que Dios lo quiera -dijeron a coro el Guapo, la patrona y su marido. Jamás había visto arreglo tan fácil, ni hombres mejor avenidos para hacerlo, aunque algo en la mirada del Guapo me decía que tal vez no eran las cosas tan sencillas como a primera vista me habían parecido y que él o sus primos se guardaban alguna carta bajo la manga. La mirada de la mujer, su sonrisa sardónica y su gesto altivo parecían confirmar mi sospecha. Quien no decía una palabra e, incluso, parecía molesto con la conversación que se desarrollaba era el estanciero. Éste bajaba la cabeza cada vez que hablaba su primo, como si algo le molestara o como si temiera que Eusebio

-367- descubriera su falsedad. La india que acompañaba a la patrona, siempre de pie, no movía una ceja y nos observaba a todos como si nada de lo que ocurría a su alrededor le interesara. Y llevaba razón. Como dicen los indios del Perú, se trataba de un pleito de blancos absolutamente ajeno a sus intereses.

-Celebremos el arreglo -dijo la patrona y añadió, subrayando sus palabras con un gesto asaz elocuente-: Águeda, ya sabes dónde está la caña que guarda tu patrón.

Volvió a salir la india de la pieza, y yo seguí su lento caminar con la mirada. Pese a ser joven, arrastraba los pies. Salió al corredor. Noté entonces que las voces de las mujeres se habían apagado, y, pidiendo cortésmente permiso a mis anfitriones, me levanté y seguí a la criada.

Observé un gesto de contrariedad en el rostro de Eusebio al levantarme, y entonces supe que no debía alejarme demasiado de su compañía. Salí al corredor y palpé bajo mis ropas las dos pistolas. El sol seguía rodando en el cielo sin que la menor nube ocultara sus rayos, pero los pajarillos buscaban protección bajo las ramas de los árboles más cercanos. Vi cómo a lo lejos caminaban tres indios y observé que ningún niño jugaba en el atracadero. Todo en torno a la casa parecía detenido o congelado, y hasta el aire fresco del sur, que nos había acompañado cuando cabalgábamos hacia la casa, había dejado de soplar. Desde las columnas del corredor, observé el horizonte. Las siluetas de los tres indios que había visto caminar se perdían en el entramado de un bosquecillo cercano. Nuestros caballos seguían atados al tronco del naranjo en el que los dejamos al llegar. Escuché un ligero ruido a mis espaldas y me volteé con cuidado. Tras una burda cortina de algodón que ocultaba una pieza de la casa noté un bulto de hombre agazapado. Estaba de espaldas y no me podía ver. Durante casi un minuto me quedé -368- inmóvil tratando de adivinar quién sería el emboscado. De pronto, noté que se movía con sigilo, inclinándose siempre. Me fui acercando lentamente hasta la ventana tras la que estaba oculto. Volví a palpar las cachas de mis dos pistolas. No se escuchaba un solo ruido, pero adiviné que el bulto se había ido escurriendo a lo largo de aquella pieza en dirección a la estancia en la que, hasta hace unos minutos, había estado sentado con Eusebio, Buenaventura el Guapo y los dueños de la casa. Con todo cuidado, descorrí apenas la cortina de algodón y vi cómo un hombre armado con una escopeta estaba a punto de abrir la puerta de aquella estancia y penetrar en ella. Supe, de inmediato, que se trataba de un asesino y, sin hacer ruido y con el mayor cuidado, penetré en la pieza en la que el asesino se hallaba, empuñando ambas pistolas. Aún recuerdo la sensación que tuve al salvar la ventana, que estaba a la altura de mis rodillas. Me sentí como un gato a punto de caer sobre su presa. Hacía frío en aquella habitación, que era enorme y vacía. Aprovechando la penumbra, me coloqué detrás de él sin que lo notara. El hombre se enderezó por un momento, empuñó firmemente la escopeta con la mano derecha y con la otra descorrió el cerrojo de la puerta sin hacer ruido. Yo aproveché ese momento para desplazarme a apenas dos pasos de su persona. No lo notó, y, cuando penetró en la estancia empuñando la escopeta con ambas manos y a punto de disparar sobre Eusebio, descargué una de mis pistolas sobre él. El pistoletazo y el grito del asesino hicieron que todos se pusieran de pie como impulsados por un resorte. El asesino se revolcaba en el suelo apretando ambas manos contra su pecho. Tenía los ojos desencajados y me miraba con gesto de profunda sorpresa. Adiviné la proximidad de la muerte en su mirada. Hasta la mujer perdió en ese momento su compostura y a punto estuvo de arrojarse al suelo vencida por el miedo. Quien lo hizo fue su marido, que se escondió bajo la mesa. Eusebio se vino hacia mí, arrancó la escopeta de manos del asesino y apuntó con ella a Buenaventura y a sus primos.

-369-

-No os mato aquí mismo -dijo con serena frialdad-, pues no merecéis el consuelo de una muerte rápida, pero os vendré a buscar cuando menos lo penséis y entonces sabréis quién es Eusebio Pindú.
Los ojos de Buenaventura el Guapo despedían chispas. La mujer de Leandro

se puso de pie y caminó hacia nosotros con gesto decidido.

-¡Quieta! -gritó Eusebio.

Se detuvo. Tenía la mirada cargada de odio y de desprecio y la cabeza levantada. Era el suyo un gesto de desafío.

-¡Atrás! -Eusebio le clavó el cañón de la escopeta en la boca del estómago.

Leandro Pampliega asomó su cabeza detrás de la mesa bajo la que se había protegido. Noté el silencio pesado de la pieza, sus paredes vacías, la pobre mesa sobre la que habíamos comido. El Guapo seguía de pie, como si esperara una ocasión que no podía venir de ninguna parte. La mujer se volteó para mirarlo. Se cruzaron sus miradas. Mi pistola apuntaba directamente al estómago del Guapo. La escopeta de Eusebio, al pecho de la mujer. Leandro Pampliega no contaba en aquel momento para ninguno de nosotros. Mientras retrocedía bajo la amenaza de la escopeta de Eusebio, la mujer se volteó hacia su marido.

-¡Maricón! -dijo, arrojándole a la cara todo su desprecio.

En ese momento, adiviné una sonrisa en la boca amarga de Buenaventura.

-Yo no tengo nada que ver con esto -dijo, casi gritando, el estanciero-.

Es cosa de estos miserables. Estoy condenado a convivir con asesinos.

-370-

-Lavad, cabrones, vuestros trapos sucios en casa -le respondió Eusebio-.

Nada os he hecho, y, menos que yo don Millán de Aduna, que es oficial del rey y os puede encerrar de por vida por criminales. Ahora quedaos quietos mientras os ato y os encierro, que lo que menos deseo es que, al salir, nos tengáis preparada una emboscada. Y acordaos de que, si ahora estáis vivos, es porque yo quiero, que nada me costaría mataros y decir por ahí que he librado al mundo de tres alimañas venenosas.

En apenas un minuto o dos Eusebio ató a los cuatro las manos a la espalda y los aseguró a las patas de la mesa en la que habíamos estado sentados.

La india, que había regresado pocos segundos antes del disparo con una damajuana de caña en las manos, se dejó hacer, como si nada de lo que ocurría le afectara. La mujer de Leandro no había perdido su mirada soberbia. Eusebio se acercó a la puerta y miró hacia el exterior. Después, salió por la puerta por la que yo había entrado y la aseguró por fuera.

Debió de salir por la ventana hacia el corredor, se llegó hasta la puerta y me hizo señas para que yo hiciera lo mismo. Lo hice. No había

absolutamente nadie a la vista. Hombres y mujeres, peones y criadas, adultos y niños habían desaparecido. Unas madejas de algodón y algunas hojas de carandaí abandonadas constituían la única señal que quedaba de la actividad que hasta hacía apenas unos momentos se había estado

desarrollando en aquel sombreado corredor yeré. Eusebio miró en su torno y descubrió un largo madero que se ajustaba a la perfección a la puerta.

Abríase ésta hacia afuera y podía asegurarse con un enorme cerrojo, una llave, de la que no disponíamos, y un madero que encajaba en unos huecos abiertos en la pared. Éste fue el madero con el que aseguramos la puerta.

Los caballos estaban todavía en el mismo lugar en el que los habíamos dejado al llegar. Los desatamos y montamos. Había ya -371- pasado más de media mañana, y el sol se estaba aproximando a su cenit. Sin detenernos a pensarlo dos veces, espoleamos nuestras monturas y nos alejamos al galope hacia el este, siguiendo el curso del río. No dejamos de correr

hasta que el sol se ocultó en el horizonte. Las caballerías estaban agotadas. Nosotros, también. Buscamos un lugar abierto en la espesura, encendimos una enorme hoguera y nos dispusimos a comer algo y a descansar.

Lo único que teníamos para llevarnos a la boca era una cecina que traíamos con nosotros de la estancia de Pedro Mena. Era salada y áspera, correosa y seca y, en condiciones normales, la habríamos tirado, pero, como habíamos estado todo el santo día cabalgando y nuestras tripas rugían reclamando alimento, cada uno de nosotros se llevó un pedazo a la boca y trató de que pasara por su gástrico. Los dientes no nos ayudaban demasiado en la tarea, y los pedacitos de cecina paseaban de un lado a otro de la boca empujados por la lengua y ablandándose con la saliva. Así pasamos hasta una hora sin que realmente pudiéramos hacer otra cosa que torear el hambre, engañándonos a nosotros mismos y calmando, pese a todo, el rugido de nuestras tripas. El sueño nos vencía, pero era mayor nuestra desconfianza, y temíamos que el Guapo y sus primos se hubiesen librado de nuestros correajes y hubiesen armado una partida con la peonada para darnos alcance. No podíamos confiar en nuestra buena estrella. Eusebio se ofreció a hacer la primera guardia.

-Duerma no más vuesa merced -me dijo-, que yo he de mantener mis ojos bien abiertos por la cuenta que me trae.

Confiado en la vigilancia de Eusebio, me dormí como un angelito. Cuando desperté, ya era de día, y mi compañero estaba de pie y asando un carpincho en la fogata. El olor de la carne asada me devolvió de inmediato a la realidad. El paraje en el que nos hallábamos era próximo al río y estaba cruzado por un arroyo de aguas muy cristalinas que desembocaba a sólo unos pasos de donde estábamos. En un pequeño estero a la otra orilla del arroyo había encontrado Eusebio el carpincho que iba a constituir aquella mañana nuestro desayuno.

-¿Dormiste? -le pregunté.

-Dormiré en el camino a San Carlos -me respondió.

El olor de la carne asada inundaba el ambiente. Al romper el alba y considerando que había ya pasado el peligro, Eusebio se acercó al riachuelo, armó una trampa sencilla y cazó su pieza. Después, sin hacer el menor ruido, lo mató, lo despellejó y preparó todas las cosas para hacer el asado del que nos disponíamos a disfrutar.

-Quizá llueva hoy -le dije a modo de comentario.

-Quizá -me respondió.

Eusebio era hombre de pocas palabras. Tal vez por ello era más de temer para sus enemigos. Aunque alegre y hasta divertido en ocasiones, en otras parecía reconcentrado, abstraído en su pensamiento, absorto en sus cosas. Aquella mañana no tenía ganas de hablar. El carpincho ya estaba en su punto. Mientras yo me fui al riachuelo a hacer mis abluciones para librarme del polvo y las miasmas recogidas en el camino, él fue cortando el animal en pedazos y poniendo éstos en hojas de pindó. Cuando volví, tenía ya mi plato servido. Comimos sin hablar y casi sin mirarnos, como si, al hacerlo, no pudieran acudir a nuestra memoria los malos recuerdos de la víspera. A pesar de todo, volvieron.

-373-

-No agradecí a vuesa merced en su momento la gracia de mi vida -dijo-.

Ahora quisiera hacerlo. Estuvo muy acertado al levantarse de la mesa.

-Me parecía que el Guapo cedía con demasiada facilidad y no me gustaban sus ojos. Salvamos nuestros pellejos de chiripa.

-Aún hay carniceros que quieren desollarnos. Así que lo mejor será que cuanto antes tomemos el montante y nos vayamos de aquí.

Nuestros caballos estaban de nuevo descansados y repuestos. Eusebio calculaba que en uno o dos días más estaríamos en San Carlos. Montamos y emprendimos la marcha.

-¿Ve vuesa merced el río aquel que desagua en la otra orilla del Paraná?

-me dijo mientras avanzábamos al trote junto a la ribera.

-Sí -le respondí, mientras observaba la cinta de plata que se escurría entre árboles para desembocar en el gran río.

-Es el Aguapey. Calculo que de aquí a San Carlos no hay más de diez leguas, si no volvemos a tropezar con Nicolás, que no debe de andar lejos.

-¿Por qué lo dice vuesa merced? -pregunté.

-Porque el tal Nicolás nunca se aleja demasiado de sus pagos, y no se olvide, don Millán, que sus pagos son las reducciones de los padres, que lo apoyan.

-¿Los padres?

-O sus indios, que, para el caso, es lo mismo.

-No es lo mismo -le dije.

-No será lo mismo para el rey y para todos esos asuntos de la justicia y de la política que yo no entiendo, pero yo le aseguro al caballero que para quienes tenemos que sufrir la violencia de los hombres de Nicolás sí lo es.

-En tu opinión, ¿quiénes apoyan a Nicolás? ¿Los indios o los curas?

-374-

-En mi opinión, a los curas no les hace maldita la gracia el tal Nicolás, pero tampoco les gusta que el rey y sus ministros se metan en sus asuntos, que hasta ahora les habían ido pero que muy bien. Así que no sabría decirle a vuesa merced si los curas apoyan o no apoyan al mburuvichá.

-Tengo la impresión -dije yo entonces- de que suceden en estas partes de Indias demasiadas cosas de las que el rey carece por completo de información y de que su justicia alcanza a muy pocos.

-O a ninguno. ¿Acaso no cree vuesa merced que el Guapo y sus primos no podrían haber acabado impunemente con nuestras vidas?

-Tal vez.

-De juro -me respondió-. Si vuesa merced no se hubiese adelantado al asesino, ésta sería la hora en la que estaríamos los dos bajo tierra criando malvas.

Llueve sobre Asunción. Las calles están vacías, y los coches pasan, despacio, salvando los raudales que se precipitan hacia los ríos. El verde de las hojas de los árboles reluce bajo la luz tenue de la mañana lluviosa. Una capa de sueño, húmeda y tibia, ha caído sobre el mundo. A lo lejos, corren las nubes, como si escaparan de algo. De vez en cuando, un rayo formidable descubre nuestra pequeñez de insectos atemorizados. El espectáculo es grandioso. Las hojas del manuscrito que leo son opacas y amarillentas y me recuerdan (no sé bien por qué) el viejo olmo de Machado reverdecido con las primeras lluvias de primavera. Soria. El poeta imaginó

la ciudad en la que había vivido con Leonor desde su lejana Andalucía. Yo imagino (y veo y siento) los campos de Azofra desde las calles de Asunción. Algo en la atmósfera de este día me recuerda a España. Quizá sea que esta atmósfera la he sentido y respirado otras muchas veces en otros muchos lugares. Azofra. San Millán de la Cogolla. Ezcaray. Nájera. Cañas.

-375- ¡Tantos lugares de la infancia! Las gotas de lluvia caen suavemente, y la buena tierra se abre agradecida a la tierna caricia de los cielos. Al fondo de la casa, en el quincho, mi hija Maite, ajena a todo lo que no sea su imaginación, juega con sus muñecas. Montserrat baja de su cuarto con la idea de escribir un diccionario de mitos lovecraftianos, los terribles mitos de Cthulhu que a todos nos apasionan. Me comenta su idea entre sorbos de café. Me parece atractiva. Estupenda. Alexis duerme y sueña ritmos, acordes y sonidos. Vicky acompaña en su imaginación a Félix, nuestro hijo ausente, que está en Lima pensando, tal vez, en una lluviosa mañana de Asunción. Siento que la paz me rodea, aunque el gobierno derechista de Israel haya abierto el túnel de la discordia de Jerusalén a los turistas e insultado una vez más nuestra dignidad de seres humanos y nuestra inteligencia. Siento la paz y siento la lluvia bendita cayendo sobre los árboles de mi jardín. Me siento de nuevo niño y me siento en España, en mi casa de Azofra, contemplando la lluvia desde la ventana. Detrás de los visillos. Nada ha pasado desde entonces. Nada pasa en estos momentos maravillosos. Todo ha sido congelado en el tiempo del sueño y la memoria. El mundo es un pequeño paraíso.

Quinta parte

De amor, de locura y de muerte

No es mucho lo que me queda por conocer de la historia de don Millán de Aduna. Palpo las hojas y calculo. Qué lejos, pienso, está este hombre de su aldea y de sus orígenes, qué lejos del mundo en el que creció y en el que tenía sus afectos asegurados. Qué lejos de sus padres y de su hermana, qué lejos de sus amigos. Se aferra, no obstante, a la vida y lo hace como si en cada uno de sus actos viviera una eternidad. Ha recorrido medio mundo a pie y a caballo, en barco y en canoa y está enamorado. Aunque no lo dice (quizá sugiere entre líneas cosas que yo no puedo interpretar), don Millán debe soñar cada noche e imaginar cada hora del día el paraíso. Un paraíso con nombre propio -Manuela- cuyo disfrute debe pagar antes en el purgatorio de la búsqueda que ha emprendido y a la que le obligan su condición de caballero y el cargo de oficial de su majestad. Su esperanza y su paraíso están en estas tierras agrestes y difíciles en las que la vida sigue valiendo tan poco (o tanto) como entonces. América, sueño e invención de los humildes. Si Colón no se la hubiera encontrado en su camino, habría que haberla inventado. América, sinónimo de fortuna y de

futuro, sinónimo de sueño acariciado por siglos en las profundas noches de la pobreza europea. América. Aún sigue acicateando la -378- fantasía de los hombres. Aún vivimos en América y la América de nuestra esperanza como promesa de libertad. Manuela es América, y don Millán de Aduna no quiere perderla.

El reverendo padre Salvador Salcedo de la Quintana era un hombre pequeño, magro, de pelo canoso y lacio y mirada ardiente y profunda en sus ojos nigérrimos. Vestía una sotana raída y lustrosa uniformemente manchada de tocino y llevaba de continuo las manos en sus bolsillos como si fueran guardianas de un tesoro escondido. Se le descolgaba la faja por delante, y ello le obligaba a sacarlas de vez en cuando para ajustársela. Su despacho era oscuro, amable y fresco. No era amplio, pero tenía unos muebles de madera tallada de muy buena factura que lo hacían acogedor. Unas ventanas con celosías permitían la entrada del aire y cerraban el paso a la luz del sol ardiente. Sobre la pared en la que el jesuita apoyaba su sillón, un retablo de madera representaba en colores vivísimos una crucifixión. Un crucificado de piel cetrina y enorme cabeza se descolgaba por un tronco de árbol apenas desbastado con los brazos en cruz. La cabellera de Cristo era larguísima y negra, y las manchas de sangre cubrían una gran parte de su cuerpo lacerado. Dos ladrones, también crucificados, flanqueaban la cruz, y bajo el lignum crucis del salvador del mundo tres mujeres y un hombre, el discípulo amado, se recogían en llanto con los ojos implorantes mirando al cielo. Debajo del retablo, un mueble de madera contenía en sus estantes algunos libros en cuarto que el párroco de San Carlos debía de consultar en sus ratos libres.

-¿Lee mucho vuesa paternidad? -le pregunté aquella mañana.

-Hacemos lo que podemos, señor caballero -me respondió.

-379-

Eusebio y yo habíamos llegado a San Carlos el día de San Fernando, rey de Castilla. El cura estaba frente a mí con ambas manos piadosamente recogidas sobre la mesa en actitud de rezo. Sobre la mesa descansaban un recado de escribir y un montoncillo de papeles. Había también unos quevedos de armadura de plata con los que el párroco se ayudaba en sus lecturas.

-Vuesa merced dirá en qué puedo servirlo -me dijo al momento de sentarnos cara a cara.

No era una misión grande, según comprobamos Eusebio y yo mientras avanzábamos por sus campos. Los indios estaban trabajando y cantaban con un ritmo monótono y cadencioso unos extraños himnos religiosos en guaraní. Si no los hubiese visto, como los vi, inclinados sobre el suelo y sudando a corros con las azadas en las manos, habría asegurado que se trataba de una fiesta. Cuando entramos al fin en la plaza mayor de aquella reducción, el pueblo de los indios no me pareció mucho mayor que Samaniego, aunque sí de mayor extensión. Las casas eran muy pequeñas, pero estaban bastante separadas las unas de las otras. La iglesia, que se situaba en medio de la plaza, era de buenos sillares de piedra tallada y muy bonita. Nos salió al encuentro un indio ya entrado en años que dijo ser uno de los sacristanes. Sin dar mayores explicaciones (desde el primer momento se entendió con Eusebio en guaraní), tomó nuestros caballos de las riendas y nos condujo a la casa en la que vivían los padres. El sol estaba en su cenit y hacía

calor. Al fin, pensé para mis adentros, estamos en el famoso paraíso de los padres jesuitas. Veremos qué hay de cierto en lo que dicen unos y otros. Yo imaginaba que, en cada una de aquellas comunidades, habría varios padres atendiendo a los indios, pero el sacristán nos informó en guaraní que sólo estaban los padres Quintana y Guinet. Quintana era el -380- párroco; Guinet, el coadjutor. Este último se ocupaba de atender la doctrina de los niños y de controlar a caballo el trabajo diario de los mayores. Cuando lo conocí, llevaba en su mano derecha una fusta con la que se golpeaba unas botas de caña alta de montar. Eusebio me contó más tarde que los indios le temían. Era un hombre grande y joven, fornido como un luchador. No presentaba a mis ojos una imagen demasiado beatífica. Tanto me habían hablado en Asunción de las misiones y tanto me las había ponderado Pedro Mena mientras permanecí en su estancia que nada de lo que veía llegaba a sorprenderme. Al poco de llegar, ya me sentía como en mi casa, como si siempre hubiese vivido en una de ellas y conocido sus secretos. Sus calles eran anchas y su plaza espaciosa. Había almacenes que rodeaban esta última y que estaban a uno y otro lado de la iglesia y la casa de los padres, con las que formaban tres de los cuatro lados de un rectángulo muy grande en el que se reunían los indios cada vez que los curas los convocaban. Habría en total unos mil quinientos o mil seiscientos indios, entre hombres, mujeres y niños, viviendo en San Carlos, y la mayoría de ellos se dedicaba al cultivo de la yerba paraguaya, que es aquí un negocio bastante bueno y muy productivo para todos.

No me dedicaré en esta parte de mi narración a contar lo que ya han contado los propios curas interesados sobre el modo en que están organizadas estas comunidades, que, al fin, han sido ellos los que han dado al mundo a conocer su sistema y lo han ponderado sobre todos los demás existentes en la Tierra, a los que califican de injustos e inicuos, y hoy, cuando en casi todos los países de Europa los gobiernos se han librado de su molesta presencia, el mundo entero tiene sobre este asunto las opiniones divididas. Sí diré, sin que ello suponga juicio alguno en uno u otro sentido, que a mi parecer el -381- sistema funcionaba bien, que las cosechas eran buenas, que los indios trabajaban de la mañana a la noche, que no se hallaban entre ellos ociosos ni vagabundos y que tampoco vi un ápice de riqueza ni de lujo en quienes tanto se esforzaban por arrancar a la tierra sus tesoros. Aún más: diré que quienes volvían del campo al anochecer tras las andas de San Carlos Borromeo, patrón de la misión, lo hacían cantando y rezando muy contentos y con magníficas y armoniosas voces, pero que iban descalzos y que sus ropillas, rotas por muchas partes, habrían avergonzado al mendigo más pobre de Sevilla. Estos hechos, que pude notar desde el primer día, me hicieron pensar que todos los esfuerzos de los padres y de los indios servían para muy poco, pues, si el fruto del trabajo no ha de ser usado para mejorar la vida de quienes lo realizan, el mismo trabajo es más castigo y tortura que otra cosa. Yo no sé muy bien (y como me dan por loco, puedo decirlo) en qué utilizaban los padres las riquezas que obtenían del trabajo gratuito de estos indios, pues se veían ellos obligados a trabajar sin paga alguna las tierras llamadas de Tupá, que es Dios en guaraní, y todo lo producido en ellas pasaba al mantenimiento de la iglesia, que no era tanto lo que necesitaban

un párroco viejo y un coadjutor joven, por mucho que el último comiera. Quizá, pienso ahora desde Asunción protegido por mi locura, los curas lograron hacer un milagro y una gran fortuna. El milagro habrá sido hacer que los indios trabajaran contentos y cantando bajo los soles del trópico y la fortuna... ¿dónde está? ¿Qué se ha hecho de ella? Con tantas comunidades como administraron, grande ha debido de ser la riqueza que lograron amasar. ¿O acaso no fue sino un fracaso semejante experimento? Si algún atisbo de aquella riqueza legendaria podía verse en la misión de San Carlos era en la casa de los padres, la única que contaba con fábrica noble, muebles aceptables y muy buenas y abundantes -382- provisiones para una mesa bien surtida de toda clase de carnes y frutas. Fuera del párroco y su coadjutor, los demás hacían vida de eremitas de la Tebaida y tenían con ella garantida la salvación eterna.

-Vengo -le dije al padre Quintana, mostrándole las cartas del virrey- a que vuesa paternidad me informe sobre un tal Nicolás que, según se dice, es rey de estas tierras y tiene a los indios en trance constante de rebelión.

-Ya veo -me respondió- que, cuanto más ligeras son las noticias por carecer del peso de la verdad, a mayor velocidad vuelan hasta los más remotos lugares. El mburuvichá, señor caballero, no existe, que es invención de sandios y de indios, que todo es uno, como ya lo sabrá vuesa merced, y lo más que puedo decirle es que, en la Concepción, hay un indio que lleva el nombre de Nicolás y que se significó mucho hace unos pocos años, cuando los salvajes se levantaron en la parte del Uruguay contra los términos de cierto tratado entre España y Portugal que les afectaba.

-Algo he oído de ese indio famoso.

-Él es un indio civilizado, indio de misión. Se unió a los salvajes en un momento de locura, me imagino. Por lo que sé, Nicolás Ñeenguirú es un hombre puesto en razón, buen músico y un excelente jardinero.

-Pero, como vuesa paternidad ha dicho -le retruqué-, se significó en los sucesos de hace algunos años. Según sé, estuvo en la batalla de Caybaté, de donde volvió a la misión de la que había salido.

-Se dicen muchas cosas de Nicolás.

-Y se callan más.

-Ya hablaremos, ya hablaremos -me dijo entonces, y levantamos la sesión.

-383-

Almorzarnos juntos, con Eusebio y el padre José María Guinet, que acababa de llegar de su paseo por el campo y se golpeaba con la fusta las altas botas de montar. El padre Quintana me presentó como un amigo cercano del Marqués de la Ensenada.

-Es una pena -dijo el recién llegado- que su excelencia haya caído en desgracia. Pocos son los que en España cuentan con su habilidad para asuntos de la política.

-Así es -le respondí-, que, a más de su habilidad, el señor marqués ha tenido a gala el ser honesto y dedicado a su patria.

-Mayor razón para lamentarlo -remató el padre Quintana.

-Pero cuente vuesa merced -retomó la palabra el padre Guinet- las novedades de su viaje, que, por lo que he sabido, han venido ambos cabalgando desde las Corrientes.

-Sólo yo, que Eusebio, aquí presente, me ha sido prestado como baqueano

por un buen amigo que tiene su estancia por aquellos pagos. Sin él no podría haber hecho el viaje.

-¿Algún contratiempo? -preguntó el padre Quintana.

-Muchos, que en más de una ocasión hemos estado en trance de perecer. Quienes servían la comida eran 21 una india joven y un muchacho de apenas doce años. Traían en sus manos dos grandes fuentes surtidas de verduras cocidas y muy bien aderezadas y de carne de vaca en picadillo con salsa de pimientos. La comida estaba sabrosísima.

-No son platos propios de un cortesano, pero espero que los halle a su gusto -dijo Quintana con un cierto tono de sorna en sus palabras.

-Antes que cortesano soy soldado, reverendo padre -le respondí.

-384-

El comedor era espacioso y bien decorado, con cuadros de buena factura y tallas hermosas. Los muebles de madera estaban primorosamente tallados y eran cómodos y las sillas tenían, para nuestro deleite, cojines de algodón que hacían los asientos más blandos y más amables. Sobre una credenza de madera adosada a una de sus paredes veíase el brillo de los rayos de luz reflejándose en los cristales tallados de una botella llena hasta la mitad de aguardiente de caña. Como el propio despacho del padre Quintana, el comedor permanecía en una discreta penumbra que invitaba al sueño. Las dos ventanas por las que la pieza se abría al exterior estaban protegidas por celosías.

-Podrán vuestas mercedes descansar si lo desean en cuanto hayamos terminado de comer -dijo el párroco, adivinando mis pensamientos-. En estas latitudes, la siesta, más que vicio, es virtud que nos mantiene activos y hace la vida tolerable.

Eusebio no despegaba los labios más que para pasar algún bocado o beber grandes sorbos de agua. La india joven volvió a entrar trayendo una bandeja llena de panecillos y de mandioca hervida. Tras las celosías de las ventanas adivinábase un sol tórrido descargando su ardor sobre la tierra. Pensé en los indios que habíamos visto al llegar trabajando en el campo. La joven india no tendría más de dieciséis años y era hermosa, alta y bien proporcionada. Tenían sus ojos el color del caramelo y brillaban en la penumbra de la pieza como dos luceros en la noche. El padre Guinet no podía evitar mirarla cada vez que penetraba en el comedor.

Al terminar la comida, el muchacho indio nos acompañó a nuestras habitaciones. Me dieron una pieza bastante amplia con una ventana grande, cama ancha, colchón mullido de lana de oveja, infrecuente -385- en estas latitudes, sábanas muy blancas y limpias y una toalla colgando del mueble de un lavatorio de porcelana con su jofaina. La jofaina tenía agua limpia, y todo parecía dispuesto para que hiciera mis abluciones. Todo estaba muy limpio. Todo relucía: las paredes blancas, la cama, las sábanas immaculadas. En una de las paredes de la pieza había un cuadro pequeño con la imagen de un San José con el Niño Jesús en brazos y, debajo de aquel cuadro, colgando de un clavo de cabeza muy gruesa, un rosario de cuentas nacaradas, una pequeña joya. Imaginé que habitaciones como ésta servían para los curas que llegaban de visita, y que la que a mí me habían dado, con su gran ventana, su cama amplia, su cuadro, su mesa y su rosario, estaría destinada al superior. La mesa estaba junto a la ventana y tenía un sillón frailuno de excelente apariencia. También tenía papeles y recado

de escribir. Me arrojé en la cama sin desvestirme y, al poco tiempo, tuve la suerte de ser visitado por el sueño.

Cuando desperté, ya era casi de noche y no reconocí el lugar en el que me hallaba. ¡Tan profundamente me había dormido! A los pocos minutos, sonaron unos golpes en mi puerta y escuché la voz de Eusebio al otro lado.

-¡Don Millán!

-¡Un momento! -le dije y me levanté.

El sueño me dominaba, y hube de hacer un enorme esfuerzo para vencer mi natural pereza, ponerme de pie e ir hasta la puerta, descorrer su cerrojo y abrirla.

-Los padres quieren que nos reunamos con ellos para la cena -me dijo Eusebio.

-Tenemos, entonces, como dos horas para pasear un poco.

-386-

-Hora y media, más o menos, según me han dicho. Que en este pueblo se retiran todos muy pronto a sus habitaciones.

-Paseemos un poco, entonces -le dije y, tomándolo del brazo, salimos juntos de la habitación.

Los indios habían ya regresado del campo y muchos de ellos estaban haciendo su ingreso en la iglesia. Había otros que se habían quedado en la plaza, reunidos en corrillos pequeños, comentando probablemente los sucesos del día. Era la hora del rosario. La hora del descanso. Cuando salíamos de la casa al exterior, repicaba una campana llamando a la oración. Algunos niños muy pequeños correteaban entre las piernas de sus mayores. Las mujeres, en corros apartados, cuchicheaban. Llevaban velos y mantillas en las manos y algunas teníanlos ya puestos en sus cabezas. El sol se inclinaba hacia el poniente, y el cielo se teñía de rojo. «La Virgen está planchando las ropas del Niño», solían decir las pueblanas de Samaniego cuando, siendo yo niño, observaban un crepúsculo encendido. Una jornada más llegaba a su fin en la Misión de San Carlos. La belleza inefable de aquella tarde hizo que me reencontrara con mi infancia.

Salimos por un pequeño camino que bordeaba unos campos de cultivo. Aquí, mandioca; más allá, unos cuadros de lechugas; al otro lado, plantas trepadoras de poroto manteca sobre palos bien dispuestos para su crecimiento y, a lo lejos, muy a lo lejos, los yerbales en los que los miserables indios dejaban a diario su vida y su salud, comidos por el calor y los mosquitos. Era el trabajo más duro, el menos rentable para ellos. También los campos de trigo. Todo era ordenado. Todo limpio. De haber sido libres, aquellos hombres podrían haber sido felices. El camino era muy recto, trazado a cordel sobre terreno llano y sin relieves, y estaba bordeado de bellísimos lapachos que, en pocos días más, florecerían, sorprendiéndonos -387- con la belleza de sus colores.

Eusebio y yo caminábamos despacio, contando nuestros pasos. Paseábamos. Sin hablar. Cada uno con sus pensamientos, a solas, sin mirarnos. No teníamos intención alguna de separarnos demasiado de la misión, y queríamos volver, no al rosario, sino a la hora de la cena para no dejar a nuestros anfitriones esperándonos. Era una bendición ver los campos, desentrañar el misterio de su geometría. A la izquierda del camino, un extenso prado reunía un rebaño de vacas bien alimentadas, algunas de las cuales habíanse ya arrojado al suelo esperando el sueño. Mugían con

lamentos breves y profundos. Un toro enorme de cuernos desmesurados paseaba entre ellas, como un moro celoso que vigilara a las odaliscas de su harén. Comenzaban a escucharse los cantos de algunos insectos, y yo sentía que, bajo mis pies, latía el corazón de la tierra. A la derecha estaban las eras en las que los indios trillaban el trigo en tiempos de cosecha. Había hacinas de paja que, con las lluvias, se pudría al aire libre y era, más tarde, utilizada por los indios como abono en las sementeras. Se elevaba el vaho de las hacinas hacia los cielos, y la atmósfera estaba impregnada de sus olores. Todo el paseo lo hicimos en silencio, observando las cosas que se nos presentaban ante los ojos. No se qué pensaría Eusebio de todo aquello, él que era ante todo un ganadero, un vaquero para quien la tarea cotidiana del campo, agacharse sobre la tierra para arrancarle el sustento diario con el sudor de la frente, constituía una maldición bíblica, él, que por trotar libremente por los llanos abiertos, podía considerarse (y de hecho se consideraba) un hombre superior. Yo soñaba con mi pasado de niño en Samaniego, y veía como entre nubes a los campesinos de mi tierra amontonando la mies en las eras, trillando, preparando la parva, aventando la paja y el grano y llenando los sacos de trigo midiéndolos con la media fanega de madera. Veía las grandes meriendas en la era, las cazuelas rebosantes de pimientos y carne, las -388- botas y los porrones de vino, las barrilas de agua fresca de las que bebían los trilladores, los pañuelos blancos en las cabezas de las mujeres y los manguitos con los que protegían sus manos y sus brazos de las quemaduras del sol. Veía también la fiesta y los danzantes. Veía las vendimias, tan encantadoras siempre, tan llenas de color, de música y de alegría. Confundía la realidad con lo imaginado, con los rostros amados, con mis recuerdos.

Pero aquellos indios civilizados de los que hablaban los jesuitas no eran los campesinos de mi tierra y, caída la noche, como caía en ese momento sobre nosotros, los campos que ellos cultivaban quedábanse vacíos y sin alma, mudos y en silencio. Eran obrajes, fríos ergasterios a los que los indios acudían a diario a trabajar desde las primeras horas de la mañana y, si bien agradecidos y feraces, no eran sus campos y no podían sentirlos suyos sino en una parte mínima, la imprescindible para la subsistencia. Ni aun las hoces con las que segaban el trigo les pertenecían, como no les pertenecían los trillos y las caballerías, el aire, el agua o el tiempo, tiempo que tenían que dedicar a menesteres dictados por otra voluntad. Todo (o casi todo) era ajeno para ellos. Aquel desencuentro entre hombre y tierra se notaba. Quien, como yo, había pasado su infancia en la aldea y conocido la dura vida del campesino notaba una ausencia, un frío extraño al pasear por campos tan bien trazados, tan feraces en apariencia, pero, a la vez, tan pobres, tan duros y tan ajenos para quienes los trabajaban. Y, como Eusebio, pero por otras razones, yo también paseaba cabizbajo y triste, pensando en aquellos infelices indios a los que la mayor parte de los frutos tan duramente ganados se les escurrían entre los dedos de las manos a la hora de la cosecha. La noche caía y la campanilla de la iglesia insistía llamando al rosario a los fieles. Una sensación de paz y de tiempo detenido extendíase sobre aquellos campos como un velo -389- discreto que apenas nos rozaba las mejillas. Volvíamos a la misión. A nuestra derecha, un pequeño camposanto levantaba sus cruces de madera

sobre la estatura de los yuyos y los matojos.

La cena fue amable y muy clerical: dos huevos escalfados y bananas de la tierra, pequeñas y dulces. Para beber, agua. La conversación rodó sobre tópicos de viajeros. Eusebio se lució en sus observaciones sobre el paisaje y el clima de la región. Conocía cada uno de los pasos que habíamos dado, el nombre de cada riachuelo, la calidad de sus aguas. El padre Guinet, que también se las daba de baqueano, le discutió sobre el nombre de cierto animalillo al que Eusebio llamaba comadreja y que el jesuita decía tener poco o nada que ver con la comadreja de España, cosa que, obviamente, no estaba en discusión. Había en las palabras y en el tono del jesuita algo de petulante y una cierta intención de humillar al peón de Pedro Mena, tal vez por el simple hecho de ser peón y no un hombre ilustrado. Eusebio se hacía, como él mismo señalaba con mucha gracia, el ñembotaby, extraña palabra que en guaraní viene a significar el desentendido, el que hace oídos sordos a palabras necias. El padre Quintana parecía abstraído en la breve colación que tomaba aquella noche, pero, de vez en cuando, levantaba la vista del plato y lanzaba sobre su coadjutor los rayos fulminantes de una mirada que parecía como si lo quisiera pasar de parte a parte. Estaba claro que no le gustaban las insinuaciones del cura más joven. Yo, sencillamente, observaba y me reía para mis adentros. El peón de Pedro Mena era un hombre discreto que vivía su vida con la naturalidad de los sabios verdaderos.

-No será comadreja en España, si vuesa paternidad así lo dice, pero en más de cien leguas a la redonda la única comadreja que conocemos es la que acabo de describirle.

-390-

Con estas palabras de Eusebio terminó aquella noche la extraña discusión sobre la fauna del Paraguay. El padre Guinet no tuvo argumentos que oponer a tan contundente razonamiento, y el padre Quintana hizo un conato de levantarse. Su coadjutor entendió que la cena ya había terminado. También lo entendimos Eusebio y yo. Agradecí lo mejor que pude la generosidad de nuestros anfitriones y pedí permiso al padre Quintana para retirarnos.

-Mañana será otro día -me dijo el párroco con una sonrisa-, y tendremos ocasión de hablar largo y tendido sobre el asunto que le ha traído desde tan lejos.

Aquella noche dormí con sobresaltos. La temperatura era amable, y se estaba muy bien con la ventana de la pieza abierta, a través de la cual veíanse las estrellas. La noche era serena y húmeda. De vez en cuando, un vientecillo frío del sur movía apenas las hojas de los árboles y penetraba en la habitación, refrescándola. Arrebujábame entonces en la frazadilla que tenía para protegerme del relente y pensaba en Manuela. Veíala en la capillita de la estancia con su padre y sus peones, cantando y rezando. Imaginábala paseando conmigo por los caminos que zigzaguean entre los árboles del bosque y buscan la salida a los arroyos de aguas clarísimas que riegan sus tierras, y, mientras la veía y la imaginaba, íbame durmiendo con la felicidad en todo el cuerpo y con el alma limpia. Era como si perdiera peso, todo el peso de la materia, y como si mi cuerpo fuera capaz de volar, elevarse del suelo y, traspasando el tejado, huir hacia el infinito de las alturas. Subía y subía y sólo veía las estrellas sobre mi cabeza. A cada minuto que pasaba aumentaba la velocidad del vuelo

y llegaba un momento en el que se hacía vertiginoso. Miraba entonces hacia abajo, y todo abajo era pequeño e insignificante: las casas de los indios de la misión, la propia misión de los -391- jesuitas perdida entre las oscuridades de la selva nocturna y la propia selva y los ríos, convertidos ahora en hilos de agua insignificantes, en pequeñas briznas de paja brillando a la luz de las estrellas. La tierra entera perdía sentido bajo mis pies, y desandaba el camino que había hecho los días anteriores. Allí abajo estaba la estancia de Leandro Pampliega, en la que habíamos estado a punto de perecer, y en ella veía al Guapo haciendo el amor a la mujer del estanciero y tramando el fin de quien era esposo de ella y primo del asesino, para quedarse con la riqueza de la tierra y con la tierra misma, que los ambiciosos ven tras la muerte la herencia y nunca tienen paciencia suficiente para esperar. Y los vi a ambos levantándose de la cama, vestirse, tomar cada uno un machete en la mano y dirigirse sigilosamente a la pieza en la que el estanciero dormía. Todo estaba oscuro, pero yo veía. Veía a aquella mujer, de la que jamás he querido saber su nombre, acercarse a su macho y apretar entre los dedos sus testículos para darle valor y a éste enderezarse con el machete en alto y descargar uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez golpes terribles sobre el cuerpo inerte del durmiente, que comenzaba a desangrarse empapando de sangre las sábanas inmaculadas. Los peones dormían, y la luna observaba, desde el centro oscuro de la noche, el reiterado rito de la muerte. La mujer se desprendió de sus ropas y, a zarpazos, arrancó las de su amante y se entregó a su deseo. Aullaba. La mujer aullaba como una loba. Ambos cayeron sobre la cama del muerto y se bañaron desnudos en su sangre. Sobre un gran arcón de madera negra, a los pies de la cama, descansaban los machetes. Me desperté. Estaba sudando. Como un veneno que se me hubiese metido por los poros, el mal había capturado mi imaginación y me había hecho soñar las terribles cosas que había visto aquella noche. La visión del Guapo descargando su machete sobre el cuerpo inerte de Pampliega no me abandonaba, como no me abandonaba la de los -392- machetes sobre el arcón de madera y el rictus de lujuria y crueldad que la mujer dibujaba en su boca mientras su amante asesinaba a su marido. Y entonces creí saber (no sé cómo ni por qué) que no había soñado sino visto, que había sido verdad lo que tan sólo imaginaba sueño y que los amantes asesinos habían sellado su pacto de crimen fornicando en la cama ensangrentada de su víctima, revolviéndose desnudos en su sangre. Y temblé. Temblé de horror y temblé de miedo. Hacía frío, me levanté y cerré la ventana. Sentía una larga punzada entre los costillares, como si el relente me hubiese penetrado bajo la forma de un cuchillo largo y afilado. Cerré los ojos con fuerza y traté de pensar en Manuela, pero aquella noche era la maldad la que rondaba mi habitación.

Al despertar en la mañana, sentí que ardía de fiebre. Traté de levantarme, pero me mareaba, y el suelo parecía huir delante de mis pies. A punto estuve de caer al suelo. Me eché en la cama y volví a quedarme dormido. Cuando me desperté de nuevo, Eusebio y el padre Quintana ya estaban a uno y otro lado de mi cabecera. Eusebio tenía un gesto de preocupación dibujado en su rostro. El padre Quintana leía las horas en su breviario y musitaba oraciones en latín. Yo sentía la boca pastosa y amarga y fuertes dolores en los flancos. Miraba sin ver cuanto me rodeaba: la pared, los

muebles, la mesa de trabajo, la ventana cerrada. A través de las celosías de esta última adiviné que el sol estaba cerca de su cenit, y calculé que había permanecido en la cama muchas, muchas horas. Tenía frío. Me arrebujé como pude entre las frazadas. En la pieza, la penumbra arrojaba sobre los objetos su sombra de muerte.

-Tiene vuesa merced fiebre -dijo el padre Quintana, viendo que había despertado- y debe permanecer quieto por la cuenta que le trae. No es nada grave. En dos o tres días más estará como nuevo.

-393-

Eusebio y el padre Quintana salieron de la pieza y me dejaron solo con mis pensamientos. Las celosías de la ventana filtraban el sol, y la escasa luz que penetraba generaba atmósferas de angustia. Frente a mis ojos se formaban y difuminaban en el aire figuras extrañas. El dolor invadía todo mi cuerpo, y sentía un vacío en la boca del estómago. A la media hora, más o menos, volvió Eusebio. Traía consigo a la india que nos había servido en el comedor y que cargaba la bandeja en la que venía mi comida.

-Dice el padre Quintana que vuesa merced coma, aunque no tenga hambre -me dijo el baqueano y sonrió.

Eusebio me tomó por debajo de los brazos y me ayudó a sentarme.

Prácticamente me levantó en vilo. Estaba tan débil que me hubiese resultado una verdadera tortura hacerlo sin ayuda. Habíase traído consigo un almohadón grande que me colocó a la espalda, y, así acomodado, la joven india procedió a meterme una tras otra todas las cucharadas de sopa que cabían en el cuenco de madera en el que me la habían servido. Hacíalo con alegría y paciencia y con un brillo en los ojos cargado de bondad, como si le gustara lo que estaba haciendo. No sentía el sabor de aquel menjunje y veíame obligado a hacer enormes esfuerzos para pasar cada una de las cucharadas. No recuerdo en absoluto de qué era la sopa, aunque, a la distancia, desde mi celda de Asunción, quiero imaginarla de gallina, concentrada y fuerte, con una amarillenta y densa capa de grasa flotando en la superficie. Una sopa, como dirían en mi pueblo, para resucitar a un muerto. Si no a un muerto, a un medio muerto. En este caso, la sopa tenía que devolver a la vida normal a quien había perdido la mayor parte de sus fuerzas y capacidades en una sola noche. Apenas acabada la sopa, me quedé dormido. Mientras la tomaba, el sueño me vencía y se me iban, poco a poco, cerrando -394- los ojos, en tanto que mi mente volvía a vagar en el espacio, deshaciendo los caminos que habíamos hecho, para buscar a Manuela. Las potencias todas de mi alma se orientaban a su búsqueda, porque sin ella sentíame huérfano y pobre, solo y abandonado a las fuerzas ciegas del destino. Pero tampoco en aquella ocasión pudo volar mi espíritu hasta la estancia del buen Pedro Mena, y mi cuerpo flotante se quedó contemplando con los ojos de la imaginación y del sueño la marcha de la horda infernal del mburuvichá, que se abría camino a golpes de machete en medio de la selva, talando árboles, pisoteando flores, sembrando la muerte y la destrucción por donde pasaba. Los animales se apartaban a su paso, y el yaguareté se escondía, temeroso, en las profundidades de la jungla. Los pájaros volaban de un sitio a otro sin acertar con un lugar seguro en el que posarse para librarse de la muerte. Los que permanecían quedos escondían sus cabezas bajo las alas. Los yacarés y las tortugas hundíanse en las aguas de los ríos y los pantanos, y hasta los insectos más

insignificantes escapaban de aquella confusión. La naturaleza entera estaba perturbada, y por todas partes escuchábanse gritos y blasfemias, expresadas con voces roncadas y dicción torpe. Nicolás seguía empinado en las andas en las que su trono se asentaba, cargadas por los fornidos indios y mestizos que lo aclamaban como su soberano y eran terribles y soeces los gestos y vítores de aquellos energúmenos que luchaban por devolver al mundo a la barbarie, a las oscuras edades del pasado. Y en medio de tantos gritos, en el centro exacto del caos, un grupo de europeos caminaba con sus grandes fusiles al hombro, observando astutamente las maniobras de los demás. Hablaban extrañas lenguas entre sí mezclándolas todas como en una nueva Babel y, en medio de su discurso, dejaban deslizar, en ocasiones, alguna expresión en guaraní y, aunque con menos frecuencia, en castellano. Era aquélla una visión horrenda, casi infernal. Nicolás, abanicado en su trono, -395- seguía dormitando, ahogado en sus mantecas. La naturaleza entera se rebelaba ante su presencia, y el sol terminó ocultándose. Las tinieblas lo invadieron todo, y todo en mi sueño era oscuridad y frío.

Debí de pasar mucho tiempo durmiendo, porque cuando desperté amanecía. Estaba sudando y sentía mucho calor. Si no todas, algunas fuerzas perdidas en la jornada anterior me habían sido devueltas y me sentía mucho mejor. Arrojé lejos de mí la frazada con la que me cubría. Las hojas de la ventana de celosías que dejaba la pieza en penumbra habían sido separadas, y por el vano que quedaba abierto el sol y el aire de la mañana colábanse a raudales. Noté que la mañana era alegre y fresca, una soleada mañana de otoño en la que la suave brisa batía las ramas de los árboles en las que los pajarillos se posaban para emitir sus cantos y zureaban las palomas. Había aromas florales en el aire. Tenía ganas de levantarme, de cantar, de caminar o de escribir. Tenía ganas de muchas cosas, pero no sabía bien qué hacer. También sentía en el estómago la punzada del hambre y, por unos segundos, me entretuve imaginando succulencias de churrasco. Escuchaba voces a lo lejos y, aún más lejos, arrastradas por el viento hasta mi habitación, las notas de una canción extraña y misteriosa en guaraní. Quizás el misterio estaba encerrado en el idioma. Volví a sentarme en mi cama y, desde mi altura, traté de ver más allá de los límites de la ventana. Adivinaba los campos de cultivo y a los indios inclinados sobre el suelo arrancando a la tierra sus riquezas. Coloqué los pies sobre la alfombra. Me levanté. Podía sostenerme perfectamente y notaba que cada minuto que pasaba estaba más y más fuerte, más seguro de mí mismo, mucho mejor. Caminé hasta la ventana y me asomé al exterior. La ventana daba a la plaza del pueblo, y la plaza estaba totalmente vacía. No había un alma. Ni siquiera niños. Ni mujeres. Ni ancianos. Ni hombres. Nadie. Todas las puertas de las casas se veían -396- cerradas desde mi atalaya, y a lo lejos, en los campos que circundaban la misión, tampoco se veía a nadie, ni una mísera nubecilla de polvo levantada por los cascos de una acémila perezosa. Todo cuanto veían mis ojos parecía vacío y muerto, como si yo solo estuviera en el mundo y todo cuanto en él existía me perteneciera. No notaba fatiga ni dolor, y no me quedaba ya ni el recuerdo de cuanto había padecido el día anterior. Quise volverme a mi cama, sin embargo, pero, en el centro de la habitación, me detuve, lo pensé mejor y me precipité a la puerta de la pieza para salir al pasillo. No estaba cerrada. Salí al

pasillo y, por el pasillo, llegué a la escalera. Descendí al piso de abajo. Llegué al comedor, que, como el resto del pueblo, estaba vacío. Las mesas estaban limpias y no se veían por ninguna parte restos de comida. Ni una migaja de pan. Todo estaba muy limpio. Todo era frío y brillante. Pasé a la cocina. Nadie. Ni el indiecito, ni la india que con tanta alegría y tan dedicada generosidad me había alimentado. Ni el padre Quintana. Ni el coadjutor. Pensé en Eusebio. También él había desaparecido. Fui de cuarto en cuarto, de pieza en pieza, revisé cada uno de los rincones de la casa y, finalmente, por una puerta que llevaba a la sacristía, pasé a ésta y, de ésta, a la iglesia. Había una penumbra amable y una atmósfera de misterio. Por la linterna de la cúpula filtrábase una luz cenital que bañaba el crucero y destacaba la belleza de las pechinas que la sostenían en el aire. Daba la impresión de que la linterna flotaba entre las nubes. El gran retablo dorado del altar mayor quedaba en la penumbra. También los altares laterales. El círculo de luz formado en el crucero parecía una fuente, un manantial de pureza, el punto exacto en el que el cielo se encuentra con la tierra. Avancé hasta él despacio y, una vez en su centro, de pie, con los brazos en cruz, dejé que los rayos de sol me calentaran. Después, sin poder evitarlo, me arrodillé. El silencio era absoluto, y yo estaba solo, mucho más solo de lo que jamás había estado en ninguna otra parte. -397- No sabía a quién rezar ni cómo hacerlo y me quedé quieto, sin moverme, expuesto a las miradas de quien se escondía tras aquella luz cegadora y cuyos ojos debían de estar lejos, muy lejos, contemplándome con curiosidad. Me sentía observado por alguien o algo que no podía definir, pero de cuya existencia estaba seguro en aquel momento. Estaba sobrecogido y lloré sin saber por qué lo hacía. Lo único que sabía es que estaba solo y que el mundo me rodeaba, vacío y yerto, por todas partes.

-Ha pasado vuesa merced dos días enteros sin despertar -escuché entonces la voz de Eusebio.

Ya no estaba en la iglesia, sino de nuevo en mi cama, y no estaba bañado en luz, ni calentado por el sol. Tampoco me sentía con fuerzas suficientes para levantarme, ni mucho menos para lanzarme escaleras abajo corriendo detrás de los fantasmas. Seguía atado al lecho del dolor y de la enfermedad y tenía la impresión de que la cabeza me iba a explotar. La habitación seguía en penumbra, y yo seguía teniendo frío, mucho frío.

-Lleva ya vuesa merced tres días en cama y dice el padre Quintana que aún han de ser necesarios otros cuatro para que se recupere -siguió hablando Eusebio.

En los últimos días he pensado mucho en Eusebio. Jamás lo entendí bien. Era un buen mozo, grande y corajudo, y, sobre todo, era un hombre cabal. También un hombre alegre y lleno de vida. Y, sin embargo, podía quedarse horas y horas, días enteros a solas consigo mismo, sin hablar, sin moverse, como si nada de cuanto le rodeaba tuviese importancia. Otros como él se entretenían tocando la guitarra, que es la compañera de los solitarios por obligación. Él, -398- no. Él en el fondo era un hombre ensimismado y, en ocasiones, hasta melancólico. Entrecerraba los ojos y dejaba que su imaginación volase. Y volaba. Háblele escuchado contar tantas cosas a Pedro Mena que se conocía casi de memoria (o creía que conocía, que es lo mismo) los más recónditos lugares de la Tierra y, si no tenía otra cosa que hacer, íbase con la imaginación a una pequeña isla del

Pacífico y, en una playa de cocoteros bordeada por una selva virgen que trepaba hacia las húmedas montañas en las que nacían los cristalinos arroyos de cuyas aguas bebía, construía con sus propias manos una pequeña choza de nipa y caña en la que vivía los más ardientes amores con la princesa de sus sueños. Y los disfrutaba. Eusebio Pindú jamás se hizo muchas preguntas sobre el mundo, pero vivía intensamente la realidad y lo imaginado como real, sin llegar jamás a confundir la primera con lo segundo.

-Debe vuesa merced tomar una cucharada de este brebaje -me dijo aquella mañana y me ayudó de nuevo a sentarme-. Lo ha preparado especialmente el padre Quintana.

Lo tomé. El brebaje era un menjunje verdoso y amargo preparado a base de yuyos cocidos a fuego lento y endulzado con un poco de melaza. Era espeso y estaba caliente. En condiciones normales podría haber servido de vomitivo, pero, por alguna razón que no logro desentrañar, mi estómago recibió casi con agradecimiento lo que mi paladar rechazaba, y el brebaje en cuestión comenzó a hacer su efecto a los pocos minutos de habérmelo tomado. No quiero que el lector piense que exagero y que imagine que con sólo el olor de aquel menjunje habíanseme acabado todas las angustias. Si bien se me ha tomado en ocasiones por loco (y loco he sido hasta no hace mucho y encerrado como tal aún permanezco), jamás nadie me tomó por tonto, como yo no tomo por tal al amable -399- lector que hasta aquí ha seguido fielmente mi relación. No me curó al instante, ni siquiera en los cuatro días que el padre jesuita me había anunciado por boca de Eusebio, que fueron más de quince los que aún hube de permanecer en cama hasta reponerme por completo, pero sí acabó aquel brebaje con los dolores más fuertes y con las sensaciones más desagradables producidas por la enfermedad. Y esto comenzó a hacerlo casi de inmediato, que, de ahí en adelante, si bien no me podía levantar por hallarme muy débil y marearme, sí pude mantener con quienes me visitaban conversaciones prolongadas y de sustancia, interesarme en cuanto ocurría a mi alrededor, dormir sin pesadillas y acabar con la mortal angustia que me atenazaba y que hacía que me sintiera de continuo al borde de la muerte, cosa que, por otra parte, jamás había hasta ahora confesado a nadie. Eusebio me lo hizo tomar no sin reparos, que yo adiviné en su gesto cierta desconfianza hacia quienes eran nuestros anfitriones en la misión. Después de lo que nos había ocurrido con el Guapo en la estancia de Leandro Pampliega la desconfianza había hecho su nido en el corazón del peón de Pedro Mena. -He tenido -le dije, cuando llevaba despierto más de dos horas- terribles sueños.

-Ya me los contará vuesa merced cuando haya descansado.

Le hice caso y volví a quedar en silencio. Aún era de mañana. Hacia el mediodía me visitó el padre Guinet. Llegó con sus botas de montar y su fusta en la mano y traía consigo, como una maldición inevitable, el agobiante peso de una jornada calurosa. Entró pisando fuerte, como si estuviera inspeccionando algún trabajo. Se acercó a mi cama y me tomó la mano en un gesto de amistad del que no le habría imaginado capaz. Sonrió al hacerlo.

-400-

-En una semana más -dijo entonces-, vuesa merced estará bueno y podrá

seguir su camino.

Aunque amable, aquélla parecía ser una invitación a que abandonáramos la misión. Eusebio lo miró de reojo y se sonrió apenas. Yo callé y me hice el desentendido. Miré hacia el techo. Grandes vigas de madera de lapacho lo cruzaban a lo largo de la habitación y se unían entre sí mediante pequeñas bóvedas de ladrillos encalados. Era la imagen misma de un mar invertido y blanco, una extensión lechosa llena de concavidades que corrían a lo largo de la pieza. No era un techo inclinado, sino horizontal, paralelo al suelo, y, en las partes en las que el ladrillo se unía a la madera se apreciaban huecos y roturas y pequeños nidos de barro fabricados por insectos. Nidos ocres, como hornos en miniatura, ínfimos tatacuás de la naturaleza. En esos días solía quedarme durante horas contemplando el techo, observando sus irregularidades y sus accidentes, descubriendo, en fin, un mundo minúsculo y extraño, habitado por curiosas criaturas que, como los pequeños dragones que salían a cazar en las noches, lo paseaban de arriba abajo, lo conquistaban y lo señoreaban. Cada día descubría nuevos dramas, mudas tragedias que se desarrollaban en aquel espacio de techos y de paredes, la vida y la muerte en permanente confrontación. Y pensaba que cuanto ocurría en aquel pequeño mundo no era diferente de cuanto ocurría en el nuestro, donde también nos esforzábamos por sobrevivir agarrándonos con todas nuestras fuerzas a la corteza de la madre tierra y acabando con la vida de quienes querían evitarlo. Aquellos pequeños dragones caseros quedábanse horas y horas inmóviles, quedos, sin hacer un solo movimiento, esperando al insecto, la pequeña polilla, la mariposa o el mosquito que, fatalmente, eran siempre atrapados por su larga y pegajosa lengua y devorados en un santiamén. Eran muy semejantes a las salamanquesas de mi tierra en tamaño y en disposición, pero muchísimo más audaces, menos temerosos del hombre y de sus artificios. A veces se llegaban casi hasta la cabecera de mi cama, y yo los miraba. Nunca se asustaban. A lo más, si hacía un movimiento brusco, rápidamente se ponían a salvo, más allá de mi alcance, burlándose siempre.

Según Walter Benjamin, el marxismo interrumpe la percepción de la historia como continuum al destacar los hechos que analiza. Destacar, en este caso, significa congelar en el tiempo. Al congelar el hecho, el tiempo se detiene y se interrumpe el flujo. Pero lo que se detiene es algo que ya no es, que ya no fluye, o que sólo fluye en la mente del historiador. La existencia del pasado sólo se da en la memoria. Y la memoria, nutrida del pasado, es siempre presente. Es memoria en el presente, desde el presente. De ahí que, una vez analizado el hecho, el historiador vuelva a colocarlo en su sitio y a tener la sensación de que jamás se interrumpió el flujo, de que los hechos narrados son un continuo e ininterrumpido fluir hacia el presente, porque sólo en el eterno presente en el que vive tiene sentido el pasado que piensa. Así ocurre también con lo que don Millán de Aduna nos narra en este extraño documento, en este memorial. Con mucha frecuencia habla de su presente y siempre habla desde su presente. En realidad, sólo se puede hablar desde el presente, puesto que el lenguaje y el pensamiento, en puridad, tan sólo reconocen este tiempo. El pasado y el futuro no son sino enmascaramientos del presente. ¿Quién de nosotros tiene, realmente, la seguridad de haber vivido en otro tiempo, hace apenas cinco minutos? ¿Quién tiene la seguridad de que seguirá viviendo dentro de

otros cinco? Sólo podemos predicar con seguridad de aquí y de ahora. Hic y nunc. Quizá por ello también toda narración del pasado es ficción. La historia es una gran ficción. Don Millán, el loco encerrado en Asunción, pudo no haber vivido lo -402- que dice haber vivido, pero escribe y cuenta como si recordara y, por ello, ha vivido todo lo que dice haber vivido al menos en su imaginación (o en su memoria nutrida de imaginación). Se piensa a sí mismo y se piensa en el tiempo, en un antes y un después. Todos nosotros nos pensamos a nosotros mismos y, al pensarnos, pensamos el mundo, porque no somos ni podemos ser sin el mundo o fuera del mundo. Cuanto nos cuenta don Millán desde su presente -que para nosotros es pasado- es historia: su historia y la historia de su mundo. Para quien se sienta identificado con ella puede llegar a ser también, su propia historia.

El día en que me sentí repuesto por completo le solicité al padre Quintana una entrevista. Fue un martes de finales de junio, lluvioso y turbio. Daba la impresión de que la torre de la iglesia podía tocar las nubes, de tan bajas que éstas se hallaban, tan cerca de nosotros. Eran negras y densas y producían en mi ánimo una sensación de profunda melancolía. No era ésta, empero, una sensación desagradable. Durante una gran parte de la mañana permanecí en mi cuarto y estuve leyendo. Poseían los padres una biblioteca pequeña pero nutrida de algunos títulos que resultaban interesantes en aquellas soledades. En el transcurso de los días anteriores, agotado por la enfermedad de la que me reponía más lentamente de lo imaginado, me había entregado, con el buen Eusebio y el padre Guinet, que me visitaba a diario después de sus recorridos por el campo, al placer de juego. Con un viejo mazo de barajas entreteníamos nuestros ocios y nos sentíamos en el mejor de los mundos. Yo notaba, sin embargo, que a Eusebio le pesaba mucho aquella inactividad forzada y que, cada vez con más frecuencia, caía en silencios más y más prolongados. A medida que pasaban los días me resultaba más difícil arrancarlo de su mutismo. Aquella mañana había salido con el padre Guinet para acompañarlo en la consabida -403- ronda de observación y vigilancia del trabajo de los indios. Eusebio no tenía otra cosa que hacer, y yo estaba solo y aburrido. Abandoné el libro que estaba leyendo sobre mi cama, bajé las escaleras y me llegué hasta el despacho del padre Quintana.

Toqué la puerta con los nudillos de mi mano y esperé hasta escuchar la voz del párroco.

-¡Adelante quien sea! -me dijo éste.

-Buenos días, padre Quintana -le saludé mientras hacía mi ingreso en la pieza.

-¿Cómo amaneció hoy vuesa merced? -me preguntó con gentileza.

-Bien -le respondí-. Siento que ya me han desaparecido todos los dolores y las fatigas y que estoy listo para emprender mi camino lo antes posible. De eso venía a hablarle a vuesa paternidad, precisamente.

-Soy todo oídos -dijo, echando la cabeza hacia atrás y repantigándose en su sillón.

-Si me permite... -le hice un gesto con la mano derecha señalándole una silla.

-Siéntese, por favor -me invitó, protocolario.

-Es el caso -dije entonces, levantándome los faldones de mi casaca y

sentándome en la silla que le había señalado al solicitar su venia para sentarme- que, estando como estoy ya bueno, he de emprender cuanto antes mi viaje de regreso y que me veré obligado a escribir al virrey el informe correspondiente a la visita que he hecho a la Misión de San Carlos. Es de la mayor importancia que cuanto señale en dicho informe se ajuste a la verdad, por lo que me gustaría solicitar de su paternidad, si en ello no halla inconveniente, una declaración sobre los hechos que aquí me han convocado; esto es, sobre la existencia o inexistencia del tal rey del Paraguay y -404- emperador de los mamelucos, cuya historia anda ya en libelos y que ha creado, según he podido comprobar yo mismo, no pocos temores en los habitantes de la región.

-¿Tiene vuesa merced seguridad sobre su existencia? -me preguntó.

-No podría responderle a semejante pregunta -le contesté-, que hay cosas que he visto en este viaje que tanto me hacen pensar en su existencia como dudar de la misma.

-Confiesa, entonces, vuesa merced que está confuso...

-Lo estoy. Lo confieso.

-¿Y por qué, si puede saberse? -me preguntó con una sonrisa cargada de malicia.

-Porque me resulta difícil dar crédito a lo que mis ojos han visto.

-¿No debemos confiar, acaso, en los sentidos?

-No siempre. Por eso solicito, precisamente, el auxilio de vuesa paternidad.

-¿Y cómo podría yo resolver semejante dilema?

-Diciendo lo que vuesa paternidad piensa de lo sucedido en estos alejados territorios desde la firma del famoso tratado entre su católica majestad y el rey fidelísimo, contándome, en fin, la verdadera historia de ese curiosísimo monarca que nadie conoce a ciencia cierta.

-No soy yo el más indicado para ello, que, si vuesa merced así lo quiere y se toma la molestia de hacerlo, podrá viajar hasta la Misión de la Candelaria, a apenas quince leguas de aquí, que es el lugar en el que reside nuestro superior, que en todo podrá responderle con mayor acierto y propiedad que yo mismo.

-Pero también me interesa la opinión del párroco de San Carlos, que tiempo he de tener para llegarme a la Candelaria y hasta la Misión de San Juan Bautista y las demás que se hallan al otro lado del Uruguay.

-405-

-No le recomendaría un viaje tan largo para sacar tan poco de provecho.

-¿Y por qué dice eso vuesa paternidad?

-Porque ninguno de nosotros ha de decirle a vuesa merced lo que vuesa merced desea oír, que no es otra cosa que asegurarle que el tal Nicolás, al que llaman el mburuvichá en estas partes del país, es hechura de los diabólicos padres de la Compañía, que ésta es invención de un dominico que vuesa merced bien sabe cómo se llama y que tan sólo conoce de estas tierras el sabor de la yerba mate, si es que alguna vez la ha probado.

-¿Se refiere vuesa paternidad al padre Mañalich?

-Me refiero a él, en efecto, y también a otros, entre los que no faltan los renegados de nuestra propia congregación. Son tiempos difíciles para todos nosotros, y parece ser que Nuestro Señor Jesucristo quiere poner a prueba el temple de nuestra fe.

-No es ésta la primera vez...

-Ni será la última, don Millán, pero es, tal vez, la más dura, que todo en Europa está confabulado contra nosotros. ¿No se nos acusa, acaso, de conspiradores y regicidas?

-No firmará, entonces, vuesa paternidad la declaración que le pido.

-Lo haré, sí, que a ello me obliga mi condición de súbdito de su católica majestad, mas no espere vuesa merced que arroje piedras contra mi propio tejado, que, aun cuando fueren ciertas las fábulas inventadas sobre el supuesto mburuvichá, ninguna de mis palabras habría de confirmar una verdad semejante. Sólo conozco a un Nicolás, como ya le dije, y éste no es otro que un buen músico y jardinero que vuesa merced puede hallar sin dificultad en la Concepción.

-Nicolás Ñeenguirú, del que ya hablamos.

-El mismo que viste y calza.

-406-

Aquella mañana me fue absolutamente imposible avanzar en mi pesquisa. Lo fue también al día siguiente, pues ni uno ni otro, ni Quintana ni Guinet, parecían dispuestos a soltar prenda en lo tocante al asunto de Nicolás. Vuelven los rigores del estío a la ciudad de los naranjos. Asunción es una ciudad floral. Cada mes tiene sus flores y sus aromas. Hasta hace poco han sido los lapachos. Ahora, los pétalos morados de los jacarandás alfombran aceras y perfuman callejas recoletas en los barrios populares. Antes de las navidades florecerán los chivatos. Como en Perú, a veces las plantas y los animales más bellos reciben los nombres más vulgares y degradantes, como si, de este modo, humillaran la soberbia de estos seres. El hombre es extraño. Con frecuencia atribuye sus defectos a la naturaleza. Tal vez, de este modo los justifica. El chivato paraguayo es el flamboyán de cualquier parte, la ponciana del Perú. Chivato es un nombre feo para un árbol hermoso, un inmerecido insulto. Los nombres de las plantas en Paraguay son, sin embargo, con frecuencia acertados. Lllaman a la buganvilla santarrita, y este último nombre me parece bello, cargado de sugerencias. En algunas partes del norte del Perú y de Ecuador le llaman papelillo, por la fina textura de sus pétalos al secarse. En mi opinión, santarrita es un nombre mucho más hermoso. Pero el nombre de chivato es imperdonable, como lo es en Perú el de chupajeringas aplicado a la libélula. ¿Qué extraños mecanismos mentales nos hacen pervertir los nombres de esta manera? ¿Qué tiene que ver este árbol sombrilla, esta leguminosa esbelta, de flores encendidas y copa extensa y plana, con el chivo pequeño y con sus connotaciones morales de delator y bellaco? Es cierto que es un árbol que no da frutos comestibles, pero nos da dos cosas fundamentales: la belleza de sus flores en diciembre y la generosa sombra de su extendida copa. Los jacarandás -407- alfombran nuestras calles con pétalos caídos y los jazmines comienzan a florecer. Hay momentos en los que la respiración se hace difícil con tan intensos aromas. Asunción es una ciudad decorada de flores y también una ciudad cargada de aromas, una ciudad jardín en un bosque de mangos, jacarandás, lapachos, santarritas y flamboyanes. Vista desde las alturas, la ciudad desaparece en medio del bosque, y sólo los modernos rascacielos del centro elevan con insolencia su estatura de cemento y hierro como una blasfemia lanzada al viento. Son cada vez más frecuentes las blasfemias en esta ciudad, sin embargo, y ha de llegar el

día en el que, junto a los arroyos, hoy convertidos en vertederos de desperdicios malolientes, desaparezcan o se degraden los bosques, los jardines, las praderas y el humilde pasto que las alfombra. Y desaparecerán los helechos, las margaritas y hasta las orquídeas que se aferran a los troncos de los árboles más hermosos para entregarnos, entre la borrachera del verde, un exquisito toque de color, sutil y discreto. Y, cuando esto ocurra, Asunción será para siempre la moderna ciudad con la que todos soñamos, asfaltada y limpia, calcinada bajo los rayos de un sol inmisericorde y transitada por insectos amaestrados que, en sus cómodos automóviles, irán de su casa al trabajo y de su trabajo a casa, cada día, todos los días de todos los años de su vida.

Fue la noche anterior a nuestra partida. Teníamos el matalotaje preparado, los caballos listos y el ánimo dispuesto para la marcha. Eusebio y yo salimos despacio, bajamos las escaleras y, sin levantar el menor ruido, salimos al amplio patio de los talleres en los que trabajaban los carpinteros y los herreros de la misión. Los fustes de las columnas que lo rodeaban parecían soldados en la noche, vigilantes. La luna estaba en cuarto creciente, y todas las estrellas sobre nuestras cabezas. Era una noche hermosa y fresca. Se estaba -408- bien al aire libre. Más allá de un estrecho ventanuco brillaban las herraduras colgadas en la pared, reflejando un rayo de luna. Se respiraba a gusto, y aspiré el aire puro llenándome los pulmones. Atravesamos el patio y, por una pequeña puerta de una sola hoja, salimos a la plaza. La atravesamos corriendo, casi agachados, como si escapáramos de un enemigo al acecho. No había un alma. No se veía un hombre, una mujer, nada. Todos los indios estaban dormidos. Ni una luz en las cabañas. La misión parecía un pueblo muerto y abandonado. Miramos a las ventanas de las habitaciones de los curas. Tampoco. Seguimos avanzando, pegados ahora a las paredes de las casas. No sé bien cuántas calles recorrimos, pero debieron de ser muchas. El pueblo era extenso y muy bien trazado. Eusebio guiaba, y yo me dejaba guiar. Al fin nos detuvimos frente a la puerta de una de las cabañas, ya casi a la salida del pueblo. Eusebio golpeó ligeramente la puerta con sus nudillos, y esperamos. Al cabo de unos pocos segundos, la puerta se abrió y asomó la cabeza de un hombre alto y, a primera vista, bastante mayor.

-Pasen -nos dijo en guaraní.

Entramos. La única pieza de la casa estaba a oscuras, y yo sólo veía bultos entre tinieblas. No era grande, y el techo era bastante bajo y a dos aguas. Una pequeña luna en cuarto creciente se asomaba por un ventanuco pegado al techo. Aquella era la única luz en la estancia. Notaba ruidos y movimientos, pero no podía saber si eran hechos por cristianos. Aunque no sabía a quién me dirigía, saludé.

-Buenas noches -dije.

-Buenas noches -me respondieron varias voces a la vez, todas de hombres.

-409-

Me pareció que había, al menos, cinco, pero quizá fueran más. No lo sé. Los bultos que vi (o que adiviné mientras estuve en aquella pieza) correspondían a unas seis o siete personas, pero dos o tres de ellas bien podían ser mujeres. También podía haber otros bultos echados en el suelo, descansando. Los que pude contar correspondían a personas sentadas. Eusebio me invitó a sentarme en el suelo y él hizo lo mismo. El suelo era

de tierra apisonada y fresca. Era aquella una posición incómoda, pero, en las circunstancias en las que nos hallábamos, quizá no correspondiera otra. Me senté. Él también lo hizo. Después de tantos años, aún recuerdo que sentía temor. Algo me decía que todo aquello podía salir mal o que podía tratarse de una emboscada. Palpé mis pistolas, aun sabiendo que, en aquella oscuridad, serían inútiles.

-¿Vuesa merced quiere conocer la verdadera historia de Nicolás primero?
-dijo en perfecto castellano una voz que no parecía de indio.

-Así es -le respondí-, pero antes me gustaría saber con quién estoy hablando.

-Eso no importa -me dijo-. Bástele con saber que no soy de estas tierras y que he sido, durante algunos años, muy allegado a aquel a quien los indios llaman mburuvichá.

-Nicolás primero...

-Nicolás primero, en efecto. La encarnación de un sueño de libertad.

-O de locura -agregué.

-¿Y qué sueño de libertad está exento de locura? El mburuvichá no es un jesuita, ni un indio, como se ha dicho por ahí, ni un español renegado, ni un alemán, inglés, o negro. El mburuvichá no es un hombre, sino un ideal. El mburuvichá es un sueño.

-¿Y cómo ha podido vuesa merced estar tan cerca de un sueño?

-410-

-Porque yo mismo lo he soñado -me respondió-. Yo lo creé. Yo vine a este país hace más de diez años escapando del mío y de la pobreza. Híceme en éste comerciante y, al cabo de poco tiempo, era ya un hombre rico y respetable en la ciudad de Buenos Aires. Tenía casa y mujer, fortuna y futuro asegurados. Confieso que mi fortuna procedía del contrabando y que no abandoné éste durante mucho tiempo. También confieso que, más provecho que yo, sacaban del oficio algunas autoridades respetables que venían de España con cargos y títulos bajo los que se hallaban a buen recaudo. No diré nombres, pero vuesa merced puede adivinar de quiénes estoy hablando con sólo pasear por Buenos Aires y ver a quiénes pertenecen sus palacetes. Estoy más que seguro de que vuesa merced está informado de la importancia que para todos ellos tuvo siempre Colonia Sacramento, ciudad que fue objeto de aquel tratado que tantas protestas y rebeliones provocara. Ha de saber vuesa merced que los hombres a los que me refiero, que son importantes, y otros de los que nada diré, por hallarme ahora bajo su protección, fueron los más afectados por el dichoso tratado y que, de inmediato, pusieron manos a la obra para estorbarlo. Hallaron, para su fortuna, un ánimo igualmente dispuesto en los padres de la Compañía, que, en estos parajes dejados de la mano de Dios, hacen la buena obra cristiana que vuesa merced conoce y ha visto y no pocos negocios con la yerba y otros productos que cultivan los indios. A ninguno de ellos favorecían los términos del tratado, y todos vieron como cosa de justicia el poner dificultades a su cumplimiento.

-¿También los padres de la Compañía? -le pregunté.

-También -me respondió.

-Pero no me está diciendo vuesa merced nada que yo no conozca desde hace tiempo. Sepa -añadí- que estoy al tanto desde España de cuanto aquí ha venido tramándose y que en la casa del señor Marqués de la Ensenada fui

testigo...

-411-

-Testigo de nada -me retrucó-. Sólo escuchó una conversación.

-Testigo de una conversación que entonces no entendí y que ahora comienza a tener sentido para mí.

-Testigo de nada, le repito. Aquella conversación no le da derecho a decir que fue testigo de algo importante. Vuesa merced escuchó las voces del miedo, no las de la furia.

-¿A qué se refiere?

-A que sólo escuchó a quienes temían perder en sus negocios, no a quienes estaban furiosos porque se sentían burlados y que estaban dispuestos a todo. La historia la escriben los últimos. El jesuita al que vuesa merced escuchó estaba lleno de miedo.

-No sé -le respondí con cierto acaloramiento- quiénes escriben la historia, ni me importa. Sólo sé que a veces los intereses son más eficaces para mover los ánimos que los más nobles ideales de libertad y de justicia.

-Es un punto de vista.

-Mi punto de vista.

-Pues el mío, señor caballero, es que la política española en Indias ha creado en los últimos años muchísimo malestar, que ya no hay quien esté contento con lo que tiene, y el rey y sus ministros no parecen querer aflojar en ello. ¿Cree, acaso, vuesa merced que quienes se arriesgan en el contrabando de mercaderías inglesas no estarían más contentos si pudieran ganar lo mismo y hasta menos sin verse obligados a ello? El contrabando, como otros tantos de los llamados delitos, no nace de una inclinación natural del hombre al crimen, sino de una necesidad de supervivencia. Y éste fue mi caso, como fue el caso de tantos como, en una u otra forma, viéronse obligados a arriesgar vida y honra para mantenerse.

-¿Quiere decir vuesa merced que fueron los comerciantes y contrabandistas quienes apoyaron a Nicolás cuando éste se levantó? -le pregunté.

-412-

-Vuesa merced ha leído seguramente el libelo que corre por ahí. A buen entendedor pocas palabras bastan. Observe vuesa merced que la rebelión se inicia, según el libelo, en la isla de San Gabriel. Claro que nada de lo que en él se dice es cierto, pero cuanto en él se dice es una realidad que yo conozco muy bien. Me explico. No es cierto que haya existido el tal Nicolás que vuesa merced busca, pero sí son ciertas las razones de su existencia. Que es esto lo que nosotros esperamos que a vuesa merced le quede en claro.

-¿Y quiénes son los que eso esperan?

-Los que vuesa merced quiera imaginar, que no he de ser yo quien desmienta que en las guerras guaraníes han participado tantos blancos como indios y, a veces, casi tantos curas como seglares, que los ha habido de muchas naciones y de toda condición y todos unidos en la defensa de sus intereses, que, al fin y al cabo, es lo que les movió desde un inicio.

-Está haciendo vuesa merced una acusación muy seria.

-Tómela el señor caballero como de quien viene, que, si pregunta a estos indios que me acompañan qué les dijeron los curas que respondieran a los españoles que venían con los ejércitos, ellos podrán decírselo de pe a pa.

-¿No son acaso estos indios de la Misión de San Carlos?

-Son de las misiones del otro lado del río, de los siete pueblos. Muchos indios y no indios se han refugiado en las misiones de este lado y en algunas ciudades y otros se han desperdigado en grupos numerosos que ahora recorren la selva buscando comida como los salvajes. Hay quienes los confunden con grupos de mocobíes y de tapes.

-¿Y a quién pregunto?

-Pregunte vuesa merced a Pedro Taipeyú²⁵, aquí presente -y me señaló un bulto que se acurrucaba a su lado-. Todos ellos son refugiados, gente que ha huido de las misiones.

-413-

-Preguntaré -dije, y me dirigí al bulto que adivinaba entre las sombras-.

¿Qué les dijeron los padres que respondieran a los españoles?

-Nos dijeron que preguntáramos qué buscabais en nuestras tierras entrando contra nuestra voluntad, que todas estas tierras tienen dueños, que somos los indios, que vosotros le quitasteis cuanto tenía, oro y plata, muchas casas y mujeres, a nuestro padre el Inca, que vivía en la tierra sin mal, que vuestra codicia es muy grande y que los padres son buenos y sólo se ocupan de darnos los sacramentos y de explicarnos lo que Dios dice por todas partes. También nos dijeron que os dijéramos que sois enemigos de los padres y que, como tenéis mala intención, no os vamos a creer -Taipeyú hablaba un castellano bastante aceptable.

-¿Conociste a Nicolás? -le pregunté.

-Sólo a uno de la Concepción que fue mburuvichá en la guerra con ese nombre.

-¿Él es el rey?

-Para la guerra no más.

-¿Sois realmente dueños de las tierras?

-Sólo de las que los padres nos reservan en el abambaé.

-¿Y luchasteis por ellas?

-Sí, que, aunque son pocas, son nuestras, y los padres nos dijeron que vosotros habríais de quitárnoslas para dárselas a los portugueses y que lucháramos.

-Y este Nicolás Ñeenguirú fue vuestro mburuvichá. ¿Cómo lo elegisteis?

-Los padres nos lo dijeron.

-No han ganado mucho con ello -volvió a retomar su palabra mi interlocutor del comienzo-. Tampoco quienes los acompañamos, que hasta hubo extranjeros que se unieron al ejército de Nicolás.

-Vuesa merced entre ellos...

-414-

-Yo no soy extranjero, don Millán. Yo soy tan español como vuesa merced, aunque haya nacido muy lejos de España.

-¿En Indias?

-No.

-Un español traidor a su rey.

-No es mi rey, que, siendo español, no soy súbdito de la corona española. No me importa lo que vuesa merced pueda decir de mí, ni lo que pueda pensar. Yo he luchado por lo que creo que es justo y he perdido. No se ensañe vuesa merced con mi desgracia.

Ésta fue, más o menos, la conversación que mantuvimos aquella noche, y no pude adivinar en la oscuridad los rasgos de aquel español renegado que bien podía haber sido el Nicolás del que hablaba aquella novelita que había leído en Asunción. Quedé, no obstante, convencido de que Nicolás, como rey, jamás había existido y de que todo aquello había sido una invención de alguien interesado en crear el caos en tan vasta como apartada región. ¿Pero quién? Mientras volvíamos hacia la casa de los padres protegiéndonos en la oscuridad de las calles pensaba en ello. ¿Quién pudo haber escrito, y con qué intención, aquella obrilla? ¿Era necesario, por otra parte, que viajara hasta la Candelaria para enterarme de lo que, gracias a los inestimables y buenos oficios de Eusebio, me acababa de enterar? De nuevo me volvía a la mente la imagen de aquel grotesco Nicolás que habíamos visto cerca de los esteros de Yverá, sentado en su trono, semidesnudo y gordo, lampiño y lechoso como una criatura de teta, una guagua. ¿Lo había visto o sólo había sido una alucinación? Pero, si había sido una alucinación provocada por el viaje y los perversos humores emanados de los pantanos, ¿cómo era posible que también Eusebio la hubiera sufrido? ¿Qué misterios escondían aquellas selvas en las que los caballos y las vacas cimarronas parecían vivir tan a sus anchas y donde abundaban las -415- especies de los animales más dañinos y terroríficos y de las plantas más venenosas? Volvimos a entrar en la casa con el mismo sigilo con el que salimos hacia nuestra entrevista secreta. Cuando llegué a mi pieza, encendí un cigarro con el fuego del candelabro que tenía dispuesto sobre la mesa de trabajo, aspiré varias bocanadas de humo y me puse a redactar la parte del informe que correspondía a aquella jornada. Tenía ya datos suficientes para remitir al señor virrey y satisfacer su curiosidad. Calculaba, además, que, tras la participación del señor Marqués de Valdelirios en este asunto, el Conde de Superunda debía de estar al margen de cuanto sucedía en una parte tan alejada de su territorio de gobierno. No obstante, procuré hacerlo con extremo cuidado y meticulosidad, como correspondía a mi condición de oficial al servicio de su excelencia, poniendo, además, todo mi empeño en que mi estilo fuese claro y, al mismo tiempo, elegante. Terminé de redactar el documento como a las tres de la mañana y, a esa hora, me acosté. Al poco de haberme arrojado en la cama, me quedé dormido. Mi sueño fue profundo y pesado, y no recuerdo que viniera a interrumpirlo aquella noche ninguna pesadilla. Apenas amanecía cuando alguien tocó la puerta para despertarme. Era Eusebio. Los ligeros golpes de sus rústicos dedos sobre la ancha hoja de madera retumbaron en mi cabeza como campanadas a media noche. Me desperté de golpe. Los párpados me pesaban. Me incorporé, abrí la puerta para que entrara el baqueano, cumplí con mis abluciones matinales, me vestí, y ambos salimos al pasillo. Bajamos al comedor. Los curas nos esperaban para el desayuno. Nos saludamos y nos sentamos. Al cabo, entró la india trayendo dos grandes tazones de leche, pastas endulzadas con almíbar y unos platos con mandioca cocida, de la que los curas disfrutaban como si de la mejor golosina se tratara.

-416-

-Hoy es -dijo con cierta solemnidad el padre Quintana mientras se acercaba la taza de leche a la boca- la postrer jornada de su viaje a San Carlos y ya no tendremos el placer de gozar de su compañía -tomó un sorbo y

continuó-. Les aseguro que la hemos disfrutado, y nos gustaría que se llevaran la mejor impresión de la nuestra, especialmente vuesa merced, señor caballero, que habrá de hablar de ella en la corte del virrey.

-Le aseguro a vuesa paternidad que nos la llevamos -le respondí en el mismo tono cortés con el que nos había hablado-. Si de sabios tienen fama los padres de la Compañía, no menos justa es, a mi entender, la que los apellida de hospitalarios y generosos.

-En estas soledades -tomó entonces la palabra el padre Guinet-, la hospitalidad es virtud cristiana y de mucho mérito, que aquel a quien se ofrece hospitalidad puede llegar a ser, como vuesa merced sabrá seguramente por los casos de los que haya podido escuchar alguna noticia particular y curiosa, ladrón de honras y de haciendas, cuando no asesino, que no ha mucho, en una estancia cercana que dista apenas unas pocas leguas por el oeste, unos viajeros que fueron tan bien atendidos como se puede imaginar sembraron la muerte entre sus habitantes. Dícese que fueron dos y muy bien plantados y que los dueños de aquella estancia salvaron el pellejo de milagro.

-Grandes riesgos son los que toman muchos hombres para hacer su fortuna -tomé yo de nuevo la palabra-, que en estas soledades lo que más abunda es el peligro.

-Ciertamente -respondió el padre Quintana-, y así entenderá vuesa merced que no se vean aquí las cosas como en España, ni aun como en la Ciudad de los Reyes del Perú, que es donde su excelencia el señor virrey despacha con toda comodidad asuntos que no son tan cómodos cuando deben ser solucionados in situ.

-Tiene el señor virrey por norma el hacerlo in situ, siempre y cuando el tiempo y sus muchas ocupaciones se lo permiten -le respondí.

-417-

A partir de ahí la conversación se desvió hacia temas más banales y, tal vez, más interesantes. Hablamos de todo un poco, como suele decirse: de las novedades de la corte, de los ingenios del pasado, de los literatos del presente, del virrey y de las costumbres limeñas, de la ciudad de Asunción, de las órdenes religiosas, de las mujeres y de las costumbres libertinas de los franceses. Al fin terminamos hablando de los filósofos y de las, según los padres, perversas ideas que estaban difundiendo en Europa. Tan alejados y tan bien informados, recuerdo que pensé en ese momento. Eusebio nos miraba de hito en hito, porque ninguno de los temas que tratábamos en su presencia tenían poco ni mucho que ver con lo que para él era la vida, la vida verdadera: el río, el bosque, la pradera, los esteros, las fieras, los animales, los cultivos, las mujeres y cuanto ellas le habían dado hasta el momento, que, a su decir (y presumir), no era tan poco, aunque, como señalaba con mucha gracia, mucho más se merecía.

-Ha de saber vuesa merced -me dijo el mismo día en que salimos de viaje- que en estos pagos ningún gallo canta cuando canta el Eusebio, su servidor.

De ambas cosas estaba seguro: de que era un servidor fiel y entregado y de que, en aquellos pagos, como él decía, el gallo que cantaba más fuerte se llamaba Eusebio.

-Y es que ha de saber vuesa merced, por si le interesa -continuó

entonces-, que las mujeres de estas tierras conocen bien quién pisa fuerte, dónde y cuándo y que no precisan de mucha ciencia ni de ergotismos de castrados para saberlo, pues les basta con una mirada para adivinar de qué pie cojea cada quisque.

-418-

De estas cosas también sabía mucho Eusebio. Le bastaba con echar una mirada a una mujer para adivinar sus deseos, que en el mismo San Carlos corrió, mientras yo anduve enfermo -y aun estando sano-, alguna aventura que, de haberse hecho pública, nos habría podido costar un buen disgusto; pero de aquel galimatías cortesano que desarrollaron los curas en mi presencia no entendió absolutamente nada.

-Mucho me temo -pontificaba en la última parte de nuestra conversación el padre Guinet, mientras yo no veía las horas de que aquella velada llegara a su fin- que la doctrina de estos filósofos derive en tiranía, que, si se han de sacrificar al supremo bien del pueblo los valores todos, habrá de sacrificarse hasta el libre albedrío del que los hombres hemos sido dotados por Dios nuestro señor para diferenciarnos de las bestias. Y en este punto yo vuelvo a descubrir que la única garante de nuestra libertad es la Santa Madre Iglesia y que, fuera de ella o en frente y contra ella, como ahora se ha puesto de moda el colocarse entre los que se titulan filósofos en Francia y otros reinos europeos infestados de herejía, no puede haber sino tiranía y crueldad, desdicha y muerte. Temo que estas ideas inficionen las mentes de los hombres más generosos y honrados y que se propaguen de tal modo que lleguen hasta la corte de Madrid, que ahora se dice ilustrada y está cada día más y peor influida por quienes tales ideas sostienen en sus escritos. También temo que lo que aquí señalo sea la causa de cuanto a la fecha está padeciendo la Compañía y quienes con ella trabajamos por la salvación del mundo y la extensión de la verdad en los más apartados lugares de la tierra.

La última parte tenía visos de discurso político. El padre Guinet hacía extrañas inflexiones de voz para enfatizar algunas partes del mismo, y el padre Quintana movía entonces su cabeza con gesto de afirmación de arriba abajo. Yo no estaba en disposición de contradecir -419- lo que los curas decían y me limitaba a afirmar en voz baja y con monosílabos cuanto escuchaba como si de todo aquello estuviera plenamente convencido, tan convencido como ellos mismos.

-Aquí han hecho mucho daño -continuaba diciendo el coadjutor- algunas lecturas y no pocos hombres de los que se dicen ilustrados, que, si bien no hay universidad en todo el territorio hasta Córdoba, los vecinos de Asunción se las ingenian para obtener, no se sabe bien cómo ni por qué medios, algunos libros que, mal leídos y a destiempo, hanse convertido en veneno para sus almas. Y, así, hallamos hombres que han sostenido en el pasado recientes doctrinas que contradicen en todo los deberes que el cristiano tiene para con su iglesia y todo buen español para con su rey. Busque vuesa merced los rescoldos que aquellas hogueras de subversión dejaron en Paraguay en el incendio de los comuneros y hallará que son muchos los que hoy siguen teniendo el ánimo dispuesto contra las legítimas autoridades españolas. De estas hogueras de que le hablo ninguna ardió en las misiones de la Compañía, aunque yo no puedo poner la mano en el fuego por las que las órdenes religiosas han administrado a su manera y con el

apoyo de las autoridades de Asunción.

-Refiérese vuesa paternidad a las misiones de los franciscanos, según creo.

-Me refiero a ellas, en efecto.

-¿Y de qué las acusa, si puede saberse?

-De haber atentado en su tiempo contra principios de orden y de autoridad.

-Juzga vuesa paternidad a muchos por la acción de unos pocos, que tengo entendido que no fueron todos los frailes los levantiscos y que quienes se levantaron, más que contra la autoridad del rey, hicieronlo contra la venalidad de algunos de sus representantes y no pocos de sus beneficiados.

-420-

-Piense vuesa merced como quiera, pero convenga conmigo en que, si en el tiempo del que hablamos, que diera ocasión a tamaña rebeldía, fueron nuestros mayores quienes con más ahínco defendieron la causa de su majestad, no tenemos por qué ser hoy en día sus hijos los rebeldes, que jamás ha de encontrar la corona más entregados ni mejores súbditos que los hijos de Loyola, y esto podrán asegurárselo cuantos indios quiera vuesa merced entrevistar en nuestra presencia o fuera de ella.

-No tengo, por el momento, ninguna intención de hacerlo.

Y ahí terminó finalmente nuestra conversación aquella mañana: mordiéndose la cola como la mítica serpiente representada en el uroboros²⁶ de los alquimistas y otros estudiosos de ciencias ocultas. Había comenzado, tras los saludos y gentilezas mutuas, centrándose en el asunto que me había traído hasta su misión y que yo consideraba el principal y, desviada durante algún tiempo por caminos empinados, tuertos y desconocidos, acababa de regresar al cauce del que jamás debía haber salido. Y es que las palabras son imprevisibles y fatales en ocasiones. No sólo significan lo que creemos que significan. Ellas tienen también el poder de convocar recuerdos, imágenes y nuevas palabras, que a su vez convocan nuevos recuerdos, imágenes y palabras. Y, así, las conversaciones se desvían una y otra vez de su camino, cambian de rumbo y vuelven, de manera natural y sin que los interlocutores pongan voluntad consciente en ello, al cauce primero del que se habían desviado. Así había ocurrido aquella mañana, y el coadjutor dijo en los últimos minutos de nuestra estancia en la misión mucho más de lo que había callado a lo largo de todos los días anteriores. Estaba claro que la doctrina que invocaba era un pretexto y que pretextos eran también las alusiones a los comuneros y a los sucesos de unos años antes en Asunción. Era evidente que, acusando -421- a otros, pensaba que mi atención habría de desviarse y que, de esta manera, quedaría plenamente convencido de la inocencia de los santos padres de la Compañía, hijos del capitán don Íñigo López de Recalde, el mayor campeón de la cristiandad ortodoxa en el pervertido palenque de este mundo.

Salimos de la casa. Nuestros caballos ya estaban listos para la partida, y nuestras petacas de cuero colgaban de las acémilas que, a cambio de las dos caballerías de repuesto, habíamos trocado los padres. Habíamosles entregado las señas en las que podrían hallarnos durante los próximos días, pero, al salir, yo ya no tenía intención alguna de llegarme hasta la Candelaria para hablar con el padre superior de las misiones. Tenía

formada una idea bastante completa de cuanto había sucedido, si no en detalle (lo que no me interesaba tanto), sí en lo referente al papel que los padres misioneros de la Compañía habían representado en aquella comedia de equivocaciones. Era una comedia de enredo, más que una de capa y espada, aunque también esta última llegara a desenvainarse en el momento menos conveniente y más inoportuno para todos. Los curas de la misión habían dispuesto que una escolta de cuatro indios bien armados nos acompañara hasta los límites del territorio de San Carlos. Los cuatro eran altos, fuertes, cetrinos y mal encarados, y, en todo ese trayecto, pese a que lo intenté muchísimas veces, ni una sola palabra pude sonsacarles. Tal era su mutismo. Tal era su cerrazón. Cada vez que les preguntaba algo, antes de verterlo al idioma guaraní, Eusebio se reía por los bajines, como burlándose de mi ingenuidad.

-Éstos no han de decir nada, aunque los mate vuesa merced -me decía-. Deje que vuelvan a San Carlos, que es el lugar en el que merecen vivir.

-422-

Tal vez por ser mestizo, Eusebio tenía en muy poco lo que los curas empeñábanse en motejar de panacea y hasta de utopía, que esta palabra habíanla tomado en préstamo, no de Platón, en el que decían, en ocasiones, inspirarse, sino de Moro, cuya obra yo había conocido de joven en una versión castellana del inmortal Quevedo. Para Eusebio los indios de las misiones eran como borregos que andaban sólo por los caminos que los curas les trazaban y carecían de lo que él, como baqueano y hombre nómada que vivía a caballo, valoraba por encima de todas las cosas: la libertad. Pertenece Eusebio a esa raza de hombres para quienes las normas y convenciones eran trampas mortales en las que no desean caer y que, por lo mismo, rehúyen. Tenía el instinto de las fieras del monte y le gustaba sentir el viento en la cara al cabalgar. Sabía perfectamente que, si los dueños y patrones de las jaulas proporcionan a quien está en ellas encerrado el sustento cotidiano para mantenerlo con vida, la vida no merece llamarse tal si nos falta aire para respirar y espacio para movernos por donde nos dé nuestra real gana. «Real gana», solía decir, «es gana de reyes, y, si a mí me da la real gana de hacer lo que se me antoja sin perjudicar a nadie, en ese momento yo soy un rey, y no hay rey en el mundo ni mburuvichá en el Paraguay que me lo pueda negar, cheraá». Por eso no veía con buenos ojos a aquellos hombres que no tenían -ni conocían- la real gana que él sí tenía y conocía y de la que hacía uso a cada rato. Y aún veía con ojos más terribles a quienes, bajo el pretexto de adoctrinarlos, habíanlos domesticado de tal manera que los hacían bailar a su ritmo y antojo y los hacían trabajar en su provecho.

-Esto no es vida, don Millán -me decía, mientras aún estábamos en la misión-, que mejor he vivido yo toda mi vida sin un corrusco de pan que llevarme a la boca, pero con la selva entera -423- para mí solo, que estos pobres infelices que no levantan la cabeza del suelo sino cuando el sol ha terminado de ponerse en el horizonte y, entonces, con el permiso de los reverendos padres.

Recordábanme las palabras de Eusebio una fábula de Fedro que tradujera del latín siendo aún estudiante en el colegio de los jesuitas de Logroño.

Tratábase de un infeliz lobo hambriento de las montañas y de un perro, guardián de una granja, lustroso y bien comido. Eusebio era el lobo que se

negaba a cambiar su libertad por la seguridad del sustento cotidiano. Quienes nos acompañaron aquella mañana hasta los límites de la misión eran como perros guardianes, con sus escopetas al hombro, vigilantes y desconfiados. Jamás nos miraron de frente e iban dos delante y dos detrás de nosotros, como si nos temieran y vigilaran. Confieso que, en otro momento y circunstancias diferentes, habríamos tenido motivos suficientes para temer. El hecho de que fueran indios de la misión, sin embargo, parecía garantizar nuestra seguridad, y Eusebio y yo nos pusimos en sus manos sin temer que nos hicieran lo que Buenaventura el Guapo y sus familiares habían pretendido hacernos antes. Estos indios no hablaban nada y, cuando al fin llegamos todos al punto en el que tenían que abandonarnos, bastoles un gesto del que parecía tener alguna autoridad sobre ellos y que iba adelante de todos para detenerse en seco, darse por despedidos y desearnos suerte, que es lo menos que puede desearse a los viajeros en semejante trance y en semejantes parajes. Eusebio y yo continuamos solos, y, cuando ya calculamos que nuestros guardianes habíanse perdido de nuestra vista, giramos la dirección de nuestras monturas y cabalgamos hacia el oeste. Teníamos muy presente que nos resultaba inevitable volver a atravesar el territorio de la misión y queríamos hacerlo sin que los indios notaran nuestra presencia; así que cabalgamos aquel día hasta la hora de la siesta, nos detuvimos -424- en un paraje que nos pareció a propósito, dispusimos lo mejor posible nuestra colación y nos echamos a dormir hasta la noche en las hamacas que habíamos tensado entre unos troncos de guayacán. Llegada la noche, volvimos a tomar el camino del oeste con la esperanza de atravesar en una sola jornada los campos de la misión.

Confieso que yo no estoy acostumbrado a cabalgar de noche y que aún estoy menos a hacerlo en territorios desconocidos, pero lo hacíamos despacio y con cuidado, y yo no me separaba ni media vara del caballo de mi compañero. De noche todas las cosas son diferentes: árboles y matorrales pueden convertirse en seres fantasmagóricos a los ojos de los timoratos, y los ruidos más sencillos, los más leves sonidos, aquellos que son prácticamente inaudibles de día o que se confunden con otros muchos, más fuertes y repetidos, cobran en las tinieblas de la noche una densidad y un sentido de realidad tan grandes que pueden llegar a confundirnos y a llenarnos el corazón de terror. Aún recuerdo un viaje que hiciera, siendo oficial al servicio del virrey Conde de Superunda, de Lima a Chancay, pequeña población de la costa peruana a la que se llega atravesando un arrenal y una duna gigantesca que se desbarranca hacia el mar en un paraje llamado Pasamayo, cerca de Ancón, puerto de pescadores. Había aquella noche una luna legañososa y débil, una luna pálida apenas velada por la neblina, y cabalgaba con unos arrieros muy baqueanos que hacían esa misma ruta con regularidad. Yo conocía bien la ruta y habíala hecho varias veces a plena luz del sol, si bien el paso de aquella duna al borde mismo de un precipicio que da al mar nunca me pareció recomendable. Era en verdad un paso difícil, y, a veces, los caballos encontraban dificultades para hundir con firmeza sus pies en la arena y, con frecuencia, se resbalaban. Era entonces necesario que el jinete descabalgara y, llevando a su caballería de la brida, salvara prudentemente -425- aquellos malos pasos. Pero no era esto lo que me atemorizaba aquella noche, pues ya me

había acostumbrado y conocía su dificultad, sino las sombras que la duna proyectaba en cada recodo del camino y el silbido del viento. Tiene esta duna no menos de tres leguas, que se hacen aún más largas por lo penoso del pasaje. Aquella noche había, además, miles de luciérnagas que brillaban misteriosamente en la oscuridad y que parecían salidas de las profundidades del infierno (o de la nada). Así fue también la noche en la que Eusebio y yo atravesamos los campos de la misión para volver a nuestros pagos. En el cielo, la luna se ocultaba una y otra vez detrás de unas nubes densas y negras que cruzaban su débil resplandor como cuchillos y lo apagaban. Extraños silbidos y pisadas se escuchaban por doquier y las aves nocturnas revoloteaban sobre nuestras cabezas. Los caballos estaban nerviosos, pero seguíamos avanzando con paso lento y seguro. A esa hora, todos dormían en la misión, y los campos de cultivo estaban completamente vacíos con sus surcos ordenados en hileras perfectas. En los bosques de yerbales que atravesamos las hojas se movían al ritmo de un vientecillo intermitente que refrescaba nuestros cuerpos y nos hacía sentir el rigor de la intemperie. Casi a punto de amanecer, salimos de aquellos bosques y tomamos el camino primero que nos había traído a la misión desde la estancia de Leandro Pampliega. A nuestras espaldas perfilábase en la lejanía una línea de suave luz que anunciaba la aurora. En una o dos horas más estaríamos fuera de los dominios de la Compañía.

Pocas horas del día son tan amables en estas latitudes como las primeras horas de la mañana. En ellas todo es limpio, puro y fresco: la luz, el aire y la sensación de paz que nos invade ante el milagro que a diario se repite. Cada vez que el sol renace e inicia de nuevo su derrota hacia la muerte, volvemos a sentirnos vivos y con -426- fuerzas, y así el día y la noche dividen nuestras vidas en un continuo morir y renacer que se asemeja a la muerte y resurrección del viejo astro en el cielo, nuestro verdadero padre.

La aurora iba tiñendo de rojo la mañana, y los pajarillos, al despertar, la llenaban de trinos y de belleza. Hacía frío, y me arrebujé en mi capa. Eusebio se terció el poncho. Llevaba puesto el sombrero a la pedrada y, perfilado contra las claridades del alba, tenía el aspecto del jinete salvaje de las estepas que yo imaginaba de niño cuando soñaba con viajes de aventuras y con conquistas en territorios lejanos. A medida que clareaba, empujados por el entusiasmo del renacimiento del día, espoleamos nuestros caballos y pasamos del trote lento de la noche al galope en los prados, que se abrían, inmensos, hacia el oeste. Estábamos ya casi fuera del territorio de los curas, cuando vimos a lo lejos un jinete que nos venía siguiendo. Frenamos nuestros caballos por averiguar de quién se trataba, Eusebio preparó la escopeta que llevaba consigo y yo acerqué mi mano derecha a uno de los pistolones. Esperamos. El jinete montaba un bayo de pequeña alzada de galope parejo y trote cojitranco, un caballo raro. Se acercó al paso hasta donde estábamos. Parecía desarmado, pero cuando estuvo a unas cinco varas de distancia pudimos advertir que, sobre la cruz de su silla de montar, hacía descansar ambas manos sobre un trabuco de regulares proporciones. Apreté con fuerza la culata de mi pistola. Era un hombre de mediana estatura pero muy delgado, de piel cetrina y ojos negros y de mirar intenso. Rayaría los cuarenta y en su boca mellada le faltaban dos dientes. Llevaba barba de varios días, calzones de bayeta, camisa de

lo mismo y una a manera de casaca de oficial que le daba un cierto aire estafalario. Cubría su cabeza con un sombrero de paja de ala ancha y se le descolgaban unas guedejas lacias, sucias y negras que se le desparramaban por los hombros y se los pringaban.

-427-

-Buenos días le dé Dios -lo saludamos casi al mismo tiempo Eusebio y yo.

-Buenos días también para vuestas mercedes -nos respondió.

-¿A dónde, si puede saberse? -le preguntó Eusebio.

-A las Corrientes -nos dijo, frenando finalmente su caballo- y, de ahí, a la ciudad de Asunción, que es mi destino final, si nada me lo impide.

-Y si Dios así lo dispone -le dijo Eusebio.

-Así es -le respondió.

Había algo en la voz de aquel viajero que me resultaba conocido, algo que me indicaba que la había escuchado en otra ocasión. No sé bien todavía si era el tono o el acento, el modo de pronunciar algunas consonantes o el de arrastrar algunas sílabas. Lo que me preocupaba era su afán de seguir apoyado con ambas manos en el trabuco que llevaba. Estaba ligeramente echado hacia atrás, como si esperara la ocasión para apuntarnos con él. Mis ojos estaban fijos en sus manos y seguían con atención cada uno de sus movimientos. Era un gesto de amenaza tanto o más que de la providencia que toma el viajero que inadvertidamente se ve rodeado de bandoleros en un camino abandonado. Veía que, como yo, Eusebio también estaba pendiente de los movimientos del extraño y que, de haber intentado alguna acción violenta, es más que probable que el viajero hubiera muerto antes de conseguirlo. Tan alerta nos hallábamos ante alguien a quien, en un primer momento, consideramos peligroso.

-¿Podría, con vuesa venia, unirme a la excursión, si no es molestia? -nos preguntó.

-Puede -le respondí yo-, mas díganos antes su nombre y lo que pretende hacer durante el viaje.

-428-

-Mi nombre es Eliseo Falcón y no pretendo otra cosa que llegar a las Corrientes para ver si, desde allí, puedo, por río, remontar hasta Asunción, donde espero poner comercio de telas y mantenerme lo mejor que pueda con mi ingenio e industria. Llevo conmigo algunos caudales que pretendo salvar de la ambición de los ladrones, y éste es el motivo que me ha empujado a alcanzarlos, que tres viajeros hacen más bulto que uno solo y tengo el palpito de que vuestas mercedes son de fiar.

-Mucho confía vuesa merced en quien no conoce -le dijo Eusebio.

-Los conozco bien a ambos, que de estudiarlos me he cuidado mientras han estado como huéspedes en la misión.

-¿Vivía en ella? -le pregunté.

-Así es, señor caballero, que en ella encontré refugio hace de esto más de un año y de ella no he salido hasta ahora. Vivía con unos indios tapes que en otros tiempos fueron mis camaradas y que, como yo, hallaron en la misión la protección que necesitaban.

-¿Quién es vuesa merced, si puede saberse? -volví a preguntarle.

-Le hablaré con toda sinceridad, señor caballero. ¿Recuerda vuesa merced que no hace ni veinticuatro horas alguien a quien el caballero motejó de traidor le respondió que no podía serlo porque, siendo español, no era

súbdito de su majestad católica?

-También recuerdo que me dijo que era un español nacido muy lejos de España.

-Así es, que nací y me crié en la rica ciudad de Esmirna y, como tal, soy súbdito de la Sublime Puerta y sólo le debo obediencia al sultán, que se halla muy lejos para recibirla. Mas soy español y, como tal, dispuesto me he hallado y me sigo hallando a cumplir como súbdito fidelísimo de su majestad católica, siempre y cuando no se alcen frente a mis sinceras intenciones las murallas insalvables de la injusticia.

-Entonces, ¿vuesa merced es...?

-429-

-Lo que el señor caballero está imaginando, que, de ser conocido de los familiares de la Inquisición, ha de valer bien poco mi vida, aunque bien sabe Dios que soy cristiano y muy cumplidor de mis deberes como tal.

-Cristiano nuevo -le respondí.

-Y con voluntad de serlo, que el converso es más sincero que el que mama de la teta de su madre una doctrina que se le impone por la ley y la costumbre.

-No son éstos asuntos que a mí me interesen ni me incumban, señor...

-Falcón.

-... señor Falcón, y espero sinceramente que salve vuesa merced su pellejo en estas tierras, si es que es éste el único delito que carga sobre su conciencia.

-No es el único, se lo aseguro -me respondió.

-Explíquese.

-Habrá advertido, don Millán, si me permite llamarle por su nombre, que yo soy el que anoche habló con vuesa merced sobre los asuntos que lo llevaron hasta la misión. No he sido jamás demasiado lerdo y creo reconocer en su persona a un espíritu liberal que prefiere a los prejuicios el honesto juicio de la razón. He supuesto, aunque tal vez haya supuesto mal, que vuesa merced ha venido hasta aquí desde tan lejos con una misión y que tal misión le ha sido encomendada por alguna autoridad política preocupada por el modo en que los hechos se desarrollaron en su momento. Si no estoy equivocado, vuesa merced viene de Lima para informar al virrey. Dígame si me equivoco y detenga mi discurso donde lo crea conveniente.

-Lo haré. Se lo aseguro. Continúe.

-Continúo, entonces. Saber si existió o no existió Nicolás o si todavía existe, como algunos creen, carece, en mi opinión, de importancia para vuesa merced. Díjele anoche que el mburuvichá era -430- la encarnación de un sueño de libertad, y vuesa merced añadió que también lo era de locura. Cierto. La libertad y la locura están unidas. ¿No podríamos bajar del caballo y descansar?

-Lo haremos -le dije- cuando esté seguro de que hemos dejado atrás para siempre las tierras de la misión. Cabalgue a mi lado -añadí y espoleé mi caballo.

Eusebio y Eliseo Falcón también lo hicieron. El caballo de este último iba entre los nuestros, y Eusebio seguía sin perder ojo a ninguno de sus movimientos. Tampoco yo me descuidaba.

-¿En qué íbamos? -me preguntó.

-En ese galimatías de la libertad y la locura -le respondí.

-Bueno, pasemos adelante. ¿Recuerda que yo le dije que había inventado a Nicolás?

-Lo recuerdo.

-Yo lo inventé. Se me ocurrió una noche en Buenos Aires, mucho antes de que se dieran los sucesos que vuesa merced conoce. Acababan de llegar las noticias de Madrid y la ciudad entera estaba convulsionada. Cada quien pensaba que aquel tratado lo perjudicaba. El señor gobernador Anzoategui tenía intereses comerciales y no le convenía en absoluto que la situación cambiara un ápice. Estaba haciendo muy buenos negocios. Se lo aseguro. Tampoco a los jesuitas les convenía y por razones muy similares. Perdían siete pueblos grandes en los que tenían sus mejores plantaciones de yerba. Los pobres comerciantes como yo estábamos en una situación todavía más apurada. Los géneros que nos llegaban de España tarde, mal y nunca no podían competir con los que entraban de contrabando por Colonia, y era en éstos y no en los primeros en los que fundábamos las pocas ganancias que por entonces obteníamos.

-431-

-¿Y cómo se le ocurrió a vuesa merced lo del mburuvichá? -le pregunté.

-Me explico. Como le dije, fue una noche en la que estaba desvelado. El sueño me había abandonado y yo daba vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliarlo. Confieso que siempre he sido un hombre muy fantasioso y que, desde niño, me entregaba con toda libertad a imaginar las más absurdas aventuras en las partes más lejanas del planeta. Muchas veces me imaginaba que, en vez de ser el hijo de un pobre judío español en Esmirna, era un príncipe de Persia o un rajá de la India, país al que algunos de mis tíos habían emigrado antes de que yo naciera y del que nos llegaban las más fantásticas noticias sobre los grandes mogoles. Para información de vuesa merced, le diré que tengo numerosos familiares en Bombay y que son muy ricos. Alguna vez he pensado en emigrar a aquel país, pero siempre me ha detenido alguna cosa. Cuando nos llegaban las noticias de mis tíos de la India y las comentaba con mi padre y mi madre, yo las adornaba añadiendo elefantes a los elefantes que escoltaban a los rajás del país, brocados y sedas a sus princesas, oros y perlas a todos, y haciendo que las cosas banales y sin importancia parecieran extraordinarias. Así que aquella noche dejé suelta mi imaginación, como siempre lo hacía, y comencé a pensar en la posibilidad de un rey para estas tierras. Al comienzo el rey era yo mismo, un pobre converso despreciado y siempre en peligro de caer en manos del Santo Oficio, un marrano que llegaba a la categoría de rey y se vengaba de las terribles humillaciones que habían sufrido sus antepasados. Ha de saber vuesa merced que una imaginación semejante es propia de nuestra raza, que quien vive humillado sueña con aquella riqueza y aquel poder que puedan vengarlos y que no soy el primero, ni seré el último, que intente una aventura semejante. Si vuesa merced no ha oído hablar jamás del Duque de Tiberiades, sepa que este famoso gran señor no fue

-432- otra cosa que un soñador como yo mismo y que se codeó en su tiempo con el mismísimo rey Felipe II de España y fue el consejero favorito del sultán. Este Miguel Nessi, que así se llamaba, se atrevió a lo que yo jamás osé: a ser protagonista de sus sueños convertidos en realidad. Yo, simplemente, los inventé.

-¿Y cómo los inventó vuesa merced?

-Tenía por aquel entonces un amigo en Amsterdam, que, como sabrá el caballero, es una ciudad holandesa considerada hasta la fecha la Jerusalén del norte, donde muchos de los españoles perseguidos terminaron refugiándose y dominando gran parte de su comercio. En aquel tiempo, mi amigo Josué, que se había criado conmigo en las calles de Esmirna, gozaba de una buena posición y era muy considerado e influyente. Así que le escribí contándole lo que aquí sucedía y encargándole que publicara en la gaceta de aquella ciudad la noticia de que en Paraguay había un rey. Como Paraguay era, más que nada, conocido por los jesuitas, se me ocurrió que, si atribuía a los jesuitas la creación de un nuevo reino, el interés por lo que sucediera en Paraguay iba a crecer en Europa, como así fue en efecto. Sepa el caballero que hasta los más famosos filósofos de Francia se interesaron por cuanto ocurría aquí. Otro tanto ocurrió en Madrid, donde los padres jesuitas hubieron de defenderse de las acusaciones de sus enemigos y tratar, finalmente, de aprovechar aquellos rumores a su favor.

-¿Y quién escribió la novela que después corrió por todas partes y que yo he leído en Asunción?

-Eso sí que no lo sé, aunque sospecho que debió de ser alguien como yo mismo. De hecho, yo la habría escrito de haber tenido tiempo y ciencia suficientes para hacerlo.

-¿Un converso?

-No necesariamente, que no abundan en Indias.

-¿Entonces?

-433-

-Un desesperado o un espía. Fíjese vuesa merced que quien ha escrito esa novela tanto parece conocer como no conocer estas tierras en absoluto y que se mueve en ocasiones por terrenos muy resbaladizos. Pienso que los nombres están mal puestos a propósito y que el haber nombrado a españoles con apellidos italianos en apariencia no es error sino intención de confundir.

-Los personajes de la novela que le digo no tenían apellidos italianos.

-Leyó vuesa merced la versión que corre en Indias y que trajo al Paraguay un cierto fraile dominico secuaz del famoso Mañalich, el gran enemigo de los curas de la Compañía.

-¿Y cómo se llama el secuaz del padre Mañalich al que vuesa merced se refiere?

-No lo sé. Sólo sé de él lo que se cuenta en todas partes. Se dice que es de la tierra y muy culto, que lee a los franceses y que es un espíritu liberal. Más de esto no sé nada.

-Sabe bastante, según sospecho -le dije, recordando a fray Alejandro y los paseos junto al río en los felices días de Asunción.

-¿Y vuesa merced lo conoce, don Millán? -le había tocado el turno de preguntar.

-Puede ser -le respondí-, puede ser. Quisiera hacerle una pregunta más, si no le resulta impertinente -añadí después de una pausa-. ¿Por qué lleva siempre las manos junto al tabuco?

-Porque no me gusta que me sorprendan -me respondió-, y en estas selvas nunca se sabe por cuál de los lados ha de llegar el enemigo.

-¿No se referirá vuesa merced a nosotros? -intervino Eusebio, al que no le había gustado absolutamente nada lo que acababa de decir nuestro nuevo

compañero de viaje.

-No por cierto, que en vuestras mercedes confío plenamente, como espero que vuestras mercedes lleguen a confiar en mí con el tiempo, aunque por el momento comprendo que sea objeto de suspicacia.

-434-

Habíamos ya alejado lo suficiente del territorio jesuita y el sol estaba muy cerca de su cenit. El calor apretaba, y yo estaba cansado y con unas ganas enormes de dormir. Nos detuvimos junto a un arroyo de aguas claras y cantarinas que bajaban de una pequeña colina arbolada. Era un paraje espléndido, lleno de color y de flores silvestres. Tendimos las hamacas entre los árboles, comimos algo de la cecina que traíamos²⁷ con nosotros y nos dispusimos a dormir. Eusebio se quedó de guardia mientras Eliseo Falcón y yo descansábamos. Yo me desperté cuando el sol estaba a punto de ocultarse, me acerqué a Eusebio, que se había sentado sobre un tronco caído y le dije que me tocaba ahora a mí el turno de hacer la guardia y que se podía ir a dormir. Aunque a regañadientes, me obedeció. Antes de tenderse en la hamaca, me hizo un gesto con la mano indicándome a nuestro nuevo compañero, que seguía durmiendo. Con su gesto, Eusebio quería decirme que me cuidara, que él, personalmente, no confiaba en lo absoluto en un marrano de Esmirna, que por algo los prudentísimos reyes españoles habían arrojado del reino a los de su raza. Con otro gesto de la mano, yo le respondí que no tenía de qué preocuparse, que me conocía muy bien y que sabía que no me descuidaba en cosas que interesan a la salud y a la vida. Parece increíble todo lo que uno puede decir con un solo gesto de la mano. Si nos hiciéramos expertos en ellos, nos ahorraríamos muchísimas palabras.

Se hacía de noche, y consideré prudente encender una fogata que nos protegiera tanto de los animales feroces como de los no menos fieros y salvajes mosquitos, que nos coman vivos y cuya picadura traspasa en ocasiones la ropa más gruesa. También teníamos que protegernos del frío de la noche, y yo, que tenía de nuevo hambre, quería comer algo caliente, por lo que saqué una pequeña olla de bronce que llevaba conmigo desde que saliéramos de Lima y que -435- milagrosamente conservaba hasta ese momento y con algo de harina de mandioca, sal y un poco de cecina me preparé una sopa bastante sustanciosa que despaché en un santiamén. Mis compañeros dormían. Sentado junto a la hoguera, aproveché el tiempo para redactar la parte del informe que correspondía a la última conversación mantenida con el converso y que añadí a lo ya escrito en la residencia de los padres en la misión. Después, traté de ocupar mis ocios con un cuchillo de monte y la rama de un árbol, a la que quise convertir en una imagen de Manuela. A partir de entonces, la noche fue para Manuela. Mis pensamientos volaban hacia ella una y otra vez, y la veía en la casa, en el campo, junto a los potreros, con las indias en la capillita, con los niños, con su padre, conmigo en nuestro rincón de enamorados, de todas las maneras en que la recordaba, con todos y cada uno de los trajes que le conocía, con las ajorcas y alhajas con las que adornaba su cuello y sus muñecas, con todos sus gestos, sus sonrisas, sus palabras. Y, mientras más la recordaba, más la echaba de menos y más y más me enternecía. ¿Qué estaba haciendo yo allí tan lejos de ella, en medio de la noche? ¿Por qué no estaba donde debía estar, a su lado, con sus manos entre las mías,

mirándonos a los ojos? Eusebio roncaba, y, en medio de la noche, sus ronquidos retumbaban como truenos en los días de tormenta. El judío tenía un sueño inquieto y se removía en la hamaca de un lado a otro sin despertarse. ¿O estaba despierto? Me puse de pie y fui hasta él, tratando de no hacer ruido alguno. Dormía. Volví a mi sitio, me senté de nuevo en el tronco caído y me puse a observar las estrellas. Jamás lo había hecho antes con detenimiento, excepto cuando era niño y con mis amigos nos echábamos en el bálago de las eras en verano boca arriba contemplando el camino de Santiago, el que, según decían en el pueblo, bastaba con seguirlo para llegar a la tumba del apóstol en Compostela. Tal vez las estrellas que veía en ese momento eran otras estrellas. No -436- lo sé. Nunca he sabido hallar grandes diferencias entre ellas y con frecuencia confundo sus nombres y el tono de su brillo. Rojo. Amarillo. Blanco. Amarillo rojizo. ¿Marte? ¡Qué sé yo! Sé que es rojizo, pero, cuando me dispongo a buscar esta estrella entre tantas como son las que pueblan el cielo, veo no una sino miles de estrellas tan rojizas como imagino que debe de ser Marte y vuelvo otra vez a confundirme. Es éste, empero, un espectáculo maravilloso, un espectáculo ante el que puedo quedarme, como me quedé aquella noche, quieto, dejando que de nuevo volara mi imaginación hacia la estancia de Pedro Mena, horas y horas sin cansarme. A veces pienso que mi ánimo está más hecho para la contemplación que para la acción y que la acción que me emociona es la que puedo imaginar, en la que se detiene mi pensamiento o la que puedo contemplar con mis ojos cuando los detengo en algo en lo que hallan interés. La misma inclinación que sentía (y sigo sintiendo, Dios mío, a pesar de todo) hacia Manuela era un producto de mis pensamientos. No es mi cuerpo el que se enamora, ni mis sentidos, sino mi imaginación, mi mente, mi pensamiento. Me enamoré de Manuela de tanto pensar en ella, y sigo enamorado, porque jamás podré alejarla de mi pensamiento. Me doy cuenta ahora, en mi encierro, de muchas cosas que antes no entendía. Ahora sé, por ejemplo, que llegué a ser hombre de acción porque envidiaba a los hombres de acción, a quienes eran capaces de vibrar al sentir en sus músculos el flujo de energía necesaria para superar una situación difícil. En el fondo, siempre pensé que eran ellos los hombres más felices de la tierra. La acción tiene su recompensa en sí misma, y los hombres de acción se conforman con poco. Jamás piensan en las consecuencias mismas de su acción, ni se angustian por pensamientos que los alejen de sus intereses inmediatos y concretos. Tienen conceptos muy simples de lo bueno y de lo malo y actúan en consecuencia. Jamás se detienen en pensar las cosas. Son hombres prácticos -437- que buscan la simple utilidad de las cosas simples y procuran hallarla, aunque no entiendan que la utilidad de la utilidad no existe y que lo que se considera útil, en realidad, no importa nada en absoluto. La contemplación y el pensamiento exigen más que eso: buscan la transcendencia en todo, buscan la utilidad de la utilidad sin hallarla nunca, porque semejante cosa no existe, no es posible. Vanidad de vanidades. Por eso, el hombre contemplativo es casi siempre un hombre infeliz, a no ser que encuentre a Dios en su corazón, mas, aun cuando lo halle, dada su manía de observar con detenimiento todas las cosas y de pensarlas y sopesarlas una y otra vez, jamás está totalmente seguro de tenerlo consigo o de gozar de su complacencia. Y esa angustia, ese no

saber jamás, el no estar seguro nunca de nada, lo va matando, dejándolo en los puros huesos, carcomido por la infelicidad. Y así, yo también aquella noche pensaba en una Manuela maravillosa, pero, a la vez, lejana y severa con mi amor, y me angustiaba. Me angustiaba mucho mientras seguía contemplando las estrellas y echando leña al fuego de una hoguera que, a ratos, daba la impresión de que se iba a apagar. Pero también disfrutaba con mis recuerdos, y pasaba de uno a otro saboreándolos, como si, de este modo, pudiera alejar la angustia y la inseguridad que se agazapaban en mi mente.

-Buenos días -díjome temprano Eliseo Falcón, que acababa de despertarse.

-Buenos días -le respondí.

En ese momento, Eusebio estiró ambos brazos y bostezó. La aurora volvía a teñir de rosado el cielo, y las nubes parecían alfombras de maravillosos colores tendidas sobre la superficie cóncava del universo. La mañana era fresca y agradable, y cantaban de nuevo los pajarillos. Volvía a repetirse el milagro de todos los días, el -438- milagro de la vida inacabable.

Pienso que, mientras exista un hombre sobre la tierra, uno solo, cada mañana será un milagro. Eusebio se levantó, y el judío se incorporó sobre la hamaca, puso sus pies en el suelo y, como había hecho unos minutos antes el propio Eusebio, estiró sus brazos y bostezó. Al cabo, ambos se acercaron a la hoguera y frotaron sus manos sobre el fuego.

-Tenían vuesas merced muchísimo sueño -les dije entonces.

-La verdad es que yo no he dormido tanto como vuesa merced imagina, que he visto cómo se venía el caballero hasta mi hamaca en más de una ocasión y le he observado con el cuchillo en la mano tratando de hacer una figura en bulto -me dijo Falcón.

-No tengo habilidad para esas cosas -le respondí-. Y ahora, con su permiso, me gustaría echar un sueñecillo mientras vuesas mercedes²⁸ recuperan las fuerzas con el desayuno.

-Está en su casa, caballero -me respondió con tono de chanza el marrano-. Que tenga felices sueños.

Debí de dormir unas tres horas, no más, que era, más o menos, lo que necesitaba [...] y me desperté cuando ya los caballos y las acémilas estaban enjaezados y listos para emprender la marcha [...] aquella jornada. En dos o tres jornadas más alcanzaríamos la estancia de Leandro Pampliega, y yo temía que Eusebio quisiera tomar venganza en el Guapo y la mujer, como lo había prometido.

Paso a paso, esta narración parece que está llegando a su final, un final que, según me temo, es previsible. ¿Y por qué no habría de serlo? En realidad, la vida del hombre ofrece escasas variaciones. Nace a su pesar, vive casi siempre sin entender el sentido último de su vida y, por fin, llega a la muerte tan a su pesar como llegó a la vida, pero consciente de lamentarlo. Lo que nos ocurre a cada uno de nosotros mientras -439- vivimos nos ocurre a todos: sufrimos, nos angustiamos, envidiamos y, alguna vez, disfrutamos inocentemente jugando con el fuego de la muerte en las manos. Somos uno y muchos al mismo tiempo. Todos iguales. Todos diferentes. Es todo lo que somos y lo que tenemos. Don Millán no es una excepción. Pese a sus viajes y sus aventuras, su vida, en el fondo, es gris y sin sentido, como la de todos los demás. Lo cotidiano es cotidiano, así en la selva como en la casita del suburbio burgués de una ciudad

moderna: comer, dormir, amar y odiar, temer y disfrutar. Todos estamos hechos de los mismos materiales perecederos y todos somos juguetes de esas extrañas fuerzas que nos ponen en este mundo para representar el papel que nos adjudican. Aun los más valientes, los más libres y los más rebeldes no hacen sino representar el papel de valientes, de libres y de rebeldes. Pero hay algo que siempre nos angustia: ¿y si el ser valientes y no cobardes, libres y no esclavos, rebeldes y no borregos es ante todo una elección nuestra, una decisión que podemos arrancar de las manos del destino? Puede ser. Puede no ser. Al fin, nada sabemos, porque estamos sobre el escenario leyendo las líneas que nos han dictado los otros (o ese otro absoluto tan difícil de entender, tan escondido y misterioso). Vanidad de vanidades, como repite don Millán acordándose de la famosa frase del Eclesiastés. Quizá no seamos sino sombras, fugaces sombras que se proyectan sobre una pared y que se reconocen entre sí como cuerpos vivientes. Sombras chinescas. Imágenes falsas. Mentiras. ¿Quién puede saberlo? Vanidad de vanidades. Podemos imaginarnos a nosotros mismos como lo deseemos, mas los demás nos verán siempre como el personaje que otro creó en la comedia de la vida. Y ese otro ¿quién es? ¿Existe realmente o también ha sido creado por otro que tampoco existe? ¿Y si nada ni nadie, ni nosotros, ni el otro o los otros, existieran? ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? Un largo recorrido a través de la nada, como la aventura de este don Millán de Aduna en la selva misionera.

-440-

A medida que nos aproximábamos a la estancia de Leandro Pampliega, algo en el ambiente, en la atmósfera, en el aire, iba cobrando textura de muerte, como algunos lienzos de pintores del pasado siglo, tan oscuros y cargados de tenebrosidades. Pero no eran ni el color del cielo ni la densidad del aire los que nos comunicaban esta sensación, sino algo muy diferente y, al mismo tiempo, indefinible. No era un olor, ni un color; no era algo material, algo que fuera posible tocar con las manos y sentir en nuestra piel. Era algo más profundo y más siniestro, algo más real. Avanzamos. Nuestras monturas estaban nerviosas, encabritadas, y teníamos que hacer grandes esfuerzos para controlarlas. También las acémilas, y aquél a quien Eusebio llamaba ya el judío errante de Esmirna a punto estuvo de caer de su caballo cuando éste, sin motivo aparente, levantó sus patas delanteras y las agitó en el aire. No se escuchaba, pese a la hora, el piar de las aves, el canto melodioso de los pajarillos que nos había acompañado a lo largo de todas las jornadas de nuestro viaje. Seguimos avanzando. El cielo estaba desierto de vida, quieto por completo, y, en el arcabuco próximo que se levantaba a la mano derecha de nuestro camino no se movía una sola hoja. Todo parecía haberse congelado, inmovilizado, como si un mago maravilloso, con el solo poder de su palabra, hubiese encantado el mundo para que nosotros pudiésemos contemplarlo sin movimiento y sin vida, como tal vez era en la realidad. En los prados de la estancia de Pampliega la hierba estaba crecida y verde, pero no se veían las vacas, ni aquellos caballos cimarrones que, en nuestro viaje de ida, habíannos acompañado de continuo. Llegamos al fin a un riachuelo en el que el agua se deslizaba con suavidad, sin ruido, como si no quisiera despertar aquel mundo dormido que estábamos atravesando. Un pitogüé cantó entonces en lo alto de la rama de un lapacho. Junto a aquel lapacho crecía un pindó altísimo cuyo penacho

se perdía en las alturas, tocando las nubes. Una brisa suave -441- tocó nuestros rostros y nos trajo el olor característico de la muerte. Entonces sospeché que en la casa de la estancia debía de estar la explicación de aquel misterio. Como si hubiésemos pensado lo mismo, Eusebio y yo pusimos nuestros caballos al galope y no dejamos de correr hasta llegar a la casa de Leandro Pampliega. Eliseo Falcón corría detrás de nosotros, arrastrando consigo las acémilas.

Descabalgamos. Junto a los potreros yacía exangüe el cuerpo sin vida de un peón. Empuñaba a medias un machete en su mano derecha, cuyos dedos yertos había aflojado la muerte. El machete se le había desprendido de la mano. Me acerqué a él con cuidado. Un tiro de pistola le había atravesado el pecho, y la sangre que le había manado de la herida había empapado la tierra sobre la que descansaba para siempre. Pese a los días transcurridos desde su muerte (el converso de Esmirna calculó cuando menos tres días cuando llegó), el cuerpo se hallaba intacto y ninguna alimaña lo había deformado. No se veían las huellas de los yrybúes, esos horribles pajarracos a los que los mestizos de la zona conocían con el no menos desagradable nombre de chimangos, y ningún picotazo de ave ni mordisco de fiera habían abierto aún las carnes de aquel cadáver que yacía sobre el polvo de los potreros. Tenía la cara hundida en el polvo. Volteé su cuerpo con el pie para observar la expresión de su rostro. Quizá me equivoque, pero yo creo que en el rostro de aquel hombre había tanto de sorpresa como de furia. Era un rostro furioso y sorprendido al mismo tiempo, como si la muerte lo hubiera alcanzado a él cuando él pensaba dársela a otro. Me volví de espaldas para no seguir mirándolo y vi que mis compañeros habían hecho lo mismo. Cuando me disponía a decirles algo (ahora no recuerdo bien lo que quería decirles), sonó un disparo. El «otro», el que había dado muerte al peón parecía dispuesto a dárnosla a nosotros. Desde el suelo saqué mis pistolas. Yo no veía a nadie y no -442- sabía de dónde había partido el disparo. Híceles una seña a Eusebio y a Falcón, y los tres, casi arrastrándonos, nos dirigimos a la casa. Cuando alcanzábamos el porche sonó el segundo disparo y el grito del judío. Yo venía a una vara y media detrás de él y vi cómo se le aflojaba la mano derecha y se le caía el trabuco que empuñaba. Llegué hasta él, recogí su trabuco e hice que me pasara el brazo izquierdo por el hombro. Los tres ingresamos en el interior de la casa.

Eusebio se situó de inmediato en una de las ventanas y sacó por ella el cañón de su escopeta. Yo rasgué la manga izquierda de mi camisa, limpié como pude la herida de Falcón y le hice un torniquete. La herida era superficial, pero manaba bastante sangre. Otro disparo dio en el quicio superior de la ventana en la que se había situado Eusebio. Éste disparó hacia donde él calculaba que se encontraba el emboscado. No parecía que hubiese más de uno, pero tenía sobre nosotros la gran ventaja de saber dónde estábamos y tenernos a tiro. Teníamos que ser prudentes. Me acerqué a la otra ventana y traté de ver más allá de los matorrales que cercaban los potreros por el oeste y desde donde se podía hacer muy buena puntería sobre la casa. El converso se había levantado y se había acercado a mí con su trabuco.

-Quédese tranquilo, señor converso -le dije en tono de sorna-, que éste no es un asunto para lisiados.

-No han de matarme a mí en una emboscada -me respondió.

-Mejor haría vuesa merced en irse a la cocina y buscar el pozo para lavar y limpiar bien esa herida de la que le sigue manando sangre.

En este punto me obedeció y, con tan buena suerte para él, que, apenas habíase alejado unos pocos pasos, entró por la ventana una bala que fue a incrustarse en la dura pared y que, de haber estado -443- Falcón, habría hallado una superficie más blanda para terminar su trayectoria. Esta vez fui yo quien disparó hacia el lugar del que me pareció que había partido el disparo.

-Voy a salir -me dijo Eusebio-. Tenga vuesa merced a raya al malandrín mientras lo hago. ¿Cuánta munición le queda?

-Poca -le respondí-, como para diez disparos más.

-Es suficiente -me respondió.

-Suerte, amigo mío.

-La tendré.

Abrió la puerta y, agachándose y corriendo en zigzag, se fue hacia los matorrales. Disparé sólo tres veces antes de que llegara, pues costaba mucho preparar la carga en las condiciones en las que me hallaba. Tenía que hacerlo bien y con sumo cuidado, poniendo la pólvora justa, ya que no podía permitirme el lujo de fallar. Después ya no disparé, por temor a herir o matar a Eusebio. Aquellas pistolas quizá no fueran las más convenientes por su corto alcance, pero no me cabe la menor duda de que mantuvieron entretenido al emboscado, que, a lo mejor, no vio cómo se acercaba Eusebio hasta donde él se hallaba. Cuando calculé que Eusebio estaba ya donde quería estar, me senté en el suelo de la pieza y esperé, siempre vigilando a través de aquella ventana, que era la misma por la que, hacía poco más de un mes, había ingresado yo para atrapar y dar muerte a quien pretendía asesinarlos. Entonces me di cuenta de que tenía la respiración agitada. Yo no tenía idea alguna del tiempo que podía haber transcurrido desde que, sospechando lo peor, iniciamos el galope con nuestros caballos, pero desde entonces no habíamos dado tregua a nuestros músculos. Calculé que mi estado de agitación se debía a ello (también podía deberse a un temor del que no tenía conciencia alguna). Respiré hondo, y con el aire que -444- ingresó en ese momento en mis pulmones sentí que también ingresaban miasmas de muerte y aromas de cementerio. Las atribuí al cadáver del peón. Sin apenas apartar los ojos de la ventana en la que me hallaba apostado, eché una rápida ojeada a la pieza en la que me hallaba. Estaba vacía y muerta, como todo a mi alrededor. Me palpé el cuerpo, pensando por un momento que, como el converso, yo también podía estar herido, aunque no me diera cuenta de ello. Estaba bien. Volví a mirar por la ventana. Escuché dos disparos. No se movía nada ni nadie en los matorrales. Aquella zona parecía un pozo negro que tragaba todo, como la Laguna Negra de Urbión que, según los muchachos con los que jugaba en Torrecilla en Cameros siendo niño, todo lo reclama para sí y se comunica con el mar Cantábrico como si se comunicara con los infiernos. Me puse alerta de nuevo y saqué cuanto pude la cabeza de la ventana para tratar de ver mejor y más lejos. Entrecerré los ojos para ver a la distancia. Nada. Nadie. El silencio era ahora absoluto. Decidí, entonces, salir yo también y llegar hasta los matorrales. Me puse de pie, abrí la puerta y salí al corredor. Entonces lo vi. Vi a Eusebio que venía caminando despacio,

tranquilo, con la escopeta al hombro, con el aire de quien regresa de una partida de caza. Faltábanle las codornices colgando del cinto. O los conejos. Esperé en el corredor a que llegara.

-Era Pampliega -me dijo cuando llegó-. Parece que se había vuelto loco.

-¿Lo mataste? -le pregunté.

-Lo maté -me dijo-. No pude evitarlo.

Ingresamos a la casa. El converso no había vuelto todavía de su excursión a la cocina. Nos fuimos a lo que parecía ser el comedor y arrimamos unas bancas a aquella mesa que pudo haber sido nuestra -445- tumba un mes antes. Nos sentamos. Estábamos inquietos. Sobre la mesa había un montón de platos sucios y de mondaduras de naranja que se podrían. El olor era desagradable. Me levanté, me acerqué a una ventana que daba al patio y la abrí de par en par. La luz, al entrar, hirió nuestros ojos. Sobre el alféizar de la ventana había un paño rojo que llamó mi atención. Lo tomé. Era sangre. Eusebio me lo arrancó de las manos.

-¿Qué ha pasado aquí? -me preguntó.

-No lo sé -le respondí-. Estoy tan sorprendido como tú.

-¡Eliseo! -gritó, entonces, el baqueano.

Miramos a todas partes, alarmados. Eliseo estaba apoyado en el quicio de la puerta que separaba la pieza de la cocina en la que estábamos y tenía el rostro desencajado. Nos hizo una seña para que lo siguiéramos, y fuimos tras él. Atravesamos la cocina y el patio con el pozo en el que el converso se había lavado. Más allá, rodeada de naranjos achaparrados, había una casa pequeña a la que ingresamos los tres. La casa tenía una sola habitación muy grande con una cama en el centro y un ventanuco muy alto por el que se colaba muy poca luz. La pieza estaba oscura y predominaba en ella un fuerte olor a humedad, un olor pegajoso y denso, un olor de muerte. En la cama se adivinaba un bulto enorme cubierto con alguna clase de tejido grueso y basto. El converso se empinó como pudo hasta el ventanuco y lo abrió de par en par para que entrara la luz. El tejido que cubría el bulto de la cama era de indiana, de la que se fabrica en Cataluña, estampada por una sola cara. Eliseo Falcón se acercó a la cama y echó de un tirón hacia atrás la cubierta de tela. El espectáculo que se presentó ante nuestros ojos era indescriptible: Buenaventura el Guapo y la mujer de Pampliega yacían desnudos y juntos en medio de un charco de sangre reseca y negra. -446- Ninguno de nosotros pudo evitar un gesto de horror. Los cuerpos de los amantes despedían un hedor nauseabundo que nos obligó a taparnos, como pudimos, las narices. Cuando finalmente recuperamos algo de la serenidad perdida, observamos que ambos cuerpos estaban amarrados a la cama con finas correas en las muñecas y los tobillos y que alguien habíalos obligado a fornicar hasta la muerte en medio de las torturas más espantosas. Tenían los dos las bocas rasgadas con un cuchillo o machete, y a la mujer le habían arrancado, al parecer, a dentelladas grandes pedazos de carne de sus senos, que resultaban casi irreconocibles como tales. Volvimos a cubrir los cuerpos con la tela de indiana y salimos de la habitación de nuevo al patio. Regresamos al comedor y nos sentamos. Sentí un sudor frío que me corría por la frente. Nunca, en todos los días de mi vida, había visto un espectáculo semejante. ¿Quién había sido capaz de hacer algo como lo que acababan de ver mis ojos? ¿Qué lo había empujado a hacerlo? Ésta era la pregunta que flotaba

en el aire, la pregunta que yo mismo me hacía, lleno de espanto.

-Tenemos que darles cristiana sepultura -dijo en este punto Eusebio.

-¿Quién los habrá matado? -preguntó Eliseo.

-Pampliega -le respondió-. El Guapo, que era su primo, le ponía los cuernos con su mujer. ¡Y encima se burlaban...! Hay cosas que un hombre no puede aguantar por mucho tiempo. Volvimos al mutismo del que nos había sacado la observación de Eusebio.

-Creo -dije- que Leandro Pampliega no actuó solo. Debió de ayudarle el peón que hemos hallado muerto en los potreros.

-447-

-Jamás se habría atrevido a hacerlo él solo -nos confirmó Eusebio-.

Pampliega era un cobarde.

-¿Y cómo lo hizo? -preguntó el converso.

-Me imagino -me atreví a exponer una hipótesis que se me acaba de ocurrir- que Leandro Pampliega sabía que el Guapo y su mujer dormían juntos. Si te acuerdas -le dije a Eusebio-, cuando estuvimos aquí, él mismo nos lo dio a entender cuando gritó que se veía obligado a vivir con asesinos. Había algo entre el Guapo y esa horrible mujer, que no parecía tener escrúpulo alguno.

-Así es -confirmó Eusebio-, pero ¿qué es exactamente lo que sospecha vuesa merced?

-Que Leandro Pampliega convenció a uno de sus peones para que lo ayudara a matar a quienes él consideraba no sólo asesinos, sino ladrones de su honra y de su hacienda. Creo que lo que le llevó al crimen fue el temor a perder esta última.

-Su honra la tenía ya perdida hacía mucho tiempo y estaba resignado.

-Así es -le respondí a Eusebio-. Al peón en cuestión debió ofrecerle mucho, lo que, más tarde, le obligó a matarlo, pues probablemente se arrepintió de haberle prometido tanto. Esta clase de criminales suelen ser extremadamente codiciosos.

-Quien mata por uno mata por ciento, como decimos en Esmirna -intervino Eliseo.

-Y quien mata por ciento también mata por uno -le retruqué-. Éste mató por ciento y por uno, pero no quiso matar de manera convencional, sino extremando su crueldad. Aunque probablemente jamás lo confesó a nadie, también la pérdida de su honra le dolía y quiso, si no recuperarla, lo que le resultaba imposible, hacerles pagar caro por ella a quienes se la habían tan vilmente arrebatado. Yo calculo que convenció al peón prometiéndole el oro y el moro, le hizo venir con su machete y, cuando los amantes estaban -448- en la cama, ingresó en la casa con el peón, ahora convertido en su ayudante, les apuntó con la escopeta mientras se refocilaban, obligó al peón a atarlos en la cama y a hacerles la carnicería que hemos visto y dejó que se murieran desangrados. Debió de ser, en mi opinión, una muerte horrorosa.

-¿Y los demás peones? -preguntó el converso.

-Los demás peones escaparon -le respondió Eusebio-. Nadie puede soportar una visión semejante sin volverse loco. Para los peones de la estancia lo que ocurrió aquí debió de ser obra del mismísimo Mandinga.

-Sobre todo después de la muerte del peón, al que Pampliega asesinó en los potreros y, seguramente, a traición. Lo que no entiendo bien -añadió el de

Esmirna- es por qué se quedó en la estancia, habiendo podido escapar.

-Porque seguramente -le respondí- no pudo soportar la enormidad de su crimen. Quizá se volvió loco.

-Así debe de ser -me contestó-, que por menos he visto a hombres bragados que se han vuelto más locos que una cabra.

Volvimos a quedarnos mudos. Eliseo se levantó de la mesa y se puso a pasear de arriba abajo por la habitación. Eusebio lo miraba, como si lo observara desde lejos. Se escuchó un trueno a la distancia.

-Será mejor que los enterremos cuanto antes, no vaya a ser que la lluvia nos impida hacerlo.

Nos levantamos, fuimos a los almacenes que estaban al lado de la casa, donde sospechamos que habría palas y azadones para la tarea que queríamos llevar a cabo. Debíamos abrir, si no cuatro, al menos una tumba grande en la que descansaran aquellos cuerpos. La puerta tenía echada una cerradura de hierro y era de doble hoja de -449- madera gruesa y fuerte de lapacho. La cerradura saltó cuando Eusebio y yo empujamos la puerta con todas nuestras fuerzas. Había en aquel almacén toda clase de herramientas de labranza e instrumentos diversos de fragua y carpintería: cepillos, garlopas, tenazas, martillos, mazos de madera, cortafríos, clavos, pinzas de hierro, herraduras... De todo un poco. Las piezas colgaban de las paredes o habían sido abandonadas junto al yunque en el que se trabajaban las herraduras de los caballos. Un fuelle grande de mano descansaba junto a la fragua apagada. Al lado estaba el pilón del agua en el que el herrero templaba las herramientas que fabricaba. En un rincón del almacén la escoria se amontonaba. Tomamos tres palas y nos dirigimos al patio donde se hallaba la casita en la que habían sido asesinados los amantes.

Elegimos un terreno blando a la sombra de un enorme lapacho a punto de florecer. Las palas se hundían con facilidad en el suelo vegetal. Eusebio trajo, uno a uno, cargándolos al hombro, los cadáveres de Pampliega y del peón, mientras Eliseo Falcón y yo tratábamos de abrir una enorme fosa en la que pudieran entrar los cuatro. La hicimos honda y ancha, para que descansaran con comodidad. Pensé que, al menos, eso se merecían. Allí los enterramos. Echamos tierra encima, hicimos una cruz con dos ramas atadas con una cuerda, rezamos un padrenuestro, nos persignamos y nos fuimos. Escapamos a caballo como si huyéramos de la muerte: al galope. A medida que nos alejábamos de la casa de los asesinos, nos íbamos sintiendo mejores y más libres, pero no hablábamos. Ni siquiera nos mirábamos.

Volábamos en nuestros caballos hacia cualquier parte sin mirar atrás. Algo nos tenía ensimismados, reconcentrados en nuestros pensamientos. Comenzó a llover, pero ninguno de nosotros echó de menos, ni por un momento, la protección de un buen techo de tejas, de quincho o de paja. El que podía habernos ofrecido la casa de Leandro Pampliega estaba maldito, y aún faltaban algunos días para alcanzar el -450- paraíso en el que nos esperaban Manuela y su padre, en el que a Eusebio tal vez lo esperaba un amor callado y sincero y en el que yo mismo había decidido afincarme para siempre, echar raíces y volverme viejo mientras esperaba la muerte en paz y en buena compañía. Porque ¿qué otra cosa puede esperar el hombre en la vida, si no es la muerte? Ése es el único fin. Si bien nadie sabe cómo ha de ser ésta, en la medida de lo posible estamos obligados a buscar la mejor forma de enfrentarla, a elegir el modo más digno de despedirnos del

mundo, rodeados de los seres queridos y haciendo felices a quienes nos han amado. Si así cumplimos, tal vez la muerte no sea algo tan horroroso y terrible como imaginamos. ¿Qué hay después? ¿Puede haber algo peor que la continua angustia de no saber quiénes somos, ni a dónde vamos, ni por qué estamos donde estamos en el tiempo en el que estamos? ¿Quién nos dio a elegir cuándo, dónde y cómo nacer y vivir? Nadie. Somos aquello que los demás hacen de nosotros, lo que un otro extraño e ignorado quiere hacer de nosotros según un plan que jamás entenderemos y que nunca se nos ha comunicado. Si es así, lo que importa es vivir preparándonos para la muerte, buscar el mejor lugar, las personas mejores y más agradables, amar a quienes nos aman y alejarnos de quienes nos odian, sentir que somos dignos de vivir, pero que también somos capaces de morir con dignidad y no como éstos que dejamos atrás, pobres hombres, malos hombres, malos sin saber que lo eran, pobres sin saberlo, pobres y muy malos, inicuos y, sin embargo, hombres, y tan hombres como los demás, con tanto derecho a una vida de dignidad como los demás, una vida que ellos mismos se negaron o que les fue negada por quien dispone los papeles que debemos interpretar en el gran teatro del mundo. Cada uno de nosotros representa un papel adjudicado de antemano. Unos tenemos más suerte que otros. Nadie, absolutamente nadie, se gana el derecho a los buenos papeles. Y nadie, absolutamente nadie, elige libremente los malos. Así de sencillo. ¿Qué nos queda de todo aquello del libre albedrío de que siempre nos hablaron los curas? ¿Qué dios es éste que nos mantiene en la ignorancia y que nos obliga a ser buenos poniendo en nuestro camino las mayores murallas e inconvenientes para serlo? ¿Qué hacemos en esta vida, pobres hombres, pobres mujeres, pobres niños, sino mendigar continuamente el favor de este ser cruel y lejano, de esta divinidad extraña que nos ahoga en la angustia de vivir y seguir viviendo, de ser y de seguir siendo para terminar devolviéndonos a la nada de la que nos sacó? ¿Qué otra cosa hacemos, sino morir mientras seguimos viviendo? ¿Qué terrible es la vida del hombre, qué desgracia el nacer, qué eterna angustia el pensar y discernir! Si al menos ese dios cruel y terrorífico no nos hubiese puesto la razón, no nos hubiese dado esa capacidad para pensar. ¿Qué felices seríamos si pudiésemos ser totalmente ignorantes, absolutamente imbéciles, si viviésemos sin darnos cuenta, como en el limbo de los tontos, si no tuviésemos que cargar con nosotros el terrible peso de la sabiduría, que no es el saber, sino el saber que no se sabe nada!

Moderno o antiguo. No se sabe. Don Millán parece fundamentar el «sólo sé que no sé nada» de Sócrates en la angustia existencial del hombre contemporáneo, en la angustia que sentimos quienes nos enfrentamos ahora a la incertidumbre de un futuro enajenado a nuestras propias criaturas de metal y circuitos integrados. Es extraño. Sobre todo lo es porque lo hace en un siglo y en un lugar de los que la angustia existencial parece estar ausente de los textos conocidos. ¿Quién es, en realidad, este enigmático Millán de Aduna que camina sin remedio hacia la locura y que se va haciendo, desde el comienzo, las más terribles preguntas sobre la vida? A veces estoy tentado a pensar que el manuscrito que estoy leyendo no es otra cosa que una hábil falsificación de un escritor de nuestro siglo. Pero ¿quién podría haber tenido interés en algo semejante? ¿Por qué habría de hacerlo, además? ¿Para justificar qué o a quién? ¿A los

jesuitas? Pese a decir que ha estudiado con los jesuitas de Logroño, Millán de Aduna tiene una clara y marcada suspicacia frente a ellos y, en ocasiones, hasta una profunda antipatía. No trata de justificar a los jesuitas. ¿Es, entonces, una hábil falsificación montada por un enemigo acérrimo de la Compañía de Jesús? Tampoco lo parece. No esgrime argumentos en contra de ésta, ni se preocupa demasiado por hallarlos. De hecho, no parece importarle demasiado si los jesuitas participaron o no en el levantamiento que dio origen a las guerras guaraníes. No es tampoco, por lo mismo, un antijesuita. El viaje no es sino un viaje del que él nos informa y en el que suceden cosas que tienen que ver con los sucesos de la época, y, pese a su misión, lo que realmente parece interesarle a don Millán de Aduna no tiene nada que ver con los curas de la Compañía. Sus preocupaciones son otras, al parecer. ¿O no? En Asunción, mientras el gobierno sigue preocupado por la contaminación del Pilcomayo que baja de los Andes y la pérdida de la cosecha de algodón a causa de las interminables lluvias de octubre, cualquier cosa puede parecernos diferente. El tiempo fluye en esta ciudad como un río lento y profundo, un río que se agiganta y crece con los raudales producidos por las tormentas, que se va llevando los recuerdos y que a veces deja en sus orillas algún objeto perdido, la señal de un tiempo que ha pasado de manera irremediable. Tal vez el manuscrito que tengo ahora en mis manos y que leo mientras Burt y Barchini se esfuerzan por conquistar los votos de los electores para su causa no sea sino eso: un recuerdo que el río del tiempo no ha logrado arrastrar hasta el océano del olvido. En unos días más los ciudadanos podrán elegir al nuevo intendente de la ciudad.

-453-

Habíamos dejado la muerte atrás, y ahora cabalgábamos con la esperanza puesta en nuestros sueños. El mío tenía un nombre propio que resonaba a cada instante en mis oídos: Manuela. Durante tres días no dejó de llover, y nos resultaba cada vez más difícil y penoso el descanso, pues no había lugar en el que, al descabargar, no halláramos el suelo anegado y el agua hasta las rodillas. Hasta los troncos de los árboles más corpulentos y elevados estaban mojados. Ni la más pequeña brizna de hierba estaba seca. El sueño y el cansancio nos vencían y, acabada la cecina de vaca que habíamos sacado de la misión, nos resultaba prácticamente imposible conseguir comida. Las noches eran frías, y tiritaban nuestras carnes, húmedas por las ropas empapadas. Había momentos en los que nos quedábamos dormidos sobre nuestros caballos, mientras éstos seguían haciendo al paso su incierta derrota o se detenían sin que nosotros lo advirtiésemos en medio de una llanura en la que, al despertar, nos hallábamos completamente perdidos. Al cuarto día de nuestra fuga de la estancia de Pampliega, salió el sol a mitad de la mañana. Volvieron una vez más los pajarillos a sus trinos y los animales silvestres a corretear ante nuestros ojos. Los mosquitos se multiplicaron. Junto a un arroyo de apenas media vara de ancho inclinado sobre una loma nos detuvimos. Había en sus orillas tres piedras planas y lisas, grandes como plazas de pueblo, que, calentadas al sol, habíanse secado y nos ofrecían generosamente su calor. Fueron para nosotros como la jaima beduina en medio del desierto lo es para quien se arriesga a viajar en esas soledades, como un oasis hospitalario sombreado de palmeras. Faltábanle los dulces dátiles con los que endulzar pudiésemos

nuestra amargura. En ellas hicimos una pascanita. El converso se las ingenió para conseguir algunos pescados pequeños que pudimos asar con la lumbre que hicimos con ramas secas y hojarasca. Echados sobre aquellas rocas calientes, después de comer, nos rendimos finalmente al -454- sueño sin tomar las necesarias precauciones. Cuando desperté en la noche profunda de la selva, dormían mis camaradas y de la fogata que habíamos encendido quedaban tan sólo unas pequeñas ascuas a punto de fenecer. Calculé que había dormido, al menos, ocho horas, y me hallaba bien y con todas mis fuerzas restauradas, aunque aterido de frío y humedad. Embocheme en la capa de oficial y me froté las manos. Traté de avivar el fuego con más ramas y hojas secas, que había en los alrededores, lo que logré no sin trabajo. Faltaban pocos días para la fiesta de Santiago, patrón de España, y, pese a que el día había sido parcialmente soleado y cálido, la noche era muy húmeda y fría. Necesitábamos que la hoguera se levantara sobre nuestras cabezas y calentara el ambiente. A medida que las llamas se avivaban e iluminaban el paisaje, creando en la penumbra figuras fantasmales, iba volviendo el calor a mis huesos. Mis compañeros dormían ovillados, con las rodillas en los mentones y cubiertos con ponchos de listas coloradas. Ambos roncaban, y al converso deslizábasele una baba espesa desde la comisura de los labios que le resbalaba por el cuello y le iba empapando el pecho. De una de las alforjas saqué una botella de aguardiente de caña que descorché y me llevé a los labios. Bebí con largueza, dejándola casi a la mitad. Me sentía como cuando era niño y acompañaba a mi padre en sus viajes. Aquel frío invernal, que me hacía tiritar en las mañanas, íbase transformando, a medida que el día avanzaba y el sol salía, en una maravillosa sensación de libertad. Tenía la sensación de que mi cuerpo se volvía más ligero y mis sentidos más alerta. Corría entonces mi pensamiento a gran velocidad y mi imaginación se desbordaba, como se desbordó aquella noche a orillas del arroyo cabe el que habíamos descansado. Volví a hallarme de nuevo con Manuela en la estancia de Pedro Mena, del que nos estábamos despidiendo, -455- pues habíamos decidido viajar a Samaniego donde le presentaría a mis padres, ya ancianos, a mi hermana Leona, que vendría con su marido de Logroño, a Miguel, a Simón y al resto de mis amigos, incluidos aquellos que lo fueron en el colegio, como Javier Arrillaga o Ricardo Cenicerros. También estarían el coronel Eguidazu y su esposa. Mi fantasía no tenía límites. Tomábamos una pequeña embarcación en el puerto de las Corrientes y, navegando río abajo, llegábamos a Buenos Aires y, desde allí, atravesando el océano, a Cádiz, a Madrid, a Logroño y a Samaniego. Un viaje tan largo como el que me había traído hasta América. Un viaje difícil y esperanzado, como un regreso a la semilla. El viaje imaginado estaba tan lleno de amor como de nostalgia. Estaba lleno de sueños. Soñaba con Manuela y soñaba con las querencias de antaño, con las calles de Zaragoza y de Madrid, con mis paseos por Logroño, con mis paisajes cameranos, con viñedos y bosques, con los valles del Iregua y del Najerilla, con el Ebro y con La Rioja. Soñaba sin que nada ni nadie se interpusiera en mis sueños y dejaba que mi imaginación vagara libremente por el pasado que yo convertía en presente imaginado y en futuro de mis deseos desordenados. En mis sueños estaba Manuela, convertida en mi esposa, conversando con mi hermana Leona como si toda la vida hubiesen sido las mejores amigas del mundo, y me preparaba

las deliciosas torrijas de huevos y leche que mi madre me preparaba cuando yo era niño o el cordero asado al horno y acompañado de ensalada de berros. Nos tomábamos del brazo y paseábamos por las sendas que salen al campo desde el centro del pueblo y veíamos cómo crecía el trigo con las lluvias de primavera y brotaban los pámpanos y las hojas de las vides. Comentábamos entonces cómo habría de ser la cosecha de aquel año, si las tormentas y el pedrisco no acababan para siempre con la esperanza de los labradores. Y, así, mientras Eusebio y -456- Eliseo dormían, mi pensamiento huía a cientos de leguas de distancia llevando en sus alas a mi amada. El frío era aquella madrugada una suave caricia que mantenía mi alma en las nubes de la dicha.

Eusebio fue el primero en despertarse. Hízolo al rayar el alba, como era su costumbre. A los pocos minutos despertó Eliseo, siempre con el trabuco al alcance de su mano. A medida que la claridad de la aurora arrinconaba las sombras de la noche, apreciábase que la tregua que las lluvias nos habían dado el día anterior duraría poco. Las nubes habían ocultado, durante toda la noche, el resplandor de las estrellas, y el aspecto que el cielo iba tomando a medida que se aclaraba el día era amenazador. Preparé cocido de yerba con melaza, y desayunamos a sorbos calientes y prolongados. Eusebio añadió a su cocido un buen chorro de aguardiente. Caballos y mulas hallábanse inquietos, y, aunque lejanos, escuchábanse los retumbos de los truenos. Calculamos que la tormenta venía del oriente y que, a medida que avanzáramos hacia el oeste, escaparíamos de ella y la burlaríamos. El viento traía consigo sabores marinos y humedades salobres. Montamos y partimos. El viento azotaba nuestros rostros con ráfagas de furia y, luego, amainaba, hasta quedar de nuevo todo calmo como al principio. Las nubes, pesadas y densas, nigérrimas, corrían precipitadamente por los cielos. No tuvimos sol aquella mañana, y sólo al final de la misma, y cuando ya nos hallábamos a unas pocas varas de una pequeña casa de campo construida en medio de la floresta, se inició la lluvia. Fueron gotas escasas y pesadas al comienzo, grandes como piezas de a ocho de la ceca de Potosí. Más tarde, cuando ya habíamos alcanzado la casita en la que nos refugiamos, la lluvia se hizo intensa. Parecía que de nuevo los cielos se venían abajo, que una fuerza terrorífica e irracional empeñábase en anegar el mundo y ahogarnos a todos bajo aquel diluvio. Los dueños de la cabaña salieron a recibirnos. -457- Formaban un matrimonio de mestizos jóvenes que vivía con tres hijos menores, dos niños y una niña, y un hermano de la mujer que era un verdadero gigante. La casa estaba formada por tres piezas independientes unidas en torno a un patio techado con quincho en el que había una mesa grande y unas bancas corridas para sentarse. Recibieron nuestras bestias el gigante y su cuñado, las soltaron en un potrero amplio que, junto a la casa, tenía una parte techada y nos invitaron a compartir un plato de sopa y chipas de mandioca. Se estaba bien en aquella mesa en torno a la que, sin hacer el menor caso de la tormenta, jugaban y cantaban los niños. En la misma pieza abierta estaba el tatacuá en el que se habían preparado las chipas, que soltaban un humillo cálido al trocearlas con las manos y llevárnoslas a la boca. La mujer tenía el pelo negro y suelto sobre los hombros y una boca grande, mellada y risueña de la que le faltaban dos dientes. Junto a la casa crecían en desorden naranjos, limoneros, aguacates y chirimoyos. Había

también cultivos de maíz, mandioca y calabaza. Debajo de un chirimoyo grande, tres gorrinos pequeños se revolcaban en el barro. De vez en cuando, un relámpago iluminaba el cielo, y los cocoteros mostraban su altura y su belleza ante nuestros ojos.

-No es bueno -nos dijo, tras los saludos protocolares, el dueño de la casa- que un cristiano cabalgue por estas soledades en temporada de lluvias.

-Pero ésta no es temporada de lluvias -dijo Eusebio.

-Así es, que hasta septiembre no suele llover en estos pagos, pero el año se presenta difícil y el invierno es más húmedo que de costumbre.

-¿Y la cosecha? -pregunté yo.

-Pasada por agua -me respondió, enseñándome en una mueca que quería ser una sonrisa un conjunto irregular de dientes ennegrecidos.

-458-

La mujer y el gigante se rieron a carcajadas. Los niños se alborotaron en sus juegos. Eusebio y el converso sonrieron. Alejados del mundo, aquellos hombres conservaban el buen humor. La lluvia se había convertido en una suave cortina de agua, y la tormenta se alejaba.

-El año pasado no llovió por aquí hasta octubre. Por angas o por mangas, siempre estamos mal -reflexionó Marciano, que así se llamaba el dueño de la casa.

Era un hombre pequeño y delgado, de ojos muy negros y vivaces, y notábase en él la fuerza de quien está siempre dispuesto a enfrentar la adversidad con entusiasmo de vencedor.

-Esperemos -añadió- que ahora no llueva por lo menos en dos meses.

Aquella era, para mí, una conversación conocida. La había escuchado desde niño, cuando en la cocina de la casa reuníanse mis padres al atardecer para comentar los sucesos del día. El sol y las tormentas, las lluvias de primavera y el amenazador pedrisco del verano, las nieves del invierno, las heladas, la escarcha. Todo les preocupaba. Unas veces porque faltaban y, otras, porque sobraban. Por angas o por mangas, como acababa de decir Marciano con su peculiar sentido del humor, campechano y sencillo. Cada vez era más suave la lluvia, y, desde el patio cubierto en el que nos hallábamos, parecía que acariciaba a la tierra con ternuras de amante. El aire era azul y puro, y el olor a tierra mojada embargaba mis sentidos²⁹. Se estaba bien allí.

-459-

-Pasan pocos viajeros por estos andurriales. Si acaso, algunos indios sueltos que se van por esos mundos de Dios detrás de la caza -nos dijo la mujer.

-¿Y no han visto algunos grupos armados?

-Mi marido estuvo no hace mucho en las Corrientes, y le hablaron del que llaman el mburuvichá. ¿Vuestas mercedes lo han visto?

-Creemos haberlo visto -le respondí.

El que contó la historia fue Eusebio. Carraspeó un momento, se miró la punta de sus botas de cuero de vaca y comenzó a narrar de una manera fantástica el encuentro que habíamos tenido con las hordas del mburuvichá antes de llegar a la Misión de San Carlos. El gigante escuchaba con la boca abierta, fascinado por las fantásticas descripciones que Eusebio hacía del baile y las diversiones que nosotros vimos escondidos entre la

maleza del bosque. Eusebio les contó que el mburuvichá era un hombre gordo y lampiño y que, de lejos, más parecía un niño de teta gigantesco que un hombre y que había en él algo de monstruoso y de siniestro, algo de imagen de pesadilla.

-Quizá -les dije yo entonces- sólo lo imaginamos, que llevábamos muchos días en la selva entre los pantanos, y ya se sabe que hay en estas partes muchas cosas que pueden hacer que perdamos la razón produciéndonos alucinaciones.

-Pero esa misma historia -replicó Marciano- la he escuchado en las Corrientes. No sé cuánto haya de verdad en ella, pero es raro que personas que de nada se conocen y que jamás se han visto coincidan en ver lo mismo y en los mismos lugares, si es que lo que ven no existe. Yo creo en esa historia y espero que no se acerquen por aquí.

-Por la cuenta que les trae -dijo el gigante.

-460-

Volvieron todos a reír a carcajadas. Viniendo de quien venía, la fanfarronada no parecía tal, si no se tenía en cuenta la desmesura del reto. Los tres tenían, sin embargo, el temple de los que no se arredran ante nada.

-Que vengan -decía la mujer-. Verán lo que les espera.

Los niños se perseguían a nuestro alrededor con escopetas de palo. La lluvia amainaba. Del quinchado del techo se deslizaban los últimos goterones, que caían sobre los pocillos que se habían formado durante la lluvia.

-¿Cuántos más viven por estos alrededores? -pregunté.

-Pocos -me respondió Marciano-. A una legua y media hacia el oeste vive Jesús, un hombre que se vino de Panamá hace más de diez años con su familia y se afincó aquí. Él nos convenció hace unos cuatro años para que viniéramos nosotros.

-¿Y no es peligroso?

-Los indios no molestan -me dijo-. Ellos están en sus cosas y nosotros, en las nuestras. A veces ponen sus tolderías cerca, pero jamás hemos tenido razones de queja.

-¿Y los soldados?

-Vuesa merced es el primer oficial del ejército que vemos desde que dejáramos las Corrientes. Un día vimos unas cuatro carretas que pasaban a lo lejos. Mi cuñado y yo fuimos a su encuentro porque creíamos que serían del ejército.

-¿Y lo eran?

-No. Eran indios de las misiones de la otra banda del Uruguay que buscaban un lugar para asentarse con sus familias. Yo creo que lo que querían era llegar a las Corrientes.

-461-

-Llegaron -dijo el gigante-. Unos meses más tarde, a uno de ellos me lo encontré en la plaza. Nos saludamos. Nunca más lo he vuelto a ver.

-De lo que yo me acuerdo -volvió a tomar la palabra Marciano- es de que en las carretas llevaban una carga regular de yerba.

-Es lo que más cultivan en las misiones. ¿Y vuestas mercedes no lo hacen?

-¿Para qué? -preguntó la mujer-. La yerba da mucho trabajo, y nosotros somos sólo seis brazos, aunque diligentes.

-Los niños ayudan como pueden -intervino el marido.

-Pero son todavía muy pequeños -dijo la mujer.

-Ya crecerán -dijo Eusebio.

-Crecerán, crecerán... Estábamos hablando de la yerba -volvió a decir la mujer, que parecía interesada en el tema-. Lo que les digo es que la yerba no se come. A mi marido le gusta. Al manganzón de mi hermano, también. A mí no. Les cebo el mate en las mañanitas cuando me lo piden, pero jamás chupo de la bombilla. Aquí lo que necesitaríamos es trigo, buen trigo para hacer pan. Eso es lo que necesitamos. Todo lo demás lo tenemos y de sobra.

-Hablas, mujer, como si fuésemos ricos -se quejó el gigante.

-Y lo somos -le respondió su hermana-. No lo seremos en plata, pero lo somos en salud. ¿Te parece poco? Gracias deberíamos estar dando a Dios a cada rato por disfrutar de salud, comer como comemos hasta hartarnos y vivir en este paraíso.

-Pero bien que echas de menos la vida que llevabas en Córdoba -se rió Marciano.

-Ni lo creas -le respondió su mujer-. Sólo cuando llega la Navidad. Me gustaban los villancicos y pedir la colación de casa en casa, cuando éramos niños.

-Y los mozos -bromeó el gigante.

-Para eso tengo a mi marido.

-462-

Todos volvieron a reírse. La alegría de aquella familia era contagiante, y hasta Eliseo, que era por naturaleza circunspecto y un tanto reservado, no podía evitar soltar la carcajada de vez en cuando. Ya había dejado de llover por completo y estaba saliendo el sol.

-Lo que es hoy -dijo Marciano- no trabajamos. Han llegado vuestas mercedes, y lo justo es que los atendamos en sus necesidades. Mujer, hagamos una buena sopa criolla, de esas que levantan un muerto y que tienen de cerdo tanto como de choclo.

-No es mucho el cerdo que me queda, pero algo de vaca sí que tengo en la alacena.

-Aquí -dijo el gigante- los animales se dan como las plantas. Tenemos cerdos y vacas, y, cuando no los hay, nos echamos al monte y siempre cazamos algo, aunque más no sea que alguno de esos carpinchos que se crían en los esteros.

-¿Están cerca los esteros del Yverá? -preguntó Eliseo Falcón.

-A menos de tres leguas hacia el sur -le respondió Marciano.

El resto de la mañana la pasamos conversando sobre los mismos tópicos, mientras los niños seguían jugando y la mujer se esforzaba por sazonar la sopa criolla que le había pedido su marido. El ambiente se llenó de olores de cebolla frita en manteca de cerdo. En una olla aparte se cocinaba la mandioca.

-Mandioca y carne. Es todo lo que tenemos se quejaba Marciano-. Lo que nos vendría bien sería un poco de verdura para ensalada. ¡Con el calor que hace en verano...!

-¿No tienen berros? -pregunté.

-Y buenos -me respondió.

-Preparen, entonces, ensalada de berros.

-463-

La conversación derivó hacia la caza y la pesca. Según el gigante, los mejores peces estaban en el Paraná. El dorado tenía, en su opinión, una carne insuperable, aunque reconocía que la carne del surubí era muy noble y combinaba a la perfección con todos los sabores con los que la pusieran. Llegó, al fin, la sopa. Su aspecto no podía ser mejor, y su aroma, exquisito. La mujer habíale añadido algunos yuyos de su huerta que la hacían sumamente apetitosa. Sobre el líquido flotaban las pequeñas bolitas hechas de harina de maíz y se hundían en sus grasas los pedazos de carne. Aquel puchero de barro, colocado en el centro de la mesa, perfumaba el ambiente. Todos, incluidos los niños, hundimos a un tiempo nuestras cucharas en él. Los tres zagales del Yverá se arrodillaban sobre las bancas para alcanzar el puchero.

Salvadas las distancias y salvados el ambiente, los olores, los sabores, el paisaje y el clima, cerrando, en fin, los ojos y dejando libre y suelta mi fantasía, podía sentirme de nuevo en mi casa. No había vuelto a tener una sensación semejante desde que viviera en la estancia de Pedro Mena. Una sensación tan familiar. Una sensación tan grata. Tan cálida. Tan amable. Debieron contribuir a ello las largas jornadas que habíamos pasado en el campo bajo la lluvia, comiendo cecina fría y tomando cocido de yerba en las mañanas. Debieron también hacerlo la nostalgia y el querer estar cuanto antes con Manuela y recobrar sus olores, recorrer de nuevo con mis ojos cada uno de los ángulos de su rostro, sentir la suavidad de sus manos entre las mías, deleitarme en la contemplación de sus pupilas brillantes y profundas. Todo ello debió de hacer que me sintiera de pronto como siempre me he sentido cuando la felicidad me embarga: satisfecho de vivir, de estar simplemente en algún sitio sin poder evitar que vengan a mi memoria aquellas circunstancias semejantes que me dieron otro momento de felicidad en el pasado.

-464-

Cuando terminó el almuerzo, aún nos quedamos sentados, conversando. Haraganeando. ¡Y con qué gusto! El sol había salido de nuevo, y la tierra humedecida exhalaba, gentil, sus mejores aromas. Jugaban los niños a la sombra de los naranjos, y los caballos y las acémilas en el potrero trincaban la hierba que nacía bajo sus pezuñas inquietas. A lo lejos, los cultivos de mandioca se levantaban, esbeltos y juncales, apenas mecidos por un vientecillo frío que secaba el ambiente y nos obligaba a arrebujarnos en nuestra ropilla. Los pájaros revoloteaban y los más osados se llegaban casi hasta nuestros pies, donde las migajas de mandioca habían caído y donde ellos picoteaban con toda libertad. Se estaba bien en aquella especie de salón abierto al campo, mientras el sol continuaba su derrota hacia occidente y se alargaban las sombras de los árboles ante nuestros ojos. La conversación decaía a ratos, y a ratos la mujer de Marciano se levantaba, íbase hasta la cocina y nos traía una pava de agua caliente con la que nos cebaba el mate, mientras mi imaginación seguía volando de uno a otro lado, de una a otra querencia.

-Así debe de ser el cielo prometido por los curas -nos dijo Marciano-. La barriga llena, el sueño sobre los párpados y el campo en paz mientras crecen las cosechas.

-Así será -le respondió Eusebio-, pero yo lo preferiría lleno de vacas y

con una ancha llanura verde para dejar que mi caballo galope a su gusto. -Dios ha de hacer que cada uno de nosotros -dijo entonces el converso- disfrute el cielo que más le plazca, que, para mí, tan bueno es uno como otro de los que contentan a vuestas mercedes y aún sería mejor si a ello añadiéramos algunas sedas por las que se deslicen mis dedos y unos rubíes, encendidos carbunclos en los que pueda posar mi vista sin herirla.

-465-

-¡Pues no piden nada vuestas mercedes! -añadió entonces la mujer-. Bastaríanme la paz y el cariño de mis hijos para ser feliz eternamente, que todo lo demás, como dice Cristo en el evangelio, se nos dará por añadidura.

Así estuvimos hasta que cayó la noche y cenamos. El viento del sur había barrido las escasas nubes que habían quedado navegando en la inmensidad de los cielos después de la lluvia. Las estrellas brillaban mientras nos llevábamos al estómago unos huevos fritos en manteca de cerdo, a los que, a falta de pan, volvimos a acompañar con mandioca cocida. Untaba grandes pedazos de mandioca en la yema de los huevos y me los llevaba a la boca. Mis compañeros hacían otro tanto. Un perro grande, que hasta entonces no había hecho su aparición por la casa y al que el gigante recibió con desusadas muestras de afecto, nos exigía, enseñándonos sus afilados colmillos, parte de nuestra comida como un tributo, y todos le iban dando, quien más quien menos, parte de lo que les correspondía de aquella cena. Llamábase el perro Nerón y era grande como un mastín, manso como un faldero y muy juguetón con los niños, con los que, terminada la cena, se fue para siempre, abandonándonos.

-Es mucho más fiero de lo que parece -dijo la mujer-, pero con los que conoce es muy bueno y cariñoso.

-¿Y por qué le pusieron Nerón? -pregunté yo.

-Se lo puse yo -respondió el gigante-. La verdad es que no lo sé, porque Nerón fue una mala persona y éste es un perro de lo mejor. A lo mejor, me equivoqué.

-Le queda bien el nombre -dijo Marciano-, que los perros no saben quién fue el tal Nerón, ni falta que les hace. A lo mejor, el tal Nerón no era tan malo como lo pintan.

-Era peor -retrucó la mujer.

-466-

Hacia las siete y media, todos nos moríamos de sueño. Por alguna razón que no comprendo, en tierras calientes americanas el sueño acude más temprano y nos obliga a veces a perdernos la contemplación de las noches más bellas. La mujer nos había preparado junto a los potreros unas hamacas colgadas de los postes que hacían las veces de columnas y nos dio unas mantas gruesas para abrigarnos.

-Siento mucho que deban pasar vuestas mercedes la noche a la intemperie.

-Estamos acostumbrados -le respondió Eusebio.

Nos acostamos los tres. El frío calaba hasta los huesos, pero pronto acudió el sueño y nos quedamos dormidos. Los caballos y las mulas estaban cerca, y, sobre nuestras cabezas, las estrellas brillaban como debieron de hacerlo el primer día de la creación. Creo que Eusebio aún permaneció algún tiempo despierto, pero Eliseo cayó en los brazos de Morfeo casi al tiempo en que se arrojaba sobre la hamaca y se arropaba con la frazada. Yo

también tardé un poco en dormirme, aunque no estoy seguro de si me mantuve despierto el tiempo que pienso o soñé simplemente que estaba despierto. Con frecuencia he pensado en la dificultad que tiene el hombre para discernir con claridad el sueño de la vigilia, puesto que lo que soñamos es real mientras lo soñamos y sólo al despertar a la mañana siguiente descubrimos su falacia. ¿No será que soñamos que vivimos y que aún no hemos despertado? ¿No será un sueño todo lo que cuento en este libro y un sueño, incluso, mi locura? Si así fuera, no sería un loco, sino un cuerdo que sueña que está loco. Y esta celda en la que a diario me muevo y duermo y vivo y sobre cuyo suelo se arrastran mis pies cansados, esta celda desde cuya ventana contemplo la inmensa y bella bahía de Asunción y las chatas cordobesas que la surcan de un lado a otro, las barquichuelas, los esquifes -467- y los navíos; esta celda sería... Todo sería un sueño, y, al despertar, mi corazón volvería a saltar de gozo ante la posibilidad de regresar a la estancia de Pedro Mena, pues quizás aún estoy en el camino que a ella me conduce y Manuela me espera con los brazos abiertos para arrullarme, como se arrulla a un niño en su cuna, y calmar mis angustias, mis fríos y mis temores. ¡Oh, la maravilla del sueño, encanto de la mentira!

Me acuerdo bien de un hombre a quien, siendo aún niño, conocí en Logroño. Sentábase en un banco pequeño frente a la iglesia de la Redonda todos los días a la misma hora. Vestía con mucha corrección y llevaba una peluca limpia y bien empolvada. En invierno, terciábase la capa para protegerse del cierzo. Era lo que entonces se conocía con el nombre de loco manso, un ser indefenso e inofensivo que, desde hacía más de treinta años, esperaba cada día a su esposa, muerta frente a sus ojos al salir de la misa. Aquel había sido un caso muy sonado. No había nadie en la ciudad que no lo conociera. La esposa apenas tenía diecisiete años y él veinticinco cuando ocurrieron los hechos. La esposa había muerto de repente. Había caído al suelo frente a sus ojos en medio de un pequeño grupo que con ella salía de la iglesia. Este buen hombre jamás se enteró de lo que había sucedido, y todos los días, a la misma hora, se sentaba en el mismo banco en el que la había esperado aquella mañana y esperaba a que su mujer saliera de la misa. Así me ocurre a mí. Quizá yo estoy todavía en la chacra de Marciano y su mujer, esperando reanudar el viaje hacia la estancia de Pedro Mena. Aún no he salido de ella, probablemente, y, mientras mis compañeros duermen a pierna suelta en las hamacas que la mujer de Marciano ha puesto para nuestra comodidad en el potrero, yo espero que llegue el día, que el sol se abra y que podamos reiniciar el viaje que ha de conducirme hasta los brazos de Manuela. Sigo esperando mientras -468- sueño soñando que estoy despierto. Pero ¿cómo sabré si el amanecer es amanecer, el día, día y yo soy yo ya despierto y dispuesto al viaje? ¿Cómo lo sabré, si no sé si duermo o estoy despierto ahora cuando escribo o cuando sueño que tomo la pluma para trazar algunos garabatos sobre el papel? ¿Cómo tener certeza de lo que, a ojos vistas, es incierto y sobre lo que nada podemos asegurar? ¿Vivimos ciertamente o soñamos que vivimos y nos engañamos a nosotros mismos? Aún más: ¿somos nosotros mismos los que soñamos o nos sueñan otros? ¿Cómo estar seguro de nada? Vanidad de vanidades. Dicen que fue Salomón quien acuñó estas palabras. Tampoco él, siendo sabio, estaba seguro de nada. ¿Por qué habría de estarlo yo, que no lo soy?

A la mañana siguiente nos despertamos, desayunamos con Marciano, su mujer y el gigante y, después de volver a cargar nuestros matalotajes en las acémilas y ensillar los caballos, nos despedimos. Al gigante, según nos dijo, le hubiese gustado que nos quedásemos unos días más para seguir charlando, cosa que a mí me extrañó sobremanera, porque parecía más bien parco en palabras, aunque con los oídos siempre abiertos. Se ofreció a acompañarnos varias leguas de camino por el gusto de seguir con nosotros o por haraganear un poco más, como dijo Eliseo cuando al fin se despidió de nosotros, que «a estos fortachones lo que les sobra de fuerza les falta en genio», según la expresión que, en ese momento, utilizó el converso. La mujer se había levantado temprano y nos había preparado un buen viático de carnes guisadas que habría de durarnos al menos un par de días, si las cosas iban como las pensábamos. Yo había calculado que nos faltaban al menos cuatro para llegar a la estancia, si lo hacíamos con la prisa que empujaban mis deseos. Pocos minutos antes de partir, Marciano me llevó aparte y me entregó un paquete -469- en el que había una bolsa de cuero con buena pólvora, balas, yesca y pedernal, por si mis municiones se habían mojado en el camino.

-Esté bien atento vuesa merced a cuanto sucediere -me dijo-, que en andurriales como éste más son los que mueren por confiados que por otra cosa.

-Llevo conmigo excelentes compañeros de viaje -le dije-, pero, de todos modos, se lo agradezco.

-Nada hay que agradecer, que estoy seguro de que vuesa merced hubiera hecho otro tanto por mí de hallarme en el mismo trance.

Al fin nos despedimos del matrimonio y de los niños, y yo vi cómo a la mujer se le anegaban de pronto los ojos en lágrimas, que viviendo, como vivía, en lugar tan solitario y pese a la cristiana conformidad que en ello había puesto, estoy más que seguro de que, como había dicho Marciano el día anterior, eran muchas las cosas que echaba de menos de los lugares más poblados y con mejor policía. El gigante nos acompañó como dos leguas con la escopeta de caza y con el perro al que tantos juegos había hecho el día anterior. Habló poco durante el viaje, pero ponía atención a cuanto decíamos y se notaba a la legua que, a pesar de ser un solitario, le gustaba la compañía de sus semejantes y que de nada disfrutaba tanto como de ésta. No habrían pasado ni dos horas de nuestra salida de la casa de Marciano, cuando tropezamos con los estereros del Yverá. Aquél era, más o menos, el paraje en el que nos habíamos tropezado con la misteriosa compañía del mburuvichá y su séquito de salvajes. El perrazo, que iba casi siempre delante de nuestros caballos, se detenía de cuando en cuando, olisqueaba algo, daba vueltas en torno a lo que acababa de olfatear y se ponía a ladrar con desesperación. A veces, aullaba como lobo o se arrastraba a cuatro -470- patas restregándose en la hierba. Todos estábamos sorprendidos, y el gigante llamaba al perro por su nombre como si le interrogara. Nerón se acercaba a su amo y se ponía a correr de nuevo junto a su caballo. Como si nada ocurriera o como si se olvidara rápidamente de lo ocurrido, una y otra vez Nerón volvía a correr y jugar a perseguir perdices entre la hierba crecida y a hacernos juegos a todos para alegrarnos el viaje.

-Este perro se ha vuelto loco -dijo Eusebio en una ocasión.

-O huele algo que nosotros no podemos oler -le respondió el gigante.
-Los perros siempre huelen lo que nosotros no podemos -contestó el baqueano-, pero no deja de ser raro que abandone las pistas con tanta facilidad.

Nerón repitió tres veces más esta rareza. A la tercera nos dijimos que era necesario investigar, que sería bueno hacerlo, pero no lo hicimos. A la cuarta y última, los tres echamos pie a tierra y nos pusimos a mirar con detenimiento entre la hierba a ver si descubríamos las huellas de quienes tan extrañas pistas habían dejado en aquel terreno. Todo fue inútil. Ni Eusebio, tan experimentado en estos asuntos, logró descubrir nada. Menos aún yo. Eliseo fue quizá quien miró con mayor detenimiento, y, en un momento determinado, creí descubrir en el converso una palidez intensa que, según recuerdo, me sorprendió, pero a la que en ese momento no di la menor importancia. Volvimos a montar, esperando que Nerón repitiera su hazaña, pero, a partir de entonces, el perro normalizó su conducta, y nosotros, poco a poco, nos olvidamos de Nerón y de sus manías perrunas, que éstas suelen llamar pocas veces nuestra atención y, cuando lo hacen, por poco tiempo. No nos resulta sencillo a los hombres entender la lengua y el sentir -471- de los animales, en tanto que ellos, sobre todo los perros, parecen entendernos mejor en ocasiones de lo que nosotros somos capaces de entendernos a nosotros mismos.

Al fin, el gigante y el perro se despidieron de nosotros, y continuamos solos el camino que habría de conducirnos a la estancia de mi amigo Pedro Mena, que ya veía en mi imaginación el corredor de la casa, sus cuartos y estancias sombreadas, el lugar en el que me encontraba con Manuela y tantos otros lugares, rincones y objetos que llenaban de continuo mi mente y que aún veo cuando cierro los ojos. La mañana, aunque soleada, era fresca, y realmente daba gusto cabalgar con un ligero vientecillo en la cara, la capa suelta y al viento y el pensamiento puesto en Manuela. Danse siempre, en estos casos, las mayores paradojas, que, cuando más prisa tenemos y más nos esforzamos en cumplir aquello que deseamos, más lento y tardo nos parece que se hace todo, y, así, aunque yo espoleaba mi caballo y obligaba a mis compañeros a seguirme en la galopada, por más que corríamos y agotábamos las caballerías, cada vez me parecía más lejana la meta que me proponía alcanzar. Manuela estaba en mi pensamiento, mas no en mis brazos, que era donde quería tenerla y donde soñaba con tenerla. Y, mientras iba cabalgando, imaginábala en nuestro rincón de siempre, con su nigérrimo cabello suelto sobre los hombros, descolgándole en cascada hasta los castos pechos, desnudos y velados a mis ojos. Y veía sus ojos y su boca. Los primeros eran dos pozos negros en los que penetraba a hurtadillas para conocer sus secretos, dos túneles profundos y oscuros abiertos en las nieves de la montaña. Y la segunda, una granada herida por un cuchillo de plata de la que manaba un licor embriagador que sorbían mis labios y cuyas gotas, como rubíes, caían en mi boca y la endulzaban. Mi fantasía iba poniendo en ella las gracias todas, mientras mi caballo galopaba al ritmo al que los otros caballos galopaban.

-472-

Pero eran varios los días que aún faltaban para alcanzar las tierras de Mena y muchos y no menguados los peligros que podían amenazarnos. Hubimos de aminorar la marcha para dar descanso a las caballerías, pues nada

lográbamos corriendo y perdiendo los caballos en ello y por mi culpa. El primer día lo pasamos sin novedad e hicimos en la noche nuestro vivaque al borde mismo de los esteros, con una gran fogata que iluminaba el entorno y confería a aquel paisaje agreste y primitivo un aire nuevo y más humano. Hizo la guardia el propio Eusebio, que aún no confiaba del todo en Eliseo Falcón. Volví a dormir y volví a soñar o a soñar que soñaba. Contaba a cada rato las horas que me quedaban para encontrarme con Manuela y, en mi imaginación, iba construyendo las frases con las que habríamos de saludarnos delante de su padre. Por fin soñé aquella noche algo que jamás antes había soñado, y era que me hallaba de nuevo en Samaniego y que jugaba con mis amigos un partido de pelota en las paredes de la iglesia. Jamás fui un gran pelotari, y recuerdo muy pocos partidos jugados en mi vida, casi siempre en mi infancia, pero en aquel sueño jugaba y sudaba y los golpes que le daba con la mano abierta a la pelota eran tan fuertes y formidables que, en ocasiones, la pelota se perdía entre las nubes sin que mi contrincante pudiera hacer nada por alcanzarla. Había sido éste un sueño repetido hasta la saciedad en mis tiempos de interno en el colegio de los jesuitas. Quizá se debiera a mi escasa habilidad en el frontón frente a compañeros que, como Javier Blanco, de Villar de Torre, parecían capaces de todas las hazañas. No lo sé. En aquel tiempo yo creía que despreciaba este juego. Decía a todos cuantos querían escucharme que era una pérdida de tiempo, y había quienes, por seguirme la corriente, me daban la razón en todo. Ahora pienso que, quizá, siempre quise destacarme en él y que jamás lo logré. Por eso soñaba con aquellas increíbles hazañas de hacer que un solo -473- golpe de mano llevara la pelota tan lejos y tan alto que nadie pudiera recogerla. A aquella enorme fuerza añadía en mis sueños una enorme habilidad. Cuando el contrario me enviaba un golpe similar, podía yo dar saltos de varias varas y correr a una velocidad que ni las liebres podrían. Ni los galgos. Aquella noche soñé con todas estas cosas, y mis amigos del pueblo se entusiasmaban y me llevaban más tarde a la taberna para celebrar mi victoria. Todo el pueblo me reconocía como su héroe, y me hacían un homenaje en la plaza y todos aplaudían. Habían acudido a aquella convocatoria todos los hombres y todas las mujeres. Estaban los niños y las niñas, el párroco, el coadjutor y el sacristán. Eran cientos, miles de personas que llegaban de todas partes, de Samaniego y de La Guardia, de Ábalos y de San Vicente y hasta de Haro y de Logroño. Toda La Rioja estaba a mis pies y me reconocía como un héroe, y yo tenía que hablar (recuerdo) a aquella enorme multitud que se había reunido en la plaza, y no sabía qué decir. Y, como no sabía qué decir, hablé de Indias, de Manuela y de Paraguay, de los indios y de los jesuitas, y volví a hablarles de Manuela, del amor que me consumía, de la necesidad que tenía de tomar de nuevo el barco y de hacerme a la mar para volver a estas tierras que jamás había abandonado. Y, a medida que iba hablando, me daba cuenta de que la plaza de Samaniego ya no era la plaza de Samaniego, sino la gran plaza de Asunción, enorme, en la que cabía todo el mundo, y los rostros ya no eran los de mis amigos de antaño, ni el de mi hermana Leona y mi cuñado. Ya no estaba ninguno de ellos en mis sueños. Eran otros [...] iguales a aquellos que aquella noche de invierno en Lima sedujeron a la criada del marqués [...] como había ocurrido en Nápoles, según el testimonio que nos queda de Apiano. Nunca supe si volvería a verlo, pero,

a la mañana siguiente, ya me había convencido de lo primero.

-474-

Fueron cinco días más los que tardamos en llegar a la estancia. Pasámoslos sin contratiempos dignos de mención, si hago excepción de un curioso fenómeno de incierta naturaleza, aunque bien podríamos llamarlo meteorológico, atendiendo al sentido primero de la palabra. Fue al tercer día de haber abandonado la casa de Marciano. Habíamos hecho nuestro vivaque casi al borde mismo de la selva, en medio de unos grandes pastizales muy frecuentados por caballos salvajes y vacas cimarronas. Abundaban también en él los tigres y otros animales, y toda la noche nos turnamos en nuestras guardias por temor a que, a pesar de la hoguera, pudieran las fieras aproximarse a nuestro campamento. No ocurrió nada de esto, por fortuna, y, cuando el día llegó, aunque escasamente descansados, hallábamnos con ánimos suficientes para continuar el viaje. Hacía más de veinticuatro horas que se nos habían acabado las [provisiones] que la mujer de Marciano habíanos dado como viático de la excursión, y estábamos dispuestos aquel día a dedicarnos a la caza. Habíamosle tomado mucho gusto a la carne de carpincho, que además era un animal de caza fácil y abundante en alimento. Así que, desde temprano, dispusímonos a la caza, preparamos nuestras escopetas y nos internamos en los esteros. Al poco tiempo de iniciada la caza, nos topamos con una piara de estos animalitos, disparamos y cazamos tres ejemplares. Yo tuve que meterme en el agua hasta las rodillas para cobrar mi pieza. Cuando estaba a punto de salir victorioso con ella, abalanzose sobre mí un yacaré con tanta furia que, de haberme agarrado un brazo entre sus mandíbulas, hoy estaría manco de la mano derecha e imposibilitado para escribir. Un certero disparo de Eliseo, que tenía ya de nuevo lista su escopeta, acabó con la vida de aquel monstruo, y el buen Eusebio, que hallábase igualmente preparado, terminó por rematarlo. La cosa no hubiera pasado de un susto más bien corriente en estas latitudes, si, al saltar a tierra firme y segura con mi presa, a la

-475- que no había soltado en ningún momento, no hubiera alzado la cabeza al cielo y quedádome maravillado con lo que veía. Sobre nuestras cabezas dibujábase un arco iris espléndido sin que hubiésemos conocido lluvia alguna que lo motivara. Parecía un milagro y una buena señal, y los tres lo celebramos como tal. El arco iris estaba tan bien dibujado que parecía hecho por los pinceles del pintor más experto. Aquella señal nos dio ánimos para seguir adelante.

Hallo algunas incoherencias en el texto de don Millán a medida que se aproxima al desenlace. No se trata tan sólo de los vacíos, de los fragmentos perdidos o de las frases incomprensibles y cortadas que yo sustituyo con puntos suspensivos entre corchetes. Hay algo más, según me parece. No sé bien lo que es, pero hay algo que no es muy claro. Lo del testimonio de Apiano, por ejemplo, no sé, ni puedo saber, a qué se refiere. No parece que venga a cuento o que tenga algo que ver con lo que narra líneas arriba. Tengo la impresión de que, a medida que se acerca el desenlace de la historia, la mente del narrador se vuelve más confusa y más perturbada. Hay en todo narrador, aun cuando no esté loco, como don Millán, una natural y primera confusión que no se refleja, sin embargo, en el lenguaje ni, mucho menos, en la estructura de lo narrado. Estos dos últimos elementos son elementos de orden, no de caos, ni de confusión. La

mente del narrador, cuando es cuerdo, puede estar confusa, pero, a medida que avanza en su narración, se va ordenando, porque es el lenguaje el que la ordena. Pero no parece estar ocurriendo esto en la narración de don Millán. Hay momentos en que parece que quiere adelantarse a los hechos, aunque, de pronto, frena, porque la lógica de la narración le obliga a ello. Los frenos son cada vez más débiles, sin embargo. En medio de su locura, el caballero a la vez ha debido de verse obligado a hacer esfuerzos inauditos para mantener el orden necesario para la comprensión -476- de su texto. Este esfuerzo ha debido de agotarlo. De ahí que afloje ahora y se interrumpa una y otra vez para hablarnos de su Manuela, que, en última instancia, es de lo único que quiere hablar, porque quizás haya escrito tan extenso documento con el solo propósito de seguir viviendo antes de la muerte de su amada, como ese loco al que, según cuenta, conoció en Logroño cuando era niño. Yo conocí uno semejante en Lima, hace ya muchos años. Era un hombre pulcro y viejo que, desde muy joven, se sentaba en un banco del Parque Kennedy de Miraflores para esperar a su novia, muerta frente a sus ojos al ser atropellada por un automóvil cuando atravesaba la calle para encontrarse con él. Jamás se encontraron porque la muerte los separó para siempre, pero cada día la locura hace posible la esperanza de un encuentro imposible. Mi impresión es que todo este largo escrito de don Millán, si de verdad es suyo (ya he expresado en otro momento mis dudas al respecto), no es sino un intento de mantener viva la esperanza de un encuentro imposible. ¿En dónde? En la estancia de su amigo Pedro Mena, naturalmente, ese lugar en el que todos sus sueños pueden cumplirse y que podemos interpretar como un paraíso siempre perdido y siempre, también, a punto de recobrar.

A medida que avanzábamos, la luna. Habían sido días buenos para todos, pero los indios que vagabundeaban por aquellos territorios no se habían dejado ver, y las abejas libaban entre las flores como si fuera primavera. Los pindós se levantaban, esbeltos, con sus penachos hasta el cielo. Los pajarillos revoloteaban y cantaban entre las plantas verdes. No había nadie. No se sentía a nadie. Runrún eterno de la naturaleza. Gorjeos y, al fondo, el sonido fluyente de una cascada imposible. Nuestros caballos eran como sombras penetrando en silencio en una iglesia. Los campos vacíos. Allí donde en otro tiempo los hombres iban y venían, corrían en sus potros, -477- los fustigaban, sólo el polvo. Y donde las vacas rumiaban la hierba, el silencio. Seguimos avanzando. Nadie nos recibía. Nadie cabalgaba por aquellas praderas, por aquellos llanos, y sólo algunos caballos pastaban entre la hierba verde con absoluta indiferencia. Eusebio miraba a uno y otro lado con asombro, como si no pudiese creer lo que estaban viendo sus ojos. Anohecía. Las casas de los peones parecían cerradas. Un perro ladraba a la distancia. La luna se deslizaba en silencio sobre un cielo plomizo, ligeramente azul, un cielo turbio y de ensueño. El mundo se oscurecía. Los grandes árboles que cercaban la estancia, silueteados en el aire. Las luciérnagas volaban delante de nuestros ojos. No hacía frío. No corría viento. No había humedad. No sentía frío. No podría haberlo sentido. Pero había algo que me penetraba en los huesos y los punzaba como una aguja fina y penetrante. Manuela. Pensaba en Manuela y apresuraba el galope de mi caballo. Escuchaba los golpes sordos de sus cascos contra el suelo. Eliseo Falcón venía detrás, y

no lo veía. Llevaba (imagino ahora) su infaltable trabuco en la mano derecha, sin soltarlo. El trabuco de Eliseo. Hay muchas noches en las que sueño con él. Siempre en su mano derecha, a punto de dispararlo, preparado para matar. Llegamos a la casa, salté del caballo y eché a correr. Corrí y corrí. Y corrí. En el corredor yeré, donde las mujeres reían y cantaban, contaban historias de fantasmas y de hombres lobos, hilaban y tejían, silencio y vacío. Me detuve un momento. Me quité el sombrero sin saber bien por qué lo hacía y me santigüé. No sé cuánto tiempo pasé arrodillado sobre los fríos y polvorientos ladrillos rojos del corredor de la casa. Ya era de noche y hacía mucho frío cuando volví en mí. Eusebio tenía su mano derecha sobre uno de mis hombros, y el converso me miraba fijamente a los ojos desde [...] con el trabuco. Su boca era inmensa y negra, redonda y ancha en la parte de afuera, boca que se estrechaba a medida que el tubo se alargaba hacia la mano de quien lo -478- empuñaba con la firmeza de los asesinos. Lo había visto en sus ojos. Me di cuenta cuando [...] quise lanzarme sobre él, pero Eusebio Pindú me contuvo. El baqueano prácticamente me levantó en vilo. Me puse de pie, y los tres penetramos en silencio al interior de la casa. Afuera, la noche estrellada.

Las cortinas de las ventanas del estradillo estaban corridas, y la luz de la luna penetraba en él iluminando los muebles. A medida que avanzábamos, la luna. Los grandes sillones frailunos contra las paredes y las sillitas de anea arrinconadas en las tinieblas. Las mesas y mesillas. El silencio más profundo. Nuestros pasos profanaban aquel misterio y resonaban monótonos en la oscuridad. Eusebio iba adelante, abriéndonos el camino hacia los dormitorios. Con algo de yesca, el converso encendió un cabo de vela que llevaba consigo. La luz abrió un boquete de claridad en las tinieblas. Encendió las velas de un candelabro que había sobre una mesa. Yo no osaba levantar los pies: los deslizaba suavemente sobre el suelo de ladrillo rojo que, a la luz de las velas encendidas, emulaba los colores del infierno. Íbamos uno detrás de otro por el pasillo, en una especie de procesión hacia algún templo misterioso. Yo cerraba el cortejo. Más allá de las ventanas, la luna (omnipresente). Marfil nocturno, carne yerta, inmóvil y sin sangre tras los visillos, más allá de los cristales, más allá del aire azulado y turbio, más allá... De nuevo el perro y sus aullidos, cada vez más prolongados y lastimeros. Cada paso era un siglo, miles de días, cientos de miles de horas, millones de minutos. Podría hacer el cálculo y [...] presentar las evidencias a los físicos para que construyan sus teorías. Luz fría y calor de infierno. El rojo infernal de los ladrillos. El marfil de las paredes. La luna siempre. El pasillo giraba a la izquierda. La habitación de Pedro Mena se abría ante nosotros. Eusebio empujó la puerta. Ingresamos a ella. Uno detrás de otro. Primero, el baqueano. -479- Luego, el converso. Yo fui el último. Sobre la cama, un cuerpo, y el olor de la muerte que impregnaba la atmósfera. Aún me persigue aquel olor. Eusebio se aproximó al lecho, y Eliseo iluminó la escena con el candelabro. Echado boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho, como si mi amigo hubiese recibido los santos óleos, Pedro llevaba puesto su mejor traje de fiesta y sonreía. En sus manos, un rosario de cuentas negras con un crucifijo de oro y diamantes. Sobre su cama, un Jesús crucificado en un Gólgota cargado de tenebrosidades. A sus pies, un sombrero de tres picos. Todo en orden. Nada tan ordenado y

limpio. Nada tan muerto.

Me precipité de nuevo hacia el pasillo. Eusebio y el converso me siguieron. La luna. Allí de nuevo, tras los visillos de la ventana. Empujé la puerta del cuarto de Manuela e ingresé. Las ventanas del cuarto estaban abiertas de par en par, y por ellas se colaba la noche. El frío de la noche. Las humedades de la noche. La noche y las estrellas. La oscuridad de la noche. Sólo recuerdo un cuerpo a los pies de la cama, acurrucado. Era una mujer vieja, envejecida por los siglos de los siglos, echada allí, inmóvil y yerta. Volvió a aullar el perro a la distancia, y oí por vez primera un graznido lejano y, luego, otro y otro y otro, como si todos los señores de la noche se hubiesen reunido en un congreso de cuervos. La oscuridad era profunda, y estaba solo. Eusebio y el converso habían desaparecido, y yo notaba un aleteo frío junto a mi cara, abanicándome las mejillas. Caí al suelo aterrorizado, y, desde el suelo, vi cómo la viejísima señora que había hasta entonces permanecido acurrucada al pie del lecho se levantaba y sin más trámite salía de la habitación, arrastrando sus viejísimos pies sobre los rojos ladrillos del infierno. Quería y no quería mirar lo que estaba en el lecho, pero algo o alguien me impedía hacerlo. Sabía y no sabía y quería y no quería saber, como sé y no sé y quiero y no quiero todavía. -480- ¡Allí! Allí se encontraba. Echada, yerta, quizá también con los brazos cruzados como su padre o, sencillamente, descansando a la hora de la siesta, aunque era de noche ya cerrada y la luna estaba con nosotros celebrando nuestras nupcias de muerte. A medida que avanzaba solo por aquel pasillo, la luna. Eusebio y Eliseo Falcón habíanse quedado conversando en la habitación de Pedro Mena, y éste les contaba lo que había sucedido el día anterior, cuando los hombres del mburuvichá llegaron a la estancia y obligaron a los peones a huir y a las mujeres a refugiarse en la selva, donde estarían ahora, preparándose quizá para volver a la casa, si es que no habían muerto, pues mi Manuela necesitaba de sus cuidados. Y yo avanzaba por el pasillo hacia la habitación en la que mi amada me recibiría con los brazos abiertos, echada en su lecho, desnuda y tibia, con sus carnes temblando. Manuela. Íbamos a celebrar nuestros esponsales aquella noche. Himeneo. Atrás quedarían para siempre los viajes, las aventuras, los miedos y los sueños de grandeza que alguna vez había alimentado mi fantasía infantil en días ya lejanos, casi olvidados. Mi grandeza estaba en Manuela, en sus senos de miel y en sus ojos profundos y negros, en sus brazos abiertos en cruz para aprisionarme en ellos. Era feliz mientras corría a su encuentro en nuestro escondite de siempre, y quedaban atrás los hombres del mburuvichá que habían hecho huir a los peones de la estancia y habían estado a punto de quemar la propiedad. Por fortuna, aquella enorme mujer negra que hacía las delicias del niño hecho hombre gigantesco y gordo, hombre niño imberbe, guagua, criatura de teta gigante, habíale dicho a éste que mejor se llevaran las vacas y los caballos o cuantas vacas y caballos pudieran llevarse consigo para continuar sus hazañas y crueles y perversas correrías de bandoleros salvajes a lo largo y ancho de todo el Paraguay, a lo largo y ancho de sus ríos y praderas, sus bosques y sus colinas, que nada ganaban -481- con quemar la estancia del viejo español al que habían envenenado, vestido con sus mejores galas y puesto en la cama con los brazos cruzados y un rosario de cuentas negras en las manos. Y el

mburuvichá ordenó que nadie destruyera nada de aquella propiedad, que se quedara tal como estaba, que estaba bien como estaba, y así estaba cuando yo llegué a ella aquella tarde cuando ya estaba a punto de anochecer y me acompañaban, como me habían acompañado desde que saliera de la misión de los jesuitas, Eusebio Pindú y un converso de Esmirna que se sentía tan español como yo mismo, pero que, con espíritu traidor, habíase rebelado contra su majestad don Carlos y sus leyes para seguir a Satanás, sus pompas y sus obras, como dicen que dice el catecismo del padre Astete del que ya nada o casi nada me acuerdo. Y entré a la casa y estaba en silencio el mundo, la Tierra toda, como al comienzo de los tiempos. Todo en silencio. Y, en su cuarto, Pedro Mena sentado en una sillita de anea como una vieja que rezara el rosario y no se levantó y siguió sentado, moviendo la cabeza de arriba abajo como si siguiera un rezo o una melopea. Mis dos compañeros se quedaron con él conversando sobre la noche de San Juan en Asunción y cómo la celebran los asuncenos con saltos sobre las hogueras y la pelota tatá y el paso del fuego con los pies desnudos, que hay que ser muy valiente para hacerlo. Mientras mis compañeros de viaje conversaban con mi gran amigo y le contaban los sucesos de la jornada y los de las jornadas pasadas en las misiones con los curas de la Compañía, yo volvía a salir al pasillo y me iba directamente a la habitación de Manuela, donde ella me esperaba, pero no la hallaba, pues la habitación estaba vacía, y entonces (yo lo sabía) volvía sobre mis pasos para salir de nuevo al pasillo y enfilarse hacia el jardín y buscar nuestro escondite. Allí estaría, como estaba siempre, con los brazos abiertos y el pelo oliéndole a jazmines.

-482-

Me precipité de nuevo hacia el pasillo. A medida que avanzaba, la luna. La luna detrás de los visillos de gasa. La luna pálida. La luna fría. La luna tras los postigos. La luna grande de aquella noche. La luna. Corrí y corrí. Y corrí. Salí de nuevo al jardín y al corredor, y no había nadie. Eliseo Falcón, el maldito converso de Esmirna, el marrano que se había enriquecido con el contrabando de Colonia Sacramento en Buenos Aires, estaba esperándome con su enorme trabuco en la mano, sosteniéndolo con fuerza, y me apuntaba. No veía a Eusebio. No estaba Eusebio. Estaría en el campo, galopando. No habría llegado todavía a casa. Se habría quedado en el camino por el que vinimos de los esteros del Yverá. Los esteros y los días de lluvia. El invierno y el frío de las noches. ¡Cuántos recuerdos! ¿Dónde vivía su mujer? ¿Dónde? ¿En qué lugar se escondería? ¿Habría huido con los hombres del mburuvichá? ¿Serían rebeldes? ¿Qué hacía el converso siempre con el trabuco, apuntándome ahora con él y apoyándolo en ambas manos? No le hice ningún caso y seguí corriendo, ahora hacia el jardín, mientras a mis espaldas escuchaba un ruido espantoso, como de trueno, pero más cercano. Pedro Mena me decía que me calmara, que no había ocurrido nada grave y que Manuela hacía ya más de dos meses que esperaba mi regreso todos los días para celebrar nuestros esponsales. Estaba feliz. Al fin, el himeneo. Al fin. El himeneo. Los esponsales. Las bodas. Manuela me esperaba sobre su cama, echada con las carnes desnudas palpitando de emoción, y yo iba hacia ella. Y, a medida que avanzaba, la luna. Y el trabuco de Eliseo Falcón que vomitaba fuego y sonaba como el trueno en la tormenta. Y caía al suelo. Entonces me daba cuenta de que conmigo había

caído Eusebio y que ambos, si no muertos, estábamos a punto de morir, pero que no estábamos muertos, porque nuestros caballos galopaban hacia la estancia donde nos esperaban Pedro Mena y su hija Manuela, con la que yo me iba a casar esa misma noche y a celebrar -483- las más bellas y ricas bodas que jamás se hayan celebrado en Paraguay. Saltábamos los dos a tierra desde los caballos, y Eusebio íbase de inmediato por las casas de los peones a buscar la suya y su amor, que, tras más de dos meses de ausencia, lo estaría esperando como a mí me esperaba Manuela, echada en la cama, con los brazos abiertos en cruz y las carnes desnudas y temblando. Yo imaginaba sus senos de miel y su sexo de fuego cuando llegué al corredor. No había nadie en él. Nadie me había salido a recibir. Nadie en el estrado. No había una sola vela prendida, pese a haber caído la noche y a estar la luna siguiéndome los pasos como un asesino al acecho. [...] por eso mismo. Pedro Mena se puso de pie y me abrazó. Tenía puesta su casaca más elegante y unos calzones de seda ajustados a sus pantorrillas. Sus zapatos se ajustaban con brillantes hebillas de fina plata de Potosí. Sentí un escalofrío al abrazarlo. El cuerpo de Pedro Mena parecía congelado, pero me quedé con él un buen rato, y le dije a Eliseo Falcón que fuera a buscar a Eusebio Pindú, que me gustaría que él le contara a su patrón las vicisitudes de aquel viaje en el que gastamos más de dos meses de nuestras vidas y que había culminado, por fin, con éxito. Esa misma noche redactaría el informe final al señor virrey. O quizás, al rayar el día, porque en la noche Manuela me esperaba. Le dije que se diera prisa, que yo, mientras tanto, conversaría con Pedro y esperaría a Manuela. Eliseo salió de la casa, y Pedro Mena y yo volvimos a quedarnos solos en aquel estradillo que ya me era tan familiar y en el que me paseaba y movía de arriba abajo como siempre me he paseado en mi propia casa. Pedro me contó entonces lo del mburuvichá gordo y grasiento. Y me habló de su séquito de harapientos y bárbaros. Me dijo que había venido con su ejército, que había entrado en la estancia y que los peones y sus mujeres habían huido por miedo hacia la selva. Me dijo también que había en aquel ejército una mulata grande y gorda que les había obligado a él y a -484- Manuela a tomar una infusión venenosa y que, mientras estaban muriendo, fueron obligados a contemplar los horribles actos de lujuria que aquellos hombres y mujeres cometían en su presencia. «Mas ya se han ido», me dijo, «y ya no volverán jamás. Vete a buscar a Manuela, que te espera en su habitación». Lo volví a abrazar con fuerza. Seguía helado. Ni Eusebio ni Falcón volvían a la casa, y yo no podía ni quería esperar más. Tenía mucha prisa y quería celebrar cuanto antes mis esponsales. Mis esponsales. Nuestros esponsales. Me esperaba Manuela, y yo no podía hacerla esperar más tiempo. Mi amor me había estado esperando durante más de dos meses, y yo la había esperado toda la vida. No esperaría más. No. Corrí y corrí. Y corrí. A medida que avanzaba, la luna. Cuando salí al pasillo, vi cómo Eliseo Falcón descargaba su trabuco en el cuerpo de Eusebio y cómo caía éste de espaldas y, después de un rato, haciendo un gran esfuerzo, trataba de levantarse sin lograrlo. Falcón me apuntaba ahora a mí. Le di la espalda y emprendí una loca carrera hacia el jardín en el que Manuela y yo teníamos nuestro escondite, en el que nos veíamos todos los días cuando éramos enamorados y donde esperaba que ella estuviera, echada en el suelo, desnuda y con las carnes palpitantes. Pensaba en sus senos de miel y en el

calor de su sexo, cuando percibí un fognazo a mis espaldas y escuché el ruido de un trueno, profundo y seco. Caí al suelo junto al cuerpo de Eusebio, cuyos ojos, abiertos como platos, me estaban en ese momento mirando fijamente. [...] cabalgábamos en los esteros, y el converso cantaba romances antiguos aprendidos en la judería de Esmirna y nos ilustraba sobre las historias que se contaban en ellos. La estancia estaba ya muy cerca, y nos sentíamos felices. Eusebio nos contaba lo que haría con su mujer aquella noche, y Eliseo se reía a carcajadas, como si todo aquello tuviera alguna gracia. Yo le dije a Eusebio que se dejara de añadir detalles escabrosos y de mal gusto que yo consideraba -485- profanadores de un sentimiento tan puro y limpio como el amor, pero él me decía que el mío sí era un amor puro y limpio, pero que no creyera que todos eran así, que, a lo más, lo que une a un hombre con una mujer es una atracción similar a la que une a los perros en época de celo. Yo me enfadé, pero cedí. No era cosa de enfadarme cuando ya estaba tan cerca de la dicha y me disponía [...] esponsales. Al llegar, no vimos que nadie saliera a recibirnos. Parecía que la hacienda se hubiera vaciado de todos sus habitantes, y nos miramos a los ojos el baqueano y yo. Él los tenía vidriosos, y yo supe, en ese momento, que estaba muerto, como lo estaba Pedro Mena cuando me abrazó. Lo noté en el frío, así que salí corriendo de su habitación al pasillo y me fui de prisa al cuarto de Manuela, donde mi amor me esperaba desnuda, tendida en la cama con los brazos abiertos y el corazón presto para recibirme en su regazo. Mientras caminaba hacia su cuarto, soñaba con la tibieza de sus carnes, con el aroma de jazmines de su cabello, largo y extendido sobre sus hombros desnudos. ¡Mi amor! Más de dos meses separados por cosas que a ninguno de los dos nos interesaban en absoluto, pues cuanto sucede en el mundo es nonada para quienes se aman como nosotros nos amamos. Los jesuitas y el mburuvichá Nicolás primero, rey del Paraguay: todo es uno y es nada. Nonada. Invento de la ambición de los hombres. Vanidad inútil. Estupidez. Sólo el amor importa. Sólo él. Sólo Manuela. Y porque Manuela importa, yo sigo corriendo hacia su habitación, hacia el cuarto en el que me espera tendida en la cama y con los brazos abiertos y dispuestos al abrazo de los amantes. A medida que avanzaba, la luna. A través de los visillos de gasa, más allá del aire azul y turbio de la noche. Más allá... ¿Dónde? En el corredor de la casa, Eliseo Falcón con su trabuco en la mano a punto de disparar. Siempre estuvo a punto de disparar, desde que lo conocimos (o reconocimos) aquella mañana en la que se unió a nuestra excursión saliendo de la misión de los -486- curas jesuitas. Era un trabuco malo. Trabuco grande y de boca ancha y negra por la que escupía su fuego el converso de Esmirna, contrabandista y rebelde contra el rey y contra sus leyes. Tenía que detenerlo. Yo era oficial de su majestad y mi obligación era detenerlo. Le dije que bajara su arma y que se entregara, que iríamos juntos a Asunción y que allí veríamos el modo de trasladarlo a Chuquisaca y ventilar su juicio. No lo hizo. No bajó su arma. No y no. Eché entonces mano a mi pistola, pero antes de que pudiera asegurarla y apretar el gatillo, me disparó. Caí al suelo, con el brazo izquierdo malherido. Una bala me había penetrado en él cerca del hombro. Me dolía y de la herida manaba sangre en abundancia. Eusebio también estaba caído y con los ojos abiertos. Estábamos en el vivaque, y amanecía. La hoguera estaba casi apagada, y

había una neblina que nos negaba la visión de los horizontes. Los caballos, atados al tronco de un árbol gigantesco, trincaban la hierba que había crecido a sus pies con las últimas lluvias, y las acémilas permanecían echadas, descansando. Teníamos que volver a cargar de nuevo todo sobre sus lomos: nuestras petacas, nuestros bultos. Falcón había hecho la última guardia, y Eusebio aún estaba dormido [...] con una jícara de chocolate. Había sido un sueño maravilloso. Un sueño lleno de color. Un sueño de colores, como un cuadro. No había rayado el alba todavía, cuando montamos en nuestros caballos. El día era fresco y seco. La neblina se había disipado. Era un día excelente para una alegre excursión. Esperábamos, además, que fuese el último. Habíamos dejado un gran bosque a nuestras espaldas, y ahora cabalgábamos por una pradera muy verde en la que veíamos, de trecho en trecho, vacas cimarronas pastando y uno que otro caballo chúcaro y as salvajado. Los caballos relinchaban como si estuvieran asustados. Al mediodía salió un poco de sol, e hicimos una buena fogata a la orilla de un riachuelo cantarín y limpio. Asamos dos perdices que Eusebio había cazado para nosotros, -487- y nos felicitamos de que, al día siguiente, pudiéramos comer en mesa y con manteles. Hicimos bromas, una tras otra, y Eusebio nos contó sus amores con una mujer de la estancia que lo estaría esperando aquella misma noche para disfrutar de su compañía. La mujer, según nos dijo, estaba casada, pero él la consideraba su mujer, porque el marido, no sólo consentía estos amores, sino que la tenía prácticamente abandonada. Decíase que el tal cornudo era, además, bujarrón, y que sólo satisfacía su apetito con algunos señores de las Corrientes que eran de todos conocidos. Eliseo Falcón aprovechó la oportunidad que le daba la conversación para contarnos historias bastante risibles de bujarrones de Esmirna, que era donde él más los había conocido, pues, según nos dijo, el vicio nefando no era tan mal visto en oriente como en occidente. Después de comer, continuamos nuestra derrota. Cada paso de mi caballo era para mí como una legua descontada de la distancia que aún me separaba de mi Manuela. Contaba los pasos, pues no podía pensar en otra cosa que no fuera el encuentro que se aproximaba y que tan feliz iba a hacerme para siempre. A veces le ponía letra con música a aquellos pasos de mi caballo e iba canturreando lo compuesto a manera de una copla andaluza por los bajines. Sólo pensaba en Manuela, en mi Manuela, y me resultaba sumamente difícil seguir la conversación que mantenían mis compañeros de viaje. Para mí el sol no avanzaba nada en su derrota diaria, y los minutos transcurrían con la desesperante lentitud de las horas. Para mí aquellos minutos eran eternos. Cada accidente que observaba a la distancia -un pequeño montículo, un árbol solitario, un arcabuco, un hormiguero grande- me motivaba a realizar complicados cálculos cabalísticos que ocupaban mi imaginación durante minutos e, incluso, durante horas. Hasta calculaba los ángulos que formaban los troncos de los árboles con sus sombras y, de este modo, llegaba a las más absurdas y disparatadas conclusiones sobre el carácter fasto -488- o nefasto de cada uno de los pasos, de los miles y miles de pasos que aún tendríamos que dar para alcanzar nuestro destino. Las sombras se alargaban a medida que el sol declinaba hacia el poniente, y yo seguía contando y calculando y pensando en Manuela, en sus ojos, en su cuello, en su cintura, en su boca de grana. Cuando quedaban apenas dos leguas para

alcanzar la estancia de Pedro Mena y habiendo reconocido Eusebio y yo el lugar por el que atravesábamos, solté mi caballo al galope y comencé a devorar las distancias, como se dice. Mis compañeros me siguieron, pero yo apenas notaba su presencia. Mi mente estaba ya con Manuela, en el estrado de la casa, en su habitación, en nuestro escondite de enamorados. Y, así al galope, llegamos los tres casi al mismo tiempo a la explanada rodeada de árboles y de las casitas de los peones en la que se hallaba la casa de Pedro Mena, y yo eché de inmediato pie a tierra y, sin dejar de correr, salté una cerca, subí los peldaños que llevaban al corredor yeré de la casa, abrí la puerta principal y penetré en el estradillo. Era ya de noche y, a medida que avanzaba, la luna. No había nadie. Nadie. Todo estaba oscuro, y ni un mal candil alumbraba la habitación. Caminé a tientas, seguido de mis compañeros de viaje. Atravesé el estrado esquivando los muebles. Salí a un pasillo. Mis compañeros me precedían con velas encendidas. Cada paso que daba me parecía eterno. Cada segundo era un siglo. Al llegar a la pieza del dueño de la casa, Eusebio se adelantó y abrió la puerta. A medida que avanzábamos, la luna. La luna a través de los visillos de gasa, más allá del aire azul y turbio de la noche. La luna. Sobre el lecho, el cuerpo de Pedro Mena con sus galas y las brazos cruzados sobre el pecho. En sus manos, un rosario de cuentas negras. Me precipité al pasillo. Quería alcanzar cuanto antes el cuarto de Manuela. Empujé su puerta, que cedió con facilidad. Al pie del lecho vi (tal vez -489- sólo imaginé) a una mujer viejísima acurrucada en el suelo. Tuve en ese momento la sensación de que un pájaro o algún otro animal aleteaba junto a mi mejilla. Fue un aleteo frío acompañado de una multiplicación de graznidos. Mi fiel Eusebio estaba junto a mí, pero no pudo evitar que cayera al suelo de la impresión. No podía mirar en el lecho. Sabía qué había en él, qué lo ocupaba. Podía imaginarlo, pero no quería. No quería ni quiero saber y siempre me he negado y me seguiré negando por los siglos de los siglos. Ésta es mi única oración, la que repito a cada instante, la que me ha acompañado en todos estos años de soledad y de locura, en esta celda en la que me muevo y desde la que veo el río por el que puedo a diario deslizarme hasta llegar a las Corrientes y, desde allí, a la bella estancia de Pedro Mena en la que permanezco horas de horas, al pie del lecho de mi amada, con los ojos abiertos contemplando los abiertos ojos de Eusebio que me recuerdan la muerte que le produjera el trabuco del malvado converso de Esmirna cuando, al salir yo del pasillo hacia el corredor para dirigirme al escondite en el que habría de encontrarme con Manuela, el marrano disparó a bocajarro y percibí el foganazo a mis espaldas, seguido por el estentóreo sonido de un trueno en medio de la tormenta. Entonces, volví a precipitarme hacia el pasillo. Me esperaba Pedro Mena. Me esperaba [...] a pesar de tantos sufrimientos como la vieja decía haber padecido. Anastasia me contó entonces que quien la había matado era un hombre grande y pelirrojo, con una cicatriz que le cruzaba la cara de parte a parte y que le dejaba la nariz en dos mitades, y que, cuando la iba a matar, rezó en una lengua desconocida para ella una oración larga y salmodiada.

-490-

-¿Y cómo sabe vuesa merced que era un rezo? -le pregunté.

-Lo he venido a saber después de muerta -me respondió.

Había sido la vieja muy beata hasta su muerte, dada a rezos y letanías. Le gustaba acompañar a mi Manuela en sus devociones. La besé en la frente. Estaba fría, helada, como Pedro Mena al abrazarme. La dejé allí, acurrucada, ovillada al pie del lecho, porque quería que esa noche se hicieran nuestros esponsales y no teníamos tiempo que perder. Manuela me esperaba en el lugar de siempre, y no tenía más que salir al jardín y correr a nuestro escondite. Antes debía alcanzar el corredor. Me precipité de nuevo hacia el pasillo. A medida que avanzaba, la luna. En medio del cielo azul y turbio, su cara marfileña, su palidez de muerte. Eliseo me esperaba con su trabuco listo. No atendí lo que me decía. No veía. No oía. Sólo atendía a mi deseo de llegar cuanto antes al escondite de amor, al nido que habíamos construido Manuela y yo y con el que había soñado todas las horas durante los últimos sesenta y cinco días. Cuando escuché el estruendo y caí al suelo, aún seguí corriendo y corriendo. Corrí y corrí. Y corrí. Junto a mí estaba Eusebio con los ojos muy abiertos. Galopaba con el poncho terciado y el sombrero a la pedrada. Yo iba a su lado, a la misma velocidad, con la capa al viento, agarrándome el sombrero con la mano izquierda para que el aire no se lo llevara. Teníamos prisa por llegar cuanto antes a nuestra querencia. A nuestro hogar. A ambos nos esperaban. A él, el amor de la noche furtiva. A mí, el de cada hora sin importar el astro destinado a iluminarlo. Al único al que nadie esperaba era Falcón, el misterioso converso del trabuco de boca ancha y negra como la noche. Los caballos se precipitaban en el galope, y yo tenía la impresión de que ya habían reconocido sus pagos y de que el suyo era un galope de confianza y de alegría. Al fin y al cabo, como Eusebio y como yo, volvían a su casa después de mucho tiempo y quizá -491- también tuvieran sus querencias, sus yeguas favoritas y sus amores secretos y nocturnos. El viento me golpeaba la cara con fuerza y me la refrescaba. Hacíase ya de noche y, a medida que avanzábamos, la luna. [...]

Falta aquí un fragmento muy grande que, en mi opinión, debe ocupar, al menos, tres folios y que, probablemente, sea tan incoherente y repetitivo como todo lo que le antecede. No llego a entender por qué, al momento de volver a la estancia, la prosa de don Millán se torna tan reiterativa y tormentosa. Tan atormentada. Tan descuidada, en fin. Es como el lenguaje de un niño que repite hasta el cansancio una sola melopea, una cantaleta inaguantable. Está clara la impresión que ha recibido. Lo están, igualmente, los motivos de su locura. Podría yo muy bien eliminar toda esta parte, tan farragosa, para ahorrarle al lector el trabajo de descifrarla y el aburrimiento de leerla, pero no puedo, porque me he propuesto transcribir el manuscrito tal y como lo encontré en la librería de lance en la que lo compré el pasado mes de abril cuando el generalote de marras decidió que la fiesta democrática había durado lo suficiente en este país y que ya era hora de que los niños se fuesen a la cama porque en la televisión comenzaba la programación para adultos. Agradezca, más bien, el lector el que las lagunas que presenta el texto le ahorren en algunas ocasiones, como la presente, el verse obligado a internarse en la confusa maraña de los pensamientos de don Millán.

Ayer fue el cumpleaños de mi hermano Ángel. Lo llamé, pero no estaba en casa porque un hijo suyo fue internado urgentemente y él lo acompañaba en el hospital. Volveré a llamarlo el domingo que viene. A él o a mi hermana

Luci. ¡Qué lejos está España, a pesar del teléfono, el fax, el internet y todo lo demás! Nada sustituye -492- la presencia, el roce, la visión. La electrónica es un mal sucedáneo de la realidad y la realidad virtual un cuento para disfrute de los idiotas. Aquí en Asunción, los candidatos a la intendencia se esfuerzan en los últimos tramos de la carrera. Esta noche ha muerto un pobre muchacho en una gresca entre los partidarios de uno y de otro. Parece ser que un policía ha disparado contra la multitud y que uno de estos militantes, que probablemente tenía novia y sueños, ha dejado de vivir.

A estas horas ya se sabe quien es el nuevo presidente de los Estados Unidos. El de siempre, naturalmente. Para los latinoamericanos, el de siempre. Los nombres importan poco. Cada vez importan menos. Todos los candidatos y todos los presidentes de ese país son uno solo: el poder del dinero, que puede ponerse cualquier máscara. Las diferencias entre demócratas y republicanos sólo son percibidas (si lo son) por los ciudadanos del gran país del norte. Para Paraguay, El Salvador, Santo Domingo, Puerto Rico, Costa Rica, Brasil, Haití, Chile, Perú, Bolivia, Uruguay, Ecuador, Argentina, Cuba, Nicaragua, México, Honduras, Guatemala, Panamá, Colombia o Venezuela, el presidente de los Estados Unidos es el de siempre. Siempre es alguien que está frente a nosotros, en la más franca oposición a nuestros deseos y aspiraciones. En ocasiones pienso que en la más franca y abierta oposición a los deseos y aspiraciones del resto del mundo. Así y todo, nadie deja de interesarse por lo que ocurre en el país más moderno y poderoso del mundo, en el más indiferente al resto de la humanidad. Hoy, cuando los fundamentalismos de todo signo aseguran a los pobres seres humanos la protección del padre, Estados Unidos es el gran padre castrador que, empero, nos protege de caer en las redes de la libertad y en el deseo de ser lo que queramos. No existe, pues, fundamentalismo más claro. Joaquín de Fiore imaginó hace ya más -493- de siete siglos que, tras pasar la era del Padre, los hombres vivían en la del Hijo, pero que la verdadera era de la libertad sería la del Espíritu Santo. Joaquín de Fiore, que tantas esperanzas despertó en los milenaristas de su época, se equivocó. Hemos regresado a la era del padre de mano del poder de los Estados Unidos y de nuestra ingenua confianza en los productos de la tecnología y del dinero. Cada vez estamos más abandonados al poder de otro, cada vez más enajenados, cada vez más deshumanizados. Cada vez somos menos nosotros mismos. Las posibilidades de rebelión se agotan. Tal vez por eso, un texto como el de Millán de Aduna nos resulte incomprensible y, a medida que pase el tiempo, cada vez más absurdo. Hoy sólo se entienden bien la locura provocada por los ordenadores y los efectos especiales de las películas de Hollywood. Hay una mujer que me acompaña en el viaje y que me pone en la cabeza pañitos de agua fría y me consuela. No recuerdo que hayamos pasado por las Corrientes, pero me dice que dentro de pocos días estaremos en Asunción. No me muevo. Me tienen atado a un poste, y, a veces, unos hombres groseros y sucios pasan cerca de mí y se ríen o me amenazan con sus látigos. Yo sé que quieren matarme, pero que la mujer no los deja. Ella debe de ser una persona de muchísima importancia, pues tiene vestidos elegantes y unos ojos azules que resplandecen al sol. Es muy guapa. No como mi Manuela, claro, pero yo le digo que es guapa y se sonríe. Veo entonces a Manuela

reírse delante de mis ojos. Me toma la barbilla con su mano derecha y acerca mi boca a su boca, la empuja hacia adelante y yo poso con suavidad mis labios en los suyos. Me gusta hacerlo. Hace ya varios días que no está con nosotros Pedro Mena, que se ha ido de viaje a las Corrientes, y hasta Eusebio se ha ido no se sabe adonde. La casa está vacía, pero a nosotros no nos importa, porque vamos de una habitación a otra, corremos por los pasillos, -494- nos alcanzamos y nos abrazamos a cada rato. Y, así abrazados, caemos sobre cualquier superficie, sin importar si es blanda como una cama o dura como el suelo duro de nuestro escondite de amor. Sólo corremos y nos reímos hasta que llegan estos hombres que me amenazan con sus látigos, y yo veo, desde el lugar en el que estoy sentado, atado a un poste, que viajamos en un barco que surca un río grande y ancho, un río profundo. La mujer que me pone los pañitos fríos en la frente me dice que es el Paraguay y que dentro de pocos días ya habremos llegado a Asunción y que, en Asunción, atendiendo a la importancia de mi cargo y persona (me hacen mucha gracia estas palabras), voy a vivir en una casa muy bonita y voy a ser atendido por muchos sirvientes que me darán cuanto les pida. Le digo entonces a la señora que lo que quiero es que Manuela esté conmigo y que podamos correr juntos por los pasillos de nuestra casa grande de la estancia, persiguiéndonos. La mujer me dice que sí, y, en efecto, corremos Manuela y yo por los pasillos, mientras Pedro Mena vigila nuestros pasos con un libro en la mano, sentado en una sillita de anea que hay en el corredor yeré del edificio. Eusebio llega con su caballo al galope, y nosotros detenemos nuestro juego para saludarlo. Extendemos las manos y las agitamos hacia lo alto. El baqueano responde a nuestro saludo, pero da de nuevo la vuelta con su caballo, lo hace caracolear delante de nosotros, y vuelve a partir al galope hacia la selva y se interna en un bosquecillo de palmeras en el que se pierde a nuestra vista.

Y ahora sí estoy en la casa grande de la Compañía. Dicen que a los curas los han sacado, que los han echado a patadas del Paraguay, pero yo no lo creo. La mujer del barco sigue aquí. No sé quién es, pero sigue siendo igual de guapa. A veces me dice que me voy a curar y que me van a soltar, para que pueda caminar a mis anchas por estas habitaciones tan grandes. No sé. A lo mejor. -495- Pienso en Manuela, que tenía que estar conmigo. Creo que se ha ido al mercado, pero va a volver pronto. El mercado está aquí no más, en la plaza. Desde aquí, desde estos enormes ventanales, lo veo todo pero que muy bien: requetebién porque tú no me lo das. Veo a los guardias apostados en la puerta de la casa del señor gobernador y a las personas que se van a la misa de la catedral. Mujeres vestidas de negro y hombres oscurecidos por el gesto solemne que ponen en todos sus actos, como si todos sus actos fuesen muy importantes. Ellos son los que no me ven a mí. Manuela va acompañada de una negra sirvienta, liberta y divertida, que nos trajimos de Lima, a donde fuimos después de que nos casamos. Yo quería presentársela al coronel Eguidazu y a su mujer, pero ya se habían muerto los dos. ¡Pobres! Lloré mucho. Los echo mucho de menos. También han muerto mis padres, y mi hermana y mis amigos están muy lejos. De Bonifacio no he vuelto a saber nada. ¡Cómo han cambiado todas las cosas en tan poco tiempo! La misma Asunción ha cambiado. Hay ahora muchos comerciantes catalanes y algunos vascos. Hay de todo: mucha gente que viene a hacer dinero, a hacer fortuna, las Américas, como decían los

viejos en mi pueblo. Manuela viene despacio, camina despacio. Y yo la espero. Voy a quedarme con los ojos cerrados hasta que llegue a su habitación y se desnude y se eche en la cama con sus carnes temblando de impaciencia. Voy a esperar. Cuando esté en su cama, voy a entrar despacio y ella me recibirá como todos los días con sus brazos abiertos y nos fundiremos y confundiremos. La voy a esperar, y, mientras la espero, voy a terminar de escribir lo que me puse a escribir hace tan poco tiempo y que me ha obligado a recordar toda mi vida, desde que nací en aquel pueblecito de La Rioja al que mis antepasados llegaron un día escapando de una venganza y del que yo salí para encontrarme con Manuela y vivir con ella eternamente. Amén.

-496-

Nota de recibo

En Asunción, a tres días del mes de agosto de 1787. Habiéndose reunido los señores profesores del Seminario de San Carlos, doctores Dionisio de Otazú y Juan Antonio de Zabala, con el señor rector de dicho seminario, doctor Gabino de Echeverría, se decidió hacer dos copias y archivar el original de un manuscrito hallado en esta casa por el señor doctor José Rodríguez de Francia, manuscrito que trata de la vida y miserias de un caballero, natural de Samaniego de Álava, de nombre don Millán de Aduna, del estado hidalgo, quien, habiendo sido oficial al servicio de su majestad, acabó sus días en las habitaciones de esta casa afectado por una rara enfermedad pronosticada por los físicos de la ciudad como locura. Una copia de dicho manuscrito será entregada al señor gobernador don Pedro Melo de Portugal, para que hiciera con ella lo que considerare conveniente, como ser llevada³⁰ a España, exponerla a la consideración de los señores ministros de Estado o de su majestad el rey o, más sencillamente, entregársela a los familiares y deudos del dicho don Millán, quien, en esta vida, no nos dejó otros bienes que su memoria.

Hasta aquí el manuscrito. Esto es todo lo que hay. Aquí se acaba. La nota añadida carece de firma y viene cosida al manuscrito en un papel ligeramente distinto. Es algo más pequeño, aunque no mucho. Es probable que la escribiera el rector del Seminario de San Carlos. Puede ser. Quizá lo hiciera el propio Rodríguez de Francia, que, por aquel entonces, no podía ni sospechar que, pasados los años, habría de ser, al mismo tiempo, dictador perpetuo y padre del Paraguay que hoy conocemos. En estas últimas líneas del manuscrito los nombres de don Millán de Aduna, el loco del Seminario de San Carlos, y el doctor José Gaspar Rodríguez de -497- Francia, dictador del Paraguay, aparecen extraña y misteriosamente unidos. El Seminario de San Carlos fue fundado en 1783 por el entonces gobernador don Pedro Melo de Portugal en la que fuera casa de los padres jesuitas en Asunción. El doctor Francia fue profesor de esa casa de estudios, la más importante de su época en esta ciudad. Asunción, 6 de noviembre de 1996.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

